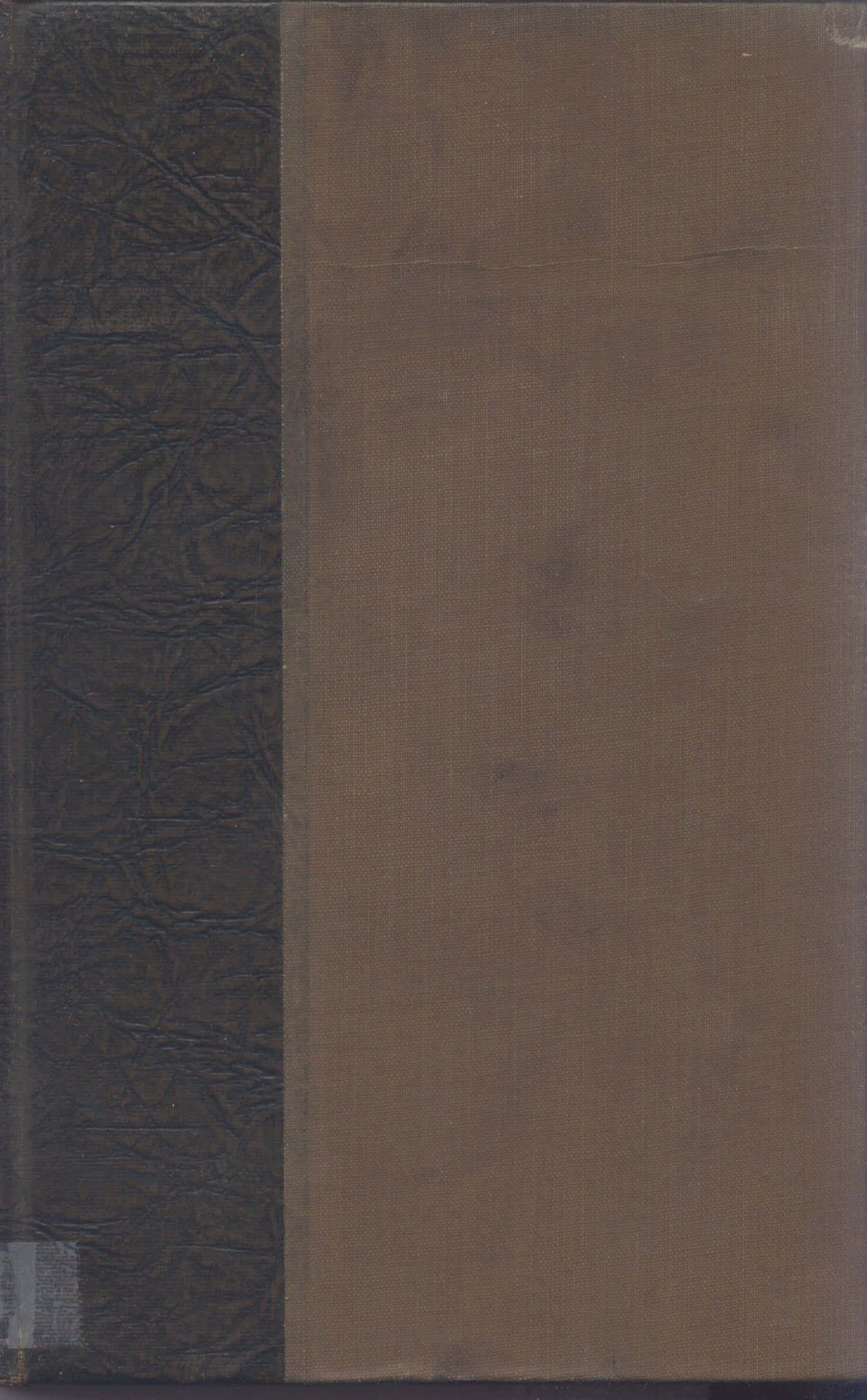
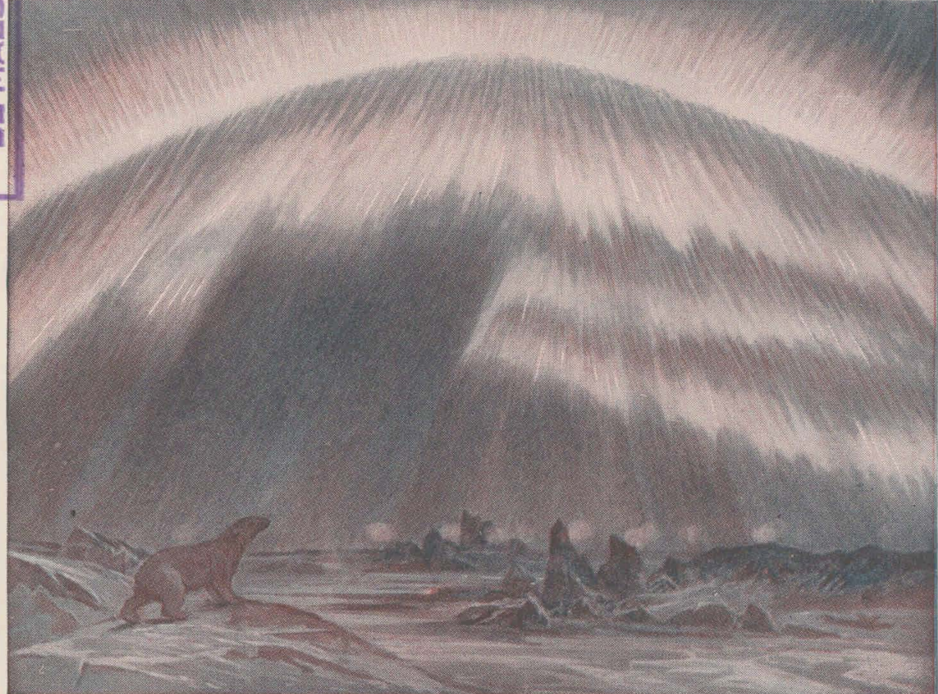


LA LUMINOSA AURORA BOREAL



En las largas noches árticas, durante las cuales el sol se oculta por varios meses, están aquellas glaciales y deshabitadas regiones alumbradas por los brillantes fulgores de la aurora boreal. Esta maravillosa combinación de cambiantes de luz y color, una de las más soberbias manifestaciones eléctricas de la naturaleza, toma varias formas, dos de las cuales reproducimos, hasta donde es posible, en estos grabados.

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los «Por Qué»
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO XVIII

W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES MADRID NUEVA YORK
BUENOS AIRES MONTEVIDEO RIO DE JANEIRO
MEJICO HABANA

C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA : Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.

HISTORIA DE LOS LIBROS CÉLEBRES

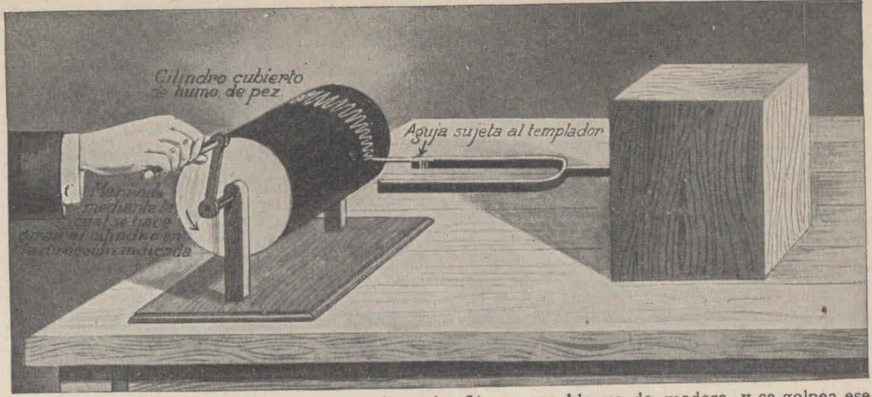
JUEGOS Y PASATIEMPOS

EL LIBRO DE HECHOS HEROICOS

EL LIBRO DE LECCIONES RECREATIVAS

LÁMINAS EN COLORES





Si se sujeta una aguja a un templador o diapasón fijo en un bloque de madera, y se golpea ese templador, la aguja, al vibrar, trazará una línea sinuosa sobre la superficie de un cilindro que se haga girar lenta y uniformemente.

LA MÚSICA Y EL RUIDO

SABEMOS que las ondas sonoras se parecen en muchas cosas a otras clases de ondulaciones, como las olas del mar o las ondas luminosas. Pasaremos a estudiar ahora la naturaleza de esas ondas sonoras, observando, en primer lugar, que difieren de las demás en lo tocante a un punto importantísimo.

Aunque las olas del mar al parecer corren por su superficie, el movimiento del agua no se efectúa en esa superficie, sino que consiste en un vaivén de arriba abajo y de abajo arriba. Claro está que, a simple vista, parece que el agua corra; pero en realidad, la ondulación se propaga sin que el agua haga otra cosa que subir y bajar.

Empleando un lenguaje más apropiado al asunto, diremos que la vibración, o movimiento de las partículas de agua que constituye la ola, se efectúa en una dirección que forma ángulo recto con la dirección en que se mueve dicha ola. El agua no corre, sino que sube y baja. El movimiento podría asimismo efectuarse de un lado a otro; pero sea como fuere, se trata de una vibración *transversal*, o sea, en sentido que cruza o atraviesa la línea de propagación de las ondas. Ahora bien; lo que hemos aprendido acerca de las olas del mar es aplicable, según veremos luego, a las ondas luminosas, pero no lo es a las sonoras. Lo que caracteriza a estas últimas es que el movimiento del aire—o el del medio que sea—no se efectúa en la dirección que cruza el camino seguido por la onda, sino que consiste en un vaivén a lo largo de este mismo camino. Las vibraciones de una campana o de un cordel tendido producen en el aire ambiente el efecto—digámoslo así—de una serie de golpecitos; viene a ser algo como un puño que se agitase en el aire efectuando un rápido movimiento de vaivén.

Así es como se origina o tiene principio una onda sonora. El aire es comprimido cada vez que recibe uno de aquellos golpes; pero como es elástico, recobra entre golpe y golpe su densidad primitiva, de manera que se condensa y dilata alternativamente, consistiendo la ola en ese rápido movimiento de vaivén o balanceo de las partículas de aire en la línea de propagación de la ola.

Esta clase de ondas ofrecen, por lo menos, la ventaja de que podemos fácilmente hacernos cargo del mecanismo de su trasmisión, cosa que es más difícil cuando se trata de una onda luminosa o de las olas del mar. Las gotas de agua sólo se mueven arriba y abajo, y sin embargo la ola se traslada de un punto a otro de la superficie, no siendo fácil darse cuenta de cómo se efectúa esa traslación, ya que el movimiento consiste en una serie de vibraciones trans-

versales. Pero cuando dicho movimiento consiste en un vaivén o vibración longitudinal, como al tratarse de las ondas sonoras, no ofrece dificultad alguna el comprender de qué modo se propaga.

UNA PARTIDA DE BILLAR QUE NOS ENSEÑA DE QUÉ MODO SE PROPAGAN LAS ONDAS SONORAS

Para hacernos cargo de ello bastará colocar sobre una mesa de billar una serie de bolas en contacto unas con otras. Supóngase que entonces hacemos rodar otra bola de manera que venga a chocar contra una de las que se hallan en los extremos de la hilera; todas las bolas de esta fila serán comprimidas una tras otra y transmitirán la presión a la que tienen a su lado, hasta que sea despedida por sí sola la que está situada en el extremo opuesto. Cada una de las bolas sufrirá sucesivamente una compresión seguida de una dilatación, y eso mismo es lo que sucede al aire cuando lo recorre una onda sonora, pudiendo, por tanto, atribuirse la propagación de la onda al choque de las partículas de aire en un rápido movimiento de vaivén; del mismo modo que las bolas de billar transmiten el impulso recibido al chocar unas con otras.

Esto es todo cuanto conviene que sepamos respecto de la naturaleza de las ondas sonoras; pero desde luego se nos ocurrirá preguntar: ¿en qué consiste la diferencia entre la clase de sonido que llamamos notas musicales y las que conocemos con el nombre de ruidos? O bien, tratándose de una pieza de música moderna, tan llena de discordancias, ¿cuál es la demarcación entre la música por una parte y el sonido confuso por la otra?

Pues bien, este caso nos enseña que no es posible trazar un límite definido entre la música y el ruido, pues existen sonidos y combinaciones de sonidos que resultan agradables al oído de una persona y desagradables para el de otra. No obstante, a pesar de que puede haber opiniones distintas en lo tocante al límite que separa a las dos clases de sonidos, puede afirmarse sin vacilación que la diferencia entre lo que suele llamarse un ruido y lo que generalmente se considera como un sonido musical, depende de que las ondas que producen ese sonido sean regulares o irregulares.

LA FORMA QUE TIENEN LOS SONIDOS MUSICALES PRODUCIDOS POR UNA ORQUESTA

Tratándose de los sonidos ricos y complicados que produce una orquesta grande, las ondas sonoras serán regulares a la vez que irregulares. El oído de un niño o de una persona que no haya recibido educación musical, no advertirá tal vez la regularidad de esas ondas, pudiendo ser que le produzcan el efecto de un ruido discordante; pero el oído de un músico notará que el sonido es realmente regular y que tiene forma definida, produciéndole un efecto delicioso. Es posible, además, que una pieza musical se componga de sonidos regulares, y por lo tanto armoniosos, y de otros irregulares que pertenezcan, por consiguiente, a la categoría de los ruidos.

El efecto obtenido mediante ciertos instrumentos metálicos y otros por el estilo del bombo, que se emplean en las orquestas modernas, es debido a esa mezcla de ruidos y de música que producen tales instrumentos.

No sabemos por qué ha de considerarse como cosa agradable el efecto producido en el oído por las ondas regulares y como cosa desagradable el que producen en él las ondas irregulares; si bien parece natural que una serie regular y continua de impulsos, con tal que no sean demasiado fuertes, haya de impresionar de un modo agradable las células nerviosas del cerebro en que reside la facultad de oir. Su objeto, en efecto, es recibir impulsiones; y para todo ser viviente, el ejercer una función hallándose en condiciones de perfecta salud, resulta siempre agradable.

LA GRAN DIFERENCIA ENTRE LA MÚSICA Y EL RUIDO

Podemos, por otra parte, hacernos cargo del motivo por el cual ha de serles desagradable a las células nerviosas recibir la impulsión de unas ondas re-

vueltas, desordenadas y sin ritmo alguno, las cuales, es de presumir, son capaces de desarreglar, dislocándolo, por decirlo así, el mecanismo de dichas células.

La diferencia entre la música y el ruido puede compararse adecuadamente a la que existe entre mecer a un niño pequeño y sacudirlo. La sensación que experimenta el cuerpo al ser mecido con regularidad es calmante y placentera, mientras la producida por una serie de sacudidas desordenadas es sumamente irritante. Estos dos casos nos dan una idea de lo que ha de ocurrirles a las células nerviosas; la música las mece y las arrulla, mientras el ruido las sacude y perturba.

Es posible que, si pudiésemos verlo, observaríamos que esta imagen responde, en realidad, al efecto producido en esas células nerviosas por las dos clases de ondas sonoras.

Poca cosa nos falta decir en lo que se refiere al ruido, pues como es debido a ondas irregulares, no hay en él nada definido que sea posible estudiar; mientras por el contrario, es cosa de suma importancia el estudio de aquellas ondas definidas y regulares que producen los sonidos musicales. Acaso el único punto que merezca ser mencionado en lo tocante a los ruidos es el efecto poderoso que ejercen en el cerebro cuando se producen inesperadamente. El hecho de que un ruido suele causar sobresalto fué, sin duda, en un principio, de grandísima utilidad, pues constituía un aviso saludable para los hombres primitivos y para los animales inferiores, al acercarse enemigos o cualquier género de peligro.

POR QUÉ UN RUIDO LEVE CAUSA, CON FRECUENCIA, MÁS SUSTO QUE UN RUIDO FUERTE

No hay cosa que llame más poderosamente la atención que el silencioso andar de los animales que obtienen el sustento de la caza, y cuya existencia depende de su facultad de evitar las consecuencias rápidas y certeras de los ruidos. La mejor prueba de que el influjo potente del ruido sobre el cerebro procede de su carácter de advertencia, es que, si sabemos de antemano que va a producirse, como por ejemplo, cuando lo hacemos nosotros mismos, el efecto que causa en nuestra mente es enteramente distinto.

El batir repentino de una puerta, mientras estamos tocando el piano, o la misma voz de una persona querida, si se deja oir inopinadamente, puede causarnos violento sobresalto; no obstante, la misma persona que ha experimentado ese sobresalto, porque el ruido, digámoslo así, tiene por fin causarlo, recorrerá tranquilamente un taller de calderería o dirigirá sin inmutarse el tiro de una batería de cañones. Una cosa es cerrar uno mismo una puerta de golpe y otra oir a alguien que lo haga. La explicación de todos esos hechos, como de otros muchos relativos al modo de ser del hombre, nos es revelado cuando tratamos de averiguar la *utilidad* de nuestras inclinaciones. Es útil, por regla general, el sobresalto que nos causa el ruido, pero no lo sería si se tratase de un ruido cuyo origen conocemos y que estaba previsto de antemano. De ahí la diferencia entre nuestro comportamiento en uno y otro caso.

Vamos a empezar ahora el estudio de las notas musicales. La diferencia más sencilla, aunque diste mucho de ser la más interesante entre las notas distintas, estriba en su intensidad; y todo cuanto ha de decirse respecto de este particular, es aplicable también a los sonidos.

LA FUERZA O INTENSIDAD DE LOS SONIDOS DEPENDE DEL TAMAÑO DE LAS ONDAS SONORAS

La intensidad del sonido depende de la dimensión de las ondas que lo producen. La palabra apropiada al caso, no es dimensión ni tamaño, sino amplitud; de manera que el sonido resulta tanto más fuerte cuanto mayor es la amplitud de las ondas. Si las ondas sonoras fuesen parecidas a las olas de agua, un sonido muy débil correspondería a una leve ondulación y un sonido muy intenso a una gran ondulación. Hay algo más, sin embargo, que es preciso tener en cuenta, pues al emplear la palabra intensidad, aplicándola a los sonidos, nos

referimos, desde luego, no sólo a las circunstancias externas, sino a lo que ocurre en el oído mismo. Ahora bien, el hecho que conviene notar es el de que, si consideramos varias notas, altas o bajas, producidas por ondas, cuyo tamaño o amplitud es exactamente igual, no sonarán en nuestro oído esas notas con la misma intensidad. De modo que, si bien es cierto que la fuerza de una nota determinada depende de su amplitud al comparar entre sí varias notas diferentes, observamos que, aun teniendo todas idéntica amplitud, la intensidad parecerá tanto mayor cuanto más alto sea el diapasón. Es decir, que nuestro oído es más sensible para las notas altas o agudas que para las notas bajas o graves.

Esto es importantísimo desde el punto de vista de la música. Significa, en efecto, que cuando escuchamos un conjunto de voces o una pieza tocada en el piano, nuestro oído propende siempre a dar más importancia a las notas elevadas que a las bajas.

POR QUÉ SE OYEN MEJOR LAS NOTAS ALTAS QUE LAS BAJAS

Puede darse, por ejemplo, el caso, de que los bajos y los contraltos de un coro produzcan, al cantar, el mismo volumen de sonido que los tenores o las sopranos; pero como nuestro oído es más sensible para las notas agudas, oiremos mejor a éstos últimos. Por eso suele encomendárseles la ejecución del aire o melodía de la composición musical, mientras que los bajos sólo cantan en acompañamiento. Asimismo, si cuando tocamos el piano la melodía corresponde a las notas más altas de la derecha, podemos usar las dos manos y todos los dedos con la misma fuerza, sin que deje de destacarse dicha melodía, porque nuestro oído es más sensible para los tonos agudos. Pero hay ciertas composiciones en que la melodía corresponde a la mano izquierda y el acompañamiento a la mano derecha; en tal caso, si ambas manos tocasen con la misma fuerza, no distinguiríamos bien la melodía, oyéndose principalmente su acompañamiento sin sentido alguno. Es preciso, por lo tanto, que el pianista toque suavemente con la mano derecha y marque bien las notas con la izquierda, a fin de compensar la diferencia de sensibilidad del oído para los unos y los otros sonidos.

Es interesante, por otra parte, que en lo que se refiere a causar miedo o sobresalto, las notas bajas son muchísimo más eficaces que las altas. El sonido repentino de una flauta, aunque sea muy intenso, y cause fuerte impresión en el oído por ser de tono elevado, no produce, en lo tocante a susto, ningún efecto que pueda compararse con el producido por el trueno o por cualquier sonido que se parezca a un gruñido. Es un hecho bien conocido el de que a los niños pequeños les da más miedo una voz de tono grave que una voz aguda, aunque esta última sea mucho más intensa. Es probable que esto sea debido a que los sonidos graves, aun percibiéndolos con menos intensidad, corresponden de un modo más aproximado a la voz de los animales carniceros, como el león y otras fieras, que se nutren con la carne de las presas que cazan.

DE QUÉ MODO PUEDE DIBUJARSE UN SONIDO EN UNA HOJA DE PAPEL

Pasaremos a estudiar ahora la elevación de los tonos musicales, siendo fácil demostrar que la diferencia entre una nota alta y una nota baja depende del numero de ondas que llegan a nuestro oído en un tiempo determinado. No ofrece dificultad alguna efectuar la demostración; bastará con que tomemos un diapasón o templador y lo hagamos vibrar después de haber sujetado a uno de sus brazos algo que pueda dejar huellas sobre una hoja de papel ahumado, moviendo dicho papel con determinada velocidad. Obtendremos de este modo una línea sinuosa que quede señalada en el papel, y podremos contar el número de vibraciones efectuadas por el diapasón en un segundo. Resulta que este número será tanto mayor cuanto más elevado sea el tono del sonido.

El sonido que produce el templador se va apagando poco a poco; pero por débil que sea la nota, su tono será siempre el mismo. Si examinamos la traza

dejada en el papel por el brazo del templador, nos haremos cargo de por qué ha de ser así. La dimensión de las ondas dismimuye gradualmente a medida que el templador va perdiendo su energía, y por eso decrece la intencidad del sonido; pero el número de vibraciones por segundo siempre es el mismo, por pequeñas que éstas sean, y por lo tanto no varía el tono.

DE DÓNDE PROVIENE EL NOMBRE MUSICAL QUE SE HA DADO A LA SIRENA

El instrumento más apropiado para estudiar la altura de los sonidos musicales se llama sirena. Este era el nombre que se daba a unos seres fabulosos, mitad pez y mitad mujer, que cantaban de un modo tan exquisito que nadie podía resistir a su hechizo; y ese mismo nombre se ha dado en broma a las sirenas modernas, las cuales producen sonidos, que son ciertamente musicales, pero que nada tienen de encantador. La sirena se compone simplemente de un tubo por el cual se sopla aire y cuya boca está cerrada por una plancha metálica giratoria llena de agujeros, de manera que sólo puede pasar el aire, cuando uno de los agujeros está frente al tubo. Sabiendo cuántos agujeros hay y el número de vueltas que da el disco por segundo, podremos calcular el número de vibraciones que corresponden al sonido percibido.

Si empezamos muy despacio, puede que, por ejemplo, no pasen en un segundo por delante de la boca del tubo más que diez agujeros, lo cual representa sencillamente diez soplos u ondeadas por segundo. Bien es verdad que oiremos cada uno de esos soplos separadamente, porque producen ciertas vibraciones en los objetos cercanos, y algunas de esas vibraciones corresponden a sonidos perceptibles para nuestro oído.

UN SILBIDO QUE ES ENGENDRADO POR TREINTA MIL SOPLOS POR SEGUNDO

Pero los diez soplos por segundo no forman en conjunto un sonido perceptible. Sin embargo, cuando llegan a doce o trece, hay algunas personas capaces de percibir una nota grave sumamente profunda; y todo el que tenga el oído sano percibe una nota baja cuando el número de soplos alcanza unos diez y seis por segundo.

A medida que aumenta ese número, va subiendo de tono la nota que oímos, hasta que por fin se convierte en una especie de silbido excesivamente agudo. El número de soplos puede ser entonces de treinta mil por segundo, y aun más. Ahora bien, si hay varias personas escuchando, y sobre todo, si estas personas son de edades diferentes, se observa que dejarán una tras otra de percibir el sonido, mientras que algunas seguirán oyendo una nota agudísima. Las personas de más salud suelen ser, por lo regular, las que no pueden oir esos sonidos tan elevados.

Hará cosa de un cuarto de siglo, Sir Francis Galton realizó varios experimentos sumamente interesantes relativos al efecto producido en los animales por un silbato de tonos muy agudos, y observó que los leones y los gatos se muestran particularmente sensibles a esa clase de sonidos, mientras que otros animales no parecen advertirlos.



ESTATUA ERIGIDA EN LA HABANA AL ILUSTRE EDUCADOR CUBANO DON JOSE DE LA LUZ CABALLERO



Entrada del puerto de Santiago de Cuba.

CUBA—LA COLONIA Y LA REPÚBLICA

LOS « SALTEADORES DE MAR »

Las noticias, exageradas por la fantasía, de los países fabulosos descubiertos en el Nuevo Mundo (toda la América) atrajeron no sólo aventureros colonizadores de España, sino que, con pretexto de las rivalidades de ésta con las demás naciones, aparecieron por las costas antillanas, y más tarde por las del Continente, ladrones de mar, que asaltaban las islas por los lugares en que estaban situadas las poblaciones más prósperas; y pasando a cuchillo a sus habitantes robaban cuanto éstos habían acaparado.

Eran ingleses, franceses, holandeses y dinamarqueses que atacaban a sangre y fuego las posesiones españolas en América, poniéndolas, luego que se apoderaban de ellas, bajo el mando de las naciones a que pertenecían, como sucedió con Jamaica, Haití y otras.

Muchos han querido establecer diferencias en esa clase de salteadores, y realmente puede haberlas en cuanto a variantes en el procedimiento, que siempre era malo, lugar de operaciones y « mercancía » de preferencia, pero la finalidad siempre era la misma: el robo, y, para ejecutar éste, la matanza y el incendio.

Han querido otros proponer cierta disculpa para los llamados *corsarios*, que eran marinos, o también *salteadores de mar* autorizados por el gobierno de su nación para combatir la escuadra española en sus colonias. Varios de esos corsarios fueron realmente marinos profesionales, como algunos ingleses que auxiliaron a los barcos de su país en las guerras, pero todos atacaron a España en sus barcos mercantes, los galeones cargados de oro o mercancías; y el hecho de que el robo sea autorizado no le quita su cualidad de robo.

Un día se notaba gran animación en los muelles de Londres, y a todo lo largo del río Támesis, desde el mar. La población estaba entusiasmada esperando uno de los hombres más famosos de aquellos días, a quien los poetas habían dedicado elogios y cuya popularidad era tan grande que los muchachos cantaban sus proezas, en coplas, por las calles: era Tomás Cavendish, corsario inglés, en moda, a quien su gobierno había autorizado. Los londinenses vieron, admirados, hender las aguas del río al buque de Cavendish, que llevaba jarcias de seda y velas de damasco. El corsario

vestía lujosamente, con valiosos adornos de oro, y la marinería estaba de gala, ostentando pistolas y dagas con labrados de oro y plata, y ricas cadenas en el cuello. Todo eso era el producto de sus correrías por los mares de América.

La Compañía holandesa de las Indias llevó a tal actividad sus *negocios* y tan buenas ganancias obtuvo, que operaban por su cuenta unos 800 barcos y *ganaron* cerca de mil millones de pesos...

Con el pretexto de represalias llegó en 1669 una expedición francesa, capitaneada por Delisle, a Puerto Plata, Haití, penetrando hasta Santiago de los Caballeros, que incendió; y, como medida de guerra, saqueó la ciudad, robó los templos, secuestró personas y familias enteras, por las que exigió grandes sumas de dinero para su rescate.

Los buques españoles se artillaron, y en seguida hubo reñidos combates entre ellos y los salteadores del mar; pero hay un hecho muy significativo, que denuncia la verdadera índole del propósito de aquellos navegantes. Al principio, y después, cuando sus irrupciones eran puramente de rapiña, y cuando ya no se encubrían con el carácter de guerra, atacaban las naves al volver, de regreso, para España, esto es, cuando estaban cargadas de los tesoros adquiridos por los conquistadores.

Los conquistadores españoles, pues, que tan fácilmente habían reducido a los indígenas de Cuba, y algo más laboriosamente a los de Haití y Santo Domingo, una vez arraigada su colonización tuvieron que luchar más para mantenerla que antes para llegar a empezarla.

La lucha fué ruda, y en ella hubo verdaderos horrores, si bien no faltaron acciones caballerescas, en medio de la crueldad y la violencia.

El pirata inglés Morgan llegó con 500 hombres en nueve barcos a Nueva Granada (Colombia) y se apoderó de Portobelo y Maracaibo. Para vencer al gobernador y a las tropas españolas en Portobelo, desembarcó, con su gente, de noche, y ocupó los conventos. Como desde las fortalezas se defendía, negándose a rendirse, la guarnición, Morgan dispuso que sus hombres fueran al asalto, poniendo las escalas y haciendo que cada hombre llevase una monja a manera de escudo que le cubriese. Su esperanza era que la tropa no hiciese fuego; pero los españoles tiraron... y sobre los cadáveres de las mujeres fueron los bandidos al asalto, y mataron al Gobernardor, que se negaba a rendirse.

Don Pedro de la Vaquera, alcalde mayor en Nueva Galicia (México), no tenía fuerzas para rechazar unos piratas holandeses que llegaron a las costas de Huetlan, y fingió recibirlos con gran complacencia. Les obsequió con un banquete, donde embriagó a diez y ocho de ellos, y, ya en ese estado, los amarró y remitió a la capital. El gobernador, don Francisco de Ayza, se indignó contra el procedimiento, puso en libertad a los prisioneros tan villanamente aprehendidos, y hasta les proporcionó recursos para marcharse.

Ataques piráticos a Cuba

Desde un principio fué Cuba lugar de predilección de piratas europeos y caribes; pero estos últimos fueron sometidos y acabados prontamente.

La obra de los salteadores europeos, completando la de la matanza por los españoles, la de las epidemias y la del cruzamiento con los blancos, exterminó por completo la raza india cubana.

Innumerables fueron los piratas y corsarios que asaltaron a Cuba, o que se establecieron en las islas y cayos que la rodean, y aun en sus costas.

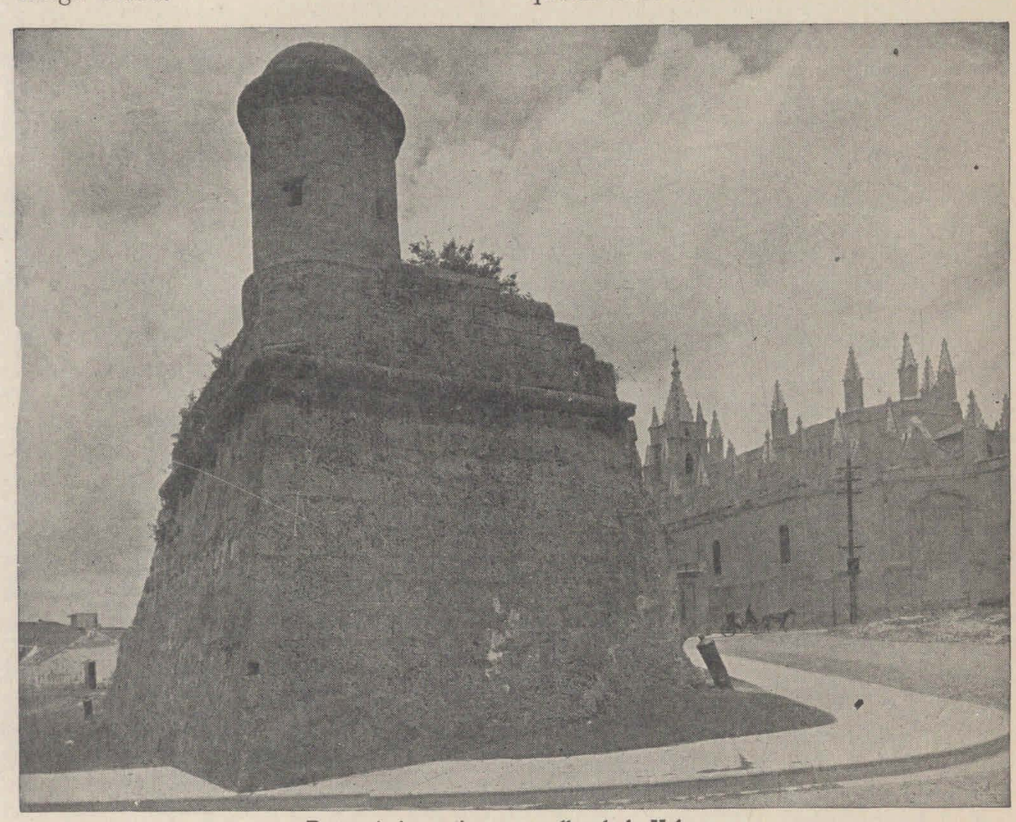
Sin duda, la proximidad de las islas en que los bandidos hicieron sus asociaciones o refugios, y la fama de su fertilidad, sus lavaderos de oro, etc., llamaron especial atención sobre Cuba.

Los piratas ingleses y franceses estubieron acuartelados en la isla de San Cristóbal desde 1625 hasta 1630, en que una escuadra española los expulsó. Pero de allí se trasladaron a la Tortuga, de la que se hicieron dueños, y en lo sucesivo constituyó el foco de sus correrías y el almacén de sus latrocinios.

Entre aquellos que atacaron a Cuba los más conocidos fueron: franceses, Jacques de Sores, Richard, Girón, Pedro Legrand, Francisco Nau (el Olonés), Fraquesnay y Grammont; holandeses, Pitt Hein, Cornelio Jols y Lorenzo Graff; ingleses, Francisco Drake y Henry Morgan; y un cubano, Diego Grillo.

DESDE LOS CORSARIOS Y PIRATAS HASTA LAS CONSPIRACIONES

La prolongada y fatigosa empresa de abatir la piratería redujo la colonia de Cuba a un estado lamentable. Apenas había, al finalizar el siglo XVII, treinta o cuarenta mil habitantes en toda la Isla. El indígena desaparecido, los conquistadores-colonos diezmados, escasa inmigración, pocos productos, ninguna industria, rivalidades en el gobierno, leyes tiránicas económicas—todo contribuía a empobrecer la población, a impedir su desarrollo y a hacer muy difícil la vida.



Restos de las antiguas murallas de la Habana.

No siempre salieron vencedores estos famosos malhechores, pues muchos pagaron con la vida sus crímenes.

La prueba definitiva de que las fechorías de aquellos malvados que infestaron los mares antillanos eran fomentadas y protegidas por sus respectivos gobiernos, es que en cuanto la política trajo la alianza de España, Holanda e Inglaterra, desaparecieron. En 1697 fueron barridos de una vez por Lord Neville, de la armada inglesa.

Los ingleses se encargaron de mantener la inquietud. Con motivo de la guerra europea llamada de Sucesión, por la sucesión del rey Carlos II de España, en la que contendieron Francia y Austria, aliándose a ésta Inglaterra y Holanda, pues que Francia mantenía

los derechos del nieto de Luis XIV (que al fin reinó, con el nombre de Felipe V), y Austria quería hacer valer los del Archiduque Carlos; con motivo de esa guerra, volvieron los ingleses a Cuba.

Carlos Gaut, inglés de Jamaica, desembarcó en Casilda en 1702.

Graydon y Walker se presentaron con dos escuadras inglesas frente a la Habana (1703 y 1707) en son de guerra, pero fueron rechazados.

Todavía en 1726 la escuadra inglesa del almirante Hossier amenazó la Habana durante una semana.

El almirante Vernon desembarcó en Guantánamo (en 1741), acampó, hizo defensas y empezó a fundar la población de Cumberland. El clima, las epidemias, la falta de elementos, le hicieron desistir y se retiró.

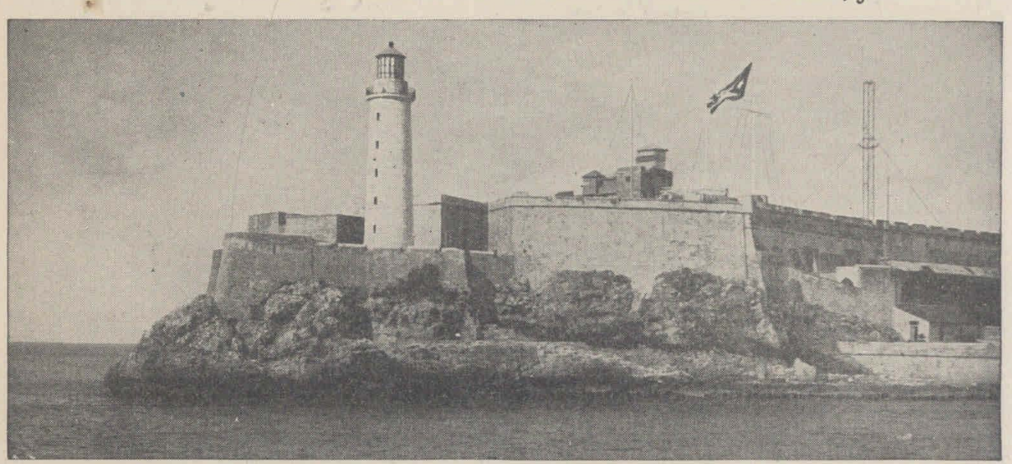
El almirante Knowles, puesto en fuga en Santiago de Cuba, mantuvo un combate (en 12 de Octubre de 1747) con la escuadra española mandada por Reggio, combate que, sin vencedores ni vencidos, quedó por los españoles al tenerse noticia de haberse firmado los preliminares de paz entre las naciones beligerantes.

Los ingleses volvieron sobre la Isla por motivo del Pacto de Familia, celebrado entre España y Francia.

Unos doscientos barcos ingleses, procedentes de Inglaterra y de sus posesiones antillanas, entre los que había veintitrés de combate, se dirigieron a la Habana. Mandaba la flota el almirante Pocock, y las fuerzas de invasión Lord Albemarle.

Sitiada y tomada la ciudad, mediante atrevidos y afortunados desembarcos por San Lázaro y Cojímar, para ir estrechando el círculo sobre la población, los ingleses dominaron la Habana desde el 13 de Agosto de 1762 hasta el 6 de Julio de 1763; en total, diez meses y veintitrés días.

Por este tiempo, como la raza india cubana había desaparecido sin dar lugar a un cruzamiento sostenido, y los nuevos nativos eran europeos, hijos de españoles, interesados en el mantenimiento de sus propios intereses, no existía diferencia política entre colonizados (si así pudieran llamarse) y colonizadores. Otra parte de la población era esclava, negros africanos, o sus hijos, cruzados o no, que eran españoles o no eran cubanos. No hay, pues, exactitud de expresión al asegurar que los cubanos, en el sentido de entidad nacional política, ayudaron a combatir contra los ingleses. José Antonio Gómez (*Pepe Antonio*) era, al frente de su *partida*, casi todos negros (a quienes, por espíritu de clase, nunca se les ha querido reconocer que fueron los más bravos), un colono español al frente de su mesnada que defendía sus intereses y correspondía a su cargo de regidor de Guanabacoa.



El castillo del Morro, a la entrada del puerto de la capital de Cuba.

PRODUCCIONES CUBANAS

El laboreo de minas quedó paralizado por su escaso rendimiento. Apenas se propalaron las noticias de otros países descubiertos en el resto de la América, en los que abundaban el oro y la plata, no ya en las entrañas de la tierra, ni en las arenas de los ríos sólo, sino en masas, labrado, en gran abundancia y bastando tender la mano para hacerlo suyo, los más aventurados partieron, y aquella rama naciente de la riqueza de Cuba se perdió por completo.

El tabaco lo habían encontrado los conquistadores en el país; lo llamaban los indios *cojiba*. Es una planta cuyas hojas disponían como en un pequeño paquete, rodeado de otra hoja, el que encendían por un extremo mientras tiraban del otro con los labios. Así fumaban el *tabaco*, conocido hoy por *puro*. Se ha discutido por varios autores el origen del nombre tabaco: unos creen que tal era el nombre de las hojas enrolladas, otros aseguran que era el de la especie de pipa que usaban para fumarlo. Es posible que se llamase tabaco la operación de fumar; y de aquí que se aplicase tanto a la hoja torcida, como al aparato.

Hasta el siglo XVII, dos después del descubrimiento, no se generalizó en Europa el consumo del tabaco, y entonces su cultivo tomó incremento en Cuba. Como su producción excedía ya de 30.000 quintales y el tabaco cubano era más estimado que el del Brasil y el de Virginia, el gobierno español determinó acaparar el producto y venderlo por su cuenta. La medida que para este fin se tomó fué el llamado *estanco del tabaco*. El gobierno compraba al cosechero, a precio obligado, y después revendía al Exterior, quedándole una enorme ganancia. Pudiera decirse que los cargamentos de tabaco fueron para Cuba, lo que los de te para los Estados Unidos. Desde aquel punto y hora el Gobierno Colonial daba el primer paso, definitivo y eficaz, en la división entre cubanos, oprimidos, y españoles, opresores.

La caña de azúcar era desconocida en Cuba; fué traída de la Española, adonde la llevó Cristóbal Colón. Sucesivamente se introdujeron varias clases más de esa gramínea. El primer ingenio que se estableció o trató de establecerse en la Isla, fué en 1547, en la vecindad de Santiago, siendo gobernador de la Habana Juanes Dávila.

En 1789, doscientos noventa y siete años después del descubrimiento, se autorizó la libre introducción de utensilios agrícolas y aparatos y maquinaria extranjeros para la fabricación de azúcar.

A partir del estanco del tabaco, el Gobierno se había cuidado de ahondar más la diferencia entre cubanos y españoles, privilegiando a los segundos en daño de los primeros, que eran ellos mismos o, por lo menos, sus hijos. La industria azucarera fué monopolizada por el colonizador con perjuicio del nativo, que estaba relegado a las faenas agrícolas o al servicio de las haciendas.

Los primeros ingenios hicieron azúcar a mano. Más tarde se perfeccionó el procedimiento haciendo *trapiches* movidos por animales, caballos o bueyes, mediante barras, y a manera de noria, para hacer girar los cilindros, mientras uno o dos esclavos iban colocando las cañas entre ellos. El cocido del *guarapo* se hacía en grandes cazos, al descubierto.

Tampoco era indígena el café, sino exótico. Originario de Abisinia, fué llevado a la Martinica por Declieux, y traído a Cuba por Don José Gelabert, en 1748. Vacilaron su cultivo y su producción por mucho tiempo, hasta que con el impulso de los inmigrantes franceses, procedentes en su mayoría de Santo Domingo, a causa de las revoluciones y guerras de aquel país, fueron creciendo, al extremo de observarse esta enorme y elocuente diferencia: en 1770, se exportaron 2.000 quintales del grano; en 1883, unos 642.000.

El primer cafetal fomentado en Cuba, en 1748, fué en Wajay, pueblo muy cercano a la Habana.

El café llegó a ser una fuente de riqueza para los colonos.

La esclavitud

Al poner los conquistadores sus plantas en tierra americana ya quedó constituída la esclavitud en América; pero se necesita ser completamente lego en historia para afirmar que la esclavitud fué un privilegio inicial de la América. Los egipcios sometieron a la más vil esclavitud a los hebreos libres. Ni siquiera empezó el negro a ser esclavo en América. Ya los había en España, Portugal y otros países, cuando el Padre Las Casas pensó en introducirlos como tales en las colonias en sustitución del indio, perezoso, melancólico, obstinado y débil.

Al principio, contenida la introducción de esclavos en Cuba, por la sola razón de que se imposibilitaba casi, por estar los mares infestados de piratas, cobró impulsos en las *licencias* o *asientos* para la trata celebrados por España, primero con la Compañía Real de la Guinea Francesa (1701 a 1712) y con la Compañía Inglesa del Mar del Sur (1713 a 1750). La compañía inglesa debía introducir en Cuba, en un período de treinta años, ciento cuarenta y cuatro mil esclavos negros; y la compañía francesa, cuarenta y ocho mil en once años.

El rey de España percibiría $33.33 oro por cada esclavo introducido; de manera que las dos compañías debían rendirle en cuarenta y un años la suma de $6.399.360.

La trata tuvo un nuevo impulso en 1789 y 1791, haciéndose libre, lo que aumentó notablemente la población.

En 1820, por convenio entre España e Inglaterra, sería impedido tan infame comercio; pero a pesar de eso y de las instancias y protestas de la segunda, siguió por mucho tiempo la introducción de esclavos, con el consentimiento de los gobernantes de la Colonia.

El comercio

Restringido a la importación de productos españoles, para las necesidades perentorias de la vida, y a la exportación de productos cubanos exclusivamente para España o por España, fué primero una de las causas de la piratería y después la causa inicial del gran descontento del país. España estableció en Cuba, como en todas sus colonias, un monopolio mercantil odioso, que por de pronto perjudicaba a los colonos, pero que más tarde la perjudicaría a ella más que a nadie. La prohibición del comercio con los extranjeros dió lugar al contrabando, esto es, a la introducción a escondidas, *contra* los *bandos* que la prohibían, de artículos extranjeros de comercio. En 1668 se constituyó la Compañía Guipuzcoana, flota mercante armada y autorizada en corso para reanimar el *negocio*, bastante impedido por las otras naciones y muy quebrantado por el escandaloso aumento del contrabando, en el que eran cómplices las mismas autoridades coloniales.

Para vergüenza de aquellos días y de aquellos hombres, baste decir que la mayor fuente de riqueza era el comercio de esclavos.

Así como en Europa, sobre todo en Inglaterra y Francia, el origen de muchos títulos nobiliarios y grandes fortunas, que todavía hoy se jactan de su prosapia, estuvo en las criminales y espantosas fechorías de los piratas y corsarios, con todas sus clasificaciones: *filibusteros*, *bucaneros*, *hermanos de la costa*, etc.; del mismo modo la fuente de casi todos los grandes capitales privados de Cuba fué la esclavitud del negro, arrebatado a su país con engaño o a la fuerza, y traído a la colonia para tratarlo como ser irracional, mal vestido, mal alimentado, maltratado, negándole los sentimientos naturales de la maternidad, que hasta en los animales inferiores son instintivos.

Las negras eran vendidas como vacas, según fueran malas o buenas *productoras*, porque cada hijo que naciera aumentaba la propiedad del amo. El castigo común era el *bocabajo*: se tendía boca abajo al esclavo sobre un potro o banco, se le ataba fuertemente, y así se le daban hasta mil azotes, con un látigo llamado *cuarta*. Los criminales abusos de que fueron víctimas los infelices es-

LA HABANA

PASEO DEL PRADO

PARQUE DE LA INDIA

clavos sobrepasan a los horrores de la Inquisición.

La Real Compañía de Comercio de la Habana obtuvo, no ya la contrata general y exclusiva del tabaco, sino privilegio para llevar a España, solamente la Compañía, azúcares, mieles, maderas de construcción, cueros y otros artículos de exportación; y para traer a la Isla los efectos de consumo procedentes de la Península.

Las concesiones particulares todo lo paralizaban. Todavía a principios del siglo XVIII apenas había en Cuba ciento cincuenta mil habitantes, y la exportación anual del azúcar, el montante de esa industria que actualmente es su gran riqueza y la base de su vida económica, sin la cual perecería, no alcanzaba a 20.000 arrobas; mientras que Jamaica, posesión inglesa desde 1655, con ser tan pequeña, producía ya 700.000 quintales; y en Haití (parte occidental de la isla de Santo Domingo), cuya extensión es menor que la de algunas de las provincias cubanas, posesión francesa desde 1697, había más de quinientas plantaciones de azúcar y café, y la exportación producía veinte millones de pesos.

La dominación inglesa en la Habana, bajo el gobierno de Lord Albemarle, reveló al país hasta qué grado de prosperidad podrían llevarle la industria y el comercio bien administrados y, sobre todo, *libre*, que de hecho no existían antes. Por la autorización del *comercio libre* entraron en el puerto habanero, en un año, cerca de mil buques mercantes, y empezó a conocerse la Gran Antilla en todo el mundo.

Fácil fué a opresores y oprimidos considerar las ventajas de las medidas inglesas, cuya dominación se había extendido, espontáneamente, por el Oeste hasta Mariel y por el Este hasta Matanzas, porque devuelta la Habana a España, en virtud del tratado de paz de Versalles (10 de Febrero de 1763), no tardó el Gobierno en volver a su monopolio.

Volvió el estanco del tabaco, creóse la Intervención de Hacienda para el recargo y exigencia de los tributos públicos, se cerró el puerto a los barcos extranjeros (1776), admitiendo las mercancías de otros países sólo en barcos nacionales y con un trámite de aduana que las encarecía escandalosamente, y aunque se proclamaron importantes reformas que daban al comercio mayor libertad, es lo cierto que, de hecho, se renovaron los abusos, las exacciones y los privilegios existentes antes de la dominación inglesa.

Bajo el gobierno del Marqués de la Torre (1771–1777) se rebajaron los derechos de exportación (a esto se redujo la reforma) sobre azúcares y otros productos que, naturalmente, iban para la Metrópoli, que los revendía. La industria de la cera obtuvo entonces un desarrollo que hoy no tiene. Se llegaron a exportar 20.000 arrobas al año. Las abejas fueron importadas en Cuba en 1763. El comercio de esclavos aumentó también, con ese gobernante.

Los hijos del país, que ya estaban perfectamente destacados en la colonia, dividida en españoles y cubanos, que el general Tacón se encargó de definir completamente, empezaron a hacer sus esfuerzos de mejoramiento. Arango obtuvo en 1795 la creación del Real Consulado de Agricultura y Comercio, que dió aspecto científico a los cultivos, según lo muy poco que entonces se conocía; que estudió las producciones naturales de la Isla: minas, maderas de construcción, etc.; que introdujo el hielo, y, sobre todo, que logró la libertad de comercio y el desestanco del tabaco. No hay que engañarse, sin embargo, respecto a estos triunfos: siempre quedaron cortapisas, reales órdenes y medidas que los hicieron más nominales que ciertos.

Lo que dió un verdadero impulso a la industria azucarera fué, desde 1791 y 1795, la inmigración de españoles y franceses procedentes de Haití y Santo Domingo, que se dedicaron al cultivo de la caña, introducida ya la de Otaití, superior a la que había antes. La producción anual alcanzó por entonces a 7.500.000 arrobas de azúcar.

Ni siquiera fué en verdad comercio libre el decretado en 10 de Febrero de

1818 por Fernando VII, rey de España, a pesar de los nobles esfuerzos de Don Alejandro Ramírez, superintendente de Hacienda, y de los Consejeros de Indias Don José Pablo Valiente y Don Francisco de Arango y Parreño. No obstante, algo mejoró la situación.

INDUSTRIA Y EDUCACIÓN

La industria en las encomiendas dió pobres resultados, y, si alguno dió, obedecía más a la exagerada labor que hacían rendir a los indios, sin remuneración, que al producto mismo. El Gobierno necesitaba preocuparse más del sostenimiento de la colonia y de rechazar piratas y corsarios. Aparte que, desde muy al principio, empezaron los *litigios*, las *residencias* o procesos; las trampas y enredos de los *bachilleres* (abogados o picapleitos), y los formalismos documentales, escrúpulos de hijosdalgo, trámites de Audiencia, bandos militares, rivalidades de gobernantes, y mil polémicas más, que ocupaban la atención, el tiempo y las energías. Si bien es cierto que muchos caballeros vinieron a la conquista como jefes, también lo es que les siguió mucha gente maleante.

Descontando la industria azucarera (de la que ya hemos dicho bastante, dentro de las posibilidades de los límites de este bosquejo, para conocer a la ligera su desarrollo), el tabaco empezó con más bríos. A principios del siglo XVIII había muchas *vegas* (siembras) en la Habana, empezaba a conocerse en *Vuelta Abajo*, y prosperaban de oriente a occidente en Caney, Mayarí, Holguín, Bayamo, Remedios, Sancti-Spíritus, Trinidad y Canasí.

En la Habana se creó una Factoría General (1719), con sucursales en Santiago, Bayamo, Trinidad y Remedios. Poco a poco se extendieron las fábricas de cigarros puros y con papel.

La industria del curtido de cueros fué pobrísima. Basta observar su estado actual, para deducir el que tendría en la Colonia.

Las maderas de construcción salían todas para España, o con ellas se construían, en el Arsenal de la Habana, los mejores buques de la marina española, mercante o de guerra.

Se talaban los montes, destruyéndolos, con *aprovechamiento* forestal; pero sin la más pequeña selvicultura. Actualmente aun se hace eso: se derriban los árboles; pero nadie se cuida de reponerlos y ni aun de respetar los que todavía no están bien maderificados.

La educación popular fué desconocida durante todo el período colonial. Apenas había una poca instrucción, formalista y de precepto. Los conquistadores, hasta los más notables, eran en su mayoría analfabetos. Pocos como Hernán Cortés eran casi literatos. Y en verdad que mejor se condujeron los iletrados, como Pizarro, que los Enciso, los Corral, los Pedrarias, y otros *bachilleres y licenciados*.

La ignorancia y las preocupaciones impedían toda cultura. Siguiendo la norma del mundo entero, una mujer letrada era mal vista.

Al principio hubo descuido; más tarde ya fué un propósito del Gobierno mantener al país en la ignorancia y los vicios, para mejor dominarlo. Primero se atendieron las oficinas de recaudación, las fortalezas, las cárceles, que las escuelas. A la Sociedad Económica de Amigos del País o Sociedad Patriótica de la Habana, creada en 1793, se debe la primera biblioteca.

El obispo Espada (1802) tuvo que vencer grandes resistencias para reformar el Asilo de San Francisco de Sales y el Seminario de San Carlos, pues el Gobierno veía un *peligro* (y lo era) en la propagación de la enseñanza.

El superintendente Ramírez fundó la Sección de Instrucción Primaria en la Sociedad Patriótica; la Academia de Dibujo y Pintura de San Alejandro; el *Jardín Botánico*, y las cátedras de Anatomía y Botánica, quedándose en proyecto la de Química.

Ciertamente que desde el siglo XVII, y aun antes muy deficientemente, existían centros docentes en la Isla, establecidos por filántropos particulares o por comunidades religiosas. En 1571 Don Francisco Paradas dejó un legado para

la enseñanza del latín. Don Juan F. Carvallo fué fundador de la Escuela de Belén. Conyedo daba lecciones en Villaclara, en 1712, y fundó una escuela en Remedios.

El Seminario de Santiago de Cuba, la Universidad y el Seminario de la Habana, habían sido fundados en 1607, 1689 y 1728, con mala organización y enseñanza puramente escolástica; pero el analfabetismo reinaba, y la inmoralidad, los vicios, la corrupción política y administrativa, eran su consecuencia.

El primer periódico que se publicó en Cuba, literario y económico, fué el *Papel Periódico*, fundado por Don Luis de las Casas. Colaboraron en él el sacerdote Don José Agustín Caballero, el Dr. Tomás Romay y el poeta Don Manuel de Zequeira, con otros cubanos ilustres.

Alrededor de Don Luis de las Casas, y a partir de él, se inició una reacción favorable a la causa de la enseñanza, que poco después cayó de nuevo en la inercia, si se exceptúan unos pocos establecimientos, más instruyentes que educantes, y eso dentro del más riguroso formalismo.

Los colegios del *Salvador* y *Carraguao* en la Habana, y *La Empresa* en Matanzas, fueron más centros indirectos de *cubanización*, que otra cosa.

Las *reformas* de la Universidad se hicieron en 1842. Los que la conocieron todavía en los tiempos de la última guerra de independencia (1895), pueden acreditar su deficiencia.

ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA

La administración se reducía a las exacciones abusivas, al acaparamiento comercial, al monopolio en la industria y a la creación de oficinas con crecido personal, grandes derechos documentales, papel sellado, diversos timbres y prolijos impuestos. No se puede negar que poco a poco, muy lentamente, el país crecía y los negocios se ensanchaban, pero en una medida infinitamente inferior a las necesidades y los recursos que el mismo país tenía.

Por imprescindible necesidad se hacían las mejoras.

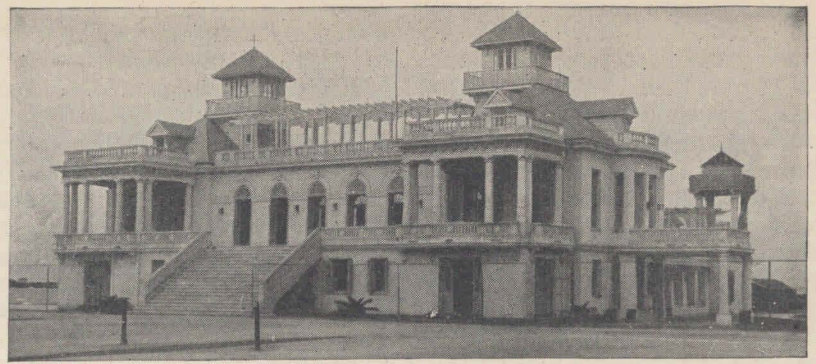
La política colonial era funesta. Los colonizadores habían establecido ayuntamientos, pero las libertades municipales eran ilusorias. El espíritu de las leyes era mal interpretado. Los gobernantes que España mandaba a sus colonias, iban con el afán de enriquecerse, salvo dignas excepciones, no muy numerosas, y a fe que lo conseguían. Los empleados inferiores seguían el ejemplo de los superiores. Reinaban en las colonias el soborno y el cohecho como las cosas más naturales y corrientes. Los españoles nacidos en América se lamentaban del nepotismo imperante, y más todavía de la arrogancia, el orgullo, la altanería de los peninsulares. Éstos miraban a los criollos como si fueran de otra casta, sin ver que eran los hijos o los nietos de los conquistadores. La persecución a los elementos del país que se distinguían, y que el Gobierno llevaba sistemáticamente, porque además de la antipatía les animaba el temor de perder la colonia, culminó en la política de odio del General Tacón. Este militar, vencido en Palacé, en Nueva Granada, traía aparejada al rencor de su derrota la convicción de que el Gobierno, « con su tolerancia liberal », había contribuído a la pérdida de los dominios españoles en América, y se dedicó, pues, a impedirlo en Cuba. Su primer acto de tiranía fué el destierro de Don José Antonio Saco, estadista y escritor cubano, « porque la juventud seguía con mucho calor sus ideas ». Se opuso Tacón a la libertad de la prensa; no quiso reorganizar los ayuntamientos; apoyó la Comisión Militar, manteniéndola contra un real decreto, para perseguir a los cubanos *sospechosos*; influyó en España para que las Cortes no aceptasen a los diputados cubanos, y entonces quedaron ya desunidos españoles y cubanos. Era la ruptura de hostilidades.

Todo esto tuvo su remate en el fracaso de la Junta de Información que España misma había convocado, y a la que desdeñó, empeorando la situación política.

CONSPIRACIONES Y LEVANTAMIENTOS

Forzosamente había que llegar a la violencia para el mantenimiento de esa situación intolerable, por parte del

LA HABANA



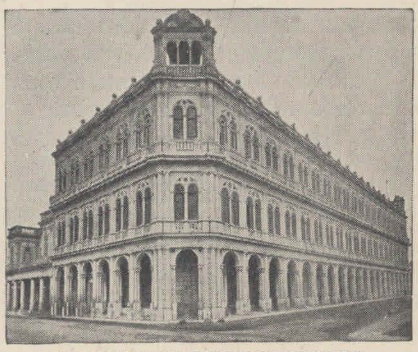
EL TENNIS CLUB, EN EL VEDADO



LA CATEDRAL



LONJA DEL COMERCIO



CENTRO DE DEPENDIENTES



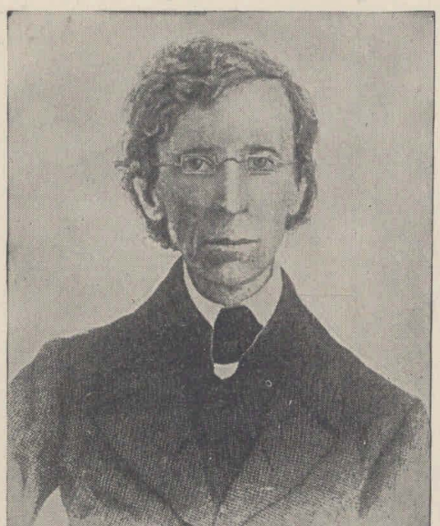
Gobierno, y fácil de comprender es que los cubanos procurasen remediar el mal y resistir la opresión.

Escasas las producciones, aumentada la esclavitud, monopolizado el comercio, insignificante la industria, descuidada la educación, la administración corrompida y el cubano postergado y perseguido; la ley natural de protesta y defensa se impuso.

CONSPIRACIONES DE ESCLAVOS

Al través de la historia se han confundido muchas veces a los laborantes por la separación de Cuba de España, o de su independencia, con los esclavos conspiradores o sublevados que, en uso de un derecho humano, intentaron varias veces ganar su emancipación a cualquier precio.

Primero fueron esclavos *cimarrones* que huían a la selva individualmente o en pequeños grupos, y allí se mantenían defendiéndose contra sus amos, contra las tropas y contra los perros que les echaban en persecución; a veces se sublevaron *dotaciones* enteras. La insurrección de Haití, siguiendo los principios franceses de 1789, tuvo un carácter libertario del siervo negro, e influyó grandemente en Cuba, hasta alcanzar, de derecho, la abolición de la trata en 1820. Pero la importación de esclavos continuaba, y no disminuía el rigor de su cautiverio. Los negros se sublevaron en varios ingenios, y fueron cruelmente vencidos.


Don Félix Varela—eminente filósofo cubano.

En 1812 descubrió el Marqués de Someruelos la conspiración de José Antonio Aponte, negro que aspiraba a la libertad de su raza. Le ahorcaron, y en lo sucesivo quedó el adagio de « más malo que Aponte ».

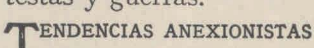
En 1843 hubo las sediciones de la dotación de los ingenios *Alcancía, Triunvirato* y *Ácana.*

En 1844 fué fusilado Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*), mulato de buena inspiración poética, acusado de cómplice en la conspiración de *La Escalera,* de la que la historia no ha obtenido la certidumbre.

CONSPIRACIONES Y PLANES DE LOS CUBANOS

Todas las revoluciones que han cambiado la fisonomía y los destinos de las naciones han tenido antecedentes y precursores que a conciencia o sin sospecharlo han preparado y decidido sus movimientos políticos y militares. La revolución en los Estados Unidos, precipitó la de Francia, y las dos juntas determinaron las de las colonias españolas en América. Cuba, aislada del Continente, había de tardar más, pero al fin llegaría.

La independencia americana fué el gran antecedente para la Isla; sus precursores, como en Francia Voltaire, Rousseau y Montesquieu, fueron aquellos hombres que desde el primer instante se convirtieron en celadores y mantenedores del país: Don Francisco de Arango y Parreño, el Conde de Casa Montalvo, Don Tomás Romay, Don Félix Varela, Don Tomás Gener, Don Leonardo Santos Suárez, Don José Antonio Saco, Don José de la Luz Caballero y otros, que antes o después de los primeros movimientos revolucionarios, y cada uno en su esfera de acción, fijaron la aspiración del pueblo y le prepararon para sus reclamaciones, protestas y guerras.



TENDENCIAS ANEXIONISTAS

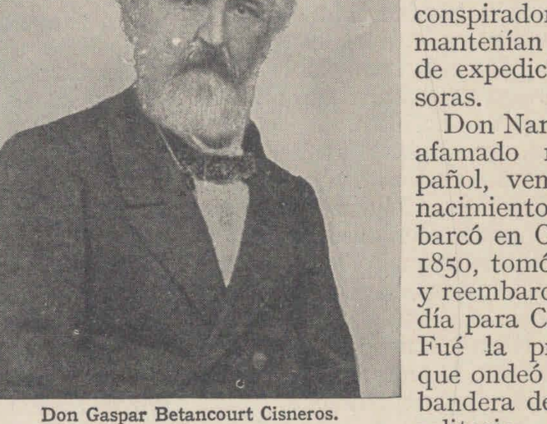
El cubano había entrevisto otra situación política y económica durante la

dominación inglesa, y pudo comparar. Conocía la prosperidad de la república vecina, los Estados Unidos; encontraba apoyo en las simpatías de aquel pueblo, y se inclinó a él. Por su parte, los Estados Unidos habían expresado más de una vez la conveniencia de poseer a Cuba.

La anexión a la Unión Norteamericana se miraba como el único medio de librarse de España.

CONSPIRACIONES

La primera agitación política, hecha casi a cara descubierta, aunque por medio de sociedades secretas y logias masónicas, fué con motivo de la situación política de España (1820), y bajo los nombres de *La Cadena, Comuneros y Carbonarios*, abogando por la independencia las dos primeras.


Don Gaspar Betancourt Cisneros.

La sociedad de *Los Rayos y Soles de Bolívar* aspiraba a establecer la República de Cubanacán.

Don José Aniceto Iznaga y Don Gaspar Betancourt Cisneros, con otros cubanos, fueron a entrevistarse con Simón Bolívar, *el Libertador*, para emprender la guerra de independencia de Cuba.

En Méjico, en 1825, constituyeron los emigrados cubanos la llamada Junta Promotora de la Libertad Cubana.

En Méjico y la Habana hubo en 1829 y 1830 la llamada Conspiración del Águila Negra.

Durante el mando de Don Francisco Roncaly se organizó la conspiración de La Mina de la Rosa Cubana, en la sierra de Manicaragua.

Joaquín de Agüero, que había dado libertad a sus esclavos, constituyó la *Sociedad Libertadora*, en Camagüey, para secundar los planes revolucionarios de patriotas emigrados en los Estados Unidos.

Las conspiraciones de Vuelta Abajo y de Pintó (Don Ramón Pintó, catalán de ideas liberales) fracasaron como las demás.

SUBLEVACIONES

El primer brote *subersivo* fué, sin duda, el conflicto ocurrido en la Habana con motivo de la celebración de las elecciones de diputados a Cortes para la legislatura de 1823, entre milicianos peninsulares e hijos del país.

En 1826 fueron ejecutados el blanco Franquito Agüero y el pardo Andrés Manuel Sánchez, por conspiradores, pues mantenían la alarma de expediciones invasoras.

Don Narciso López, afamado militar español, venezolano de nacimiento, desembarcó en Cárdenas en 1850, tomó la ciudad, y reembarcó el mismo día para Cayo Hueso. Fué la primera vez que ondeó en Cuba la bandera de la estrella solitaria.

Don Joaquín de Agüero se alzó en la hacienda de *San Francisco del Jucaral*, en Cascorro, y, vendido por un traidor, cayó en poder de los españoles. Trató de escapar a nado, y fué alcanzado.

Isidoro Armenteros se alzó el mismo año, y pereció, asimismo, con sus compañeros, fusilado.

La segunda vez que desembarcó Narciso López en Cuba (12 de Agosto de 1851), por las Playitas del Morrillo, cerca de Bahía Honda, provincia de Pinar del Río, cayó en manos de los españoles y murió en garrote vil, en la Punta (Habana).

PERÍODO REFORMISTA

Los acontecimientos demostraron que

la rebelión latía, y se pensó en la reforma administrativa y política; pero las pasiones se habían exacerbado y ya no era posible más que la guerra. El Partido Reformista tuvo un relativo éxito, porque era lo más avanzado contra la Colonia; pero en todos los ánimos se acariciaba el ideal de la independencia.

LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

La vuelta de los comisionados cubanos que en la Junta de Información habían ido a España, a petición del Gobierno, desengañó al país: nada podía esperar en mejoras económicas ni políticas.

El 10 de Octubre de 1868, proclamó la independencia de Cuba Carlos Manuel de Céspedes, levantándose en armas en el ingenio la Demajagua, en Yara, al frente de unos cuantos valientes. A ejemplo de Don Joaquín de Agüero, dió la libertad a sus esclavos, y entró en Yara al grito de « ¡Viva Cuba libre! »

La guerra, que duró muy cerca de diez años, terminó oficialmente el 28 de Mayo de 1878; de modo que abrazó un período de nueve años, siete meses y diez y ocho días, aunque quedaron algunas partidas dispersas combatiendo aún varios meses más.

Guerra de titanes, languideció muchas veces por la falta de recursos, y algunas por rivalidades de campamento.

Los *mambises* (soldados cubanos) peleaban desprovistos de todo. La vida les era casi imposible, sin alimentos, sin ropas, sin armas, haciendo grandes jornadas... y, sin embargo, resistieron diez años. La disentería y el paludismo hicieron comparativamente tantas víctimas entre los *insurrectos*, como la fiebre amarilla entre los *gringos* (españoles).

A cada instante la revolución flaqueaba; escasas y pobres expediciones traían socorros exiguos, mientras España enviaba buenos contingentes de hombres y municiones; a cada instante parecía la guerra extinguida, y ya los corazones desmayaban, cuando, de repente, resurgía vigorosa otra vez.

Jamás fueron los aprestos militares, ni poderosos auxilios, los que determinaban estas reacciones, sino sólo el empuje personal, el arrojo de algún que otro puñado de hombres que, con un jefe prestigioso al frente, daba un asalto imposible u obtenía una victoria asombrosa.

La guerra se mantuvo todo el tiempo en la mitad oriental de la Isla. Ella, no obstante, hubiera sido bastante para quebrantar el poder de España, ya muy resentido, sin las rivalidades y sediciones de caudillos revolucionarios que la llevaron a la ruina.

La provincia de Camagüey, sorprendida por el « grito de Yara », se lanzó también a la revolución, sin estar preparada. Don Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, fué el alma de esta correspondencia.

PRIMERAS PROPOSICIONES DE PAZ

Las hizo a los patriotas de Camagüey el General Dulce, gobernador de la Isla por segunda vez en 1869. Pensó el gobernante que la revolución se limitaba en su propósito a obtener reformas. Por la negativa de Céspedes y los otros jefes, esta gestión fracasada ocasionó una doble reacción: por una parte, los cubanos en armas cobraron alientos; por otra, el gobierno español emprendió una serie de venganzas y atropellos que se hicieron más vivos en la Habana. Las tropas asaltaron el teatro de *Villanueva*, en la noche del 22 de Enero del mismo año (1869), ocasionando muertos y heridos entre hombres, mujeres y niños. Al siguiente día, 23, siguieron los desórdenes. Las calles de la capital fueron campo de crímenes y excesos increíbles. Todo español que tenía un rencor personal, una deuda, una antipatía, desahogó el primero, saldó la segunda, y cebó la tercera, en su enemigo, en su deudor o en su antipático. Patrullas de tropas, voluntarios y milicianos, asaltaban las casas, y disparaban por las ventanas. Últimamente se mataba a ciegas, por gusto o por embriaguez: a un negro porque era negro, a un chino porque era chino. Hasta algunos españoles fueron asesinados. El día 24, los voluntarios, al romper filas de una

gran parada, atacaron el café *El Louvre*, donde se reunían los *mambises* de la mejor clase social, y saquearon el palacio de Aldama, que todavía existe, donde se habían celebrado juntas patrióticas.

En Abril de ese mismo año el general Valmaseda publicó el inhumano Bando de Reconcentración.

Las Villas siguieron a Camagüey, alzándose numerosos villareños el 7 de Febrero de 1869, y en los llanos de Manicaragua, reunidos más de siete mil sublevados, se hizo una Junta de Gobierno.

LA CONSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA DE CUBA

Los representantes de las tres regiones en armas, Oriente, Camagüey y Santa Clara (las Villas), se reunieron en Guáimaro y aprobaron la Constitución de la República de Cuba, el 10 de Abril de 1869. Allí se adoptó, asimismo, la bandera nacional, que desde el principio de las conspiraciones y levantamientos había sufrido variantes. Se proclamó la que había enarbolado Narciso López, que es la actual de la República.

Fueron electos: Presidente de la República, Carlos Manuel de Céspedes, y General en Jefe, Manuel de Quesada.

La organización de las fuerzas cubanas quedó formada en tres divisiones: Oriente, al mando del general Tomás Jordán; Camagüey, al mando del *mayor* Ignacio Agramonte, y Las Villas, al mando de Federico Cavada.

En 1871 la revolución tuvo uno de los grandes quebrantos a que hemos aludido. La actividad de Valmaseda, el general español, la dejó maltrecha; pero a la decadencia se sucedió una de las asombrosas reacciones de que antes hemos hablado también. Agramonte reorganizó las fuerzas.

Hay en esa reacción un hecho epopéyico que sirvió de estímulo a los cubanos y que la tradición popular y la historia escrita conservan con tonos legendarios: el rescate del general Julio Sanguily. Este militar valentísimo—jefe de la célebre « caballería camagüeyana », émulo de Páez en Colombia, sublimemente mutilado en los combates, pues tenía las piernas baldadas a causa de heridas—había sido hecho prisionero por las fuerzas del comandante español Don César Matos.

Ignacio Agramonte recibió la infausta nueva de labios de un escolta de Sanguily: Luciano Caballero. Emocionado y resuelto, reune su gente, salta al caballo y emprende un galope arrollador. Cerca de la tropa enemiga, en breve alcanzada, se vuelve a los suyos y grita señalando a los rifleros de Matos:

—¡Allí se llevan al general Sanguily; hay que volver con él, o no volver!...

Y la impetuosa partida, al toque de « al machete », no da tiempo al enemigo, ataca, hiende, derriba y arrebata la magnífica presa...

Poco después, como epílogo, que acabase de escribir las páginas gloriosas de aquel gran acribillado, una bala le destrozaba al general Sanguily la mano derecha, con la cual agitaba en ese momento su sombrero; pero estaba rescatado.

La guerra continuó con sus alternativas, hasta 1878. Valmaseda no había terminado la contienda, y ya había expirado el plazo que diera. Fué relevado en 1872. Durante su mando se perpetró en la Habana el « fusilamiento de los estudiantes » del primer año de Medicina. Los *voluntarios*, procedentes de una gran parada, beodos e irritados por las noticias desfavorables que recibían del campo de la guerra, renovaron los atropellos de Enero de 1869, y escogieron, como víctimas preferidas, a los jóvenes estudiantes. Éstos fueron fusilados el 27 de Noviembre de 1871, frente a uno de los edificios que para depósitos y cuarteles existían en la Punta, entre el Castillo y la Cárcel. La República ha conservado un pedazo de la pared ante la que murieron de rodillas y de espaldas aquellos niños.

En 1873, acaecida ya la muerte de Ignacio Agramonte en los campos de Jimaguayú (11 de Mayo), a causa de ésta y de las desidencias habidas entre la Cámara y el Presidente, la revolución tuvo otra crisis. El 27 de Octubre de

ese año fué destituído Céspedes y electo en sustitución el mayor general Francisco Vicente Aguilera.

Injustamente recompensado, negándosele todo auxilio y hasta los medios de salir del país, tuvo que refugiarse, decepcionado y entristecido, en la finca *San Lorenzo*, en la sierra Maestra, al pie del pico de Turquino, en la provincia de Oriente, donde fué sorprendido y muerto por los españoles. Hay la versión de que *el Padre de la Patria* se dió muerte disparándose un tiro de revólver en la sien; pero esa versión no es fidedigna.

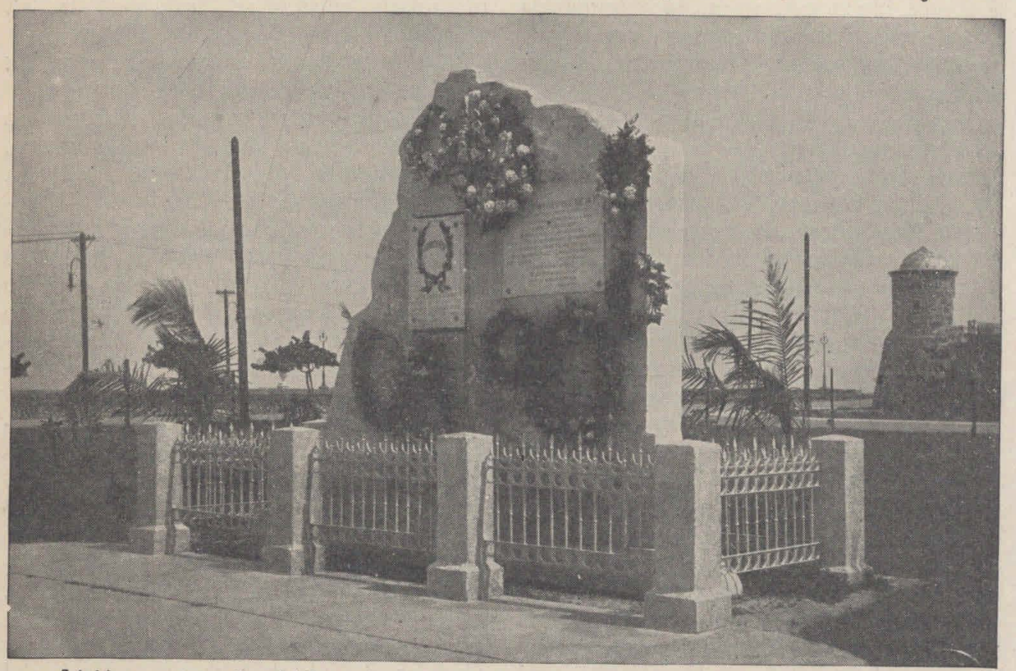
En 1875 el general Máximo Gómez pasó la trocha Júcaro-Morón, que los españoles creían infranqueable, aunque ya la habían atravesado otros jefes revolucionarios.

El general Antonio Maceo fué el elemento vital de la guerra en 1876, y ésta fué en alza. Pero ocurrieron rivalidades entre jefes, y hubo nueva depresión.

Vicente García, sedicioso, con sus secuaces, en las Lagunas de Varona, asestó un golpe mortal a la revolución. Salvador Cisneros, que había sido electo Presidente, renunció su alto cargo, y le sustituyó interinamente el coronel Spotorno, hasta que fué electo Don Tomás Estrada Palma.

Otro pronunciamiento en Santa Rita, Camagüey, consumó la obra de las Lagunas de Varona.

De nada valieron las órdenes y decretos de la Presidencia: la revolución se desmoronó. Don Tomás Estrada Palma fué hecho prisionero; le sustituyó interinamente Francisco Javier de Céspedes, y la Cámara, ya por la pendiente del desastre, guiada sin duda por la fatalidad, eligió a ¡Vicente García!, el de las *Lagunas*.

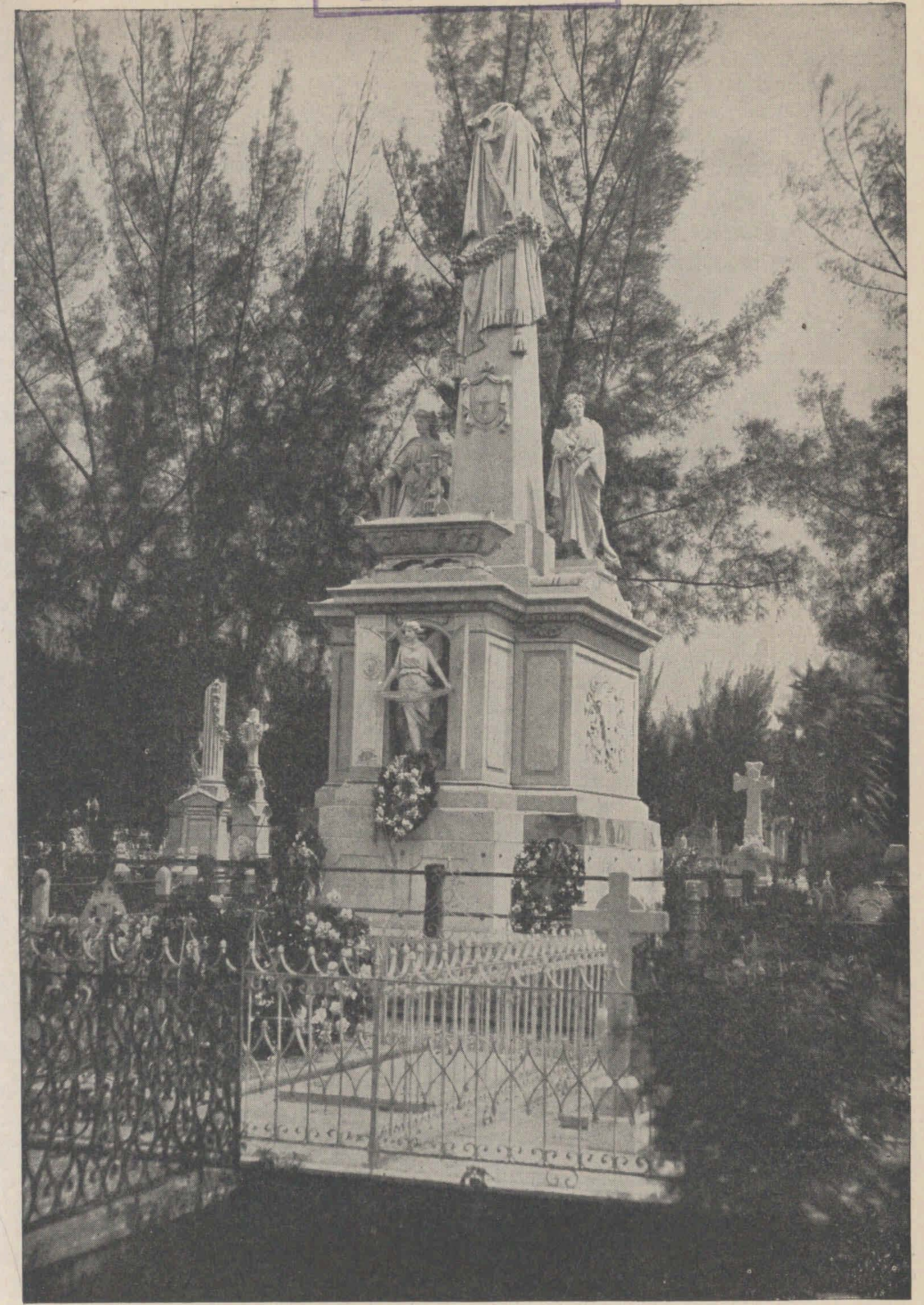


Lápida conmemorativa del lugar donde fueron ejecutados por los españoles los estudiantes cubanos.

Fácil le fué al general Martínez Campos la obra de pacificación; por una parte su discreción, y por otra la anarquía y los recelos de los cubanos, le permitieron lograr el Pacto del Zanjón, por el que el 10 de Febrero de 1878 se hacía la paz.

LA PROTESTA DE BARAGUÁ

No todos los jefes revolucionarios aceptaron el *pacto*. Mientras éste se



MONUMENTO A LOS ESTUDIANTES CUBANOS FUSILADOS POR LOS ESPAÑOLES EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1871—CEMENTERIO COLÓN, HABANA

firmaba, Antonio Maceo combatía con éxito. Él, con otros jefes y oficiales, protestaron en la Sabana de Baraguá, erigiendo presidente provisional al general Manuel Calvar.

El general Maceo no se rindió jamás. Salió de Cuba, y el *gobierno* que dejara se sometió al fin, en 28 de Mayo de 1878.

LA « GUERRA CHIQUITA »

Algo más de un año después (26 de Agosto de 1879) volvieron a tomar las armas los cubanos. La guerra duró apenas un año, hasta Agosto de 1880. De nada valió el prestigio de los jefes que se pusieron al frente de la nueva revolución: Calixto García, José Maceo, Guillermo Moncada, Emilio Núñez, etc.

LA ÚLTIMA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Luchas políticas se sucedieron a la paz nuevamente firmada. Se organizó el Partido Liberal, y esta vez, con amaños e intransigencias por parte de los *unionistas constitucionales* españoles, sólo fueron a las Cortes de la metrópoli siete diputados cubanos; pero fueron, al fin (1879).

A poco se constituyó el Partido Autonomista, que solicitaba mejoras y libertades bajo la bandera española.

El 7 de Octubre de 1886 se abolió la esclavitud.

Como España se mostraba intransigente, y el Pacto del Zanjón estaba incumplido, los cubanos habían vuelto otra vez a su categoría de oprimidos.

Los patriotas emigrados no cesaron un instante de conspirar contra el poder de España, y, como resultado de su conspiración, hubo varias tentativas expedicionarias fuera del país, y de levantamiento dentro de éste. Las reformas propuestas para el gobierno de la Isla, por el Ministro de Ultramar en la metrópoli, Sr. Maura, hubiesen detenido, aplicadas, la guerra, evitándola tal vez en definitiva, pero el partido *intransigente* de los españoles residentes en la colonia se opuso a las nuevas medidas.

Las tentativas que precedieron a la lucha final, fueron hechas por Ramón Leocadio Bonachea (1883), Limbano Sánchez y *Pachín* Varona (1885), y otros.

José Martí, hombre de una cultura inusitada, de una perseverancia apostólica, orador persuasivo y, sobre todo, un incomparable patriota, había ido, en asombrosa peregrinación por la América, levantando el espíritu de los patriotas emigrados y fomentando las simpatías de las repúblicas continentales, hacia la causa cubana. Por una propaganda activa, después de lastimosos fracasos y a pesar de las injusticias de que fué víctima el « Apóstol », por fin, en 24 de Febrero de 1895, se dió de nuevo el grito de independencia en los campos de Cuba, esta vez para no ser sofocado.

José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García (este último había sido también un egregio general de la Guerra de los Diez Años), fueron el nervio de la revolución. Les secundaron valientes y prestigiosos jefes.

Salvador Cisneros Betancourt (Marqués de Santa Lucía) y Bartolomé Masó, fueron electos Presidente y Vicepresidente de la República en el campo de la guerra. Don Tomás Estrada Palma, austero y respetado, fué su Representante en el Exterior.

El hecho más notable, por su importancia militar y por el prestigio de las fuerzas cubanas, fué la « Invasión ». Los generales Maceo y Máximo Gómez recorrieron la Isla de Oriente a Occidente, rompiendo la *inexpugnable* trocha Júcaro-Morón. Sus huestes burlaron el fuerte La Redonda, a los acordes del *Himno Bayamés*; el 3 de Diciembre de 1895 vencieron en Iguará. En las Villas (Santa Clara), camino hacia Occidente, triunfaron en Sancti Spíritus, en las lomas de Trinidad y, el 15 de Diciembre, en Mal Tiempo.

En la provincia de Matanzas se separan Maceo y Gómez, y su estrategia es maravillosa. El general español Martínez Campos queda vencido y desconcertado. Coliseo, Calimete, Manjuarí, Estante, son nombres que llenan las páginas de nuestra historia.

Librando combates, rindiendo pue-

blos, pasó la «columna invasora» por la provincia de la Habana, internándose en la de Pinar del Río, última hacia Occidente de la Isla.

Aquel contingente de hombres, que nunca pasó de dos mil, paseó invencible la Isla, entre pueblos hostiles, fuertes diseminados por todas partes, *guerrillas* de criollos traidores, *voluntarios* de la misma naturaleza, doscientos mil hombres de tropa; sin pertrechos, sin caballos, abriéndose paso lo mismo entre montes que entre tropas, a filo de *machete*, y dando al traste con el crédito militar-diplomático de Martínez Campos, igual que con el terror justificado contra Weyler, el más inhumano de los generales españoles y del mundo entero actual.

Dentro de los términos comparativos, esa hazaña era superior a la de las Cruzadas, por la organización; igual a la de San Martín, por las dificultades, e igual también a la de Sherman, por las victorias.

El general español Weyler, sustituto de Martínez Campos, ordenó y llevó a cabo, con verdadero ensañamiento, la *reconcentración* de los habitantes del campo y labradores, los *guajiros*, en las poblaciones. Faltos de pan, sin albergue, contagiados del soldado español (más digno éste de mejores jefes y de mejor causa), perecieron a millares, en las calles y plazas, muertos de hambre, de desnudez, de paludismo, de tisis. La reconcentración, infame por sus resultados inmediatos, fué aborrecible por sus resultados mediatos.

Una vez en Pinar del Río, el general Maceo sostuvo una campaña espartana, siempre vencedor.

Acababa de burlar la trocha puesta por los españoles desde Mariel a Majana, lugar en que la Isla tiene sólo siete leguas de ancho, cuando cayó, inopinadamente, en San Pedro de Punta Brava, en la provincia de la Habana, a las puertas de la capital, donde lo esperaban con estremecimientos.

El golpe fué rudísimo para la revolución. Esta desgracia se sumaba a las muchas habidas, y había de ser seguida por otras, porque en la guerra del 95 un hado fatídico parecía herir a los jefes más prestigiosos y bravos, y así habían caído antes Martí (en Dos Ríos, el 19 de Mayo de 1895), Flor Crombet, Juan Bruno Zayas, José Maceo, Serafín Sánchez... y debían caer después José María Aguirre, Adolfo Castillo, Néstor Aranguren...

El general Calixto García dió bríos a la guerra con sus brillantes acciones, consecuentes con el gran nombre que ya había conquistado.

El gobierno cubano se reorganizó por la Asamblea de Representantes, el 10 de Octubre, y fueron electos Presidente y Vicepresidente, respectivamente, Bartolomé Masó y Domingo Méndez Capote; quedaron confirmados en sus puestos el General en Jefe, Máximo Gómez, y el Delegado Tomás Estrada Palma, y fué electo lugarteniente general Calixto García, muy capaz de reemplazar al general Maceo.

Con todo, la actividad del gobierno español, la obra vandálica de Weyler, las grandes desgracias ocurridas, y la implantación de la *autonomía* (farsa a la que se acogieron muchos cubanos tibios o débiles), habían quebrantado profundamente la revolución.

El pueblo de los Estados Unidos estaba simpáticamente interesado en la causa cubana. Sin él no hubiera sido posible la guerra y se hubiese dificultado, en el tiempo y el modo, la consecución de la finalidad de aquélla. Por otra parte, los sentimientos humanitarios de esa gran nación se sublevaban ante las atrocidades dispuestas y realizadas por Weyler.

Fué imposible al gobierno norteamericano resistir más a la opinión, cuando se supo que en la noche del 15 de Febrero de 1898 el acorazado *Maine* había sido volado en el puerto de la Habana. Los Estados Unidos habían enviado ese buque a aquel puerto, a principios de Enero del mismo año, para proteger a los ciudadanos americanos, en peligro a causa de los motines promovidos en la capital de Cuba, por los españoles contra el general Blanco, vitoreando a Weyler.

En Resolución Conjunta, resolvió el Congreso de los Estados Unidos:

1°. Que el pueblo cubano es, y de derecho debe ser, libre e independiente.

2°. El gobierno de España renunciará a su autoridad y retirará sus fuerzas, terrestres y navales de Cuba.

3°. El Presidente de los Estados Unidos utilizará las fuerzas terrestres y navales de la Nación para llevar a efecto estas resoluciones.

Quedaba declarada la guerra, y fácil fué a los norteamericanos vencer a la carcomida España. Nación corrompidamente administrada, su poder militar era más aparente que real, y los Estados Unidos, poderosos y fuertes, apenas necesitaron combatir para vencerla en Cuba, en Puerto Rico y en Filipinas.

El 12 de Agosto se firmaba en Wáshington el protocolo de la paz. La guerra había durado tres meses y veinticuatro días (desde el 19 de Abril al 12 de Agosto de 1898).

El 10 de Diciembre de 1898 se firmó, y el 11 de Abril de 1899 (casi un año después de la declaración de guerra) se ratificó, el Tratado de París, por el que se estipulaba:

« España renuncia todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba.

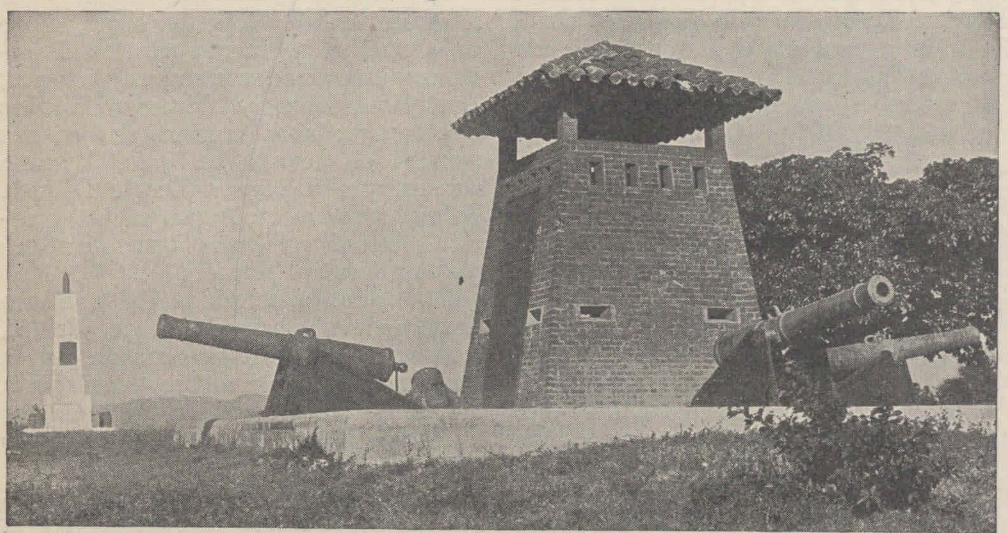
« En atención a que dicha Isla, cuando sea evacuada por España, va a ser ocupada por los Estados Unidos, éstos, mientras dure su ocupación, tomarán sobre sí y cumplirán las obligaciones que, por el hecho de ocuparla, les impone el Derecho Internacional, para la protección de vidas y haciendas.

« España pondrá en libertad a todos los prisioneros de guerra y a todos los detenidos o presos por delitos políticos a consecuencia de las insurrecciones en Cuba.

« España y los Estados Unidos de América renuncian mutuamente a toda reclamación de indemnización nacional o privada, de cualquier género, de un gobierno contra otro, o de sus súbditos o ciudadanos, contra el otro gobierno, que pueda haber surgido desde el comienzo de la última insurrección de Cuba.

« España renuncia en Cuba a todos los edificios, muelles, cuarteles, fortalezas, establecimientos, vías públicas y demás bienes inmuebles que con arreglo a derecho son de dominio público.

« Los españoles residentes en los territorios cuya soberanía cede o renuncia España, estarán sometidos en lo civil y en lo criminal a los tribunales del país en que residan, con arreglo a las leyes comunes que regulan su competencia.

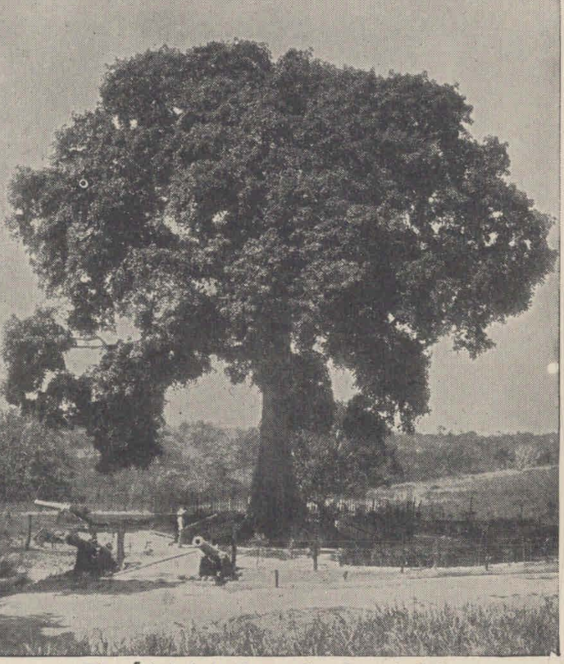


Monumento « San Juan », cerca de Santiago de Cuba, para conmemorar la guerra entre los Estados Unidos y España.

« Queda entendido que cualquier obligación aceptada por los Estados Unidos con respecto a Cuba, está limitada al tiempo que dure su ocupación en esta Isla, pero al terminar dicha ocupación aconsejarán al gobierno que se establezca en la Isla, que acepte las mismas obligaciones. »

LA ASAMBLEA DE SANTA CRUZ

El 24 de Octubre de 1898, mientras España y los Estados Unidos ultimaban el Tratado de París, el Gobierno Revolucionario cubano se reunía en Asamblea en Santa Cruz del Sur, provincia del Camagüey, presidida interinamente por el general Calixto García, que enviado en comisión a Wáshington a zanjar ciertas dificultades y lograr ciertas aspiraciones, murió en dicha ciudad. La Asamblea eligió presidente a Domingo Méndez Capote, y decretó el licenciamiento del ejército cubano.



El « Árbol de la Paz »—Santiago de Cuba.

LA PRIMERA INTERVENCIÓN NORTEAMERICANA

Por el Tratado de París, el gobierno de los Estados Unidos tomó posesión transitoria de la Isla de Cuba, en 1°. de Enero de 1899, después de evacuada por las tropas españolas, que de paso se entregaron a sus últimos desmanes, si bien fueron menos de lo que debía esperarse.

El primer gobernador militar norteamericano en Cuba fué John R. Brooke. A éste le sucedió Leonardo Wood, que había venido a la guerra en su carácter de coronel de *Rough Riders*, con el teniente coronel Teodoro Roosevelt, que más tarde fué Presidente de la Unión.

La primera intervención, aceptada con tristeza por los cubanos, como una necesidad que imponían las circunstancias y que retardaba sus anhelos de independencia, fué, no obstante, un intermedio provechoso para la organización nacional. Inspirada en los mejores principios y proponiéndose los mejores fines, esa intervención fué moral y educativa. Se reguló la Administración; se reformó, radical y opuestamente al anterior, el sistema de educación e instrucción populares; se saneó la Isla, sobre todo la Habana, se moralizaron los servicios públicos, etc. Fué, en fin, un gobierno de utilidad.

LA REPÚBLICA

A los tres años, cuatro meses y diez y nueve días de funcionar el Gobierno Interventor, éste dió posesión al pueblo cubano de su soberanía.

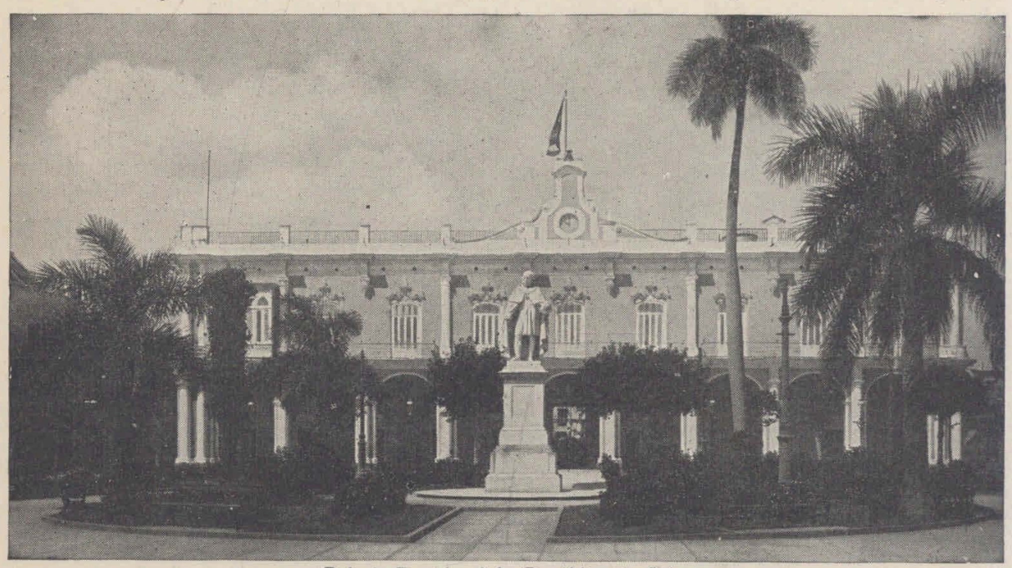
Previamente, en 5 de Noviembre de 1900, se reunía la Convención Constituyente, que en Febrero de 1901 terminaba y aprobaba la Constitución que, desde luego, quedó en vigor, y que establecía que:

« El pueblo de Cuba se constituye en Estado independiente y soberano, y adopta como forma de gobierno la republicana. »

Por vez primera, aunque no todo lo libremente que por sus dolores y por sus

luchas tenía merecido, ejerció Cuba el derecho del sufragio, y, a pesar de la gran popularidad de que gozaba Don Bartolomé Masó, que en los campos de la Revolución había sido Vicepresidente y Presidente de la República en armas, resultó electo Presidente de la nueva República Don Tomás Estrada Palma, ilustre patricio, que antes ejerciera ese alto cargo, como Masó, en los campos cubanos.

El día 20 de Mayo (que desde entonces constituye una festividad nacional) se alzó en las fortalezas y edificios públicos de la Isla la bandera de la Patria, independiente y soberana, mientras en la residencia del Gobernador interino se entregaban las riendas de la Nación a su Primer Magistrado electo.



Palacio Presidencial—República de Cuba.

Si no se tiene en cuenta cierta restricción o pobreza de acción, hija más bien de la inexperiencia y de las vacilaciones de un pueblo nuevo, la administración Estrada Palma arraigaba la confianza en el Interior y acreditaba el respeto en el Exterior.

La necesidad imperiosa de decidirse por un partido político alteró la serenidad de aquella marcha, y comprometió más tarde la vida de la República.

Obedeciendo instintivamente a la necesidad de toda vida nacional, el país se había dividido definitivamente en dos partidos políticos, que bajo cualquier nombre, y con cualesquiera fraccionamientos, son siempre el « del poder » y el « de la oposición ».

El Presidente de la República, que economizaba en la Hacienda, y aumentaba la riqueza, que continuaba en la Instrucción Pública el camino emprendido por el Gobierno Interventor, mediante la gestión del grande y desinteresado organizador Mr. Frye, se decidió por el Partido Moderado, el de la minoría del país, aunque fuese el de las clases intelectuales, y, naturalmente, desde ese momento, dos fuerzas encontradas tendieron a derrocarle: la de sus adeptos, que, formando el llamado « Gabinete de combate », se obstinaron en la reelección, arrastrándolo al camino de las violencias, lo que produjo un hondo malestar, y la de sus contrarios, empeñados en resistir al Gabinete y en llevar a la presidencia de la República al general José Miguel Gómez, gobernador entonces de la provincia de Santa Clara, o las Villas.

La tirantez de ambas actitudes alarmó al país: la riqueza se detuvo; los negocios mermaron, y hubo, como en todas

las crisis políticas, victimarios y víctimas.

La muerte en Cienfuegos de un joven patriota y culto representante a la Cámara, Enrique Villuendas, exasperó la opinión. Las maquinaciones políticas le arrebataron violentamente la existencia.

La reelección llevó a Estrada Palma nuevamente al poder el 20 de Mayo de 1906. El Partido Liberal había acordado y realizado el retraimiento general en las elecciones, y empezó a conspirar contra el Gobierno.

Había en el país un estado inquietante de expectativa. Se tenía la sensación de la inseguridad, y se esperaba que de un momento a otro estallase la mina.

LA « REVOLUCIÓN DE AGOSTO »

Por fin, el 17 de Agosto de 1906, se inició la sublevación contra el gobierno constituído, dirigida por Faustino Guerra, Julián Betancourt y Bravet, a quienes pronto secundaron dos generales, Guzmán y Loinaz del Castillo, y el teniente coronel Asbert, en otras provincias.

A la sombra de este movimiento político algunos malhechores aprovecharon las circunstancias, y se cometieron crímenes como el llamado « asalto al cuartel de Guanabacoa », que no formaba parte de ningún plan, y que fué la obra de un grupo particular de asaltantes, que aun está impune.

En vano fueron los esfuerzos gubernamentales por sofocar la rebelión. El país se inclinaba a los sublevados y, por fin, el gobierno de los Estados Unidos creyó verse obligado a intervenir.

Vino a la Habana una comisión de aquel país, compuesta por Mr. Taft, secretario de Guerra entonces, y Mr. Bacon, subsecretario de Estado.

Las tentativas de conciliación fracasaron. El partido liberal se había hecho solidario de la protesta armada, por *manifestaciones de su jefe, Alfredo* Zayas; las Cámaras se negaron a admitir todo candidato de transacción, prefiriendo la ingerencia extranjera, según expresara Eduardo Dolz, y entonces Mr. Taft decretó una nueva intervención administrativa (29 de Septiembre de 1906).

Don Tomás Estrada Palma dimitió, retirándose a vivir en una pequeña posesión en Oriente.

Mr. Charles E. Magoon fué enviado como Gobernador Provisional de Cuba. De esta segunda intervención el país no ha conservado el reconocimiento que de la primera. A su sombra se levantaron y satisficieron las ambiciones que hoy son todavía la carcoma nacional.

La « revolución de Agosto » apenas ocasionó daño en los campos, ni destruyó la riqueza. Ciertamente que llevó a Cuba a la lista de los pueblos convulsivos latinoamericanos, de los que parecía la excepción, desautorizando, siquiera transitoriamente, el derecho de sus hijos a ser considerados como ciudadanos capacitados para la vida libre, aunque hubiese justificación para lo hecho; pero el mayor daño real que produjo fué la escisión de la sociedad cubana, dividida desde entonces, no ya por tendencias, sino por rencores políticos.

Con todo, bajo el gobierno de Magoon se restableció la libertad del sufragio y se prepararon las elecciones. Esta vez la mayoría se impuso y resultó electo Presidente de la República Cubana el general José Miguel Gómez (28 de Enero de 1908).

El Presidente Menocal ocupó tan alto puesto por dos períodos, el último de reelección, y en 1920 las elecciones generales del país concedieron la primera magistratura de la República al Dr. Alfredo Zayas y Alfonso.

El Dr. Zayas nació en la Habana el año 1861 y se recibió de Licenciado en Derecho el 1883. Ha sido concejal, subsecretario de Justicia, senador, y Vicepresidente de la República. Escribe oficialmente la Historia de Cuba.

LA PRESIDENCIA DEL GENERAL MENOCAL

El antiguo Partido Moderado resurgió de la derrota de Agosto de 1906, con el nombre de Partido Conservador; su agitación, sus medidas, la « conjunción patriótica », pacto político efectuado entre él y un grupo disidente del Partido

Liberal, representado por el general Asbert, le llevaron a triunfar en las urnas, y fué elevado a la Presidencia el general Mario García Menocal (1913), propuesto o apuntado como candidato de transacción cuando «la revolución de Agosto» y que se había distinguido como militar en la última guerra de independencia.

EVOLUCIÓN MATERIAL PROGRESIVA DE CUBA, DESDE LOS PRIMEROS TIEMPOS—FOMENTO DE LA POBLACIÓN

La primera población española de la Isla de Cuba, se fundó, con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, a principios del año 1512.

Ya existían núcleos de población de los nativos, que vivían asociados, no sólo en pueblos constituídos, hasta con sus plazas para los juegos y para los bailes y ceremonias religiosas, sino que tenían la Isla dividida en varias comarcas, bajo el mando de sus *caciques* (algo así como señores feudales), que partiendo de Occidente a Oriente eran: *Guaniguanico, Habana, Sabaneque, Jagua, Cubanacán, Magoa, Camagüey, Maniabón, Cueibá, Baní, Bayamo, Baracoa, Bayatiquirí, Maisí* y *Macaca.*

Dr. Alfredo Zayas y Alfonso.

La villa de Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa fué la residencia de Velázquez, que estableció el Ayuntamiento y el Gobierno Eclesiástico, y construyó una fortaleza y una iglesia. El rey de España le concedió a poco el título de ciudad, capital de Cuba.

Las *encomiendas,* poco después, constituyeron pequeños centros de población en que se establecía el *encomendero* con la dotación de indios que le habían concedido.

A fines de 1513 fundó también Velázquez la villa de San Salvador, cerca del río Yara, en Oriente.

Otra fundación fué la de Canarreo, en 1514, *repartimiento* que Velázquez concedió al Padre Las Casas y a Don Pedro de Rentería, en la actual provincia de Santa Clara.

En el mismo año se fundaron las villas de Trinidad y Sancti Spíritus, en la misma provincia.

En Camagüey se fundó la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, que los indios de la comarca asaltaron e incendiaron, quedando vencedores contra el conquistador. La villa estuvo al principio a orillas del río Caonao, y luego se trasladó al centro de la provincia, y es la actual ciudad de Camagüey.

La villa de Santiago se levantó en 1515, escogiendo un lugar ventajoso. De resultas de eso casi se despobló Baracoa, pues la mayoría de los vecinos se trasladaron a la nueva población.

En el mismo año, el 25 de Julio, se estableció la llamada villa de San Cristóbal de la Habana, en recuerdo del nombre de Colón y por estar en la comarca india Habana (llanura florida). La villa fué asentada sobre la costa Sur, en la boca del río Mayabeque, pero en 1519 se trasladó a la costa Norte, al punto mismo en que hoy se halla, lugar más ventajoso por su situación, por la fertilidad de sus campos y por su brisa constante. Por su posición, el puerto de la Habana es el más cómodo en las Antillas.

Fueron ésas las siete primeras villas, fundadas por Velázquez.

Los *vegas* (siembras) de tabaco daban origen a poblaciones, tales como Santiago de las Vegas, Bejucal y Canasí, en la Habana; Remedios, en Santa Clara, y Holguín, Mayarí y el Caney, en Oriente.

En 1773 se concedió al Conde de Casa Bayona el título de ciudad para Santa María del Rosario, e igual concesión obtuvo para el pueblo de Jaruco (ambos en la provincia de la Habana) Don Francisco Santa Cruz, primer conde de Jaruco.

VISTAS DE SANTIAGO DE CUBA

LA CATEDRAL

UNA CALLE CURIOSA

En 1775 se aumentaba la provincia con la fundación de San Julián de los Güines.

Ya en 1693 había sido trazada y creada Matanzas, por don Severino de Manzaneda.

En 1748, alrededor de sus ricos cafetales, nació Wajay, cerca de la capital.

En 1819 se fundó la colonia de Fernandina de Jagua, que más tarde se llamó Cienfuegos, en honor de la protección que le diera Don José Cienfuegos, gobernador de la Isla.

La mayor parte del resto de las poblaciones de Cuba, nació como al acaso, sin formalidades de fundación. Los cultivos, el establecimiento de industrias, el arribo de emigrados, determinaban la estancia de un grupo de familias, y poco a poco la población crecía. Después se fundaba el ayuntamiento, se construían una fortaleza una iglesia, la cárcel, y quedaba hecha la *villa*.

La Habana, que constantemente aumentaba en población, no fué *ciudad* hasta el 20 de Diciembre de 1592. Era, en realidad, la capital, pero llevaba aún nominalmente ese título Santiago de Cuba. A petición del Ayuntamiento se concedió a la Habana el título de ciudad, el toisón de oro, y el uso del escudo.

Bajo el mando del Marqués de la Torre (1771–1777) se hicieron en la capital la Alameda de Paula, el Nuevo Prado y la casa del Ayuntamiento.

La intervención americana y la República, han hecho obras gigantescas en el país; pero principalmente la Habana ha llegado a un gran esplendor, con magníficos edificios (Lonja de Víveres, Centro Gallego, Banco Nacional, etc.), hermosos paseos (Avenida del Golfo) y pintorescos y populosos *repartos*, que han triplicado el número de habitantes.

Hay ya el Ferrocarril Central, que fué la eterna preocupación, siempre proyecto irrealizable, de la Colonia. Se han iniciado los grandiosos diques del Roque, donde las inundaciones antes dividían materialmente la Isla en dos; se han construído muchas carreteras y llevado a cabo muchas mejoras más, que dan a la nación una prosperidad creciente.

La población, que en 1774 era de sólo 171.620 habitantes, y que se acercaba a dos millones cuando estalló la última guerra separatista (1895), quedó reducida a 1.572.000 en 1899, a la terminación de esa sangrienta lucha, en la que no toda la disminución ocurrió entre las fuerzas combatientes, sino que gran parte fué debida a las enfermedades y a la miseria causada por la *reconcentración*. En 1907 Cuba contaba 2.648.000 habitantes, y en 1916 se calculaban éstos en 3.000.000.

CULTURA PÚBLICA

Se conoce la existencia de un legado que, en 1571, dejó Don Francisco Paradas para que se dieran lecciones de lengua latina.

En 1607 existía en Santiago de Cuba un Seminario, establecido por el obispo Juan de las Cabezas, y en 1689 fundó en la Habana el obispo Evelino de Compostela el Seminario de San Carlos y San Ambrosio y el asilo de niñas de San Francisco de Sales.

En 1728 se creó la Universidad Real y Pontificia de la Habana.

Por esa singular característica de aquellos tiempos, se atendía a la enseñanza superior y se desatendía la elemental. Es indudable que tenían que existir muchas más escuelas privadas que las que se encuentran mencionadas en los viejos documentos históricos, puesto que no se explica cómo podían ir a esos centros superiores personas que no estuviesen preparadas. Del exterior no podían venir, porque por aquella época los viajes eran difíciles y peligrosos, y los establecimientos de educación en Cuba eran inferiores a los de cualquiera otra parte.

Lo cierto es, sin embargo, que hasta 1793 no se dedicó atención a la instrucción primaria.

En los conventos se estudiaba latín; los padres Belemitas educaban 200 niños, y las escuelas privadas cobraban por su enseñanza de cuatro a diez y seis reales por niño, cada mes.

A pesar de esto, era desproporcionado, por lo crecido, el número de titulares que daba la Universidad, cuando entre todas

las escuelas de la Isla sumaban unos 1.000 alumnos. La Isla estaba inundada de clérigos, médicos y abogados, pero la masa no sabía leer.

La Sociedad Económica de Amigos del País se estableció ese mismo año, bajo los auspicios del Teniente General Gobernador de la Isla, don Luis de las Casas, y esa sociedad, en la que figuraron hombres eminentes hijos del país, se dedicó al progreso en todas las manifestaciones sociales, económicas y políticas de Cuba.

En 1793 existían en la Habana 39 escuelas, con unos 1.700 niños. La primera escuela que en la Habana mereciera el nombre de tal, fué la de las Ursulinas.

En 1816 asistían a las escuelas habaneras 3.407 alumnos.

En 1817 se terminó el primer censo escolar de la Isla. La sección de Educación de la Sociedad Económica lo había llevado a cabo, aunque es razonable pensar que no fueran muy exactos los datos. Según ese censo había en ese año, en todo el país, 120 escuelas, con una asistencia de 4.500 niños blancos y 1.000 de color. La proporción de los instruendos era el uno por ciento de la población, puesto que había un poco más de medio millón de habitantes.

Hasta 1830 no pudo conseguir la Sociedad Económica que el gobierno de España le dedicase ocho mil pesos anualmente, para atender a la educación pública.

Ya en 1836 existían 222 escuelas, con una asistencia de 8.442 niños blancos y 640 de color. De dicho número, 5.325 niños (4.812 blancos y 513 de color) se costeaban su enseñanza, siendo el resto (3.757) educado gratuitamente, debido en gran parte a la caridad de los maestros que enseñaban a 1.134 niños, de los cuales 99 eran de color. La Sociedad pagaba la enseñanza de 540 niños, todos blancos, y la de los 2.083 restantes era sufragada con fondos municipales y particulares.

Las personas hasta entonces dedicadas al magisterio eran de todas procedencias, si bien se dedicaban a él preferentemente los sacerdotes, a los que se suponía con cierta cultura. Sacerdotes o frailes fueron los primeros profesores de la Universidad. La Sección de Educación fijó algunos requisitos para ser maestro de escuela, sometiendo a examen a los aspirantes, e introdujo el estudio de ciertas *humanidades*, gramática y geografía, que eran desconocidas.

En 1842 se decretó la primera Ley Escolar, que si bien significaba un paso de organización, también anulaba la obra progresista de la Sociedad Económica, que, de hecho, quedaba invalidada con ella.

La ley dividió la enseñanza en primaria, secundaria y superior. Se creó la Inspección de Estudios, compuesta de doce personas.

En 1847 no se advirtió el aumento esperado. La enseñanza, ya sistematizada, pronto tomó el carácter mecánico de los departamentos oficiales, y como ya no había el entusiasmo de una sociedad patriótica que siempre quería avanzar, sino la dirección de una oficina que se limitaba a manejar lo existente, el número de escuelas sólo subió a 286, con una asistencia de 11.033 niños, de los que 7.351 se costeaban su instrucción, sufragando los fondos públicos la de los restantes con la cantidad de $47.000, de la que unos $6.000 se obtenían por suscripción particular y más de 9.000 eran facilitados por los ayuntamientos.

La estadística escolar de 1851 dió 378 escuelas, con 12.936 alumnos. Como la población era aproximadamente de un millón, resultaba educándose el 1 por 70 de los habitantes.

Como resultado de medidas tomadas por el general Concha, existían en la Isla en 1860 unas 464 escuelas, con una asistencia de 17.519 niños.

En 1857, siempre bajo el gobierno del general Concha, se creó la Escuela Normal de Guanabacoa, dirigida por religiosos. Cesó en 1868, habiendo dado, en once años, bastante menos de 200 maestros.

En 1863 había en la Isla 577 escuelas, con 21.283 alumnos. En vista de ciertos antecedentes, se promulgó una nueva

ley, que, entre otras innovaciones, establecía un Curso de Estudios con las materias siguientes: doctrina cristiana, historia sagrada, lectura, escritura, gramática castellana, aritmética, pesas, medidas y monedas, agricultura, industria y comercio.

En 1867 había 712 escuelas, con 1.284 maestros y 27.780 alumnos, costando todo el plan $1.137.622.

En 1880 se hizo un nuevo plan de estudios, y ése fué el que encontró el Gobierno Militar de los Estados Unidos al ocupar la Isla. Por ese plan se creaba una Escuela Normal en la capital de cada provincia.

En 1893, dos años antes de empezar la última guerra de independencia, había 898 escuelas públicas y 35.159 alumnos.

La intervención norteamericana dió un impulso notabilísimo, cambiando radicalmente el plan, a la eseñanza pública, si bien no se ocupó en reglamentar la privada. Mr. Alexis E. Frye, con gran espíritu organizador y gran desinterés, le dió la forma en virtud de la cual aun se gobierna el Departamento, en esa fase. Una excursión de maestros cubanos a los Estados Unidos, dispuesta y realizada con sorprendente éxito; la institución provisional de las llamadas « Normales de Verano », y la prueba de exámenes para obtener certificado de « maestro », mejoraron el profesorado.

La Oficina del Comisionado de Escuelas, rindió una labor notable: se cambiaron los métodos, los cursos de estudio, los textos, las condiciones de local, el mobiliario, todo, en fin; se organizó la inspección administrativa y técnica, y en 1901 había en ejercicio más de tres mil maestros.

Desde entonces la enseñanza va en aumento, se crean constantemente nuevas aulas, hay una población escolar de cerca de trescientos mil alumnos, y recientemente se han creado Escuelas Normales, con plan científico moderno.

En 1916 funcionaban 5.000 aulas, a las que concurrían 280.000 niños de ambos sexos.

No se redujo a la escuela primaria la reforma y la mejora. También fué modificada la Universidad Nacional, según el « plan Varona », y con la protección del general Wood.

Los Institutos fueron asimismo modificados, y la « segunda enseñanza » se hizo menos formalista, más liberal, y más educativa.

Movimiento intelectual general

En todas las manifestaciones de la inteligencia, Cuba, desde los tiempos del obscurantismo, ya daba hijos que sobresalían: estadistas, como José Antonio Saco; economistas, como Arango y Parreño; naturalistas, como Poey; filósofos, como Luz y Caballero; oradores, como Figueroa y Cortina; poetas, como Zequeira y Heredia; etc., etc. En todos los aspectos de la vida mental dió Cuba hijos distinguidos.

Las breves reseñas de personalidades prominentes cubanas que figuran en otro capítulo, servirán para ponerlas de relieve y para completar las noticias generales que de la Isla de Cuba hemos dado, relativas a su historia y su movimiento progresista.

Actualmente la prensa cubana forma un cuerpo de información, literatura, artes, ciencias y política, que tiene poco que envidiarle a la prensa norteamericana o europea.

Esa prensa sirve para tener al país diariamente en el concierto mundial y para dirigir la opinión, a la vez que instruye a la masa popular.

El ornato público crece; los monumentos se multiplican.

Hay poderosas asociaciones de instrucción, recreo y cultura física. Casi todas las profesiones exigen preparación técnica; y las leyes van poco a poco regulando todas las necesidades.

Las *zafra* (producción de azúcar anualmente) alcanza cifras asombrosas en toneladas.

El año de 1776 fué tenido por un año notable porque permitió exportar 20.000 arrobas... y en 1916 el promedio de producción fué de ¡3.000.000 de toneladas!

Sus otros productos tienen también fácil y próspera salida.

HISTORIA DE LOS TAPICES ANTIGUOS

Los tapices, esos preciados paños tejidos de lana o seda, y algunas veces de oro y plata, en que se ven copiados cuadros de historia, países u otros asuntos, son de invención oriental, introducida en Europa por los griegos y los romanos.

El conocido episodio de la tela de Penélope, que destejía por la noche lo que había tejido de día, no deja lugar a duda respecto a la fabricación de tapices en los tiempos homéricos. En un vaso griego del siglo V antes de J. C. se ve representada a Penélope delante de su telar, y en éste un trozo de tapiz con las figuras de un genio y de animales alados ya concluídos. El mencionado telar, salvo algunas variantes, es como los que hoy día se emplean en la fábrica de los Gobelinos de París.

Según autores antiguos, la tienda de campaña de Alejandro Magno tenía por techo tapices tejidos con oro, sostenidos por cincuenta columnas doradas; y la tienda en que celebró sus bodas estaba formada con telas de hilo de oro, teñidas de púrpura o escarlata, y con tapices de asuntos históricos.

Desde los comienzos del Imperio Romano, los templos y los palacios se decoraron con tapices, como en Grecia, y así se puede citar a Virgilio, quien habla en sus *Geórgicas* de un telón de teatro que era de púrpura y llevaba tejidas las figuras de los bretones vencidos.

En Oriente siguió sin interrupción la industria de las tapicerías historiadas, que tanto ha influído en el desarrollo de la misma en Europa. Los árabes, acostumbrados a vivir en tiendas cubiertas de telas, dieron gran impulso a esta industria y un carácter original a sus productos, pues las labores geométricas, la riqueza decorativa y la combinación peregrina de los colores fueron otros tantos elementos que supieron utilizar los artistas musulmanes. El famoso santuario de la Meca, la Cahaba, estaba decorado con tapices suntuosos. En Persia y Asia Menor eran famosos los magníficos tapices de los califas fatimitas. Uno de éstos, Kairuán, Maerli-din-Allah, hizo ejecutar una tapicería que representaba la Tierra con sus montañas, mares, ríos, caminos y ciudades, especialmente la Meca y Medina, cada ciudad con su nombre, trazado con hilos de seda, plata y oro. Costó esta obra 22.000 dinares (cerca de 54.000 pesos oro) y en ella el bordado rivalizaba con el tejido.

En Europa occidental y durante los primeros siglos de la Edad Media, la barbarie de los tiempos impidió el adelanto de las artes manuales; pero cuando las Cruzadas establecieron relaciones directas con el Oriente, la fabricación de tapices comenzó a adquirir alguna importancia, mediante la introducción de la seda en Europa.

En aquellos tiempos en que se inició el renacimiento de las Artes, en que el lujo adquirió refinamientos desconocidos, y se hizo de moda revestir los muros de las salas de los castillos con tapices, que los cubrían por entero y ocultaban las puertas, la tapicería empezó a caminar hacia su edad de oro.

En los últimos años del siglo XIII y primeros del XIV, la producción de la tapicería se concentró en las provincias del centro y norte de Francia y en Flandes: París, Arrás y Bruselas fueron por mucho tiempo los centros principales de la producción de tapices, merced a la habilidad de sus obreros, y cuando los demás países quisieron montar talleres de esa industria, tuvieron que recurrir a aquellos talleres afamados, especialmente a los flamencos, pues así como el esmalte fué una industria francesa, la tapicería lo fué flamenca. Los tapices de Arrás alcanzaron gran reputación en Europa, por la perfección y riqueza de su trabajo.

Bruselas fué la heredera de Arrás, y los productos más perfectos de los talleres

CUADRO REPRODUCIDO EN UNO DE LOS MÁS FAMOSOS TAPICES DEL MUNDO

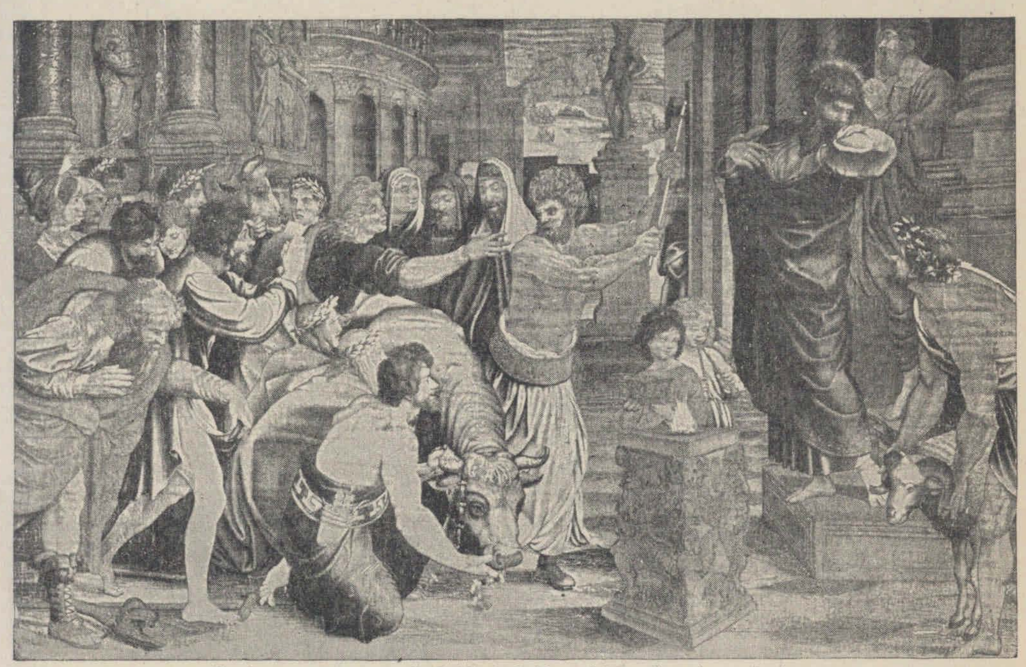


Tapiz hecho en la célebre manufactura de los Gobelinos en París, y que representa al rey Luis XIV de Francia visitando dicha fábrica.

de aquella ciudad eran notables por el vigor del colorido en aquellas composiciones tan bellas y figuras tan expresivas, que recuerdan al pintor Quintín Metsys y a los hermanos Van Eyck, los cuales influyeron decisivamente con sus *cartones* en el estilo que la Pintura impuso a los tapices.

Un tapiz célebre de Bruselas es el famoso de los *Hechos de los Apóstoles*, cuyos cartones son obra de Rafael y que fué encargado por el Papa León X. y para la trama las lanas más finas y mejores de Lyón, y además el hilo de oro y plata que el emperador le diera. El tapicero empleó ochenta y cuatro obreros en este trabajo, y según iba acabando los paños, los sometía a un jurado de decanos del oficio, quienes le indicaban las correcciones que debía hacer.

Cinco años exigió este trabajo, que fué terminado en 1554, y espléndidamente pagado por Carlos V, el cual asignó al tapicero una renta vitalicia.



Tapiz cuyo asunto es S. Pablo y S. Bernabé predicando en Listra.

Esta obra fué el punto de partida de un cambio en el estilo de los tapices de Bruselas, es decir, que al gusto gótico reemplazó el del Renacimiento.

Entre los tapices cuyos cartones se deben a pintores flamencos, como Bernardo van Orley, el tapicero Francisco Geubels y Juan Vermay o Vermeyen, figuran los de la *Conquista de Túnez*—de los cuales reproducimos un paño en uno de nuestros grabados,—cuyos cartones son obra del último pintor citado. Dicha tapicería fué encargada por Carlos V al famoso tapicero flamenco Guillermo de Pannemaker, a condición de que sólo empleara sedas de Granada,

En Francia, en el año de 1662, fué fundada la *Manufactura Real de los Muebles de la Corona*, que hoy se conoce con el nombre de *Manufactura de los Gobelinos*, institución debida a Luis XIV, y que prestó grandes servicios al arte francés. Era aquélla un centro de arte decorativo, en el que se ejecutaban, además de las obras de tapicería, el bordado, la orfebrería, el mosaico con materiales duros, la escultura en madera y trabajos en bronce. El pintor Oudry, inspector de la fábrica, produjo una verdadera revolución en el arte de la Tapicería al seguir con tenaz empeño el propósito de desterrar los colores del tapiz, y dar a

éste todo el aspecto del cuadro al óleo, sistema que todavía se practica. Al presente la fábrica de tapices de los Gobelinos sigue trabajando.

Italia tuvo fábricas de tapices desde principios del siglo XV, en que emigraron a ella tapiceros flamencos. Los tapices ferrareses tienen fama por su carácter decorativo. También Alemania cultivó esta industria en el siglo XV, según lo acreditan los tapices que se conservan en los museos de Munich y Nuremberg, los cuales distan mucho de la finura y perfección de los flamencos.



Bello tapiz del nacimiento de Cristo, de procedencia inglesa.

En Inglaterra, el rey Jacobo I estableció una fábrica en Mortlake, en la que se tejió la famosa tapicería de la *Historia de Aquiles*, cuyos cartones fueron obra de Rubens; y, según parece, Van Dyck trabajó también para dicha fábrica.

En España, son célebres los *tapices de Goya*, ejecutados en la fábrica de Santa Bárbara, fundada en Madrid por Felipe V, y para la que trabajaron Goya y otros artistas distinguidos. Sin tener en cuenta los tapices y tapicerías que encierran los museos, iglesias y palacios de otras naciones, solamente los que se conservan en España, en el palacio real de Madrid, a donde por sus antiguas relaciones con los Países Bajos fueron a parar los mejores productos flamencos, forman la más abundante colección que existe, la cual bastaría sola para trazar la historia de la Tapicería desde su edad de oro.

Los tapices se tejen a mano, en telares especiales, en que las urdimbres se hacen con hilos bien torcidos, de la mejor calidad, procurando poner de cada diez hilos uno de color diferente, a fin de que sirva de guía para llevar la cuenta de los puntos y sea fácil hacer los dibujos. El operario calca sobre la urdimbre misma el dibujo que ha de hacer, y además

cuelga en la parte alta la reproducción del calco en colores; y por más numerosos que sean los tonos del dibujo, se forman todos con ocho o nueve colores fundamentales, divididos en matices por escala, y se coloca cada matiz en una canilla. El tejido se ejecuta por nudos, que se hacen sucesivamente alrededor de los hilos de urdimbre con los de color de las canillas.

El número de hilos en la fabricación de tapices varía, según la combinación de los asuntos que se hayan de representar, entre 800 y 1200 por metro de ancho, lo que hace este trabajo sumamente largo; hay tapices en los que un operario hábil invierte un año para ejecutar un metro cuadrado de ellos.

Para terminar, haremos mención de los *tapices pintados*, que por primera vez se presentaron en una Exposición Internacional celebrada en París hace no muchos años, y los cuales son verdaderas obras de arte.

Se debe este invento a Latorey, quien consideró que en los procedimientos antiguos no hay más que una reproducción de un modelo más o menos perfecto, y que la ejecución del trabajo exige un tiempo inacabable, por cuya causa son



Trozo del famoso tapiz de Bayeux, que representa al rey Haroldo II de Inglaterra, alarmado por la aparición del cometa de Halley.

elevadísimos los precios de los tapices, pero siguiendo el nuevo método, para nada se ocupa el tejedor del dibujo, y como llega después el pintor a hacer el decorado, al talento e ingenio de éste queda confiada la obra, y del artista dependerá su valor.

Por este procedimiento resultan tapices muy buenos, que pueden llegar a tener una solidez muy semejante a la de los antiguos.

Al presente la Tapicería forma un ramo especial de la fabricación de alfombras, y se producen telas para cortinajes en grande escala, en las que hay mucha variedad de tejidos y efectos. No ocurre lo mismo con la fabricación a mano de los tapices, imitación de los antiguos o reproducción de cuadros modernos, que ha quedado casi reducida a una industria doméstica, la cual exige conocimientos especiales, siendo el trabajo sumamente delicado y pagándose a elevado precio, razón por la que los tapices pintados tienen en nuestros días grande aceptación en el mercado.



Paño de la tapicería de la conquista de Túnez—Representa la revista pasada en Barcelona por Carlos V al ejército expedicionario antes del embarque.





En el primer dibujo vemos la parte más exterior de la nariz, con los nervios olfatorios y los de sensación, y el segundo nos muestra la parte más interior de la nariz con el hueso plano de división entre las dos fosas nasales.

LA NARIZ Y EL PALADAR

EL olfato y el gusto son dos sentidos de menor importancia que el oído y la vista; así, pues, aunque no dejan de ser interesantes, no invertiremos mucho tiempo en explicar la forma en que deben ser cuidados.

Estos dos sentidos se llaman frecuentemente sentidos químicos.

A diferencia del oído y la vista, aquéllos no dependen de las ondas del aire ni de las del éter; sino que únicamente olemos o gustamos cuando las cosas están en contacto con las partes del cuerpo que tienen tales facultades. Vemos y oímos a distancia, digámoslo así; pero no podemos oler y gustar de lejos.

Cuando nos parece que olemos a distancia es que algunas partículas de las substancias que estamos oliendo han sido transportadas por el aire hasta la nariz. Estos dos sentidos son, pues, inferiores a los del oído y la vista, por el hecho de ser muy limitados en su categoría.

Por estas dos puertas de la facultad cognoscitiva, esto es, por el paladar y la nariz, tan sólo entra una parte muy pequeña del conocimiento que tenemos del mundo. Sabemos que la importancia de tales sentidos decae en los animales superiores y especialmente en el género humano. A medida que la vista y el oído ganan en importancia, el gusto y el olfato la pierden. Estos dos sentidos son aliados, obran juntos casi siempre. El olor de la canela, por ejemplo, es muy semejante a su sabor. Mucha parte de lo que acostumbramos a llamar gusto es, realmente, olor; cosa cierta, no solamente en cuanto al perfume o aroma de los vinos raros, sino también en lo tocante a muchos artículos comestibles. De ello es una prueba el sabor diferente de los alimentos cuando tenemos la nariz insensible a los olores, a causa de algún mal constipado.

No olemos con toda la nariz. Un estudio minucioso con el microscopio nos ha mostrado exactamente con qué parte de la nariz olemos. Hablando llanamente, podemos decir que olemos por la bóveda del paladar y el tercio superior de la nariz.

El resto de este órgano está revestido de células, animadas de movimiento ondulatorio, hacia atrás y hacia adelante, el cual mantiene limpias las fosas nasales; pero la región de la nariz, sensible a los olores, está cubierta de células olfatorias particulares que comprenden a las células especiales que encontramos en el oído interno y en la retina. Cada una de las células olfatorias, está en relación con una delgada fibra nerviosa; y como vemos que esta fibra arranca de la célula olfatoria, ésta es realmente una célula nerviosa trans-

formada. Todo esto es diferente de los bastoncitos y conos de la retina y de las células especiales del oído interno, porque éstos no son células nerviosas transformadas. Tal diferencia nos indica probablemente cuán antiguo es el sentido del olfato, que puede remontarse a un tiempo de la historia de los organismos animales, muy anterior a aquél en que se hicieron las diferentes células destinadas a tantos fines que realizamos en los presentes días.

LOS DOS PARES DE NERVIOS DE LA NARIZ Y EL OFICIO DE ELLOS

La nariz está provista de dos pares de nervios que arrancan del cerebro, los cuales son muy diferentes en sus respectivos oficios. Un par no tiene nada que ver con el olfato; pero sí con sensaciones ordinarias de la nariz. Una cosa cualquiera que roce, pinche, excite o hiera a la nariz, afecta a estos nervios; así obran algunas cosas, como el amoníaco, por ejemplo, que, además de oler, irrita. Pero este par de nervios no son afectados por los olores que no son irritantes.

El otro par de nervios que van a la nariz, son los nervios olfatorios; son conocidos como el primer par de nervios, porque salen del cerebro en frente de algunos otros. Tales nervios se desgastan, por decirlo así, en la vejez; de manera que los ancianos pierden, en cierto grado, el sentido del olfato, de igual manera que muchos se vuelven sordos.

Como todos sabemos, hay un número infinito de olores posibles, y, como es natural, deseamos procurar agruparlos, de igual modo que agrupamos los sabores; pero es muy difícil clasificar los olores de forma que todas las personas estén de acuerdo. Gran número de aceites esenciales extraídos de las plantas, tienen casi todos el mismo olor, si bien no es fácil reconocer una semejanza particular entre algunos olores, como, por ejemplo, el de la esencia de trementina y el del espliego.

DIFERENTES CLASES DE OLORES QUE TIENEN SEMEJANZA FAMILIAR

Sin embargo, en conjunto, hay cierta semejanza de familia entre los olores de plantas y flores, y cuando examinamos las esencias que causan tales olores, encontramos que unos y otros se refieren a las estructuras químicas de ellas. Hay otros grupos de olores, como el grupo a que pertenece el ácido carbónico; y todo cuanto podemos decir de esto es que hay cierta conexión entre la composición química de un cuerpo y su olor; pero nada más. Es muy interesante indicar que la electricidad puede estimular el olfato, lo mismo que estimula todos los sentidos, y la sensación que causa es casi como el olor del fósforo. También se ha demostrado que, si tomamos una serie de substancias químicas que difieran mucho entre sí, sus olores difieren también en gran manera.

Por ejemplo, hay una larga serie de substancias, que empiezan por el gas de los pantanos, el cual, para desdicha de los mineros, es inodoro. El segundo miembro de la serie tiene un ligero olor, y al paso que se avanza en ella, el olor se hace más fuerte. Se ha observado también que las cosas que más huelen, son por lo regular las más pesadas.

Sir William Ramsay expuso una teoría respecto al olor, hace más de cincuenta años, la cual se acerca probablemente a la verdad, más que cualquiera otra. Enseñó que el poder de excitar aumenta con el tamaño de las moléculas de una substancia, sea líquida o gaseosa, no sólida. El hidrógeno, oxígeno y el nitrógeno son inodoros, probablemente porque sus moléculas son demasiado pequeñas.

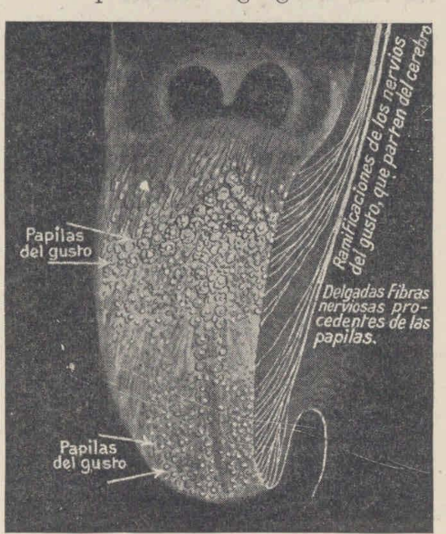
DE QUÉ DEPENDE EL OLOR Y DE QUÉ NO DEPENDE EL SABOR

El primer miembro de la serie alcohólica es inodoro; el segundo, cuya molécula es mayor, tiene ligero olor, y los alcoholes más pesados tienen olores muy subidos. Pero todo esto está muy lejos de explicarnos lo que ocurre cuando olemos.

Interesa indicar que el estornudo no puede ser excitado por los nervios olfatorios, si bien puede serlo por los nervios de las sensaciones ordinarias de la nariz, y por los de la vista. Recientemente se ha averiguado que todos los sentidos,

unos más y otros menos, son excitados por *diferencias* exteriores a ellos, y que pronto se dan menos cuenta de lo que los excita mucho al principio, si la excitación perdura. Tal fenómeno es más sorprendente, quizá, en cuanto al olfato que a otro sentido cualquiera. Todos sabemos con qué rapidez dejamos de precavernos contra un olor que al principio nos era muy desagradable.

El sentido del gusto reside principalmente en la lengua; pero no depende de ella sola. Las células especiales del gusto, que corresponden a las peculiares que encontramos en los órganos de los otros sentidos, pueden descubrirse en la superficie más baja del velo del paladar, y esparcidas por la parte de la garganta situada frente a las amígdalas, a cada lado de ellas. Una persona que haya perdido la lengua, no pierde enteramente el sentido del gusto.



En este dibujo de la lengua ha sido cortado un lado para mostrar como corren los nervios desde las papilas hasta el cerebro. Esas papilas están agrupadas en la parte de atrás y en la punta de la lengua.

Lo mismo que en otros sentidos, muchas fibras nerviosas especiales van a las células del gusto, las cuales son más ricas en la parte posterior de la lengua, a lo largo del lado superior de la punta y en la punta misma. El gusto es menos agudo en la parte delantera de la superficie de la lengua. No nos damos cuenta de él, si en esta parte colocamos un polvo de quinina y lo tragamos.

Los gustos pueden clasificarse mucho mejor que los olores. Casi todos entran bajo las denominaciones de amargo, dulce, ácido, alcalino y salado. Los tres últimos no son probablemente gustos puros, sino mezclas de gustos y tacto ordinario, de manera que pueden hacerse dolorosos cuando son muy fuertes. Pero el amargo y el dulce son seguramente gustos puros, y aunque sean fuertes, y acaso desagradables, jamás causarán tanto dolor como los otros.

Para gustar las cosas, es preciso disolverlas en un líquido. Nunca gustamos sólidos ni gases a menos que estén disueltos en agua o en otro líquido.

Las fibras nerviosas encargadas del gusto, han sido trazadas con gran dificultad desde la lengua al paladar y de la garganta hasta el cerebro. Y lo curioso es que no hay nervios separados del gusto, como los hay del olfato, de la vista y del oído; sino que las fibras nerviosas peculiares del gusto van a lo largo de otros nervios, que nada tienen que ver con él y lo hacen por caminos de una complicación extraordinaria.

Es cierto que, en conjunto, estos dos sentidos químicos, tienen muchos usos, además de ser aptos para enseñarnos a distinguir unas cosas de otras. Ellos nos indican lo que es inofensivo o bueno para nosotros, y nos enseñan lo que debemos evitar. En cuanto al olfato no puede dudarse esta virtud; pero en realidad, es mucho más importante el gusto, puesto que él se entiende con lo que comemos y lo que dejamos de comer. Es probable que el sentido del gusto de un niño sano, debidamente educado, sea la mejor guía para lo que coma o deje de comer.

Todos sabemos que hay gran número de cosas que los niños y aun las personas mayores, si no las han probado nunca, las hallan desagradables. Antes hay que « tomarles el gusto », para que gusten. Tal sucede casi siempre con los tomates, que a pocas personas les gus-

tan naturalmente. Algunas de estas cosas pueden no ser dañosas, porque el cuerpo haya aprendido a tiempo a protegerse contra ellas; pero también es probable que no sean dignas de tomarles el gusto, y que gran número de personas mayores estarían más sanas, si sus gustos se pareciesen más a los que tenían en la niñez.

Sabido es que tenemos cuerpo y mente, y que la historia de nuestra vida debe ocuparse en los dos. Pero ya hemos llegado al fin de la parte de nuestro objeto, que trata del cuerpo, y hemos acabado discutiendo ciertos hechos muy conocidos, relativos al cuerpo que también interesan a la mente. Ahora, en lugar de tratar de un sentido cada vez, vamos a estudiarlos todos en conjunto, puesto que este lugar en que hemos terminado el estudio del cuerpo, es el verdadero lugar para empezar el examen de la mente.

EL GATO Y LAS AVES

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados
Que ofrecen sus servicios ¡cosa rara!
A todo el mundo por su linda cara.
Este químico y médico excelente
Cura a todo doliente,
Pero *gratis*: no se hable de dinero.
El otro, petimetre caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis, por afición a cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algún engaño:
La prudente cautela no hace daño.
Dejando los desvanes y rincones
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa a la campaña;
En paraje sombrío,
A la orilla de un río
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.
El gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas,
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano,
Mientras no se acercaban a su mano
Los músicos volantes; pues quería
Mirrimiz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: *¡Bravo, bravo!*
La turba calla: cada cual procura
Alejarse, o meterse en la espesura;
Mas él les persuadió con buenos modos
Y al fin logró que le escuchasen todos.
No soy gato montés o campesino:
Soy honrado vecino
De la cercana villa.
Fuí gato de un Maestro de capilla,
La música aprendí, y aun si me empeño
Veréis como os la enseño,
Pero *gratis*, y en menos de una hora.
¡Qué cosa tan sonora
Será el oir un coro de cantores,
Verbigracia, calandrias, ruiseñores!
Con estas y otras cosas diferentes
Algunas de las aves inocentes
Con manso vuelo a *Mirrimiz* llegaron:
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces con más gracia
Y más diestro que el músico de Tracia,
Echando su compás hacia el más gordo
Consigue, *gratis*, merendarse un tordo.

SAMANIEGO.

LOS DOS CAZADORES

Que en una marcial función
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón.
Pero el que por diversión
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera,
O peligros no menores,
Sepa de dos cazadores
Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso,
Y Juan Carranza el prudente,
Vieron venir frente a frente
Al lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza,
Y cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.
Imitemos a Carranza.

SAMANIEGO.



PLANTAS DE LOS PANTANOS

HASTA cierto punto, puede decirse que son las mismas las flores que brotan en las márgenes de alguna límpida corriente y las que se ven en los sitios pantanosos. La razón de su presencia en ambos lugares es la necesidad imprescindible que experimentan de abundante humedad para alimentar sus raíces.

Los botánicos las designan con el nombre de *hidrofitas*, o plantas acuáticas; llaman *xerofitas* a las plantas que viven en suelo seco, generalmente en terrenos de poca elevación, y, finalmente, conocen con el nombre de *mesofitas* las plantas que huyen de la humedad y de la sequía excesivas. Por tanto, al buscar flores en los terrenos pantanosos, no debe sorprenderse el colector si halla algunas de las que prosperan a orillas de los ríos y arroyos.

En los lugares pantanosos uno de los principales elementos que componen el suelo es la turba, que se forma con los restos de las plantas que antes brotaron allí.

En gran número de pantanos se halla cierta especie de musgo designado con el nombre de esfagno, el cual cubre grandes extensiones de terreno, entrelazando cada planta sus ramitas con las de su vecina, de modo que aparecen como una enorme esponja empapada de agua. Estas dilatadas alfombras de esfagno son siempre verdes, pero la parte que toca al suelo no tiene vida. El peso de las ramitas, que continuamente van brotando de la planta, convierte su parte inferior en turba, la cual llena poco a poco el húmedo hueco que forma el pantano. Este musgo no echa flores, pero ofrecen interés sus frutos, redondos y de vivo color rojo, aproximadamente del tamaño de un guisante, los cuales penden de los delgados tallos que se elevan sobre la alfombra que forman las plantas.

Entre las especies vegetales más curiosas que crecen en los pantanos se cuenta el rocío del sol, llamado también rosolis, y cuyo nombre científico es *Drosera rotundifolia*. La flor de esta planta no ofrece gran atractivo, puesto que es blanca y menuda, pero sus hojas son verdaderamente notables. Existen distintas variedades de rocío del sol: unas tienen las hojas oblongas, otras en forma de espátula, y las restantes filiformes. La primera citada tiene hojas redondas, y un pequeño rizoma, on raíces bastante escasas, las cuales apenas bastan para sujetar la planta al suelo.

No se nutre con ellas exclusivamente, sino que emplea otro medio muy ingenioso para procurarse su alimento, como veremos más adelante. Alrededor de su rizoma brotan doce o más largos tallos cubiertos de pelos, que sostienen las redondas hojas. Éstas no suelen tener más que centímetro y medio de ancho, mientras el pecíolo mide con frecuencia tres o cuatro centímetros de largo. En la superficie redondeada de la hoja existen multitud de prolongadas

glándulas de color carmesí, provistas de un botoncito, de cuyo extremo fluye un líquido claro y pegajoso, que, al tratar de extraerlo, forma largos hilos, lo mismo que si fuera goma líquida.

Esta goma, si así podemos llamarla, brilla a los rayos del sol, de manera que, salpicada con ella la roja superficie de las hojas, no parecen tales, sino flores cubiertas de rocío. Cualquiera las tomaría por pequeñas anémonas, aunque probablemente no deben creerlas tales los infelices insectos que, atraídos por su hermosura, se les acercan y son hechos presa y devorados.

Posee tal instinto el rosolis o rocío del sol, que distingue perfectamente las substancias nutritivas de las que no lo son. Si se echa un diminuto guijarro o un trocito de cristal sobre una hoja completamente abierta, no se moverá, como si estuviera dotada del sentido del gusto o del olfato, y conociese la inutilidad del regalo. Pero si encima de ella se deja caer la más pequeña porción de carne, o hasta un cabello, comprende al instante la planta que la substancia es *animal*, e inclina hacia ella sus tentáculos para apresarla.

EUPATORIO PERFOLIADO

Esta planta, de gran tamaño, color grisáceo y superficie cubierta de pelusilla, es notable entre las que crecen en lugares húmedos. Su follaje, profundamente arrugado, y sus diminutas florecillas blancas, que aparecen apiñadas en forma de grandes ramos, eran antiguamente muy usados en ciertas regiones por los campesinos, como remedio eficaz para curar las fracturas. Los tallos de este eupatorio están cubiertos de largas hojas afiladas, que brotan opuestas, de dos en dos, y unidas por su base.

TRÉBOL ACUÁTICO

Una de las más lindas entre las plantas que se encuentran en los sitios pantanosos es el trébol acuático. Se le reconoce sin dificultad, porque sus anchas hojas están divididas en tres hojuelas. Estas hojas provienen de un robusto rizoma, cuyas raíces se extienden alrededor, y en el centro del cual brota el grueso tallo con sus flores blancas o teñidas de rosa, en forma de embudo, las cuales tienen los lóbulos de la corola cubiertos de carnosos flecos, y rojos los estambres. Florece al finalizar la primavera o principiar el estío.

HIERBA CENTELLA

Si durante los días primaverales se visitan ciertos lugares cenagosos, se les encuentra en muchas partes transformados en campos de oro, gracias a la hermosa flor, de ricos tonos amarillos, de la hierba centella o calta palustre. Pertenece ésta a la familia de las ranunculáceas, como lo proclaman las mismas flores, que no son otra cosa que ranúnculos muy grandes. Su rizoma es ancho y robusto, y sus raíces se extienden mucho, brotando de ellas gruesos tallos con grandes y lustrosas hojas de forma arriñonada. Después de la florescencia, aumenta el tamaño de las hojas.

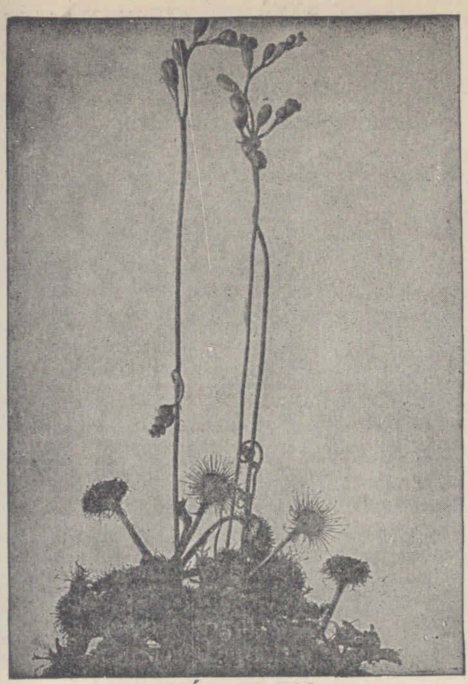
La flor carece de pétalos, pero los sépalos están coloreados y son muy grandes, de modo que producen el efecto de los primeros y suplen perfectamente su ausencia. Los dorados estambres son numerosos, y el néctar, abundantemente segregado en la base de los pistilos, atrae multitud de moscas, abejas, mariposas y distintas especies de coleópteros. En algunos países se le llama también flor de todos los meses.

VIOLETA DE LOS PANTANOS

Al echar sus flores la hierba centella, aparecen también cerca de los pantanos las primeras violetas. Esta especie es inodora; sus hojas son casi redondeadas, y más anchas que las de la violeta de olor, las cuales afectan la forma de corazón. Sus flores, de color violeta pálido, brotan en el extremo de los erguidos tallos; algunas veces son blancas. La estructura de la flor es semejante a la de las otras violetas.

SERPENTARIA

La serpentaria crece en la espesura de las selvas, alcanzando la altura de un hombre. Sus fibrosas, gruesas y nudo-



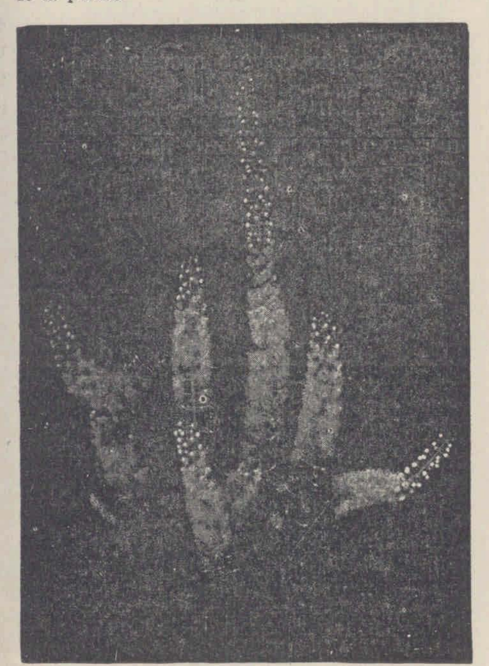
ROCÍO DEL SOL

Esta planta, llamada también rosolis, devora los insectos. Antiguamente se le atribuían grandes virtudes, entre otras, la de romper el vaso que contuviera veneno, si dentro de él se echaba un pedazo de la planta.



PAN DE CUCLILLO

He aquí otra planta insectívora (« Pinguicula vulgaris »). Sus hojas, que parecen cubiertas de escarcha, y sus flores, semejantes a la violeta, le dan un aspecto bastante singular. Atrapa a los insectos y los sujeta con las hojas.



SERPENTARIA

Los pieles rojas, primeros botánicos de la América del Norte, dieron este nombre a la planta que aquí vemos, por creer que sus raíces eran antídoto contra la mordedura de la serpiente de cascabel.



TRÉBOL ACUÁTICO

Esta flor es una de las más lindas entre las que brotan cerca de los pantanos. Es blanca, matizada de rosa, y a veces se encuentran hasta una docena de ellas en uno solo de los ramos que forma.



HIERBA CENTELLA

En los sitios pantanosos suele verse la hierba centella o calta palustre, con sus grandes y magníficas flores amarillas. Después de la florescencia aumenta el tamaño de las hojas.



VIOLETA DE LOS PANTANOS

Las flores de esta planta son más pálidas que las violetas de olor; su color es blanco o lila, con venillas purpúreas. Las hojas son firmes y brillantes, y casi redondas.



EUPATORIO PERFOLIADO

El eupatorio perfoliado se consideraba antes en ciertos países como planta medicinal de excelentes virtudes para curar las fracturas, y se hacía gran acopio de sus hojas y flores.



ESPÍREA Y RUDA DE LOS PRADOS

A la ruda de los prados se le da este nombre a causa de su semejanza con la que se cultiva. Con frecuencia se ve, cerca de los pantanos, a la espírea creciendo junto a esta ruda.



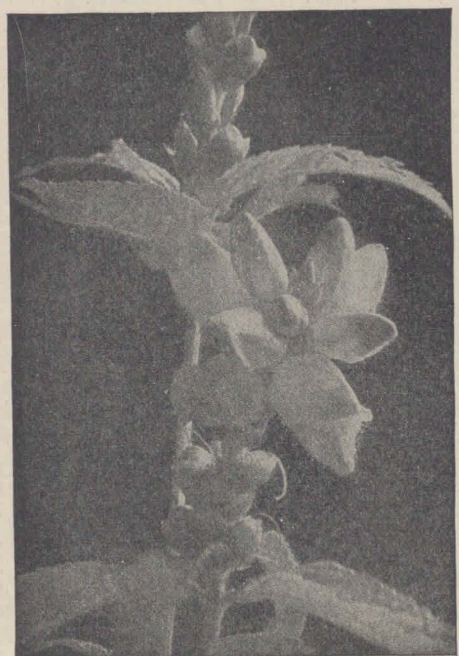
CEREZA ÁSPERA

Esta planta, de la misma familia que la espírea, se halla junto a los estanques y arroyos. Sus bayas, aunque muy secas y astringentes, son comestibles. Sus florecillas son blancas, y las hojas, ovaladas.



GENCIANA CRINADA

Esta flor es de las más bellas entre las que aparecen en otoño en los prados húmedos, o (como la genciana de los Alpes) en la montaña, donde forma hermosos grupos de flores azules.



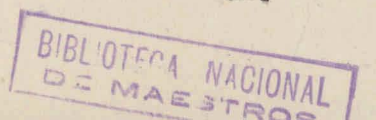
QUELONA O CABEZA DE TORTUGA

Las flores de esta planta ofrecen cierto parecido con las mandíbulas de una tortuga; de ahí su nombre, y, al igual que este quelonio, se la encuentra en lugares húmedos.



HIERBA DEL PARNASO

Esta planta es uno de los miembros de la familia de las saxifragáceas. Sus hojas tienen forma de corazón, y sus hermosas flores blancas con venillas verdes están sostenidas por largos pedúnculos.



sas raíces se utilizan en medicina. Las hojas se componen de multitud de hojuelas, y los altos y puntiagudos tallos de las flores están adornados con delicados copos blancos como la nieve, y si se les observa cuidadosamente se descubre que están formados por multitud de estambres, tenues como un hililo, que salen de las flores, cuyos sépalos y pétalos han desaparecido, o son tan chicos que con dificultad se perciben.

RUDA DE LOS PRADOS

La hierba que lleva este nombre se parece bastante al delicado follaje, compuesto de mil hojuelas, como el de los helechos, de la ruda que se suele cultivar en los jardines. La de los prados tiene los tallos cubiertos de racimos, formados por diminutas flores como borlitas, de las cuales sólo se divisan los temblorosos y prolongados estambres reunidos en grupos. Existen algunas variedades de esta planta: una de ellas florece temprano, en las laderas pedregosas de las colinas, mientras otra, con flores de nítida blancura, escoge por morada los prados u otros lugares húmedos.

ESPÍREA

Cerca de la ruda antes citada, se encuentra en las praderas la espírea, arbusto de gran tamaño, cuyas esbeltas ramas se inclinan al peso de los racimos de flores que adornan sus extremos. Los capullos de las florecillas aparecen teñidos de rosa, palideciendo al abrirse la flor, que semeja una miniatura de la del manzano. Este arbusto puede trasladarse con gran facilidad a los rincones húmedos de los jardines, donde produce lindísimas flores.

CEREZA ÁSPERA

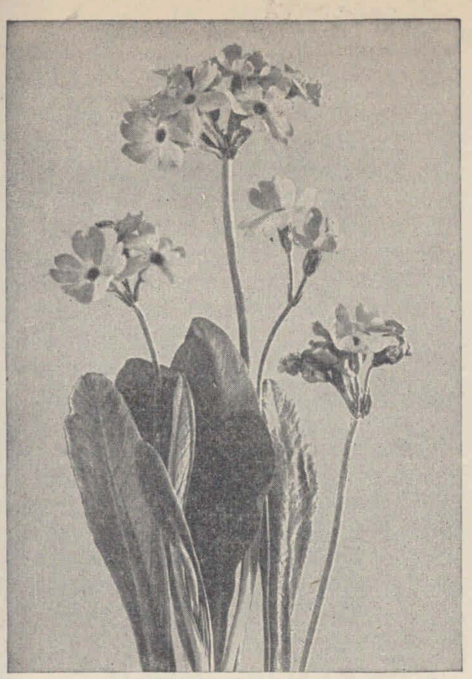
Con este nombre se conoce cierto arbusto perteneciente a la misma familia que la espírea, el cual tiene pequeñas flores blancas, parecidas a las del manzano, pero dispuestas en forma de racimos planos. Sus hojas son ovaladas, con los bordes recortados como dientes de sierra. Alcanza aproximadamente un metro de altura, y se le encuentra con frecuencia bañando sus raíces en el agua. Hacia fines de verano aparecen sus ramitas cargadas de bayas rojas o casi negras. Los indios de Norteamérica comían esta fruta algunas veces, a pesar de ser tan seca y áspera, que suele atragantarse.

QUELONA O CABEZA DE TORTUGA

A orillas de los pantanos, en determinadas regiones de América, se ven con frecuencia grandes manchas de color blanquecino, las cuales no son otra cosa que grupos de esta planta. Los esbeltos tallos, con sus lustrosas hojas colocadas dos a dos, están coronadas por gruesas y macizas flores de forma especial, que ofrecen gran semejanza con la cabeza de una tortuga, y también con la boca de dragón y demás flores que componen el género de los antirrinos, con las que tiene la quelona estrecho parentesco. Pero en lugar de ser negras y rizadas, o de brillantes matices, presentan estas flores color blanco azulado como la porcelana; sólo hacia las lanudas bocas tienen algunos tonos delicados de color rosa purpúreo.

GENCIANA CRINADA

Tarde florece esta planta, pero sus flores son quizá las más lindas de cuantas trae el otoño. No es siempre seguro encontrarlas en las mismas húmedas praderas donde abundaban el año anterior, porque parecen aficionadas a cambiar de morada, aunque buscan siempre la humedad. Sin embargo, vale la pena de recorrer algunos prados para verlas, pues son en verdad lindísimas. Además, se las halla con frecuencia reunidas, formando un delicioso jardín en miniatura. La genciana crinada posee lisas y estrechas hojas, de bruñida superficie, y las erguidas y espesas ramas se adornan con multitud de preciosas flores azules. En los capullos, de forma casi cuadrada, los cuatro pétalos están arrollados, dibujando un pequeño cono en la parte superior; pero al desplegarse, besados por el sol, aparecen las flores con los bordes caprichosamente rizados. Son en extremo sensibles, y al tocarlas los



PRÍMULA HARINOSA

Esta especie de prímula o primavera es muy semejante a la cultivada. Aparece junto a los pantanos, y la parte inferior de sus hojas contiene cierto polvillo parecido a la harina.



CINCOENRAMA PALUSTRE

Pertenece a la familia de las rosáceas. Crece muy espesa y tiene unos treinta centímetros de altura. Sus flores son grandes, de color de púrpura algo moreno. Las hojas son profundamente dentadas.



HIDROCOTILO O SOMBRERILLO DE AGUA

En esta planta, las hojas (que son redondas y brillantes) tienen mayor importancia que las flores; éstas son muy chicas, y permanecen tan escondidas, que, para verlas, hay que observar la planta muy de cerca.



ANGÉLICA SILVESTRE

Las flores de esta angélica, blanco-rosadas, lucen junto a los pantanos. De la planta se extrae tinte amarillo. Los tallos se comen como ensalada, y también se les confita algunas veces, garapiñándolos.

fríos dedos de la noche, vuelven a cerrar sus pétalos, para proteger contra la escarcha los delicados estambres y el pistilo, que guarda en el fondo de su corola. Al acariciarlas los primeros rayos del sol naciente, se abren otra vez, y al benéfico calor se reaniman. Esta planta pertenece a la misma familia que la genciana de los Alpes, la cual florece cerca de las nieves perpetuas; otro miembro de ella es la genciana de los pantanos, lustrosa planta con flores azules apiñadas alrededor del tallo, y que parecen siempre capullos que no acaban de convertirse en flor, porque ésta, que es de forma tubular, tiene únicamente una pequeña abertura en el extremo de la corola.

HIERBA DEL PARNASO

La hierba del Parnaso es también una linda flor lacustre. Pertenece a la familia de las saxifragáceas. Sus hojas presentan la forma de corazón, y brotan del rizoma describiendo un círculo, sostenidas por los erguidos tallos, mucho más cortos que los pedúnculos de las flores. Cada uno de éstos tiene una sola flor en su extremo, la cual mide de dos a tres centímetros de diámetro y posee cinco pétalos blancos, bastante gruesos y delicadamente matizados de verde. Las flores presentan en el centro un pistilo de gran tamaño, alrededor del cual hay cinco estambres.

Creen los botánicos que estas flores debían de tener diez estambres, pero que los cinco que faltan se han transformado en escamas ovaladas, que contienen glándulas de néctar cerca del pistilo. En sus bordes presentan una franja de pelos blancos con botoncitos amarillos, que lucen al sol cual si estuvieran húmedos.

ESPIRANTO OTOÑAL

Gran número de plantas pertenecientes a la familia de las orquídeas se hallan en las inmediaciones de los pantanos, sobre todo de los que crían musgo; pero el espiranto otoñal suele contentarse con las húmedas praderas, y aun con otros lugares, llanos y secos. Sin embargo, una variedad de esta planta se encuentra casi siempre en terrenos de excesiva humedad, y hasta bañándose en las aguas de los arroyos.

El espiranto otoñal alcanza bastante altura; como lo indica su nombre, da las flores en otoño, y éstas exhalan penetrante perfume. Los capullos se muestran levemente teñidos de color crema; las flores semejan estar cubiertas de escarcha, y se hallan dispuestas de tal modo, que la espiga que forman, si se observa de perfil, parece cuadrada.

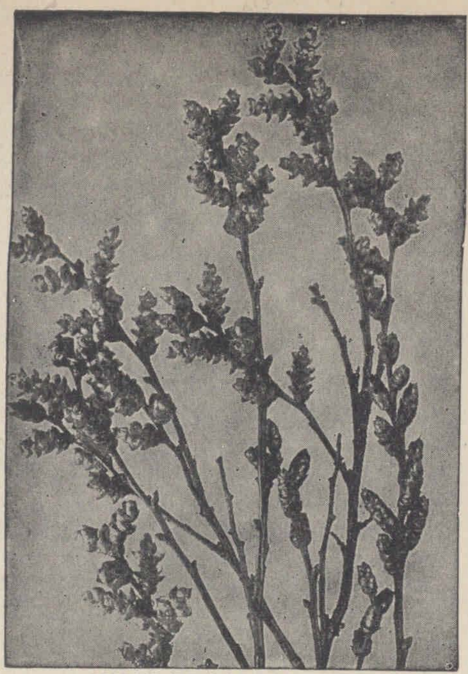
PRÍMULA HARINOSA

Cerca de los pantanos se encuentra también una especie de prímula, que tiene gran semejanza con sus hermanas de los prados y jardines, y cuyas hojas ofrecen la particularidad de estar cubiertas, en el envés, de un polvillo semejante a la harina, de color amarillo pálido, o blanco.

Y hasta más parecida es esta planta a la prímula de los jardines que la de los bosques, porque sus flores, matizadas de lila o de pálida púrpura, están apiñadas en forma de racimos en el extremo de un corto tallo, como en la primavera, que levanta las suyas algunos centímetros por encima de sus hojas lisas. Las flores de la prímula harinosa presentan una mota de color amarillo alrededor de la abertura del tubo, en la corola, y aparecen al llegar los días estivales.

CINCOENRAMA PALUSTRE

Esta planta es una especie del género *Potentila*, relacionado con el que comprende a las fresas. Tiene largas y leñosas raíces, como la cincoenrama de las praderas, y, lo mismo que ella, presenta sus hojas divididas en cinco o siete hojuelas. La cincoenrama de los prados tiene flores amarillas; pero las de la especie palustre, o de los pantanos, son de obscuro color de púrpura algo moreno, y no sólo los pétalos, sino también los sépalos. Debajo de éstos hay cierto número de brácteas, las cuales, así como los largos tallos de las flores, son del mismo tono purpúreo tirando a pardo, que comunica apariencia muy singular a la planta. Florece a principios del verano.



MIRTO DE LOS PANTANOS

Este arbusto florece antes de echar las hojas. Éstas, muy amargas, se emplearon antes en lugar del lúpulo; también se ponían entre la ropa blanca, para perfumarla, y se rellenaban colchones con ellas.



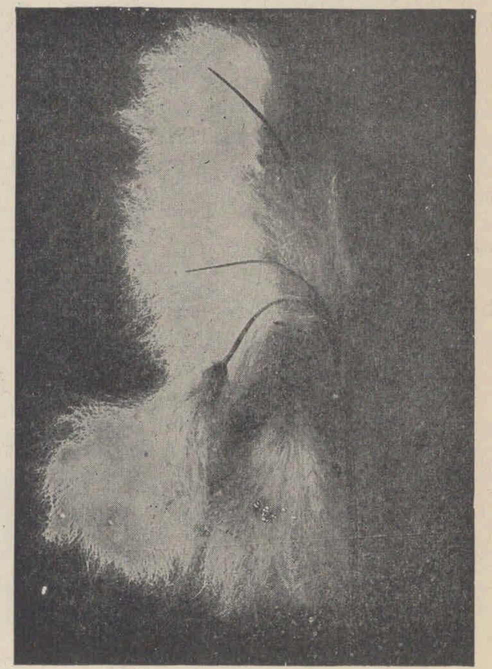
ASCLEPIAS ENCARNADA

Preciosa es esta planta, con sus racimos de flores inclinados como grandes borlas. Es una de las plantas favoritas de las mariposas; sus flores tienen color de carne, y exhalan suave fragancia.



ESPIRANTO OTOÑAL

Esta bella espiga cubierta de flores (las cuales parecen trenzadas y llenas de escarcha), se levanta sobre la verde hierba de los prados en los primeros días del otoño.



HIERBA ALGODONERA

Las inmediaciones de ciertos lugares pantanosos aparecen a menudo cubiertas de blanquísimos copos, que provienen de esta planta, la cual se conoce con el nombre vulgar de hierba algodonera.

HIDROCOTILO O SOMBRERILLO DE AGUA

Entre el musgo que crece en los terrenos encharcados, se ven con frecuencia grupos de redondas hojas de color verde obscuro (que miden desde un centímetro de ancho, hasta cuatro o cinco), no divisándose el tallo por parte alguna. Éste se descubre, sin embargo, si se levanta una hoja, porque está pegado al centro de la parte inferior del limbo. La planta se denomina hidrocotilo o sombrerillo de agua.

Los delgados tallos se introducen en el musgo y, como están privados de recibir la luz, se mantienen enteramente blancos. En verano aparecen los pequeños racimos de florecillas matizadas de color rosado verdoso.

Pertenece esta planta a la familia de las umbelíferas—aunque a persona alguna, no entendida en la materia, jamás se le ocurriría clasificarla como tal.

ANGÉLICA SILVESTRE

Otra planta perteneciente también a la familia de las umbelíferas, y que se halla tanto cerca de los pantanos como en los lugares húmedos de los bosques, es la angélica silvestre, la cual, a primera vista, muestra claramente ser uno de los miembros de la familia botánica citada.

Llega a tener hasta más de metro y medio de altura, y su grueso y nudoso tronco es a menudo de color purpúreo. Sus anchas y ovaladas hojas miden con frecuencia cincuenta o sesenta centímetros de longitud, siendo de bordes aserrados, como las de muchas plantas del mismo grupo. Las umbelas de flores, blancas o purpúreas, son de gran tamaño, y aparecen al comenzar el estío.

ARÁNDANO PALUSTRE

Las hojas de esta planta conservan su verdor durante todo el año. Los tallos son rastreros, y arraigan en el lodo o entre el musgo de las lagunas y sitios cenagosos. El color de sus flores es rosado, y éstas tienen la corola partida en cuatro divisiones. Produce bayas de un tono rojo obscuro, en extremo ácidas.

ASCLEPIAS

Existe cierto número de plantas así llamadas, de las cuales, si se magullan las hojas o los tallos, fluye cierto jugo blanco como la leche y muy pegajoso. Tienen pequeñas y curiosas flores, reunidas en forma de umbela o quitasol. Algunas de esas umbelas se inclinan hacia el suelo, como grandes borlas pendientes, mientras otras se conservan derechas y erguidas. Las umbelas de la asclepias encarnada (que crece junto a los pantanos) son de esta última clase, y de las más lindas. Sus flores ostentan un hermoso color de carne, y exhalan exquisito aroma.

El líber de algunas asclepias contiene una fibra tan resistente, que podría emplearse perfectamente, como el cáñamo, para la fabricación de cuerdas.



El Libro de los «por qué»

EL POR QUÉ DE VARIAS COSAS

TRATAMOS en estas páginas de una de las leyes más importantes de la naturaleza: la ley que hace caer al suelo los cuerpos pesados. Nada hay, al parecer, tan sencillo, y, sin embargo, nadie sabe *por qué* cae al suelo la manzana desde el árbol, o por qué la piedra que arrojamos al aire desciende otra vez. Decimos aquí lo que se sabe actualmente sobre el particular. Explicamos, además, cómo teje su tela la infatigable araña, cómo se forman las bellísimas gotas de rocío que vemos sobre la yerba y sobre las hojas de los árboles, en nuestros paseos matinales, y muchas otras cosas que en más de una ocasión han intrigado nuestra mente.

¿POR QUÉ CAE LA MANZANA?

NADIE sabe *por qué* cae la manzana. Aunque todos sabemos que la tierra y la manzana se atraen mutuamente (si bien, por efecto de su inmensa diferencia de volumen, la manzana se desplaza de una manera apreciable, en tanto que la tierra permanece sensiblemente quieta), todos ignoramos, empero, la razón por qué se atraen. Todas las cosas en el mundo se atraen de la misma manera, como lo ha demostrado Isaac Newton, quien, siendo aún niño y hallándose tendido bajo un manzano, en el jardín de su padre, vió caer una manzana y dióse a pensar en ello. «La tierra atrae a la luna y la obliga a girar en torno suyo, lo mismo que atrae a la piedra»—se dijo. Si cesase en un momento dado el movimiento rotativo de la luna alrededor de la tierra, caería sobre ésta, como la manzana y la piedra. De este modo descubrió la ley de la *gravitación universal.*

«Ahora bien, cuanto mayor es la masa de un cuerpo, mayor es el vigor con que atrae a los demás; de manera que la tierra atrae a los objetos con tanta mayor fuerza cuanto mayor es su masa. Mas no se crea por eso que la velocidad de la caída de los cuerpos más pesados es superior a la de los más ligeros; porque, si bien son aquéllos atraídos con más fuerza, no debemos olvidar que la fuerza necesaria para vencer la inercia de un objeto es también directamente proporcional a la masa de éste. Por consiguiente: los cuerpos caen con la misma velocidad, cualquiera que sea su peso. Si preguntáis por qué, os referiremos la historia del sabio que descubrió esta ley, y del medio de que se sirvió para demostrarla.

En la ciudad de Pisa, en Italia, hay una famosa torre inclinada que cuenta muchos siglos de existencia.

No existe en todo el mundo otro edificio como esa torre. Dió comienzo su construcción hace más de 800 años: el pueblo de Pisa deseaba poseer una torre tan bella como el célebre campanario de Venecia; y, aunque sufrió un accidente que pudo derribarla, existe todavía, mientras que el campanario de Venecia desplomóse hace unos cuantos años. Se sabe que la torre no fué construída ex-profeso con esa inclinación, pues, se aparta cerca de cuatro metros de la vertical.

Fué edificada sobre pilastras de madera, clavadas en un terreno muy blando. A poco de comenzar la construcción empezó a hundirse por un lado.

No hay en todo el mundo otra torre tan inclinada como la de Pisa. Su aspecto es hermosísimo, pues su parte exterior es toda de mármol blanco. No se cae, porque la construyeron de manera que la vertical trazada desde un punto especial, que se denomina el *centro de gravedad* (y que es el de aplicación de la resultante de las acciones que la gravedad ejerce sobre las moléculas de un cuerpo en cualquier posición que ocupe), dicha recta cortará a la superficie de la tierra en un punto interior al perímetro de su base. Si este punto de intersección se hallase fuera de dicha base, la torre se derrumbaría sin remedio.

Pero la torre es en extremo interesante, además, por otra razón: porque fué utilizada por uno de los hombres más ilustres que han nacido, para

efectuar uno de los más trascendentales experimentos que registran los anales de la ciencia. Este hombre fué el gran astrónomo italiano Galileo, que hace bastante más de tres siglos ejercía en Pisa el cargo de profesor, y *pensaba con su propia inteligencia.*

Aristóteles, el gran filósofo griego, que existió cerca de 2000 años antes que Galileo, afirmaba, que, si se toman dos esferas de la misma substancia, una pequeña y otra grande, y se las deja caer en un momento dado, la grande llega a la tierra antes que la pequeña; y si fuese diez veces mayor que la otra, caería con una velocidad diez veces mayor.

En nuestros días, cuando sostiene alguien alguna teoría por el estilo, nos limitamos a efectuar el experimento sin demora y dejamos que la naturaleza misma decida lo que haya de verdadero o falso; pero en la antigüedad eran muy contados los hombres que concedían autoridad a la naturaleza, pues la mayoría limitábase a acatar la opinión de los hombres ilustres. Asi fué que por espacio de cerca de 2000 años todo el mundo creyó y enseñó lo que Aristóteles había dicho acerca de la caída de los cuerpos, y nadie se tomó la molestia de hacer experimento alguno para descubrir la verdad.

Por fin surgió Galileo, que se decidió a pensar con su propia cabeza y afirmó que los cuerpos caían todos con la misma velocidad, cualquiera que fuese su peso; y todos sus contemporáneos se burlaron de él. El que todos se rían de uno es una buena señal; por lo menos, nadie, hasta ahora, ha realizado ningún descubrimiento verdaderamente trascendental, sin provocar las burlas de las gentes. «Está bien», dijo Galileo, «venid y presenciad vosotros mismos el experimento.» Y una mañana, en presencia del claustro de la Universidad y de sus numerosos estudiantes, subió a la torre inclinada, llevando consigo una bala de diez libras y otra de una, y, dejándolas caer juntas, juntas recorrieron el camino y juntas se empotraron en el suelo.

¿Creeréis que todo el mundo aplaudió a Galileo por haber descubierto una nueva verdad, adquiriendo el sabio desde entonces una celebridad imperecedera? Pues fué todo lo contrario: la suerte que aguarda a los hombres en casos semejantes es bien distinta, por cierto. Lo que sucedió fué que todos vituperaron indignados al joven Galileo por osar disentir de la opinión de Aristóteles.

La clase de Galileo quedó desierta, y, perseguido por la rechifla general, tuvo poco después que salir de Pisa el sabio, expulsado por haber descubierto una verdad. Lo mismo les ocurrió a muchos hombres ilustres anteriores a Galileo, y a otros posteriores a él. ¡Y otro tanto sucede hasta en nuestros días!

¿DÓNDE SE OCULTAN LAS ESTRELLAS DURANTE EL DÍA?

¿Dónde están las estrellas por el día?—preguntan a veces los niños. Las estrellas, durante el día, permanecen en el mismo lugar en que se hallan durante la noche, y si fuera posible tapar el sol, las veríamos brillar a medio día tan claramente como a media noche. A veces se presenta este fenómeno, pues la luna se interpone entre dicho astro y la tierra, ocultándolo a nuestra vista en pleno día por espacio de algún tiempo, a pesar de hallarse el cielo despejado. Cuando esto ocurre, una de las cosas que más admiración nos producen es ver salir nuevamente las estrellas. Estas, pues, permanecen invariablemente en su sitio, tan brillantes como siempre, y si no las distinguimos es porque la luz del sol, debido a ser mucho menor la distancia que de él nos separa, llega a nosotros con una intensidad tan notablemente superior a la de aquéllas, que no nos permite verlas.

Cuando escucháis el retumbar del trueno o el estampido del cañon, no oís el acompasado ruído de vuestra propia respiración, a pesar de tenerla tan cerca y hallarse el trueno tan lejos; pues bien, de la misma manera que el ruído grande anula al pequeño, así también la luz deslumbradora del sol

UNA TORRE INCLINADA DESDE HACE OCHO SIGLOS

La gran torre de Pisa (Italia) ha permanecido inclinada por espacio de ocho siglos. No se ha derrumbado, porque cuando los que la edificaban notaron que se iba hundiendo hacia un lado, siguieron construyéndola de forma que su peso gravitase en debida dirección; así que, aunque la torre parece que se está cayendo, se halla perfectamente equilibrada por todas partes. La masa total de la torre es atraída hacia la tierra, y si la vertical que pasa por su centro de gravedad cayese fuera de su base de sustentación, la torre se desplomaría; pero mientras caiga dentro no hay cuidado, por peligrosa que pueda parecernos su posición.

eclipsa la incierta que de las estrellas nos llega. Existe otra manera de suprimir la luz del sol y poder ver de día las estrellas: las personas que trabajan en el fondo de alguna excavación muy honda o de un pozo muy profundo, desde donde no descubren más que un pequeño trozo de cielo, ven las estrellas casi con el mismo brillo de día que de noche.

CÓMO ENSARTA LA NATURALEZA SUS PERLAS EN LOS HILOS DE UNA TELA DE ARAÑA.

El grabado representa una tela de araña cubierta de gotas de rocío. La araña teje su tela con seda que segrega su propio cuerpo, y con la que construye anillos e hilos hasta completar el tejido. Cada tela de araña representa una hora de labor, y es tan resistente, que ni el viento ni la lluvia son capaces de romperla. No hay nada más bonito que una tela de araña llena de gotas de rocío.

¿QUÉ ES EL ROCÍO?

Las menudas gotas de rocío parecen, a primera vista, una cosa muy sencilla; pero han necesitado los sabios muchos siglos para descubrir lo que son. Existe en el aire una gran cantidad de humedad, la cual refrigera los rayos del sol para que no nos abrasen en los días calurosos del verano. Por la noche, irradia la tierra el calor que recibió durante el día, pero dicha humedad evita que se escape demasiado de prisa. Si no fuese por ella, la tierra se enfriaría tanto, que moriríamos helados en una sola noche de verano.

Pues bien, al anochecer, cuando empieza la tierra a irradiar sus rayos de calor, son éstos absorbidos por la mencionada humedad, la cual adquiere una temperatura superior a la de la tierra, a la de la yerba y a la de las flores que le han cedido el calor. La yerba y las flores se enfrían notablemente, y enfrían, a su vez, la humedad que les rodea, con lo que ésta vuelve a convertirse en agua y desciende sobre la tierra en forma de menudísima lluvia. Los pétalos de las flores, las hojas de las plantas y de los árboles, las telas de araña, etc., la recogen cuando cae, y la mutua atracción de sus moléculas hace que éstas se agrupen formando las gotas de rocío.

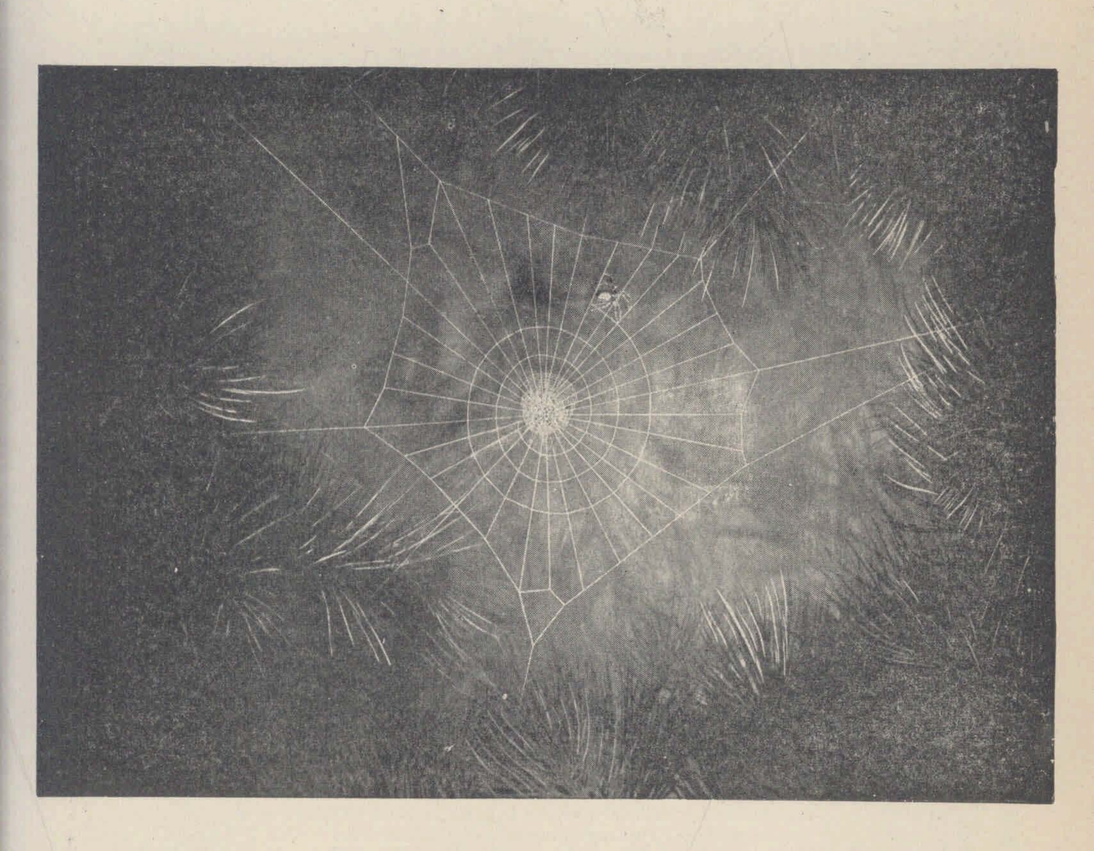
¿CÓMO TEJE LA ARAÑA SU TELA?

Afirman sabios ilustres que nada hay tan admirable como la habilidad de la araña. La seda con que teje su tela es segregada por su cuerpo a través de finísimos tubos capilares. Produce varios hilos a la vez pero se unen al instante unos con otros formando otro más gruso. El extremo de este hilo lo adhiere a una hoja, o ramita, o trozo de madera. Unas veces ejecuta esta operación ella misma, y otras deja flotar el hilo en el aire para que el viento lo mueva en todas direcciones hasta que toque a un objeto cualquiera y se pegue a él.

Una vez asegurados ambos extremos

del hilo, la araña puede deslizarse por él y atar otros varios, tal vez veinte o más, a diferentes puntos, pero yendo a reunirse todos en el centro. Luego teje otros hilos en redondo, alrededor de los primeros, formando cierto número de anillos, que pueden ser también veinte, o más. Toda esta linda seda ha salido del cuerpo del insecto. La araña trabaja mucho y con gran ligereza, y, una vez puesta a la obra, la concluye en menos de una hora, siendo tan fuerte el tejido, que el viento no se lo lleva ni la lluvia lo destruye.

El objeto de este tejido es el de cazar insectos, de suerte que todavía le queda a la araña mucho que hacer después de terminar la tela. Para que los insectos atrapados en esta especie de red no puedan escaparse, la araña la cubre toda con una substancia parecida a la cola, en la que se quedan aquéllos pegados fuertemente. A simple vista no podemos ver ese substancia; pero existen millares y millares de gotitas microscópicas de ella, distribuidas por toda la superficie de la tela de araña.







Este grabado representa el desembarco del capitán Cook, en Tasmania. Era el famoso navegante hijo de un campesino; pero su afición al mar le hizo abandonar a sus padres y alistarse como marinero, en un buque. Ninguno de cuantos habían visitado a Australia antes que él, habíanse dado cuenta de la fertilidad y riqueza del país, hasta que Cook descubrió que existían en aquel nuevo continente bellas y feraces tierras, y bautizándolo con el nombre de Nueva Gales del Sur, tomó posesión de él en nombre de la Gran Bretaña. Los dos grabaditos inferiores dan idea de los indígenas de ambos sexos que halló Cook en Tasmania, al desembarcar por vez primera en esta isla.

LO QUE NOS ENSENA ESTE CAP TULO

A SEMEJANZA del gran continente africano, Australia, la mayor isla del globo, permaneció desconocida por espacio de centenares y aun de millares de años. Al empezar los primeros viajes de circunnavegación los navegantes que dieron la vuelta al mundo, divisaron las costas australianas; pero tan desolado aspecto presentaban, que no se atrevieron a desembarcar en ellas, y durante algún tiempo se tuvieron algunas noticias del litoral, pero nada absolutamente se supo del interior del país. Hablaremos aquí de los primeros exploradores que recorrieron las regiones costeras de Australia y de los que posteriormente dieron a conocer los extensos territorios del interior, poblados de una fauna y una flora raras y verdaderamente admirables. El relato de las penalidades sufridas por los que se aventuraron a cruzar los inhospitalarios desiertos australianos, es de los más interesantes y conmovedores que ofrece la historia de las exploraciones de nuestro globo.

LOS EXPLORADORES DE AUSTRALIA

PERDIDA en la inmensidad del Océano y en el silencio de los siglos, yacía la mayor isla del mundo, Australia, hasta que en el año 1522 algunos navegantes portugueses alcanzaron a ver sus costas rocosas del este, las cuales les parecieron tan poco atractivas que siguieron su rumbo, sin querer arribar a ellas. Posteriormente, algunos marinos holandeses visitaron estas mismas costas, y, deseosos de encontrar tierras mejores, las recorrieron en sus barcos veleros. Como fruto de esta excursión y de sus trabajos de reconocimiento, llegaron a formarse una idea aproximada del litoral este, sur y norte de Australia; y, aunque no les produjeron aquellas tierras más agradable impresión que a los navegantes portugueses, creyeron oportuno darles un nombre, y así las llamaron Nueva Holanda, en honor de su país natal.

En 1688, un inglés, llamado Guillermo Dampier, piloto de uno de los muchos barcos piratas que en aquellos tiempos recorrían los mares, adueñándose de cuantas embarcaciones encontraban y de sus bienes, puso el pie en la costa noroeste de Australia.

Merced, pues, a la labor de estos arriesgados marinos, tuviéronse algunas noticias vagas de aquella grande isla, a la que se consideró del todo impropia para recibir emigrantes europeos, a causa de la notable y extremada desemejanza con cualquiera otra parte del mundo. Los indígenas que la habitaban eran salvajes y vagaban desnudos por sus solitarios páramos, hablaban un lenguaje rudimentario e incomprensible y su vida era la de los hombres primitivos.

No pudieron hallar los exploradores río alguno que regase aquello áridos campos. No existía ganado de ningún género, sino bestias extrañas y monstruosas semejantes a las ya extinguidas, cuyos esqueletos se encuentran sepultados a grandes profundidades de la corteza terrestre, y enormes aves que no podían volar. En una palabra, era la parte conocida de aquel país de aspecto extraño y repulsivo; y sus varias regiones abruptas y, al parecer, inhabitables.

Hasta 1770 no se llegó a saber que en Australia había regiones bellas por la feracidad de su suelo, debiéndose esta alentadora noticia al célebre navegante y explorador, Jaime Cook. Era éste hijo de un labrador, pero dedicado desde niño a la vida del mar, alcanzó, gracias a su honradez y clara inteligencia, el grado de teniente en la armada. Efectuó largos viajes por mar y en uno de ellos, y ya de regreso, al costear el territorio de Nueva Zelanda, empresa que nadie antes de él había llevado a cabo, entró en un mar para él desconocido y en sus aguas encontró las costa oriental de Australia.

Su sorpresa no fué pequeña, pues en lugar de la soledad árida y pedregosa de que hablaban los relatos de su tiempo, se ofrecieron a su vista hermosas y fértiles tierras a lo largo del

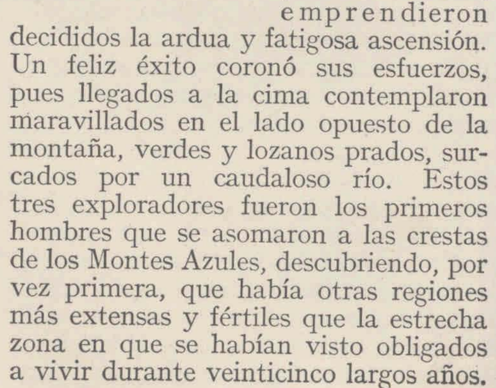
litoral. Encantado con tal descubrimiento, lo recorrió de un extremo al otro y en memoria de su patria le dió el nombre de Nueva Gales del Sur.

Cuando en época posterior se vió que en Australia podían vivir los europeos, el Gobierno inglés comenzó a enviar allí colonos, reclutándolos entre los presidiarios que llenaban a la sazón las cárceles de Inglaterra. En 1788 llegó a la costa oriental de Australia una escuadra inglesa mandada por el comodoro Philip con 757 deportados, que aquél estableció en la bahía de Port Jackson, donde con el tiempo había de levantarse la ciudad de Sidney. No tenían estos colonos penitenciarios otros alimentos que los importados en barcos desde Inglaterra, y siendo la distancia tan larga y la navegación en aquellos tiempos tan imperfecta e insegura, nada tiene de extraño que por espacio de más de veinte años su vida fuese una continua privación y que se vieran muchas veces amenazados de morir de hambre. Por otra parte, no les vino a las mentes penetrar en el interior de aquellos parajes en busca de pastos para el ganado traído de la metrópoli o de campos en que sembrar cereales, sino que se contentaron con permanecer cerca de la costa, sin llegar a imaginarse que a su espalda, y detrás de los Montes Azules, corrían frescos ríos por verdes y abundantes praderas.



Guillermo Dampier contempla cómo los salvajes indígenas lanzan en « bumerang », arma que consiste en un palo de forma especial, y que los australianos saben arrojar de modo que vuelva al punto de partida.

Así pasó largo tiempo, sin que nadie alcanzase a trasponer las elevadas cimas de aquellos montes, aun cuando muchos lo intentaran para acabar siempre cejando en la empresa. Finalmente, y después de veintinueve años, tres colonos, Wentworth, Blaxland y Lawson, empujados por la desesperación, resolvieron abrirse paso por aquellos montes a costa de los mayores riesgos. En vista de que las prolongadas sequías habían reducido sus ganados al último extremo, pensaron aquellos tres infelices que tanto valía perecer en su atrevida excursión, cuanto en el lugar de su desdicha, y sin parar mientes en la considerable altura de los montes que se elevaban a más de 1200 metros, y estaban agrietados por profundos precipicios y barrancales, emprendieron



decididos la ardua y fatigosa ascensión. Un feliz éxito coronó sus esfuerzos, pues llegados a la cima contemplaron maravillados en el lado opuesto de la montaña, verdes y lozanos prados, surcados por un caudaloso río. Estos tres exploradores fueron los primeros hombres que se asomaron a las crestas de los Montes Azules, descubriendo, por vez primera, que había otras regiones más extensas y fértiles que la estrecha zona en que se habían visto obligados a vivir durante veinticinco largos años.

Así comenzó la exploración del interior de Australia.

Desde entonces fueron desembarcando en las costas australianas crecientes emigraciones de colonos, y, siendo el paso por los Montes Azules de gran importancia, un gobernador solícito construyó caminos sobre ellos y abrió túneles en su interior, fomentando notablemente con tales trabajos el progreso de la nueva región. Lo primero que se necesitaba era explorar totalmente el país y construir viviendas en lugares alejados de las colonias penitenciarias. Mientras así se afanaban unos y otros por mejorar su condición y asegurar su subsistencia en la isla, un joven de gran osadía, Mateo Flinders, acompañado de un amigo suyo, apellidado Bass, practicó un reconocimiento más detenido del litoral australiano. Había leído Flinders las aventuras de Robinson Crusoe; y su lectura despertó en él la idea de navegar. Cuando más tarde la puso en práctica debidamente preparado, y desembarcó en Australia, exploró minuciosamente parte de sus costas, y de su estudio dedujo e hizo público que Tasmania no era parte de Australia, según se había venido admitiendo hasta entonces, sino una isla diferente.

Y no satisfecho con estos trabajos, en otros posteriores confirmó la justa creencia de que Australia era la isla mayor del mundo, pues en sucesivos viajes logró recorrer todo el perímetro de la misma. A su regreso a la colonia, navegantes franceses, envidiosos de sus éxitos, le hicieron prisionero y le impidieron volver a Inglaterra durante los siete años consecutivos a su detención. Incautáronse asimismo de los mapas que había trazado y documentos que había escrito, y los publicaron como trabajo propio, atribuyéndose a sí mismos los descubrimientos de Flinders.



Aspecto que las tierras australianas ofrecieron a los primeros exploradores. Estos no descubrieron más que abruptas y desiertas soledades, erizadas de escarpadas rocas en que habitaban hombres en estado salvaje y extraños animales.

Faltaba aún por realizar el trabajo más difícil en la enorme isla y era la exploración de su interior, empresa que superaba en dificultad a la de los exploradores de África, y no precisamente por tener que luchar con terribles fieras, como el león o el tigre, sino con tribus de salvajes que, no satisfechos con perseguirlos ferozmente, incendiaban los prados y cañaverales, privando de sus pastos a los caballos de los colonos,

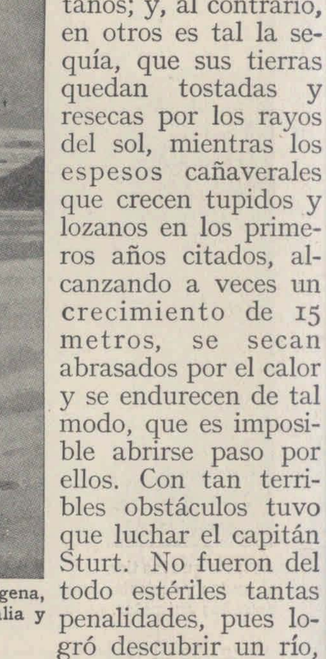
e imposibilitando de este modo su avance, además de ponerlos en gran peligro de perecer. Añadíanse a estas calamidades la falta de agua a través de los desiertos pedregosos de la isla. Más de un libro podría escribirse sobre los innumerables trabajos, seguidos frecuentemente de una muerte cruel, a que hubieron de exponerse aquellos beneméritos hombres en sus excursiones por el interior de Australia; mas nos contentaremos con citar algunos casos.

Es Australia una isla como ya hemos dicho, y mide de superficie más de siete millones y medio de kilómetros cuadrados. En vista de la enorme extensión de sus terrenos, no sabían las partidas de exploradores si en su interior habría o no lagos o ríos. Opinaban más bien que debían de existir unos y otros; y no faltaban quienes se imaginaran tropezar algún día con algún mar interior, como el Mediterráneo. Era uno de estos últimos el teniente Oxley, quien llevó a cabo varios viajes y en uno de ellos recorrió, en busca del soñado mar, más de 1200 kilómetros. Un amigo suyo llamado Cunningham, quien posteriormente fué muerto por los indígenas, encontró un río; pero nada verdaderamente digno de mención se descubrió hasta que el capitán Carlos Sturt realizó su expedición acompañado de varios deportados, cuya conducta fué tan noble, que, a pesar de las muchas penalidades que se les presentaron, siguieron a su jefe a todas partes.



Eduardo Juan Eyre, con su criado indígena, explorando un inmenso desierto de Australia y próximos a sucumbir de hambre y fatiga.

Una de las molestias que más les afligieron fué el calor. Tan caldeado llegó a estar el ambiente, que los tornillos de unas cajas donde llevaba su equipaje el capitán se aflojaron y saltaron de los agujeros; el peine se les deshojó en láminas delgadas; la mina de su lápiz se desprendió, y las uñas de los dedos se les partieron como si hubiesen sido de cristal. Pero a pesar de tantos contratiempos, prosiguió en su excursión, durante la que tuvo días difíciles y jornadas dignas de un héroe.



Hay años en que caen copiosos aguaceros, convirtiendo las llanuras de Australia en grandes lagos y extensos pantanos; y, al contrario, en otros es tal la sequía, que sus tierras quedan tostadas y resecas por los rayos del sol, mientras los espesos cañaverales que crecen tupidos y lozanos en los primeros años citados, alcanzando a veces un crecimiento de 15 metros, se secan abrasados por el calor y se endurecen de tal modo, que es imposible abrirse paso por ellos. Con tan terribles obstáculos tuvo que luchar el capitán Sturt. No fueron del todo estériles tantas penalidades, pues logró descubrir un río, al que puso por nombre Darling y exploró en conjunto más de 3000 kilómetros de terreno; pero sus padecimientos habían sido tantos y tan intensos que al final de su expedición quedó ciego.

Su fiel amigo Juan McDouall Stuart, que le había acompañado en su expedición, tomó a su cargo efectuar la exploración de la isla, para lo cual llevó a cabo en tres etapas otras tantas excursiones de larga duración, partiendo del extremo litoral sur hasta el del norte y siendo el primero que cruzó el territorio de Australia en toda su extensión. Estos viajes tuvieron transcendental importancia, pues en su marcha fué

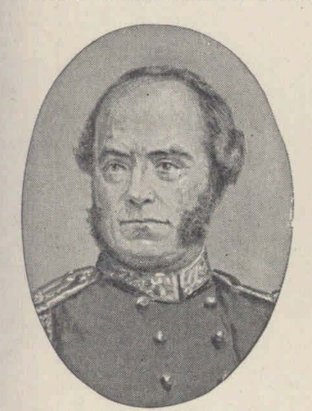
trazando mapas que pudieran servir de guía para ulteriores trabajos; y, en efecto, al tender la línea telegráfica que atraviesa Australia de sur a norte, se siguió el mismo camino hollado por Sturt, y marcado en los mapas de McDouall.

Él y sus acompañantes sufrieron terriblemente por la falta de alimentos y más aun por la carencia de agua. Cierto día, rendidos de fatiga y medio muertos de sed, llegaron a la orilla de un río que nacía al pie de unas empinadas rocas: inclináronse ávidos para beber, pero apenas tocaron el agua con los labios, advirtieron que era tan salada como la del mar, sabor que tienen las aguas de muchos lagos de aquel país, pues las lluvias corren por hondas resquebrajaduras y torrenteras, en cuyo fondo hay enormes cantidades de sal.

Varios de los caballos de los expedicionarios se volvieron locos a causa de la sed y uno de ello estuvo a punto de matar a Stuart. Otro, después de darle, un terrible revolcón, le pisó una mano, rompiéndole los huesos y dejándolo manco de ella para toda su vida. A pesar de todas estas vicisitudes, continuó Stuart su marcha hacia el norte, mas llegó un momento en que por falta de víveres cayó enfermo, con la circunstancia agravante de que la gran sequedad que se apoderó de su boca no le permitía pasar los alimentos ni las medicinas.

En cierta ocasión estuvo a punto de morir a manos de los salvajes; pero esquivó este peligro y prosiguió su marcha por encima de todo, hasta que, finalmente, llegó al término de su jornada y puso el pie en la costa del norte de la isla, punto contrario al de su partida.

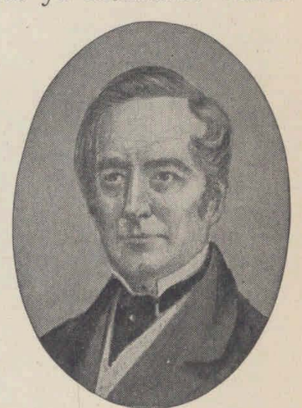
Antes que Stuart hubiese dado feliz remate a su audaz empresa, Eduardo Juan Eyre había ya intentado varias veces completar el conocimiento que se tenía del país. Era Eyre un magistrado que llevaba vida tranquila en una hermosa estancia, donde poseía magníficos rebaños; pero deseoso de emular los triunfos de Sturt y de otros exploradores, abandonó la placidez de sus ocupaciones campestres y recorrió a pie el desierto que se extiende a lo largo del Gran Golfo Austral, esto es, desde el Golfo de Spencer, enclavado al sur de Australia Meridional, hasta el cabo King George Sound, en la costa sur de Australia occidental, término final de su excursión. Fué ésta sumamente difícil y peligrosa a causa de la gran distancia recorrida; y el pueblo inglés, al tener noticia de tan heroica jornada, honró a Eyre con una alta condecora-



MATEO FLINDERS



JUAN STUART

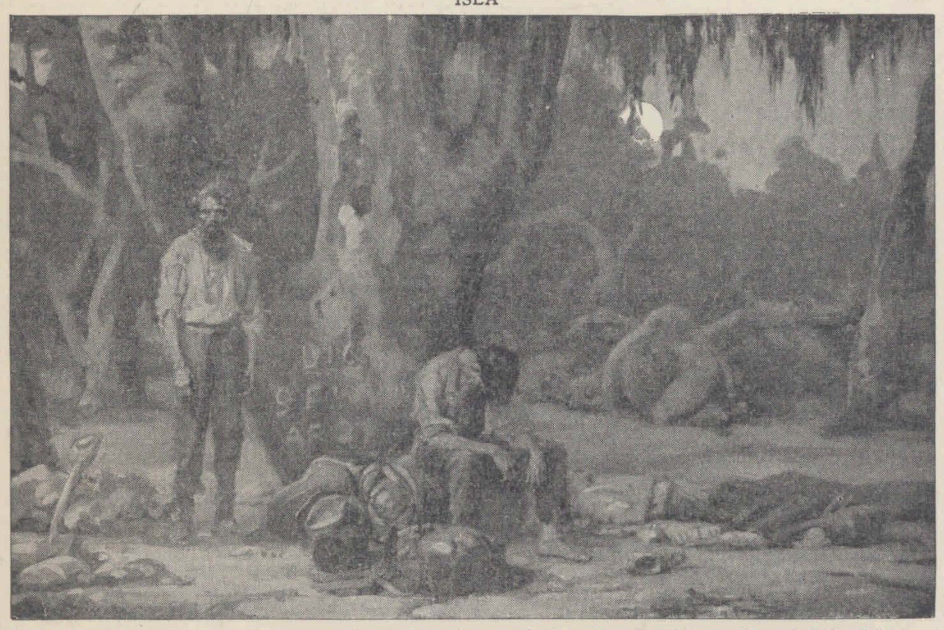


EL CAPITÁN STURT

Tres de los primeros y más audaces exploradores de Australia. Mateo Flinders navegó alrededor de toda la isla, que es la mayor del mundo. El capitán Sturt encontró el caudaloso río Darling y exploró más de tres mil kilómetros a pie, siendo tan grandes sus penalidades, que a consecuencia de ellas quedó ciego. Juan Stuart, fué el primer hombre que cruzó el continente australiano de sur a norte y trazó mapas de su expedición.

ción. Este abnegado viajero realizó también excursiones por el interior de la isla y descubrió el lago Torrens, que tomó por un gran mar, pues sus aguas abarcaban una extensión inmensa, a causa de ser aquel año uno de los lluviosos de que hemos hablado anteriormente. La más larga jornada de Eyre fué la que le llevó al gran golfo Austral, en 1841. Sesenta años después moría este insigne explorador inglés, al que sucedieron otros muchos, cuyo hado les fué adverso y de los cuales nada se ha podido saber.

LOS ULTIMOS DIAS DE BURKE Y WILLS, PERDIDOS EN LAS SOLEDADES DE LA INMENSA ISLA



Burke y Wills fueron los exploradores de Australia menos afortunados. Perdidos en las soledades del nuevo país, cubiertos de harapos y faltos de víveres, perecieron de hambre y sed. Dejaron escrita una narración de sus tristes aventuras en varios cuadernos que enterraron al pie de un árbol, después de marcarlo, según podemos ver en este grabado. En el fondo se ven sus camellos moribundos por falta de agua.

Una de las más tristes historias de estos expedicionarios es la de Burke y Wills. Pusiéronse en marcha estos dos exploradores bien provistos de hombres, camellos y víveres, y alentados por grandes y fundadas esperanzas de buen éxito; pero desde un principio un conjunto de circunstancias adversas contribuyeron a malograr los esfuerzos de la expedición. Empezaron dividiéndose en dos grupos; y a fin de poder avanzar con más rapidez y seguridad, ocho de las caravanas salieron para abrirse derroteros que pudieran seguirse con toda confianza, mientras el resto se quedó con las bestias y provisiones, en espera del mensajero que habían de enviarles sus precursores. Viendo Burke que éste tardaba demasiado, determinó salir él solo en busca de aquéllos y dejando el depósito de víveres en manos de sus camaradas, partió con Wills y dos hombres más, seis camellos, dos caballos y provisión de alimento y bebida para tres meses.

Al llegar al litoral se vieron obligados a volver a su campamento, pues los víveres se agotaban. Durante el regreso murió uno de los expedicionarios; y cuando Burke y sus dos acompañantes se hallaron en el punto de partida, vieron que el resto de la caravana había desaparecido. Precisamente aquel mismo día se habían alejado en busca de mejores parajes donde plantar sus tiendas.

Extenuados Burke y Wills por la necesidad y la fatiga, y sintiéndose enfermos, desistieron de ir en su busca y determinaron volver a la colonia por otros caminos en que confiaban hallar agua para apagar su sed. Wills, que había escrito una reseña de sus viajes, enterró sus notas en el sitio del campamento, antes de partir, y llevóse consigo solamente uno de aquellos cuadernos, con ánimo de proseguir anotando en él sus observaciones y los sucesos del viaje. En el camino extravióse el compañero, quien fué luego amparado por unos bondadosos indígenas; y Burke y Wills erraron por aquellos parajes, perdidos en la inmesidad del desierto. Sus vestidos eran un montón de harapos, que de nada les servían para defenderles de los abrasadores rayos del sol, ni para abrigarlos contra el frío de la noche; y sus provisiones de agua y alimento habían llegado a su fin.

Las últimas notas de las efemérides de Wills decían como él y Burke iban a morir de hambre de un momento a otro. Pero en ninguna página del triste libro escribió una sola palabra que revelase la menor queja de sus sufrimientos. Finalmente, murió en el desierto como un héroe. Al día siguiente Burke siguió la misma suerte que su buen amigo Wills.

Entretanto el expedicionario, a quien los indígenas habían facilitado albergue y alimentos, pudo volver a su casa, y relatar lo ocurrido. Salió una nueva caravana en busca de los dos infelices perdidos en las yermas soledades del desierto; pero, ya era tarde, y sólo pudieron encontrar sus huesos, que piadosamente recogieron y llevaron a la colonia, en cuyo suelo los sepultaron con grandes honores. Sobre la tumba erigieron un monumento con un epitafio que recordaba los méritos y penalidades de estos dos insignes exploradores de Australia. Trajeron asimismo consigo el diario en que Burke y Wills habían escrito sus penosas vicisitudes y valiosos datos topográficos, y que encontraron enterrado al pie de un árbol, gracias a una inscripción grabada en su tronco por los dos malogrados expedicionarios.





TIPOS DE ABORÍGENES AUSTRALIANOS

EL JOVEN QUE SE PASEABA POR LA SELVA

Agradábale al joven errar a la ventura por la selva y sentir su misterio y su poder. Paseábase cada día por sus sombríos senderos y secretos escondrijos, hasta que logró conocer la selva muy a fondo, y convencióse, al fin, de que en sus soledades cobijábase un ser invisible. Un deseo vehemente de descubrir el secreto de la selva adueñóse de su corazón por completo.

EL LIBRO MARAVILLOSO

LA selva era admirable, y el niño que erraba por ella sintió le embargaba su encanto con extraño y misterioso poder.

Paseábase cada día por sus sombríos senderos y secretos escondrijos.

Los reflejos de los rayos solares sobre las verdes hojas, el ruido misterioso que la lluvia producía en su caída, el susurro de la brisa entre las ramas, producíale un gozo extraño, no exento de dolor.

Y cuanto más a fondo iba conociendo la selva, más se iba convenciendo de que en sus soledades cobijábase un invisible ser.

Parecíale descubrir las huellas de sus pies sobre el mullido césped; escuchar los acentos de su voz en el susurro de las auras; y una vez creyó sentir el roce de sus albas vestiduras y que su tibio aliento acariciaba sus mejillas.

Un deseo irresistible de descubrir el secreto de la selva adueñóse de su corazón por completo, y por fin logró verlo satisfecho.

Cierto día siguió la corriente de un arroyo desde su nacimiento, internándose en la selva más y más, hasta llegar a un lugar, cercado de árboles, donde el arroyo formaba una laguna tranquila.

A su orilla halló sentada a una mujer viejísima. Empero, al contemplarla, observó que sus pies iban hundiéndose más en el agua, y que la anciana se transformaba por momentos en otra criatura distinta.

Extendió hacia el viento sus brazos demacrados, y aquél le prestó su fuerza y ligereza; llamó a los árboles y éstos le comunicaron su hermosura y esbeltez; apoderóse de los rayos del sol y con ellos adornóse la cabeza; y la profundidad, y la calma y el brillo de la laguna pasaron a sus ojos.

Otros niños bubieran huído horrorizados, pero el nuestro no sabía lo que era miedo, y avanzó hasta encontrarse frente a frente de aquella mujer, que ahora estaba erguida radiante de hermosura y más bella y veleidosa que la luna.

Miráronse los dos a los ojos con fijeza y después la mujer inclinóse hacia él y le besó en la frente, diciéndole:

—Eres de los contados que no conocen el miedo.

Entonces le condujo hasta el mismo corazón de la floresta. Los árboles y malezas no eran tan espesos allí y cesaban por completo en el margen de un círculo de yerba tan delicada y suave como una alfombra tejida por manos de hadas. Encima brillaba sobre el círculo el cielo, como un ancho ojo azul, llenándolo de luz y de calor.

En el centro alzábase un altar, construído con diversas maderas del bosque, y encima del altar veíase un libro espléndido. La mujer lo condujo hasta el libro, y el niño fijó la vista en sus magníficas páginas.

¡Oh, qué inmensa maravilla! Parecíale estar viendo una fotografía de la selva, y sin embargo, aquello no era una vista fotográfica, porque los árboles se inclinaban y movían, los arroyos corrían y saltaban, y la yerba de los prados formaba verdes ondas, cual si la agitase el viento. Vió las ocultas guaridas de las ardillas y topos y aquellos seres tímidos que viven escondidos en los bosques. Y vió todavía más, porque admiró la lucha titánica que sostienen las semillas con la tierra, y de qué modo las yerbas y las flores y los árboles nacen a la nueva vida.

Después, entre las móviles figuras, aparecieron los rostros de bellísimas doncellas, que desfilaban entre los árboles, con las trenzas deshechas y tendidas, de las que el sol arrancaba dorados reflejos; caballeros cubiertos de brillantes armaduras marchaban en pos de ellas; monjes de enlutadas capuchas ambulaban con paso lento, seguidos de bufones retozones con sus trajes de colores brillantes, llenos de cascabeles. Y estas extrañas visiones siguieron desfilando por el cuadro, cada vez con mayor velocidad, hasta que la vista deslumbrada del muchacho no pudo resistir más.

Desde entonces, iba el niño cada día a la laguna de la selva, y aparecíasele la misma mujer, y acompañábalo hasta el libro, del que iba volviendo las páginas.

A veces, los cuadros eran parecidos a los primeros que había visto copiados de aquellos bosques, poblados de mujeres bellísimas y apuestos caballeros. Con frecuencia veía también a los monjes entregados a sus habituales trabajos y honestos pasatiempos.

Después, la hoja siguiente mostrábale las calles de una ciudad populosa, y el niño contemplaba las muchedumbres, los comerciantes, los magnates, los mendigos, las mujeres que ostentaban costosísimos vestidos.

Más adelante veía en las páginas del libro maravillosos palacios y templos, y ciudades que desaparecieron hace muchísimos siglos, y las cortes de ciertos reyes y reinas que vivieron en épocas remotas.

Su corazón encariñóse con el libro, y tan embebido le tenían el pensamiento aquellas visiones mágicas, y tan vago y distraído se mostraba, recorriendo el día entero la floresta, que todos le tomaban por imbécil. Pero cuando el niño se hizo hombre, y tuvo que abandonar su casa y la encantadora selva, escribió de sus visiones obras interesantísimas. Y el mundo entero lee con inmenso placer las admirables escenas del Libro Maravilloso.

EL CAFRE Y EL LEÓN

REGRESABA un viejo cafre a la hacienda de su amo, en el Norte de Rodesia, cuando sintió un rumor en la manigua que le heló la sangre en las venas. Un hombre blanco, extranjero, no hubiera sospechado lo que aquel continuo crujir de la maleza significaba; pero el cafre adivinólo, y tembló, palideciendo.

Un león le seguía y vigilaba, como el gato acecha al ratón; pero no hallándose sin duda hostigado por el hambre, esperaba la caída de la noche para arrojarse sobre su apetecida presa.

Por desgracia las sombras se extendían sobre la tierra, y la hacienda estaba lejos aún, y el anciano no disponía de más arma que un bastón en el que se apoyaba al andar.

¿Cómo librarse del peligro? El cafre paseó a su alrededor una mirada inquieta; mas no descubrió arbusto alguno de robustez y altura suficientes para protegerle contra el león. Pero mientras caminaba, el viejo negro iba meditando un plan, tan sencillo como osado, que ningún hombre blanco habría concebido tal vez.

Al llegar a una baja colina, que se alzaba suavemente por uno de sus lados, y terminaba de pronto en un profundo precipicio, subió a ella despacito, y sentóse en el borde de la roca. Volvió con disimulo la cabeza y descubrió al león que le acechaba.

No bien hubo anochecido del todo, descolgóse el viejo cafre en un saliente que había bajo el borde del abismo, y colocando sobre el bastón su chaqueta y su sombrero, elevólos por encima de la roca. El león había ido aproximándose entre tanto, y cuando estuvo a distancia conveniente, arrojóse de un salto sobre el improvisado maniquí, cayendo despeñado al fondo del precipicio, desnucándose. A la mañana siguiente tuvo el prudente cafre la inmensa satisfacción de llevarse la rica piel de su terrible adversario.

EL SACO DE GUISANTES

—¿CREES en la suerte?—preguntó el rey a uno de sus oficiales.

—Sí, señor,—contestóle el oficial.

—¡Ah!—exclamó el rey con burlona sonrisa.—Te reto a que me pruebes que existe tal cosa en el mundo.

—Tal vez no me sea posible,—contestó el oficial;—pero si Vuestra Majes-

tad me lo permite, lo intentaré. Ya he discurrido un plan.

Habló en secreto al rey y éste le dijo:

—Me parece muy bien; hagamos la prueba sin pérdida de tiempo.

Aquella misma noche, colgó el oficial del techo de una de las habitaciones de palacio un saco cuyo contenido sólo conocian él y el rey, y encerraron en dicha habitación a dos hombres, para realizar con ellos el experimento. Cuando cerraron la puerta, uno de ellos tumbóse en un rincón, y se dispuso a dormir; pero el otro paseó la mirada en torno suyo, y sus ojos descubrieron en seguida el saco que colgaba del techo.

Cogiólo y metió en él la mano, y sacóla llena de guisantes.

—Aunque no es cena muy opípara,— pensó para su capote,—mejor es algo que nada.

Y se aplicó a comerse los guisantes.

Al llegar al fondo del saco, sacó un puñado de brillantes; mas como entre tanto se había apagado la luz, creyó que eran piedras desprovistas de valor, y arrojóselas a su compañero, diciéndole:

—Por perezoso, sólo cenarás esas piedras.

A la mañana siguiente, entró el rey en la habitación, acompañado del oficial, y dijo a los dos hombres que podían guardarse cada uno para sí lo que hubiesen encontrado. El uno se quedó con los guisantes que se había comido y el otro con los diamantes.

—Y ahora ¿qué tiene Vuestra Majestad que decir? — preguntó el oficial.

—Realmente—contestó el rey—tu argumento parece decisivo. Es posible que exista eso que llamas suerte, pero es tan rara como el encontrar un saco lleno de brillantes y guisantes; así que nadie se forje la ilusión de que ha de vivir de ella.

LOS DOS REYES

HABÍA una vez un soberano que envió en cierta ocasión un mensaje al rey del país vecino, concebido en estos términos:

« Enviadme un cerdo azul con la cola *negra, o si no....»*

A lo cual replicó el otro rey: «No tengo ninguno; pero si lo tuviera....»

Al recibir el primero esta respuesta, montó en cólera y le declaró la guerra a su vecino. La lucha duró muchos meses, hasta que, cansados ya, concertaron los dos una entrevista.

—¿Qué quisisteis dar a entender— dijo el primero—al decirme:

« Mandadme un cerdo azul con la cola negra, o si no...?»

—Pues, secillamente,—dijo el otro,— que me enviaseis un cerdo azul con la cola negra, o si no, otro de cualquier color. Y ahora, decidme, ¿que quisisteis significar al contestarme: « No tengo ninguno, pero si lo tuviera....»

—Pues la cosa más sencilla del mundo: que si lo tuviese, os lo enviaría sin dilación.

—¡Dios me valga, y qué necios hemos sido! Hagamos sin demora la paz, y seamos buenos amigos.

La paz fué concertada, y la historia fué escrita con letras indelebles en los anales de ambos reinos, a fin de que sirviese de saludable advertencia a los reyes venideros, para que no se porten de ligero y pesen bien las palabras antes de considerarse ofendidos.

LOS CIEN MIL MONOS

NUESTRA historia principia en la India, en las orillas del Ganges. En las márgenes de este río existen numerosas aldeas, y en una de éstas vivía en una humilde cabaña, con sus padres, un niño llamado Singh, quien tenía a su cargo la misión de preparar la comida mientras aquéllos trabajaban fuera de su domicilio.

Pero un día Singh tenía mucho calor dentro de la cabaña, y sintió pereza además de preparar la comida. El sol aun quemaba mucho fuera de la habitación, pero cuando asomó la cabeza el

muchacho a la puerta de la choza, observó que los árboles proyectaban sobre el suelo una sombra tentadora, mucho más fresca, sin duda, que la de su tenebrosa cabaña, pues la brisa levantaba las grandes hojas, dejándolas caer después suavemente. No pudo resistir la tentación el pobre Singh, y fué a tumbarse bajo la sombra incitante de los árboles.

serpientes, moteadas y lustrosas las unas, pardas y amarillas las otras, negras éstas, de brillante color verde pálido esotras, las cuales se deslizaban a su paso entre la yerba, silbando amenazadoras. Había, además, otros muchos animales bastante más corpulentos.

Singh oyó crujir los bambúes y quebrarse las ramas de los áboles, y vió



—¡Aah!—exclamaron a coro cien mil monos de caras compungidas, con la mirada fija en el rostro del muchacho.

Transcurrieron las horas, y cuando llegaron sus padres, ansiosos de reponer sus quebrantadas fuerzas con el reparador alimento, y encontraron que Singh no se había cuidado de prepararles la comida, se hartaron de pegarle hasta que lo dejaron molido; después se condimentaron ellos mismos los manjares con toda tranquilidad.

Singh se escapó a la selva.

Pululaban en ella por millares los loros de vivos colores, rojos, verdes y amarillos, que atolondraban con sus gritos al saltar de la palmera a la higuera de Indias, y de la acacia olorosa al plumoso bambú. Abundaban las

ondear la alta yerba por donde caminaban las fieras, cuyos espantosos rugidos llenáronle de terror, porque pensó un momento que tal vez le devorasen; pero la intensidad de sus dolores se lo hizo olvidar todo.

De repente, saltó a tierra un gran mono, que vino a plantarse ante Singh, depués de haberle estado contemplando gran rato colgado de la rama de un arbol por uno de sus brazos.

—¿Qué te pasa?—preguntóle el mono.

—Que me han pegado,—respondióle el pobre niño.

—No; no es eso lo que a ti te ocurre,—insistió el mono.

—Pues entonces, ¿qué me ocurre?—replicó Singh admirado.

—Ya hace tiempo que te pegaron y tu piel ya no está tan dolorida,—dijo el mono.—Lo que a ti te pasa es que tienes ganas de contárselo a cien mil personas, y no tienes a nadie que te escuche.

—Sí,—gimió el pobre muchacho,—tienes mucha razón. Mis padres se están regalando en la aldea con un festín opíparo, y si fuera a contárselo a ellos, me volverían a pegar y me causarían nuevo daño.

—Ven conmigo,—dijo el mono,—y podrás referírselo a cien mil amigos, que llorarán tus penas, y así te sentirás aliviado.

Cogió a Singh con su callosa mano, y echó a corrér con él a través de la maleza. Singh le acompañó en su carrera durante largo tiempo. Iba demasiado ocupado en sortear las ramas de los árboles, los troncos derribados y las charcas de lodo, para advertir por donde corrían; así que recibió gran sorpresa cuando vió que se acababan los árboles y desembocaba la selva en las ruinas de una blanca ciudad, toda de mármol. Había templos derribados y admirables pavimentos destruídos. Y todo ello brillaba con siniestros resplandores a los rayos del sol abrasador de la India.

La ciudad carecía de habitantes, pero monos, en cambio, vió Singh reunidos en ella muchos más que nunca había supuesto que existieran entre todas las selvas del mundo.

—Refiéreles a éstos tus desdichas,—díjole el mono que le había servido de guía, y escapó riéndose descaradamente del desdichado Singh, quien se vió envuelto por un enjambre de monos. El guía fué a sentarse en los escalones de mármol de las ruinas de un templo.

—Me han dado una gran paliza y tengo las espaldas molidas,—dijo Singh para empezar.

—¡Aah!—exclamaron a coro cien mil monos de caras compungidas, con la mirada fija en el rostro del muchacho.

—Me han azotado brutalmente por tumbarme a la sombra y no hacer la comida mientras mis padres trabajaban,—siguió diciendo Singh.

—¡Aah!—exclamaron de nuevo cien mil monos, contemplándole con creciente interés.

—Me llamo Singh, y soy muy desgraciado.

—¡Aah!—repitieron los simios.

—La gente de mi aldea me ha arrojado de ella, con las espaldas molidas y el estómago vacío.

—¡Aah!

—¡Con las espaldas molidas y el estómago vacío!—repitió el pobre Singh con tono enfático, porque no se le ocurría decir nada nuevo.

—¡Aah!—repitieron los monos, como si sólo hubiesen escuchado el principio de sus desventuras.

Singh no sabía qué añadir, y ahora era aún más desgraciado, porque deseaba que lo compadeciesen y consolasen.

—¡Aah!—repitieron los simios impasibles.

—¡Con las espaldas molidas!—insistió Singh.

—¡Aah!—dijeron los monos ya impacientes.

Y oyó que decían algunos:

—¿Se ha acabado ya la historia?

—¡Y el estómago vacío!—se atrevió a añadir aún el infeliz muchacho.

Poniéndose en pie de un salto, buscó con la mirada al mono que allí le trajera, y al descubrirle sentado en la escalinata del templo, gritóle con todas sus fuerzas:

—Llévame otra vez a mi aldea; por lo visto, estas gentes no me encuentran bastante desgraciado.

Y el mono le respondió, riéndose:

—Así lo sospeché.

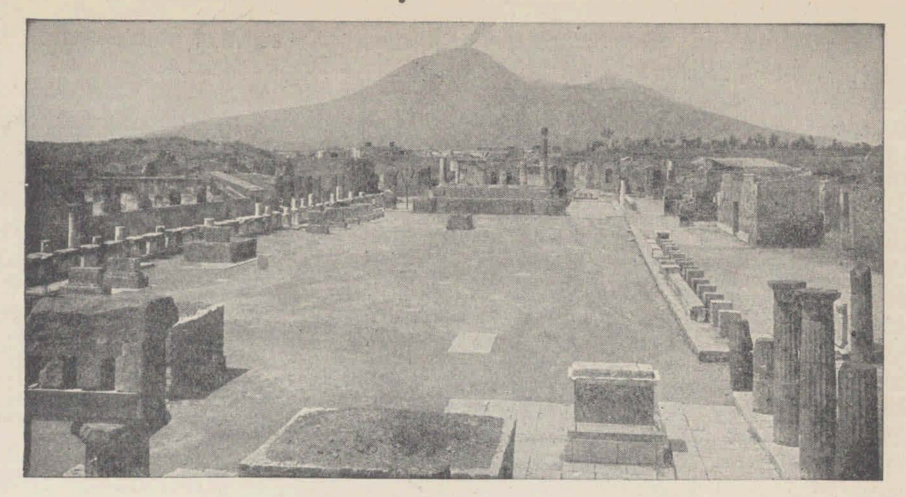
Y tomándole otra vez de la mano, condújolo de nuevo hasta su aldea.

Pero no le pegaron al llegar. Su madre sintió gran alegría al recuperarle, dióle de comer cuanto quiso, acostóle en su cama y cuidóle con cariño.

Decididamente esta es la mejor manera de ser consolado. Si alguna vez os hallaís en una tribulación, corred a referirles vuestras cuitas a cien mil monos de caras compugidas, y encontraréis en ello gran alivio a vuestro mal.

UN EJEMPLAR PERFECTO DE BRONCE ANTIGUO

Esta bellísima figura créese que fué modelada en la primera mitad del siglo cuarto antes de Jesucristo. Se encontró en Herculano, la ciudad sepultada por el Vesubio en la terrible erupción del año 79 después de Jesucristo. Junto con la lava arrojó el volcán fango y arena. Al endurecerse esta mezcla, formó una capa de 25 metros de espesor, y aunque el mármol y la madera se deterioraron, no sucedió así con los bronces.



LO QUE SE VE EN POMPEYA

NADA hay en el mundo que deje un recuerdo tan vivo en la memoria del viajero, como esta ciudad que perteneció a una época remota. El espectáculo que ofrece se contempla con la duda retratada en los ojos, aun en el momento mismo de recorrer sus calles y detenerse en el interior de las casas; mas, al sentir, después, en el espíritu todo lo que se ha visto de esa ciudad, que desapareció del mundo en una sola noche, se experimenta algo que traspasa los límites de la credulidad.

Hay en la tierra ruinas más nobles que las de Pompeya, cosas más admirables, cosas más grandes en la historia, cosas que excitan la imaginación; pero en ninguna parte hay una extensión de ruinas tan bien restauradas a su primitivo aspecto.

Es ésta una ciudad de más de tres kilómetros de circunferencia, con calles, mercados y tiendas, jardines, plazas y monumentos, tan bien excavado todo, que si el propietario o inquilino de una de estas casas pudiese volver a la vida y le dejasen en una de las tres puertas de Pompeya, recorrería el antiguo pavimento, a cuyo desgaste él contribuyó con sus contemporáneos hace ya 2000 años, y se encaminaría a su casa con toda tranquilidad, reconociéndola perfectamente, y hasta, en algunos casos, guiándose por las pinturas, frescas todavía, de la puerta. Hallaría el piso de mosaico, casi tan nuevo como antes, en muchas de sus habitaciones; estatuas todavía enteras; las cañerías que conducían el agua a su cuarto de baño, en su lugar todavía; vería su baño en condiciones de admitir el agua, y otras cosas en tal estado, que ningún poder del mundo le haría creer que su casa había estado enterrada cerca de 2000 años. Es muy difícil concebir otra cosa que, como Pompeya, tanto se resista a ser creída. Los más pequeños pormenores hanse conservado. Aquí, en una cocina, hay una cacerola sobre los carbones apagados que sirvieron para hervir agua, más de 1400 años antes del descubrimiento de América.

Todo este conjunto de pormenores hace que nos parezca una ilusión la realidad que estamos viendo, y se nos haga difícil creer que, después de tan espantosa catástrofe, hayan podido conservarse tantas cosas, durante cerca de veinte siglos. Parécenos hallarnos transportados a «aquel terrible momento en que Pompeya escuchó su fatal sentencia.»

La arquitectura de esta vasta ruina, es admirable. La frescura de algunos de los colores es tal, que no parece sino que las pinturas son de ayer. En todas partes se advierte el lujo más refinado, y hay aún una especie de atmósfera que parece venir de aquellos tiempos. Pero los kilómetros de ruinas, las espléndidas

casas, magníficamente proyectadas, y propias para habitarlas un monarca, los famosos frescos y mosaicos, que en algunos casos son nuestro único medio para llegar a conocer los acontecimientos históricos, no son, con todo su valor y su enorme interés, lo que más impresiona de Pompeya. Considerada, en cuanto a su conservación, después de haber desaparecido de la superficie de la tierra, durante cerca de veinte siglos, Pompeya no tiene rival. Conservada en grande y en pequeño, su identidad es fácil de establecer; pero Pompeya es única en el mundo, porque selló para siempre en la misma tierra la vida de un momento, perdida en las nebulosidades del tiempo. Recordemos un instante, no un período, no un día, ni siquiera una hora, sino un instante; pues puede verse todavía el puchero colocado en el fuego, el pan a medio comer, la carne cocida para la comida, el vino en la botella todavía, la tinta en el tintero y la llave aún en la cerradura.



Mosaico del suelo de la entrada de una casa de Pompeya con las palabras *Cave canem, cuidado con el perro.*

Hagamos una visita a la bodega, en donde se ocultaron diez y seis personas al ocurrir la catástrofe; en donde el dueño de la casa fué hallado con la llave en la mano, yendo detrás de un esclavo, con dinero y objetos de valor. En la parte exterior está el patio, por donde debieron huir.

Hasta puede verse el dolor retratado en el rostro de aquel hombre, al morir en aquel día terrible. No había entonces máquinas fotográficas para sacar su retrato, pero la Naturaleza encargóse de sustituirlas.

En las cenizas donde se amoldaron las facciones de aquella pobre gente, quedaron éstas como si hubieran sido fotografiadas; endureciéronse tanto las cenizas que las facciones se han conservado todos estos siglos, y cuando se descubrieron aquellos restos ocurriósele al Señor Fiorelli una magnífica idea.

Quitando los huesos con cuidado, llenó los huecos que dejaban con escayola, obteniendo de este modo una imagen perfecta de la figura que yació allí oculta a todos los ojos durante cerca de dos mil años. Y así, hoy, existe la imagen de un hombre de piedra, mostrando en su rostro las inequívocas señales de la agonía.

Ni el Vesubio, con toda su fuerza destructiva, ni todo el peso de la tierra durante mil novecientos años, introdujeron el menor cambio en los músculos del rostro de aquel cadáver; hoy yace allí como una estatua de piedra, para que todo el mundo pueda ver algo de aquel terrible momento, en que desapareció una gran ciudad de la haz de la tierra. Junto a él vese la figura de un perro. Y aquí, y allí, junto a sus propias casas yacen imágenes de otros hombres y mujeres que existieron; pero forman tan sólo estatuas, que el mismo Miguel Angel jamás hubiese logrado cincelar.

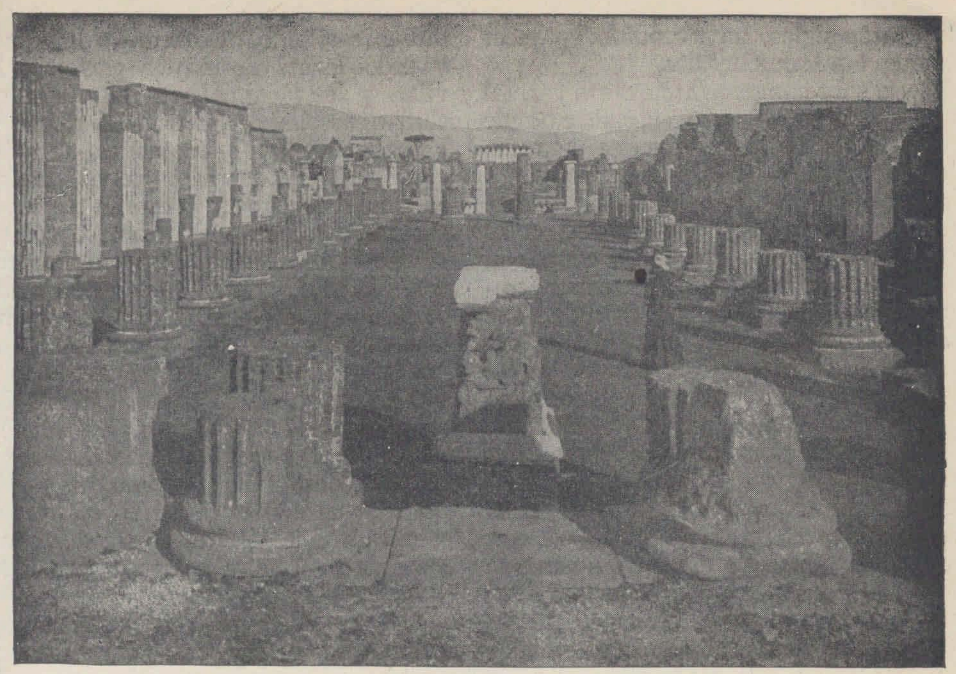
Después de cuanto precede, resultaría de escaso interés lo que el guía pueda mostrar al visitante, por notable que parezca. El viajero no puede menos que maravillarse al considerar la riqueza artística de la antigua Pompeya y su desolación actual; que haya podido preservarse, en gran parte, de aquella destrucción tan tremenda, y que, después de haber yacido sepultada por espacio

LA HERMOSA CIUDAD DE POMPEYA TAL COMO YACIÓ SEPULTADA CERCA DE 2000 AÑOS

Jamás aconteció una desgracia tan tremenda a una ciudad llena de vida y alegría, como la que hizo desaparecer a Pompeya con todos sus espléndidos edificios, templos, palacios, baños y teatros, en todos los cuales había encerrados muchísimos tesoros de arte y ciencia. Durante la mañana del 23 de Agosto del año 79 de la era cristiana, ofrecióse un espectáculo magnífico a los que pudieron contemplarlo; pero pocos días después, Pompeya fué sepultada bajo un mar de cenizas, para no ser recordada más que de nombre durante los mil setecientos años siguientes. El Vesubio, que había estado durmiendo durante siglos, despertó súbitamente en el año 63 y fué causa de un terremoto que destruyó una gran parte de Pompeya. Sus habitantes se pusieron a reedificarla, y cuando y la tenían casi terminada, comenzó otra vez una formidable erupción del Vesubio que dejó sepultada la ciudad bajo una gruesa capa de lava y ardientes cenizas, como se ve representado en la lámina.

Pompeya, enterrada durante más de mil setecientos años, fué en el pasado siglo devuelta a la luz del día; y he aquí el estado en que hoy se halla. Vense las calles y las aceras, las casas y las tiendas, los teatros y los templos, el Palacio de Justicia y los mercados, por los cuales se puede andar como andaban por ellos los antiguos romanos.

Representa esta fotografía una de las calles principales de Pompeya, que ha sido completamente desenterrada. Los adoquines y los peldaños, las aceras y los arroyos son exactamente los mismos que había en tiempos del emperador Tito. Casi todo lo que sabemos acerca de la vida y costumbres de los romanos, ha sido revelado por los descubrimientos llevados a cabo en Pompeya.



Esta es la basílica de Pompeya. La palabra basílica trae su origen del griego y significa palacio de justicia o una especie de lonja. Tenía la forma de una gran sala rectangular sostenida por grandes columnas. Andando el tiempo, esta clase de edificios se convirtieron en iglesias, y la palabra se aplicó a la casa de Dios.



La vista de las ruinas de Pompeya, que se halla en la página anterior, fué tomada desde arriba y no se ven en ella los espacios abiertos que se observan en ésta. Obsérvese con cuanta claridad se destacan las hermosas columnas estriadas.



de tantos siglos, haya podido aparecer de nuevo a la luz del día.

Sería sobremanera interesante ver, tal cual entonces era, una ciudad a donde afluía la Roma elegante y rica de aquellos tiempos, y en la cual los emperadores y políticos, los patricios y demás gente opulenta, poseía suntuosas villas y casas de recreo, las cuales ocupaban a veces toda una calle y estaban embellecidas con gran prodigalidad de pinturas y mármoles. Es grato el detenerse a la puerta de una de aquellas casas y contemplar en el mosaico que adorna el suelo, una pintura que representa un perro con el antiguo *Cave canem, cuidado con el perro,* al pie de la misma. Y no menos asombroso es el detenerse en el jardín de otra casa con flores plantadas en el mismo sitio en que lo estaban entonces; con hermosas figuritas que se conservan enteras en el mismo sitio en donde sus antiguos dueños las colocaron; con el portal lleno de pinturas todavía frescas, con colores por todas partes,e imaginarse ver gentes moviéndose acá y acullá, y que el dueño de la casa está obsequiando a unos amigos, y que se halla uno entre los convidados. No hace falta una gran imaginación para reconstituir a Pompeya; porque si la imaginación no poblase aquellas casas y aquellas calles, las mismas piedras se quejarían. Una cosa hay que hacer, sin embargo, antes de ir a dar una vuelta por aquellas calles destruídas: hay que visitar una y otra vez las salas del museo de Nápoles, en donde se ve reunido cuanto de hermoso y útil ha podido hallarse perteneciente a Pompeya. Hay allí una colección que hace excitar el espíritu más sombrío que haya vagado jamás maquinalmente por las salas de un gran museo. Aquí, mármoles, frescos; allí, estatuas, columnas, tumbas, que hicieron de Pompeya un hermosísimo sitio de recreo. Vense esculturas labradas en mármol, que parecen tan naturales como aquellos hombres y mujeres de piedra que todavía yacen en la ciudad muerta.

Centenares de objetos pueblan la grandiosa sala de la planta baja de este museo, casi todos de mármol o de bronce, y procedentes la mayor parte de las villas y templos, calles y plazas de esa ciudad desolada. Ni un solo rincón de Pompeya dejó de adornarse; asombra ver los espléndidos frisos de las arcadas, en donde se hacían compras y ventas; hasta el carnicero y el fresquero, con sus puestos junto al templo de un emperador, ejercían su feo comercio en medio de tantos tesoros artísticos. No es muy fácil comprender cuán rica hubo de ser esta ciudad hasta que se ha visto el museo, porque la costumbre en pasados tiempos fué llevarse a Nápoles todos los tesoros de Pompeya. La ciudad carece hoy de techumbres; es como una población, en la cual el fuego ha consumido la mitad, dejando intactas muchísimas cosas de gran valor en el interior de las casas y en los patios.

Es muy lamentable que los tesoros de Pompeya no pueden ya volver a reunirse. ¡Cuántas de estas riquezas artísticas hubieron de ser destruídas en aquel año 79! ¡Cuántas y cuántas, hubieron de llevarse los emperadores y papas para adornar sus palacios y las iglesias! ¡Y cuánto yace todavía enterrado, aguardando que el azadón lo devuelva a la luz del día! Sólo la mitad, quizás, de este campo de ruinas, hase recobrado en estos últimos 150 años. Hay constantemente ochenta obreros que trabajan con picos y azadas, excavando casas, jardines, y mármoles, y nadie sabe si puede haber un nuevo ejemplar de escultura o algún fragmento de mosaico que represente a Alejandro conquistando la soberanía del mundo.

Durante centenares de años este vasto almacén de tesoros era desconocido de todo el mundo, admitiendo los antiguos que estaba descubierto enteramente cuando ya habían sacado de las ruinas todo lo que creyeron que contenía o todo lo que creyeron que valía la pena de ser excavado; pero ese gran Vesubio arrojó bastante ceniza para enterrar a Pompeya a más de seis metros de profundidad; y por esta causa sucedió que los antiguos quitaron sólo la superficie, menospre-

UNA CASA DE POMPEYA—COMO ERA ANTES DE SU DESTRUCCIÓN, Y COMO SE CONSERVA HOY

Los nobles acaudalados de Roma, poseían magníficos palacios en Pompeya, a los cuales iban a pasar los meses calurosos del verano. Éste es el atrio, o sala de recibir, de una elegante casa, que perteneció a Cornelio Rufo.

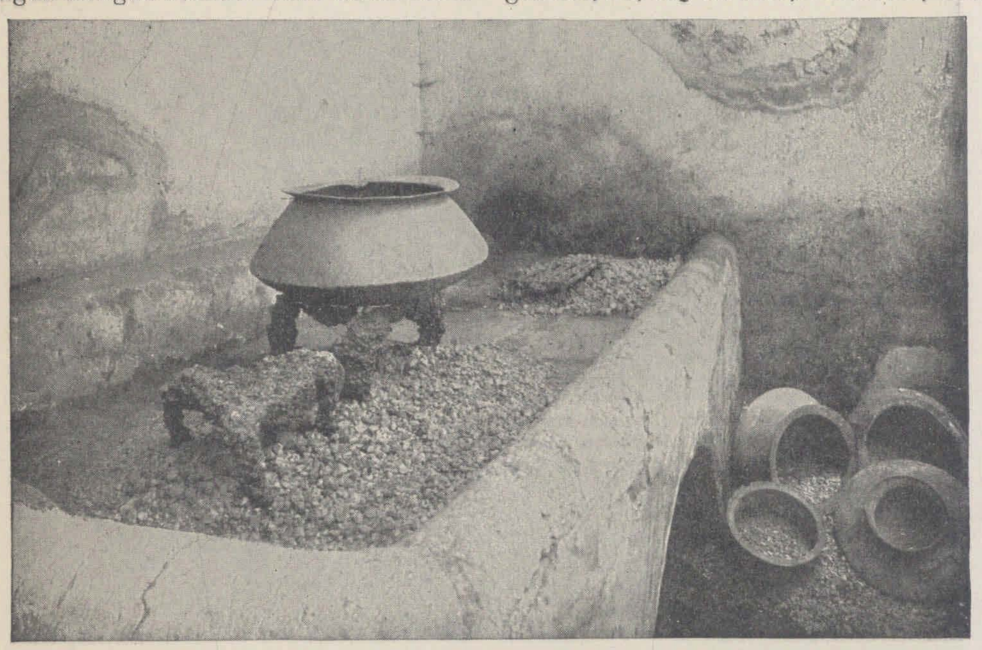


Vese en esta fotografía el mismo atrio, de una casa, que perteneció a Cornelio Rufo, tal como está hoy.

ciando las profundidades, o edificando encima de ellas, o descuidándolas a través de toda la Edad Media. Luego, un día, un labrador encontró un trozo de mármol, y otro la mano de un hombre. Un campesino halló un trozo de tela cierto día en que estaba cavando su jardín, y se sirvió de ella para limpiar el horno de pan de su casa. ¡No manchaba ni ardía, pues era un trozo de amianto con el cual algún antiguo romano hubo de envolver los restos de un amigo que había dejado de existir!

Yendo hacia Pompeya en el tren, recréase el viajero admirando espléndidos verjeles con hermosas columnas de piedra, que se levantan entre los árboles, y quédase sobrecogido al considerar cuanto puede haber debajo de aquel suelo. Pasa el viajero también, por encima de campos enteros, negros de lava, recordándole que, mientras los hombres excavan una civilización, el Vesubio entierra otra actualmente. El Vesubio, ofrece, pues, trabajo a los excavadores de los siglos, haciendo funcionar continuamente los picos, las azadas y las hachas.

Y esas herramientas de trabajo, que revelaron a los ojos de los hombres esta ciudad desaparecida, han sacado del seno de la tierra multitud de tesoros de inapreciable valor. La sala de la planta baja del museo de Nápoles está repleta de monumentos, pero si subimos a las salas superiores veremos *cien mil cosas.* No se crea que sea esto una conjetura o sencillamente un número general, no; hay en ellas, realmente, cien mil cosas diferentes; monedas usadas entonces, bronces y cuantos objetos se han extraído desde que se comenzó a hacer excavaciones en sus ruinas.

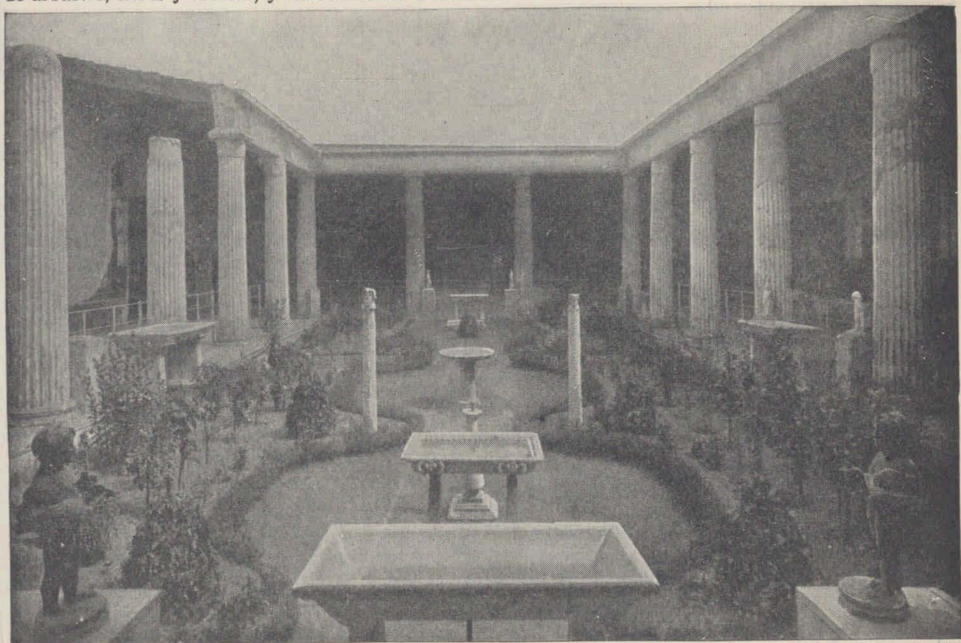


Una olla que se halla todavía encima del fogón en una cocina de Pompeya, después de haber estado enterrada 1800 años.

He aquí los objetos con los cuales embellecían sus casas: pequeños bronces para la repisa de la chimenea; centenares de pinturas en sus paredes; hermosos jarrones de toda especie. Hay también cerraduras y llaves y todo lo que se usa aún hoy en una cocina: pucheros y cacerolas, saleros y balanzas, botellas y cuchillos; vasijas para cocer veinte huevos a la vez; pequeñas estufas; camas en las que dormía aquella gente; sillas en las que se sentaban; cepos en los cuales metían a los presos y en donde

UN JARDÍN DE POMPEYA, ANTES Y AHORA

Estos niños están jugando con su madre, en un patio parecido al que se ve en la fotografía de abajo. Estos patios, dispuestos en el interior de la casa y enteramente separados del jardín exterior, hallábanse plantados de arbustos, flores y fuentes, y adornados de esculturas.



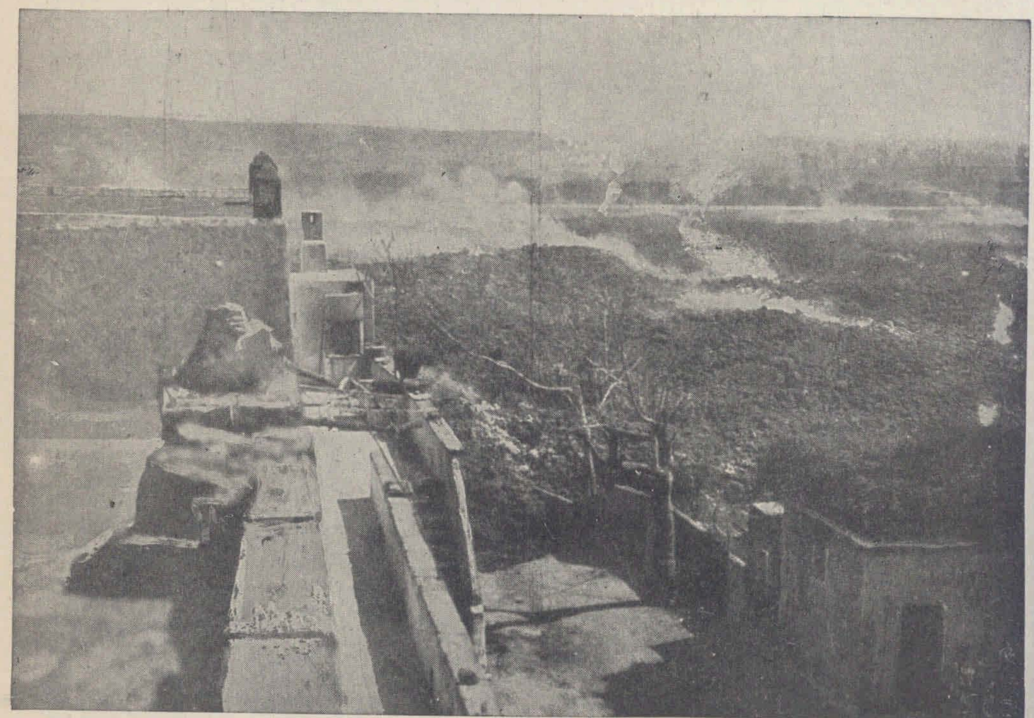
Una de las maravillas del mundo es la manera con que Pompeya se ha conservado, de modo que se pueden ver hoy muchas cosas casi tal como estaban hace dos mil años. He aquí el patio abierto de una casa del siglo I, como puede verse en el siglo XX. Es casi idéntico a su primitivo aspecto.

se encontraron cuatro esqueletos; cajas de caudales donde guardaban el dinero y las joyas; estilos y tablillas enceradas para escribir; tinta todavía en las botellas, para dibujar o pintar, aunque seca, e instrumentos de cirugía iguales a los que se usan en nuestros días.

En una sala vense los pasteles que estaban encima de la mesa cuando sobrevino la catástrofe, un pan partido por el medio, carne en una cacerola, dispuesta para guisarla, judías, guisantes, ciruelas, uvas, frutas preparadas para los postres. Todo lo que estaba dispuesto para comer parece que está en la sala; vense también fragmentos de mesa conservados durante dos mil años debajo de la tierra. Y, cosa curiosísima, casi increíble: ¡ha sido hallado un huevo entero! Parece imposible, pero es la verdad. El Vesubio destruyó esta ciudad, arrojó a sus habitantes fuera de ella, y segó a lo menos 2000 vidas en una sola hora. Sepultó la ciudad debajo de toneladas y más toneladas de ceniza; y allí ha permanecido, debajo de tierra, mientras se estaba formando Europa.

Esta ciudad vacía y muerta es verdaderamente un lugar de aflicción y abatimiento. A su vista, el corazón se siente oprimido, considerando la inmensa calamidad sobrevenida a una ciudad tan bella. La inmortalidad de Pompeya es de aquellas que ninguna ciudad ansía. Sin embargo, su muerte sirve para llevar la prosperidad a la activa ciudad de Nápoles; pues, ¿irían acaso muchos a Nápoles, si no fuese para ver a Pompeya y el museo de la capital vesubiana?

Cualquier esfuerzo, cualquier molestia deben darse por bien empleados, a trueque de poder visitar los fríos restos de la que un tiempo fué ciudad llena de vida, y que hoy, a causa de una de las mayores catástrofes de que hay memoria, está convertida en un montón de históricas ruinas, sacadas por la mano del hombre de las profundidades de la tierra, y, casi por prodigio, devueltas a la luz del día.



TORRENTES DE LAVA DEL VESUBIO, DESTRUYENDO UNA ALDEA EN LOS TIEMPOS MODERNOS

PLEGARIA A DIOS

Gabriel de la Concepción Valdés, notable poeta cubano, más conocido por el seudónimo de « Plácido », nació en Matanzas en 1809. Mestizo, y, por lo tanto, considerado en aquella época como de una raza servil; expósito, y pobre, tuvo una educación bastante descuidada en sus primeros años, pero después su gran talento poético supo asimilarse lo mejor de la literatura española. Vivía modestamente de su oficio de peinetero; publicó composiciones en las que hizo gala de una inspiración robusta y lozana, y por suponérsele envuelto en una conjura que se decía iba a estallar, pero en la cual no ha podido probarse que participara, fué condenado a muerte por el gobierno español que entonces dominaba en su patria, y pereció fusilado en 1844. Pocos días antes de morir compuso la plegaria « A Dios », y se asegura que la iba recitando al marchar al lugar de la ejecución.

SER de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente,
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mío;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz a los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al norte hielos,
Vida a las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos, todo fenece
O se reanima a vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece,
Y aun esa misma nada os obedece
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia,
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire a la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra a tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz y acabe mi existencia,
Clúmplase en mí tu voluntad, Dios mío.

MEDITACIÓN NOCTURNA DEL ALMA DOLORIDA

Cercano ya a su fin, el gran pontífice León XIII (nacido en Carpinetto (Italia) en 1810 y muerto en Roma en 1903) compuso estos sentidos versos, que fueron los últimos de su vida.

LA hora fatal se acerca.
León, llegó la hora
Para salir del mundo,
Camino de lo eterno.

¿Cuál ha de ser tu suerte?...
Las gracias y favores
De Dios, son tu esperanza
Para alcanzar el cielo.

Mas ¡ay! que mucho pesan
Las llaves soberanas;
Medita sollozando
Qué hiciste de tu tiempo,

Pues la expiación más grave
De faltas y de errores,
Será la del que brilla
En medio de los pueblos.

Trémulo reflexiono,
Y escucho que a mi alma
Una bendita imagen
Le dice en dulce acento:

« ¿Qué angustia te atormenta?
¿Por qué tu pecho oprimen
Tristezas del pasado,
Terrores del recuerdo?...

» Piedad y perdón brinda
Jesús al que le implora,
Y Él, por tu fe cristiana,
¡Perdonará tus yerros! »

DIOS Y EL HOMBRE

La egregia poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda representa aquí a la soberbia humana negando a Dios y exigiéndole que explique su esencia, que muestre su poder, su bondad y su grandeza, si quiere que el hombre le rinda culto. La sabiduría divina responde a tanta arrogancia enumerando las sublimes obras que le proclaman causa primera de todo lo creado y ordenador de la portentosa harmonía universal.

¡MIRAD al hombre! Del tupido velo
Que a la naturaleza envuelve inmensa
Levanta apenas, con incierta mano,
Un extremo no más; ya iluso piensa
Que toda la amplitud de tierra y cielo
Estrecha viene a su saber, y ufano
Erige audaz a su razón mezquina
Tribunal soberano,
Citando ante él a la razón divina.

« ¿Quién eres? »—dice a Dios:—« ¿Cuál es tu esencia?
¿Por qué naturaleza no lo explica?
Sus leyes estudió mi inteligencia,
Y en ellas nada de tu ser me indica
La inefable sustancia,
Ni de tu decantada providencia
Los designios profundos. ¿La ignorancia
Será quien deba tributarte culto,
Y al genio siempre y a la ciencia oculto,
Dejarás en problema
Ante sus luces tu verdad suprema?
Origen te proclaman
Del orden y del bien, y cuanto veo
Es desorden y mal. Justo te llaman,
Y me consume estéril el deseo
De comprender de tu justicia oscura
La marcha silenciosa.
En balde por tu gloria te conjura
Mi mente, codiciosa
De la eterna verdad, que tus arcanos
Le descubras sublimes:
Sordo te encuentran mis clamores vanos,
Y ni en las obras de tu diestra, mudas,
El sello augusto de tu nombre imprimes,
Cual si gozases en mirar las dudas
Luchar del hombre en el inquieto seno,
¡Tú que te llamas poderoso y bueno! »

« No más, no más en ignorancia ciega
Adoraré rendido
A un Dios desconocido,
Que a concordar con mi razón se niega.
Si no eres vano nombre,
Haz que yo sepa, sin tardar, quién eres;
Pues nace altivo, inteligente el hombre,
Y si su amor y su homenaje quieres,
Debes hacer que su razón lo mande,
Al verte amable, al comprenderte grande.»

Así al saber supremo
Dicta leyes su hechura limitada,
Y de bondad por inefable extremo,
Para curarla de su orgullo infando,
Así confunde a la razón osada,
Allá en su propio seno resonando,
Aquella voz que fecundó a la nada.
« Tú, que cuenta me pides
De mis hondos designios; tú que dudas,
Si a tu razón se esconde,
De mi propia existencia; tú que mides
Mi justicia eternal, y en mis dominios
Juzgas del orden y del bien: ¡responde!
Tus sabios, tus astrónomos profundos,
¿Podrán decir cómo hago inalterable
La eterna ley, que de infinitos mundos
Que corren el espacio inmensurable,
Él movimiento y curso determina
Sin que choquen jamás en raudo encuentro
Y por qué los fecunda e ilumina
Encadenado un sol en cada centro?
¡Loco mortal, a quien hinchado miro
Del prestado poder que de mí tienes!
¿Puedes del Orión turbar el giro,
O a las brillantes Pléyades detienes?
¿Puedes siquiera, conocer la tierra
Que desdeñoso huellas? ¿Quién su base
Describirte sabrá? ¿Quién hay que tase
Los tesoros que encierra?...
Un imperio tras otro desparece,
Y mil generaciones
Pasan por ella y en su seno se hunden;
Ella sola no cambia ni envejece,
Y sus preciosos dones
Con orden inmutable se difunden
Por las varias regiones
Que fertiliza el sol. Aquí presenta
Prados herbosos, selvas primitivas;
Allá el capricho de su fuerza ostenta
En colinas altivas,
Que decora con rasgos pintorescos;
Allá borda de valles las honduras;
Más acá ofrece los asilos frescos
De grutas silenciosas;
Ora se extiende en plácidas llanuras;
Ora se ensancha en playas arenosas;
Allí se muestra en sotos y florestas;
Acá en bosques umbríos;
Y allá ostentando sus potentes bríos,
Encumbra montes de nevadas crestas.»

« ¿Qué paternal desvelo,
Qué sabia providencia
Con tal magnificencia

Dotó al grosero y despreciable suelo
De ese globo que habitas?
¿Quién lo sembró de vírgenes metales?
¿Quién lo cubrió de especies infinitas,
De útiles vegetales
Apropiados a climas diferentes?
¡Mira mecer las palmas y las cañas
Las brisas de los trópicos ardientes;
Mientras en selvas y ásperas montañas,
Resistiendo al tesón de vientos fieros,
Negros abetos, pinos seculares,
Se levantan austeros
Bajo los crudos círculos polares! »

« ¿Quién te dirá cómo del hondo seno
Que mi espíritu henchía
Brotó con voz de trueno
La mar amenazante,
Y cómo yo de nieblas la cubría
Cual envuelve la madre al tierno infante?
Alzó atrevida la espumosa frente
Robando al sol fulgentes aureolas:
¿Mas quién se halló presente
Cuando la dije:—tu soberbia enfrena
Y a romper ve tus atronantes olas
En aquel dique de movible arena? »—

« ¿Sabes por qué vapores incesantes,
Que recoge la atmósfera encendida,
De ese su seno líquido se exhalan,
Y en las nubes flotante
La masa de las aguas suspendida,
Sólo desciende al suelo gota a gota
En bienhechora lluvia convertida;
Mientras de las altísimas montañas
Se precipita en rápidos torrentes,
Penetra de la tierra las entrañas,
Y formando con linfas transparentes
Arroyos mil y ríos caudalosos,
Recorre murmurando el campo verde,
Con giros tortüosos,
Hasta volver al mar en que se pierde? »

« ¡Juez de mi providencia, que me intimas
Su imperfección y que mi plan corriges!
¿Eres tú quién diriges
Según conviene a los diversos climas,
Los vientos voladores,
Y a disipar mefíticos vapores
Lanzas al rayo, que estallando dice
Con su hórrido estampido:
—¡Gloria, Señor!, ya estás obedecido?—
¿Coronada de flores
Sale a tu voz la primavera hermosa,
A preparar la tierra, que reposa,
Del abrasado estío a los ardores?
¿O acata, acaso, tu poder visible
El invierno aterido
Haciendo le preceda
Con orden infalible
El otoño de pámpanos ceñido? »

« ¿A las linfas saladas
Y a las ondas insípidas del río,
Lanzaste las especies animadas
Con variedad que pasma el pensamiento
Y a cada cual con diligente mano
Preparaste sustento?...
¿Por ti de aceite saludable llena
Se agita entre el hervor del Oceano
La colosal ballena?
¡Mira cuál brotan de sus ojos llamas,
Si la distancia de la presa mide!—
¡Mira si airada eriza las escamas,
Montes alzar en el ecuóreo llano,
Y si con lento paso lo divide
Darle de la vejez el color cano! »

« Por las libres regiones
Del aire que respiras
¿Esparces con tu diestra creadora
Las volubles legiones
De tantas aves que indolente miras?
¿Les concediste tú la voz canora?
¿Te deben los instintos
Por que se multiplican y alimentan,
Y los colores vívidos que ostentan
En matices distintos
Sobre el esmalte de sus leves plumas;
O es tu saber quien guía
A las que al ver las invernales brumas
Dejan del norte la región sombría,
Y atraviesan el mar tras los ardores
Del refulgente sol del mediodía?
¡Mira cómo desprecia los furores
Del caprichoso viento
El águila real, las soledades
Surca del éter en sublime asiento
Para el vuelo atrevido,
Y entre nubes que envuelven tempestades
Labra el robusto nido
De la desierta roca
En las ásperas puntas suspendido;
Mientras el avestruz de pluma poca,
Que nunca se alza a la región vacía,
Por otro instinto poderoso y cierto,
Su cara prole fía
A la infecunda arena del desierto! »

« Un momento contempla
De los brutos la inmensa muchedumbre;
En ninguno verás que falte o sobre
Un miembro necesario.
Éstos de imponderable mansedumbre,

Aquéllos de carácter sanguinario;
Tímidos unos, otros atrevidos,
Pesados unos, otros diligentes,
Todos están armados y vestidos
Cual requieren sus usos diferentes,
El destino especial que les señalo
Y el clima y el lugar do los instalo.
No por tus artes enseñado ha sido
El castor industrioso;
Ni el corcel generoso,
Que sufre lo domines,
Te debe aquel valor con que al sonido
De la trompa guerrera,
Sacudiendo las crines,
La nariz dilatando,
Se lanza al campo en rápida carrera,
De espuma y de sudor huellas dejando.»

«Cuanto tu vista admira
Y cuanto puede concebir tu idea,
Es átomo mezquino
Del universo en el grandioso seno;
Mas tú ¡mortal! que de mi ser divino
Inquirir osas de arrogancia lleno,
Secretos inefables, ¡confundida
Verás por las partículas más leves
Tu razón desvalida,
Si a analizar ese átomo te atreves!
De la naturaleza, que presumes,
Iluso, conocer, al ser más pobre
Comprender y explicar quieres en vano;
Esa flor que te brinda sus perfumes,
Ese mosquito que aplastó tu dedo,
Ese que huellas, mísero gusano,
¡Misterios son, en que abismarte puedo!»

«¿Y no eres un abismo,
¡Oh átomo pensador! para ti mismo?
Naturaleza doble en ti se encierra;
De un rayo de mi mente iluminado
Eres rey de la tierra,
Y de esa tierra mísera formado.
Materia deleznable
Y espíritu soberbio,
Grande y pequeño, fuerte y miserable,
Suspenso entre la nada
Estás y el infinito,
Y en tu razón tan pobre y limitada,
Llevas augusto privilegio escrito.
Trémulo ante tan grandes maravillas,
Que entrever logra tu asombrada mente,
Dobla ¡mortal! sumiso las rodillas,
Prosternando la frente
Y acatando rendido
De mi sapiencia el insondable arcano;
Mas no alces atrevido
Hasta mi trono el pensamiento insano;
Que aunque el astro de fuego
Su luz te envía en rayos bienhechores,
Si le osas contemplar quedarás ciego,
Sombras no más hallando en sus fulgores.»

«En tu alma de mi ser grabé la idea,
Y rindiendo a su autor digno homenaje,
Naturaleza emplea
Universal, magnífico lenguaje.
De un polo al otro en sus miserias claman
Los hombres a su Dios. La tierra, el cielo,
Las noches y los días,
Mi poder y bondad doquier proclaman,
Y mi nombre preludian en el suelo
Multitud de armonías,
Que ofuscan, sí, de tu razón el brillo
Y confunden tu ciencia;
Mas para el corazón tienen sencillo
Poderosa elocuencia.
Es mi nombre «¡El que Es!»—¡Que confundido
Ante el misterio de tan alto nombre,
Entre esas obras de mi augusta diestra
El humano saber calle y se asombre;
Pues su ciencia mayor alcanza y muestra
Al conocer su pequeñez el hombre!»

INTRODUCCIÓN AL POEMA DE MARÍA

Las bellas octavas reales que siguen, forman parte de un magnífico poema que José Zorrilla dedicó a la madre de Jesús.

VOY a contaros la divina historia
De una mujer, a quien el alma mía
Adora, y de quien son nombre y memoria
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche ni día
Su casta imagen; mi pasión, mi dueño,
Con ella vivo, con su imagen sueño.

Templo es mi corazón en donde mora;
La conocí y la amé desde tan niño,
Que de mi infancia dividí en la aurora
Entre mi madre y ella mi cariño.
Su imagen tuve en mi primera hora
En frente de mi cuna; el desaliño
Del lecho maternal me la dejaba
Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
Aprendió a balbucear: nombre tan suave,
Que se le hiciera al compararle agravio
Al son del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del universo sabio
Otro más dulce componer no sabe;
Porque es su nombre bálsamo que calma
El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
Percibiendo la luz del nuevo día;
Vaga en las nieblas de la noche oscura;
Reposa en un rincón del alma mía.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol mi fe cristiana
Le oye del sacro templo en la campana.

Al oir ese nombre soberano,
Satán huyendo amedrentado ruge
Y el alma suelta que apresó su mano;
El mar se duerme, que soberbio muge;
Tórnase el huracán aire liviano:
Expira el trueno, que rodando cruje;
Se disipa en la atmósfera la peste,
Y Dios aplaca su foror celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
Mil veces en mis versos, y le quiero
Escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fe, de mi placer venero,
Quiero que halle en mi voz eco infinito,
Quiero que dure más que mi memoria,
Quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
Para que el polvo de mi ser reciba,
Sobre la piedra funeral se grabe;
Quiero que el dedo del amor le escriba
Sobre mi corazón, para que lave
Con su pureza mi maldad nativa,
Porque la tierra a su vital contacto,
Deje por él mi corazón intacto.

Y quiero, al dulce son del arpa mía,
Celebrar a la faz del universo
De este nombre la santa poesía
Con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
De este glorioso nombre, y que disperso
Por sus espacios mi cantar resuene,
Y que su nombre el universo llene.

Azucenas de Abril, dad a mi aliento,
Al pronunciar su nombre, vuestro aroma;
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma,
En palabra al tornar mi pensamiento;
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Expirad a su nombre, terrenales
Cantares y profanas relaciones;
Desvaneceos, vientos mundanales,
Que embravecéis el mar de las pasiones:
Venid a oírme, y preparad, mortales,
A la luz y al placer los corazones;
Porque, en verdad, os digo que es su historia
Más grata que los himnos de la gloria.

Venid a mí, los que creéis que existe
Otro mundo mejor que nuestro mundo;
Venid, los que buscáis la sombra triste
Del solitario altar, en lo profundo
Del templo abandonado, que resiste
Al vendaval del siglo furibundo:
Venid, y os bañaréis en la ambrosía
Del dulcísimo nombre de María.

María, emanación del puro aliento
Del infinito Creador; María,
Augusta emperatriz del firmamento,
Gozo del triste, del perdido guía,
Madre buena del huérfano, alimento
Del alma casta, luz que en la agonía
Más allá del sepulcro, en lontananza
Alumbra la región de la esperanza.

María, arca sellada, guardadora
Del tesoro inmortal de la clemencia
De Dios; ser de su ser, fe del que ora,
Santuario del pudor, de la inocencia
Pabellón perfumado, sombreadora
Palma triunfal del Gólgota, excelencia
De los mundos creados, poesía
Del Paraíso, y germen de la mía.

Tal es el nombre y la mujer que canto;
Tal es el nombre y la mujer que adoro;
Yo me prosterno ante su nombre santo,
Y a la Señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo a tanto,
Que nada soy para quien es no ignoro;
Mas me infundió mi madre su cariño,
Y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh reina del cenit resplandeciente!
Voy a ser el cantor de tu existencia;
Mas tus ojos alumbran el Oriente,
Los astros de placer a tu presencia
Tiemblan, corona el sol tu regia frente,
Calza tus pies la luna, tu excelencia
No alcanza a comprender la criatura...
¿Qué ha de decir de ti mi lengua impura?

Tú, empero, inspiración vendrás a darme
Para hablar de tu gloria soberana;
Tú me darás vigor para elevarme
Sobre el turbión de la impiedad mundana;
Tú vendrás con tu manto a cobijarme
Cuando al morir me den tumba cristiana,
Y yo a tus pies invocaré tu nombre,
Libre al partir de la mansión del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fe en que
vivo;
Y Dios mi fe para cantar me ha dado
Gigante voz y corazón altivo;
El siglo, pues, me escuchará asombrado
Cantar la fe de mi país nativo,
Tal vez por su tormento arrebatado,
Mas de la fe de mis creencias lleno,
Con firme voz y corazón sereno.

DIOS

Esta es una de las composiciones más conocidas y celebradas del poeta venezolano Abigail Lozano (1821–1866).

¡SEÑOR!, en el murmullo lejano de los
mares
Oí de tu palabra la augusta majestad;
Oíla susurrando del monte en los pinares
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve
Que brota a los columpios de la silvestre
flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se
mueve;
¡Tu sombra, que es tan sólo la inmensidad,
Señor!

Tú diste a la esperanza las formas de
una fada;
Purísima inocencia le diste a la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada;
Si el hambre, en cada espiga la aprisionada
mies.

Tú diste a la montaña su soledad
augusta,
Su sombra gigantesca, su religiosa paz;
El estampido al trueno, que el corazón
asusta;
Su brillo a las estrellas, reflejo de tu faz.

Y diste al hombre acentos para cantar
tu *Hosanna*
Cuando la negra noche le pide una oración;
Mas calla el hombre entonces; por eso en
la montaña
Los pájaros te ofrecen universal canción.

Tú hicistes esas playas que ciñen los
contornos
Del mar, que en vano intenta salir de su
nivel;
Y diste al Cotopaxi sus inflamados hornos
Que imitan los horrores del antro de
Luzbel.

Tu nombre en el espacio lo escriben los
cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no
leyó,
Porque jamás supieron ni sabios ni poetas
El inmortal arcano que en ellas se encerró.

—¡Jehová!... dicen las brisas; ¡Jehová!...
dice el torrente;
¡Jehová! dicen los Andes, y el huracán,
¡Jehová!
Y todas las criaturas te llevan en su mente,
Porque doquier impreso tu santo nombre
está.

Yo sé que tú inflamaste los soles del
vacío;
Que sólo el derramado, sonoro y ancho mar,
Con sus gigantes voces podrá, no yo, Dios
mío,
Al son de las borrascas tu gloria celebrar.

¡Señor! cuando en mis horas de soledad
y duelo
Se bañe en sus tristezas mi pobre corazón,
Aleja tú las nubes, mientras remonta el
vuelo
Hacia tu santo alcázar, mi férvida oración.

INVOCACIÓN A LA BONDAD DIVINA

Esta hermosa poesía del literato mejicano Alejandro Arango y Escandón (1821–1883), hace recordar las más inspiradas estrofas de Fray Luis de León. Arango fué un escritor cultísimo y conocedor profundo de la lengua castellana.

NO amargo desconsuelo
Permitas que de mi alma se apodere,
Señor, ni el bien que el cielo
La ofrece, considere
Costoso, y de alcanzarle desespere.

Tu generosa mano
Mantenga sobre el agua mi barquilla,
Siquiera el Noto insano
La contrastada quilla
Bramando aleje de la dulce orilla.

Es yugo más süave
El de tu ley; es carga más ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Aflige el vicio, si en el mal impera.

¿A quién Señor la vía
No complace risueña y deleitosa,
Que a tu morada guía,
Si en ella siempre hermosa
Entre nardo y clavel crece la rosa?

¿Si cuanto amena es llana,
Y el pie seguro y sin dolor la huella?
¿Si de tu frente emana,
Consoladora y bella,
La luz que alumbra al caminante en ella?

Fuente, que eterna dura,
Pusiste al fin de la jornada breve;
Quien de su linfa pura
La copa al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha de gustar el labio mío:
Que a tu querer sagrado
Sujeto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío.

Y en la lucha me acojo,
Padre, a la sombra de tu diestra amiga;
Y no el escudo arrojo,
Rendido a vil fatiga,
Ni el yelmo, que me diste, y la loriga.

¡Ay! si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia mi alma llena,
Y luego, ¡oh Dios! lo que te plegue ordena.

INVOCACIÓN RELIGIOSA

La muerte de una hija arranca al poeta cubano Rafael María de Mendive (1821–1886) esta sentida invocación, en la que resplandecen su intenso amor paternal y la reverencia con que pide a Dios consuelo para tan honda pena.

NO seré yo, mi Dios, quien a ti llegue
Cubierto de rubor, ni quien osado
Ante tu excelsa majestad despliegue
Del pensamiento el vuelo arrebatado;
No; yo sabré sin que el dolor me ciegue,
Padre infeliz, con ánimo esforzado,
Imitando el zumbar de mansa abeja,
Levantar hasta ti mi humilde queja.

Si en mis labios jamás la trompa de oro
Con épica expresión sonó robusta,
Ni en bélico cantar lancé sonoro
El grito de dolor que al alma asusta,
De ternura infantil todo un tesoro
Mi numen te dirá con voz augusta,
Y en fácil rima que cantando llora
Todo el inmenso afán que me devora.

Yo te diré por qué cuando serena
La noche su amplio manto de zafiros
Despliega hermosa, y, de misterios llena,
A ti consagra un himno de suspiros,
De mi lira se escapan con mi pena
En ecos de dolor o en blandos giros
Las quejas ¡ay! las quejas que mi pecho
Lanza en hirvientes lágrimas deshecho.

Yo te diré, mi Dios, por qué la tierra
Es desierto arenal para mis ojos,
Y el mundo todo para mí no encierra
Sino de muerte pálidos despojos:
Por qué donde paz hube encuentro guerra,
Donde flores de amor tan sólo abrojos,
Y es el eterno suspirar del viento
Mi grito de dolor y mi lamento.

Es ella, ¡oh! Dios, la hija idolatrada
Por quien palpita el corazón y gime
En triste soledad; por quien trocada
En pena mi ilusión, su sello imprime
En mi frente el dolor; y acobardada
Ante tu excelsa majestad sublime,
Ni acierta el alma a comprender, ni alcanza
Más luz ni salvación que tu esperanza.

¡Ella! ¡tan dulce al corazón, tan pura
Como el fresco rosal que Mayo enflora!
Mi luz providencial en noche oscura,
Y en horas de dolor mi blanca aurora.
¡Ella! que objeto fué de mi ternura,
Y causa de mis quejas es ahora,
Pálida muere, y ante el Sol que nace
Cual vaporosa nube se deshace.

Aquí me encuentra el alba contemplando
Su rostro angelical y sus cabellos
Que tantas veces me extasiaran cuando
Mis labios puse con delicia en ellos:
Sus ojos miro, y de pavor temblando
Contemplo cuál se extinguen sus destellos,
Y cuán siniestro de la muerte brilla
El apagado tinte en su mejilla.

Y entre mis manos trémulas estrecho
Sus manos con placer; su frente oprimo
Enternecido a mi convulso pecho,
Pensando así que su salud reanimo;
Y con mi aliento avivo de su lecho
El extinto calor y el fuego animo
De sus marchitos labios donde impresos
Aun viven para mí tan dulces besos.

¡Oh! tú del corazón la flor más bella
Que en mis huertos de amor naciste un día;
Deja que siga tu impalpable huella
En alas ¡ay! de la esperanza mía;
Deja que mire en ti la blanca estrella
Que cual la escala de Jacob me guía
Desde el lecho infeliz do vivo atado
Hasta tu regio alcázar encantado.

Sí, mi Dios, sólo tú que Omnipotente
Los orbes llenas y el espacio inflamas
Con tu inmenso poder, que en saña ardiente
La tierra puedes convertir en llamas,
O hacer que broten de inexhausta fuente
Floridos bosques, vastos panoramas,
Y soberbios palacios a millares
Desde el oscuro fondo de los mares;

Tú, para quien el Sol no tiene ocaso,
Ni el águila caudal pujante vuelo,
Y el Orbe trema cuando siente el paso
De tus divinas plantas en el cielo;
Que enciendes este fuego en que me abraso
Y de las nieblas desgarrando el velo
Entre las galas de bellezas tantas
Coronado de rayos te levantas;

Tú, que al cristiano corazón le prestas
Potentes alas con que a ti se encumbre,
Y en todo tu esplendor te manifiestas
Del vívido relámpago en la lumbre,
Y en las sombras que pueblan las florestas,
Y en el raudo torrente, y en la cumbre
De las altas montañas, donde eterno
Sus nieves cuaja el borrascoso invierno;

Tú, que lo puedes todo, al alma mía
Devuélvele la paz, pues que te imploro
Con la afligida voz con que solía
Invocarte David, cuando en sonoro
Salterio gemidor a ti pedía,
Goteando el corazón amargo lloro,
Piedad a su dolor, y a su tormento,
Al compasado son de su lamento.

Pon en mis secos labios la frescura
Del bíblico Cedrón, y el eco suave
De la lejana fuente que murmura,
Y el trino melancólico del ave;
Y mi voz no será de desventura,
Ni mi acento será de pena grave,
Sino el hosanna plácido que en coro
Los ángeles te dan en arpas de oro.

LA MEDIA NOCHE

El poeta venezolano José Ramón Yépez (1822–1881) se siente poseído de la majestad augusta de la Naturaleza en la calma de la media noche y columbra la existencia de la Causa Primera a través de los admirables fenómenos que contempla.

OPACOS horizontes,
Y rumor de airecillos y cantares,
Y sombras en los montes,
Y soledad dulcísima
En la tierra infeliz de los palmares;
Y allá lejos la luna que se encumbra,
Y un cielo azul de porcelana alumbra.

Y en el lago sin brumas
La onda medio caliente entumecida,
Coronada de espumas,
Soñando melancólica;
Y como tregua o sueño de la vida
En el hogar del hombre; y como inerte
La creación, y el sueño como muerte.

La gran naturaleza,
O vacila o se asombra, y muda y grave,
Pálida de tristeza,
Ve sus astros inmóviles...
Suspensión de la vida, que no sabe,
Maravillada el alma, si le asusta
O le place por quieta o por adusta.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso por el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas;
Así, al tañer de la campana, queda
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

Aquí empieza el imperio
De esas visiones sin color ni nombre
Que en inmortal misterio
Guardan las noches tórridas.
Aquí no alcanza a comprender el hombre
La cifra o la razón de cuanto mira,
O si despierto está, sueña o delira.

Tanta trémula estrella
Que de rubíes el espacio alfombra,
Tanta roja centella
Que con la luna pálida
Penetra y brilla en la nocturna sombra,
Causa son de terror, causa de duelo,
Si ya la media noche sube al cielo.

¿Quién sabe por qué crece
Entonces el penacho de esa palma,
Y el viento la remece
Y la despierta súbito,
Y a su voz el concierto y dulce calma
De la noche se rompe, cual si fuera
Hablando una palmera a otra palmera?

¿Quién sabe por qué luego
Se vuelven las conchuelas con la luna
Margaritas de fuego,
Y cuando boga rápido,
Sonriendo de su espléndida fortuna,
Nauta feliz que ansía por cogerlas,
Ni conchas halla ni radiantes perlas?

¿Quién sabe, quién alcanza
Por qué se cierne la nocturna nube
Con monstruosa semblanza,

Y envuelta en sombras tétricas
Desciende al llano, a la colina sube,
Para mostrar después, como un tesoro,
El plateado cendal con fimbria de oro?

¡Mentira! bajo el peso
De tanta maravilla, grita el mundo;
Acaso será eso...
Puede que los fantásticos
Prestigios de la luz, tras el profundo
Rumor que alzan los vientos que campean,
Finjan visiones, y mentiras sean.

Porque algo está escondido
Que bulle y vive y lúgubre se extiende
Al solemne tañido
De ese cristiano símbolo.
Algún prodigio el hombre no comprende
En estas altas horas; algo existe
De indefinible, pavoroso y triste.

No es que la noche ayude
Los genios a salir de sus recintos;
Ni la mar se sacude,
Ni murmuran los céfiros,
Ni del santuario los dorados plintos
Caen sonando, ni la sombra pasa,
Ni el trueno zumba, ni la luz abrasa.

Mas, con todo, a tal hora
Brota, se desvanece, canta, gime,
Brilla, se decolora,
Azota el aire trémulo,
Empaña el éter, la materia oprime
Una sombra, una luz, un ser, ¡quién sabe!
Que llena el orbe y que en la chispa cabe.

Entre el hombre que piensa
Y los astros que alumbran, se descorre
Como una cosa inmensa,
Impalpable, magnífica;
Y cuando la pardusca y vieja torre
Su postrimera campanada vibra,
De eso como infinito ¿quién se libra?

Salve ¡augusto misterio
Que encierras tan hondísimos arcanos!
En tu silente imperio
De sonidos insólitos,
Y de pálidas luces, y de vanos
Pavorosos fantasmas, todo es triste
Y se transforma todo cuanto existe.

Mas la razón del hombre
Al impulso inmortal del sentimiento
Instintivo y sin nombre,
Penetrará recóndita,
O explicarse querrá con noble aliento
Ese mundo invisible que reposa
Oculto entre la noche silenciosa.

Soledad de desierto
Y rumor de airecillo en los fragantes
Limonares del huerto;
Y en el azul vivísimo
Rubias estrellas, fuegos vacilantes,
Y claridad de luna que se encumbra
Y hasta el sombrío limonar alumbra.

Tal es, sobre su coche
Que silencioso sobre el orbe rueda,
La extraña media noche
De las regiones índicas;
Así, al tañer de la campana, queda
Su voz oyendo por el aire vago,
La ciudad de las palmas en el lago.

LUZBEL

Jorge Meredith, poeta inglés (1828–1909), presenta en estos originales versos a Luzbel tratando de remontarse a las alturas celestiales; pero cuando el Maligno contempla el maravilloso sistema estelar, prueba manifiesta de la sabiduría y de la omnipotencia divinas; cuando ve al «glorioso ejército de la ley inmutable», que marcha por el sendero que le trazó la voluntad del Supremo Hacedor, el príncipe infernal, confuso y temeroso, se hunde nuevamente en las tinieblas de su abominación.

EL Príncipe Luzbel vuela en la noche clara.
Llega el Maligno, hastiado del reino tenebroso,
A donde los precitos abrázanse a un reposo
Falso, y allí, entre nubes, sobre el mundo se para.

A su anhelo mezquina presa se le depara.
Ya inclínase a occidente sobre un ala; espantoso
Cierne ya sobre el África su cuerpo de coloso;
Ya es negro sol que el hielo del Polo sombreara.

Buscando extensa zonä en que aquella aventura
Contra el Temor renazca y avive su espantable
Cicatriz, mira fijo, llegado a media altura,

Las estrellas, cerebro celeste, y se hunde al punto.
Por su antiguo sendero, fila tras fila, junto,
Marcha el glorioso ejército de la ley inmutable.

LA LIMOSNA

Lázaro María Pérez, poeta colombiano, ensalza en esta composición el noble goce de hacer el bien, socorriendo con mano generosa al indigente.

OYE, hija mía: cuando el pobre toca
De puerta en puerta mendigando un pan,
Nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca
Es el mismo que a todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo
Para todo dolor: y cada bien
Con que socorre al pobre, sube al cielo
Y en densa nube tórnase al caer.

Pero en este dilema no hay razones:
Calcular es lo mismo que sentir:
Si das pan y recibes bendiciones,
¿La dádiva mejor, no es para ti?

San Juan de Dios, que avaro perseguía,
Para ofrecerle pan, a la orfandad,
Al ponerlo en su mano le decía:
« ¡Gracias por la limosna que me das! »

No olvides, hija mía, la enseñanza
Que encierra el don munífico de Dios:
Si de fe se alimenta tu esperanza,
Busca en la caridad tu galardón.



« LA LIMOSNA »—CUADRO DE TOMÁS BROOKS

Por eso es su caudal inagotable;
Por eso cada bien abate un mal;
Por eso encuentra pan el miserable,
Por eso el desvalido encuentra hogar.

También la caridad en su eficacia
Da una limosna y la reciben dos:
El que la pide, un pan que su hambre sacia;
El que la da, la bendición de Dios.

Y el aturdido mundo no percibe
Quién en esa limosna gana más,
Si el mendigo infeliz que la recibe
O la mano piadosa que la da.

PLEGARIA

En la constante voluntad de obrar bien, el poeta español Adelardo López de Ayala (1829-1879), pide la paz del espíritu y el remedio de todas las dolencias morales.

¡DAME, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sostén de la virtud;
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad:

La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perennal solicitud,
Y las ásperas fiebres en salud,
Y los torpes engaños en verdad!

Y así conseguirá mi corazón
Que los favores que a tu amor debí
Te ofrezcan algún fruto en galardón...

Y aun tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue a romper mi confusión
La imagen tuya que pusiste en mí.

LA ORACIÓN

Domingo Ramón Hernández dirige a los niños estas sencillas estancias, incitándolos a rezar.

NIÑOS, rezad: la oración
Tocan en el campanario,
Y envuelto en negro crespón,
Llega el ángel funerario
A enlutar la creación.

Las aves duermen, los vientos callan,
Su cáliz cierra la humilde flor;
Suba a los cielos vuestra plegaria,
Santo perfume del corazón.

II

Pronto, pronto dormiréis,
Pues la noche apareció;
Mas preciso es que recéis,
Y a la Virgen invoquéis,
Que el Arcángel saludó.

Las aves duermen, los vientos callan,
Su cáliz cierra la humilde flor;
Suba a los cielos vuestra plegaria,
Santo perfume del corazón.

III

La humanidad se lamenta...
Rezad por el pecador;
Que en la mundana tormenta,
No hay corazón que no sienta
Las espinas del dolor.

Las aves duermen, los vientos callan,
Su cáliz cierra la humilde flor;
Suba a los cielos vuestra plegaria,
Santo perfume del corazón.

IV

Así cuando estéis dormidos,
En nacarada ilusión
Conversaréis sonreídos
Con los ángeles queridos
Que repiten la oración.

Las aves duermen, los vientos callan,
Su cáliz cierra la humilde flor;
Suba a los cielos vuestra plegaria,
Santo perfume del corazón.

PURIFICACIÓN

Así como las lluvias purifican la atmósfera y hacen aparecer más hermosos el cielo y la tierra, el llanto del que sufre purifica su corazón y le hace levantar el alma a las regiones excelsas—tal es el pensamiento que bellamente expone el poeta chileno Guillermo Matta (1829–1897).

LAS lluvias purifican la frente de los cielos:
Zafiro es el espacio, su bóveda un cristal;
Y el Andes sin las nubes invade el horizonte
Como el sagrado muro de un templo colosal.

El llanto purifica la frente del que sufre;
Su rostro es una estrella y es su alma una oración,
Y en ella, como el himno de una alma religiosa,
Se eleva hasta los cielos el libre corazón.

LA SOMBRA

Uno de los poetas más notables del Perú, José Arnaldo Márquez (1830–1902), cuya existencia fué bastante agitada, expresa en el siguiente soneto lo que, a su juicio, es la historia de nuestra vida.

AL despuntar el sol de la mañana
Se proyecta la sombra del viajero,
Precediendo su paso en el sendero,
Embellecido por la luz temprana.

Cuando llega a la cumbre soberana
Desde donde ilumina al orbe entero,
Con profundo cansancio el pasajero
Ve desaparecer la sombra vana.

Y al descender el sol hacia el ocaso,
Mirar su misma sombra ya no puede
Sin volver hacia atrás. Tal es la historia

De nuestra vida. El alma emprende el paso:
La esperanza, su sombra, la precede;
Y al fin sólo la mira la memoria.

SUEÑO DORADO

El ansia de volver a la saludable paz de los campos, a los variados y deleitosos espectáculos de la Naturaleza, tras el prolongado tedio de vivir años y años en la corte, inspira a Federico Balart, literato y poeta español (1831–1905), las armoniosas estrofas que aquí ponemos, de su «Sueño Dorado», a las que dan un notable sabor religioso las invocaciones con que principian y rematan.

¡AH, Señor, cuántas pálidas auroras
Me han hecho tristes arrugar el ceño!
¡Cuántas noches de angustia, cuyas horas
Lentas pasaban sin traer el sueño!

¡Deja, deja a mis ojos ver el campo
De la nieve en las ásperas montañas!
¡Dadme la libre soledad del campo!
¡Dadme la alegre paz de las cabañas!

Pueda yo, recostado en una peña,
Junto a aquel mar azul que el cielo cubre,
Dar al olvido, entre la hirsuta breña,
El hedor de esta atmósfera insalubre.

Y vagando por valles y por lomas,
Al soplo de los aires vespertinos,
Respirar confundidos los aromas
De las algas, los henos y los pinos.

Y en las plácidas noches del verano,
Entre el rumor del viento y de las olas,
Tranquilo adormecerme al son lejano
De las dulces marinas barcarolas;

Y antes que dore el alto firmamento
La aurora que los cielos engalana,
Oír entre la sombra el ronco acento
Del gallo, precursor de la mañana,

Y de la agria carreta gemidora
El eje rechinante que voltea,
Y el rumor de la gente labradora
Que principia su rústica tarea;

Y a la trémula voz de la campana
Que llama a la oración antes del día,
Ver los cielos vestirse de oro y grana
Y estremecerse el mundo de alegría,

Cuando arden los lejanos horizontes
Y los valles recónditos humean
Y en las cimas azules de los montes
Jirones de vapor al aire ondean.

¿Cuándo podré a la luz del sol que brilla
Reflejado en el agua bullidora
Ver cual se aleja de la seca orilla,
Mar adentro, la barca pescadora,

Que moviendo a compás los largos remos
Cuando baja las ondas espumantes,
Parece destilar por sus extremos
Cataratas de líquidos diamantes,

Y luego, al viento que su casco azota
Soltando el lienzo de una y otra vela,
Semeja cenicienta gaviota
Que, rasando la mar, tranquila vuela?

....

Y al margen del arroyo, en la floresta
Que cruza sobre mí sus ramas dobles,
Dormir el blando sueño de la siesta
Bajo el dosel flotante de los robles;

O estampar en las playas arenosas,
Que la brisa del mar liviana orea,
Las huellas de mi paso caprichosas
Que al volver, ha borrado la marea;

Y sorprender en las alas de los vientos,
Que vienen de las breñas más lejanas,
Como un coro de silfos los acentos
De las dulces canciones asturianas,

Y cuando el sol declina al Oceano,
Y la noche, al ganar la excelsa altura,
Arrastra por el monte y por el llano
De su manto talar la fimbria obscura,

A la postrera luz que en tintas rojas
Baña las nubes con vistoso alarde,
Respirar bajo el palio de las hojas
El balsámico ambiente de la tarde,

Y ver sobre el crepúsculo encendido,
Que el ocaso de púrpura jaspea,
Los vuelos del murciélago aturdido
Que en círculos fantásticos voltea,

Y cual astros, que a tierra derribados
Lanzó la noche de sus negros tules,
Descubrir en los setos y vallados
Los pálidas luciérnagas azules,

Y por las altas selvas seculares,
O por la cresta de la escueta duna,
Ver cómo surge de los hondos mares
El disco silencioso de la luna,

Y pasar las veladas de Febrero
Con la robusta gente campesina
En torno del hogar donde arde el tuero
Perfumando la lóbrega cocina;

Y tras cena frugal junto a las llamas
El sueño conciliar, con Dios a solas,
Al plácido susurro de las ramas
Y el confuso bramido de las olas.

....

Concédeme, Señor, que en el reposo
De ese cielo, esos montes y esos mares,
Las flores de mi invierno, al fin dichoso,
Presente por ofrenda en tus altares.

Allí, bogando en plácida bonanza,
El alma regirán de gozo henchida,
La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Timón y vela de la humana vida.

Allí, abismado en éxtasis eterno,
Lejos de los que gárrulos blasfeman,
Me inundará tu amor, cual sol de invierno,
Cuyos rayos alumbran y no queman.

Allí del mundo pérfido apartado
Mis dulces noches, mis serenos días,
Libres al fin de incómodos cuidados
Leves serán, como ánforas vacías;

Y allí, desvanecida la memoria
De todas las falaces ilusiones,
A tu amor, a tu culto y a tu gloria
Consagraré mis últimas canciones.

¡Hasta que ante tu voz que eterna vaga
Se extinga entre mis labios la armonía
Como lámpara inútil que se apaga
Cuando surge el albor del nuevo día!

AL BORDE DE LA TUMBA

El arrepentimiento cristiano halla adecuada expresión poética en el siguiente soneto de Manuel del Palacio.

PEQUÉ, Señor, mas no porque he pecado
De vuestra alta clemencia me despido,
Que cuanto más hubiere delinquido
Os tengo a perdonar más empeñado.

Si verme pecador os ha indignado,
Cederéis al mirarme arrepentido;
La misma culpa con que os he ofendido
Os tiene a la indulgencia preparado.

Cuando vuelve al redil de sus amores
Una oveja perdida y recobrada,
En júbilo se inundan los pastores.

Yo soy, Señor, oveja descarriada,
Mirad, Pastor divino, mis dolores,
Y recobradme al fin de la jornada.

DÓNDE ESTÁ DIOS

El siguiente diálogo de Elías Calixto Pompa expone poéticamente la verdad de la omnipresencia divina en todas las cosas.

—DIME, madre de mi alma,
Dime, madre, la verdad;
¿Está Dios en todas partes?
—En todas partes está.
—¿Llena el mundo?
—Sí, lo llena.
—¿Me está mirando?
—Sí tal.
—¿Está en la flor?
—En perfumes.
—¿Está en el cielo?
—Es su altar.
—¿Está en el aire?
—Es su aliento.
—¿Está en el sol?
—Es su faz.
—Madre, comprender no puedo...
—La fe te lo explicará.
—¿Y qué es la fe?
—Rayo puro
—De eterna luz celestial.
Cuando llegue con el tiempo
Tus tinieblas a alumbrar,
Esa luz, más elocuente
Que mi labio, te dirá:
Que hasta en el eco infantil
De la palabra fugaz
Con que por Dios me preguntas,
La esencia de Dios está.

LA LUNA

Diego Fallón, colombiano (1834–1905), entona estas estrofas, llenas de entusiasmo, en loor de la belleza lunar y de los hermosos efectos de iluminación que produce sobre el paisaje la luz del astro; además, el poeta da expansión a los sentimientos de orden religioso que en él despierta el espectáculo que describe.

YA del Oriente en el confín profundo
La Luna aparta el nebuloso velo;
Y leve sienta en el dormido mundo
Su casto pie con virginal recelo.

Absorta allí la inmensidad saluda,
Su faz humilde al cielo levantada;
Y el hondo azul con elocuencia muda
Orbes sin fin ofrece a su mirada.

Un lucero no más lleva por guía,
Por himno funeral silencio santo,
Por solo rumbo la región vacía,
Y la insondable soledad por manto.

¡Cuán bella, oh Luna, a lo alto del espacio
Por el turquí del éter lenta subes,
Con ricas tintas de ópalo y topacio
Franjando en torno tu dosel de nubes!

Cubre tu marcha grupo silencioso
De rizos copos, que tu lumbre tiñe;
Y de la Noche el iris vaporoso
La regia pompa de su trono ciñe.

De allí desciende tu callada lumbre,
Y en argentinas gases se desplega,
De la nevada sierra por la cumbre
Y por los senos de la umbrosa vega.

Con sesgo rayo por la falda obscura
A largos trechos el follaje tocas,
Y tu albo resplandor sobre la altura
En mármol torna las desnudas rocas;

O al pie del cerro do la roza humea,
Con el matiz de la azucena bañas
La blanca torre de vecina aldea
En su nido de sauces y cabañas.

Sierpes de plata el valle recorriendo,
Vense a tu luz las fuentes y los ríos,
En sus brillantes roscas envolviendo
Prados, florestas, chozas y plantíos.

Y yo en tu lumbre difundido, ¡oh Luna!
Vuelvo al través de solitarias breñas
A los lejanos valles, do en su cuna
De umbrosos bosques y encumbradas peñas,

El lago del Desierto reverbera,
Adormecido, nítido, sereno,
Sus montañas pintando en la ribera,
Y el lujo de los cielos en su seno.

¡Oh! y estas son tus mágicas regiones,
Donde la humana voz jamás se escucha;
Laberintos de selvas y peñones,
En que tu rayo con las sombras lucha;

Porque las sombras odian tu mirada;
Hijas del Caos, por el mundo errantes;
Náufragos rostros de la antigua Nada,
Que en el mar de la luz vagan flotantes.

Tu lumbre, empero, entre el vapor fulgura,
Luce del cerro en la áspera pendiente;
Y a trechos ilumina en la espesura
El ímpetu salvaje del torrente;

En luminosas perlas se liquida
Cuando en la espuma del raudal retoza;
O con la fuente llora, que perdida
Entre la obscura soledad solloza.

En la mansión oculta de las Ninfas
Hendiendo el bosque a penetrar alcanza;
Y alumbra al pie de despeñadas linfas
De las Ondinas la nocturna danza.

A tu mirada suspendido el viento,
Ni árbol ni flor en el desierto agita:
No hay en los seres voz ni movimiento;
El corazón del mundo no palpita...

¡Se acerca el centinela de la Muerte!
¡He aquí el Silencio! Sólo en su presencia
Su propia desnudez el alma advierte,
Su propia voz escucha la conciencia.

Y pienso aún y con pavor medito
Que del Silencio la insondable calma
De los sepulcros es tremendo grito
Que no oye el cuerpo y que estremece el alma.

Y a su muda señal la Fantasía
Rasgando altiva su mortal sudario,
Del infinito a la extensión sombría
Remonta audaz el vuelo solitario.

Hasta el confín de los espacios hiende;
¡Y desde allí contempla arrebatada
El piélago de mundos que se extiende
Por el callado abismo de la Nada!...

El que vistió de nieve la alta sierra,
De obscuridad las selvas seculares,
De hielo el polo, de verdor la tierra,
Y de hondo azul los cielos y los mares,

Echó también sobre tu faz un velo,
Templando tu fulgor, para que el hombre
Pueda los orbes numerar del cielo,
Tiemble ante Dios, y su poder le asombre.

Cruzo perdido el vasto firmamento,
A sumergirme torno entre mí mismo;
Y se pierde otra vez mi pensamiento
De mi propia existencia en el abismo.

Delirios siento que mi mente aterran...
Los Andes a lo lejos enlutados
Pienso que son las tumbas do se encierran
Las cenizas de mundos ya juzgados...

El último lucero en el Levante
Asoma, y triste tu partida llora:
Cayó de tu diadema ese diamante,
Y adornará la frente de la Aurora.

¡Oh, Luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Se agita mi alma, desespera y gime,
Sintiéndose en la carne prisionera;
Recuerda al verte su misión sublime,
Y el frágil polvo sacudir quisiera.

Mas si del polvo libre se lanzara
Ésta que siento, imagen de Dios mismo,
Para tender su vuelo no bastara
Del firmamento el infinito abismo;

Porque esos astros, cuya luz desmaya
Ante el brillo del alma, hija del cielo,
No son siquiera arenas de la playa
Del mar que se abre a su futuro vuelo.

EL MISIONERO

El ilustre poeta argentino Ricardo Gutiérrez (1836–1896) canta al sacerdote católico y exalta su hermosa labor de caridad y sacrificio, haciendo al mismo tiempo resaltar los grandes beneficios que le debe la civilización, especialmente en los países de la América Latina, en los cuales el Misionero fué el más animoso y abnegado agente difusor de la luz y del progreso.

CUANDO el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría
En un cielo sin Dios, desamparado;
Cuando la ciencia idólatra mentía,
Y el arte corrompido blasfemaba,
Y en el estruendo de perpetua orgía
La miserable humanidad rodaba...
Abrió la Cruz sus descarnados brazos,
Con su gigante sombra cubrió el suelo,
Y el hombre en ella al estampar sus pasos
Sintiendo al Dios que el Universo encierra,
Alzó la frente al cielo
¡Y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida,
Así el Cristo en la Cruz cambió su suerte;
Así desde el espanto de la muerte
A la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
Sólo la Cruz alcanza:
¡Ella es la tabla en que salvó el abismo
Desde la tierra al cielo la esperanza!
Las creencias pasan, la razón vacila,
El ideal del arte se transforma;
La estirpe humana misma
Girando en el perpetuo torbellino
Donde la guía el resplandor divino,
Acercándose a Dios cambia de forma.
La ciencia balbuciente
Llama al dintel de la verdad en vano,
Sin encontrar siquiera
La ley que rige la materia inerte,
¡Y enciende el pensamiento soberano,
Que en la frente del hombre reverbera
Como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
Qué ha sido del poder y de la gloria
Con que la España deslumbró la historia
Al pisar en la América ignorada?
¡Lo que fué de la estela
Que en las olas del mar dejó el sendero
De la audaz carabela
Que guió de Colón la fe cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
Abrazando la tierra americana!

Con júbilo profundo
Lo ve la mente que la ciencia absorbe,
Lo escucha el alma en su esperanza tierna:
Todo pasa en el mundo,
Todo cambia en los ámbitos del orbe:
¡La Cruz sólo es eterna!

....

Hombre mortal que brillas
En la aureola de Dios como una estrella,
¡Yo soy el *Fraile* que en tu burla humillas,
Yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero,
Yo soy su combatiente solitario;
¡Todas las sendas sobre el mundo entero
Son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
De la familia humana,
¡El hogar de la paz y la alegría
Se cierra para siempre al alma mía,
Que ata el lazo bendito
Que el padre al hijo ligará mañana!

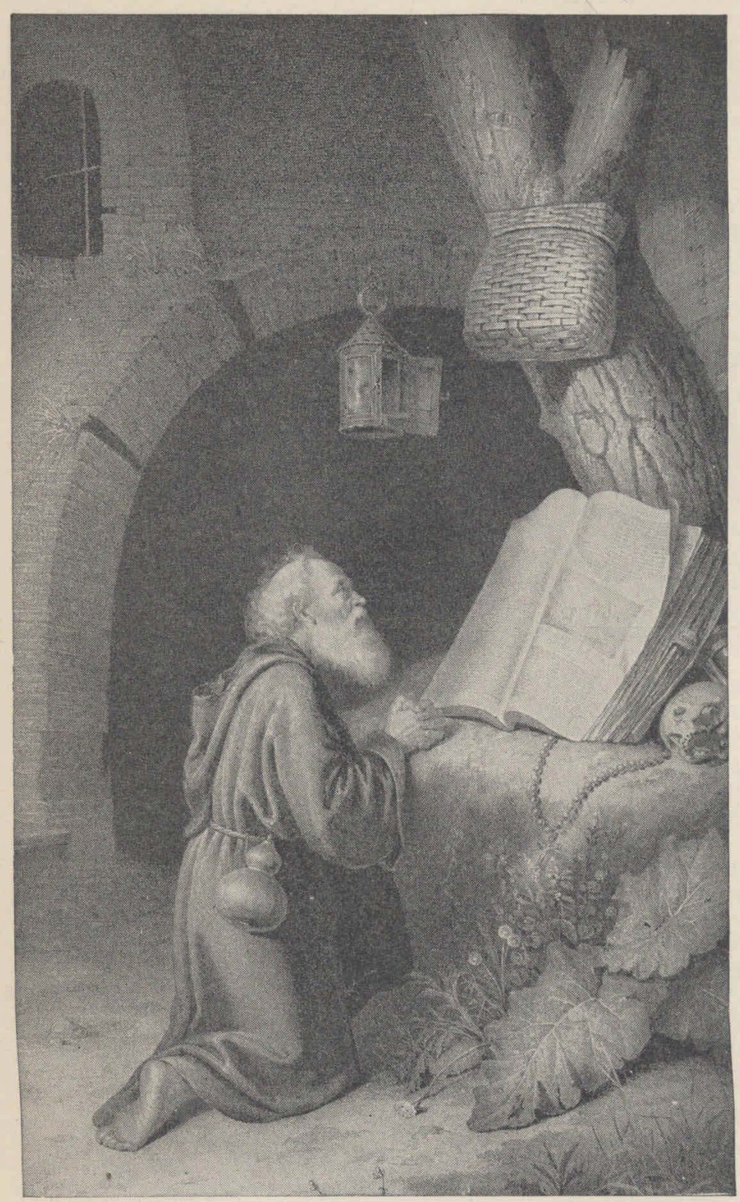
En la cuna inocente
Donde tú ensayas tu primer respiro,
Pongo el sello de Dios sobre tu frente;
Y en el lecho doliente
Donde exhalas el último suspiro
De la vida precaria,
¡Yo aliento tu partida,
Te enseño el rumbo de la eterna vida
Y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
Bajo la noble cota del soldado,
Yo te sigo a la brecha del combate
Con la sandalia de mi pie llagado;
Y entre el humo y la sangre y la metralla
Que ocultan a los cielos tus despojos,
¡Te hago besar la Cruz en la batalla
Y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
¡Soy soldado de Cristo sobre el mundo!...
Bajo la saya que mi cuerpo viste
Llevo el arma divina,
Llevo la Cruz sagrada
Que las tribus caribes ilumina:
¡La Cruz, más poderosa que la Espada!

La Cruz, que guarda en el hogar paterno
La fe sublime en que tu amor reposa;
La Cruz, donde repite el niño tierno
La oración de la madre y de la esposa;
¡La Cruz, que en el regazo
De la sagrada tierra
Que las cenizas de tu padre encierra,
Cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
Y a la sombra de Atila se lanzaron.



Y a la espantada Europa sorprendieron,
Y entre sus propias ruinas la abismaron,
El *Fraile* moribundo,
Hasta en las Catacumbas perseguido,
Salvó en las Catacumbas escondido
El progreso del mundo;
¡La ciencia, el arte, la verdad, la historia,
La civilización, que alza en su huella
El hombre hasta la gloria,
Al resurgir la Cruz renació en ella!

¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna,
Qué fué el hogar donde tu amor sonríe,
Qué fué tu patria entera
Donde hoy sus pasos el progreso estampa?...
Antes de alzar mi cruz, ¿sabes lo que era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! ¡Soy el primer cristiano
Que recibe del bárbaro la flecha,
Y abre en sus hordas la primera brecha
Al pensamiento humano!
¡Y sobre el rastro de la sangre mía
Con que el desierto indómito fecundo,
Tiende la libertad la férrea vía
Por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
En la vida de glorias rodeada
Cuando la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
Que me sirvió de almohada,
Y el mendrugo de pan con que la tierra
Alimentó mi paso en mi jornada!
¡Sobre la huesa mía
En el mundo feliz, sólo un lamento
Viene a llorar sobre la noche umbría...
El gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
Y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡Escúpeme en la frente!

LÁZARO

La psicología de un resucitado; es decir, el extraño modo de pensar y sentir del que vuelve a la vida, después de haber cruzado los umbrales del sepulcro y sido pasto de la corrupción, es un tema seductor para un poeta místico de la elevación y profundidad que caracterizaron a León Dierx, poeta francés nacido en la Isla de Borbón en 1838 y muerto en 1912. Dierx ha tomado para protagonista de su poema a Lázaro de Betania, a quien resucitó Jesús, según se refiere en el Evangelio.

Y LÁZARO a la voz de Jesús despertó.
Lívido, en las tinieblas alzóse de repente;
Con sus fúnebres trabas avanzó torpemente,
Después, del todo erguido, grave y solo, partió.

Solo y grave, de entonces marchó por la ciudad,
Como buscando en ella a alguien que no encontraba,
Chocando contra todo lo que a su paso hallaba,
De la vida en las cosas, en la hirviente ruindad.

Bajo su frente pálida, abrillantada cera,
Sus vidriosas pupilas, faltas de resplandores,
Como al tenaz recuerdo de eternos esplendores
Parecían privadas de mirar hacia afuera.

Y vacilante andaba, como un niño, abismado
Como un loco. A su paso la multitud se abría,
No osando nadie hablarle, al azar discurría,
Como hombre que se asfixia en un aire viciado.

No comprendiendo ya nada del vil zumbido
De la tierra, abstrayéndose en un sueño indecible,
Pavoroso advirtiendo su secreto terrible,
Pausado iba y tornaba en silencio sumido.

Con el temblor, a veces, que la fiebre provoca,
En actitud de hablar, las manos extendía;
Pero el vocablo incierto aún del último día
Un invisible dedo detenía en su boca.

Todos los de Betania, bravos, fuertes o flojos,
Tomaron miedo a este hombre; solo iba él gravemente;
Se le helaba en las venas la sangre al más valiente
Ante el horror inquieto que nadaba en sus ojos.

¡Ah! ¡Quién decir podría tu extrahumano suplicio
Al venir del sepulcro donde están descansando
Todos, y del que tornas, por la ciudad llevando
La mortaja a tu cuerpo ceñida cual cilicio!

¡Resucitado pálido, mordido de gusanos!...
¿Puedes tentar de nuevo las luchas de este mundo
Oh tú, que oculta llevas, en tu estupor profundo,
La misteriosa ciencia vedada a los humanos?

Apenas aun la noche volvió su presa al día
Tú en la noche reentraste, soñador misterioso,
Espectro inerte, ajeno de la vida al furioso
Batallar, que contemplas sin dolor ni alegría.

En esta otra existencia insensible y callada
No deja una reliquia tu recuerdo en la tierra.
¿Has sufrido dos veces el ósculo que aterra
Para en la azur esfera entrar, ya antes lograda?

Cuántas veces ¡oh! a la hora en que es la luz ya escasa
Tu gran forma en el cielo, lejos de los vivientes
Se vió, alzando al Eterno los brazos reverentes,
Dando su nombre al ángel que retardado pasa;

¡Cuántas ¡ay! solo y grave, en los céspedes bellos
Se te vió, entre las tumbas matizadas de hiedra,
Envidiando a los muertos que en su lechos de piedra
Un día se acostaron para no alzarse de ellos!

LA NAVE

La gloria humana, según Carlos Wálker Martínez, es comparable a la estela de una nave que surca el mar y al trémulo son de las alas de un ave que se remonta en el espacio: estela y son desaparecen presto, sin dejar rastro alguno. La ilusión y la dicha también se desvanecen, y si el hombre no aprovecha las lecciones de la experiencia, se expone a sufrir muy dolorosos desengaños.

¿QUÉ rastro deja sobre el mar la nave
Que al viento tiende la turgente vela?



¿Qué rastro en el espacio cuando anhela
Alcanzar a las nubes, deja el ave?

Aquélla, apenas, silenciosa y grave,
De fugitiva luz frágil estela;
Y ésta, trémulo son que también vuela
Como su pluma, indefinible y suave.

Ave en el viento es la ilusión querida,
Nave en el mar la dulce bienandanza
A constantes vaivenes sometida.

¡Ay de quien no aprovecha su enseñanza
Y, en los hondos misterios de la vida,
Funda en la humana gloria su esperanza!

FRA BEATO ANGÉLICO

Con un rayo de luz por pincel, supone Sully-Prudhomme que están hechas las pinturas de Fra Beato Angélico (Juan de Fiésole), artista de la escuela de Florencia y religioso dominico, célebre por la dulce suavidad de su colorido y la belleza espiritual de sus cabezas de santos. Floreció este pintor a fines de la Edad Media (1387–1455).

CUANDO el sol aun no ha salido,
Y su claridad dudosa
Es sólo un pálido y tímido
Presentimiento de aurora;
Cuando las luces del día
Más bien blanquean que doran
Los adormecidos campos,
Que vida y alma recobran;
Cuando del viejo convento
En las ventanas angostas,
Detrás de los fuertes hierros
Brillan las vidrieras toscas,
Y en las arcadas del claustro
Pasa rápida la sombra
De los pájaros, aun mudos,
Que el primer vuelo remontan;
Cuando los verdes rosales
Y el laurel, que el pozo adornan,
Tendiendo al cielo las ramas,
Perlas de la noche lloran,
Y en silencio religioso
El jardín medita y ora;
Abre a la luz Beato Angélico
Las pupilas soñadoras;
Bendice al naciente día,
Merced que Dios nos otorga,
Y el Paraíso contempla
Que con la alborada torna.

Un rayo de luz violeta,
Azul, amarilla y roja,
Por el alto ventanillo
Penetra en la celda lóbrega,
Y la palidez austera
De la pared tornasola,
Como brillante libélula
Que en blanco lirio se posa.

Aquel vívido destello
Por pincel el monje toma,
Y pinta con suaves toques
Ángeles de tenues formas,
Que abriendo las alas, trazan
Un arco de triunfo y gloria,
Y la frente de la Virgen
Con aquel nimbo coronan.

EL PAPA LEÓN X

Durante el pontificado de León X estalló en Alemania el cisma de Lutero, que ha sido el trastorno más grave que ha experimentado la Iglesia católica, pues dió origen a la Reforma y al nacimiento y pujante desarrollo de las varias sectas protestantes. Desde que se inició el protestantismo, lo combatió Roma sin piedad ni descanso; y la lucha entre ambas formas religiosas, la católica y la protestante, costó ríos de sangre a muchas de las principales naciones europeas. Antonio Fogazzaro, poeta italiano (1842–1911), pone aquí frente a frente al Papa y a la efigie de su enemigo.

MEDIA la noche: cruza el Vaticano,
Solo, el Papa León, linterna en mano

Anda quedo, se para: ¿un repentino
Rumor?... Silencio... Sigue su camino.

Levanta cortinajes de velludo,
Sonda la obscuridad y avanza mudo.

Lejos, en una estancia tenebrosa,
Se inclina y la linterna bajar osa.

Un lienzo allí; lo encubre paño austero;
De Cranach es: efigie de Lutero.

Busca el Papa qué huella en él dejara
Satán. Le mira el fraile, cara a cara.

VICENTE DE PAÚL

Este precioso relato, hecho con notables naturalidad y soltura, al par que rebosante de tierna emoción, es de Francisco Coppée.

VICENTE DE PAÚL es un piadoso
Y anciano capellán de las Galeras,
De corazón humilde y candoroso,
De caridad sin tregua y sin reposo,
Y franco y popular en sus maneras.
En París, cuando viene,
Le prestan unas monjas aposento
En el hospitalillo del convento:
Cama y dos sillas duras allí tiene,
Y por todo regalo y todo aliño,
Un cuadro de la Virgen con el Niño.
A merced del impulso que en él arde,
Trajina haciendo bien mañana y tarde.
Si visitó con paternal cariño
La guardilla indigente,
A Palacio después sin vano alarde
Va y demanda limosna a la Regente.
Pide, ruega tenaz, su empeño muestra,
Por todos los que sufren se desvive,
Y da con santo afán su mano diestra
Lo que la otra recibe.
Pero está cada día
Más viejo, más enfermo, y anda cojo.
Por alcanzar su caridad ardiente
La gracia que pedía
Para un forzado, que juzgó inocente,
Tomó su puesto, y con amarga pena
Seis meses arrastró, cansado y flojo,
La bala de cañón y la cadena.
Allá en los populosos arrabales,
Las gentes que le ven volver sombrío
A la ciudad, y entrar por los portales
Llevando en el manteo arrebujado
Algún recién nacido yerto y frío
Que halló en cualquier rincón abandonado
Y de la muerte salva,
Van repitiendo el nombre
Del viejecillo aquel de cerviz calva,
Y son amigas ya de tan buen hombre.
Pero esta noche, cuando el toque lento
Retumba de las doce campanadas,
Y las monjas entonan los maitines,
Vuelve triste Vicente a su convento,
Arrastrando las piernas, fatigadas
De tanto andar con fracasados fines.
Corrió París entero sin fortuna,
Sufriendo lluvias y pisando lodos;
No le reciben mal en parte alguna;
Pero tanto pidió, que casi todos
Van haciéndose atrás con buenos modos.
La Reina guarda todo su dinero
Para la Val-de-Gracia; Mazarino,
En prometer ligero,
Cada vez, para dar, es más mezquino.
Mala fué la jornada;
Pero el anciano, de alma resignada,
Piensa echar un buen sueño, y más erguido,
Apresura el regreso a su posada.
Al llegar a la puerta, ve un chicuelo
En el lodo tendido;
Y se inclina sobre él con santo celo.
Aletargado está y entumecido;
Lo llama, lo acaricia, ruega, insiste...
¡Pobre muchacho! ¡qué vivir tan triste!
Llevársele los padres a Dios plugo;
No tiene hogar ni albergue;
No comió en todo el día un mal mendrugo.
Al llamamiento de Vicente suave,
La frente adusta yergue

Y contesta con voz áspera y dura.
«Ven,» dice el viejo, y la oxidada llave
Mete en la rechinante cerradura.
En los brazos tomando sin reproche
Al niño aquel, que suciedad derrama,
Subió a su celda y lo acostó en su cama;
Y pensando después que a medianoche
Es Febrero muy frío, y que está helado
El huérfano infeliz mal arropado,
Lleno de buen deseo
Tiende a sus pies el húmedo manteo.
Él, tiritando trémulo, se sienta
En incómodo silla,
Frente al cuadro que hermosa representa
La Virgen sin mancilla,
Y comienza a rezar. ¡Oh maravilla!
Anímase la imagen; con destello
Dulcísimo sus ojos parpadean;
Separa blandamente de su cuello
Los brazos de Jesús, que lo rodean;
A San Vicente de Paúl ofrece
El Niño que sonríe y resplandece,
Y le dice con labio conmovido:
—«Toma: Bésalo tú; lo has merecido.»

A SOLAS

En estos versos celebra Gabriel y Galán la dulzura de la vida retirada, lejos del ajetreo del mundo y de las pasiones que lo agitan y conturban. Pero hacia el final de la composición declara el poeta que no es posible vivir aislado, en eterna quietud, puesto que, así en el mundo moral como en el físico, hay que agitarse, hay que luchar, para obtener el triunfo.

¡QUÉ bien se vive así! Pasan los días
Sin dejar en el alma sedimentos
De insanas alegrías
Ni de amargos tormentos...
Ni el placer emborracha los sentidos
Con falsos espejismos, revestidos
De engañosa apariencia,
Ni el dolor de vivir en este mundo
Nos hace maldecir nuestra existencia.
¡Qué bien se vive así! Pasan las horas
Tranquilas y serenas
Cual ondas de arroyuelo bullidoras
Que ruedan mansamente sobre arenas.
Ni mis pasos acecha un enemigo,
Ni la calumnia sobre mí se ensaña,
Ni me hiere a traición el falso amigo
Que cuanto más me abraza, más me engaña.
¡Qué bien se vive así, sin ser testigo
De ese culto idolátrico del oro
Que convierte en mercado la existencia
Y nos hace vivir en la presencia
De miserias que ofenden el decoro
Y escándalos que alarman la conciencia!
¡Qué bien se vive así; qué bien, Dios mío!
Ni me roba la farsa el albedrío,
Ni tiene que estrechar mi honrada mano
La mano del ladrón y del impío
Al par que la del hombre honrado y sano.
¡Qué bien se vive solo, a Dios amando,
En Dios viviendo y para Dios obrando!

La atmósfera serena
De esta amorosa soledad amena
De los ruidos del mundo está vacía,
Pero Dios está en ella y Dios la llena
Con hálitos de amor y poesía.
El alma no acongojan
Las diarias mundanales tentaciones
Que en los abismos del pecado arrojan
Tantos flacos vencidos corazones.
Jamás conturban tan augusta calma
Los fantasmas del odio y la perfidia,
Ni la codicia ruin que seca el alma,
Ni el espectro amarillo de la envidia;
Jamás se oye rodar por el vacío
La maldecida voz, hija insolente
De la boca podrida del impío
Y la boca soez del maldiciente.
¡Qué bien se vive así! La vida entera
Se desvanece en Dios, su Sumo Dueño,
Y nos abrasa de su amor la hoguera,
Y el bien es fácil, el vivir risueño
Y dulce el esperar para el que espera.
Y en este grato estado
El espíritu está de Dios más lleno,
Y el dolor suele ser más resignado,
Y el placer es más puro y más sereno...
Calientan las entrañas
Generosos deseos de ser bueno;
Ansiedades extrañas
A que antes era el corazón ajeno;
Misteriosas y nuevas impresiones
Que tienen escondido
Del alma en los más íntimos rincones
Su delicioso nido;
Sublimes explosiones
De amor universal, nunca sentido;
Deseos de morirse resignado
A la Cruz abrazado;
Infinita ternura
Que hace llorar con llanto de dulzura;
Fuego que el alma abrasa...
Santo desdén de la mundana escoria...
¡El hálito de Dios, que cuando pasa,
Nos deja la nostalgia de la gloria!

¡Qué bien así se vive, a Dios amando,
En Dios viviendo, y para Dios obrando!
....
....

Mas ¡ay!, ¡cómo me olvido,
En estos pensamientos embebido,
De que este hermoso estado
Del vivir « ni envidioso ni envidiado,»
Es para mí tan breve
Que, pronto, sí, desvanecerse debe!
Éste no es para mí perenne estado;
Es, no más, un momento de reposo
Al cuerpo y al espíritu cansado:
Un descanso en un puerto
De este mar de la vida borrascoso;
¡Un oasis en medio del desierto!
Después... ¡después lo mismo!
¡A luchar otra vez por ese mundo!
¡A saltar de un abismo en otro abismo
Con riesgo de rodar a lo profundo!...

Pero... ¿y si no rodara?
¿Y si Dios de la mano me llevara,
Y humilde tras Él fuera,
Y entre tantos abismos no cayera
Y a la cumbre llegara?
¿Será más meritoria
La victoria sin lucha, así lograda,
Que la santa victoria
Con lágrimas y sangre conquistada?

....

....

¡Oh, no; no vale tanto!
No se llega hasta el Dios tres veces Santo,
No se llega hasta Vos, ¡oh, Dios Divino!
Por caminos de flores alfombrados.
¡Se llega con los pies ensangrentados
Por las duras espinas del camino!

SEMEJANZA

El hombre debe obedecer siempre la voz de su conciencia, que le enseña a distinguir el bien del mal, y que le exigirá cuentas de su proceder si se desvía de la senda recta. Tal es el tema que expone aquí el poeta chileno José Antonio Soffía (1843–1884).

CUAL vista y luz el cocuyo
Lleva en su raro organismo,
Luz y vista, a un tiempo mismo,
El hombre lleva en el suyo.

Claridad de doble esencia
Guía su paso en el orbe:
La que su pupila absorbe
Y la que da su conciencia.

Si la luz que el ojo baña
Suele engañar a la mente,
Jamás la conciencia miente
Ni a la conciencia se engaña...

Y si alguna de las dos
Vacila al dar un consejo,
La conciencia... es el espejo
Del pensamiento de Dios.

EN TODAS PARTES

EN los montes de encinas seculares
Donde toda raíz profunda arraiga.
Todo tronco es columna inconmovible
Y brazo de gigante toda rama;
Allí, donde en la vida se suceden,
Cual recordando lo que nunca acaba,
El estallido de la yema nueva
Y el caer funeral de la hojarasca,
Allí, Señor del tiempo,
Te siente Eterno el alma.

Con las pupilas y la mente hundidas
En los espacios de las noches claras;
En las orillas de los mares hondos
Con el oído abierto a la borrasca;
Junto a la base de la obscura sierra,
Mirando el risco de las crestas ásperas;
Sobre el perfil de la montaña ingente,
Mirando el mundo de las tierras bajas,
Allí, Señor del mundo,
Te siente Grande el alma.

De la pradera en el rïente suelo
Pintado de violetas y gamarzas;
En el fogoso amanecer de oro
Y en el sereno amanecer de plata;
Oyendo al ave que cantando sube
Y al regatuelo que rezando baja;
Con una rosa cerca de los ojos
Y un ruido de aire que entre frondas pasa,
Así, por el sentido,
Te siente Bueno el alma.

Y de ese insecto en los flexibles élitros.
Y de esa fiera en las agudas garras,
Y en esa escarcha que la tierra hiela,
Y en ese rayo que el ambiente abrasa,
En ese sol incubador de vida,
En esa lluvia que mis surcos baña,
En esa brisa que fecundo polen
Lleva en las puntas de sus leves alas,
Te siente Providente,
Te siente Sabio el alma.

Sobre la peña del erial hirsuto
Paladeando hieles las entrañas;
Bajo la hiedra de heredado huerto
Saboreando amores o esperanzas;
Revolcando mis carnes sobre abrojos
Cuando me acusa la conciencia airada
O en mi lecho campestre de tomillos

Cantando paz de honrado patrïarca,
Allí, Padre del hombre,
Te siente Bueno el alma.

Y no en los ruidos de los bellos días
Ni en los silencios de las noches diáfanas;
Y no en lo grande de tus grandes mundos
Ni en lo pequeño que en sus senos guardan;
No en esas cumbres de la vida eterna
Ni en estos valles de la vida humana
Es donde el alma que con sed te busca
Bebe y se baña en tu visión más clara...
¡Mejor que fuera de ella
Te siente dentro de su abismo el alma!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

LAS SEQUÍAS

DESPUÉS de larga sequía
Que atormentara los campos,
Copiosas y frescas lluvias
Los bañaron.

Y agua tomaron las fuentes,
Y agua embebieron los surcos,
Y se alegraron las flores
Y los frutos.

Y esta oración insensata
Mis labios al Cielo alzaron,
¡Torpe rosario imprudente
De mis labios!

« ¡Señor, que riges el mundo
Con paternal providencia,
Que abarca los anchos cielos
Y la tierra!

¡Señor, que pintas los lirios,
Y haces puras las palomas,
Y los ocasos serenos
Arrebolas,

Y vivificas los gérmenes,
Y cuidas los libres pájaros,
Y llenas de luz radiosa
Los espacios!

Eres, Señor, más piadoso
Con esta tierra agostada
Que con los secos eriales
De las almas.

Cuando la tierra que hollamos
Los rayos del sol calcinan,
Con lluvias consoladoras
La reanimas.

Pero jamás a las almas
Que se marchitan sedientas
Con rocíos de ideales
Las refrescas.

¡Señor! ¿Por qué más piadoso
Con esta tierra liviana,
Que con los páramos muertos
De las almas? »

Y dentro de mi conciencia,
Que oyó mi clamor impío,
Sonó una voz poderosa
Que me dijo:

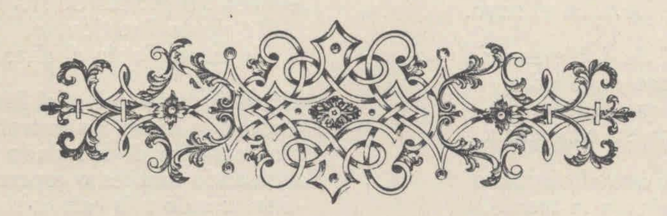
« Al beso del sol fecundo,
La tierra hacia el Cielo exhala
Los ricos jugos que encierran
Sus entrañas;

Y el Cielo que los absorbe,
Los cuaja en frescos rocíos
Y en lluvias se los devuelve
Convertidos.

Pero las almas ingratas
Que en hálitos de oraciones
Al alto Cielo no elevan
Fe y amores,

No esperen que el alto Cielo
La sed que las mata apague
Con amorosos rocíos
De ideales »...

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.



LOS NOVIOS

Por ALEJANDRO MANZONI

EN las primeras horas de la mañana del 8 de Noviembre de 1628, un joven vestido con alegre traje de boda, saliendo de su casa, en la aldea de Lecco, situada a orillas del lago de Como, se encaminaba con paso apresurado a casa del señor cura. Gozoso iba cantando por el camino una copla amorosa; y las plumas de colores que adornaban su gorra ondulaban al compás de los movimientos de su cabeza, con tanta alegría como la que mostraba su dueño. Era que, aquel día, Lorenzo Tramaglino se casaba con Lucía Mondella. Aunque no contaba más que veinte años, era tan hábil en su oficio de tejedor de seda, que había podido establecerse por su cuenta y estaba en situación de tomar esposa y vivir con ella en la pequeña propiedad que cultivaba con esmero. Todo estaba preparado: la linda desposada, de hermoso pelo negro, vestida ya con su rico traje de seda y medias de color escarlata, y los invitados reunidos en su casa, no aguardaban sino la respuesta del señor cura fijando la hora de la ceremonia nupcial.

Pero una terrible sorpresa estaba reservada a Renzo. El señor cura, a quien todos llamaban Padre Abundio, era un hombre de carácter débil y tímido; la noche anterior le habían sorprendido dos valientes del pueblo, que no temían a Dios ni al diablo, amenazándole con quitarle la vida si celebraba la boda. Estaban ambos al servicio de Don Rodrigo, hombre poderoso y de noble nacimiento, pero sin pizca de escrúpulos, y tan malvado como fuerte. Éste se había enamorado de la belleza de Lucía, jurando hacerla suya: vivía en un castillo junto al lago, a unos cinco kilómetros del pueblo, y a su servicio tenía gran número de estos valientes, hombres desalmados, capaces de cometer cualquíer crimen que él les ordenara. Con tales artes se había hecho temer y respetar en muchas leguas a la redonda; el pobre párroco le temía tal vez más que nadie. En consecuencia se excusó con Renzo, y rehusó por algunos días celebrar la boda.

Entretanto Rodrigo había ordenado a sus hombres, a cuya cabeza puso a Griso, el peor y más osado de ellos, que se apoderaran de Lucía y la encerraran a media noche en el castillo. Los villanos se ocultaron en una casita abandonada que había frente a la morada de Lucía y de su madre Inés, y habrían logrado seguramente su malvado propósito a no haber sido por un santo fraile capuchino, el Padre Cristóbal, que había ido a ver a Don Rodrigo y a suplicarle que desistiera de su malvado intento de perseguir a Lucía. Un anciano criado de Rodrigo le había revelado la odiosa trama; y así pudo preparar la huída de los dos amantes. Mandóles llamar al convento, y allí les dió las necesarias instrucciones para que huyeran. Una barca los estaba esperando, y al otro extremo del lago un carruaje se hallaba también dispuesto por el buen fraile, el cual les condujo a Monza. El viaje duró toda la noche. A la llegada, Lucía y su madre se refugiaron en un convento, dirigido por una monja de noble familia y de carácter enérgico, a quien todos llamaban «la Señora». Dejólas allí, pues, Lorenzo, marchándose inmediatamente a Milán, donde, mediante una buena limosna que para los frailes capuchinos llevaba, encontraría, a no dudar, albergue seguro y medios de ganarse la vida.

La Señora, cuyos pensamientos eran más mundanos de lo que su hábito pedía, se interesó en gran manera por Lucía, acosándola a preguntas sobre su novio y sobre el peligro que ella había corrido, hasta tal punto que la pobre niña no supo qué contestar. Pero, a pesar de esto, trató con mucha bondad a las fugitivas, y les facilitó

retiro seguro en el convento. Allí permanecieron tranquilas algún tiempo, pero el poder y la maldad de un noble no se dejaban vencer fácilmente.

Rodrigo, viendo por tierra su plan y fugitiva la presa que ya contaba por suya, montó en cólera; y sospechando que el atrevido fraile, que ya una vez le había afeado su proceder, tenía la culpa de lo ocurrido, puso en juego su influencia para que el superior de su orden le destinara a otro convento situado a regular distancia. Habiéndose desembarazado de esta suerte del principal protector y consejero de las dos indefensas mujeres, juró llevar a cabo su propósito. Por medio de sus malvados espías pronto descubrió el lugar que les servía de asilo; pero tan severa era la clausura de los conventos en aquella época, que hasta este poderoso tirano se vió impotente para infringirla. Entonces decidió poner en juego cuanto medios fuesen necesarios para obtener el auxilio de un personaje, mucho más temido y desprovisto de escrúpulos que él.

Este terrible personaje, hombre de elevada alcurnia, vivía en una antigua morada, mitad castillo, mitad fortaleza, situada en la cumbre de unas rocas inexpugnables, que dominaban un profundo y estrecho valle. El sendero que conducía a esta sombría fortaleza era un verdadero camino de animales monteses, y estaba abierto junto a un precipicio entre cavernas y rocas escarpadas. Allí tenía su antro el refinado criminal, apellidado el Hombre Misterioso... Se había rodeado de una cuadrilla de matones, armados todos siempre hasta los dientes, y formaban una fuerte guarnición y a veces un pequeño ejército, dispuesto siempre al ataque. No había en toda Italia persona más temida y odiada que el Hombre Misterioso, cuya carrera de crímenes terribles y sin número había empezado en los días de su juventud, continuando todavía a los sesenta años, sin que nadie pudiera entregarle a la justicia. Su porte era alto y majestuoso, y su rostro atezado y surcado por profundas arrugas. Sobre su calva cabeza flotaban algunos cabellos blancos. Pero sus ojos eran vivos y penetrantes; su cuerpo ágil y robusto, y su inteligencia y demás facultades mentales tan claras y poderosas como cuando tenía veinte años.

Apenas oyó el relato de Don Rodrigo, el Hombre Misterioso le prometió apoderarse inmediatamente de Lucía y entregársela; y, en efecto, no era esta empresa superior a sus fuerzas, ya que tenía un amigo y cómplice, llamado Egidio, que precisamente vivía junto al convento, en que se había refugiado la joven. Aquel hombre, halagando las aficiones mundanas de la Señora, y doliéndose de sus sentimientos contrariados, había llegado a poseer tal ascendiente sobre ella, que no le fué muy difícil convencerla de que ella misma debía contribuir al rapto de Lucía. Tan malvado propósito horrorizó en un principio a la Señora, e hizo cuanto pudo para desechar a su malvado consejero; pero éste conocía tales secretos de su vida, que le habrían perdido para siempre en caso de divulgarlos, y la egoísta y orgullosa dama no osó resistir al villano. Lucía debía de ser la víctima obligada. Inés, la madre, se hallaba en Lecco cuidando de sus asuntos, y entre tanto, y después de alguna dificultad, logró la Señora que la inocente joven consintiera en llevar de su parte un recado a un convento de capuchinos, situado a alguna distancia. La muchacha tenía que atravesar un desierto camino; en él estaba apostado un carruaje con cuatro bravos del Hombre Misterioso, que en un instante se apoderaron de ella, la amordazaron y se la llevaron.

Durante este tiempo, llegaban las más escasas y poco satisfactorias noticias de Renzo, que no estaba en aquel convento de Milán. Había llegado, en efecto, a la ciudad, pero bien pronto supo que el fraile a quien iba escrita, la recomendación, estaba ausente y tardaría algunas horas en volver. En aquellos momentos reinaba en Milán la mayor agitación. El pueblo se había sublevado, ciego de cólera, protestando

contra el subido precio que había alcanzado el pan a causa de la carestía de trigo; habían saqueado las panaderías, destruyendo los hornos y echando a la calle las provisiones, y se encaminaban ya a la morada del Superintendente de Provisiones con el intento de asesinarle. Renzo, movido de curiosidad y del deseo de participar de la general excitación, se mezcló con la multitud, simpatizando, naturalmente, con los humildes y sintiéndose lleno de ira contra sus opresores; pero la idea del asesinato le horrorizó. Entonces determinó hacer cuanto pudiera con el fin de salvar la vida al Superintendente, objeto que consiguió con el auxilio de otros que pensaban como él, abriéndose paso entre la muchedumbre y rescatando al infeliz de manos de los que ya tenían cercada su casa. Entonces los más exaltados empezaron a echar discursos; Renzo hizo como los demás; y aun denunció con mayor saña las varias opresiones que los pobres sufrían de parte de los poderosos, y su amarga experiencia prestaba fuego a sus palabras. Por desgracia las autoridades habían decidido que, para conseguir el restablecimiento del orden, fueran encarcelados algunos de los jefes del tumulto; y, a la mañana siguiente, Renzo fué detenido estando aún en la cama, y conducido por la calle con esposas en las manos.

Si se le hubiera formado sumario, habría sido probablemente condenado a muerte; de tal modo se habían exagerado sus actos del día anterior que aparecían como crímenes. Sus disculpas y negaciones no habrían servido de gran cosa con jueces determinados a hacer con él un escarmiento. Por las calles todavía vagaban algunos grupos: Renzo logró atraer su atención. Se presentó a ellos como un compañero maltratado, y aquellos hombres se echaron sobre su escolta y le libertaron. Luego, oyendo sus prudentes consejos, Lorenzo huyó más que de prisa.

Era necesario escapar de Milán sin ser conocido. El joven decidió irse a Bérgamo, donde tenía un primo tejedor como él, que le había ofrecido muchas veces trabajo. Pero no conocía el camino ni osaba preguntar a nadie por él. Por fin, se decidió; y por solitarias veredas, e informándose sólo de las personas que no le parecían sospechosas, llegó a un mesón no lejos de los límites que separan el territorio de Milán del de Bérgamo; allí supo, por una conversación que oyó, que la justicia andaba buscando a un criminal, acusado de crímenes de sedición y asesinato, el cual se había fugado. Tan pronto como pudo volvió atrás, y tomando los más extraviados caminos, llegó a orillas del río Adda, que separa Milán de Bérgamo. Después de pasar la noche en una cabaña desierta, a la mañana siguiente pudo atravesar felizmente el río en la barca de un pescador. Sin otras aventuras llegó a la aldea donde vivía su primo Bartolo, el cual le recibió cariñosamente. No había transcurrido mucho tiempo, cuando se vió de nuevo obligado a ocultarse, porque las autoridades de Milán habían avisado a las de Bérgamo para que descubrieran y entregaran el criminal. Entonces su primo le colocó de mozo en un molino situado a cierta distancia de la aldea, bajo el nombre supuesto de Antonio Rivolto; y a todas las preguntas que se le hicieron respondió tan sólo que no sabía quién era el tal Lorenzo. Así fué que Inés no supo más que lo ocurrido al joven en Milán, pero nada de sus aventuras posteriores.

Volvamos ahora a Lucía. Muerta de espanto se encontró llevada como en alas del viento en un lujoso coche arrastrado por veloces caballos, rodeada de cuatro hombres de aspecto tan terrible, que habría infundido temor en el alma de quien se hallara entre ellos. Al verse a merced de aquellos seres repugnantes, la pobre niña perdió el sentido. Al volver en sí, suplicó a los villanos la dejaran en libertad: había tal pasión y sinceridad en sus palabras que hasta el más duro de corazón se sintió conmovido por su belleza, palidez y profundo desconsuelo. No obstante, los ruegos de Lucía fueron inútiles.

Por fin, llegaron al castillo del Hombre Misterioso; la joven fué encerrada en un cuartito, con una horrible vieja medio ebria, encargada de su custodia. Cuando el dueño de la fortaleza pasó luego a visitarla, Lucía renovó sus súplicas, prometiéndole rogar diariamente por él, si consentía en enviarla a su madre, y recordándole que algún día debía morir y que un acto de piedad y misericordia tiene la virtud de borrar muchas faltas. El caballero se sintió extrañamente conmovido. La idea de la muerte había venido a turbarle alguna vez durante estos últimos tiempos; así que experimentó cierta inquietud y disgusto de la vida que llevaba al oir las palabras de Lucía, a las que prestaba más fuerza la pálida y perturbada belleza de la joven. Este desasosiego penetró hasta su corazón, pero hizo cuanto pudo por desecharle, y se afirmó en su resolución de avisar a Rodrigo a la mañana siguiente, para que viniera a buscar su presa.

Lucía pasó una noche horrible. Rehusando todo alimento y comodidad, se acurrucó en un rincón, pasando sin cesar las cuentas de su rosario e implorando la protección de la Virgen. De pronto le ocurrió el pensamiento de que su oración sería más fácilmente atendida, si ofrecía a la Virgen algo de mucho valor para ella. Convencida de que su idea era buena, empezó a reflexionar, y descubrió que sólo una cosa preciosa poseía en el mundo, pero ésta de inestimable valor: el amor de Lorenzo. Decidió hacer el sacrificio de su pasión, prometiendo a la Sma. Virgen que, si la conducía sana y salva a los brazos de su madre, renunciaría a su novio y guardaría perpetuamente su virginidad. Este voto devolvió a su inquieto corazón un poco de calma y pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, después de una noche agitada, despertó el Hombre Misterioso al alegre repiqueteo de las campanas de los alrededores, y al preguntar la causa de este excesivo júbilo, supo que lo motivaba la visita del venerado arzobispo, el cardenal Federico Borromeo. Había algo en la reputación de santidad del hombre de Dios, y al mismo tiempo en el fondo inquieto de su alma que le decidió a ir a visitarle, y con su presteza habitual se puso inmediatamente en camino para la aldea donde el cardenal había pasado la noche. Encontró los caminos llenos de gente que iba allá con el mismo fin; todos le lanzaban miradas de recelo y desconfianza.

El cardenal recibió con las mayores muestras de cordialidad y afecto a su inesperado visitante, hasta el punto de que el corazón del Hombre Misterioso se conmovió como nunca en su vida. El buen Cardenal no cesó en sus piadosas tentativas para volverle al buen camino, y tal fuerza de persuasión tuvieron sus palabras, que el cambio obrado en el ánimo del caballero fué completo, y el que momentos antes era un empedernido malvado lloraba con el corazón aligerado y enternecido.

Contó después la historia de Lucía al Cardenal, quien consideró la obra de la liberación de la joven como una especial merced que Dios otorgaba al caballero en señal de su gracia y perdón. Pronto quedaron convenidos respecto a los detalles del plan trazado; y una buena aldeana, con el cura de la parroquia de Lucía, el padre Abundio, que acertaba a contarse entre los que se habían reunido para honrar al Cardenal, fueron enviados al castillo antes de regresar a él el arrepentido caballero, con el fin de tranquilizar a la joven y acompañarla a un asilo seguro, hasta que pudiera llegar su madre. El Hombre Misterioso fué desde entonces amigo fiel y protector decidido de la familia, que tan cruelmente había ofendido.

Gracias a los bondadosos cuidados del Cardenal, se halló un tranquilo refugio para Lucía, en casa de una caritativa dama, llamada Doña Práxedes, que la tomó a su servicio, y con cuya familia marchó después a Milán.

Con la protección del Cardenal y del poderoso caballero, cuya conversión era indirectamente obra suya, Lucía

estaba a salvo, desde aquel momento, de las maquinaciones de Don Rodrigo. Pero su pensamiento se veía con frecuencia atormentado con el recuerdo de aquel voto, que no acudía jamás a su mente sin acongojarla. Cuando, por último, su madre logró tener noticias directas de Renzo, Lucía le envió un mensaje hablándole de su voto y rogándole la olvidara.

Durante todo el invierno y la primavera siguiente, se hizo sentir en Milán la carestía de víveres; y los obreros, en particular los más pobres, se vieron reducidos a la más horrible miseria. Para colmo de males llegó en otoño un ejército alemán, en dirección al territorio de Mantua, talando y devastando cuanto hallaba a su paso. La aldea de Lecco se hallaba situada en su camino, y todos los habitantes huyeron antes de la llegada de la terrible invasión. Inés y el padre Abundio se refugiaron en la inexpugnable fortaleza del Hombre Misterioso, donde se hallaban reunidos otros fugitivos de distintas localidades, y todos permanecieron allí, hasta que los ejércitos alemanes hubieron atravesado el territorio, dejando tras sí sólo lágrimas y humeantes ruinas.

Muy pronto, otra plaga aun más terrible cayó sobre el país, siguiendo las huellas de las hordas germanas. Por todas partes por donde habían pasado éstos, comenzó a hacer estragos el espantoso cólera, extendiéndose con la rapidez del rayo. La atroz epidemia llegó al territorio de Bérgamo, y Renzo fué uno de los primeros atacados del mal; pero joven y robusto como era, triunfó de la enfermedad. Mientras estuvo en el lecho no se apartó Lucía un instante de su pensamiento, y tomó la resolución de ir a verla en cuanto estuviera sano y disuadirla del voto insensato que había hecho. Cuando se sintió convaleciente emprendió el camino hacia su aldea.

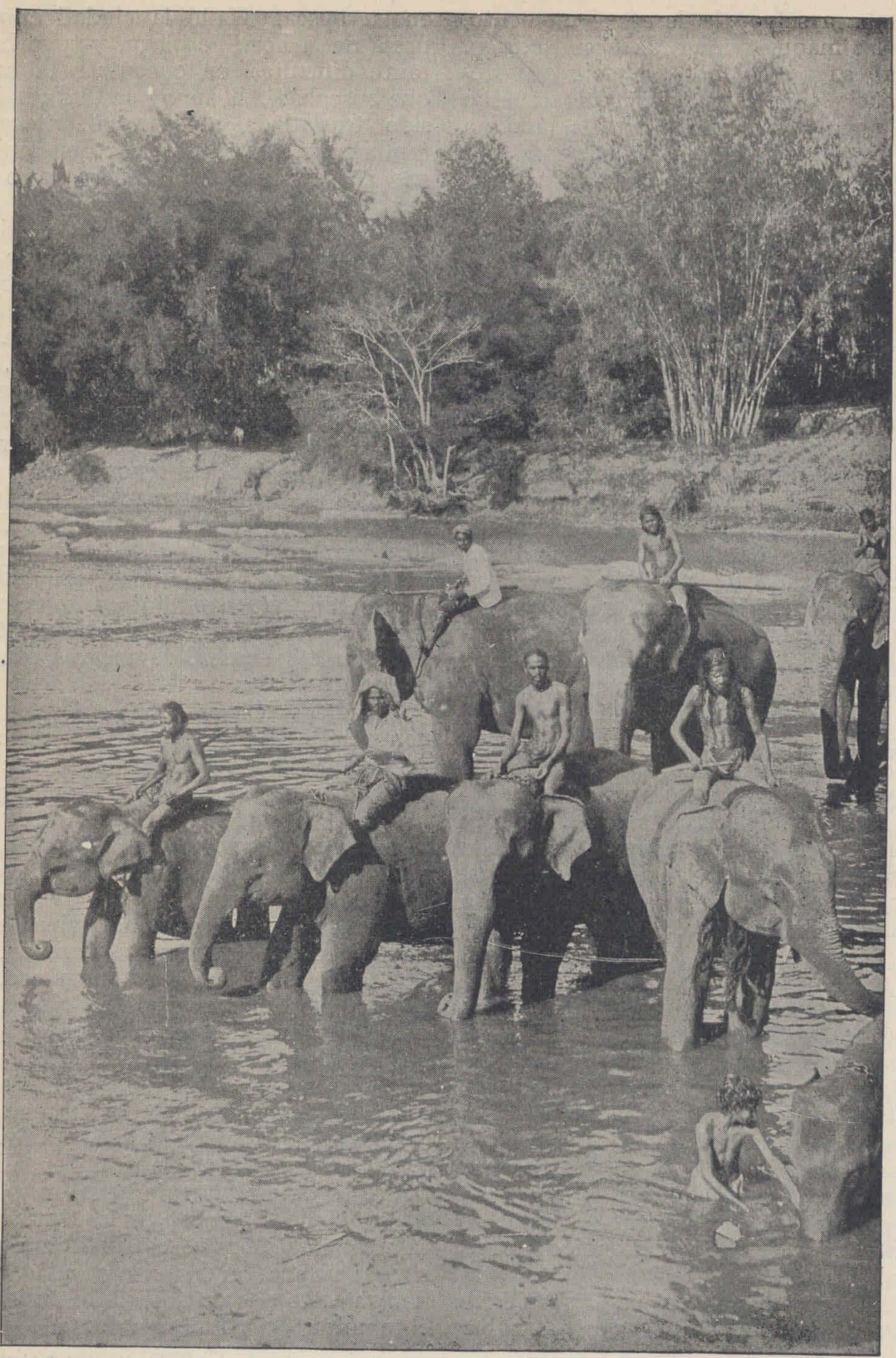
Inés se hallaba en otro pueblecito algo distante; el padre Cristóbal había sido trasladado; y Lucía, su querida Lucía, estaba en Milán con Doña Práxedes. A Milán fué, pues, Lorenzo en su busca. Halló la ciudad entera presa de la horrible plaga, y tuvo bastante dificultad en encontrar la casa que buscaba. Allí supo que Lucía había sido trasladada al hospital, atacada también del mal terrible. A él encaminó sus pasos Renzo, vacilando entre el temor y la esperanza.

No hay palabras que puedan describir el horror de la escena de que en el hospital fué testigo Lorenzo. Prestando a los míseros atacados los auxilios de su sagrado ministerio, encontró a su antiguo amigo, el padre Cristóbal, al que contó los acontecimientos últimamente ocurridos. El capuchino, después de haber hecho comprender a Renzo el deber que tenemos de perdonar a nuestros enemigos, le condujo a un lecho, donde agonizaba Don Rodrigo, horriblemente desfigurado por la enfermedad; y Lorenzo, movido a compasión, se arrodilló un momento junto a él, orando. Después volvió a levantarse, y empezó de nuevo a buscar a Lucía.

Por fin hallóla entre los enfermos ya convalecientes, pero ninguno de sus argumentos logró hacerla desistir de su voto. Desesperado el joven, le dijo que fuera a ver al Padre Cristóbal, y le pidiese su parecer. Al oir la historia, el piadoso fraile dijo a Lucía que su voto no podía obligarla, porque no tenía libertad para pronunciarlo. Había dado palabra de matrimonio a Lorenzo, y por tanto ni Dios ni la Virgen podían aceptar voto semejante. La absolvió, pues, plenamente de cuantas obligaciones el voto pudiera imponerle, quedando tranquila la niña.

No pasó mucho tiempo sin que se celebrara su boda con Renzo. La joven y feliz pareja se trasladó a Bérgamo, cerca del primo Bartolo; y, al cabo de poco, él y Lorenzo compraron una fábrica de seda y se establecieron por cuenta propia. A la primera niña que nació al año de matrimonio le pusieron el nombre de María, en honor de la Santísima Virgen, que de modo tan maravilloso los había conservado el uno para el otro.

ELEFANTES BEBIENDO EN EL SAGRADO GANGES



El elefante, aunque suficientemente fuerte para acabar con la vida de un hombre con una de sus enormes plantas, es muy bueno y efectuoso cuando se le trata con amabilidad. Un elefante bien enseñado obedece a la más ligera palabra o gesto de su conductor o *mahout*. La fuerza, la mansedumbre y la sagacidad de estos elefantes domesticados hacen de ellos preciosísimas bestias de carga.

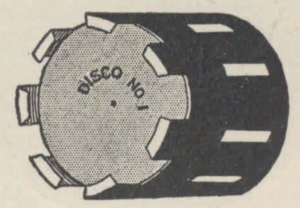
UN PEQUEÑO CINETOSCOPIO

En todo lo del mundo hay ciencia, y para aprender bien hasta las cosas más sencillas, debemos estudiar su lado científico. En otra parte de este libro hemos expuesto algunas nociones acerca de esa cosa maravillosa que llamamos luz



1. Primer aspecto (La unión del cilindro).

y algo respecto a nuestros propios ojos, que, si nos sirven, es porque la luz ejerce influencia sobre ellos. En este artículo veremos cómo se hace un interesante juguete que nos permitirá comprender con toda claridad una de las propiedades de la luz



2. Segundo aspecto.

y de la forma en que se efectúa la visión. Vamos a hacer un pequeño cinetoscopio.

El grabado 4 correspondiente a este artículo es negro. Copiaremos el modelo de nuestro grabado en un pedazo de cartulina que no sea demasiado gruesa, pero tam-

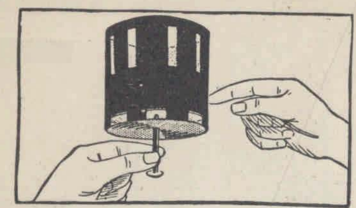


3. Tercer aspecto.

poco excesivamente delgada. Podemos dibujar el modelo sobre la cartulina y recortar después el dibujo con un cuchillo bien afilado, teniendo cuidado de dejar bien iguales los siete huecos que aparecen en la parte posterior. Aumentaremos el negro de la cartulina con una capa de tinta. Hecho esto, doblaremos la cartulina

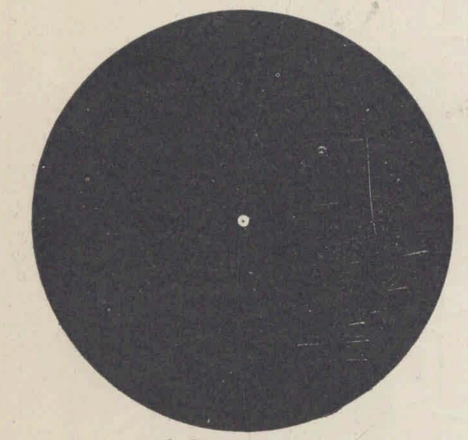
4. La pared del cilindro (primera línea: Péguense estos dientes al disco número 1; segunda línea: Péguense estos dientes al disco número 2).

para darle una forma cilíndrica, fijando los dos extremos con goma, según se ve



5. Haciendo dar vueltas al cinetoscopio.

en el grabado 1. El borde presenta una doble serie de dientes que se doblarán hacia adentro. Después copiaremos el

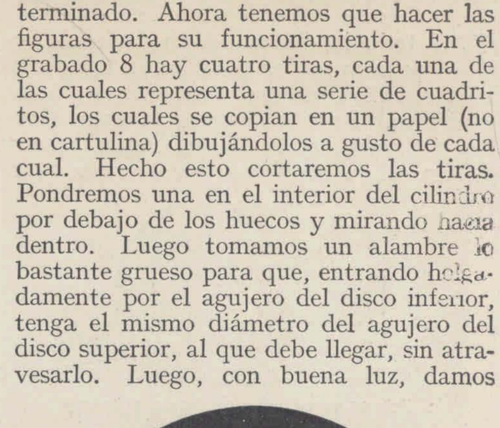


6. Disco superior.

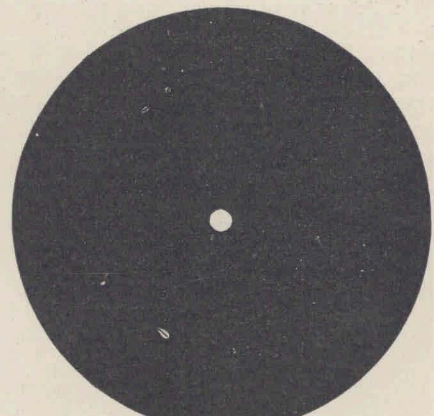
grabado 6 en un cartón y lo recortaremos. Haremos en éste un pequeño agujero, como se señala en el punto blanco del grabado. No es necesario pintar de negro la parte interior del disco. Éste se fija con goma a los dientes menores de la primera pieza, y ajustará exactamente, dejando sobresalir los dientes largos, tal como se ve en el grabado 2. Entonces el cilindro tendrá el aspecto que se indica en el mismo grabado.

Luego recortaremos otros disco como puede verse en el grabado 7, cuyo agujero central ha de ser algo más grande que el del primer disco. Debe dejarse todo ello bien perfeccionado; de lo contrario, el funcionamiento del juguete no respondería a nuestros deseos.

Este disco se fija con goma sobre los dientes del extremo del cilindro y entonces el juguete aparece como en el grabado 3. El cinetoscopio queda así



terminado. Ahora tenemos que hacer las figuras para su funcionamiento. En el grabado 8 hay cuatro tiras, cada una de las cuales representa una serie de cuadritos, los cuales se copian en un papel (no en cartulina) dibujándolos a gusto de cada cual. Hecho esto cortaremos las tiras. Pondremos una en el interior del cilindro por debajo de los huecos y mirando hacia dentro. Luego tomamos un alambre lo bastante grueso para que, entrando holgadamente por el agujero del disco inferior, tenga el mismo diámetro del agujero del disco superior, al que debe llegar, sin atravesarlo. Luego, con buena luz, damos



7. Disco inferior.

vueltas al cinetoscopio con el dedo, como se ve en el grabado 5, y si miramos por los huecos del cilindro, parecerá que dentro del mismo las figuras del dibujo se mueven, como ocurre en el cinematógrafo. Parecerá que el payaso hace piruetas y da saltos mortales sobre el caballo; el perro saltará sobre el bastón; la pelota parecerá ser lanzada por la mano y la niña saltará a la comba.

Veamos ahora la razón de que esto suceda. Comencemos por notar que las figuras son blancas; y todo el resto del juguete negro. Nuestros ojos conservan la impresión de los objetos blancos aun después de haber éstos desaparecido de la vista, y antes que la impresión haya pasado, un cuadro habrá seguido a otro. Así es que no veremos una sucesión de cuadros, sino un movimiento continuado. Tal es, también, el principio en que se funda el cinematógrafo.






8. Tiras de figuras que pueden ser copiadas en papel para usarlas en el cinetoscopio.

JUEGOS EN CASA Y AL AIRE LIBRE

EL PUENTE CORTADO

DOS de los niños que juegan están colocados cara a cara. Tienen las manos enlazadas, que mueven de un lado a otro, diciendo:

La molinerita quiere
Que saques un cubo de agua;
Uno, dos, tres... Date prisa;
Pasa por aquí a buscarla.

Al pronunciar las últimas palabras, levantan las manos, pero sin soltarse, resultando que se forma como un puente, por debajo del cual van pasando los demás jugadores, uno detrás de otro. Mientras tanto los dos que tienen enlazadas las manos repiten una y otra vez la misma copla y procuran, cada vez que pasa alguno por debajo del puente, detenerlo, bajando los brazos rápidamente.

Si lo consiguen, entonces los tres se ponen a dar brincos, cantando:

Muchos trapos tengo
Para sacudir;
Los que tengan otros
Me habrán de seguir.

Cuando todos los jugadores han sido cogidos, vuelve a comenzar el juego.

JUEGO DE LA MONTAÑA

En este juego los niños o niñas forman dos círculos concéntricos. Los del círculo interior se sientan o se arrodillan. Los otros se quedan de pie, pero cuidando que separe los dos círculos un buen espacio. Se queda un solo jugador en el centro y de repente grita:—¡Hay fuego en el monte! ¡Corred, corred, corred! Entonces los que forman el círculo exterior corren todo lo que pueden, dando la vuelta. Los que están sentados siguen sin moverse.

Cuando el muchacho del centro grita:—¡Basta! entonces se detienen los que han estado corriendo alrededor del círculo formado. En este momento todos los del círculo exterior van a sentarse entre los que forman el interior y lo mismo hace el que ha estado en el centro. Pero como los muchachos se estrechan, el que no consiga encontrar sitio, es el que luego se pone en medio.

TÚ NO, TÚ SÍ...

Se forma un círculo de muchachos, estando todos, menos uno, cogidos de las manos. El que está libre lleva en una mano un pañuelo con un nudo y da vueltas alrededor del círculo, tocando con el pañuelo ligeramente a cada uno de los jugadores, y diciendo:—Tú no, tú no, tú no... tú sí... En esto deja caer el pañuelo a los pies de uno, y éste tiene que recogerlo y perseguir al otro. Si le alcanza, los dos se arrodillan en medio del círculo y dan una prenda. Entonces el que da vueltas es aquel que recogió el pañuelo, y el otro ocupa el puesto vacante en el círculo.

¿CUÁNTOS KILÓMETROS HAY HASTA BABILONIA?

Todos los jugadores se ponen en fila, dando codo con codo y cogidos de las manos. Los jugadores más altos ocupan ambos extremos. Éstos mantienen sus manos enlazadas por encima de la cabeza, como formando un arco o puerta con los brazos. No deben, sin embargo, estar separados de la fila.

Entonces los otros jugadores avanzan transformando su línea en una curva, hasta que uno de sus extremos llega al arco o puerta formada por los dos más altos, y allí se para el jugador que va delante.

—¿Cuántos kilómetros hay hasta Babilonia?—pregunta.

—Tres veces veinte y luego diez—contestan los que forman la puerta.

—¿Podemos llegar con la luz de una vela?—pregunta el primero.

—Sí, y también volver.

—Entonces abrid las puertas y dejadnos pasar.

Hecho esto la fila pasa por debajo del arco, y cuando han pasado todos, los que formaban las puertas se sueltan y persiguen a los demás, procurando atrapar a todos los que puedan.

LA ZORRA Y LOS POLLITOS

Uno de los que juegan hace de gallina, otro de zorra y todos los demás de pollitos. Los pollitos van siempre detrás de la gallina.

Ésta sale al encuentro de la zorra, que anda recogiendo del suelo palitroques, y le pregunta.

—¿Qué haces ahí?

—¡Busco leña!

—¿Para qué necesitas hacer fuego?

—¡Para hacer mi cena!

—¿Y qué vas a cenar?
—¡Un pollito!—grita la zorra, saltando.

Entonces todos los pollos se colocan en fila detrás de la gallina, cogidos uno a otro por la cintura. La gallina intenta detener a la zorra; pero si ésta consigue atrapar un pollo, está obligado el pollito a ponerse detrás de aquélla, como antes estuvo detrás de la gallina. Así continúa el juego, hasta que la zorra se ha apoderado de todos los pollitos.

NARANJAS Y LIMONES

Los dos jugadores más altos se ponen uno frente a otro, con las manos enlazadas, formando un arco. Uno de ellos es el naranjo, el otro el limón; pero esto no deben saberlo los demás jugadores. Se forma una sola fila y mientras va pasando por debajo del arco, el naranjo y el limonero cantan:

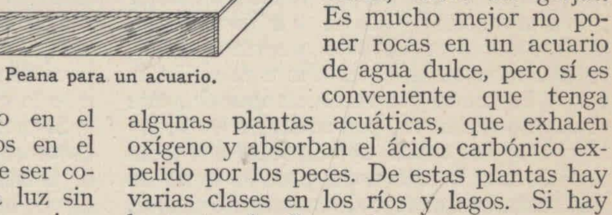
Naranjitas y limones,
Dicen las campanas de San Crispín.
¿Cuándo me das mi dinero?
Preguntan haciendo *din-dón, don-dín.*
¿Cuándo me pagas lo mío?
Dicen las campanas de San Antón.
Cuando sea millonario,
Contestan haciendo *don-dín, din-dán.*
¿Y tardarás en ser rico?
Dicen las campanas de San Julián.
¡Quién lo sabe! ¡Quien lo sabe!
Repiten alegres, *din-dón, din-dán.*

Dicho esto, el arco baja, aprisionando a uno de los que pasan. Entonces se le pregunta en voz baja si quiere ser naranjo o limonero, y según sea su contestación ha de colocarse detrás de uno de los dos jugadores que han formado el arco. Así sigue el juego, hasta que todos los jugadores han pasado a ser naranjas o limones. Entonces las dos filas son bandos enemigos. Se traza una línea en el suelo, y las dos filas se embisten, empujándose con fuerza para ver cuál de las dos hace retroceder a la otra. Y ya se verá cuál sea la vencedora.

UN ACUARIO DE AGUA DULCE

POCAS diversiones hay que interesen tanto como un acuario, el cual tiene, además, la ventaja de ser instructivo, a la vez que poco costoso. Lo primero que se necesita en un acuario es el recipiente que ha de llenarse de agua y como éste no podríamos nosotros hacerlo, lo mejor será que lo compremos ya hecho. Procuraremos que sea de forma ovalada.

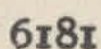
Sin embargo, si no queremos comprarlo, podemos utilizar cualquiera vasija de cristal, y si ésta es de forma redonda, se coloca sobre un hueco también redondo, abierto en el fondo de una caja, como vemos en el segundo grabado. El acuario debe ser colocado en un lugar donde reciba luz sin estar al sol y, por tanto, se recomienda una habitación cuya ventana mire hacia el Norte. Como ya sabemos, la luz baña los lagos y los ríos viniendo de lo alto, de modo que deberemos poner una tela verde, o cartulina, alrededor del acuario, para que en él entre la luz según se realiza en la Naturaleza.


Peana para un acuario.

Hemos de llenar el acuario de agua, si puede ser de un río o de un lago limpio; pero si no pudiera ser esto, nos serviremos del agua del grifo. Después buscaremos guijas de las que se encuentran en las playas o en las orillas de los ríos, y las colocaremos en el fondo del acuario, siendo conveniente hervirlas antes para destruir todas sus impurezas.

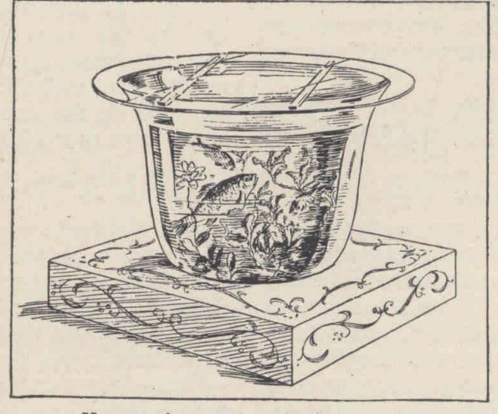
Después poblaremos el acuario. En primer lugar les prepararemos a los peces un escondrijo. Un poco de musgo servirá para el caso, colocándolo en el fondo, entre las guijas. Es mucho mejor no poner rocas en un acuario de agua dulce, pero sí es conveniente que tenga algunas plantas acuáticas, que exhalen oxígeno y absorban el ácido carbónico expelido por los peces. De estas plantas hay varias clases en los ríos y lagos. Si hay bastantes de ella en el acuario entonces no será necesario remudar el agua con tanta frecuencia; lo que hay que hacer es añadir de vez en cuando un poco de agua dulce para substituir la que se va evaporando.

Necesitamos que haya en el acuario algunos animalitos que hagan las veces de basureros, como los hay en un lago, y así pondremos en el acuario algunos escarábidos de agua, los cuales se comerán todas las hojas marchitas y conservarán limpio



el cristal. Al mismo tiempo proveerán a los peces de huevos, que les servirán de alimento. Por falta de éste se mueren muchos peces de hambre, por creer erróneamente su propietario que con el agua tenían ya bastante.

Pero si sacamos el agua del grifo, dicha agua no contiene alimento alguno, y será necesario echar en el acuario un poco de pasta de fideo vermiforme, o bien los llamados huevos de hormigas. Otro *basurero* útil, que se multiplica con mucha rapidez y facilita alimento a los peces, es el piojo de agua dulce. Se encuentra en las plantas acuáticas de un lago, entre la tierra que queda adherida a las raíces. Ahora vamos a hablar de los peces, procurando siempre copiar a la naturaleza en cuanto sea posible. El agua de nuestro acuario es estancada y no corriente, como la de los ríos. Los peces más indicados para nuestro acuario son las carpas y otras especies análogas. Si no las encontrásemos en un lago, podemos comprarlos.



Un acuario completo, hecho en casa.

El pez de color común es el más familiar entre los habitantes de nuestros acuarios; y su brillo fino y metálico le da un aspecto muy bonito. La carpa común, de color gris oscuro, con barbas en su labio superior, y otros dos ejemplares de la misma familia, se obtienen fácilmente. Sirve también la tenca, la común y la verde, aunque durante el día no se las ve, por ocultarse entre las hierbas. La tenca dorada ofrece en un acuario una bonita nota, pues su amarillo contrasta con el rojo de la carpa de color. Primero deberíamos poner en el acuario uno o dos peces, para ver si se mantienen bien y luego añadir los demás; pero nunca pondremos demasiados, porque sobrevendría un desastre. Si los peces nadan cerca de la superficie del agua con la cola hacia abajo, es señal de que se sofocan. Fácilmente se comprenderá que cuanto más ancha sea la abertura del acuario tanto mejor, porque esa circunstancia aumenta la superficie del agua que está en contacto con la atmósfera.

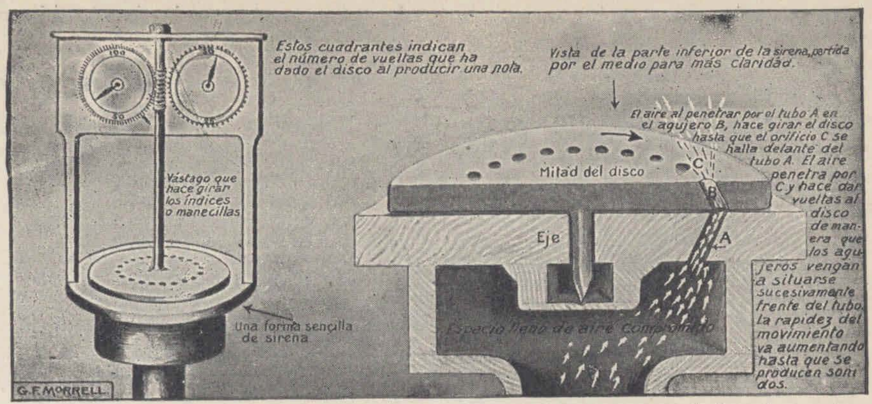
Es esencial mantener una limpieza absoluta, quitando todas las materias en estado de descomposición, porque de lo contrario se morirían los peces. Retirar también toda la comida no utilizada. Con frecuencia enferman los peces de colores en los acuarios, a causa de unos hongos, si no se observa mucha limpieza. Cuando la enfermedad aparece, deben quitarse todos los peces muertos lo mismo que los enfermos, desinfectando el acuario con una solución de permanganato de potasa, lavándolo luego bien con agua limpia.

Debe evitarse el polvo todo lo que sea posible; y al efecto nos podremos servir de una tapadera redonda de vidrio, que pondremos sobre la boca del acuario. Pero entre la boca y la tapadera colocaremos dos palitroques a fin de que quede espacio para que el aire llegue al agua sin dificultad alguna.

Ha de tenerse mucho cuidado con no manosear los peces. Si fuera necesario sacarlos del acuario, lo haremos con una red, para ponerlos inmediatamente en una vasija. Con un poco de alambre y otro poco de red, o bien un trozo de tela, tendremos lo que se requiere para el caso.

Si es necesario limpiar el acuario, porque oscurece el vidrio una suciedad verde, han de trasladarse primeramente los peces, tal como hemos dicho, sacando después el agua con un sifón, que es un tubo encorvado que tiene más largo un lado que otro. Después se frota el vidrio con una esponja, mojada frecuentemente en agua limpia.

Será conveniente airear el agua de cuando en cuando, sirviéndonos para ello de una jeringuilla o un fuelle, al que se une un tubo de goma que entre en el agua.



Esta lámina nos muestra el funcionamiento de la sirena. Al dar vueltas el disco, los agujeros van pasando rápida y sucesivamente por delante del tubo A, y los soplos de aire que pasan por esos agujeros producen un sonido intenso. Los cuadrantes indican el número de vueltas dadas por el disco, de lo cual se deduce el número de soplos y, por lo tanto, el de ondas sonoras.

LAS MARAVILLAS DE LA MUSICA

AUNQUE la música sea un gran arte, y como tal tenga por fin deleitarnos con sus bellezas, no por eso deja de ser una ciencia muy exacta, que obedece a leyes definidas y se funda en los principios del sonido. La sirena—de la cual ya tratamos en otra página de esta obra—contribuye a facilitarnos el estudio de lo que se llama armonía.

En tiempos pasados, la música consistía únicamente en melodías, o sea, en aires muy sencillos, por lo regular, en los que sólo suena una nota cada vez. Sabemos, sin embargo, que con frecuencia le es grato al oído percibir al mismo tiempo el son de dos o más notas, como sabemos también que algunas veces resulta muy poco grato. Cuando ese sonido es agradable, recibe el nombre de armonía; cuando disgusta, se llama disonancia.

La mayor parte de los perfeccionamientos de la música moderna son debidos al progreso en el arte de la armonía; y todos los aficionados a la música sentirían muchísimo tener que limitarla actualmente a la melodía, ya que tanto puede añadírsele por medio de la armonía.

Ofrece sumo interés investigar, siempre que sea posible, lo que constituye una armonía y en qué consiste una disonancia. La diferencia que percibe nuestro oído es muy notable, y con seguridad debe haber alguna regla que modifique materialmente la naturaleza de los sonidos; sólo falta que descubramos cuál es esta regla. Asimismo es muy interesante observar que hay ciertas clases de armonías a las que ni siquiera se da este nombre, porque las notas que suenan a la vez parecen casi exactamente iguales. Si hacemos sonar, por ejemplo, un *do* cualquiera en el piano y el de la octava anterior o el de la octava siguiente, está claro que no se trata de la misma nota; no obstante. son tan parecidas, que al sonar juntas nos producen el mismo efecto que una sola, si bien el sonido resulta más rico e intenso.

Ahora bien; podría ser que nos figurásemos que esa clase de semejanza entre las notas depende de su proximidad en la escala. Un *do*, sin embargo, suena de un modo muy parecido a otro *do*, aunque les separen dos o tres octavas, y de un modo muy distinto de una nota inmediata a él, como un *si* o un *do* bemol. No tardamos en advertirlo, si pulsamos a la vez dos notas que estén juntas. Todos los oídos están de acuerdo acerca de este hecho, y es forzoso que tenga una explicación.

Si construímos una nueva sirena, como lo ha hecho un sabio alemán, de

modo que conste de cuatro series de agujeros en vez de una, y con un número distinto de agujeros en cada serie, obtendremos lo que se llama una « sirena de varias voces » o multisonora, con la cual pueden estudiarse de un modo muy conveniente las leyes de la armonía. Se han escrito muchas obras sobre ese tema de la armonía.

La armonía constituye en realidad una ciencia de por sí, lo mismo que el estudio de las rocas o el de las estrellas; y los que quieran ahondarla han de consagrarle su vida entera. Pero cualquiera puede hacerse cargo de sus principios fundamentales y de la diferencia entre lo que se entiende por armonía y por disonancia.

POR QUÉ SUENAN EXACTAMENTE IGUAL DOS NOTAS QUE ESTÁN SEPARADAS

Podemos disponer, por ejemplo, la sirena multisonora, de manera que produzca dos notas, una de las cuales corresponda a un número de soplos doble del que corresponde a la otra. No influye para nada que ese número sea más o menos grande, es decir, que las notas sean altas o bajas, con tal que una nota esté producida por doble número de soplos que la otra; esta última será siempre una octava más baja que la primera. Sonarán como sonarían en el piano dos *does* seguidos. Ahora bien; estos dos *does* están realmente separados por cierto número de notas, a pesar de lo cual su sonido es más parecido y forma una armonía más perfecta que otras dos notas cualesquiera, muchísimo más cercanas una de otra. Nuestro experimento nos ha ofrecido la clave de este hecho y de toda la ciencia de la armonía.

La ley fundamental de esta ciencia es que el oído aprecia los sonidos de una manera relativa, o sea, según la *razón o relación*—como se dice en términos científicos—en que los unos están respecto de los otros. Al comparar una armonía cualquiera con una disonancia, la diferencia consiste en la relación que hay entre los números de la notas. Sabemos que toda nota musical corresponde a un número definido de ondas aéreas, que van a herir el oído en el transcurso de un segundo.

EL HECHO IMPORTANTÍSIMO EN QUE SE FUNDA LA MÚSICA

La armonía, como también toda la música en general, está fundada en las relaciones que existen entre esos números. La razón más sencilla que puede haber entre dos números es, desde luego, la de dos a uno. Ninguna otra podría ser más simple, a menos que se tratase de dos números exactamente iguales. Ahora bien, el experimento hecho con la sirena multisonora nos enseña que esa razón de dos a uno es la que produce en nuestros oídos la impresión más completa de semejanza y armonía. Las dos notas que forman una octava guardan entre sí esa relación, y siempre producirán el mismo efecto en el oído, en dondequiera que estén situadas, arriba, abajo o en mitad de la escala.

Puede ser que una de las notas corresponda a 24 vibraciones por segundo y la otra a 48; y puede suceder que el número de vibraciones sea respectivamente de 25 y de 50 ó de 15,001 y de 30,002; pero, sean cuales fueren, esos números están siempre en la relación de uno a dos, y por lo tanto el sonido del uno producirá en nuestro oído un efecto casi idéntico al del otro, del cual viene a ser un « duplicado ».

Toda la música moderna tiene por base este hecho; y si llenamos el intervalo existente entre una nota y la otra con cierto número de notas escogidas de un modo adecuado, formaremos lo que suele conocerse con el nombre de escala o gama.

Nada más fácil para un violinista que tocar una serie de escalas que resulten insoportables al oído. Por otra parte, existen determinadas escalas que suenan muy agradablemente. Las hay que producen un efecto fúnebre, mientras otras lo producen apacible y aun alegre.

EL ABECEDARIO DEL MÚSICO, O ESCALA DE NOTAS SOBRE LA CUAL ESTÁ FUNDADO TODO EL ARTE MUSICAL

Desde que empezó a haber música, y en todas las partes del mundo en donde

ha existido, su fundamento fué siempre el empleo de una escala o serie determinada de notas. Una de estas series, por ejemplo, se usaba hace mucho tiempo en Italia y en Francia; otras series se usaban en la antigua Grecia; y hoy en día se usan ciertas series en la India y en el Japón.

La empleada en cada caso constituye la base o abecedario del músico. Al oir tocar un aire, un músico experto puede decir al instante la época y el lugar en que estuvo compuesto, porque reconoce la escala a que pertenecen las notas empleadas por el compositor.

Consideremos primeramente la escala ordinaria que se ejecuta en el piano tocando sencillamente las teclas blancas de *do* a *do*. Como que estamos acostumbrados desde la infancia a oir siempre esta escala y los aires que se componen tomándola como base, es la que suena a nuestro oído de un modo más natural, y cualquiera otra nos parecerá, por el momento, algo extraña. Pero todas las escalas musicales obedecen a leyes definidas que se descubren al averiguar el número de vibraciones que corresponden respectivamente a las notas que la componen. Conviene añadir que los números, de por sí, no tienen importancia alguna; lo que importa es la relación que guardan unos con otros. La primera nota de una escala dada puede corresponder a un número de vibraciones cualquiera, pero todas las demás notas guardarán una relación invariable con dicho número; y esa clase de relaciones son las que determinan la escala. Siempre la reconoceremos, y el efecto causado en nuestro oído será el mismo, si se toca en una clave alta que si se toca en una clave baja; siempre se tratará en realidad de la misma escala, tanto si suena en un fagot, como en una flauta o en un violín. Más adelante estudiaremos en qué consiste la diferencia en estos casos.

LA RELACIÓN QUE EXISTE ENTRE LAS DISTINTAS NOTAS DE LA GAMA

Es muy fácil expresar exactamente la relación que guardan entre sí las notas de la escala ordinaria en *do* natural, o mayor, que tan bien conocemos. Supongamos por un momento que el *do* bajo corresponde a 24 vibraciones por segundo, aunque lo mismo pudiera corresponder a 25 ó 250½. Pero 24 es una cifra conveniente, y, si partimos de ella, será fácil calcular exactamente los números de vibraciones que corresponden a las demás notas. Dichos números puestos en su orden, y atendiendo a la relación entre ellos, son los siguientes:

Do	re	mi	fa	sol	la	si	do
24	27	30	32	36	40	45	48

Estos números, en sí, no tienen importancia alguna; pero la tiene muy grande la relación que hay entre ellos. Lo primero que observamos, claro está, es que las dos notas que forman la octava guardan la relación de 24 a 48, o sea, de uno a dos. La siguiente proporción sencilla que puede observarse es la del *do* al *sol*, ya que el primero corresponde a 24 y el segundo a 36, y están por lo tanto, en la razón de 2 a 3. Hay otra, que también mencionaremos, y es la del *do* al *mi*, que corresponden respectivamente a 24 y 30, o sea una relación de 4 a 5. Pues bien, si tomamos esas cuatro notas que hemos mencionado, o sea, *do, mi, sol, do,* veremos que, en primer lugar, componen el acorde más común y cuyo sonido nos es muy conocido, pues casi todas las piezas terminan con él. Si lo oímos en mitad de una pieza será fácil que nos figuremos que esa pieza ha terminado.

EL ACORDE ORDINARIO QUE CONMUEVE A TODOS LOS HOMBRES

Esto es lo que caracteriza a ese acorde maravilloso, el parecernos el sonido más apropiado para los finales. Otras combinaciones de notas producen en nuestro oído la impresión de que ha de seguir algo más, mientras que con aquel acorde quedamos satisfechos, por decirlo así, sin que para finalizar haga falta ninguna otra cosa. Ahora bien; el número de vibraciones que corresponde a esas cuatro notas son respectivamente de 24, 30, 36 y 40. Al reducirlas, vemos que están en la razón de 4 a 5, de 5 a 6 y de

6 a 8. No importa la nota por que empieza el acorde ni el lugar en donde suena; las cuatro notas que lo componen guardan siempre entre sí la relación de 4 a 5, de 5 a 6 y de 6 a 8.

Esto es realmente una cosa maravillosa; si consideramos esas cifras 4, 5, 6 y 8, lo que hacemos es estudiar aritmética, la rama más sencilla de las matemáticas. Sabido es que esa ciencia de los números le parece a mucha gente la más árida y abstracta, y sin embargo, sus leyes son aplicables directamente a una serie de fenómenos que producen en nuestro ser las más hondas emociones. Considerados por sí solos, no parece que esa relación de 4 a 5, de 5 a 6 y de 6 a 8 pueda interesar a la humanidad. No obstante, en toda la tierra y en todas las edades, las ondas sonoras, cuyas vibraciones están en la relación de dichos números, producen siempre en el hombre una serie de impresiones definidas.

Esta relación, en primer lugar, distingue la música del sonido; en segundo lugar, constituye una armonía bien distinta de una disonancia; y, por último, posee la virtud especial de indicar que «se ha terminado», con lo cual no sólo resulta agradable al oído, sino que le satisface.

LA MARAVILLOSA RELACIÓN ENTRE LA ARITMÉTICA Y LA MÚSICA

Si ahondásemos en el asunto, veríamos que hay otras relaciones que le indican al oído que ha de seguir algo más y que, digámoslo así, le hacen ansiar oir esa continuación; y sin embargo, la diferencia absoluta entre esas dos calidades depende de ciertas reglas abstractas de la aritmética, o sea de la diferencia entre las relaciones que guardan entre sí una serie de números y los que unen a los de otra serie.

Estos hechos sencillos, tan conocidos de todos los músicos y de cuantos se dedican al estudio del sonido, tienen un significado muy trascendental, si sabemos interpretarlos. A cualquiera que no haya meditado profundamente acerca del mundo y de la naturaleza, le parecerá que no puede haber dos cosas más distintas que las sensaciones de tristeza, alegría o satisfacción por una parte, y por otra las relaciones aritméticas entre ciertas series de números. Y sin embargo, estas cosas, al parecer tan distintas y apartadas, se hallan indisolublemente unidas por las leyes de la naturaleza y también por las del hombre. Volvamos ahora a apuntar las notas de la escala y sus números de vibraciones correspondientes, dado el caso de que empiecen por el número 24, añadiéndoles a cada uno la relación que les corresponde:

Do	re	mi	fa	sol	la	si	do
24	27	30	32	36	40	45	48
1	$\frac{9}{8}$	$\frac{5}{4}$	$\frac{4}{3}$	$\frac{3}{2}$	$\frac{5}{3}$	$\frac{15}{8}$	2

Observamos que estos quebrados varían mucho en lo tocante a sencillez. El más sencillo es el que corresponde al *sol,* viniendo luego el de *mi,* que es un término medio entre el de *do* y el de *sol.* Estos tres son los que componen el acorde ordinario. Es de interés observar que uno de los quebrados de la lista es muchísimo menos sencillo que cualquiera de los demás, o sea, el $\frac{15}{8}$, que corresponde a la nota *si,* en la escala de *do.*

Ahora bien; todos podemos cantar las notas de una escala, y nos parece natural la penúltima, que en este caso es el *si.* Pero, siendo la relación que corresponde a esta nota la más compleja de todas, es interesante averiguar, cuando se estudia la historia de la música, cómo esa relación hubo de ser descubierta.

LAS NUEVAS NOTAS DE MÚSICA QUE FUERON DESCUBIERTAS EN TIEMPOS RECIENTES

Resulta que, sea cual fuere el país de que se trate, hubo un tiempo en que el oído de los músicos no acertaba a dar con el sonido de transición entre el *la* y el *do*; y la escala, por tanto, terminaba con el *la.* Tampoco, en algunos casos, habían descubierto los músicos la relación $\frac{4}{3}$ que corresponde a la nota *fa.* De manera que sólo disponían de una escala sencilla, compuesta de las cinco notas, *do, re, mi, sol, la.* Esta es la célebre gama de cinco tonos o pentatónica, que fué la escala musical usada

hasta los tiempos, relativamente muy recientes, en que se descubrió el *fa*, y sobre todo, la relación más complicada del *si*, lo cual permitió que la escala alcanzara un tono exactamente doble del tono por el cual principia, adquiriendo de este modo su forma perfecta.

No hay límite, a lo que puede creerse, acerca de las diversas clases de escalas, pero lo dicho bastará para que nos formemos una idea de los hechos maravillosos en que se funda el arte musical, y nos demos cuenta de que ese arte, capaz de afectarnos hondamente, puede considerarse como un ramo de las matemáticas aplicadas, o sea, como una aplicación de las leyes a que están sujetas las relaciones entre los números.

Puede ser que, al cantar una escala, o al tocarla en el piano o en el violín, suene mal una nota; y, en tal caso, se acostumbra decir que se desentona o desafina. ¿Qué se entiende por ello? Conviene tener presente que la nota, de por sí, no ofrece nada de particular, a pesar de que podamos figurárnoslo, porque suena desagradablemente en aquel punto de la escala. Es posible que esa nota sea hermosa, rica, brillante o tierna; y no obstante será desastrosa la impresión que produzca en nuestro oído al sonar en mitad de una canción o de una pieza de música.

LO QUE OCURRE CUANDO ESTÁ DESAFINADO UN PIANO

La causa es que el número de vibraciones de la nota no guarda la debida relación respecto de las demás. Desentona entre esas otras notas, o tal vez pudiera decirse que son ellas las que desentonan; sea esto como fuere, el caso es que la relación no es la que debiera ser. Si el error proviene de que el número de las vibraciones es demasiado pequeño, decimos que la nota es un bemol; si, por el contrario, el número de vibraciones es demasiado elevado, la llamamos sostenido.

Uno de los errores que se cometen con más frecuencia al cantar, o al tocar el violín, es el de convertir todas las notas en bemoles. Nunca puede perdonársele a un cantante o a un violinista el que desafine, por muy hermosa que sea la voz o el tono del instrumento, por muy perfecto que sea el compás, por muy exquisita que sea la expresión y la variedad de las modulaciones. Todo eso podrá estar conforme, pero, si es defectuosa la parte aritmética, el resultado no será verdaderamente musical, sino tan sólo una ruin parodia de la música.

Es natural que se nos ocurra preguntar qué significan esas teclas negras del piano repartidas entre las blancas, que componen la escala de *do*. Lo que hay es que el desenvolvimiento de la música se ha efectuado por etapas sucesivas. La primera etapa en la formación de la escala fué cuando la gama de cinco tonos se convirtió en la que todos conocemos, o escala ordinaria, lo cual vino a ser un perfeccionamiento, ya que nada se perdió con ello. Esa escala de cinco notas subsiste todavía, claro está, aunque va incluída en la otra.

DE QUÉ MODO SE AÑADIERON CINCO NOTAS A LA ESCALA USUAL

La etapa siguiente fué cuando se añadieron cinco notas más a la escala ordinaria, colocándolas entre ciertos pares de notas de esta escala. Si se tocan todas esas notas seguidas en cualquier instrumento, obtendremos el mismo sonido y el mismo resultado que al tocarlas en el piano una tras otra, incluyendo las cinco negras añadidas a la antigua escala. La nueva está dispuesta de manera tal, que la distancia entre dos notas cualesquiera sea mucho menor que en el caso de la gama más sencilla. Si nos fijamos en la lista anterior, veremos, por ejemplo, que el espacio que media entre el *mi* y el *fa* es tan sólo la mitad del que media entre el *fa* y el *sol*. Pues bien; en la nueva escala compuesta con las teclas negras, se ha añadido una de esas teclas negras, que llamamos *fa* sostenido, colocándola entre el *fa* y el *sol*, de manera que resulten iguales los intervalos que hay entre el *mi* y el *fa*, entre el *fa* y el *fa* sostenido y entre este último y el *sol*. La antigua escala, compuesta de notas blancas, es conocida con el nombre de gama ***diató-***

nica, mientras la nueva, con sus notas negras, se llama gama *cromática*.

Al comparar las tres gamas—pentatónica, diatónica y cromática—nos formaremos una idea de lo que ha sido el desarrollo de la música. La más antigua y sencilla sólo ofrece escasa variedad de tonos; eso no implica que los resultados no puedan ser, como lo eran con frecuencia, muy hermosos, sino únicamente que habían de ser limitados. Esta falta de variedad es lo que constituye la diferencia entre la escala diatónica y la escala cromática.

LA CLASE DE AIRES QUE MÁS LES GUSTAN A LOS NIÑOS

Durante el transcurso de los últimos cien años la escala cromática ha sido la que principalmente se ha empleado como base para la composición. Por otra parte, se comprende desde luego que, cuando los niños están estudiando música, los aires que más les gustan y que aprenden con más facilidad sean los fundados en las gamas más sencillas. A todos, en general, nos agradan esos aires, mientras que son relativamente pocas las personas a quienes gustan las composiciones que tienen por base la escala cromática. Algunos dirán que ciertas piezas de música moderna carecen de melodía; pero la gente que tiene buen oído y ha recibido educación musical, sabe muy bien que puede haber melodías en esa música moderna, lo mismo que la hay en la antigua, sino que están fundadas en una escala que es mucho menos sencilla.

Si se escribiera toda la música en forma de relaciones aritméticas, lo cual podría hacerse sin duda, cabría demostrar de qué modo pueden clasificarse los distintos individuos según el desarrollo de su sentido musical—tanto el que poseen por aptitud natural, como el que han adquirido mediante la educación—empezando por los que se dan cuenta de relaciones sencillas, como la de 2 a 1, la de 3 a 2, ó la de 5 a 4, y acabando por los que perciben las relaciones más complicadas, que tanto se emplean en la música moderna. La sirena es una especie de instrumento de viento en que la música es producida por los soplos de aire que atraviesan los agujeros; pero todo cuanto se puede demostrar mediante la sirena, y es aplicable a ella como a los demás instrumentos de viento, es aplicable igualmente a los instrumentos de cuerda. El modo de produción de las ondas sonoras es distinto en uno y otro caso; pero las leyes maravillosas que rigen sus relaciones son las mismas.

EL SECRETO DEL VIOLÍN Y DE SUS CUERDAS

Es tan grande la utilidad de los instrumentos de cuerda para el arte de la música, y es tal el interés que, de un modo general, ofrecen los efectos producidos en las cuerdas tirantes, que el asunto ha sido estudiado con muchísimo detenimiento. Si fijamos la atención en la manera de manejar un violín, veremos que hay tres circunstancias que determinan la rapidez con que vibra la cuerda.

Observamos, en primer lugar, que las cuerdas que corresponden a las notas bajas son más recias que las correspondientes a las altas. Esto es debido a aquella ley, según la cual, las vibraciones de una cuerda pesada son siempre más lentas que las de una cuerda ligera. El peso o masa de una cuerda depende en parte de la densidad del material y en parte de su grueso o espesor. En segundo lugar, observamos que el efecto producido depende del grado de tirantez de las cuerdas.

Cuando el violinista afina su instrumento, aprieta o afloja las llaves que determinan dicha tirantez. Cuanto más tirante se halla la cuerda, mayor será el número de vibraciones que efectúe en un segundo, y más alta la nota producida. Si aumentamos la tirantez cuatro veces, la cuerda vibrará con doble velocidad; si la aumentamos nueve veces, el número de vibraciones será tres veces mayor, ya que 4 es el cuadrado de 2, y 9 el cuadrado de 3. Esta es la ley que rige siempre en todas los casos.

Se observa, por último, que el violinista, al tocar, mueve constantemente los dedos de la mano izquierda, con los cuales oprime las cuerdas. Esta es

sencillamente la manera más cómoda de modificar la longitud de ellas, pues cuando oprime la cuerda en un punto determinado, el resultado viene a ser el mismo que si esta cuerda terminase en dicho punto.

LA NOTA QUE SUENA DE DISTINTO MODO EN LOS DIVERSOS INSTRUMENTOS

También observamos que sus dedos van bajando cuando tocan notas más altas, o sea, que van reduciendo la longitud de las cuerdas. Cuanto más corta es la cuerda, tanto más alta es la nota.

Hay un punto muy interesante que todavía no hemos considerado. Supóngase, como ya lo hicimos antes, que el *do* del piano corresponde a 24 vibraciones. Ahora bien; puede ser que esta misma nota sea dada por diversos instrumentos, como un órgano, un violín o la voz humana, y que el sonido sea muy distinto según el instrumento de que se trate. Cualquiera conocerá al instante cuál es la nota que corresponde al violín y cuál la producida por el piano.

EL SONIDO MUSICAL DE LAS ONDAS SENCILLAS Y EL DE LAS ONDAS COMPUESTAS

Las personas expertas pueden asimismo distinguir entre el sonido de un piano y el de otro, como también, con frecuencia, percibir la diferencia entre las notas dadas por dos violines; y todos sabemos distinguir unas de otras las voces de nuestros amigos. Esto es así, aun tratándose siempre de la misma nota; y resulta muy interesante averiguar en qué consiste la diferencia que se observa.

Existen, primeramente, ciertas clases de instrumentos en que esa diferencia no es apreciable. Los templadores, por ejemplo, construídos para dar una nota determinada, producen un sonido que, en realidad, es siempre exactamente igual, sin que se observe la diferencia que hay entre un violín bueno y un violín barato. Un estudio detenido del asunto nos revela el motivo a que se debe. Las ondas sonoras producidas por un templador, o diapasón, son absolutamente sencillas; mientras, tratándose de un violín, de una voz o de un tubo de órgano, las ondas son por el estilo del oleaje del mar, acompañado de ligeras ondulaciones superficiales y acaso de otras aun más diminutas, si nuestra vista pudiera percibirlas.

Ahora bien; la impresión causada en el oído es muy distinta, según se trate de ondas sencillas, como las de una cuerda que ondulase arriba y abajo, o de ondas complicadas en que todo género de ondulaciones secundarias vienen a mezclarse con la onda principal. Todos los sonidos de algún valor musical están formados por ondas compuestas. La onda principal se llama nota fundamental o « tono », y las pequeñas ondulaciones secundarias que la acompañan se conocen con el nombre de armónicos o sonidos concomitantes.

POR QUÉ SUENAN DE DISTINTO MODO LOS DIVERSOS INSTRUMENTOS

Estos armónicos ofrecen sumo interés a los que se dedican al estudio del sonido o al de la música. La diferencia que hay entre las distintas voces o los distintos instrumentos, aunque den en cada caso la misma nota fundamental, es debida a la calidad, al número y a la intensidad de los sonidos concomitantes. Esto viene a significar que casi todas las notas musicales que oímos no son realmente notas sueltas, sino más bien combinaciones de notas. En realidad, vienen a ser armónicos, sólo que apenas nos damos cuenta de ello, porque la nota más baja del acorde es mucho más intensa que las demás; y sin embargo, estas últimas son las que constituyen la diferencia entre el sonido de un piano y el de un violín, o entre la voz de una persona y la de otra.

El interés que ofrece la música compuesta para varios instrumentos y para distintas clases de voces, consiste en la infinita variedad de efectos que pueden obtenerse mediante la combinación de instrumentos cuyos armónicos sean diferentes. Sea cual fuere el instrumento de que nos valemos, lo que conviene es que sus armónicos sean lo más abundantes y perfectos que puedan obtenerse. Esto se aplica de un modo particular al violín y a la voz humana.

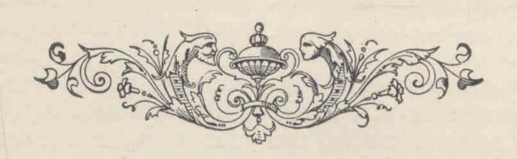
Sabido es que ciertos violines fabri-

cados hace muchos años, como los Estradivarios, por ejemplo, valen miles de pesos, mientras otros sólo valen otros tantos centavos, y aun menos; y el motivo es que, aun cuando se trate del mismo artista, del mismo arco y de las mismas cuerdas, los unos darán sonidos ricos, agradables y armónicos, mientras los otros no producirán sino sonidos ásperos y escuetos, que no merecen el nombre de música.

EL SECRETO DE LOS VIOLINES MARAVILLOSOS QUE SE FABRICABAN EN TIEMPOS PASADOS

Todo esto es cuestión de los armónicos. Dejando aparte el motivo, el caso es que la misma cuerda, tocada con el mismo arco y por la misma mano y en el mismo local, producirá sonidos agradables o sonidos ingratos al oído, aun tratándose de una nota dada, según el instrumento de que forme parte.

Debe de haber, pues, en la caja del violín alguna cosa a que pueda atribuirse la diferencia observada; y ahora sabemos lo que es. La cuerda, al vibrar, no sólo produce la onda principal, sino también las ondulaciones secundarias. El secreto de la construcción de un violín que produzca sonidos armónicos, estriba en que cerca de la cuerda haya algo que vibre al mismo tiempo que ella; y este algo ha de poseer la propiedad de elegir entre las ondas, precisamente aquellos armónicos que más gratos han de ser al oído, de manera que venga aumentada la riqueza del tono. En los maravillosos violines de otros tiempos, la tapa y el fondo de la caja tenían, al parecer, las dimensiones, el grueso y los contornos exactos que era preciso tuvieran para resonar de la misma manera y a impulsos de las mismas notas. Se ayudan mutuamente, en lugar de contrarrestarse, y en eso consiste su secreto.



CÓMO UN SULTAN HALLÓ UN HOMBRE HONRADO

CIERTO sultán deseaba hallar un hombre honrado, para confiarle el cobro de las contribuciones; y como no supiese donde buscarlo, pidió parecer a un sabio, quien le aconsejó publicase la necesidad en que se hallaba, y luego, una noche determinada, convocase a los solicitantes a su palacio, para escoger el más apto.

—Si S. M. les invita a bailar, yo le indicaré quién es el más honrado.

A su debido tiempo llegaron los solicitantes al palacio, y una vez allí, fueron invitados por un oficial de la corte a presentarse al Sultán, uno a uno, para lo cual les fué preciso pasar por un sombrío y desierto corredor. Cuando estuvieron reunidos todos ante el trono, díjoles el Sultán con tono amable:

—Caballeros, complaceríame en extremo verles danzar; ¿tienen a bien hacerlo?

Sonrojáronse todos y rehusaron, excepto uno, que bailó alegremente y con elegancia.

—Ese es el hombre honrado—dijo el sabio, señalándole.

En efecto, a lo largo del corredor, el sabio había colocado sacos llenos de dinero; todos los que no eran honrados se habían llenado de él los bolsillos, al ir hacia el trono del Sultán, e indudablemente, si hubieran bailado, se les habría oído el ruido del dinero; por esto rehusaron llenos de vergüenza.

Los Países y sus costumbres

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

VAMOS a relatar una de las hazañas más maravillosas de los tiempos contemporáneos. Durante bastantes años han estado intentando exploradores de diversas nacionalidades abrirse un camino a través de la nieve y el hielo para llegar al Polo Norte.

Docenas de hombres valerosos fracasaron en su laudable intento, hasta que, por fin, un oficial de la marina norte-americana, después de veintitrés años de esfuerzos, ha logrado llegar a un punto del planeta en que habitamos, desde el cual sólo se puede marchar en dirección sur. En el presente relato se detalla cómo Peary y sus compañeros se prepararon para el viaje y cómo, por fin, lograron, en 6 de Abril de 1909, su propósito, llegando al Polo Norte, que es un gran mar de hielo.

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE

YA hemos referido en otro lugar de este libro, los muchos esfuerzos realizados para llegar al Polo y las numerosas víctimas que esta noble empresa ha ocasionado.

La perseverancia, que siempre va seguida del exito, logró conducir a la ansiada meta a una expedición. Noruegos, ingleses, norteamericanos e italianos lo intentaron sin conseguirlo. Ciertamente que algún día debía haberse descubierto el misterio; pero, no obstante, todo el mundo se sorprendió, cuando, el 6 de Septiembre de 1909, se hizo público que el comandante de la marina de los Estados Unidos, Roberto E. Peary, había llegado al punto más al Norte de la Tierra, el 6 de Abril de 1909.

VEINTITRÉS AÑOS DE EXPLORACIONES ÁRTICAS

Durante veintitrés años el comandante Peary no había pensado en otra cosa.

Dice en su libro, que en 1885, cuando aún no era más que un joven oficial de marina, leyó una descripción de Groenlandia, que despertó tanto su curiosidad y excitó tanto su imaginación, que se decidió a visitar dicho país.

En el verano siguiente, hizo él solo un viaje de prueba y estudió el grueso del hielo que cubre casi toda la región.

Luego emprendió otras expediciones y descubrió muchos datos de interés acerca de la isla. Por cierto que fué él quien, en 1892, averiguó que era una isla, pues hasta entonces no se supo si estaba o no ligada con el continente.

Al año siguiente fué otra vez, ahora acompañado de su esposa, naciendo en esta desolada región, una niña hija del explorador.

EL COMANDANTE PEARY SE DECIDE A BUSCAR EL POLO

Por fin se decidió a realizar la hazaña que para tantos otros había sido un fracaso. Su primer ensayo fué en el año 1898. Hizo otros después con el mismo negativo resultado; pero no habían sido inútiles todos estos intentos, pues cada uno equivalía a una lección, merced a la cual iba sabiendo Peary cuáles eran los errores que debía evitar y qué defectos corregir para llegar al fin propuesto.

En cada viaje aprendía algo acerca del hielo, de los esquimales, de la utilidad de los perros, de las provisiones de boca y de las causas de cada fracaso.

BUQUE ROMPE-HIELOS

Algunos hombres interesados en el descubrimiento formaron una sociedad, denominada *Peary Arctic Club*, la cual se encargó de proveer al audaz explorador de cuanto necesitase para mejor realizar su empresa.

Habíase observado que los buques ordinarios eran demasiado débiles para tan duro trabajo; pues en los mares árticos, flotan grandes masas de hielo que a veces chocan y aplastan a un buque como si fuera la cáscara de un huevo. Así el Club mandó construir un barco especial y más seguro. Tenía potentes máquinas y su esqueleto iba reforzado para resistir el empuje peligroso de las montañas de hielo flotantes. Su proa estaba dispuesta en forma de

cortante cuchilla, para ir abriéndose camino por entre la espesa capa de hielo que cubre los mares polares. Este buque se llamó « Roosevelt » en honor del que entonces era presidente de la República en los Estados Unidos, y Peary lo utilizó por vez primera en 1905–6. Aunque aun no alcanzara en esta expedición el éxito deseado, llegó, sin embargo, más lejos que en ninguna otra de las anteriores, pues consiguió acercarse a 300 kilómetros del Polo.

En 1907–8 se hizo una instalación completa en el buque, colocáronse nuevas máquinas e hiciéronse otras reformas importantes.

El 6 de Julio de 1908 la expedición, que por fin había de lograr el éxito, partió de Nueva York. Formaban parte de ella el comandante Peary, su secretario Ross G. Marvin, el doctor G. W. Goodsell, Míster Donald, B. MacMillan y un joven estudiante de Yale, llamado Jorge Borup; y no debe olvidarse al fiel criado negro de Peary, Henson, que durante largos años le había servido. La tripulación del « Roosevelt » iba mandada por el capitán Roberto de Bartlett, un valiente marino de Terranova.

El « Roosevelt » puso proa a la costa de Groenlandia parando en Etah, que es el punto más avanzado hacia el Norte, habitado todo el año. Allí tomó el buque veintidós hombres esquimales, diez y siete mujeres, diez niños y doscientos veintiséis perros. A pesar de que varias veces había sido aprisionado por los grandes bloques de hielo, el 5 de Diciembre de 1908 llegó al Cabo Shéridan; pero en este punto tuvo que detener su marcha, pues la capa de hielo se hizo tan dura que rodeándolo le impidió continuar su ruta.

En vísperas del triunfo los exploradores pasaron el tiempo estudiando, observando y preparándose para la parte más difícil de la excursión. Algunos continuaron viviendo en el buque, pero otros construyeron chozas con las cajas vacías de las provisiones.

Luego de haber pasado el Cabo Columbia, construyeron los trineos sometiéndolos a pruebas de resistencia; escogieron los mejores perros y los esquimales que parecían más fuertes y de más confianza, y se dispusieron a emprender la excursión. Formaron la expedición los siete hombres ya mencionados, diez y siete esquimales, ciento treinta y tres perros y diez y nueve trineos. Algunos de los esquimales habían estado ya con Peary en otras exploraciones anteriores, y conocían sus costumbres. Los trineos conducían las provisiones y los instrumentos necesarios para comprobar la posición y facilitar las observaciones cintíficas.

LA IMPORTANCIA DE LAS PROVISIONES EN LAS EXPEDICIONES ÁRTICAS

Es muy difícil obtener vestidos que conserven el calor del cuerpo en regiones tan frías; pero la verdadera dificultad de estos viajes está en los alimentos. Es preciso buscar alimentos que ocupen poco espacio, sean de fácil transporte y embalaje y nutran lo suficiente. Hase reconocido que el penmican, carne seca y molida mezclada con grasa, es el mejor alimento. El azúcar es también un alimento inmejorable. El penmican da fuerza y el azúcar da calor.

El comandante Peary había trazado sus planes cuidadosamente. Todos los hombres mencionados partieron con sus trineos cargados, el 28 de Febrero de 1909.

Después, al haber andado cierta distancia, la expedición se dividió, y unos cuantos, descargando de los trineos las provisiones necesarias, se volvieron al buque, dejando el resto a los que seguían adelante. Más tarde regresaron también otros de los que quedaban, trayendo nada más que lo estrictamente necesario. El plan salía bien, pues cuando éstos llegaron al buque habían podido comprobar que los que seguían hacia el Polo llevaban dos veces más provisiones de boca de las que necesitaban.

Míster MacMillan también se vió precisado a regresar, pues a causa del frío intensísimo, se imposibilitó un pie, contrariando el accidente los deseos de Peary, que había dispuesto que Millan fuese de los últimos en regresar.

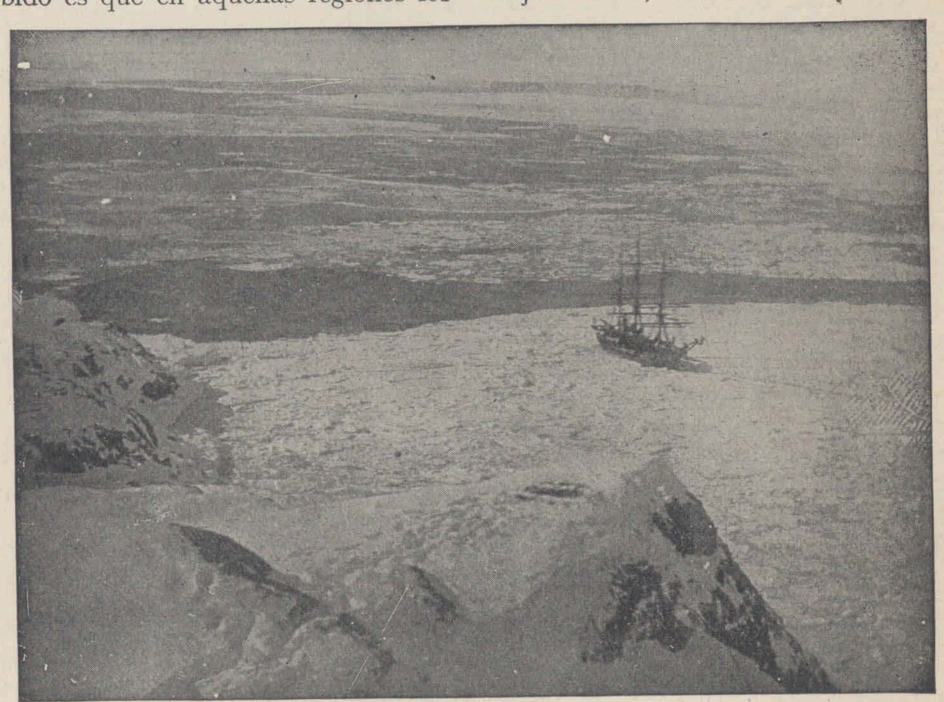
UN ACCIDENTE QUE CUESTA LA VIDA A MÍSTER MÁRVIN

Aproximadamente una semana más tarde, emprendieron su viaje de regreso Míster Bórup y el Capitán Bártlet, acompañados de algunos esquimales. El capitán iba delante abriendo camino por entre la nieve y el hielo. Cuando el cansancio los rendía, construían chozas en la nieve y se detenían a descansar. Sabido es que en aquellas regiones los días y las noches son de seis meses. Cuando el grupo que venía de regreso estaba ya cerca del buque, Míster Márvin se hundió al pisar una capa de hielo poco resistente, y no pudo ser salvado por sus compañeros. Este desgraciado joven era instructor en la Universidad de Cornell, y su muerte—la única de esta expedición—fué muy sentida por todo el mundo.

La capa de hielo es muy desigual en aquellas regiones. En algunos sitios tiene hasta 30 metros, pero en el verano se rompe y divide en trozos, y aunque el frío intenso congela al punto las partes libres, ya no es tan espesa la capa helada que pueda sostener el peso de un hombre con su impedimenta. La superficie de estas capas de hielo casi nunca es lisa, sino que forma un sistema escarpado.

LLEGADA AL POLO NORTE

El comandante Peary Henson y cuatro esquimales continuaron solos su viaje al Polo, cuando aun les faltaban 240 kilómetros para llegar a él. Por fin, el 6 de Abril de 1909, los instrumentos de precisión que llevaban, dieron señales de haber logrado los expedicionarios completo éxito. En el Polo se enarboló la bandera Norteamericana. Míster Peary aun continuó unos kilómetros más, volviendo luego hacia la derecha, haciendo varias observaciones para estar seguro de que había llegado al verdadero punto Norte de la Tierra. Durante unas treinta horas, permaneció tomando apuntes, sacando fotografías y haciendo diversas observaciones.



El « Roosevelt » ha estado dos veces aprisionado por el hielo durante el invierno ártico. En el fondo se ven las montañas de hielo flotantes que podrían aplastar un buque ordinario, con la misma facilidad que se rompe una pieza de porcelana. Alrededor del buque no hay más que agua y hielo.

Habían llegado al lugar apetecido; la cuestión ahora era saber si podrían volver al barco. En sus anteriores fracasos la dificultad había estado siempre en el regreso; pues un trineo roto, la muerte de un perro u otra causa cualquiera ocasionaba serios contratiempos.

EL REGRESO

En su viaje de regreso arrojaron todo lo que no les era indispensable, a fin de que los perros tuvieran que arrastrar menos carga, y el día 7 de Abril partieron. Durante la mayor parte del camino siguieron el rastro que habían dejado los otros y se aprovecharon de las chozas que aquellos habían construido en la nieve.

Diez y séis días después de haber abandonado el Polo llegaron a tierra firme, y dos días más tarde al barco. Sin embargo aun no podían dar la noticia al mundo, pues tenían que estar aprisionados por los hielos dos meses todavía.

Por fin, cuando llegó el verano, se rompió la capa de hielo que rodeaba el barco y el día 18 de Julio el « Roosevelt » partió hacia el sur, abriéndose camino por entre los hielos.

LA RECOMPENSA DE LA PATRIA

Los esquimales fueron desembarcados en Etah después de haberles hecho regalos que les colocaban en la opulencia entre sus tribus. En septiembre se alcanzaron las costas del Canadá y a los pocos días el « Roosevelt » entraba en Nueva York.

Días antes de llegar a la costa canadiense la expedición Peary, el doctor F. A. Cook manifestó que también él un año antes que Peary había llegado al Polo, pero que, no habiendo encontrado el camino de vuelta, había tenido que vivir bastante tiempo entre los esquimales. Mucha gente aceptó esta historia que quitaba a Peary la gloria de haber sido el primero que llegara al Polo; sin embargo, los títulos de esta valeroso explorador han sido reconocidos por todas las sociedades científicas de Europa y América, mientras que no lo han sido los del Dr. Cook.

El Congreso de los Estados Unidos dió al comandante Peary un voto de gracias y le ascendió a Vicealmirante, como premio a sus esfuerzos por llevar la bandera norteamericana hasta donde nadie la había llevado. Le puso además a Peary en la lista de los retirados.

Mucha gente quiso influir cerca del Almirante Peary—como debemos llamarle de ahora en adelante—para que hiciera una expedición con el teniente Sháckleton, el explorador inglés que tanto se acercó al Polo Sur. Pero el Almirante Peary se excusó diciendo que ya había trabajado bastante. Dos años después, con un mes de intervalo, en diciembre de 1911 y enero de 1912, el noruego Amundsen y el inglés Scott desplegaron sus banderas nacionales en los hielos del Polo Sur. Pero en tanto que Amundsen regresaba triunfalmente a su país, Scott, vencido por las nieves del Antártico, sufrió una de las muertes más trágicas. Tiene cierta fascinación la vida de los países helados para algunos hombres.

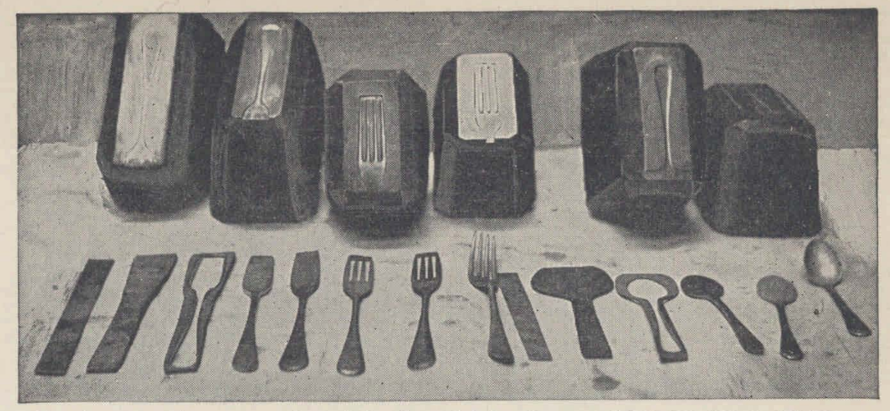
Avanzan hacia el Norte viendo en ocasiones un oso polar y rara vez un pájaro. Continúan adelantando y ya no hay vida ni en el agua ni en el aire, ni sobre el hielo. El frío es intenso, el brillo del sol sobre la blanca sábana gélida ciega los ojos. El peligro rodea por todas partes al osado que se arriesga por aquellos ingratos parajes. Si los perros enfermaran, o un trineo se rompiera o precipitara, no habría probabilidad de salvación. Una avería que obligara a una detención, sería un serio contratiempo, pues las provisiones llegarían a faltar.

UTILIDAD DEL DESCUBRIMIENTO DEL POLO

Es difícil decir en pocas palabras las ventajas que, según los hombres de ciencia, puede reportar este descubrimiento.

Según algunos, será de gran importancia para los estudios geológicos. De todos modos ha tenido la indiscutible utilidad de demostrar que aún hay hombres capaces de arriesgar su vida por un ideal.

Y nos demuestra el poder de la voluntad y la capacidad conquistadora del hombre, que pone su vida al servicio de una idea.



Tenedores y cucharas en varios estados de su fabricación, y matrices con que se estampan.

HISTORIA DE UN TENEDOR Y DE UN CUCHILLO

HALLÁBASE un día una niña sentada a la mesa en compañía de personas mayores y no apartaba la vista de un plato de sabrosos sándwiches, sin atreverse a pedirlos. Un profesor muy amable que se hallaba a su lado, le dijo que tomase uno.

—Dispense Ud., señor—dijo la niña; —pero es que no tengo tenedor. . . .

—No importa—contestó el profesor; —los dedos fueron inventados antes que los tenedores.

Y, en efecto, el uso de los dedos es muy anterior al de los cuchillos y tenedores. Transcurrieron muchísimos siglos sin que a los hombres se les ocurriera emplear verdaderos cuchillos y tenedores. La primera especie de cuchillo que usaron fué probablemente el borde afilado de una concha recogida en las playas en donde pescaban los mariscos de los cuales se sustentaban. Más adelante, introduciendo ciertas mejoras, fabricaron cuchillos, hachas y puntas de lanza o arpones de pedernal.

Los hombres de la Edad de Piedra utilizaban cuchillos de pedernal, o sílex, para cortar la carne de los animales que cazaban. No necesitaban tenedores; éstos no aparecieron hasta mucho tiempo después, como una variante de la lanza o arpón. Se fabricaron primero lanzas con tres puntas, de las cuales las dos exteriores eran aserradas, y servían para arponear los peces. Tales fueron los primeros tenedores, de cuya forma nos darán una idea ciertas clases que se usan en la actualidad para fines especiales, si los imaginamos de mayor tamaño y hechos de pedernal, de hueso o de madera dura.

Los tenedores propiamente dichos, es decir, los que empleamos ahora para comer, no fueron conocidos en Europa sino hasta el siglo XIV, pero su uso tardó tres siglos más en vulgarizarse. Durante este tiempo, el tenedor sólo tuvo entrada en el palacio de los reyes y en las mansiones de nobles muy ricos; y aun en ellas, únicamente lo empleaba el paje encargado de trinchar la carne para sujetar y cortar fácilmente las viandas.

Fuera de los palacios, la etiqueta de la aristocracia, en lo tocante a las comidas, no era hasta hace tres siglos, mucho más fina que la de los salvajes de ahora, que se llenan la boca de carne, con las manos, y cortan luego con un cuchillo la parte que, por no caber en ella, les sale por entre los labios. Pero no hay que censurar demasiado a los salvajes, pues actualmente hay pueblos orientales, entre otros, los egipcios y los persas, que comen todavía con los dedos, y consideran a los americanos y europeos

como gente excéntrica porque prefieren usar tenedores.

Mucho más antiguo es el uso de las tijeras, conocidas ya por los griegos y los romanos en una forma que se fué conservando durante toda la Edad Media. Hacia fines del siglo XV empezaron a usarse las tijeras construídas según nuestra actual fabricación, la cual alcanzó en el siglo XVII su mayor desarrollo; la producción de tijeras finas o artísticas, en dicho siglo, fué enorme, muy superior a los productos de las demás ramas del arte de la cuchillería.

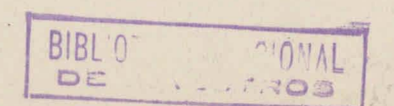
CÓMO SE EMPIEZA A FABRICAR UN CUCHILLO DE MESA

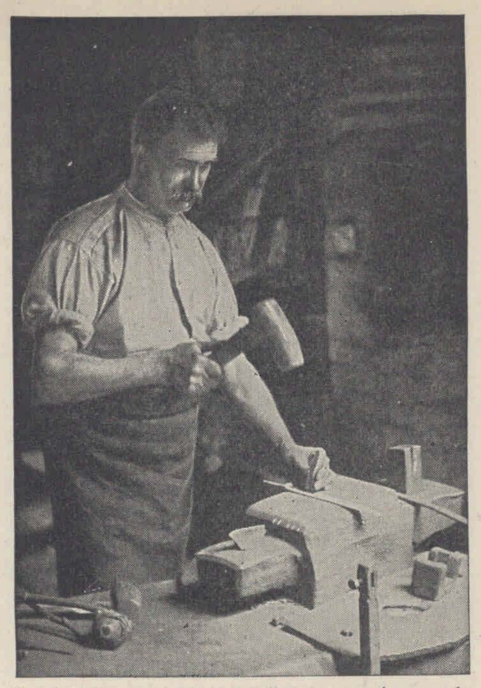


Después que el mineral de hierro ha sido convertido en acero, se le calienta y golpea con pesados martillos para darle toscamente la forma de las hojas de cuchillo.



Esta hoja de acero se suelda a una pieza de hierro que constituye la espiga, y luego se procede a formar el reborde, llamado *mitra*, que ha de constituir la extremidad inferior de la hoja y el principio del mango.

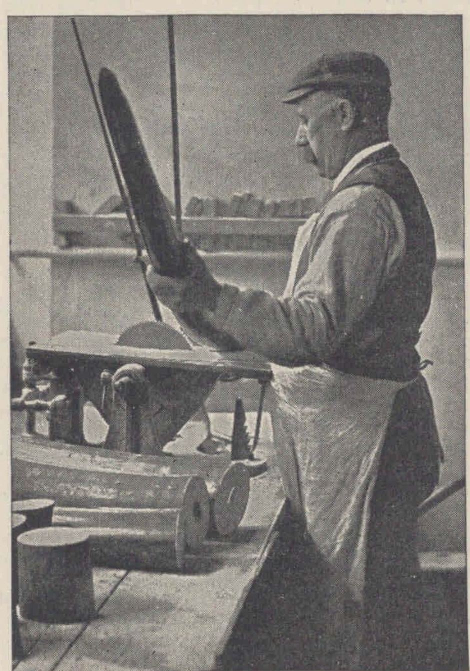




Consiste la operación inmediata en grabar en la hoja del cuchillo la marca de fábrica, que garantice el producto.



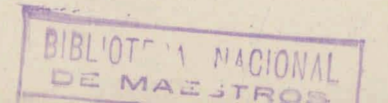
La hoja se endurece y templa calentándola al rojo candente y sumergiéndola en agua fría, y luego se procede a afilarla.

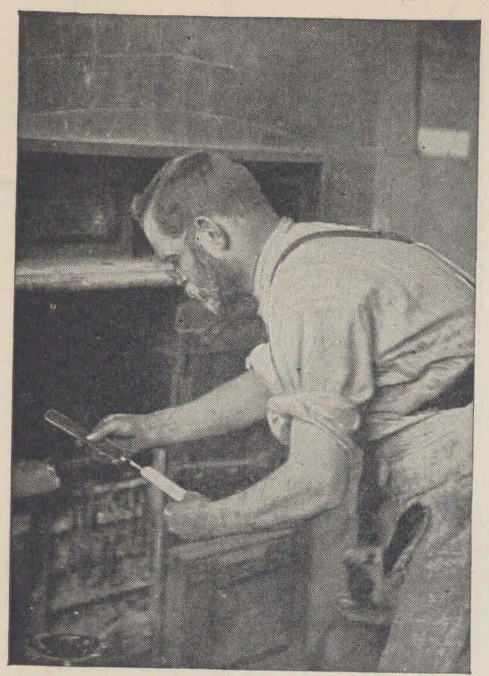


Si el mango del cuchillo ha de ser de marfil, córtanse con mucho cuidado los colmillos de elefante y empiezan a trabajarse las diversas porciones cortadas, evitando desperdiciar nada, pues el marfil es muy caro.

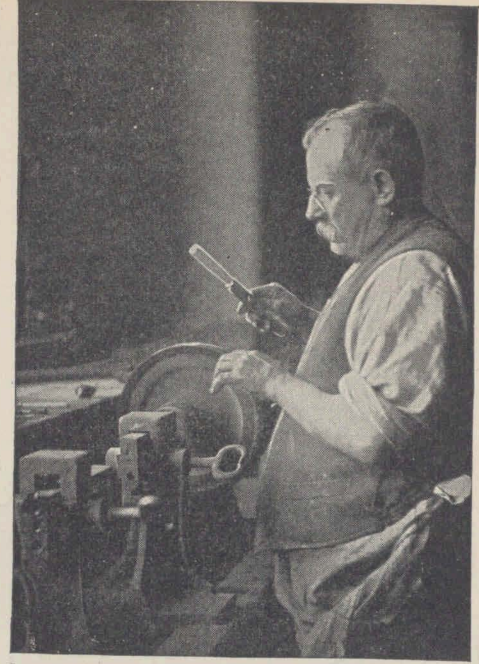


Una vez afilada y pulida la hoja está en disposición de ser « enmangada », nombre que se da a la operación de montar el mango. Antes de ajustarlo, se pule el hierro que ha de ir insertado en dicho mango.

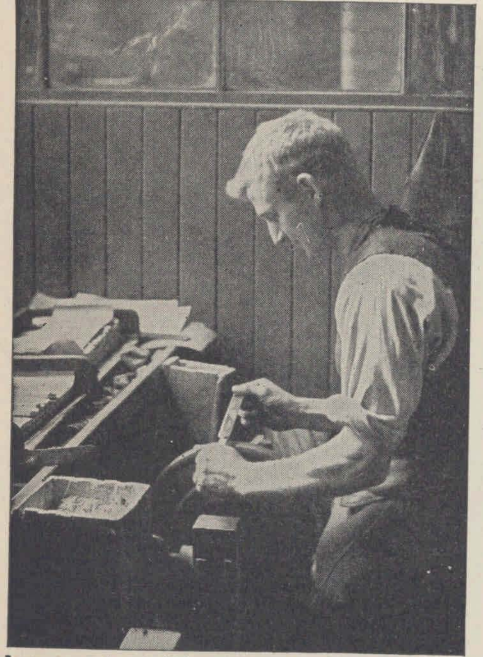




Para ajustar la hoja almango, puédese éste cementar con resina o también enclavijarse por los lados, y, si la espiga lo atraviesa todo, se remacha el extremo.



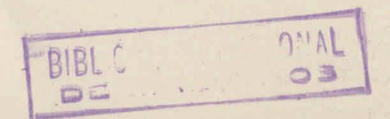
Se necesita mucha destreza para taladrar el mango sin que se eche a perder el marfil. La rueda de amolar alisa dicho mango, el cual es luego pulido en otra rueda que gira con gran rapidez.



Luego se da el último filo a la hoja y se bruñe el dorso de la misma con un bruñidor de acero; y después de otro repaso en el pulidor, el cuchillo queda terminado.



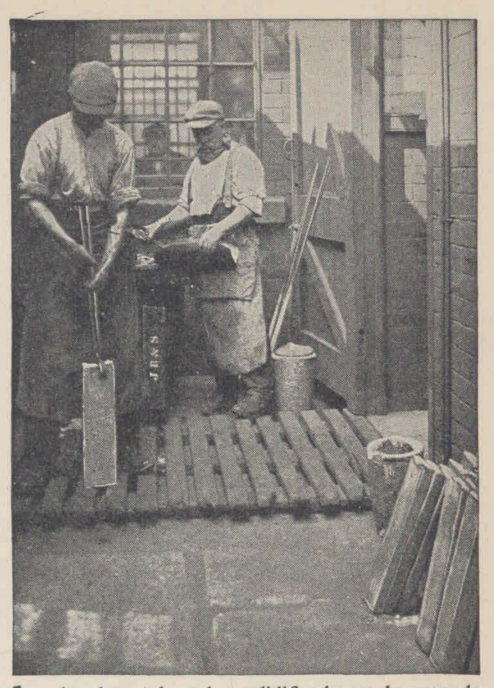
Es luego envuelto en papel de seda blanco. Los cuchillos se lían de seis en seis o de doce en doce, en papel resistente o se embalan en cajas dispuestas para ser enviadas al almacén.



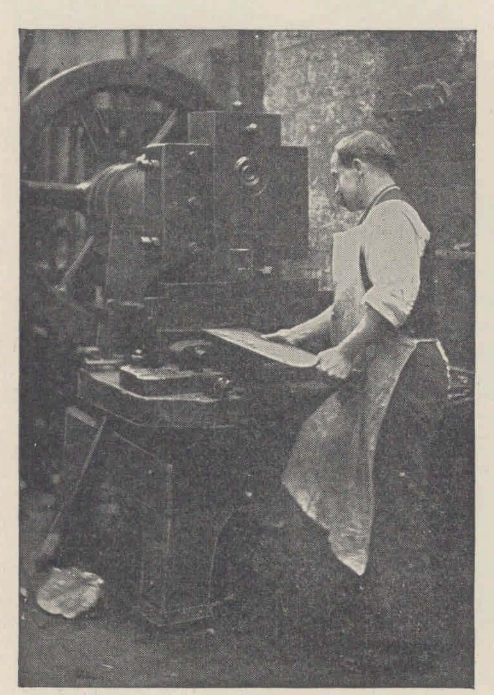
FUNDIDO DE LOS TENEDORES DE METAL



Para la fabricación de tenedores de metal blanco, fúndese primeramente dicho metal y luego se vierte en moldes.



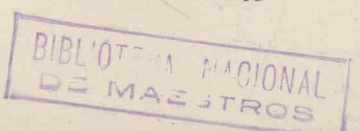
Cuando el metal se ha solidificado, se le saca de los moldes en forma de lingotes. En el grabado un obrero sostiene uno de esos lingotes.



Estos lingotes son sometidos a la acción de un laminador, después de lo cual se cortan en tiras, cuyo ancho es el de un tenedor ordinario.

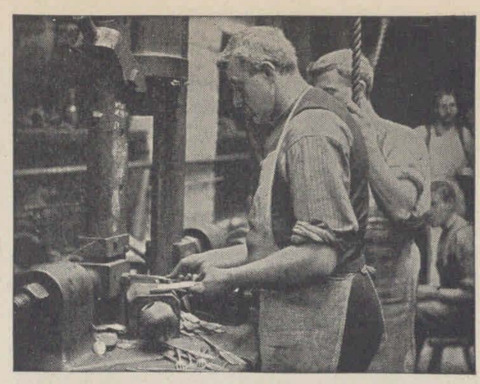


Colocadas las tiras de metal en otra máquina, reciben en ella la forma de tenedor. El extremo correspondiente a los dientes sale de ella enteramente plano.

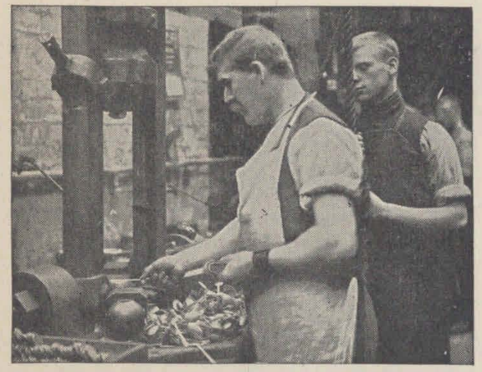




La operación de cortar los dientes del tenedor, se ejecuta en otra máquina, en la cual reciben éstos una forma aproximada a la que deben tener.



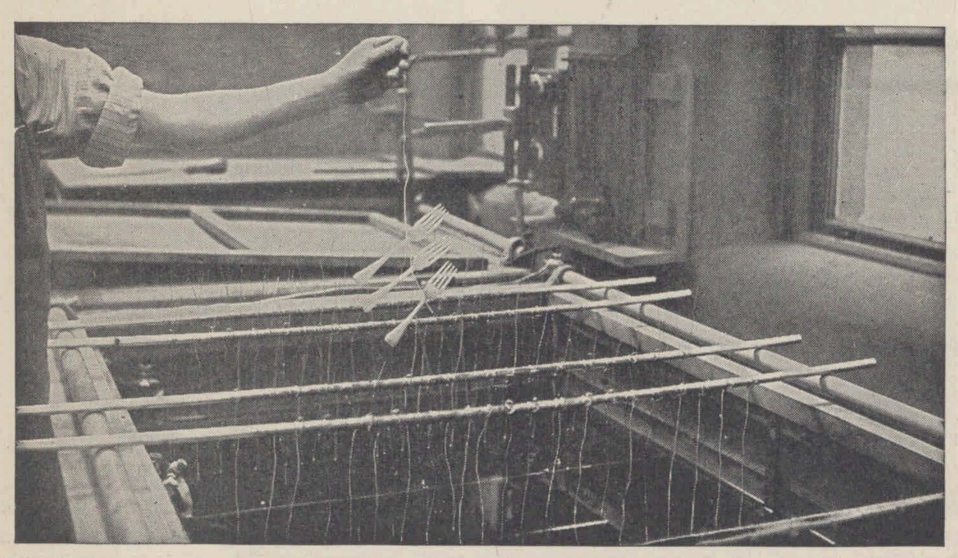
Hasta este punto, el tenedor es completamente plano. Ahora es cuando se procede a encorvarlo del mango y de los dientes, dándole la forma en que le vemos.



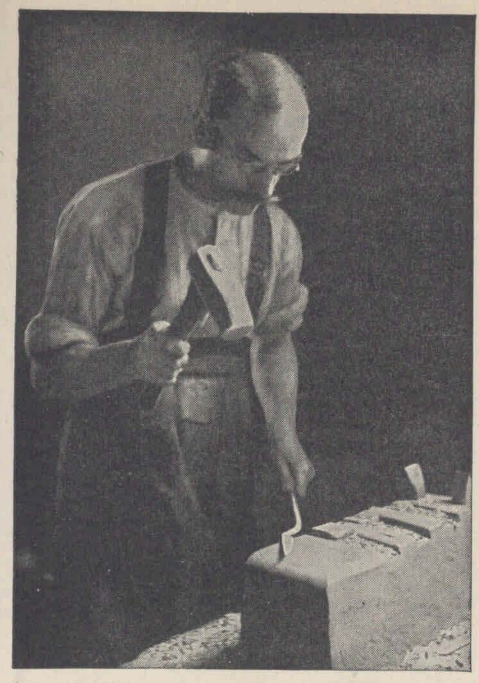
La pala hueca de la cuchara se forma mediante un procedimiento parecido al que se emplea para encorvar los tenedores.



Después de encorvar el tenedor se le sujeta en un tornillo y se pule su superficie sometiéndola a presión contra unas ruedas de cuero, untadas de arena y aceite.



Por último, se sumergen los tenedores en el baño mágico, al cual deben su cubierta de plata. A esta operación se le da el nombre de plateado galvánico; el grabado nos indica de qué modo se suspenden los tenedores.



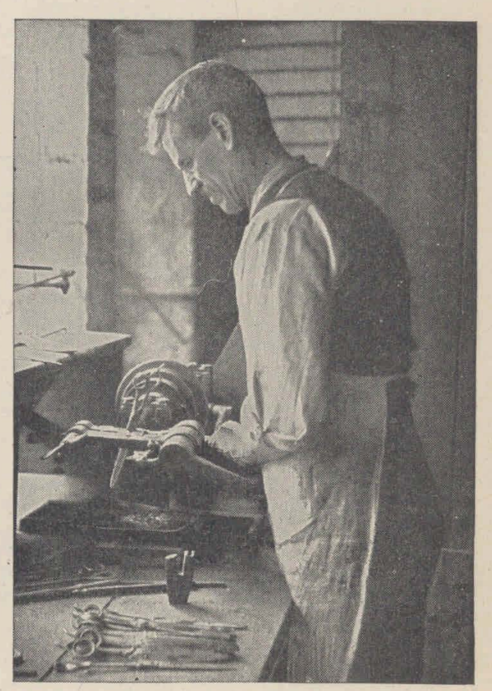
Salvo la última operación a que deben someterse las tijeras, se fabrican enteramente con la ayuda de un martillo.



Los anillos u ojos de las tijeras, en que se meten los dedos para manejarlas, se forman a martillazos sobre yunques o bigornias de forma especial.



Cada una de las hojas de las tijeras se liman separadamente, y después de taladradas, se endurecen y templan como los cuchillos; luego se afilan y se bruñen.



Afiladas y bruñidas cada una de las dos hojas, a fin de que no puedan lastimar los dedos al usarlas, se taladran para recibir el roblón que ha de trabarlas.



La operación de limar y afilar las dos hojas de las tijeras, para disponerlas definitivamente a ser unidas por el roblón, compete ordinariamente a las mujeres.



Luego se bruñen por última vez las dos hojas de las tijeras, antes de entregarlas al obrero encargado de trabarlas.



La última operación para la fabricación de tijeras consiste en el roblonado de las hojas.



Los cuchillos, los tenedores, las cucharas y las tijeras permanecerán en la tienda hasta que vayamos a comprarlas; entonces empezará su uso.

El Libro de nuestra vida

LA HISTORIA DE NUESTRA MENTE

ENTRAMOS ya en la historia de nuestra propia vida, la cosa más interesante y maravillosa del mundo. Hasta ahora hemos estudiado la historia de nuestro cuerpo, las partes que en él vemos y conocemos y sentimos. Pero nuestro cuerpo es un criado y ahora vamos a estudiar a su amo. Cogemos una pluma para escribir, pero la mano obra obedeciendo a su amo, la mente. ¿Qué es la mente? Ni los hombres más sabios que en el mundo han vivido han sido capaces de entender la mente de un niño. La mente es la que sabe todo cuanto sabemos, y sin embargo, sabemos de la mente misma menos que de las cosas que ella sabe: una cosa sabemos de la mente y es que sin ella no sabríamos nada.

EL AMO DEL CUERPO

DESDE luego observamos respecto de la mente que ésta es algo real; pero que no puede cogerse, porque no es una parte del cuerpo. Una parte del cuerpo, cualquiera que sea, aun los nervios y las regiones más elevadas del cerebro mismo, pueden verse, tocarse y cortarse, porque el cuerpo es una cosa material, tan material como una roca sólida y dura, o un pedazo de tierra.

Ahora bien, si cogemos un pedazo de roca y la pesamos y la examinamos químicamente y por todos los medios que un objeto material puede ser examinado, habremos aprendido todo cuanto hay que aprender de una roca. Pero sabemos muy bien que, si examinásemos nuestros cuerpos como se examina una roca, echaríamos de menos un hecho de inmensa importancia para ellos; el hecho de la sensación, que no existe en la roca.

Casi todas las cosas, y lo creemos sin esfuerzo alguno, las podemos ver y tocar; pero requiere gran trabajo mental el darnos cuenta de que hay grandes realidades invisibles e impalpables, enteramente diferentes de aquellas otras. Una realidad de esta especie es la visión de esta página, que estamos leyendo en este momento. El ojo y el cerebro no son la visión; son sencillamente órganos e instrumentos de ella. Ver es otra cosa. Ya podemos examinar, si queremos, el ojo y el cerebro, sirviéndonos del microscopio y de tubos de ensayo, pero por mucho que buscáramos, nunca encontraríamos la visión, aunque el examen durase miles de años. Y es que ahora estamos fuera del reino del mundo físico, hecho de materia, éter y movimiento, y hemos entrado en otro reino, que es el mundo de la mente. La insensatez mayor es creer que el mundo real es el mundo de la materia, del éter y del movimiento, y que todas las cosas, sentimiento y sensación, pensamiento y voluntad, no son reales sino imaginarias, que provienen de la materia y no tienen significación. Tal es la doctrina del materialismo, estado por el cual pasan muchas personas cuando empiezan a pensar; pero si continúan pensando, más o menos tarde, acaban por abandonar semejante teoría.

Por consiguiente, debemos comprender que, cuando estudiamos la sensación, estudiamos algo que es más importante, más maravilloso y real que todo cuanto hemos estudiado, así en la *Historia de la Tierra,* como en el *Libro de nuestra vida.* Porque, en efecto, basta pensar un momento para ver que cuanto sabemos, o creemos que sabemos del mundo exterior y de nuestros propios cuerpos, nos es conocido merced a los sentidos.

Si éstos no fueran reales o no fuesen fidedignos, nada sabríamos de lo que creemos que sabemos, ni jamás podríamos saber nada. Es más, la verdad es que nada sabemos de nuestras sensaciones. Todo lo que referimos al mundo exterior es un argumento fundado en el conocimiento que hemos adquirido por medio de nuestros sentidos. Suponer que las demás personas sienten como nosotros es un argumento exclusivamente nuestro, puesto que nunca podemos salirnos de nuestra propia mente, y nos es imposible penetrar en la de los demás. Nuestros sentidos nos dicen

que otras personas obran como nosotros, y por esta razón suponemos que ellas piensan y sienten de igual manera que sentimos y pensamos nosotros, aunque en verdad, jamás podemos *sentir* sus sensaciones.

Ya hemos visto que los sentidos son de diversas maneras. Hay un grupo importante de ellos que nos informa únicamente de lo que atañe a nuestros propios cuerpos, y otro grupo que nos habla del mundo exterior.

Durante mucho tiempo supusieron los hombres que nuestros pensamientos, nuestras opiniones de las cosas, nuestras sensaciones y nuestras voliciones, dependían enteramente de los sentidos que nos ponen en comunicación con el mundo exterior, como son la vista y el oído. Pero recientemente se ha descubierto que los sentidos externos ejercen solamente una acción subordinada en las operaciones de la mente, en cuanto son instrumento mediante el cual adquiere noticia del mundo de la materia.

COSAS INVISIBLES DE LAS QUE DEPENDE EN GRAN MANERA LA FELICIDAD HUMANA

Las sensaciones de hambre y de sed, las que se derivan del movimiento del corazón, de los pulmones y de los órganos de la digestión, de las articulaciones y de los músculos, todas ellas van a parar a la mente. Nuestra felicidad y nuestra desgracia dependen de las sensaciones que llegan a la mente, procedentes de nuestro cuerpo, en igual medida o quizás mayor que las que nos causan los objetos que nos rodean. Compárese, en efecto, un millonario que padece de indigestión, con un muchacho de la calle, rebosante de salud, expuesto a la lluvia.

Es probable que la mayor importancia del estudio del cuerpo resida en el hecho de que éste empieza a enseñarnos que la felicidad humana depende de las cosas exteriores mucho menos de lo que suponemos, y mucho más de las cosas invisibles que van a nuestra mente desde dentro.

Todos estamos conformes en que estas sensaciones del cuerpo son vagas y no bien definidas. Hay gran diferencia entre estas sensaciones vagas y una sensación precisa, aguda y definida, como las que recibimos por la vista y el oído; y esta contraposición es la regla entre las sensaciones de dentro y las de fuera. Ahora bien, supongamos que fuese posible la existencia de un ser humano que creciese sin recibir sensación alguna. ¿Qué clase de persona sería? ¿Qué mente tendría? ¿En qué pensaría? ¿Qué sabría? Cuando nos hacemos preguntas como estas, inmediatamente vemos la contestación.

UN HOMBRE QUE NO PUEDE SABER NADA NI PENSAR NADA

Tal persona no tendría mente; sería un simple cuerpo, una col, por ej.; más humilde aún, porque una col experimenta ciertas alteraciones. Un hombre de esta clase nada puede saber, ni pensar en nada. Pues esto es lo que queremos significar, cuando decimos que la mente está fundada en los sentidos. Los sentidos son realmente las puertas del conocimiento, de modo que si ellos nada dejan entrar, la mente misma, que conoce, no se desarrollaría.

Este grandioso tema fué hábilmente estudiado por el inglés Juan Locke, hace más de dos siglos. Muy poco se sabía en aquel tiempo del ojo y del oído, y mucho menos aún del sentido del equilibrio y de los demás sentidos internos. Pero esto no impidió a Locke tomar la cuestión en general y colocarla sobre una base firme para siempre.

Llegó a la conclusión de que nada hay en la mente que antes no haya estado en los sentidos, y que todo nuestro conocimiento, ideas y creencias dependen de dos cosas y de dos solamente. Estas cosas son, en primer lugar, la sensación, y después, la reflexión sobre lo que los sentidos nos dicen.

Pues bien, todo esto no es una materia desprovista de significación práctica. Es imposible mencionar opiniones que tengan mayor importancia práctica que éstas. Su real significación para nuestras vidas y para las de los hombres que han de venir, es que ellas nos dan la clave de la verdadera educación. Si es verdad que la mente está fundada

en los sentidos, debemos esmerarnos por ellos, si queremos tener la mejor mente posible. La diferencia real entre una mente elevada de una persona y una mente baja de otra, depende, en principio, de sus respectivos sentidos.

CÓMO DEBE EMPEZAR LA EDUCACIÓN DE UN NIÑO

La cuestión, como hemos visto, no es de mera perspicacia, sino de delicadeza de sensación, esto es, la facultad de distinguir entre una sensación y otra, de recordarlas, de reconocerlas y de asociarlas en nuestra mente. Luego, toda educación eficaz de la mente debe empezar por reconocer que ésta se funda en los sentidos, y que se vale de ellos para sus operaciones.

Esto significa que no debemos poner gran empeño en enseñar hechos e ideas —aritmética, lenguas y otras cosas semejantes,—a los pequeñuelos, hasta después de haber procurado educar sus sentidos, puesto que son los canales por donde la mente adquiere los conocimientos. Por consiguiente, es un solemne disparate proponerse enseñar a un niño historia o geografía, cuando está medio sordo por no haberle cuidado debidamente la garganta, nariz y oídos, o medio ciego por carecer de espectáculos adecuados a sus ojos.

Nuestro primer deber es persuadirnos, desde el principio hasta el fin, de que los sentidos del niño están realmente todo lo bien que pueden estar; y cuando tengamos delante un niño con sentidos sanos, nuestra inmediata ocupación es educarlo, enseñarle a ver diferencias entre las cosas y a que aprenda a apreciar las bellezas de color y de forma.

COSAS CON QUE DEBE FORMARSE LA MENTE DE UN NIÑO

Debemos procurar especialmente que el niño vea cosas bonitas, y si se le enseñan cosas de forma y color feos, debemos poner gran interés en que sepa ver o conocer que son feas. Si le damos estampas en negro o pintadas, deben ser sencillas y bellas. Además, no hay mayor razón para que dejemos de exponer a un niño a vistas feas, que a olores malos. Lo mismo debemos hacer con respecto a los oídos; el niño debe empezar a conocer la diferencia entre una voz hermosa y otra desagradable, sea hablando, sea cantando.

Debe enseñársele a reconocer el timbre de diferentes instrumentos musicales, a saber cuando un piano está afinado y desafinado. Deben aprender a distinguir el canto de las aves y todas las armonías de la naturaleza. Si los niños estuviesen bien instruídos en estas materias, y en otras, que podríamos nombrar, pero no en la ciencia que enseñan los libros, es posible que la gente dijera que el muchacho era un ignorante y que se había descuidado su educación. Pero tal niño, especialmente si se ha procurado que su cerebro haya tenido suficiente cantidad de sueño y abundante aire fresco, es evidente que, en posteriores años, dejará atrás a otros muchachos menos sabiamente educados. Tal niño será más dichoso y estará más sano, y cuando hubiere llegado ya a la edad a propósito para estudiar, y empiece a trabajar en los libros, aprenderá más de prisa y con mayor perfección, y recordará mejor que otros niños, porque los fundamentos de esta mente infantil han sido fijados sólida y rectamente.

EL NIÑO QUE CRECIÓ AL SOL Y A LA LLUVIA

Nunca se han expresado estas grandes verdades con mayor perfección como en el poema de Wordsworth, que empieza así: « Durante tres años creció ella al sol y a la lluvia ». En este poema expone el autor sus ideas respecto a la educación de una niña.

En su niñez este gran poeta fué educado por su hermana, que le amaba tiernamente y que le dedicó su vida toda; y ella tenía ideas grandes y bellas, que sugería muchas veces a su hermano, cuya felicidad era lo que más le interesaba en el mundo. Así vivieron juntos apaciblemente, y a su hermana debió el poeta su ventura, como él mismo nos lo dice en sus versos.

Por lo regular, cuando hablamos de la mente, solemos referirnos precisa-

mente a la parte que piensa y conoce. En otros términos, nos es sumamente fácil suponer que en realidad, la mente entera está constituída por la inteligencia o el entendimiento.

EL NUEVO ESTUDIO DE LA MENTE QUE EMPIEZA POR EL PRINCIPIO

La mente es una parte nuestra que conoce y sabe; pero no debemos olvidar que también siente, quiere y ejecuta. Es indudablemente cierto que la parte de la mente que más nos distingue de las demás criaturas, es la inteligencia, y tal es la suprema razón por la cual le atribuímos especial importancia y le dedicamos el mayor estudio.

Pero el enigma de la magna cuestión del proceder humano no empezó a verse claro, hasta que los hombres comenzaron a estudiar otras partes de la mente. Hasta aquel tiempo la mayoría de los sabios estudiaban solamente el entendimiento; pero un gran filósofo observó que todos incurrían en el grave error de no empezar por el principio. Declaró que si queremos estudiar la mente del tipo humano más elevado, cuando ha llegado a su mayor desarrollo, y especialmente, si queremos entender no sólo su manera de pensar sino su modo de obrar, debemos procurar empezar por el principio. Debemos estudiar la mente en todas sus formas; las mentes de las mujeres, lo mismo que las de los hombres, y las mentes de los niños. Hay otras razas del género humano, que ofrecen diferencias en sus mentes; debemos, pues, aprender los procedimientos de las personas incultas y de los salvajes, de igual modo que los de las instruídas. También debemos conocer todo cuanto nos sea dable saber de los sentidos, instintos, hábitos y hechos de los animales más bajos.

LA IMPORTANCIA DE ESTUDIAR TODA LA MENTE Y NO UNA SOLA PARTE

Sabemos que « Génesis », nombre del primer libro del Antiguo Testamento, significa « producir, engendrar ». Por tal razón el estudio de la mente, que procura volver a los principios para ver cómo está hecha y cómo produce o engendra, se llama estudio *genético* de la mente; y todos nuestros modernos métodos de estudiarla y de llegar a comprenderla, están fundados en este nuevo modo de considerarla.

Un gran resultado de medio siglo de trabajo en este asunto ha sido recordarnos la importancia de varias partes de la mente, muy distintas de la inteligencia. El estudio que no repara en el hábito, el sentimiento y el instinto, y que no se da cuenta más que del procedimiento por el cual adquirimos ideas y razonamos sobre ellas, no puede ser un estudio completo de la mente, ni es, probablemente, el más importante de ella. Porque si olvidamos todo el resto de la mente, ¿podremos aprender el medio por el cual están afectadas y aun podemos afirmar que decididas por nuestros sentimientos, las ideas, opiniones y juicios que formamos de cosas y de personas?

Pero ahora que estamos seguros de no cometer el error de suponer que la parte racional y cognoscitiva de la mente es toda la mente, y que el sentir no es tan importante como el pensar, podemos entrar en el estudio de lo que ocurre a nuestras sensaciones y cómo la inteligencia y el entendimiento están fundados en ellas.

CÓMO PODEMOS VER UNA COSA Y, SIN EMBARGO, NO VERLA

Un relámpago o un ruido instantáneo producirán quizás en nosotros ciertos resultados; pero no nos dan tiempo para pensar y únicamente sentimos. Pues bien, supongamos que se nos concede un poco más de tiempo y que en lugar de un relámpago, es una luz que proviene de algo que tiene partes y forma un árbol, por ejemplo. Supongamos que vemos este árbol muy indistintamente a gran distancia o en cierta obscuridad y que no esperábamos ver un árbol en aquel lugar. Al principio lo vemos, como hemos dicho; pero no vemos lo que es.

Esto lo hemos observado en mil ocasiones. Muchas veces no podemos descubrir lo que hay en un cuadro o en una fotografía. Y no es que estemos ciegos; sino que vemos o « sentimos » perfecta-

mente; pero no hemos reunido las líneas y formas ni las luces y sombras para hacer un todo de ellas.

Pues bien, este es el primer eslabón de la mente, formado de productos simplemente sensitivos para pasar al eslabón de la percepción. El primero es, pues, la *sensación* y el segundo la *percepción*, y la diferencia entre ellos es inmensa; porque si bien la simple sensación, por ejemplo, de luz, puede tener efectos definidos, impulsándonos a movernos hacia el punto luminoso o alejarnos de él, no obstante esto, si viendo, nunca se pasara a la percepción, la inteligencia jamás se formaría.

DIFERENCIA ENTRE VER UNA COSA Y PERCIBIRLA

Debemos pensar en esto y darnos cuenta de ello por nosotros mismos. Lo interesante en el estudio de la mente es que siempre tenemos material a mano para estudiar, así nuestra propia mente, como la de los demás. Pues bien, cuando pensamos, en la diferencia entre la mera visión y la percepción, descubrimos cuán importante nos es la memoria para todo esto.



EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

¡QUE me matan! ¡favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo,
Y, viendo a la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡Oh! reina de las aves escogida,
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar a dañadoras fieras,
O, ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decía,
La águila con desprecio se reía,
Y sin usar de más atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasión primera
Vuela al nido del águila altanera;
Halla sólo los huevos, y arrastrando,
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos y se fuese,
Que a la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus polluelos
Supo el escarabajo el caso todo:
Astuto o ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla,
Y que, según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso:
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa
Arrepentida el águila y llorosa,
Aprendió esta lección a mucho precio:

A nadie se le trate con desprecio
Como al escarabajo:
Porque el más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

SAMANIEGO.



ROSA ENCARNADA

La rosa es la reina de las flores. Ninguna otra es tan hermosa como ella, ni exhala tan suave fragancia. Una de sus variedades más bellas es la de aterciopelados pétalos de color rojo obscuro, representada aquí.



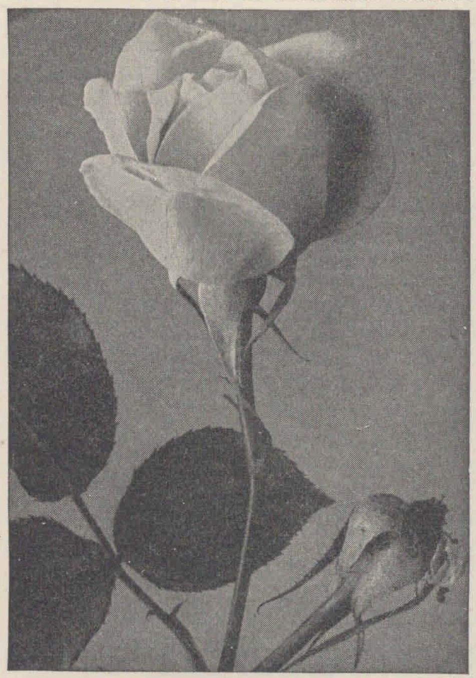
ROSA DE BENGALA

Después de las rosas de color rojo intenso, la más linda es seguramente la de Bengala, que ostenta delicados matices rosados, aunque también es hermosísima la rosa de inmaculada blancura.



ROSA ENREDADERA O DE PITIMINÍ

No hay marco más gracioso y pintoresco para la puerta de una casa de campo, que el que forman las rositas de pitiminí, que produce el rosal enredadera. Como lo indica su nombre, esas rosas son muy pequeñas.

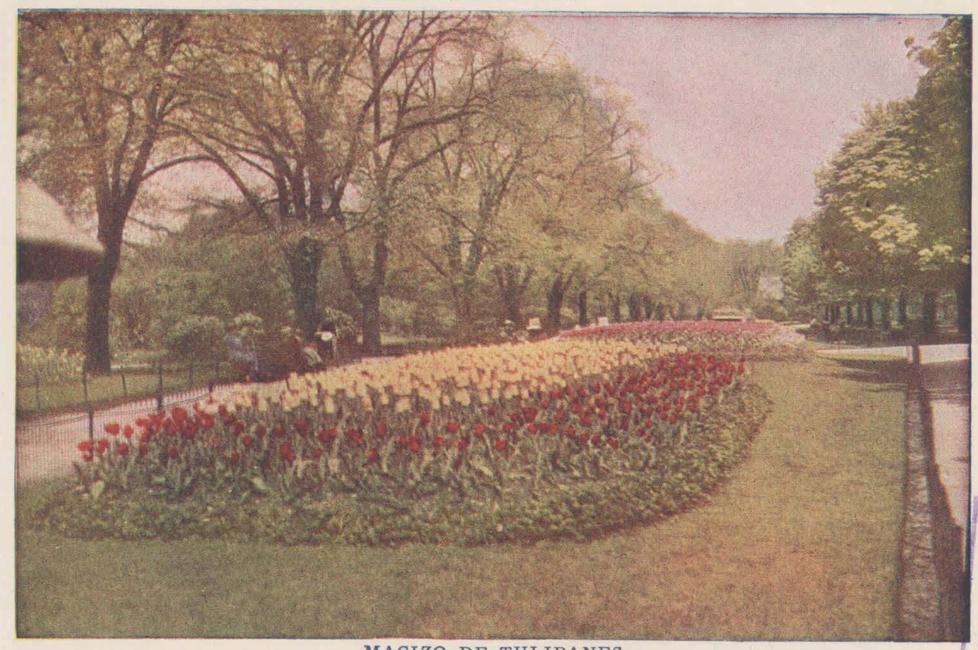


ROSA DE TE

La rosa de te es flor favorita de las personas que se dedican al cultivo de rosales, por su exquisita gracia y delicadeza. Se le dió el nombre que lleva, porque su aroma tiene vaga semejanza con el del te.

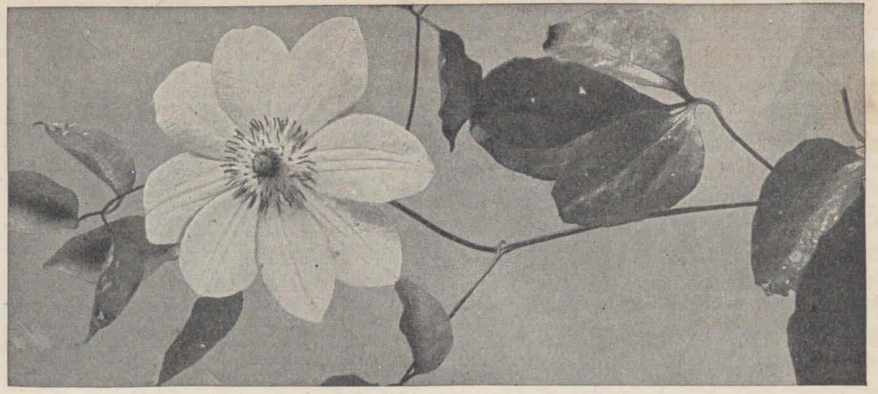
LA MAGNIFICENCIA DE LAS FLORES
EN LOS JARDINES, EN LOS CAMPOS Y EN LOS BOSQUES

Sin flores, el mundo se vería despojado de gran parte de su hermosura; tanto en las pequeñas como en las mayores, vemos reflejada tal belleza, que en vano los artistas más hábiles se esforzarían en reproducirla. A la armonía de color que prestan a los jardines, campos y bosques, como podemos ver en estos grabados, únese la suavidad de su fragancia, uno de sus mayores encantos.



MACIZO DE TULIPANES

PLANTACIÓN DE JACINTOS



Una de las más lindas variedades de clemátide, que se cultiva como trepadora para guarnecer paredes, porches, etc.

FLORES DE LOS JARDINES

EN los bosques y praderas no se halla jamás una rosa doble. Las silvestres poseen únicamente cinco pétalos, y tienen gran número de estambres y pistilos. Pero el jardinero cuida la rosa con tanto desvelo, que la ha inducido a trocar en pétalos casi todos sus estambres, y le ha dado tan diversos matices, que la primitiva flor se ha convertido en esas espléndidas rosas que, recorriendo toda la gama de colores, pasan del blanco inmaculado al purpúreo más vivo y brillante. De todos los tonos imaginables se han vestido las rosas, excepto de azul: cuantos esfuerzos se han hecho para lograrlo han resultado hasta ahora inútiles.

En los catálogos donde los botánicos y horticultores inscriben los nombres de las flores, figuran actualmente los de más de mil variedades de rosas.

¿A quién se le ocurriría nunca decir que la reina de los jardines es una flor imperfecta? Y, no obstante, esa es la verdad; porque la suprema belleza que en ella se admira, le ha costado a la rosa la pérdida de casi todos sus estambres, sin que le quede a veces uno solo. Cierto es que posee aún la mayor parte de sus pistilos, pero si producen semilla es, en la mayoría de los casos, gracias al polen que, por medio de la industriosa abeja, le regalan a la rosa sus hermanas de los prados y bosques.

Si en un rosal aparece una flor más linda que sus compañeras, el jardinero corta la rama que la sostiene y trata de arraigarla en el suelo. Al convertirse en un diminuto arbusto, separa de los tallos cierto número de vástagos, que injerta en el tronco de un rosal silvestre.

Cuando los injertos han crecido lo necesario, el jardinero los corta, para plantarlos de nuevo. De este modo obtiene cierto número de rosales con aquella ramita que cortó del primero, los cuales constituyen a veces una nueva especie de rosas.

Otra de las flores más lindas de los jardines es, sin duda, el guisante de olor, o látiro oloroso. Crece silvestre en muchas comarcas meridionales de Europa, y de allí se ha propagado a otros países. No hay necesidad de describir esta flor, porque es bien conocida; haremos notar solamente que su estructura es la misma que la del látiro de adorno, en sus dos especies, la de hoja ancha, y la de hoja estrecha. Sin embargo, estas últimas plantas son vivaces y tienen las flores apiñadas en forma de racimos, mientras que el guisante de olor es anual, y sus tallos no producen más que dos o tres flores.

El clavel silvestre es sencillo siempre, y tiene por patria las regiones que baña el Mar Mediterráneo, desde donde se ha extendido por casi todo el globo. Debe

su nombre al clavo de especia, porque el aroma que exhala se parece al de éste. En estado silvestre, esta flor es, invariablemente, de color lila; pero merced a una cuidadosa selección, y al cruzamiento entre las mejores especies cultivadas, existen ahora claveles de los más variados matices.

Todos los que suelen adornar los cuadros de los jardines, tienen, pues, estrecho parentesco con el clavel silvestre—desde los claveles reventones de Andalucía, de encendido color rojo, hasta los de China, hermosa planta anual, o los que son designados con el epíteto de barbudos.

LOS GERANIOS

Durante el verano añaden los geranios su alegre nota de color a los jardines; pero, en los países fríos, no se puede dejarlos expuestos al aire libre mientras dura el invierno.

El verdadero nombre de la mayoría de estas plantas, es *pelargonio*, aunque comúnmente se las designa con el de geranio.

Muchas de las especies y variedades más estimadas proceden del África del Sur, mas, de tal modo se ha hermoseado esta flor, por hibridación, que poco parecido ofrecen ya los geranios actuales con los primitivos.

Pueden dividirse en tres clases distintas: el pelargonio que vive en invernaderos o glorietas, cuyas grandes flores ostentan los más variados y ricos matices; el que pasa todo el año en el jardín, al aire libre, y, finalmente, el trepador o de enredadera, cuyas hojas son semejantes a las de la hiedra y que, creciendo en macetas, tan lindo marco forma a las ventanas o balcones.

EL ALELÍ

Esta planta se encuentra en los campos y prados de algunas regiones del Antiguo Mundo, y de allí se ha introducido en todos los países donde se la cultiva. Es anual, es decir, que se renueva todos los años, y a su familia pertenecen el alelí doble, y la arabeta o arabis, que al llegar la primavera se cubre como de nieve, con sus hermosas flores blancas, a orillas de los arriates, o sobre las rocas, entre cuyas grietas prospera muy bien. Esta última, o sea la arabeta, es originaria de las montañas del Cáucaso.

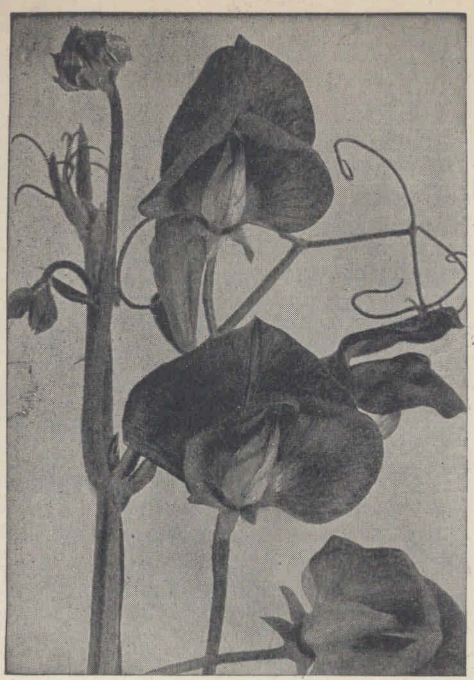
LA FAMILIA DE LOS RANÚNCULOS

Esta familia de plantas ha dado al jardín algunas de sus más bellas flores, entre otras, las distintas especies de clemátides que engalanan las galerías, porches, glorietas, cenadores, etc., trepando por sus paredes y enrejados y cubriéndolos de florecitas blancas o purpúreas. Estas últimas, de mayor tamaño que las otras, y las azules, provienen de algunas especies japonesas, y una de las mejores clases de clemátide blanca es la que se cría en las montañas de la India, de la que se derivan algunas de las que hoy más se estiman. La clemátide carece de pétalos, pero sus cuatro sépalos son muy lindos. La noble espuela de caballero, llamada también delfinio, pertenece a la misma familia.

A menudo se encuentra en los huertos, y hasta en los campos de trigo, la espuela de caballero, con hojas recortadas lo mismo que si fueran pelos, y adornada con una espiga de flores blancas, rojas o azules. Pero los delfinios que se cultivan en los jardines alcanzan casi siempre hasta dos metros de altura, y terminan en forma de larga y gruesa columna cubierta de preciosas flores azules. En la América del Norte se encuentra también esta flor en estado silvestre.

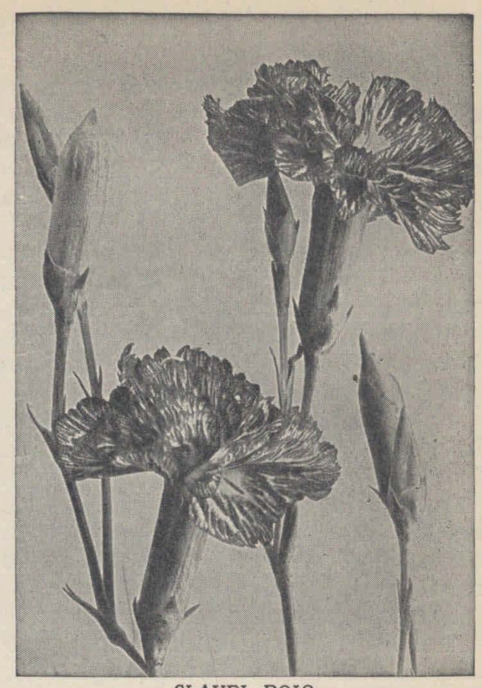
El eléboro pertenece asimismo a las ranunculáceas. Al eléboro negro se le llama a veces rosa de Navidad, a causa de la forma de sus flores, aunque nada tiene que ver con los rosales. No obstante su nombre (que debe al color de su raíz), la inflorescencia de este eléboro es blanca, muy bella, y como sus *rosas* aparecen en invierno, son muy apreciadas.

Todas esas flores, de diversos matices, son verdaderos ranúnculos, aunque de mayor tamaño que los de color amarillo



GUISANTE DE OLOR

El guisante de olor o látiro oloroso, es muy común en los jardines, y en extremo apreciado, a causa de su aroma suave y variados matices. Se le encuentra silvestre en algunas regiones de la Europa meridional.



CLAVEL ROJO

El clavel es conocido y estimado en todos los países. Los hay de variadas formas e infinitos colores. Su olor se parece bastante al del clavo de especia, y a esto debe el nombre con que se le designa.



LÁTIRO DE ADORNO

Esta planta prospera casi en toda clase de terrenos, hasta en los más pedregosos. A diferencia del guisante de olor, cuyas flores brotan en pares o tríos, las de esta especie forman vistosos racimos.



LÁTIRO BLANCO OLOROSO

En los jardines se ve al guisante de olor ostentando los más variados colores, desde los más vivos hasta los más delicados, pero tal vez ninguno es tan lindo como el blanco, que representa este grabado.



así llamados, y que se conocen también con el nombre de botones de oro. Provienen de Turquía y Persia, donde se cultivan desde remotos tiempos.

También pertenece a esta familia la anémona de los jardines.

Además, deben citarse las anémonas-amapolas y las anémonas del Japón; esta última planta, de gran tamaño, tiene hermosas hojas y lindas flores blancas o matizadas de rosa, mayores que las de otras especies.

La aguileña o pajarilla, el acónito y la peonía pertenecen también a la familia de los ranúnculos, aunque su forma sea en general tan distinta de la de éstos. En la aguileña se nota cierto parecido con la espuela de caballero.

Desde las comarcas bañadas por las azules olas del Mediterráneo se propagó la peonía a diversos países siglos ha, produciendo la grande y hermosa flor de obscuro color carmesí, tan conocida. Junto a ella se veía únicamente una pequeña y blanca peonía llegada de Siberia, hasta que a fines del siglo XVIII tomó posesión de los jardines una nueva especie procedente de la China y del Japón, cuya planta alcanza el desarrollo de un verdadero árbol, el cual produce flores de los más delicados matices.

LA VIOLETA

Las conocidas florecitas azules, que tan delicioso aroma exhalan, provienen de la humilde violeta que se oculta entre la hierba de los prados; y de la trinitaria, otra habitante de los campos, se deriva el pensamiento, que pertenece a la misma familia que la violeta. Varias especies de esta flor, cultivadas en los jardines, son dobles; pero, según parece, los horticultores no han tratado de obtener pensamientos dobles, sino que han mantenido esta linda flor en su primitivo estado, aumentando sólo el tamaño.

LA FUCHSIA

Esta planta prospera sólo en climas templados o cálidos, donde es muy común, y alcanza con frecuencia el tamaño de un arbolillo. Habita en Méjico, la América del Sur y Nueva Zelanda, desde donde se ha extendido por diversos países. Hay más de cuarenta especies. El nombre genérico que se les aplica es derivado del de Leonardo Fuchs, célebre médico y botánico alemán del siglo XVI.

EL POLIANTO

No se hace gran caso de esta flor en nuestro tiempo, aunque se conserva todavía en algunos jardines. Se cree que los progenitores del polianto fueron dos especies distintas de prímulas, llevando alguna abeja polen de la una a la otra.

El polianto tiene grandes flores, sostenidas por largos pedúnculos, y se engalana con rica variedad de matices.

La oreja de oso es otra variedad de la familia de las prímulas, muy apreciada antiguamente por los jardineros. Existen diversas clases de esta flor, de hermosos colores, procedentes todas de la oreja de oso amarilla que crece en los Alpes suizos.

Entre las especies de flores silvestres que se han introducido en los jardines sin que se creyera necesario modificarlas, se cuenta el lindo clavel barbudo.

LOS SEDOS

Este género de plantas comprende unas ciento cincuenta especies. Pertenece a la familia de las crasuláceas.

Los sedos silvestres habitan en casi todo el mundo, y especialmente en las regiones templadas y frías de Asia y Europa, habiendo también algunos, aunque pocos, en América, así en la del Norte como en la del Sur.

En los jardines han sido introducidas varias especies, la coloración de cuyas florescencias varía bastante, siendo ya amarilla, ya blanca, ya carmesí.

Una de las más hermosas variedades cultivadas es la que arrastra sus tallos por el suelo, cubiertos de bellas flores de color rojo muy vivo, y la cual procede del Cáucaso.



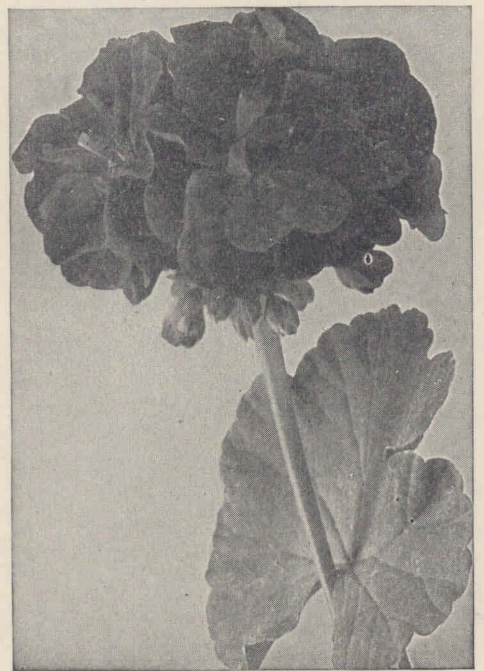
CLAVEL ROSA

Pertenece esta planta a la misma familia que el clavel rojo. Es en extremo vivaz; sus flores son muy lindas, y adornan innumerables jardines. El clavel barbudo tiene estrecho parentesco con las especies citadas.



GERANIO DE HOJA DE HIEDRA

Basta echar una mirada al grabado, para comprender la razón del nombre de esta planta. En ninguna como en esta especie ha obtenido el floricultor tal variedad de formas y matices, en hojas y flores.



GERANIO ESCARLATA

Las flores de este geranio son de vivísimo color escarlata, y difícilmente se hallaría en todo el reino vegetal nada tan alegre y llamativo como un ramo de ellas.



ALELÍ DOBLE

Todas las variedades de alelíes que hoy se conocen, provienen de dos o tres especies silvestres. La representada aquí produce flores dobles, de color vario.



ALELÍ SENCILLO

El alelí sencillo, aunque menos hermoso que el doble, es también notable por su belleza. Sus flores, que son muy abundantes, ostentan colores diversos: amarillo, morado, purpúreo, y otros muchos.



CLEMÁTIDE

Entre las plantas trepadoras ninguna supera en atractivo a la clemátide. Según las distintas especies, varía mucho su tamaño: algunas miden sólo 30 centimetros, mientras otras alcanzan hasta 15 metros.



CLEMÁTIDE AZUL

La clemátide de grandes flores azules es originaria del Japón. Necesita buena tierra, aunque también prospera en terrenos gredosos. Resulta lindísima como enredadera, para adornar ventanas, glorietas, etc



ACÓNITO

Existen 20 especies de acónitos, todas más o menos venenosas, y algunas, como el « acónito feroz », de efectos terribles, no obstante lo cual, tienen útil empleo en Medicina. Las flores son muy bellas.



FUCHSIA DOBLE

Las fuchsias son originarias de Méjico, Sudamérica y Nueva Zelanda. Hay más de 40 especies. La representada en este grabado es la fuchsia doble, hermosa variedad obtenida por los floricultores.



FUCHSIA SENCILLA

Esta otra fuchsia forma en los jardines un espeso arbusto, cuyas flores son muy bonitas. El nombre genérico de estas plantas se deriva del de un botánico alemán llamado Fuchs.



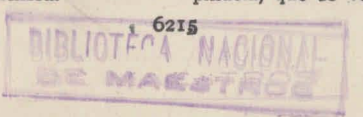
POLIANTO

El nombre de esta planta significa «muchas flores», y, en efecto, las tiene muy abundantes, formando un lindo ramo, en largos pedúnculos. El polianto busca la humedad y la sombra.



SEDO

Con este nombre se designa un género de la familia de las crasuláceas, varias de cuyas especies merecen, por su aspecto, figurar en los jardines. La piñuela, que se ve aquí, pertenece a ese género.



LOS CARDOS

Varias especies de cardos han sido asimismo admitidos en el jardín; entre otros, el cardo de bola, con sus preciosas flores azules, originario del Mediodía de Europa, y el cardo algodonero—llamado también cardo acanto y *toba,*—crecida planta provista de grandes y hermosas hojas espinosas, las cuales están cubiertas de una pelusilla blanca semejante al algodón. Esta última especie se encuentra también silvestre en los bosques. Además, deben mencionarse el cardo bendito, y el lechoso, cuyas anchas hojas están salpicadas de blanco en el centro.

SELLO DE SALOMÓN

Esta es en realidad una flor silvestre, aunque se ve con mayor frecuencia en los jardines que en los campos. Pertenece a la familia de las liliáceas, si bien su apariencia es muy distinta de la mayor parte de los lirios. Su largo tallo encorvado en forma de arco y provisto de una hilera de hojas a cada lado, se asemeja más bien a la fronda de alguna palma. Son muy singulares sus flores, de un blanco verdoso y en forma de estrechas campanillas, que penden de los bordes del arco.

LOS LIRIOS

Extensamente representada está la familia de las liliáceas en todos los jardines. Entre ellas, tal vez no existe otra tan hermosa como la blanca azucena, que se encuentra en los prados, y en las playas de algunas risueñas comarcas del Sur de Europa.

Hay también el lirio atigrado, cuyas flores, de un tono rojo anaranjado, con manchas obscuras, recuerdan la piel del tigre. Proviene de la China y del Japón, como otras varias especies de lirios.

El lirio japonés es lindísimo, con sus anchos pétalos atravesados por una faja de oro y, además, dotado de penetrante aroma. Es una de las especies más extendidas, a pesar de no ser vivaz y de no resistir al frío. Si no es templado el clima en que se le cultive, sólo se puede tener durante el verano este lirio en el jardín. Debe plantársele en macetas, y mientras dure el invierno se le colocará en el invernadero o en algún sitio resguardado, sin exponerlo al aire libre hasta que estén formados los capullos. Este lirio se ha extendido por Europa y América en época reciente.

Existe otra especie de lirio muy semejante al último citado, pero sin la faja de oro en los pétalos. Es planta vivaz, y sus flores son chicas; proviene también del Japón.

Hay, además, el lirio gigante, provisto de anchas hojas en forma de corazón, y cuyo tallo, que mide hasta tres metros de altura, termina en un racimo de hermosísimas flores blancas, parecidas a una trompeta e inclinadas hacia el suelo.

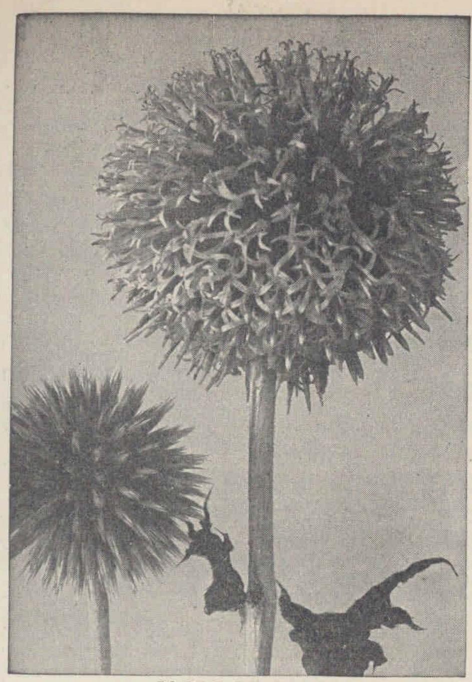
La leche de gallina u ornitogalón es otra planta que pertenece también a la familia de las liliáceas. Es originaria de Europa, pero se ha extendido por algunos otros países. Entre las plantas bulbosas pequeñas, es una de las más lindas, con sus numerosas hojas, semejantes a briznas de hierba, que rodean al tallo cubierto de blancas flores en forma de estrellas.

Hablando de los lirios no debemos olvidar el tulipán, del cual existen en los jardines numerosas variedades de distintas formas y matices. La mayor parte descienden de tres especies de tulipanes silvestres, que se encontraron, una en cierta región del Sur de Europa, otra en Siberia, y la tercera en Asia Menor.

El fragante «lirio de un día», de flores blancas, procede del Japón, lo mismo que la otra variedad azul.

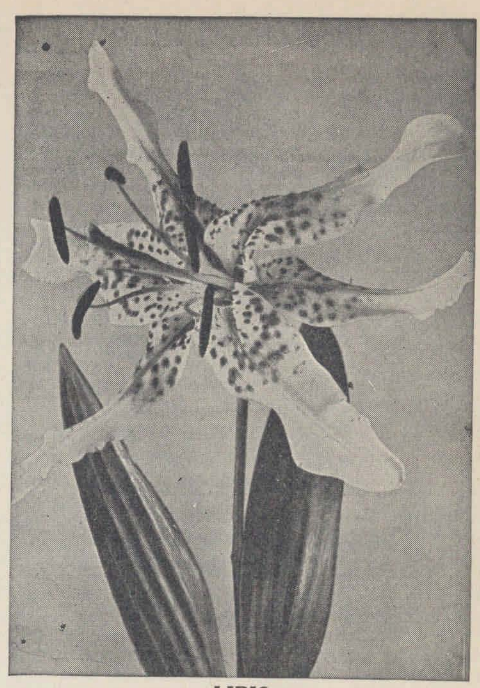
El lirio de los valles, de aroma exquisito, es planta silvestre, como lo indica su nombre, pero se le ve con mayor frecuencia en los jardines que fuera de ellos.

La tritoma, precioso adorno de los parques, que aparece a fines de verano, pertenece también a la familia de las liliáceas, y procede del África Meridional.



CARDO DE BOLA

Algunas especies de cardos son muy notables, pero entre todas la más hermosa es, sin duda alguna, el cardo de bola. Es originario del Sur de Rusia, y sus grandes y redondas flores son azules.



LIRIO

Todos los lirios son de porte magnífico y gracioso. Hay muchas especies, que guardan entre sí gran parecido, y se conocen diversas variedades, producidas por las especiales condiciones del terreno y cultivo.



LIRIO JAPONÉS

En algunos países existe la supersticiosa creencia de que la condición de esta flor, plantada en el jardín de la casa, indica el estado de salud de los individuos de la familia.



AZUCENA

He aquí uno de los más conocidos y hermosos lirios, que vive y florece durante años enteros, si se siembra en buena tierra. La cándida azucena suele simbolizar la pureza.

LOS JACINTOS

Estas plantas son asimismo liliáceas, y nacen de bulbos. Entre ellas se halla el maravilloso jacinto holandés, de suave perfume, y cuyos tallos, cubiertos de lindas campanillas de mil colores, brotan de un bulbo parecido a una cebolla. Todas sus variedades, muy numerosas, provienen del jacinto oriental, que crece en los campos de Siria.

Otra especie de jacinto, el muscarino, se halla en estado silvestre en Europa y en el Oriente. Tiene flores pequeñas, en forma de glóbulo, en lugar de las campanillas que presenta la clase anterior. Las florecitas, que cubren los tallos, están apiñadas, y como su color es azul obscuro, ofrecen cierta semejanza con un racimo de uvas. Por tal razón, se designa a esta planta en algunos países con el nombre de jacinto de viña.

En los prados se encuentra a veces cierta flor bastante parecida al jacinto, que se llama campanilla o coronilla, y también jacinto silvestre, aunque pertenece a otro género: el de las escilas.

Entre las varias especies de este género, es la más conocida la escila de Siberia, cuyas flores, de vivo color azul, aparecen muy temprano. Junto a ella se ve con frecuencia otra flor bastante parecida, que se conoce con el nombre de «gloria de la nieve», la cual es originaria de la isla de Creta, y desde allí se ha extendido por muchos países.

LAS ESPECIES DEL GÉNERO AMARILIS

He aquí otro grupo de plantas bulbosas que ofrecen cierta semejanza con las liliáceas, pero pertenecen a la familia de las amarilídeas. Miembros de ella son el galanto nival o «rompe nieve», el narciso y la amarilis belladona. El primero es muy común en los jardines europeos, aunque en la actualidad lo reemplaza con frecuencia otra variedad de su misma especie, procedente del Asia Menor.

Varias clases de narcisos se ven en los jardines: las más extendidas son el narciso propiamente dicho, el junquillo, el ojo de faisán, el narciso poliantes y algunas otras.

LA FAMILIA DE LAS IRÍDEAS

Existe cierto número de plantas seudo bulbosas, en las cuales el rizoma es sólido, en lugar de presentar escamas carnosas como los verdaderos bulbos. Pertenecen a la familia de las Irídeas, y comprenden el azafrán y el gladiolo.

Los iris constituyen un numeroso grupo, en el que están incluídos los iris españoles e ingleses, cuyos bulbos permanecen bajo la tierra, y presentan hojas estrechas semejantes al junco, y los iris alemanes, cuyo grueso rizoma sale a la superficie del suelo y tiene anchas hojas en forma de espada. Todos son muy hermosos, y algunos producen flores de tan ricos y variados matices como las orquídeas tropicales.

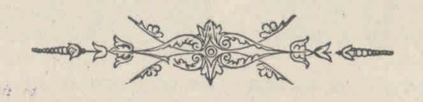
¿Quién no ha visto alguna vez, al comenzar el estío, los preciosos iris azules que florecen en los bordes de los pantanos? Si se les trasplanta a un húmedo rincón del jardín, seguirán dando sus lindísimas flores.

Las fuentes y los arroyos reflejan también en sus cristalinas aguas el precioso gladiolo.

Del Japón se han propagado por Europa y América numerosas variedades de iris, a cual más bonita.

En algunas regiones meridionales de Europa y de Asia se encuentra en los prados el azafrán, y de esta planta silvestre provienen las distintas clases: blanca, azul, purpúrea y amarilla, que embellecen los jardines.

El gladiolo es originario de ciertas comarcas del Sur de África.



CRISANTEMOS REPRESENTADOS EN SUS COLORES NATURALES

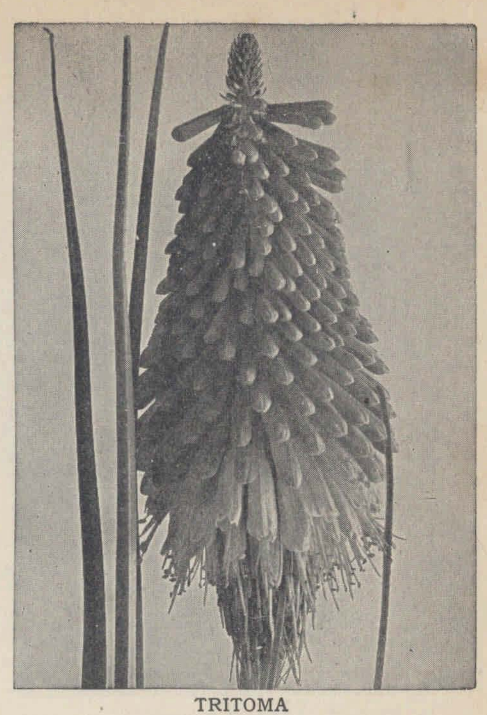


HERMOSO CONJUNTO DE CRISANTEMOS CRIADOS EN UN INVERNADERO



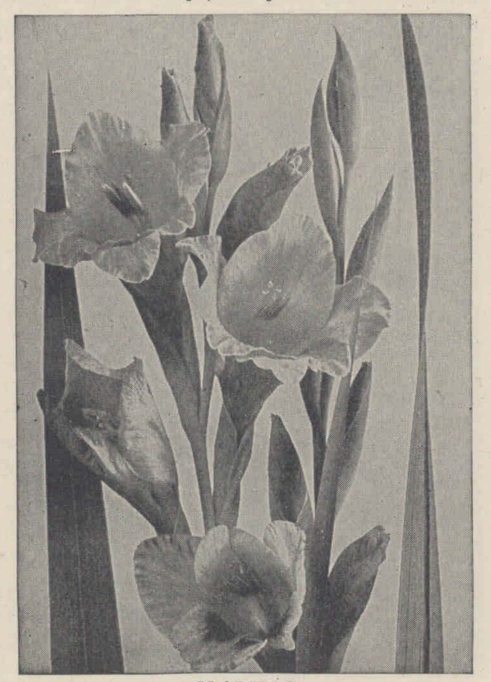
LIRIO ATIGRADO

Este lirio, originario de la China, es muy bello. Exige pocos cuidados: sólo necesita profundo suelo arenoso y algún resguardo contra las inclemencias del tiempo, si el país es frío.



TRITOMA

La curiosa planta representada en este grabadc tiene las flores del color y forma de la llama. Procede del Sur de África, desde donde se ha extendido por diversos países.



GLADIOLO

El nombre de esta hermosa flor significa « espadita », y alude a la forma de las hojas de la planta, la cual se reproduce con gran facilidad, por medio de bulbos.



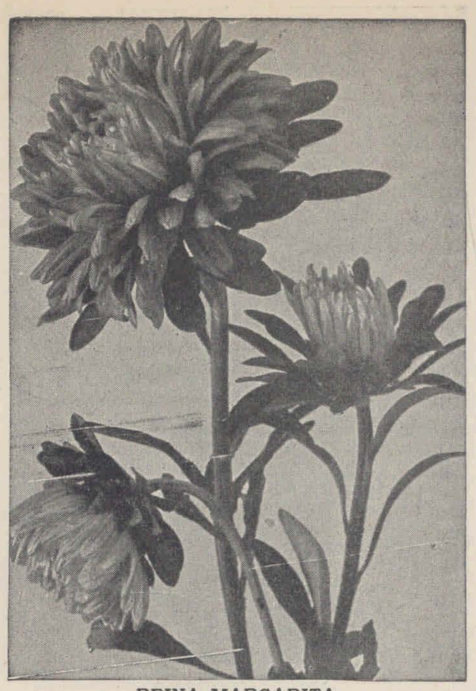
VIOLA

Esta especie de violetas es una de las más lindas entre las variedades obtenidas por medio del inteligente cultivo de la trinitaria o pensamiento silvestre.



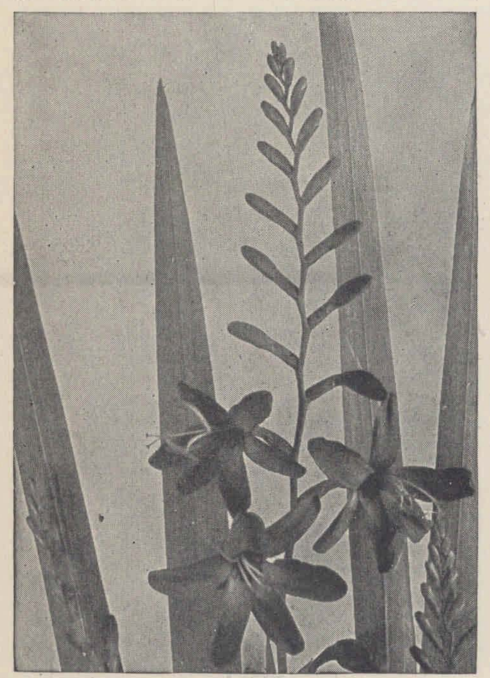
MALOPE

Las flores del malope son blancas y carmesíes, y forman preciosos grupos. La planta alcanza un metro de altura, aproximadamente, y prefiere los terrenos ricos en substancias nutritivas.



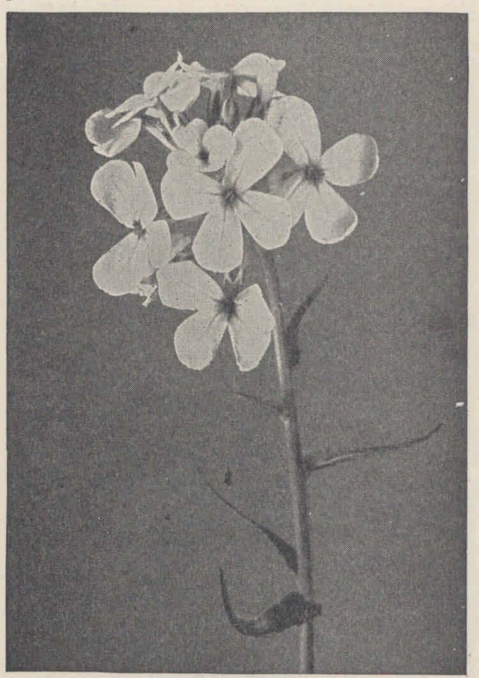
REINA MARGARITA

Si se concede a esta planta la atención necesaria, añade con sus flores una viva y alegre nota de color al jardín donde se la cultiva. Necesita una profunda capa de buena tierra.



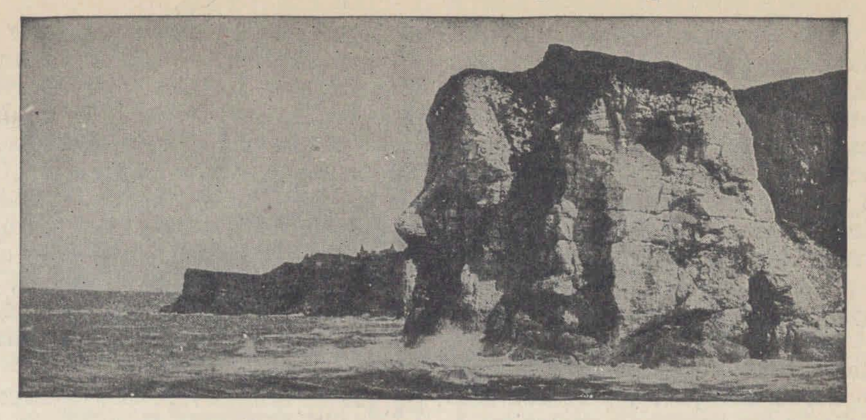
MONTBRECIA

Esta graciosa planta vive y prospera, durante años enteros, hasta en pobre terreno calizo, pero serán mucho más lindas sus flores, plantada en buena tierra, que no sea muy húmeda.



VIOLETA DE DAMA

Rigurosamente hablando, no es ésta una violeta, sino una hespéride. En estado silvestre, las flores son por completo inodoras, pero las cultivadas exhalan una fragancia muy agradable.



¿POR QUÉ SON LAS MEDICINAS DESAGRADABLES?

SI estudiamos con escrupulosidad las leyes que rigen el sentido del gusto, lo que es agradable o repulsivo al paladar, en los animales inferiores y en los niños, encontramos una regla general que debiera servirnos de lección. Dicha regla no subsiste para las personas mayores, porque sus ideas relativas a lo que es agradable o repugnante han sido gradualmente alteradas por la costumbre, y este es el motivo de que les parezcan agradables ciertas cosas, que de niños por nada del mundo se hubieran atrevido ni aun a tocarlas siquiera.

La regla mencionada es que, por lo general, las substancias que constituyen alimentos naturales, saludables y apropiados para el ser que estudiamos, son siempre de su agrado, encontrando las demás repulsivas.

Nuestra opinión relativa a lo que es agradable o repugnante es la guía natural de lo que constituye para nosotros un alimento bueno o malo. Sin embargo, no debemos fiarnos mucho de esto, porque el apetito puede a veces engañarnos, como ocurre también en ocasiones con los animales; pero bastante peor estaríamos sin esta inclinación instintiva, y es una lástima que no nos guiemos más a menudo por ella. Es cosa interesante que cuando el médico desea que nos parezca una medicina menos repugnante, y lo más agradable posible, le añade algunas substancias obtenidas de un alimento natural de los seres humanos. Ciertas frutas, tales como las naranjas, constituyen uno de nuestros alimentos naturales, y los médicos emplean con suma frecuencia la tintura de naranja para hacernos menos repulsivos los medicamentos.

¿POR QUÉ VARÍA EL COLOR DE LAS FLORES?

No sabemos a punto fijo qué es lo que produce los diversos matices de las flores. Nos es imposible alterar el color de una flor de una manera completa, aunque empecemos por sembrar su semilla, a no ser que la privemos de todo color, criándola en un terreno que no contenga hierro. El color les viene a las flores de herencia, siguiendo la ley general de que los hijos se parecen a sus padres.

Esto ocurre de una manera notable en algunos casos que se están estudiando actualmente, y en especial con los colores de la arveja olorosa que, como todos sabemos, varía mucho. Parece que estas variaciones son casuales, puesto que en una misma planta se ven indistintamente flores blancas, encarnadas, purpúreas, etc. Pero no es así. Los diferentes colores guardan unos con otros regulares proporciones, procedentes de la manera de obrar de las

leyes de la herencia; y, si sembramos semillas de estas flores, vemos que estas mismas leyes se cumplen también en las flores de la nueva generación. Sabemos asimismo que la única célula de la que nace cada planta contiene pequeñísimas partes vivientes que determinan el color que han de tener sus flores, y cúal ha de ser la porción de cada uno de ellos.

¿ADÓNDE VA A PARAR LA NIEBLA, CUANDO ACLARA DE REPENTE?

Esta pregunta no puede ser contestada de un modo categórico; pero sabemos muy bien lo que ocurre en ciertos casos. Por ejemplo, puede aparecer un viento caliente o frío, y llevarse la niebla por delante, como ocurre en una habitación, donde han estado fumando varias personas, cuando se hace penetrar en ella una corriente de aire. Otras veces se aclara la niebla de improviso, porque aumenta la temperatura del aire, lo cual puede ocurrir de varios modos. La niebla sólo puede presentarse, cuando la temperatura es inferior a cierto grado; y si el sol, apareciendo entre las nubes, o una corriente de aire, hacen que aquélla se eleve por encima del punto indicado, la niebla desaparecerá inmediatamente.

También la electricidad influye en este asunto. Sabemos que es posible disipar artificialmente una niebla por medio de la electricidad, como descubrió no ha mucho el sabio inglés Sir Oliver Lodge. Ahora bien, los cambios eléctricos ocurren constantemente en el seno de la atmósfera, y empezanos a descubrir que son la causa principal de las variaciones del tiempo, siendo muy probable que, a veces, cuando vemos disiparse una niebla como por arte de magia, sea debido a algún cambio sufrido por la electricidad del aire, semejante al producido por la máquina inventada por Lodge para disipar las nieblas.

¿POR QUÉ SON AZULES LAS VENAS, SIENDO ASÍ QUE NUESTRA SANGRE ES ROJA?

La sangre de las venas no es ciertamente azul; la tan ponderada « sangre azul » no existe; pero es completamente distinta de la sangre de color rojo brillante, que procede de los pulmones y corre por todo el cuerpo en las arterias. Lo que vemos en realidad es la luz que esta sangre de color rojo oscuro, que circula por las venas, nos refleja a través de las paredes de éstas, que son las que verdaderamente le dan ese tinte azulado. El que haya visto el color oscuro y apagado de la sangre venosa, comprenderá fácilmente que sólo necesita un ligero cambio para convertirse en azul.

¿QUÉ LE OCURRE AL ÁCIDO CARBÓNICO QUE EXPELEMOS AL RESPIRAR?

En el aire libre existe siempre cierta cantidad de ácido carbónico, que es el producto de la respiración pretérita de innumerables millones de animales, y de la combustión del carbón en incontables fuegos; y el que respiramos nosotros se une a él. El aire rico en ácido carbónico, que expelemos al respirar, no permanece invariable, por decirlo así, sino que los diversos gases que lo integran, incluso el ácido carbónico, se difunden poco a poco y se mezclan con el aire que los rodea.

Esta importante ley se verifica en todas las mezclas de gases. Dondequiera que se ponen en presencia diferentes cuerpos en estado aeriforme, sus moléculas se compenetran gradualmente. Este fenómeno se conoce con el nombre de difusión de los gases. Así pues, gracias a la difusión, el ácido carbónico, que expelemos al respirar, no tarda en mezclarse con el aire. Comc sabemos, no permanece estable en la atmósfera indefinidamente, porque las hojas verdes de las plantas lo descomponen, asimilándose éstas el carbono y dejando en libertad el oxígeno, que pasa a enriquecer la cantidad de él que el aire contiene.

Así pues, el ácido carbónico recorre incesantemente una especie de ciclo en el cual toman parte los animales y las plantas prestándose mutua ayuda.

¿QUÉ ES EL ESPEJISMO?

El espejismo es una imagen falsa que vemos en la parte del cielo, próxima al

horizonte, de algo que no exite realmente. Este fenómeno se presenta, por lo general, cuando es muy elevada la temperatura del aire, y concurren además otras varias circunstancias, y todos hemos oído referir las amargas decepciones que sufren, por su culpa, los viajeros que atraviesan los desiertos de la zona tórrida. Existen muchas veces en éstos ciertos lugares, llamados oasis, donde hay agua, y, por tanto, árboles verdes y sombra; y todos sabemos que a veces los viajeros creen divisar un oasis a pocos kilómetros de distancia, en el que se prometen renovar sus provisiones de agua y descansar a la sombra, y después ven con tristeza cómo, al caminar, se desvanece la dicha que soñaron. Un célebre explorador «descubrió» cierta vez y hasta dió nombre a una montaña que en realidad era sólo una visión debida al espejismo. Por eso calificamos a veces de espejismo ciertas cosas que parecen reales, pero que se disipan enteramente, cuando nos aproximamos a ellas. Por desgracia, casi todos sufrimos ilusiones de esta especie en el transcurso de la vida.

¿CUÁL ES LA CAUSA DEL ESPEJISMO?

El verdadero espejismo no es una mera apariencia en el cielo desprovista de causa real, ni una ilusión por parte de los que lo contemplan. Cuando el viajero cree ver un oasis en medio del desierto, que luego se desvanece y esfuma, lo que ha visto es la imagen de un oasis verdadero, situado a gran distancia, debajo del horizonte, que ha sido reflejado de cierto modo en alguna capa de aire; y por eso lo ve el viajero como si hubiese un espejo inmenso, colocado en el firmamento, formando un ángulo tal que haga llegar a sus ojos los rayos luminosos procedentes de aquél.

Existen, por razón natural, capas de aire a muy diversas temperaturas, cuya densidad, por lo tanto, es diferente también, y siempre que pasa la luz de un medio a otro de distinta densidad, parte de ella no prosigue su camino, reflejándose. En el mar se ven también con frecuencia ficciones parecidas debidas a una causa semejante. Vemos a veces un barco en el horizonte que parece llevar encima otro barco exactamente igual, invertido, y colocado de suerte que los extremos de los palos se tocan.

¿CÓMO SE REGISTRA LA VOZ EN EL GRAMÓFONO?

El gramófono es una clase especial de fonógrafo, aparato inventado por Édison. Ambas voces son una misma cosa realmente, pues *gramo* o *grafo* quiere decir «escribir» y *fono* sonido. La voz, o cualquier otro sonido que se quiera registrar, se escribe en un disco o cilindro. Una aguja conectada a un tambor sobre el que chocan las ondas sonoras vibra al compás de éste, y graba los sonidos en el disco. Cuando se toca el instrumento, las líneas grabadas por la aguja son recorridas por otra semejante la cual va transmitiendo a otro tambor las vibraciones que de ella recibe, tambor que produce en el aire ondas sonoras exactamente iguales a las que impresionaron el disco.

Si examinamos de cerca uno de estos maravilloros aparatos durante su funcionamiento, podremos ver con nuestros propios ojos las líneas irregulares, que constituyen la escritura del disco, que va siguiendo la aguja, y el tambor al cual ésta va fija, y oiremos las ondas sonoras producidas por este último cuando la aguja lo pone en vibración. Las personas que estudian los sonidos, y en especial las ondas sonoras de las diversas letras de que nos servimos, fotografían estas líneas y amplían después las positivas obtenidas de este modo, y así pueden estudiar con toda exactitud la forma de las ondas sonoras que producen una *a* y una *e* y las demás vocales.

¿POR QUÉ LA LUNA NO PRODUCE OLAS EN LOS RÍOS LO MISMO QUE EN LOS MARES?

No es exacto que la luna produzca las olas del mar; lo que hace es atraer hacia sí las aguas de los mares a medida que gira la tierra sobre su eje, y como el mar se mueve en forma de olas, debido a la influencia del viento, las mareas crecen y menguan también es esta forma.

La pregunta nos parece muy discreta, pues pudiera creerse que el agua de los ríos debería comportarse como la de los mares, y no cabe duda que en todas partes, lo mismo el agua que otra masa líquida cualquiera, y aun la misma corteza terrestre, experimentan la influencia de la luna.

Pero el mar es profundo y, por lo tanto, en él existe suficiente cantidad de agua para que puedan formarse ciertas especies de gibas, debidas a la atracción de la luna, produciéndose mareas visibles. El agua de los ríos es muy poco profunda en comparación de la del mar; pero cerca de la desembocadura de la mayor parte de aquéllos, por donde comunican libremente con el mar, las aguas corren hacia arriba o hacia abajo, según que la marea crezca o mengüe; y así, la influencia de las mareas puede notarse en los ríos a muchos kilómetros de distancia de su desembocadura. En el Hudson, por ejemplo, es sensible en Nueva York, y en estos casos la luna produce olas, o mejor dicho, corrientes hacia dentro o hacia fuera de los ríos.

¿POR QUÉ PARECE QUE LOS ALAMBRES DEL TELÉGRAFO SUBEN Y BAJAN CUANDO VAMOS EN EL TREN?

¡Pues porque suben y bajan en realidad! Es decir, los alambres del telégrafo cuelgan y no estan rectos como una percha de madera. Esto se observa perfectamente desde el tren, porque éste transporta el ojo del viajero con mucha velocidad y siempre en un mismo nivel; de suerte que aunque la curva de los alambres no sea grande la advertimos. La tierra atrae los alambres como a todos los demás cuerpos. Esta es otra manera de decir que poseen cierto peso, el cual les hace formar comba, o colgar un poco, entre cada dos postes. Los alambres de metal son naturalmente ponderables, y ceden bajo la influencia de su propio peso. Todo el que haya elevado una cometa a cierta altura, habrá observado que ocurre una cosa análoga con la guita o cuerda, de que nos valemos para ello. Cuando la cometa se eleva, la guita no va en línea recta desde nuestra mano hasta ella, sino que forma una curva en el aire, bajo la influencia de la gravedad de la tierra, o como se dice comunmente, por su propio peso.

¿QUÉ ES EL DOLOR Y POR QUÉ NOS MORTIFICA?

Nadie, ni el hombre más sabio de la tierra, sería capaz de contestar a esta pregunta. Sin embargo, algo podemos decir acerca del particular. Sabemos que ciertos nervios vienen a rematar en la piel, y que, cuando se les excita, nos causan dolor, de un modo semejante a la sensación de luz que nos producen los nervios de los ojos cuando son excitados. Sabemos además que cuando los expresados nervios se encuentran atrofiados, la piel permanece insensible. Sabemos asimismo que la excitación excesiva de otros nervios resulta dolorosa. La música muy alta puede ser agradable; pero, rebasado cierto límite, puede causarnos dolor. De un modo semejante, una claridad muy brillante puede resultarnos bella y sernos muy agradable, pero si su intensidad pasa de ciertos límites, herirá de un modo peligroso nuestra vista.

Pero nadie tiene la más ligera idea de lo que ocurre en los nervios ni en las células nerviosas cuando se verifica este cambio, si bien recientemente se ha dicho que los nervios varían de forma, cuando se encuentran demasiado excitados. No obstante, esto no nos explica por qué esta excitación va acompañada de dolor. Nadie sería capaz de hacer comprender lo que es el dolor a una persona que no lo haya experimentado jamás, si no es haciéndoselo sentir prácticamente; de la misma manera que tampoco podemos hacer entender lo que es la vista al que ha nacido ciego. Estas sensaciones no pueden ser explicadas por medio de la palabra, si no han sido experimentadas jamás.

¿POR QUÉ ES NUESTRA SOMBRA MAYOR QUE NOSOTROS MISMOS?

Nuestra sombra no es siempre mayor que nosotros mismos; su magnitud depende enteramente de la altura que tenga el sol sobre el horizonte. Cuando

se halla muy alto, nuestra sombra es mucho menor que nosotros; y si el sol estuviese en nuestro mismo cenit, nuestra sombra quedaría reducida a una pequeña superficie alrededor de nuestros pies. Pero, cuando más desciende dicho astro, con mayor oblicuidad nos envía sus rayos, y por eso la sombra, que en tales ocasiones proyectan nuestros cuerpos en el suelo, llega a tener a veces una longitud muy superior a nuestra altura. Si recordamos que los rayos de luz caminan en línea recta y en todas direcciones, como es fácil advertir fijándose en la llama de una bujía o de un mechero de gas, fácilmente podremos hacernos cargo de que la sombra de un objeto será tanto mayor, cuanto más lejana se halle la superficie sobre la cual se proyecta. A veces podemos comprobarlo sencillamente con nuestro propio cuerpo. Cuando el sol se halla bajo, entre las montañas, y nos encontramos sobre una loma o pico, podemos observar, en ocasiones, que nuestra sombra no se proyecta a nuestros pies, sino que, salvando el valle, va a proyectarse sobre la ladera de otro monte. Estas sombras pueden alcanzar extraordinarias dimensiones y llenarnos de terror. Cuando la tierra está situada entre la luna y el sol, arroja sobre aquélla su sombra, y produce lo que llamamos un eclipse, porque la priva de la luz del sol, ocultándola a nuestra vista. Este experimento de la longitud de las sombras podemos efectuarlo fácilmente colocando un lápiz delante de la luz de una bujía, o la mano ante los rayos del sol que se proyecten sobre el mantel de una mesa.

¿ES POSIBLE VER SIMULTÁNEAMENTE OBSCURIDAD Y LUZ EN UN MISMO LUGAR?

Si estuviésemos en la luna, tal vez nos fuera posible observar este fenómeno; porque en ella no hay nada que difunda la luz del sol, de suerte que la sombra de la noche forma necesariamente un perfil claro y distinto. Pero en la tierra hay atmósfera que esparce y refleja sin cesar la luz que pasa por ella, de suerte que las sombras jamás tienen contornos bien definidos. Esta es la explicación del crepúsculo. El sol se ha puesto ya, ha descendido debajo del horizonte, y, si no existiese la atmósfera, quedaríamos en completa obscuridad en el momento mismo en que aquél se ocultase; pero el aire se encarga de reflejar hasta nosotros la luz que sigue llegando a sus capas superiores por espacio de algún tiempo.

Claro es que los rayos del sol siguen alumbrando las capas de la atmósfera que se hallan sobre nosotros durante algún tiempo después de ocultarse aquel astro a nuestra vista, y ellas nos reflejan su luz. Empero al paso que baja el sol, sus rayos van alumbrando menor número de capas, hasta dejar de iluminar por completo las más altas; entonces cesa el crepúsculo y sobreviene la noche. En algunos puntos del globo, a causa del estado del aire, éste refleja hacia abajo mucho menos cantidad de luz, y entonces el crepúsculo es muy corto. Pero en ninguna parte es posible ver avanzar la sombra de la noche, lo cual constituiría un magnífico espectáculo.

¿POR QUÉ ES RESBALADIZO EL HIELO?

Se dice que un objeto es resbaladizo cuando la resistencia que presenta al movimiento sobre su superfice es muy escasa. Esta resistencia, o rozamiento, es una cosa que casi siempre detestamos, especialmente en las máquinas; pero sin ella tropezaríamos con grandes inconvenientes. Sin el rozamiento, no podríamos andar ni correr, y aun para permanecer parados tendríamos que guardar cuidadosamente el equilibrio. Para caminar sobre el hielo debemos usar un calzado cuyas suelas ofrezcan el mayor rozamiento posible. Si tratásemos de andar con calzado cuyas suelas fuesen de hielo, o se hallaran embadurnadas de aceite, no podríamos dar un paso, porque, prácticamente, no existiría rozamiento alguno que sostuviese nuestros pies en el lugar donde los apoyásemos. La ausencia de rozamiento, por lo que respecta al hielo, es debida a su hermoso bruñido y a su estructura cristalina.

Las moléculas del agua se adhieren unas a otras formando una superficie

lisa y suave; y mayor es aún su tersura, cuando al producirse el hielo, no existen corrientes ni viento, y la superficie del agua se halla perfectamente llana y lisa. Varias substancias, como el aceite, el barniz y la cera, pueden alisar en extremo la superficie de substancias como la madera, llegando casi a anular el rozamiento. Cuando patinamos, hacemos uso de una superfice de metal lo más lisa posible, lo mismo en su parte plana que en sus bordes, y, aunque el rozamiento no es escaso en el momento de trazar la planchuela del patín una raya en el hielo, no es bastante para impedir que resbalemos sobre sus bordes varios metros cada vez.

¿SUFRE EL ÁRBOL ALGÚN DAÑO CUANDO LE ARRANCAMOS UNA HOJA?

La palabra *daño* puede significar *dolor* o *perjuicio.* Desde luego, el hecho de arrancarle una hoja no puede producirle dolor al árbol, porque éste no puede sentir semejante cosa; pero cuando le arrancamos una hoja verde, las células vivas por donde el seccionamiento se efectúa algo deben sentir, por muy rudimentario que tal sentimiento sea; aunque ni por un momento podamos suponer que en nada se asemeje al dolor, ni que cometamos con ello una crueldad con el árbol, como si a un animal cualquiera le arrancásemos una parte de su cuerpo. Cuando a un árbol se le cae una hoja muerta, nada siente, porque en la base de la hoja se ha formado de antemano una capa de cierta substancia muy semejante al corcho, de suerte que, en realidad, dicha hoja ha dejado de ser parte integrante del árbol.

Ahora bien, si por daño entendemos perjuicio, la cosa varía enteramente. La hoja existe, para que el árbol viva; sirve para alimentarle; respira por medio de ella, y le ayuda a expeler el agua que sus raíces han chupado. Claro es que como los árboles poseen muchas hojas, con arrancarle una, no le causamos gran daño; pero si se las arrancásemos todas en la primavera, inmediatamente nos convenceríamos del inmenso perjuicio que con ello le irrogaríamos. Pero cuando los vientos otoñales se llevan entre sus ráfagas las hojas de los árboles, éstos no sufren daño alguno, porque se han asimilado ya la parte de dichas hojas que pueden serles útil, y hasta el año inmediato no las necesitarán nuevamente.

¿POR QUÉ NO EVAPORA EL SOL LA SAL DE LOS MARES?

Los diversos cuerpos simples y compuestos difieren de una manera natural y permanente unos de otros en su grado de *volatilidad,* o facultad de evaporarse. Algunos, como los cuerpos simples gaseosos, y un cuerpo simple líquido como el bromo, o uno sólido como el yodo, son en extremo volátiles; y lo mismo sucede con algunos cuerpos compuestos, como el agua. Estos cuerpos, en condiciones favorables, toman el estado gaseoso y se mezclan con el aire. Pero otros muchos cuerpos simples y compuestos se volatilizan con gran dificultad. El carbono, por ejemplo, es una substancia de las menos volátiles; sin embargo, bajo el calor enorme que produce el arco voltaico, o en las estrellas, cuya temperatura es en extremo elevada, el carbono puede ser volatilizado.

Las sales del mar son todas ellas compuestos muy poco volátiles. Si se les aplicase un calor suficientemente intenso para volatilizarlas, es probable que se desdoblasen primero en sus diversos elementos. Así pues, el sol solamente puede evaporar aquellos cuerpos que, como el agua, adquieren fácilmente la forma gaseosa, porque sus rayos no poseen el calor suficiente para evaporar las sales que aquélla contiene; y aunque lo poseyese, dichas sales se descompondrían antes de evaporarse, y pasarían después separadamente al estado gaseoso los diversos elementos que las componen.

¿QUÉ ES EL RAYO?

Sabemos que el rayo hiere a menudo los edificios y los árboles, y aun a las mismas personas. Va siempre seguido del trueno, y en tiempos ya remotos se creía que era una cosa material que caía

del cielo, durante las tormentas, y hería los objetos expresados. En aquellos tiempos creíase que Dios mismo arrojaba los rayos, para aniquilar a aquellos que con sus pecados habían excitado su cólera. También los romanos creyeron que el rayo era el arma vengadora de Júpiter, padre y soberano de los dioses. Pero hoy sabemos todos que el rayo no existe realmente, y que los estragos que causa son debidos al paso de una corriente eléctrica de las nubes a la tierra, que destruye cuanto se opone a su tránsito.

¿POR QUÉ HACE EL SOL QUE LAS ARENAS MOJADAS DE LA ORILLA DEL MAR DESPIDAN VAHO?

Pocos serán aquellos de nuestros lectores que no sepan contestar por sí mismos a esta pregunta, por su sencillez, ante todo, y porque el que posee espíritu observador no tarda en explicarse el «por qué» de casi todas las cosas. Lo primero que se requiere para el estudio del mundo, o de otra cosa cualquiera, es observarlo todo con atención y cuidado. La mayoría de las personas no advierten siquiera estos hechos, o, si se fijan en ellos, no procuran explicárselos; y nunca aprenderemos grandes cosas, si no las estudiamos a fondo. La respuesta a esta pregunta es que cuando sale el sol, eleva la temperatura del aire, con lo que aumenta la capacidad de éste para contener vapor de agua, y eleva al mismo tiempo la temperatura de la arena, de las rocas y del agua que sobre ellas descansa, convirtiéndose esta última en vapor y pasando en esta forma a mezclarse con el aire. Este constante tránsito del agua del aire a la tierra y de la tierra al aire, se efectúa continuamente; pero raras veces lo vemos de un modo tan palpable.

¿POR QUÉ SE CALIENTA UN ALFILER, SI SE LE FROTA CONTRA UNA PIEDRA?

Todo rozamiento o fricción produce calor. Con un termómetro muy sensible se puede demostrar que el papel, la goma y el aire que los rodea aumenta de temperatura cuando borramos un escrito. El movimiento que engendra el rozamiento se transforma en calor, que es un movimiento invisible. En el caso de un alfiler frotado contra una piedra, se notan perfectamente los efectos caloríficos del rozamiento, en primer lugar, porque el alfiler tiene una punta muy afilada que encuentra gran resistencia al movimiento en la tosca superfice de la piedra, y en segundo lugar, porque es de metal, y como todos los metales son muy buenos conductores del calor, éste se transmite a lo largo de él fácil y rápidamente, como ocurre con un atizador cuando lo introducimos en el fuego, que al momento se caldea.

¿POR QUÉ LA NIEVE NO HIELA LAS FLORES?

A veces hiela la nieve las flores; pero esto sólo ocurre cuando la tierra se enfría tanto, que el agua que contiene se hiela. Pero tampoco se crea que las plantas en este caso mueren. A veces parece que se paraliza su vida durante un corto espacio de tiempo, para reanudarse después. Pero las plantas y las flores cuando están acostumbradas a vivir en países fríos, hállanse protegidas contra éstos por el calor que ellas mismas desarrollan.

Tal vez alguien creerá que sólo los seres dotados de sangre caliente, como nosotros, por ejemplo, pueden producir calor, y no las ranas y mucho menos las plantas; pero esto es un error, porque todos los seres animados respiran, y, al respirar, se efectúa una combustión, y toda combustión engendra calor. Por consiguiente, todos los seres vivientes producen calor, y las plantas no son, por cierto, una excepción de la regla. En gran número de casos se ha logrado medir la cantidad de calor que producen las plantas, demostrándose al mismo tiempo que muchas de éstas conservan una temperatura superior a la del aire ambiente. El poder que las plantas poseen de resistir al frío varía mucho. La vid no puede soportar temperaturas tan bajas como las plantas alpinas, porque éstas poseen la propiedad de desarrollar más calor, y por eso se conserva líquida el agua en el interior de sus células vivientes aunque se hiele fuera a la misma temperatura.

Cuando Colón desembarcó en las tierras que él llamó Indias Occidentales, muchos de los habitantes que allí encontró eran caribes, que hoy día han desaparecido, habiendo sido sustituídos en parte por negros.



Los cingaleses, como millones de otros indígenas asiáticos, viven principalmente de arroz. En este grabado se ve a unos indios desgranándolo a golpes, mientras otros lo limpian y recogen en bateas.

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

ENTRE las numerosas islas que rompen la monotonía de las aguas de los mares en ambos hemisferios, hay algunas que, por la rara riqueza de su suelo, por su conformación geológica, o quizá por haber sido teatro de célebres hechos o morada de insignes personajes, o por otras mil causas, han alcanzado alguna celebridad y sus nombres son repetidos en el transcurso de los años por muchas generaciones. Santa Elena, Elba, Chipre, Malta, las Bahamas, las Grandes y Pequeñas Antillas, Sumatra, Java, Borneo, Ceilán, Hong-Kong y otras, son islas que ofrecen especial interés por algunas de las razones arriba indicadas, y las vamos a describir someramente en este capítulo.

ALGUNAS ISLAS CÉLEBRES POR SU HISTORIA, POR SUS PRODUCCIONES, ETC.:

SANTA ELENA, ELBA, CHIPRE, MALTA, LAS BAHAMAS, LAS GRANDES Y PEQUEÑAS ANTILLAS, SUMATRA, JAVA, BORNEO, CEILÁN, HONG-KONG

LA PEQUEÑA Y SOLITARIA ISLA QUE SIRVIÓ DE PRISIÓN A UN GRAN EMPERADOR

Perdida en medio del Atlántico, entre la costa occidental africana y la oriental brasileña, brota del seno del Océano una pequeña isla, Santa Elena, cuyo suelo volcánico está en parte cubierto de eriales y desprovisto de cultivo. Atlas montañas, que de ordinario esconden su cumbre en las nubes, anuncian al navegante, a gran distancia, cuando el cielo está despejado, la presencia de esta remota isla de clima benigno y saludable, en que el ardor del sol está templado por las frescas brisas marinas.

Los islotes peñascosos que rodean su costa se ven cubiertos por numerosas bandadas de blancos pájaros marinos, que depositan una inmensa cantidad de huevos, muy buscados de los indígenas; y en las aguas cercanas a la costa aparecen frecuentemente manadas de ballenas negras, que son pescadas por los buques balleneros. Entre los eriales de su suelo hay ciempiés y escorpiones, y, en singular contraste, la parte cultivada es fecunda en pastos, hortalizas y legumbres, en tanto que los valles próximos a la costa ofrecen variada decoración de floridos naranjos, verdes platanales, extensos plantíos de piñas, guayabas y viñedos, que alegran frecuentes y numerosas bandadas de perdices rojas y el rápido vuelo de bellos faisanes, al buscar éstos los espesos matorrales de las cúspides de las montañas donde anidan.

Individuos de muy mezclada raza pueblan la isla: negros, chinos, malayos portugueses, holandeses, ingleses, etc., en número de unos 3.600.

Jamestown, ciudad edificada entre altas montañas, es la capital de la isla y residencia del gobernador, que habita una elegante quinta llamada *Plantation house*, en un delicioso sitio poblado de los más variados árboles y arbustos, y desde la que se disfruta un magnífico panorama, cuyo límite es el horizonte del mar.

Esta isla es célebre en la Historia por haber habitado en ella Napoleón I, en cautiverio desde el 15 de Octubre de 1815, que arribó a sus costas en el *Northúmberland*, hasta su muerte, ocurrida el 5 de Mayo de 1821. Longwood, residencia del emperador, es una planicie de la isla, de paisaje pintoresco, con un arroyo que se precipita de lo alto y forma una pequeña cascada.

Y en Longwood, en un valle y debajo de un grupo de sauces, lugar predilecto de Napoleón, fueron inhumados y descansaron sus restos hasta que, encontrados en perfecto estado de conservación, fueron trasladados a Francia y depositados en los Inválidos de París, en 1840.

Santa Elena fué descubierta en 1501, por el portugués Joao da Nova Galego, que le dió el nombre del santo del día en que llegó a avistarla.

Los primeros colonos fueron soldados portugueses desertores, a quienes se confinó en la isla con algunos esclavos; luego arribaron holandeses e ingleses, y con ellos gran número de negros, a los que se agregaron chinos y malayos contratados para el cultivo de la tierra. La raza que resultó de estas mezclas es de piel algo morena, pero de formas esbeltas y facciones características de la raza blanca.



VISTA DE LA ISLA DE SANTA ELENA

Como colonia inglesa, está regida la isla por un gobernador y un Consejo ejecutivo.

ELBA, EN LA QUE TAMBIÉN RESIDIÓ NAPOLEÓN I

Y ya que hemos hablado del cautiverio del gran emperador francés, recordaremos asimismo la pequeña isla de Elba, la mayor del archipiélago Tirreno, próxima a Liorna, Italia, en la cual también vivió Napoleón en destierro, lejos de Francia, subyugado por los reyes coligados que, como en son de burla, le habían asignado por reino tan reducida soberanía.

En ella se preparó Napoleón para recobrar su gloria, y su luz iluminó de nuevo el mundo, con el vivo y fugaz destello del relámpago. Viviendo en Elba, supo Napoleón que Francia estaba descontenta de su nuevo rey; su mente concibió la idea de reconquistar el poderío perdido, y el insigne guerrero vencido y desterrado, volvió a ser el glorioso emperador de una nación que se postró entera a sus plantas.

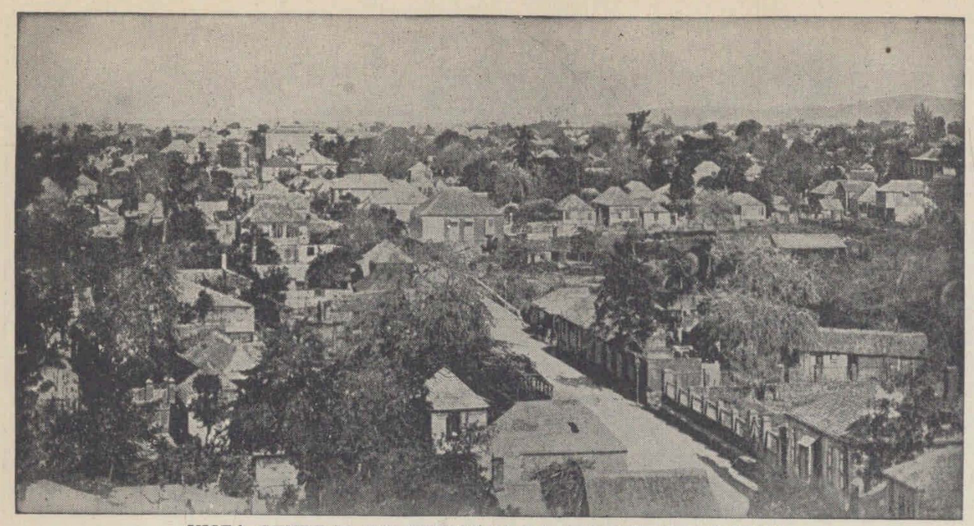
En otro lugar de esta obra decimos cómo, mientras las naciones todas creían que aquel luchador genial permanecía resignado en Elba, domado como un águila herida, él y sus escasos compañeros zarparon en algunas naves con rumbo a Francia, donde triunfó una vez más y se impuso su genio inmortal. Su atrevida fuga y su reascensión al trono son de los hechos que mayor maravilla causan en la historia del mundo.

La isla de Elba, por el lado que mira a tierra firme, presenta en los flancos desnudos de sus rocas especial color rojizo, debido a sus muchas minas de hierro, mientras en otros lugares una vegetación frondosa le da aspecto alegre y animado. Tiene 221 kilómetros cuadrados de superficie, y cuenta 26.000 habitantes.

Álzase en ella Porto-Ferrajo, plaza fuerte con ancho puerto, en donde moró Napoleón en 1814, y desde donde corre un hermoso camino que atraviesa la isla y que fué abierto por el emperador.

Elba es la antigua Etalia o Ilva. La poseyeron los etruscos, los focenses y los cartagineses; los romanos tuvieron establecimientos en ella para la explotación

OCUPACIÓN DE LA ISLA DE CHIPRE POR LAS TROPAS INGLESAS



VISTA GENERAL DE KINGSTON, LA CAPITAL DE JAMAICA

de sus minas. En épocas posteriores cayó en poder de los pisanos, de los españoles y de los ingleses, sucesivamente. Napoleón la anexionó al Imperio francés, y en 1814 le fué cedida en soberanía, según hemos dicho anteriormente. Hoy pertenece a la corona de Italia.

LA ISLA DE LOS CIPRESES PERFUMADOS, FAMOSA EN LA ANTIGÜEDAD

En la parte oriental del Mediterráneo, y próxima a tierras asiáticas, se alza riente y luminosa la bella isla de Chipre, coronada de bosquecillos de cipreses. Por su extensión, 9.590 kilómetros cuadrados, es la tercera en importancia en el Mediterráneo. Su población es también importante: 260.000 almas.

Fué célebre en otro tiempo por el número de sus ricas ciudades, su poderío naval, la fertilidad de sus campos y la abundancia de sus minas, unido todo ello a su clima, que era considerado en-



EDIFICIOS DEL GOBIERNO, EN NASSAU—ISLAS BAHAMAS



PANORAMA DE SAINT GEORGE, CAPITAL DE LA ISLA DE GRANADA

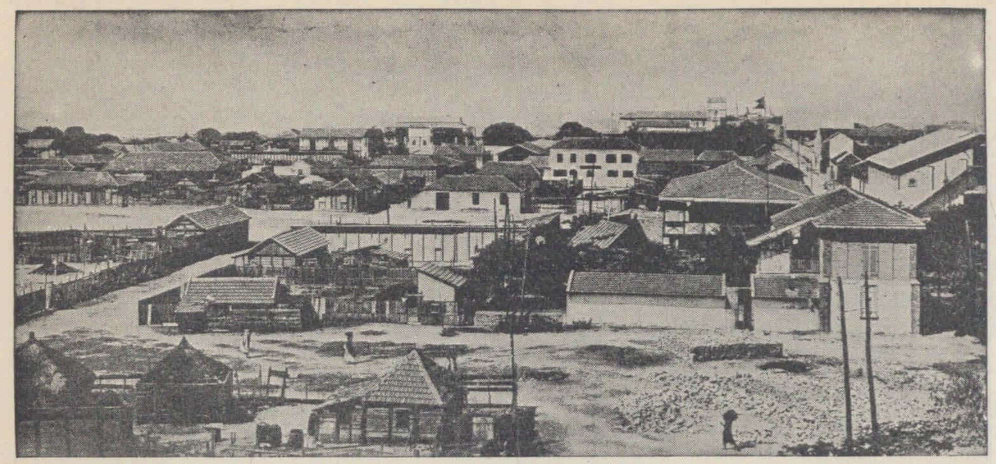
tonces como uno de los más hermosos de Europa.

Hoy nada queda de aquella pasada grandeza. En vez de extensas ciudades, el viajero no encuentra más que pueblos y aldeas; sus puertos sólo poseen barquillas de pesca; sus ricas minas están abandonadas y sus campiñas casi desiertas e incultas. Hasta el clima parece haber cambiado, pues actualmente es cálido durante parte del año, y húmedo el resto del tiempo. A pesar de eso, su fecundo suelo produce espontáneamente verdes pastos en que pacen rebaños, los cuales, aunque no tan numerosos como en la antigüedad, suministran finas lanas a la industria; y en los jardines y en torno de las viviendas brotan las plantas más delicadas, los arbustos más aromáticos y flores de las más apreciadas en Oriente.

Dícese generalmente que Chipre fué poblada por los fenicios, que se adueñaron de la isla, hasta que los griegos se establecieron en ella después de la guerra de Troya. Sus riquezas de oro y piedras preciosas, su clima y el culto de Afrodita o Venus, le dieron celebri-



GRUPO DE TRABAJADORES EN UNA FINCA AZUCARERA DE LA GUADALUPE



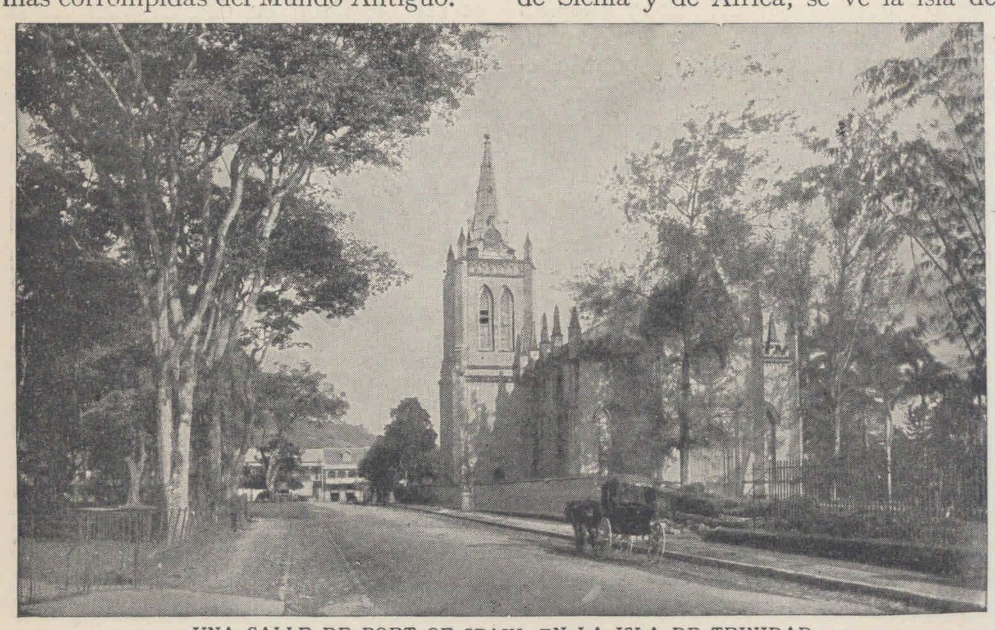
SANTO DOMINGO, CAPITAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA—ANTILLAS MAYORES—ES LA CIUDAD MÁS ANTIGUA DE AMÉRICA

dad en la edad antigua, que fué cuando gozó de su esplendor político. Sus habitantes, los chipriotas, eran marinos afamados y de los más poderosos en los buenos tiempos de Grecia. Conquistada Chipre por los egipcios, pasó a manos de los persas bajo el reinado de Jerjes, y posteriormente cayó en poder de los romanos, quienes enviaron al rígido Catón a tomar posesión de la isla, que pasaba por ser una de las regiones más corrompidas del Mundo Antiguo.

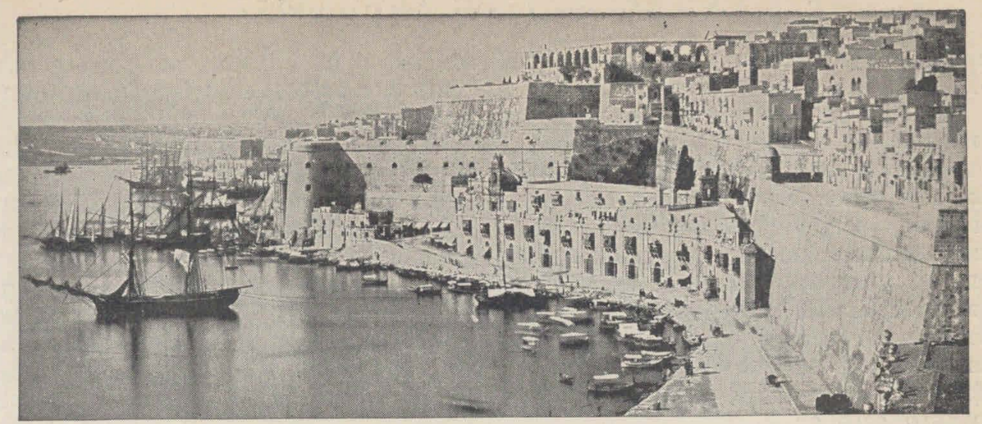
Chipre fué en la Edad Media el centro de un reino cristiano, gobernado por la casa de Lusiñán; perteneció después sucesivamente a Venecia y a Turquía, y en 1878 fué cedida a Inglaterra por los turcos. Sus ciudades principales son Nicosia y Famagusta.

MALTA

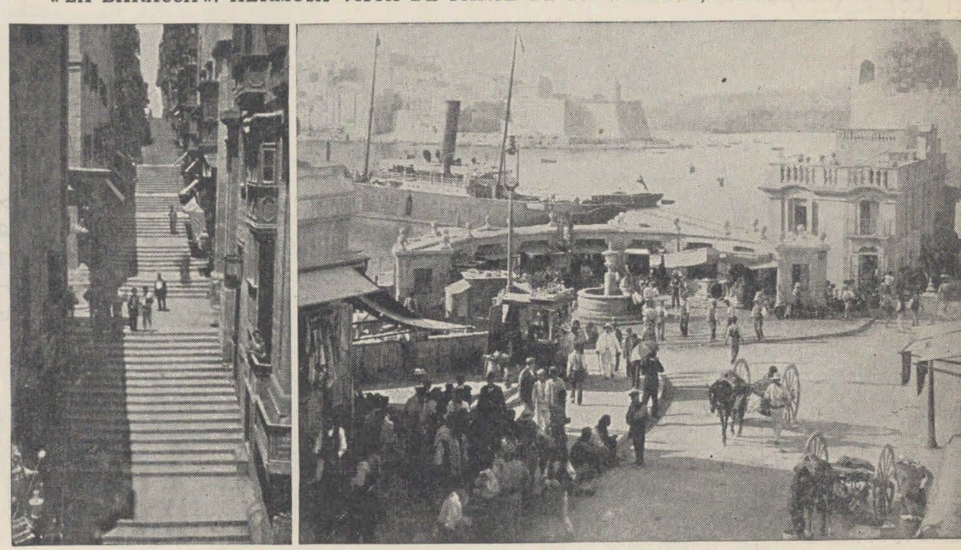
En mares italianos y entre las costas de Sicilia y de África, se ve la isla de



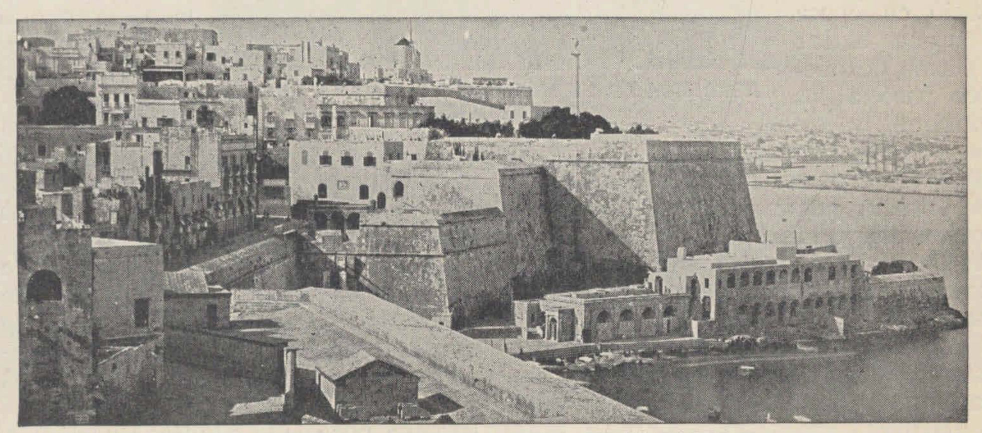
UNA CALLE DE PORT OF SPAIN, EN LA ISLA DE TRINIDAD



« LA BARACCA »: HERMOSA VISTA DE PARTE DE LA VALETTE, CAPITAL DE MALTA



CURIOSA CALLE DE LA VALETTE, A LA IZQUIERDA, Y EL PUERTO, A LA DERECHA



MARSA MUSCET, CON PODEROSAS FORTIFICACIONES, EN LA PARTE N.O. DE LA VALETTE



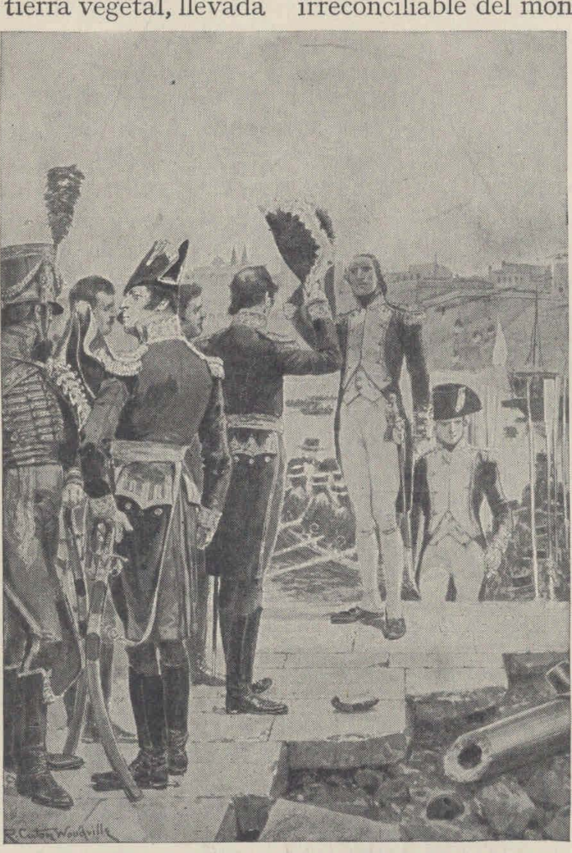
Malta, en donde Homero supuso que vivía y reinaba la ninfa Calipso.

El suelo de esta isla fué en tiempos antiguos de una esterilidad sin igual, pues toda su superficie (250 kms.²) era una capa de piedra dura que sólo el trabajo perseverante mediante el cual la han cubierto de tierra vegetal, llevada en su mayor parte de Sicilia, ha convertido en terreno tan fértil que en un mismo año se han conseguido hasta dos cosechas de determinados frutos. Este dato es altamente notable, si se tiene en cuenta que en la isla no hay ríos, ni lagos, y aun poquísimos manantiales, por lo que los malteses se proveen del aljibe o cisterna que tienen en su propia casa. El número de habitantes es de 210.000.

Malta perteneció en época remota a los fenicios, de quienes pasó a los griegos y de éstos a los cartagineses, a quienes se la arrebataron los romanos después de la primera guerra púnica. Posteriormente fueron sus dueños los vándalos, los ostrogodos y los sarracenos, de cuyas manos pasó a las de los normandos.

En 1266 cayó con Sicilia en poder de los franceses; pero vencidos éstos por catalanes y aragoneses, perteneció Malta a España.

En 1530 Carlos V cedió la isla a los caballeros de San Juan o de Rodas, que resistieron en ella un sitio memorable contra los turcos, en 1565, siendo Gran Maestre de la orden La Valette, cuyo nombre se dió a la ciudad principal de la isla, construída después de la victoria sobre los musulmanes, cuyo sultán era entonces Solimán el Grande, enemigo irreconciliable del monarca español.



RENDICIÓN DE LA ISLA DE MALTA A LAS TROPAS BRITÁNICAS, EN 1800

Cuando en 1798 Bonaparte se dirigió a Egipto, se apoderó de Malta y de las otras islas del archipiélago. Irritados los malteses, se sublevaron contra Francia y se pusieron bajo la protección de Inglaterra, que tomó posesión de la isla, quedando dueña de ella por el tratado de París de 1814.

LA PRIMERA TIERRA DE AMÉRICA QUE PISÓ COLÓN

En el archipiélago de las Antillas, entre la costa oriental de la Florida y la septentrional de Santo Domingo, se eleva sobre el nivel del mar un grupo de islas madrepóricas, llanas, bajas y por lo regular estrechas y largas: son las islas Lucayas o Bahamas.

Cuando el memorable día 12 de Octubre de 1492 el gran almirante genovés dió término a su aventurado e inmortal viaje, desembarcando por primera vez en tierras americanas, puso el pie en una isla del grupo de las Bahamas, llamada por sus habitantes Guanahaní, y le dió el nombre de San Salvador.

Colón no volvió jamás a este archi-

piélago, lleno de bancos de coral, y pasaron ocho años hasta que Vicente Yáñez Pinzón pagó con la pérdida de uno de sus buques el intento de volver a España por las islas Bahamas. Diez años después Guanahaní fué estación del viaje de Juan Ponce de León a la Florida, en 1513.

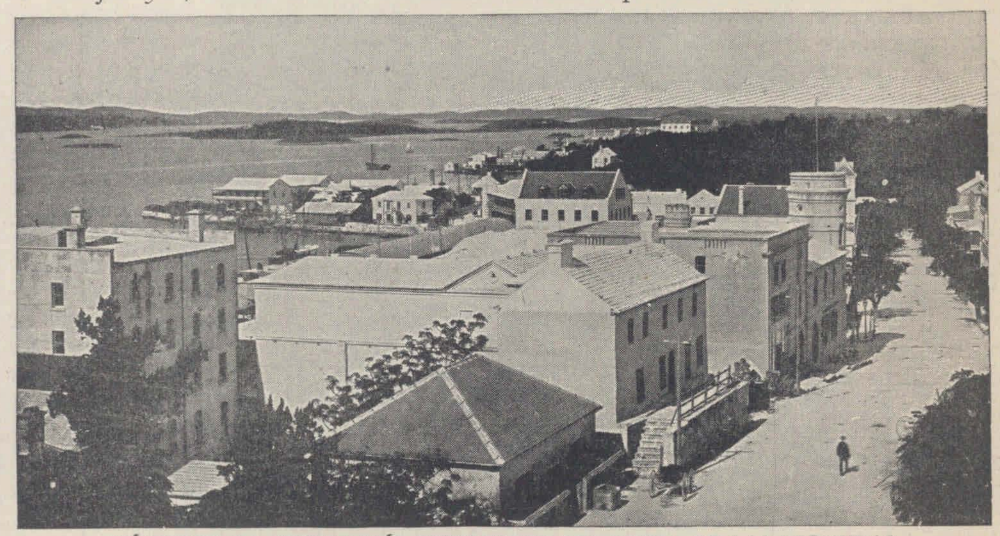
Entretanto, como disminuían los trabajadores indígenas de la Española y hacían falta brazos para las pesquerías de perlas de Humaná, los españoles se fijaron en los hombres de las Lucayas, en los *jucayos*, como se les llamaba entonces, nadadores muy diestros, y con el pretexto de que por este medio se les convertía mejor al cristianismo, se apoderaron de todos los insulares. A los pocos años ya no quedaba ni uno en el archipiélago; todos vivían lejos de su patria, en la esclavitud, y aquellas islas, faltas de oro y de hombres, quedaron abandonadas en tales términos que hasta sus nombres cayeron en olvido.

En 1667 un marino inglés, William Sayle, que iba a la Carolina, se vió obligado por una tempestad a buscar asilo en Nueva Providencia, una de estas islas, y puede decirse que descubrió de nuevo las Lucayas, o, como se las llamó desde entonces, las Bahamas.

La relación que hizo de ellas determinó a seis nobles ingleses a solicitarlas de Carlos II, y a estos colonos se debe la mayor parte de los nombres que ahora llevan las islas.

Españoles y franceses reclamaron derechos sobre ellas; cambiaron de dueño en muchas ocasiones, y, por fin, quedó Inglaterra en posesión legal del archipiélago, por el tratado de Versalles de 1783.

La ciudad principal de las Bahamas es Nassau, y la población de todas ellas es de 56.000 habitantes, las tres cuartas partes de raza negra, que antes se dedicaban especialmente al salvamento de los buques náufragos, pues los siniestros marítimos son muy frecuentes en el mar de Bahama, que está sembrado de arrecifes. Hoy hay bastante agricultura, aunque los métodos de cultivo están todavía poco adelantados.



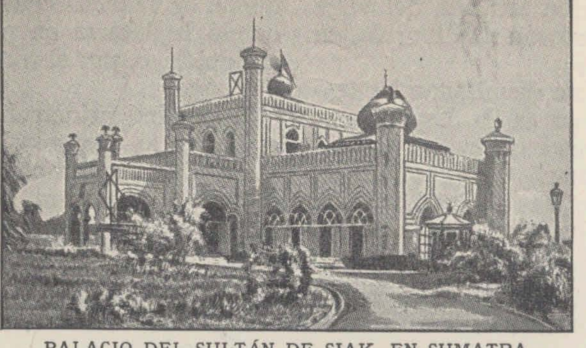
HÁMILTON, LA CIUDAD MÁS IMPORTANTE DEL GRUPO DE LAS BERMUDAS

LAS GRANDES Y PEQUEÑAS ANTILLAS

Indias Occidentales llamaron los descubridores españoles al archipiélago de las Antillas, por haber creído que eran las primeras islas de la India, y asimismo les dieron la denominación de islas Caribes, que era el nombre de algunos de sus primitivos habitantes; pero hoy día son universalmente conocidas dichas islas con el nombre de Antillas. Éstas se dividen en Lucayas o Bahamas, de que ya hemos tratado,

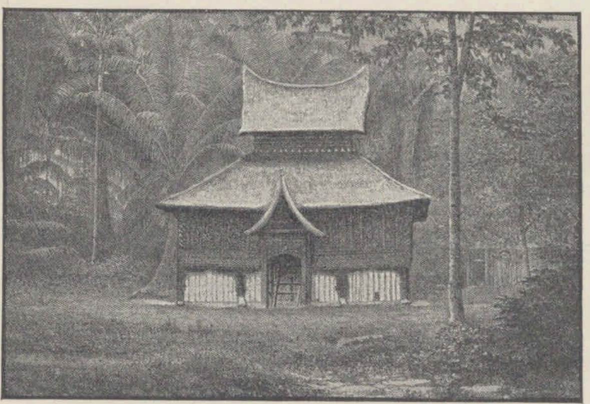
y en Grandes y Pequeñas Antillas, con las islas de Sotavento.

Las Grandes Antillas son: Cuba, Jamaica, Santo Domingo, y Puerto Rico, de la primera de las cuales tratamos detalladamente en otros lugares de esta obra; y como las Pequeñas Antillas son tan numerosas, creemos oportuno exponer las generalidades de este gran archipiélago que surge en el Atlántico entre la América del Norte y la del Sur.



PALACIO DEL SULTÁN DE SIAK, EN SUMATRA

Como ya hemos dicho anteriormente, las Antillas fueron las primeras tierras que descubrió Colón. El nombre de Antillas se remonta a la más lejana antigüedad, pues ya Aristóteles y Ptolomeo, para indicar cierta isla perdida en el Océano, usaban el nombre griego que en latín corresponde a *ante insulam*, cuya contracción dió el vocablo *antilla*. Este nombre lo usaron los cartógrafos de la Edad Media, y Américo Vespucio llamó también *Antiglia* a la isla de Santo Domingo, nombre que después se generalizó a todas las islas que componen el archipiélago.



CASA DE UN JEFE DE PADANG—SUMATRA

Pertenecieron primeramente a España, pero no habiendo puesto esta nación gran interés en afianzar su dominio en las Pequeñas Antillas, no les fué difícil a los ingleses tomar posesión de algunas, que utilizaron luego como base de operaciones para conquistar otras durante las guerras que con los españoles sostuvieron en los siglos XVII y XVIII. Los franceses se adueñaron de algunas otras, e igualmente los holandeses y dinamarqueses. Las islas de Cuba y Santo Domingo son las únicas independientes, y la primera es la más rica e importante de todas. Comprende la última las dos repúblicas de Santo Domingo y Haití.

Casi todas las Pequeñas Antillas son de formación volcánica, y en ellas abundan los basaltos y las lavas; en algunas hay todavía cráteres de volcanes extinguidos, que aun exhalan vapores; en sus montañas brotan aguas termales. Son bastante frecuentes los terremotos, que, en ocasiones, causan graves perjuicios.

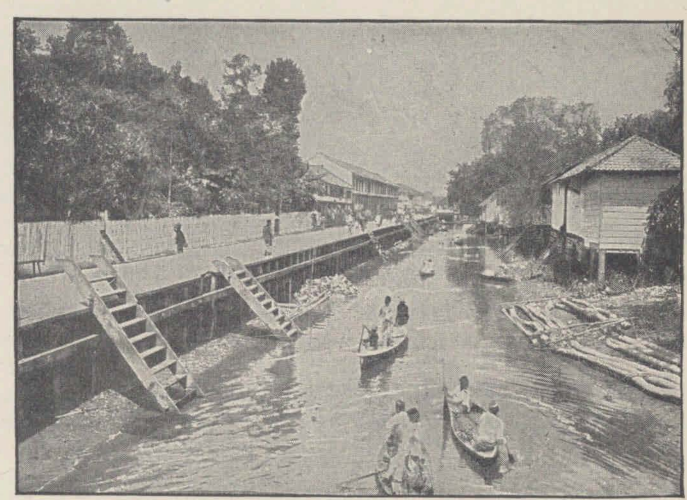
El clima es muy cálido, húmedo y malsano en las tierras bajas; la vegetación es abundantísima, y entre los productos vegetales figuran en primer término la caña de azúcar, el café, el cacao, el tabaco, el algodón y la vainilla. Crecen en los bosques el plátano, diversas clases de palmera, el sagú, que alcanza 80 metros de altura, el cedro y otros variados y útiles árboles. Dan exquisitas frutas el banano, el mamey, el mango, el cocotero, etc. La fauna de las Antillas es típicamente pintoresca y

variada: abundan allí los reptiles, caimanes, e insectos de una muchedumbre incontable de formas; las abejas dan rica miel y excelente cera; y hermosas aves pueblan sus frondosos bosques. En el mar son muy comunes el coral blanco y negro, así como los careyes, cuya concha es tan apreciada.

SUMATRA, CUYOS INDÍGENAS COMEN CARNE HUMANA

Próxima a la península de Malaca descuella en el Archipiélago Asiático la gran isla de Sumatra (430.000 kms.[2]), que hoy pertenece a los holandeses.

Por su posición tropical ostenta Sumatra poderosa vegetación; en ella hay bosques impenetrables, que jamás ha hollado la planta humana, y otros que producen maderas preciosas, gomas y resinas, y en los cuales crecen prodigiosamente el árbol del pan, el sándalo, el benjuí, la casia y más de diez especies de canelos, cuyos productos son objeto de gran exportación; no obstante, es mucho mayor la de pimienta negra.


VISTA DEL RÍO MUSI, EN LA CIUDAD DE PALEMBANG—SUMATRA

Por los bosques de la costa vagan elefantes, rinocerontes, osos, tigres, panteras y perros salvajes, a la par que sus ríos están infestados de cocodrilos.

La población de Sumatra (4.000.000) se compone de elementos muy variados; malayos, indios, árabes y chinos son los principales habitantes. Entre ellos los *battas* forman la base de la población. Sus costumbres son salvajes y miserable su vida, aunque no dejan de tener alguna idea del orden social. No nos detendremos en describir sus bárbaros usos, pero sí diremos que aunque no pasan por antropófagos, comen cruda y palpitante la carne de los reos que sufren la pena de muerte, y de quienes toda la población tiene derecho a adquirir un trozo, que devoran al punto.

Estos pueblos tienen una especie de escritura, de extraños jeroglíficos, que graban con cuchillos en la corteza de los árboles y en canutos sueltos de bambú. Su alimento se compone de vegetales casi exclusivamente.

A juzgar por las inscripciones halladas en el país, y por otros datos, la isla o parte de ella estuvo bajo la dominación de los indios en los primeros siglos de la era cristiana, y hay indicios de que existió un estado indio muy poderoso en los territorios que luego pertenecieron a la sultanía o reino de Menangkabo, que llegó a su apogeo en el siglo XV. En 1506 llegaron a Sumatra los portugueses, y en 1600 los holandeses se apoderaron de algunos puntos de la isla, que, después de varias vicisitudes, quedó definitivamente convertida en colonia de Holanda.

LA ISLA DE LAS TERRIBLES ERUPCIONES VOLCÁNICAS

Otra de las islas del gran Archipiélago Asiático, la más rica y poblada entre todas las que los holandeses poseen en esta parte del mundo, es la isla de Java, que tiene 127.000 kilómetros cuadrados de superficie, y 30.000.000 de habitantes.

Su interior está atravesado en toda su longitud por una cordillera volcánica coronada toda ella de altos cráteres, que

arrojan por lo general cenizas, piedras, vapores y fango.

Entre sus erupciones más temibles se citan la de 1586, que costó la vida a 10.000 personas, y a consecuencia de la cual se hizo pedazos el Ringhit, una de las montañas más altas de la isla; la del Galunggung, en 1822, que sepultó 150 aldeas y mató a 4.000 personas, y, especialmente, la terrible catástrofe de 1883, en que no es exagerado calcular en 70.000 el número de víctimas.



PLAZA DE MERCADO, EN JAVA, LUGAR DE REUNIÓN DE LOS INDÍGENAS

El clima de Java es muy cálido en las costas, y a tal punto calienta el sol, que, según refiere cierto explorador, habiéndose descuidado en servirse de los guantes, a los tres días advirtió que la mano, y especialmente los dedos, habían tomado el color de cangrejos cocidos.



ESCENA EN EL RÍO SOLO—JAVA

A la llegada de los holandeses a la isla, los javaneses del interior de la misma vivían en el paganismo y creían en la metempsícosis; así consideraban como un crimen matar cualquier animal, y, sobre todo, comer su carne. Se encontraban también entre ellos adoradores del sol.

Las mujeres javanesas casadas, de la clase noble, son vigiladas con extremo rigor; en su habitación no pueden penetrar ni sus mismos hijos, y cuando

salen a la calle, todos los hombres deben separarse para dejarles el camino libre, sin que ninguna persona, cualquiera que sea su jerarquía, tenga derecho de hablarles sin autorización del marido. Las javanesas son, en general, bastante feas, y de un color moreno que procuran aumentar frotándose la cara con aceite de coco. Pasan el día en la ociosidad más completa, y emplean la mayor parte del tiempo en mascar betel, hasta durante la noche.

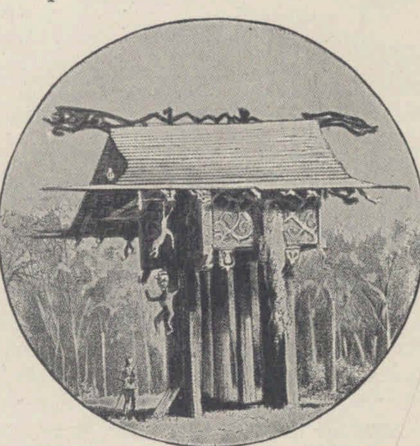


TIPO DE CASA MALAYA, EN BORNEO

Toda la isla de Java pertenece a Holanda, si bien algunos príncipes indígenas conservan la administración de sus distritos.

BORNEO, UNA DE LAS ISLAS MÁS GRANDES DEL MUNDO

Salvo Australia, que figura entre los continentes, la isla mayor del gran Archipiélago Asiático es Borneo, que fué descubierta en 1521 por los españoles compañeros de Magallanes. Tiene 750.000 kilómetros cuadrados de superficie, y 2.000.000 de habitantes.



SEPULCRO DE FAMILIA DEL RAJÁ DE DINDA

El aspecto general de Borneo es salvaje e inculto, como lo son la mayoría de sus moradores. Bosques casi impenetrables la cubren por completo, y grandes ríos, algunos anchísimos en su desembocadura, inundan con frecuencia el terreno, que se convierte en muchas partes en pantanos, cuyos miasmas ocasionan malignas fiebres entre los europeos.

Aunque situada bajo el Ecuador, el clima de esta isla es menos cálido de lo que corresponde a su latitud.

En ella se produce café, te, añil, quina, tabaco, algodón, azúcar y arroz. Los bosques tienen árboles de prodigiosa altura. El alcanfor crece en toda su lozanía; la caña llamada *rotang* o *roten* es un importante artículo de exportación.

No menos curiosa es la fauna de Borneo, pues en ella se encuentran los grandes animales salvajes del Asia tropical: dos de los mayores cuadrumanos, el pongo de Wurmb y el orangután encarnado; dos especies de toros salvajes, de gran corpulencia; osos negros, elefantes, tigres, jabalíes, los gatos de algalia, que producen el almizcle, cocodrilos, etc.

Entre sus innumerables aves son notables las famosas golondrinas llamadas salanganas, cuyos nidos, comestibles, son tan buscados por los orientales.

Los principales aborígenes de Borneo son los *dayaks*, de carácter feroz, hasta tal punto que han merecido el nombre de cortadores de cabezas; un dayak no encuentra mujer con quien casar, si no

lleva en su escudo una incisión que indique que por lo menos ha cortado una cabeza. Tanto los dayaks como los malayos, que también habitan la isla, son refractarios al trabajo; hay, sin embargo, algunos habitantes, en el interior, que se dedican a la agricultura; pero casi todos prefieren la pesca o la piratería.

Desde el punto de vista político, Borneo es en parte independiente y en parte pertenece a Holanda e Inglaterra.

LA ISLA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS Y DE LAS ESPECIAS

A la entrada del golfo de Bengala, y próxima al extremo Sur del Indostán, se destaca la gran isla de Ceilán, perteneciente a Inglaterra. (Tiene 64.000 kms.², y 4.000.000 de habitantes.)

Los griegos y romanos la llamaron Taprobane, del sánscrito Tapo-vana (bosque de penitentes), de donde el nombre de Trapobana, usado en el « Quijote » por Cervantes.


ALDEA JUNTO A UN RÍO, EN LA ISLA DE BORNEO

Los primeros pueblos que tuvieron noticia de dicha isla fueron los fenicios. Posteriormente Ceilán aparece mencionada en el libro *De mundo*, atribuído a Aristóteles. Plinio y Ptolomeo refirieron como hechos reales toda clase de fábulas y exageraciones sobre esta isla, que no fué verdaderamente conocida hasta que empezaron las navegaciones de los portugueses en los mares de la India.

La isla de Ceilán es famosa por sus pesquerías de perlas en el golfo de Manaar, como asimismo por sus rubíes, zafiros, amatistas, jacintos y otras muchas piedras preciosas que abundan en la isla.

Pocos países presentan mayor variedad en todos los grupos del reino animal. En número infinito se hallan allí los monos, particularmente en los bosques que riega el Mahavelliganga y el Kalany; considerable es el de los osos, chacales, ardillas, jabalíes, cocodrilos, etc., y extraordinario el de las tortugas, con cuyas conchas se elaboran vistosas joyas.

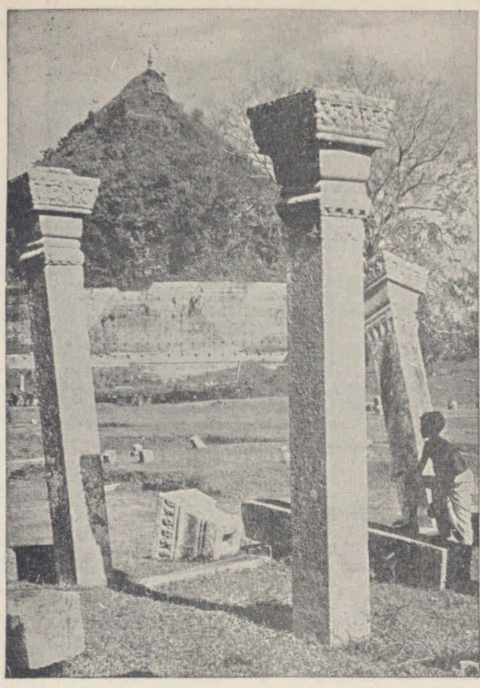
Entre sus variadas aves merecen ser nombradas el águila, el halcón, el pavo real, el papagayo, el cuervo y los cuclillos. Pero lo que constituye una originalidad en Ceilán son los insectos, que no tienen número; las arañas son a veces tan corpulentas y sus telas tan compactas y abundantes, que en una ocasión obligaron a suspender por dos y aun tres días los trabajos que se hacían para abrir caminos en los bosques; las hormigas son notables por su excepcional tamaño y por los combates que sostienen entre sí, en los que no cejan hasta que uno de los dos bandos ha exterminado enteramente al contrario.

La prodigiosa abundancia de vegetales, y particularmente de especias, ha dado a Ceilán reputación universal. Hacia el Sur de la isla brotan, entre los campos de canela y de bambúes, ixoras, eritrinas, buteas, hibiscos y considerable número de arbustos. En las montañas se ve la nuez vómica, y muchas especias.

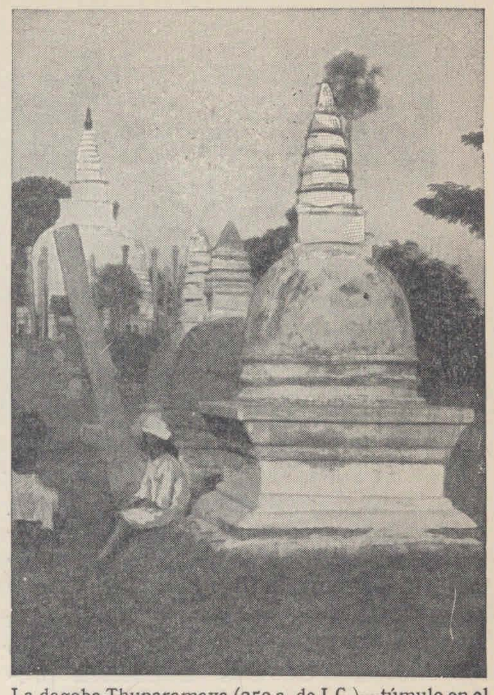
La canela, el arroz, el café y el coco son los productos peculiares de Ceilán y base de la prosperidad de su comercio, aumentada con la explotación reciente de la quina y la seda.

Los cingaleses son, quizá, de toda la raza amarilla, los que más se parecen

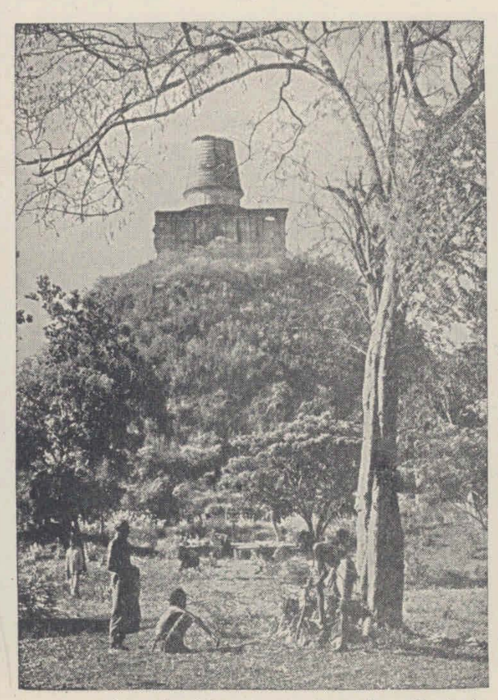
RUINAS DE ANURACHAPURA, LA ANTIGUA CAPITAL DE CEILÁN



La dagoba Ruanweli, monumento budista erigido hacia el año 200 antes de Jesucristo.



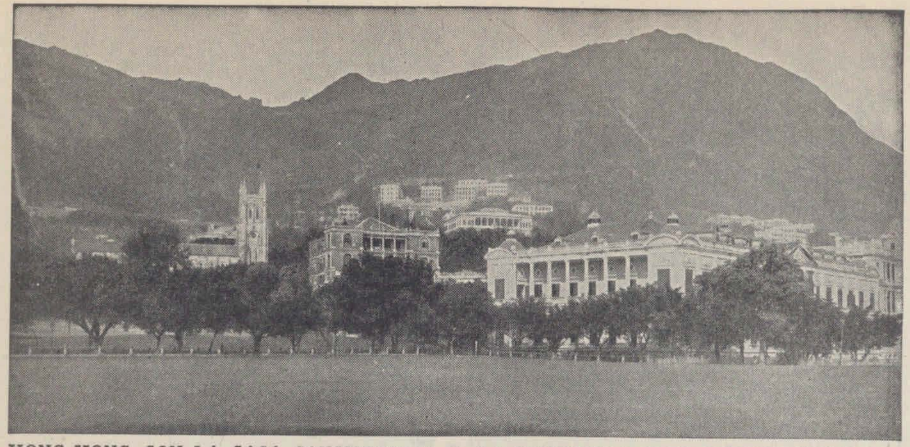
La dagoba Thuparamaya (250 a. de J.C.)—túmulo en el que se supone guardada la mandíbula inferior de Buda.



La pagoda Abayahagiriyn, que contiene otra reliquia de Buda, y cuya construcción se terminó en 87 a. de J.C.



Ruinas de un palacio de nueve pisos, edificado hacia el año 200 a. de J.C., y adornado con piedras preciosas.



HONG-KONG, CON LA CASA CONSISTORIAL, A LA IZQUIERDA, Y EL PARQUE VICTORIA, AL FONDO

a los europeos en el ángulo facial. La población europea está formada por ingleses, holandeses y portugueses; hay también algunos chinos y javaneses y otras gentes oriundas de Asia. En 1834, muerto Sri Vikrana, el último rey indígena cingalés, Inglaterra proclamó su soberanía sobre toda la isla.

HONG-KONG

Cerca de la costa sur de China y no lejos de la desembocadura del río Chu-Kiang o de las perlas, está Hong-Kong, isla que pertenece a Inglaterra. Su verdadero nombre es Hiang-Kiang, que significa *aguas perfumadas*; pero se ha

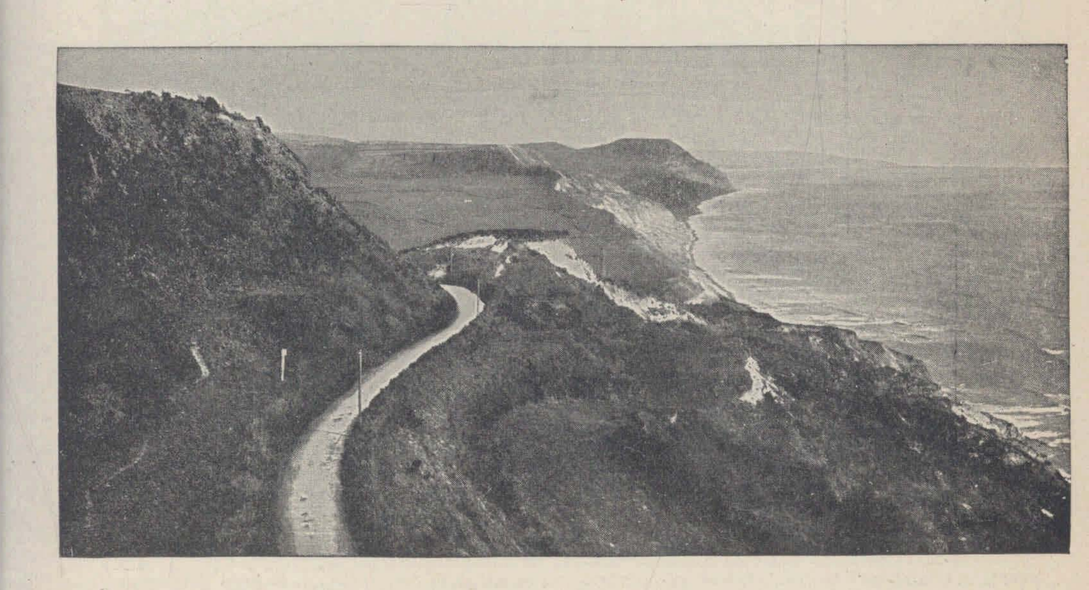
ASPECTO QUE PRESENTA HONG-KONG VISTO DESDE BOWEN ROAD

transformado en Hiong-Kong u Hong-Kong. Su área es de 75 kilómetros cuadrados, y la pueblan 350.000 habitantes. Cuando los chinos cedieron esta isla a Inglaterra, en 1842, sólo había en ella algunas aldehuelas de pescadores y agricultores; hoy se ven importantes pueblos en los valles, casas de campo y suntuosos edificios en las alturas cubiertas de bosque, y una gran ciudad en la falda del pico Victoria, designada con este mismo nombre, aunque vulgarmente con el de Hong-Kong.

A pesar de ser inglés, su puerto es ordinariamente el primero de carácter chino que pisan los viajeros al llegar a aquellas tierras asiáticas, y todo contribuye a llamar su atención: primeramente las grandes barcas y juncos chinos, adornados de molduras, dorados y pinturas de vivos colores, que con sus altos alcázares recuerdan antiguas construcciones marítimas, fondeados entre los mejores modelos de las marinas comerciales modernas; luego los champanes, pequeñas embarcaciones destinadas al tráfico de pasajeros, gobernadas unas veces por jóvenes chinas, que con gritos y sonrisas ofrecen sus servicios, otras por toda una familia pobre, de la que el padre y la hija mayor mueven los remos, mientras la madre dirige admirablemente la nave con espadilla, llevando al mismo tiempo al menor de sus hijos amarrado a la espalda.

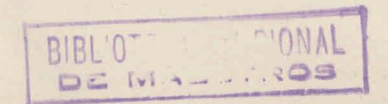
Las calles de Hong-Kong presentan durante el día aspecto animadísimo. El viajero no puede dejar de notar la trenzada coleta de los hombres y los peinados extravagantes de las mujeres; los trajes elegantes y ricos de los unos, los pies de las otras, torturados desde la infancia hasta convertirlos en informes muñones, sobre los que su satisfecha propietaria camina tambaleándose, haciendo creer a los que la contemplan por vez primera que el paso siguiente le costará una terrible caída; los palanquines llevados en hombros de dos o cuatro chinos, que avanzan con inusitada rapidez por las calles, llenas de tiendas cuyos escaparates lucen trabajos en sándalo, ébano, carey o marfil; abanicos, sedas, porcelanas, etc.; obras todas de maravillosa paciencia y habilidad.

Hong-Kong es uno de los puertos más concurridos de aquellos mares, que sólo empezaron a conocerse bien desde su colonización por los ingleses.



LOS GRANDES CORRALES DE CHICAGO

En Chicago se encuentra el mercado de ganado más importante del mundo entero. Chicago es una grande y rica ciudad del estado de Illinois (Estados Unidos), situada junto al lago Míchigan, y a sus inmensos corrales que ocupan una extensión de 232 hectáreas, se envía ganado desde más de dos mil kilómetros a la redonda. Muchos millares de hombres y mujeres tienen empleo en la industria carnicera de Chicago, ciudad que, hace setenta años, sólo contaba una o dos casas; hoy día sus habitantes pasan de dos millones.





¿CÓMO VIVÍA EL HOMBRE PRIMITIVO?

CUESTIÓN es ésta que ha dado lugar a inmensas conjeturas y discusiones. Las investigaciones más autorizadas de la ciencia inducen a sentar como enteramente ciertas las proposiciones siguientes: «Primera: no se demuestra la existencia de un período de completo y general salvajismo y degradación moral en que el hombre llevara la vida de la bestia; segunda, el laboreo y uso de los metales data de época remotísima, no muy posterior a la aparición del hombre sobre la tierra; tercera, hubo, no obstante, un lapso, de duración no bien determinada, en que el hombre vivió en la más primitiva y rudimentaria sencillez, desprovisto de casi todos los adelantos materiales que hoy poseemos.

Durante el período mencionado la caverna, definitivamente conquistada al animal, fué el refugio de nuestros antepasados; la caza y la pesca asegurábanles carnes y abrigo; y aunque algunos autores pretendan que en ese tiempo fué costumbre general la antropofagia, semejante suposición está muy lejos de contar con pruebas incontestables. Sus vestidos y adornos eran de las pieles y despojos de los animales cazados y de los rebaños que poseían. Poco después conocióse el arte de tejer como se ha visto en varios trozos de esparto hallados en las grutas y sepulturas: unas veces trenzaban y otras tejían las fibras, obteniendo groseros trozos de tela. Eran amigos de adornarse, según aparece en multitud de objetos, que hoy se conservan, utilizando para ello materiales de piedra, como calizas, turquesas, etc., con los cuales hacían brazaletes, collares y colgajos que tal vez cambiarían, iniciando así un principio de comercio, lo que parece probado por las grandes distancias a que se hallan algunos productos del yacimiento o punto de origen.

Su religiosidad está perfectamente demostrada, pues estudios hechos en las grutas más antiguas han permitido conocer todas sus prácticas y los principios de su culto; las hachas sagradas esculpidas en unas, las divinidades grotescamente figuradas en otras, las piedras con huecos, que se supone eran destinadas a sacrificios y ceremonias, lo prueban con evidencia.

Vivían aquellas gentes en tribus, que eran a la vez pastoriles y agrícolas, y el culto a los muertos se hallaba entre ellas muy difundido y arraigado, como lo atestiguan los monumentos sepulcrales

de diversas clases que de aquellos re motos tiempos se han descubierto.

Hubo también tribus nómadas esencialmente cazadoras, de condiciones sociales muy inferiores a las tribus agrícolas.

Acampaban a menudo . stas tribus a orillas de los ríos, levantando sus tiendas hechas de pieles y colocando en medio de ellas el fuego que conservaban continuamente encendido. Cuando la caza de los alrededores disminuía, los hom-



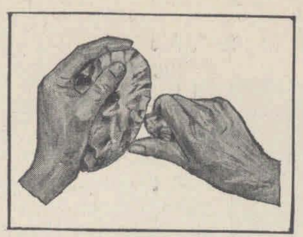
UNA TRIBU NÓMADA EN BUSCA DE LUGAR DONDE ESTABLECERSE

Las armas que usaban consistieron, primero, en morrillos de pedernal o sílex; después, en fragmentos de la misma substancia, con los bordes cortantes, tallándolos para ello convenientemente por medio de golpecitos dados de modo apropiado. Luego fabricaron puntas de flecha, hachas, etc., talladas en un principio en la forma dicha y después pulimentadas.

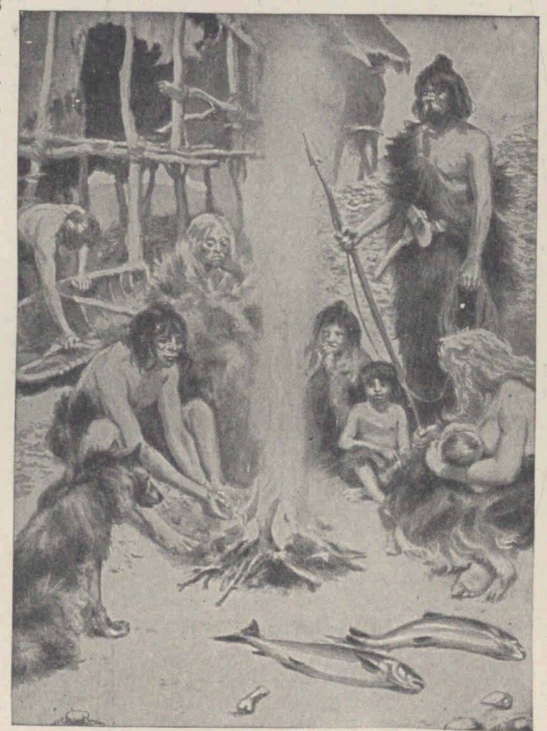
bres más fuertes de la tribu cruzaban a nado los ríos y no era raro verlos regresar, ya con una buena provisión de conejos, ya con un pingüe ciervo, que una vez descuartizado asaban sobre la hoguera.

Entonces, después de ligera discusión, se decidía la tribu a cruzar el río; las mujeres generalmente se oponían, alegando que los pequeños no sabían nadar

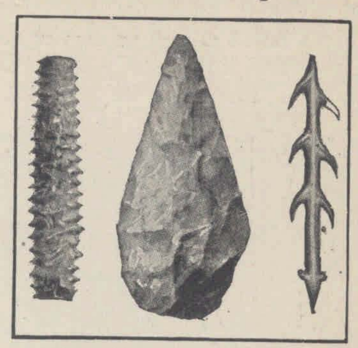
o pretextando el miedo de ser atacados todos por los animales feroces, mas no tardaban en tranquilizarlas los jefes; los hombres llevarían a los niños a horcajadas sobre sus hombros y las mujeres trasportarían las pieles de las tiendas.


CÓMO HACÍAN SUS HERRAMIENTAS

Las diferentes comarcas de la tierra no eran entonces como son hoy día, sino inmensos matorrales y enmarañadas selvas, pobladas de fieros leones, osos formidables y voraces lobos, y habitadas por bandadas de monos y ciervos; caballos y toda clase de ganado bravío, recorrían los agrestes campos y muy frecuentemente familias de monstruosos elefantes invadían los bosques. Entre los cañaverales de los anchurosos ríos chapoteaban manadas de gigantescos animales, hipopótamos, rinocerontes, caimanes y otros varios.


UNA TRIBU PREPARANDO SU COMIDA

Alentada, pues, la tribu por las autorizadas palabras del jefe, aprestábase a ganar la opuesta orilla, mas había una grave dificultad; el fuego. Era cosa natural que debían llevárselo consigo, ya que en aquellos días, eran contados los hombres que supiesen hacer fuego: la mayor parte de las tribus lo tomaban de los volcanes, de los bosques incendiados por el rayo o de alguna otra tribu que de estas fuentes naturales lo habían obtenido y conservado.


LAS ARMAS QUE USABAN

Después de detenido consejo, fabricaban con madera de pino una antorcha tan grande, que fuese suficiente para cruzar con ella la corriente y encender otro fuego en la orilla opuesta.

Otras veces construían una balsa de manera sumamente original e ingeniosa. Después de escoger algunos pinos robustos, procedían a cortarlos. Los útiles que para ello poseían eran piedras sin filo, clavadas en palos hendidos. Con tales hachas era imposible echar abajo un árbol. Hacían, pués, un agujerito en el pié de los troncos de los árboles y en él depositaban el fuego, el cual iba quemando la madera alrededor; luego esperaban que un vendabal los abatiese, y una vez sucedido esto, danzaban en

torno de ellos en señal de triunfo, orgullosos de haber vencido el poder de las selvas. Varias semanas tardaban en hacer una balsa capaz de llevar su preciosa hoguera, sus hijos y las pieles de sus tiendas. Rompían un sinnúmero de hachas al cortar las ramas de los árboles: las mujeres afilaban los pedernales mellados, mas para hacer este trabajo eran necesarias dos personas; una sostenía con ambas manos el pedernal sobre un yunque de piedra; y la otra, sentada en frente, tallaba el filo del pedernal con una piedra puntiaguda y golpeaba con un martillo, también de piedra. El trabajo era tosco, y sus herramientas no aventajaban en perfección a las piedras partidas, que vemos amontonadas a lo largo de las carreteras; esto no obstante, con ellas despojaban los troncos de su ramaje. Luego ataban los más largos con tiras de piel de ciervo y los más pequeños con ramas flexibles de sauce: hecho lo cual, rellenaban sus junturas de barro, y cuando éste se había secado, encendían sobre la nueva balsa una hermosa hoguera que avivaban con largos palos durante la travesía del río.


EL PERRO ERA YA EL COMPAÑERO DEL HOMBRE PRIMITIVO

Acaecía a veces ser atacados por un rinoceronte, mas el humo aturdía al monstruo, que espantado se alejaba entre los cañaverales, dando resoplidos.

Llegados a la orilla, y después de saltar a tierra, elegían un sitio conveniente donde colocaban el fuego: traían a sus mujeres y niños y se instalaban allí, levantando sus tiendas. Para ello clavaban cuatro palos en el suelo sobre cuyas puntas descansaban otros cuatro horizontalmente, cubriendo tan singular construcción con pieles.

Era en extremo original su manera de contar. Tenían palabras solamente para uno, dos, tres y cuatro; a cinco equivalía una mano; a seis una mano y uno; a diez, dos manos; a quince dos manos y un pie y a veinte un hombre, modo abreviado de expresar dos manos y dos pies. Si nos hubiese sido posible preguntar a una tribu compuesta de setenta y tres personas, cuantos eran, nos hubieran contestado inmediatamente: «tres hombres, dos manos y tres».

Acampaban a veces aquellas tribus

primitivas en valles abundantes en pantanos y cortados por pequeñas llanuras en que crecían frondosos árboles frutales, a cuyo pie se instalaban, pues siendo escasa la caza en aquellos contornos, se veían obligados a alimentarse exclusivamente de frutos diversos; mas estos casos eran sumamente raros, pues la mayoría de las tribus vivían de la caza, en la cual ya les ayudaba el perro, que, como en nuestros días, era su fiel compañero y despierto vigilante contra las bestias de aquellos despoblados.

Todas las agrupaciones humanas han pasado por estos tiempos, que constituyen la llamada Edad de la piedra, pues durante ella no se conocía aún el uso de los metales. Los tiempos prehistóricos, o más bien protohistóricos, se han dividido en tres grandes períodos, llamados Edad de la piedra, Edad del bronce y Edad del hierro.

CONSERVABAN CUIDADOSAMENTE EL FUEGO

Estas Edades indican las sucesivas fases por que los hombres han ido pasando en cada región. Pero el progreso de la civilización no ha sido el mismo en todas partes, ni su desenvolvimiento presenta una marcha uniforme. Así, por ejemplo, cuando los pueblos de Oriente y Egipto conocían el uso de los metales y muchas prácticas de la química que revelan una civilización muy adelantada, los pueblos de Europa, que van hoy a la cabeza de la cultura, vivían en la mayor barbarie, sirviéndose tan sólo de utensilios de piedra; y aun hoy mismo, en que por todas partes se difunden las maravillas de la mecánica y de las aplicaciones científicas de la industria, no faltan pueblos que se hallan en la Edad de la piedra.

Vino después de ésta la Edad del bronce, pues en ella nació la industria de este metal y fué época precursora del cobre. Ambos metales, cobre y hierro, tuvieron gran predominio, aunque no desapareció por completo, ni mucho menos, la piedra pulida, cuyas formas copian los instrumentos toscos y mal trabajados de aquellos de los primeros tiempos del metal. El hacha adoptaba la figura de las de piedra, con su ojo y su filo; aparecieron el dardo, la flecha, y los cuchillos; entre los objetos de adorno abundaban los pendientes, fíbulas, y anillos.

Como nota característica de su cultura podemos decir que mejoraron la indumentaria y los tejidos, en general; cultivaron muchas plantas y elaboraron productos, como pan y aceite; y construyeron viviendas más perfectas.

La Edad del hierro es el completo ingreso en la civilización, es la conquista de los elementos de la cultura actual y cierra el período de la protohistoria y el de la vida de las razas primitivas.

LA LUZ EN EL PRINCIPIO DEL MUNDO—DIBUJO DE GUSTUAVO DORÉ



TOMA DE VELO

Esta poesía de Francisco Coppée deleita no menos por su estilo animado e insinuante que por la nota de honrada sinceridad que ha puesto en ella su autor.

EN una calle próxima a la mía,
Que yo paso y repaso cada día,
Calle de poca vida y movimiento,
Vi, una mañana de Diciembre fría,
Muchos lujosos coches blasonados
Detenerse a la puerta de un convento.
Los gallardos corceles, adornados
Iban, cual suelen en nupcial jornada,
Con rosas en la pulcra cabezada;
Los vistosos lacayos empolvados
Abrían las sonantes portezuelas,
Y vestidas de armiño y ricas telas,
Damas bajaban de altanera frente,
Glacial mirada y noble continente.
Vi también apearse señorones,
Cuyo gabán de pieles medio abierto
Dejaba el pecho ver, todo cubierto
De condecoraciones;
Vi apearse prelados
Ostentando sus hábitos morados,
Y un cardenal con traje de escarlata:
Del *Faubourg Saint Germain* la flor y nata.
Se inclinaron con grave cortesía
Aquellos personajes de aire austero,
Cediendo el paso al que detrás venía,
Y entraron todos en la iglesia umbría
Con majestad quitándose el sombrero.
Marchóse la curiosa muchedumbre,
Y en la calle desierta
Del convento quedaron a la puerta
Los landós y su altiva servidumbre.
Atendí lo que hablaba
Con un solemne auriga un lacayuelo,
Y entonces comprendí que se trataba
De una toma de velo.

¡Era, pues, tu fulgor, límpida estrella,
Era tu aroma, pues, flor pura y bella,
Lo que en coro vulgar e impertinente
Congregó tanta gente!
¿Qué te puede ella dar? ¿Qué esperas de ella?
Piedad insulsa y desdeñosa. Cuando
A Dios el alma virgen consagrando,
Tú vendrás ante el ara, conmovida,
Pálida, como inquieta desposada,
Por el cendal blanquísimo velada,
Y jurarás con voz estremecida
Ser pobre y casta y fiel toda la vida;
Cuando sientas llegar a lo más hondo
De tus entrañas el contacto frío
De las tijeras, instrumento impío,
Que irán cortando tu cabello blondo,
¿Qué pensarán de tu sublime ejemplo
Los dichosos del mundo,
Que ostentan con alarde inverecundo
Su pueril vanidad hasta en el templo?
¿De qué les servirá tu sacrificio?
Irán de nuevo, ciegos, arrastrados
Por la locura o el placer o el vicio,
Al salir de estos muros consagrados
Do al mundo das la eterna despedida;
Y al ocaso, ya el cáliz de amargura
Agotado hasta el fin, cuando en tu obscura
Celda, en el duro suelo arrodillada,
No puedas más, por el cilicio herida;
Cuando dejes caer atribulada
Las manos juntas, y quizás te asalte
El horrible pavor de que te falte
Fuerza, y tu flaca voluntad sucumba,
Ellos, corriendo tras liviano encanto,
Te olvidarán, cual si el retiro santo,
Para ti fuese la cerrada tumba.

Pero yo me equivoco, dulce hermana;
Mi alma, poco cristiana,
Volar hasta tu altura no ha sabido;
Porque el hombre es perverso y corrompido,
Mústiase aquí tu juventud lozana.
Por todos cuantos pecan en el mundo
Tú te ofreciste, víctima propicia;
Y en el día supremo y tremebundo
De la eterna justicia,
Para elevar en la balanza augusta
El platillo del mal, que a ti te asusta,
Que bastará, tu corazón espera,
El peso de tu hermosa cabellera
Sobre las negras losas esparcida.
Plegaria y penitencia; ese es tu triste
Porvenir; pero tú, tú lo quisiste;
Tu libre voluntad será cumplida.
Cada día, en el mundo más se agrava
Todo mal. ¡Inocente criatura,
Por todos los tiranos, sé tú esclava!
¡Por todos los lascivos, sé tú pura!
Sé tú buena por todos los malvados;
Sé pobre, por los ricos endiosados;
Por los que son felices, sufre y llora;
Por los ateos, ora.
Como dijo el Arcángel a María,
«¡Bendita seas!» Y aunque—¡duda impía!—
Fuera desierta bóveda ese cielo
Al que diriges suplicantes manos,

Piedad pidiendo con ansioso anhelo
Para todos tus réprobos hermanos;
Aunque no obtengas nada,
Cuando joven, hermosa y envidiada,
Vivir muriendo buscas y deseas,
Niña, del ideal enamorada,
Por tu sublime error, ¡bendita seas!

LA BENDICIÓN

No puede leerse sin sentir un estremecimiento de horror, la bárbara y sacrílega escena que tan al vivo pinta Coppée en esta otra poesía.

ERA en mil ochocientos nueve cuando
Penetramos, por fin, en Zaragoza.
Yo era sargento. La jornada aquella
Fué sangrienta y horrible. Tras la toma
De la ciudad, las casas una a una
Tuvimos que ganar. Cerradas todas,
Lluvia espesa de tiros nos lanzaban
De las ventanas; y de boca en boca
Esta razón corría:—« Son los curas
Los culpables.» Y cuando, como sombras,
A lo lejos corrían, fatigados
Nosotros de luchar desque la aurora
Temprana despuntó, con las pupilas
Quemadas por el polvo, y la enfadosa
Amargura en los labios, del cartucho
Mordido sin cesar, con mano pronta
Y con ánimo alegre todavía
Solícitos gastábamos la pólvora
Haciendo fuego a los manteos negros
Y sombreros de teja. En mi memoria
Aun todo vivo está. Lento seguía
Mi batallón una calleja angosta.
De avanzada, en mi puesto de sargento,
Yo marchaba, y la vista presurosa
Volvía, a un lado y otro, a los tejados,
Y ráfagas veía aterradoras
Como alientos defragua, y a lo lejos
Sonaban en tumulto voces hórridas
Y gritos de mujeres degolladas.
Cadáveres tendidos en las losas
De la calleja, el paso detenían,
Y sobre ellos saltábamos. La tropa
Penetraba encorvada en los humildes
Tugurios, y al salir mostraba roja
La bayoneta, y dibujaba cruces
Con sangre en la pared. Precaución propia
Era de aquel desfile, a retaguardia
No dejar enemigos. Sin las notas
Alegres de la música, avanzábamos,
Sin el redoble del tambor. Faz torva
Mostraban nuestros bravos oficiales;
Y hasta los veteranos, gente heroica,
Apretaban las filas, y sentían,
Como reclutas, interior zozobra.

De súbito, a la vuelta de una esquina,
—« ¡Socorro! », con clamores de congoja
Nos gritan en francés, y tropezamos
Con una compañía medio rota
De nuestros arrogantes granaderos,
Rechazados en fuga ignominiosa
Del atrio de un convento, que guardaban
Veinte monjes no más, legión diabólica
De rapada cerviz, con cruces blancas
Visibles bien sobre las negras ropas,
Y que, descalzos, los sangrientos brazos
Arremangados, con terrible cólera,
Al golpe de tremendos crucifijos
Rechazaban las huestes invasoras.
¡Trágica escena aquélla! Disparamos
Todos, y la descarga no fué floja:
Quedó bien despejada la plazuela.
Con perverso deleite, con monstruosa
Tranquilidad, cansados ya, sintiendo
En el ruin corazón ansias hediondas
De verdugo, inmolamos aquel grupo
De mártires. Después, la feroz obra
Ya consumada, cuando el humo denso
Desvanecióse en la serena atmósfera,
Vimos, de los cadáveres, caliente
Bajar la sangre por las gradas toscas
Del pórtico, y abrirse ante nosotros
La vasta nave de la iglesia lóbrega.

Fija constelación de puntos de oro
Daban los cirios a la opaca sombra;
El incienso subiendo en blancas nubes,
Dulce esparcía su enervante aroma;
Y en el fondo del coro, cual si nada
Oyera de la lucha fragorosa,
De cara hacia el altar, un sacerdote
Flaco, muy alto, a cuya sien corona
Daban cabellos blancos, terminaba
Tranquilo las sagradas ceremonias
Del cotidiano oficio. Es un recuerdo
Que nunca de mi espíritu se borra;
Hoy, que lo cuento, tengo tan presentes
Cual si estuviese viéndolos ahora,
Aquella iglesia, cuyo extraño frontis
Algo recuerda las mezquitas moras;
Los monjes en montón asesinados;
El sol, a cuya luz deslumbradora
Humeaba la sangre, y en el fondo
Del negruzco portal, bajo las bóvedas,
Allá dentro, el altar y el sacerdote
Y el resplandor de la sagrada pompa.

Yo era entonces hereje empecatado,
Un costal de blasfemias, una alforja
De temerarias burlas, y aun recuerdo
Que encendí, por burlesca vanagloria,
Cuando una catedral a saco entramos,
Mi pipa en una lámpara, entre bromas

De mis gozosos camaradas. Pero
Aunque todo lo eché siempre a chacota,
Aquel viejo, tan pálido y tan grave,
Me daba miedo.—« ¡Fuego! » con voz ronca
Exclamó un oficial. Nadie en las filas
Se movió. El sacerdote, aquella odiosa
Orden debió entender, mas no hizo caso.
Volvióse, la eucarística custodia
En las manos, pues era el punto mismo
En que, la misa terminada, toca
Al oficiante bendecir al pueblo.
Los brazos levantó, como paloma
Que las alas va a abrir. Retrocedimos
Todos perplejos, y con calma estoica
Trazó la cruz, cual si a sus pies postrada
Estuviese, no más, la grey devota;
Y sereno, solemne, reposado,
Con religioso tono de salmodia
Y voz segura dijo:—*Benedicat*
Vos omnipotens Deus. Con estentórea
Voz el mismo oficial repitió:—« ¡Fuego,
O voto a brios! » Y la orden perentoria
Un soldado ¡un cobarde! obedeciendo,
Disparó. A la explosión espantadora
Palideció algo más el monje; pero
Sin entornar los ojos, con sonora
Entonación siguió: « *Pater et filius*.»
¿Qué alma de hiena, del soldado impropia,
Hizo entonces surgir de nuestras filas
Otro tiro? En el ara, temblorosa,
Apoyó el viejo la siniestra mano,
Y con la diestra sosteniendo la hostia,
La santa bendición completó, y dijo
En voz muy baja, que en la iglesia toda,
Sumida en el silencio, sonó clara:
—« *Et Spiritus sanctus*.» Y la fórmula
De la oración cumplida, cayó muerto.
Desprendido el viril, en las baldosas
Chocó sonante y rebotó tres veces;
Quedó espantada la aguerrida tropa
Del martirio cruel y el brutal crimen;
—*Amén*, dijo, no más, en son de mofa
Un tambor, el bufón del regimiento,
Y echó a reir con risa estrepitosa.

A LA LUZ

Miguel Antonio Caro, colombiano (1843–1909), se refiere en este canto no sólo a la luz física, sino también a la de la fe religiosa.

«¡SEA la luz! » Dios dijo; y en raudales vivíficos
De su fecundo seno la luz se propagó,
Émula al pensamiento, por los vacíos ámbitos,
A disipar del caos el primitivo horror.

« ¡Sea la luz! » Dios dijo; y en panorama espléndido
Brilló lo que en su mente se diseñaba ayer;
Los ángeles y el hombre el grandioso espectáculo
Contemplan extasiados, y a su Hacedor en él.

« ¡Sea la luz! » Dios dijo; y al espacio sin límites
Lanzó el fúlgido germen en soles mil y mil;
Y hasta en la densa nube, hasta en el duro sílice
Entró el difuso lampo, y oculto vive allí.

Mas ¡ay! tras largos siglos, de aquella noche prístina
Tal vez jirones flotan reñidos con la luz;
Quizá en limbos recónditos, quizá en ciegos espíritus
La gran reveladora no ha penetrado aún.

¡Cuán triste errar sin rumbo en horizonte lóbrego
En medio de profundo silencio y soledad!
¡Cuán grato ver destellos de algún albergue rústico
O del pálido Oriente el vago clarear!

Tú que la luz regalas aun a criaturas mínimas,
Apiádate benigno de los que no te ven!
¡Con benéfico soplo aviva en nuestras ánimas
Tu irradiación gloriosa, la recibida fe!

MÁS ALLÁ

Julio Alarcón y Meléndez, elegante y conocido escritor español contemporáneo, nacido en Córdoba (España) en 1843, y ex miembro de la Compañía de Jesús, dice en estas bellas estrofas que nadie halla felicidad completa en este mundo.

POR un áspero camino,
Un cansado peregrino
Busca la felicidad;
Y cuantos al paso halla,
Todos le dicen que vaya
Más allá.

Y cruza por los estrados
De los palacios dorados,
Buscándola con afán;
Y entre el rumor de la orgía
Siempre una voz le decía:
Más allá.

A gentes de las montañas
Pregunta si en sus cabañas

Con ellos habita en paz;
Y ellos bajan la cabeza
Y le dicen con tristeza:
Más allá.

Penetra con desaliento
Por los claustros de un convento,
Y se postra ante un altar;
Y entre el rumor de las preces
Oye a veces, sólo a veces:
Más allá.

Al fin en el camposanto
Con ojos llenos de llanto
Busca la felicidad;
Y una figura huesosa
Le dice abriendo una fosa:
Más allá.

LA HUÍDA A EGIPTO

Jacinto Verdaguer narra con graciosa ingenuidad un incidente que supone sucedido al escapar a Egipto José y María con el niño Jesús, para librarse de la persecución de Herodes.

HUYENDO María a Egipto,
Los ángeles la acompañan:
Unos limpian el camino,
A la Virgen de su carga.
No pudiendo esto los ángeles,
Con velos de oro los tapan



JOSÉ Y MARÍA, CON EL NIÑO JESÚS, BUSCAN REFUGIO EN EGIPTO

Otros de mirto lo enraman,
Éstos lo siembran de flores,
Y Ella lo riega con lágrimas
Al ver a un Dios perseguido
Por el pueblo que él más ama;
Va delante San José
Con su florecida vara,
Alguna vez descansando
Para que el sol del desierto
No ofenda sus bellas caras.
Cuando llegan junto al Nilo,
Aparejan una barca
Remo haciendo de sus brazos
Y velamen de sus alas.
El lotus abre sus ojos
Por ver a Jesús que pasa;

Con miedo el ibis lo mira
Y a las pirámides marcha
A dar la nueva a los dioses
Caídos y a los que aun se alzan.
Mientras navegan el Nilo,
La luz del día se apaga;
Y así que llegan a tierra,
So una palmera descansan,
Que, por mejor ocultarlos,
Inclina al suelo sus ramas,
Cual pabellón que se dobla
O como una celda cerrada.
Por entre el verde follaje
Dulces, los ángeles, cantan
Y hacen sonar instrumentos
Con los cuales se acompañan.
A poco el Niño se duerme,
Pero no la Virgen santa:
—Cantad, ángeles, cantad
Volando de rama en rama,
Que mi Jesús llora y sueña,
Recostadito en mi falda,
En una Cruz, que en la cumbre
Se eleva de una Montaña.
Cantad, ángeles, cantad
Hasta que sonría el alba.—
Sigue la Virgen meciendo,
Y la grey canta que canta.
Si es hermosa la canción
Más hermosa es la tonada:

—No cantes, ruiseñor, tan de mañana,
Pues despertarás al Dios del amor;
Duerme entre hierbas sonora fontana,
Duerme en tu playa leveche veloz.
Duérmete y sueña, niñín de María,
Cosas que alegren tu buen corazón.

Por ti atesora perfume la rosa,
La hija suspira, por ti, de Sión,
Que de tu frente, serena y graciosa,
Ve que a los cielos elévase el sol.
Duérmete y sueña, niñín de María,
Cosas que alegren tu buen corazón.

En Babilonia Moloc ya se aterra
Viendo que incienso no sube en su honor;
Por ti del cielo disfruta la tierra,
En ti la estrella se ve de Jacob.
Duérmete y sueña, niñín de María,
Cosas que alegren tu buen corazón.

Baja otro nuevo Moisés por el río,
Que hermosa Virgen tendrá con amor;
Pronto de Egipto hundirá el poderío,
De Roma el cetro, que al mundo rigió
Duérmete y sueña, niñín de María,
Cosas que alegren tu buen corazón.

JESÚS NIÑO

A UN arroyo de Judea
A lavar la Virgen iba,
De Jesús acompañada,
Sus pobres ropas sencillas.
Hierbecillas de los prados
Bajo sus pies florecían,
Y a su paso la palmera,
Por saludarles, se inclina.
Mientras tanto que Ella lava,
A un cerro Jesús subía,
Por ver florecer la tierra,
Ya que Mayo se avecina;
Y al ver sierras sin un árbol,
Sin siembras verdes campiñas,
Y el mundo sin fe, las lágrimas
Ruedan ¡ay! por sus mejillas.
Lavaba su Santa Madre
En el juncal de rodillas;
La ropa que era morena,
Blanca sus manos volvía;
Ampo de nieve parece
Cuando la extiende en la riba.
Por que en ellas se mirara,
Las aguas se detenían.
Por más que la Virgen lava,
En Jesús los ojos fija.
Al verle las nazarenas,
A Ella dicen sorprendidas:
—Eres, María, dichosa;
A tus blancos pechos crías
Ese palomo del Cielo,
Ese lirio que cautiva.
Él los espacios nublados
Torna claros si los mira,
Y la tierra en bello Mayo
Trueca, si en ella se fija.
Si así parece un profeta,
Ya mayor ¿qué no sería?
Mientras Él orando está
Juntas sus manos divinas,
Juegan doquier nuestros hijos
Con infantil alegría.—
Cuando desciende Jesús,
A su aprisco se encamina.
Así que le ven los niños,
A sus juegos le convidan.
—Enseñadme los juguetes,
Si es que os place, les decía.
—Son pajaritos de barro.
—Volar les haré en seguida.—
Da una palmada, y al punto,
Desplegando sus alitas,
Por aquellas nudas sierras
Y las incultas campiñas,
Van cantando esta canción

De triste dulzura; oidla:
—Bellos campos de Judea:
El sembrador que hoy arriba,
Del trigo, del que Él os siembre,
Habrá el hombre eterna vida.
Triste monte del Calvario:
A ti un árbol dará un día
Que cierre el abismo impuro
Y abra la gloria divina.

JACINTO VERDAGUER.

BETHARRAM

POR las riberas del Gave,
El día de Jueves Santo,
Cogía rosas silvestres
Doncellita de quince años.
Tienen las hierbas rocío
Y resbalan los guijarros,
Así que la doncellita
Cayó al río resbalando;
Suelta la flor en la margen,
Va corriendo río abajo...
—¡Valedme, Virgen María;
Salvadme, si es vuestro agrado!—
María, madre amorosa,
La oye desde el cielo santo,
Y desciende en una nube,
Toda vestida de blanco.
El ramillete recoge
Que a la niña va alargando.
—Para mí cogías flores,
A mí su olor ha llegado;
Con ellas te salvaré
A la ribera tornando.—
La remolca hacia la orilla
Cual laúd de cristal vano.
La doncella se arrodilla
Medio riendo y llorando:
—¿Qué os daré, Virgen María,
Por haberme así salvado?—
—Donde se hallan mis pisadas,
Elevarás un calvario
Con las paredes de jaspe,
Con los altares de mármol.
No le pondrás otro nombre
Que el nombre de Bello-Ramo.
Porque flores no le falten,
Enviaré Abril y Mayo,
Y con ellos aves y ángeles,
Que le adornen todo el año.—
Pajarillos de estas ribas,
No ceséis en vuestros cantos;
¡Quién cantara con vosotros
De Lourdes a Betharramo!

JACINTO VERDAGUER.

EL CRUCIFIJO DE MI MADRE

El sentimiento religioso y el amor filial inspiran de consuno esta sentida poesía de Grilo.

LE cubrió de besos,
Le contó sus males;
Le bordó esas flores
Que adornan su imagen;
Puso en esa frente
Cubierta de sangre,
Transida de pena
Sus labios amantes;
Juntó en ramillete
Las rosas del valle
Y cubrió con ellas
Las plantas del mártir.
Le colgó a mi cuello,
Y con voz de ángel,
«¡Guárdale,» me dijo
Llorando mi madre!

El limpio sudario
Que envuelve sus carnes;
Las negras espinas,
Los clavos punzantes;
La lámpara triste
Que a intervalos arde
Al muro arrojando
Reflejos fugaces:
La cruz silenciosa,
Y el santo cadáver
En ella clavado
Por raza culpable;
¡Oh, cuánta ternura
Me inspira al mirarle
El Cristo que un día
Guardaba mi madre!

Ya el sol en el cielo
Se inflama radiante;
Violetas y lirios
Perfuman el aire;
Ya tienen más música
Las fuentes del valle;
Vestidos de flores
Se ven los altares;
Se alegra mi aldea,
Y allí por las tardes
Al son de la esquila
Se reza la Salve.
¡Feliz primavera,
Bendita la imagen
Del *Cristo* a quien rezo
Pensando en mi madre!

Yo siento a mis solas
Hervir tempestades;
Me acecha del mundo

La envidia cobarde;
El vicio asqueroso
Con faz repugnante
Su baba me arroja,
Su abismo me abre;
Mas no la serpiente
Con lucha implacable
Podrá de sus furias
El dardo arrojarme.
¡La cruz es mi escudo,
Y allí del combate
El Cristo me salva
Que adora mi madre!

Por eso a sus plantas
Le rezo constante;
Por eso en él busco
Remedio a mis males;
Por eso arrancando
Violetas del valle,
Perfumo con ellas
Las plantas del mártir;
Por eso a mi cuello
Llevando su imagen,
De mi cuerpo mismo
Forma el suyo parte;
Por eso una noche,
Cual siempre al besarme,
« ¡Guárdale,» me dijo
Llorando mi madre!

LA GOTA DE AGUA

Para la poetisa colombiana Eva Verbel, las horas son a modo de gotas de agua, que poco a poco van horadando la vida, hasta abrirnos la sepultura.

UNAS tras otras, pausadas,
Van las horas de la vida;
Sin apresurarse locas,
Sin detenerse abatidas,
Van siguiendo cual eternas,
Incansábles peregrinas,
A quienes la voz de « ¡marchen! »
Dé la Eternidad sombría.

Tal así, sobre la piedra,
Sobre el llano y la colina
Una gota y otra gota
Cae de lo alto cristalina.
En la piedra brilla un punto,
Resbala y corre en seguida,
Se detiene, besa alegre
La menuda hierbecilla,
Y juntándose a las otras
Forma una corriente, y listas
Las miles gotas de agua
Vanse como cervatillas
Hasta que al antro de muerte
Su eterna ley las dirija.

Tal así, como esas horas,
Horrorosas o tranquilas,
Unas con otras se juntan
Y van formando los días,
Y como eslabones, una
Cadena, que es una vida;
Hasta que al antro, a que todos
La muerte nos precipita,
Van las horas, como gotas
De los cielos desprendidas.

La gota forma en la piedra
Concavidad, repetida
Una y otra vez, y acaso
Otras vienen en seguida;
Y las horas, que se pasan
Para formar, así unidas,
Ese turbulento río
Que llaman la humana vida,
Forman, a fuerza de tiempo,
La espantosa y negra sima
A que todos nos lanzamos
Y que tumba se apellida.

Siga el aguacero, y sople
El viento, para que a prisa
Caigan las gotas, y pasen
Las horas de nuestra vida,
Ya turbias o desgraciadas,
Y ya claras o tranquilas.

LA CAMPANA

Manuel José Othón, poeta mejicano, interpreta lo que dice la voz de la campana, según es la hora o las circunstancias en que se deja oir.

¿QUÉ te dice mi voz a la primera
Luz auroral? «La muerte está vencida,
Ya en todo se oye palpitar la vida,
Ya el surco abierto la simiente espera.»

Y de la tarde en la hora postrimera:
«Descansa ya. La lumbre está encendida
En el hogar...» Y siempre te convida
Mi acento y te persigue dondequiera.

Convoco a la oración a los vivientes,
Plaño a los muertos con el triste y hondo
Son de sollozo en que mi duelo explayo.

Y al tremendo tronar de los torrentes
En pavorosa tempestad, respondo
Con férrea voz que despedaza el rayo.

LOS MÁRTIRES

Todo el poder inmenso de la Roma imperial se estrella ante la invicta fe de los mártires del cristianismo, que triunfan dejándose sacrificar. Tal es el asunto del siguiente poema de Francisco Sánchez de Castro, literato español (1847–1889).

¡SALVE, Roma imperial! ciñe tu frente
De cien vencidos pueblos la corona;
Se rinden a tu cetro las naciones;
La región de la luz y el Occidente
Y la abrasada zona,
Recorren victoriosas tus legiones:
Tus bélicos bridones
En el Jordán abrevan y en el Sena,
Y su galope rápido estremece
La tierra de los viejos Faraones
Y los verjeles de la patria helena:
El bretón te obedece;
Y tras lucha titánica, asombrado
De tu poder que todo lo avasalla,
Suelta la azcona y calla
El cántabro feroz, nunca domado.
Tus naves altaneras
Del ancho mar oprimen los espacios
Llevando de cien playas y riberas
Oro, mármoles, bronces y maderas
Para tus circos, termas y palacios.
Tus césares son árbitros del mundo,
Tus procónsules reyes,
Príncipes tus patricios opulentos;
¿Quién a romper se atreverá tus leyes,
Si tu cólera trueca
Las ciudades en páramos sangrientos?
¿Quién ante ti no dobla la rodilla,
Si eres reina y señora de la suerte
Y esclavo el hombre a tu poder se humilla?

Así pensando en la imperial grandeza,
Con lento paso un hombre
Hacia Roma dirige su camino,
Descalzo el pie, desnuda la cabeza,
Una cruz de su cuello suspendida,
Y en su mano el bastón del peregrino.
Asombrado detiénese un momento
Al contemplar la pompa deslumbrante
Del esplendor romano;
Mas súbito, los ojos suplicante
Dirige al firmamento,
Extiende luego a la ciudad la mano
Y exclama así con inspirado acento:

«Soberbia Roma que a tu yugo impío
Sujetas las naciones,
Esclavas de tu inmenso poderío;
Ha sonado tu hora:
Ha brillado en la tierra el sol fecundo
De verdad y justicia, y en el nombre
Del que murió por redimir al hombre
Yo vengo a dar la libertad al mundo.
Reino santo en ti fundo
Que el imperio hundirá de tus tiranos,
Al siervo humilde y al mendigo haciendo
De los grandes y césares hermanos;
Reino de paz que, como inmóvil roca,
Se elevará glorioso
Dominando las recias tempestades;
Abarcará cuanto los cielos cubren,
Y siempre combatido y victorioso,
Hasta el fin durará de las edades:
Reino en cuyas banderas triunfadoras
Verá el mundo asombrado,
No las garras feroces
Del águila que vuela a devorarle,
Sino los brazos de la cruz divina
Abiertos con amor para abrazarle.»

Lo oyó el tirano, y cual terrible fiera
Cuando se siente herida,
De cólera rugió, gritando: ¡Muera!

Y Pedro en cruz infame dió la vida,
¡Oh pobres y oprimidos
Que abristeis vuestro pecho a la esperanza!...
No temáis, no; la tumba que le encierra,
El solio de la paz y la justicia
Sostendrá como roca incontrastable
Hasta el fin de los tiempos y la tierra;
No temáis: del tirano los jardines
Darán seguro asiento
A un palacio opulento
De Pedro consagrado a la memoria,
Adonde irán de todos los confines
Reyes, príncipes, pueblos y naciones
Veneración a tributarle y gloria;
No temáis: Pedro vive con vosotros;
Que Lino y Cleto en pos, Clemente y Sixto,
Fieles recogen la divina herencia
Y dan su sangre por la fe de Cristo.
¿Qué importa que los déspotas preparen
El puñal, los tormentos y la hoguera
En su furor insano,
Si es la muerte divina mensajera
Que la victoria canta del cristiano?

¡Ah! Mirad cómo crecen
De Cristo los heroicos confesores:
Las provincias romanas
Como inundantes aguas van llenando:
Tiemblan los poderosos; se estremecen;
Los robustos estallan en furores,
En sed ardiendo de feroz venganza,
Y el imperio ensordecen
Los gritos de exterminio y de matanza.
Las flechas y cuchillos aguzados
Atraviesan los pechos virginales

Y siegan las gargantas inocentes;
Y en resinas ardientes
Abrasados en llamas los cristianos,
Son lúgubres blandones
Del horrible festín de los tiranos;
Los líbicos leones
Y las feroces hienas,
Con sangre de cristianos enrojecen
Del anchuroso Circo las arenas;
Y enteras poblaciones
A cuchillo traspasa
El insano furor de las legiones;
No hay compasión ni tregua; mas ¡oh gloria!
¡Que los mártires triunfan! ¡Ved; contentos
Van a la muerte: suya es la victoria!
A la faz de los déspotas sangrientos
Su fe proclaman, y a su Dios bendicen
En medio de los bárbaros tormentos.

A DIOS

José P. Velarde, autor de esta bella composición, fué uno de los poetas andaluces más distinguidos de su siglo. Nació en Conil (provincia de Cádiz), en 1849, y murió en Madrid en 1892. Produjo numerosas poesías, leyendas y poemas, en los que dió pruebas de fecunda inventiva y fácil versificación.

NO pretendo comprenderte
Ni llegar a definirte;
Tan sólo aspiro a sentirte,
A admirarte y a quererte:
Quien vaya a ti de otra suerte
Luchará con la impotencia:
Te busca la inteligencia
De lo infinito en el fondo,
Cuando estás en lo más hondo
Y oculto de la conciencia.

Sin ternura y sin amor,
La mente desatentada
Te busca en lo que anonada,
En lo que infunde terror:
En el rayo asolador,
En la batalla crüenta,
En el volcán que revienta,
En el aquilón que brama,
En el nublado, en la llama,
En la noche, en la tormenta.

Y el corazón te va a hallar
En donde ve sonreir,
Y hay que amar, y bendecir,
Y lágrimas que enjugar:
Y te mira palpitar,
Prestando vida y calor,
En cuanto respira amor:
En el iris, en la bruma,
En el aroma, en la espuma,
En el nido y en la flor.

Como en el yermo la palma,
Como el astro en el vacío,
Pones en la flor rocío
Y sentimiento en el alma:
Truecas la tormenta en calma
Y en dulce sonrisa el lloro,
Y llevando tu tesoro
Adonde el hombre el estrago,
Con flores de jaramago
El erial bordas de oro.

Tú, Dios, formaste, al crear
Del Universo el palacio,
Con un suspiro el espacio,
Con una lágrima el mar;
Y queriéndonos probar
Que quien te adora te alcanza,
Como señal de bonanza
Has dibujado en el cielo
La aurora, que es el consuelo,
Y el iris, que es la esperanza.

Tu purísimo esplendor
El Universo colora,
Como el beso de la aurora
Los pétalos de la flor;
Y si tu soplo creador
En el caos se derrama,
El mismo caos se inflama,
Y entre nubes y arreboles
Brotan estrellas y soles
Como chispas de la llama.

Así, cuando nada era,
A tu voz, jamás oída,
Tomó movimiento y vida
La Naturaleza entera;
Surcó el río la pradera,
Dió la flor fragancia suma,
La luz disipó la bruma,
Y tu aliento soberano
La ola hinchó del Oceano
Y la coronó de espuma.

Mas con ser la suma esencia
Es tu arrogancia humildad,
Tu riqueza caridad
Y tu justicia clemencia;
Pues quiso tu omnipotencia
Las flores por incensario,
El monte por santüario,
Por águilas golondrinas,
Por toda corona espinas,
Por todo trono el Calvario

MEDITACIÓN

LABRA en la torre parda golondrina
El nido que la hospeda en el verano;
Entre flores la abeja peregrina
Alza gótico alcázar soberano.

Son las rocas más tristes y más solas
De la gaviota audaz, seguro abrigo;
Y bajo el manto azul de inquietas olas
Vive el pez sin zozobra y sin testigo.

Nace el insecto bajo tosca piedra,
Y el cárabo infeliz muere olvidado
Donde con flores fúnebres la hiedra
Cubre el muro del templo abandonado.

Vive el condor que en atrevido vuelo
Salva abismos tan hondos como grandes
Bajo la augusta bóveda del cielo
En la elevada cima de los Andes.

¿Mas dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano,
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

El mar es un abismo, y lo sondea
El hombre en busca de grandeza y nombre;
Mas ¿dónde está la cuna de la idea,
Que aun no la puede descubrir el hombre?

¿Quién dió a Colón la inspiración secreta
Que realizó su esfuerzo temerario?
¿Qué libro consultó cada profeta,
Al anunciar los hechos del Calvario?

¿Quién ha encendido ese astro fulgurante
Que todo el cielo con su luz abarca?
¿Dónde encontró su inspiración el Dante,
Newton su genio y su pasión Petrarca?

¿Cómo ha podido, obrero sin segundo,
Alzar el hombre templos y ciudades,
En alas del vapor cruzar el mundo,
Y burlar las soberbias tempestades?

¿Quién le dió su poder a la conciencia,
Luz a los ojos, fuerza a la memoria?
¿Por qué amamos los triunfos de la ciencia,
De la virtud, del genio y de la gloria?

¿En dónde ¡oh Dios! tu poderosa mano,
Que al orbe presta impulso y movimiento,
Ha colocado el nido soberano
Donde se forma y crece el pensamiento?

¡Por todo el cosmos tu poder se extiende!
¡Sólo tú sabes lo que el hombre ignora!
Nadie el misterio de tu ser comprende...
¡Oh eterno Dios! ¡mi corazón te adora!

JUAN DE DIOS PEZA.

MUERTE CRISTIANA

La siguiente composición de Verhaeren es un cartal de hermosos pensamientos y bellas imágenes.

OH, ríndante homenaje, dulce muerte cristiana,
Del tiempo entre los bienes la sola realidad,
Espiritual sustento que al corazón sostiene
En sus contados días de afán de eternidad.

Oh, ríndante homenaje glorioso, muerte austera,
En todas ocasiones, en toda hora o momento,
Tú, cuyo altar de ébano apoyas en la tierra,
Llegando su azul llama al bello firmamento.

¡Oh, ríndante homenaje constante de alabanza,
Severa enterradora! ¡Oh muerte! ¡Oh, negro amor!
Que entre tus flacas manos detienes el destino,
Y que de cielo llenas los ojos sin fulgor.

Bella muerte de monjes, de mártires, de vírgenes,
Hosannas que atraviesan los azulados mantos,
¡Oh, muerte rodeada del fuego de los cirios!
¡Oh, muerte que das vida, oh, muerte que haces santos!

LA TRIBULACIÓN DE JOB

Luis Alejandro Blanco, poeta venezolano, glosa en esta composición, de tema y estilo bíblico, los sentimientos de dolorida resignación e inquebrantable esperanza que prevalecieron en el espíritu de Job, patriarca de Idumea, cuando privado de todas sus riquezas y herido de una lepra inmunda se vió abandonado y despreciado de sus deudos y amigos.

¡QUIÉN me diera volver a mi pasado
De paz y de alegrías,
De juventud, cuando, por Dios guardado,
Bellos eran mis días;

Cuando, en secreto, Dios omnipotente
En mi tienda moraba,
Y en mi familia, cándida, inocente,
Su gracia derramaba;

Cuando de pura luz rayo divino
Mis noches alumbraba,

Y de la vida incierta en el camino
Su mano me guiaba;

Cuando sus puertas la ciudad me abría,
Y jóvenes y ancianos
Con respetuoso amor me recibían,
De mi justicia ufanos,

Y en medio de sus plazas, preferencia
Al magnate me daban,
Excelsa era mi gloria; a mi presencia
Los príncipes callaban;

Si cruel rey cortejado sonreía
A la gente un instante,
Sobre la dura tierra no caía
La luz de mi semblante!

Mas corta fué mi dicha; se deshizo
Mi fantasma de gloria;
Que retirar de mí su mano quiso
Él Dios que da victoria.

Como el árbol altísimo arrancado
De raíz, yo he caído;
Del oprobio mi frente ha ya tocado
El polvo envilecido.

De mi infortunio huyeron los que un día
Mis gracias imploraron;
De mi acerbo dolor, de mi agonía
Los hombres se mofaron.

Me calumnió el amigo; mis hermanos
La espalda me volvieron;
A mis hijos rogaba, y ruegos vanos
Para mis hijos fueron.

De mi vida en el áspero sendero,
Sin luz, sin mano amiga,
Errante en mi vacío, el dolor fiero
Punzante me fatiga.

Consuela ¡oh Dios! mis días, o mi vida
Impele hacia su ocaso;
¡Y halle descanso mi ánima afligida
En el mortal regazo!

Mas ¡ay mi Dios! que en la miseria hundido
Tú me has abandonado;
Y no escuchas, Señor, mi hondo gemido
Ni mi ruego inflamado...

Mas desde el fondo de mi negro abismo
Donde el rayo se apaga de tu cielo,
Donde el rugir de la tormenta mismo
Un eco no despierta en mi consuelo;

Do no hay acento; do ahógase el gemido
En las tinieblas de su seno frío...

Yo te adoro, Señor, siempre rendido,
Y alabo tu justicia y poderío.

Tú eres, Señor Dios mío, omnipotente;
Los cielos ante ti resplandecieron;
El abismo temblaba; en él su frente
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Omnipotente Dios! Tu acento solo
Hizo brotar el mundo de la nada;
Heláronse las aguas en el polo;
La montaña lanzó su onda inflamada.

Diste a la nube el rayo; le marcaste
Lindes al mar soberbio y revoltoso,
Y el camino del fuego señalaste
En el inmenso espacio al sol radioso.

Si tendiste, Señor, tu diestra airado,
La alta cerviz de bronce del tirano
Rompióse con fragor, y despeñado
Cayó el impío; su poder fué vano;

Y sus haces, caballos, caballeros,
Que contra ti sus frentes levantaron
De orgullo henchidos, de potencia fieros,
Del Rojo mar las ondas los tragaron.

Vertió a tu voz la roca dulce fuente,
Y detúvose el sol en su camino;
El mar huyendo paso dió a tu gente
Que alimentaste del maná divino.

Yo te adoro, Señor omnipotente:
Los cielos ante ti resplandecieron;
El abismo temblaba; en él su frente
Los ángeles rebeldes escondieron.

¡Vuelve, mi Dios, tu paternal mirada
Hacia tu siervo que en tu amor se fía!
¡Protégeme, Señor; mi alma angustiada
Libra de su dolor, de su agonía!

CONSTELACIONES

José Rivas Groot, poeta de Colombia, supone un diálogo entre el hombre y las estrellas: éstas dicen que las apesadumbra el ver a la humanidad durante tantos siglos luchar y sufrir en vano ; pero el poeta protesta que no es inútil la lucha ni estéril el sufrimiento, puesto que las almas, purificadas en su doloroso paso por el mundo, no perecerán, sino que se mostrarán triunfantes y luminosas sobre las ruinas del universo, cuando toda la materia haya desaparecido.

El Hombre

AMPLIAS constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos

Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de obscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan triste? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos,
Volver hacia nosotras la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde salten aguas de vida eterna;
Ya llega, llama—y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa:
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al hombre, que lumbre y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llames—conduele tu lamento;
Poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarosas,
Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
Nosotras—las radiantes—vuestras obscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
El mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia el eterno sube?
Decid, astros, presentes a todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco a todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa el fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe
Y expirarán, en medio de hielos y amargura,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa obscura.

Y moriréis ¡oh estrellas! en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

LAS PLEGARIAS

Francisco Jammes compara las oraciones que se elevan al cielo a las flores de un jardín, cuya belleza y mérito Dios aprecia en su justo y verdadero valor.

LAS plegarias al cielo suben como las flores;
¿Cómo? nadie lo sabe; son algunas lujosas,
Cargadas de perfume, como las tuberosas,
Otras, míseras, pobres, de mezquinos olores,
Como los pensamientos de un jardín indigente,
Y el poeta las ve subir al Indulgente
Padre, que sabe el peso del oro y de la plata.
Él es quien de las flores el valor aquilata
Cuando las ve subir. Y puede sólo Él
Juzgar sobre las luchas del mundo, de horror llenas,
Si la humildad azul de un ramo de verbenas
Vale igual, más o menos que un altivo clavel.
Porque con el cuidado de un marino que hubiera
Corrido temporales en muchos oceanos,
Muy viejo, desde el cielo de nácar en que impera,
Sobre la inmensidad extiende Dios las manos
A cuantos le consagran sus dolores humanos
Lo mismo en un diamante que en una primavera.

LAS TRES ORACIONES

El lirismo sentimental y las galas de la fantasía realzan esta poesía mística de José Palma, cuyas composiciones se distinguen además por la ingenua lozanía de su inspiración.

I

YO vi con tintas de flotante grana
Matizarse las nubes del oriente,
Y entre el rumor oí de la mañana
Cantar las aves, rebullir la fuente.

Yo aspiré con fruición dulces aromas
Que la brisa al volar me regalaba,
Y adiviné en las cimas de las lomas
Rayo de sol, que céspedes besaba.

En la arena ondulosa de la playa
Del mar las huellas contemplé grabadas;
En florecillas de corola gaya
Purezas de pasión vi retratadas.

Y un algo percibí que entre la brisa
Ascendía al sonar de la campana,
Algo como un suspiro, una sonrisa,
« La solemne oración de la mañana.»

II

¡Señor, Señor! Inmensos son tus dones,
Como inmensa también es tu grandeza,
Y te aman los cristianos corazones
Y nunca sufre su pasión tibieza.

Yo te miro en las nubes jironadas
Cuando mueren la luz y la alegría,
De la luna en las lánguidas miradas
Extática te mira el alma mía.

Yo siento que mi pecho se estremece,
Si muere el sol en vagas lontananzas;
Contemplándote el alma se embebece,
Encarnado en jirones de esperanzas.

Y por eso, a las santas vibraciones
Que ritma el bronce al decaer el día,
Yo rezo con los píos corazones
La « Oración de la tarde,» mi alegría.

III

Al sonrís de la luna nacarada,
Al dulce titilar de las estrellas,
Inciensos de plegaria enamorada
Aspiro entre nocturnas flores bellas.

Esa plegaria ¡oh Dios! que leda os sube
Con el silencio místico Natura,
Plegaria que al subir de nube en nube
Rasga las sombras de la noche obscura;

Esa plegaria que al volar se enlaza
Con otra más callada y silenciosa:
La que balbuce ¡oh Dios! la humana raza,
« La Oración de la noche » misteriosa.

EL GRAN LIBRO

« La Natura es el libro en que se admira la grandeza de Dios »—dice en esta composición el literato argentino Martín García Mérou (1862–1905). Y añade que todo lo creado, así lo más portentosamente inmenso, como lo más humildemente diminuto; tanto lo sublime como lo vulgar, y hasta aquello que pudiera creerse ínfimo y obscuro... todo tiene su hermosura, y es el reflejo del poder y de la bondad del Creador, a quien debemos amor y reverencia.

PARA elevar a Dios el pensamiento
Y admirar su poder en los espacios,
No es necesario un mar siempre violento,
Ni un sol que vierta lumbre de topacios.

Basta un valle alejado de rumores
Al que se llegue por oculta vía,
Que embalsame el ambiente con sus flores
Y que temple el ardor del mediodía.

Basta fijar la vista en el lucero
Pálido y triste que en las noches arde,
Y escuchar el quejido lastimero
Del ave errante al expirar la tarde.

Basta el rocío que en las hojas brilla
Y que el rayo del sol pronto evapora;
Basta del río en la desierta orilla
Mirar el sauce que se inclina y llora.

Basta la sombra con la luz mezclada,
Basta el insecto que en el aire zumba,
Basta la flor que nace abandonada
Y se marchita al borde de una tumba.

Basta la hierba en el verjel nacida,
Basta un arroyo que fecunde el suelo,
Una espiga de trigo bendecida,
Un pedazo de selva, otro de cielo.

La Natura es el libro en que se admira
La grandeza de Dios, do se halla escrito
Ese poema que al mortal inspira
El himno arrobador al infinito.

Su página más íntima y obscura
Un rayo celestial de Dios refleja...
Todo en el mundo tiene su hermosura,
Menos aquel que de su amor se aleja.

Así, el manto flotante de los cielos
Que Dios tendiera con su excelsa mano,
Se refleja, sin límites ni velos,
En una gota como en un oceano.

JESÚS

Manuel de Olaguíbel es uno de los poetas más distinguidos que ha tenido Méjico en tiempos recientes. Suya es esta composición, en la que describe la persona de Jesús, cita un tierno incidente de la vida del Divino Maestro, y refiere su muerte.

I

OJOS dulces, adormidos;
Rubia cabellera larga,
Y una angélica sonrisa
Que penetraba hasta el alma;
Irradiaba en sus pupilas
No sé que luz tan extraña,
Como el rayo de la luna
Sobre la onda arrebatada;
Rubia y rizada, en el cuello
Caía partida la barba;
Y cual nardo de Gennésar
Eran sus mejillas blancas.
Era Jesús, era el Cristo,
Poeta de la montaña,
El que vestía humildemente
Con una túnica parda.

II

Los niños escuchaban sus mágicas palabras,
Querían tocar las manos divinas del Rabí;
La turba los aleja, y entonces Cristo exclama:
«Dejadlos que se acerquen, que lleguen hasta mí.
Así como estos niños, así serán los buenos,
Y gozarán por siempre de la eternal mansión.»
Las frentes infantiles conservan desde entonces
La marca sacrosanta del beso del Señor.

III

Cruzábanse en las nubes relámpagos continuos,
Zumbaba entre las rocas terrible el vendaval,
Torcía el nudoso tronco la corpulenta encina,
Y yo no sé qué voces oíanse sollozar.
En lo alto de los cielos, temblaban las estrellas
A la hora en que debiera el sol mandar su luz;
El padre de los seres abrió sus brazos tiernos...
Y amando y bendiciendo así murió Jesús.

«CARITAS»

La glorificación de aquel prototipo de la caridad cristiana que se llamó Vicente de Paúl, fundador de tantas instituciones puestas al servicio de todas las miserias humanas, es el tema de esta poesía de Rubén Darío. (La palabra latina «Caritas», título de la composición, significa «caridad».)

A VICENTE DE PAÚL, nuestro Rey Cristo
Con dulce lengua dice:
—Hijo mío, tus labios
Dignos son de imprimirse
En la herida que el ciego
En mi costado abrió. Tu amor sublime
Tiene sublime premio: asciende y goza
El alto galardón que conseguiste.

El alma de Vicente llega al coro
De los alados ángeles que al triste

Mortal custodian: eran más brillantes
Que los celestes astros. Cristo:—Sigue—
Dijo al amado espíritu del Santo.—
Ve entonces la región en donde existen
Los augustos Arcángeles, zodíaco
De diamantina nieve, indestructibles
Ejércitos de luz y mensajeras
Castas palomas o águilas insignes.

Luego la majestad esplendorosa
Del coro de los Príncipes,
Que las divinas órdenes realizan
Y en el humano espíritu presiden;
El coro de las altas Potestades
Que al torrente infernal levantan diques;
El coro de las místicas Virtudes,
Las huellas de los mártires
Y las intactas manos de las vírgenes;
El coro prestigioso
De las Dominaciones que dirigen
Nuestras almas al bien, y el coro excelso
De los Tronos insignes,
Que del eterno el solio,
Cariátides de luz indefinible,
Sostienen por los siglos de los siglos;
Y el coro de Querubes que compite
Con la antorcha del sol.

Por fin, la gloria
De teológico fuego en que se erigen
Las llamas vivas de inmortal esencia.

Cristo al Santo bendice
Y así penetra el Serafín de Francia
Al coro de los ígneos Serafines.

A LA CRUZ

El P. del Valle dedica estas estrofas al símbolo de la redención cristiana: la enseña de amor y paz.

¡OH Cruz! ¡Oh enseña espléndida,
Del mundo vencedora!
Trofeo del espíritu,
¡Oh Cruz libertadora!
Iris de amor y símbolo
De eterna redención.

Padrón ayer de escándalo,
De Dios hoy trono augusto,
Tú eres terror del réprobo,
Sublime afán del justo,
Lucha en la tierra y lábaro
De la inmortal Sïón.

Por ti consuelo y término
Del mundo logra el llanto,
Y amparo el alma huérfana,
Coronas el quebranto,
La fe sus dulces éxtasis
Y a Dios la caridad.

Enhiesta sobre el trágico
Tumulto de la vida,
Tus brazos unen próvidos
La tierra prometida,
Y de un valle de lágrimas
La inmensa soledad.

¡Oh! Si a tu abrigo acógense
Del mundo los pesares,
En ti halla puerto el náufrago
Y la virtud altares;
Que al abrazarte el mísero
Consagras su dolor.

Tú eres principio y límite
Del alma a la esperanza;
En ti justicia y término
La lucha humana alcanza:
Quien te odia... eternas lágrimas;
Quien te ama... eterno amor.

¿Quién demarcó tus ámbitos
Y dió a tu ley fronteras?
¡Oh Cruz! El orbe humíllase:
Tú vences y tú imperas,
La tierra, el cielo, el báratro
Proclaman tu virtud.

Rota el ara del ídolo,
Tú sola al mundo abrazas;
Del Partenón y el Ágora,
Del circo y de las plazas
Triunfaste, ¡oh siempre indómita
Locura de la Cruz!

Cerrad el antro, ¡oh réprobos!
La cruz se alzó en el Moria.
Abre, Salén espléndida,
Las puertas de la gloria,
Que tras su Rey altísimo
Se acerca a ti Israel.

Ved ya en las cumbres célicas
Las tribus redimidas;
Sus tronos... ¡Cantad, ángeles,
Cómo de allí vencidas,
Rodaron con estrépito
Las huestes de Luzbel!

Salve, trofeo y símbolo
De redención gloriosa,
Bandera de los mártires,
Del penitente esposa,
Corona de las vírgenes
Del mundo exaltación.

Salve tú, del espíritu
Senda, verdad y vida,

Pacto de amor y cántico
De libertad cumplida,
Signo de Cristo y lábaro
De la inmortal Sïón.

ALEGRÍAS DE LA MUERTE

Por el P. del Valle

Yace en su lecho de muerte
El santo Obispo de Lima;
Una cruz tiene en las manos
Y absorta en la cruz la vista.
Todos lloran de tristeza,
Mas él canta de alegría:
¡Canta alegre, cual la alondra
Que presiente el nuevo día!
Trémulos de amor sus labios
Besan la imagen divina,
Y viendo muerto en la cruz
Al amor que da la vida,
Como un serafín lo adora,
Como un serafín suspira;
El demacrado semblante
Por el éxtasis se anima,
En lágrimas las ternuras
Se agolpan a sus pupilas,
Y en sus ojos centellean,
Como llamas de ansias vivas,
Y el rostro transfigurado
Más que el sol de Oriente brilla
Con rayos de luz de gloria,
Con rayos de luz divina...
¡Reflejaba el resplandor
Del que es la luz infinita!

....

Tristes doblan las campanas,
Tristes doblan a agonía:
Lentamente sus tañidos
Con rumor solemne vibran,
Llenando el hondo silencio
De la inmensidad tranquila.
Ya en el convento los monjes
Avanzan en largas filas,
Con la pena en el semblante,
Con candelas encendidas,
Y junto al lecho de muerte
Se congregan y arrodillan,
Y entonando las plegarias
Plegarias de despedida,
A Dios el alma encomiendan
Del Santo Obispo de Lima.
Rezan los monjes y lloran,
Mas él canta de alegría,
Con la cruz entre las manos
Y absorta en la cruz la vista.
De pronto, volviendo el rostro,
Radiante con luz divina,
Así dijo a un pobre fraile
Que más que todos gemía:
—No me lloréis, buen hermano;
No lloréis por mi partida;
Camino del cielo voy,
¡Feliz quien a Dios camina!
Tañed el arpa y cantad,
Cantad con voz de alegría,
Que siento que Dios se acerca,
Que siento que Dios me mira;
¡Siento su voz que me llama,
Siento su amor sin medida!
Tañed el arpa y cantemos,
Que el alma presiente el día
Y quiere al cielo volar
Cantando la nueva vida,
Como llega en primavera,
Cantando, la golondrina...
Pulsó el arpa el religioso,
Cantó con voz de alegría
El salmo en que el rey profeta
Canta la ciudad divina,
A la gran Jerusalén,
Visión de paz y de dichas,
Que alumbra un sol sin ocaso
Con claridad infinita:
La ciudad de excelsas torres
Y muros de piedras vivas,
Ciudad del eterno amor,
Ciudad de la eterna vida...
Siguió cantando el buen monje
La Jerusalén divina;
Mejor que nunca cantaba,
Mejor que nunca tañía,
Y en el jardín del convento,
Allá en la noche tranquila,
Entonaba un ruiseñor
Sus más tiernas melodías.

....

¡Gloria a Dios que es nuestro Dios!
¡Gloria al amor sin medida
Que inclina el cielo y desciende
Para alzar a quien se humilla!
¡Gloria a Dios! brilló la luz
De la presencia divina;
Paró el tañedor sus manos
Sobre las cuerdas heridas;
Enmudeció el ruiseñor
Oyendo otras harmonías,
Y, como un rincón del cielo,
La celda resplandecía...

....

Yace en su lecho de muerte
El Santo Obispo de Lima,

Con una cruz en las manos
Y absorta en la cruz la vista.
Ya no atiende a la canción
Que en amores le encendía,
Ni al monje vuelve los ojos,
Radiantes de luz divina.
Otras arpas y otros cantos
Llenan su alma de delicias;
Que al brillar el sol de Oriente
Sobre la cumbre vecina,
Más allá de donde acaban
Las fronteras de la vida,
Él vió surgir otro sol,
¡El sol de luz infinita!...

EN EL ALBA

Los encantos del amanecer forman el tema de esta composición de Juan José Julio y Elizalde, sacerdote y poeta chileno nacido en 1866.

ARREBOLES de púrpura y de rosa
Comienzan a surgir en lontananza;
Huye la noche con sus mudas sombras
Y soplan ya las orientales auras.

Canta el ave sus trinos de alegría,
De la selva florida entre las ramas,
Mientras puro en el cielo se dibuja
El rosado crepúsculo del alba.

Como un orbe de fuego el sol despunta
Irradiando celajes de oro y grana,
Y la luz de sus rayos misteriosos
Sobre la inmensidad se desparrama.

Las flores, a los besos de la aurora,
Despiertan, como nunca, perfumadas;
Y con orgullo a competencia lucen
El esplendor de sus brillantes galas.

Brisas del paraíso son las brisas
Que dulcemente en la pradera vagan:
¡Todo respira virginal dulzura!
¡Todo es belleza y armonía y calma!

Desde la cumbre solitaria y bella
¡Cuánta hermosura por doquier se abarca!
¡Con la sonrisa del azul del cielo
Parece que sonríe el panorama!

Todo es grandioso, encantador y amable
En esta hora, en que serena mi alma
Las primicias del día a Dios ofrece
Lejos del mundo y de su pompa vana.

¡Salve a ti, Creador del Universo,
Excelso Autor de maravillas tantas!
¡Eternamente cantarán mis labios
Himnos de amor en tus augustas aras!

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Una de las más hermosas predicaciones de Cristo sirve aquí de asunto al poeta uruguayo Víctor Arreguine.

SUBIÓ Jesús a la Montaña,
La frente austera circundada
De resplandores ideales...
Todo callaba, hasta los mares;
Todo escuchaba, hasta los vientos;
Las multitudes en silencio...
Y descendieron sus palabras
Como raudal de la Montaña:

—« ¡Oh, bienaventurado aquel que gime,
Porque de él será el reino de los cielos,
Y el pequeñito de la tierra avara,
Y aquel de limpio corazón sincero!

» La ciudad que está puesta sobre un monte
No se oculta a los ojos del viajero,
Ni se enciende una antorcha sin que alumbre
Los pasos de los hombres en el suelo...

» Id delante del hombre, hermanos míos,
Con vuestra luz mostrándole el sendero
Que conduce a la tierra venturosa,
Y da gloria al Señor que está en los cielos.

» Amaos, hermanos míos... En el mundo
El amor es la fuente del consuelo
Aun al que os odia amad.... Amor es vida;
¡Muerte el odio, y camino del infierno!

» Vosotros, los que oráis, huíd la vista,
Y en el silencio orad. Sea vuestro templo
En el hogar, a solas con vuestra alma.
¡La oración pudorosa sube al cielo!

» ¡Hombre que vas por el camino obscuro!
Es tu ojo la antorcha de tu cuerpo:
Si es sencillo, tu cuerpo es luminoso;
Si tenebroso, todo tú eres negro.

» ¿Por qué os acongojáis por el mañana?
¿No crece el lirio de esplendor cubierto?
¡Ni Salomón, en medio de su gloria,
Se puede comparar con uno de ellos!

» Pues si al heno del campo que hoy perfuma,
Y mañana del horno aviva el fuego,
Dios ampara y Dios viste, ¿por qué el hombre
Tanto pone en el pan su entendimiento?

» ¡Anchurosa es la senda de los malos
Cuanto angosta la senda de los buenos!

¡Qué estrechos los caminos de la Vida!
¡Los de la Muerte, qué amplios y certeros!

» Guardaos de los profetas mentirosos,
Lobos con piel de tímidos corderos.
El árbol bueno lleva buenos frutos;
No brinda el árbol malo frutos buenos.

» Sobre piedra un varón hizo su casa,
Y pasaron las nubes y los vientos,
Y ni el rayo, ni el viento, ni la nube
Su fortaleza incólume abatieron.

» ¡Y un loco sobre arena hizo la suya,
Y pasaron también nubes y cierzos,
Y las dispersas ruinas testimonio
De su versátil fundamento dieron! »

—Dijo, y el sol poníase. Doraba
El resplandor muriente sus cabellos,
Y abajo las hurañas multitudes
¡Sentían el espanto del Misterio!

ARMONÍA

La razón humana es débil y limitada; no puede comprender plenamente los designios de Dios, y se equivoca al juzgar las obras divinas. Por tanto, Amado Nervo (distinguido poeta mejicano nacido en 1870) aconseja que suspenda el hombre todo juicio acerca de la incomprensible acción del Supremo Ordenador de todo lo creado; que le adore, y acate su voluntad, la cual se nos mostrará en su incomparable sabiduría, «cuando lleguemos al vértice del ángulo final.»

ASÍ como nos muestra sólo una faz la luna,
De la propia manera no vemos más que una
Sola faz de las cosas, como pensó el poeta;
La otra está en la sombra... Y por ser incompleta
La visión, ve asperezas en donde hay armonía
Y noche en el nublado que disimula el día.
San Agustín nos dijo que el mundo es un dechado
Visto al revés; encima Dios borda; al otro lado,
Multicolores hebras, con su red caprichosa,
Despistan nuestros juicios... ¡Oh, labor misteriosa
Del Bordador divino, ya todos te veremos,
Cuando, en nuestra ascensión milenaria, lleguemos
Al vértice del ángulo final, de cuyo punto
Se abarca la sublime plenitud del conjunto!

Entretanto, poeta, no murmures. Tu verso
Sea uncioso, cual salmo de amor al universo.
Quien trazó el plan del Cosmos, no puede a la razón
Naciente de los hombres dar una explicación
Del misterio; su lógica no es la tuya de hormiga.
No juzgues, pues; adóralo y deja que prosiga
Sus intentos arcanos, su labor portentosa.
¡Que rice en espirales de luz la nebulosa;
Que prenda sus translúcidas caudas a los cometas;
Que plasme entre sus manos de titán los planetas;
Que encienda las divinas antorchas estelares;
Que empine las montañas y que ahonde los mares!...

ANTE LA RADIOGRAFÍA DE UNA MANO

Antonio de Zayas expresa en este soneto el pensamiento religioso que le sugiere la contemplación de una radiografía.

ESTE rayo que torna transparente
Tu carne tersa, de vigor henchida,
Sin lengua dice de la humana vida
La rápida ilusión que glorias miente.

Esta mano simbólica en tu mente
Deje la llama de la fe prendida,
Ya que el placer a despreciar convida
Veloz y vacuo del vivir presente.

Y te dicen los huesos de esta mano,
De la Verdad incólume amuleto,
Si los ves con espíritu cristiano,

Que, mientras del sarcófago en la calma
Se convierta en ceniza tu esqueleto,
Irá a presencia del Señor tu alma.

CANCIÓN

AQUÍ se siente a Dios. En el reposo
De este dulce aislamiento
Un fecundo sentido religioso
Preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras
Ambiente equilibrado,
Y en él cosecha las ideas puras
De que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende
Y escala el firmamento,

Seguro como el pájaro que hiende
Su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo
Del alto amor sin nombre
Y quisiera que un templo fuera el mundo
Y un sacerdote el hombre.

¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,
Sólo esto es luminoso:
¡Cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,
Y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento
Del monte sosegado
Contemplo el armonioso movimiento
De todo lo creado.

¡El Trabajo es la ley! Todo se agita,
Todo prosigue el giro
Que le marca esa ley por Dios escrita
Dondequiera que miro.

Aquel pardo milano, vagabundo,
Buscando va la presa,
Que le cuesta medir ese profundo
Vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana
Con sudor de su frente,
Si rubio trigo le ha de dar mañana
Para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando
Para el amor sentido,
Y mis ojos fatiga acarreando
Pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena
Y la hormiga el sendero,
Para llenar aquélla su colmena
Y estotra su granero.

La mansa yunta trabajosamente
Tira del tosco arado,
Y el pesado mastín va diligente
Detrás de su ganado.

¡Todo al trabajo se ligó fecundo!
¿Y yo he de estar ocioso?
¿Y yo he de ser estéril en un mundo
Nacido fructüoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo
Y a la tierra los brazos!
¡A la suerte del mundo unirme anhelo
Con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la mancera,
La espada victoriosa!...
¡Dadme lo que queráis, que abierta espera
Mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,
¡Oh Patria infortunada!
Que mil hay en tu amor inspiraciones,
Para la lira airada.

Si es la piedra a mis manos obediente,
Venga el cincel a ellas,
Que el suelo patrio sembrará mi mente
De creaciones bellas.

Si hacen falta una mano y una vida,
Dad a aquélla una espada
Y toma tú mi sangre ¡oh, dolorida
Patria desventurada!

Y si mi fuerte, pero ruda mano,
Sólo puede servirte
Para en los surcos enterrar el grano
Que de oro puede henchirte,

Para en tus vegas derramar tus ríos,
Para abonar tus tierras,
Y coronar de montes tus baldíos,
Y enriquecer tus sierras...

Entonces, no me arrojes al semblante
Deberes no cumplidos,
Porque yo soy el hijo más amante
De tus campos queridos,

Y para hacer esta canción honrada
Que el alma me pidiera,
He dejado un momento abandonada
Mi tosca podadera...

José María Gabriel y Galán.

DEUDA

Almas grandes, que pudierais remontaros
Poderosas, majestáticas, serenas,
Por encima de las águilas reales,
A purísimas atmósferas etéreas
Donde el oro de las alas no se mancha,
Ni obscurecen las pupilas vagas nieblas,
Ni desgarran el oído los estrépitos
De los hombres que se hieren y se quejan...
Almas sabias que en las cimas de la vida
Como nubes protectoras la envolvieran,
Desgarrándose en relámpagos de oro
Y lloviendo lluvias ricas y benéficas
Para darnos a los ciegos de los valles
Luz que rasgue las negruras que nos ciegan
Y caudales de rocíos salutíferos
Que a las almas enfermizas regeneran...

Almas fuertes que pudierais desligaros
Del mortífero dogal de las miserias
Y llevarnos de la mano por la vida,
Guarneciéndonos de santas fortalezas,
Saturándonos de amores generosos,
Regalándonos magnánimas ideas.
Almas buenas que sabéis de las torturas
De las pobres almas rudas y sinceras
Que al querer de la miseria levantarse
Desde arriba las azotan y envenenan
Con el látigo estallante del escándalo
Que repugna, que deprime, que avergüenza...
Almas grandes, almas sabias,
Almas fuertes, almas buenas...
¡Nos debéis a las humildes,
Nos debéis a las pequeñas
La limosna del ejemplo,
Que es la deuda más sagrada de las deudas!...

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

LAS SUBLIMES

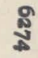
¿LA conoces, musa mía?
Es modelo soberano
Bosquejado por la mano
De la Gran Sabiduría.
Es el más dulce buen ver
De tus visiones risueñas;
Es la mujer que tú sueñas
Cuando sueñas la mujer.
La discreta, la prudente,
La letrada, la piadosa,
La noble, la generosa,
La sencilla, la indulgente,
La süave, la severa,
La fuerte, la bienhechora,
La sabia, la previsora,
La grande, la justiciera...
La que crea y fortalece,
La que ordena y pacifica,
La que ablanda y dulcifica...
¡La que todo lo engrandece!
La que es esclava y señora,
La que gobierna y vigila,
La que labra y la que hila,
La que vela y la que ora...
¡Hela, hela, musa ruda!
¿No la cantas?
—No la canto.
—¿Por qué, si la admiras tanto?
—Porque si admiro, soy muda.
—¿Y cuál es la maravilla
Que así admiras muda y queda?
—¡O es Teresa de Cepeda,
O es Isabel de Castilla!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

«LA HIJA DEL REY»—CUADRO DE G. W. JOY

LA MANSION SENORIAL DE SIR WALTER SCOTT, JUNTO AL TWEED

Representa este grabado la mansión señorial de Abbotsford, pintoresca residencia del gran novelista Sir Wálter Scott y su legítimo orgullo. Adquirió esta propiedad en 1811, e hizo edificar su residencia en ella, engrandeciéndola y hermoseándola hasta darle el imponente aspecto que muestra el grabado. En Abbotsford fué donde escribió Scott las novelas de « Waverley » y donde el gran novelista murió, en 21 de Septiembre de 1832.



Historia de los libros célebres

LAS NARRACIONES DE SIR WÁLTER SCOTT

NO existe en la literatura inglesa una colección de libros escritos por un solo autor, que pueda compararse en cantidad y calidad con la publicada por Sir Wálter Scott entre los años 1814 y 1831. Estas admirables narraciones históricas, que no llenarían menos de 10,000 páginas de composición compacta, abrazan un período de más de 700 años. Es, por tanto, imposible reproducir aquí el argumento de todas ellas. Una edición completa suele constar de veinticinco tomos, en los que se contienen hasta treinta y dos de esas narraciones. Sólo nos ocuparemos, pues, de algunas de las novelas que mejor pueden reproducirse en breve espacio.

HISTORIA DE UNA REBELIÓN MONTAÑESA

Argumento de la novela «Waverley»

LA segunda rebelión jacobita, que había quedado casi confinada a la región conocida con el nombre de *Highlands*, o Tierras altas de Escocia, estalló tan pronto como hubo pisado el suelo escocés el príncipe Carlos Eduardo Estuardo, nieto de Jacobo II de Inglaterra, llamado por sus partidarios el *Joven Caballero* y el *Buen Príncipe Carlitos*, y por sus adversarios el *Joven Pretendiente*. El objeto del sublevamiento era elevar a este joven al trono de Inglaterra, ocupado a la sazón por Jorge II.

LA JUVENTUD DEL PROTAGONISTA, EDUARDO WAVERLEY

Eduardo Waverley, el héroe de la primera novela de Wálter Scott, era hijo de Ricardo Waverley, político ambicioso que, a fin de obtener alguna ventaja política, se había pasado al partido de los *whigs*, defensores del rey, y sobrino también de Sir Everardo Waverley, de Waverley-Honour, rico solterón que consideraba a Eduardo como heredero suyo.

Sir Everardo no sentía gran cariño a la casa de Hanóver, a la cual pertenecía el rey Jorge; de modo que, como el joven Eduardo vivía ora con su padre, ora con su tío (su madre había fallecido ya), se halló desde sus primeros años bajo la influencia de las dos grandes fuerzas políticas opuestas de aquella época.

Algo alarmado Sir Everardo y Mrs. Raquel, su hermana, al echar de ver la inconstancia de su sobrino para el estudio, y su amor a la soledad, inclinaciones que su padre no había hecho nada por contrariar, insinuó Mrs. Raquel la conveniencia de que el muchacho emprendiese un viaje por Europa, en compañía de su tutor.

LA DESGRACIADA MISIÓN DEL CAPITÁN WAVERLEY A LAS MONTAÑAS DE ESCOCIA

Ricardo Waverley no opuso objeción alguna a este proyecto, pero sus amigos políticos pensaron de otro modo. El resultado fué que se brindó al joven con el nombramiento de capitán de un regimiento de dragones, acuartelado entonces en la ciudad de Dundee. Aceptó Eduardo, y salió al punto de su destino llevando, entre otras cosas, una desdichada carta de presentación de su tío para el barón de Bradwardine, que residía en su mansión señorial de Tully-Veolan, situada al pie de las montañas en el condado de Perth. El barón, antiguo amigo de Sir Everardo, había hecho armas a favor de los Estuardos.

Después de haberse puesto al corriente de sus deberes militares en Dundee, el joven Waverley obtuvo licencia para ausentarse unas cuantas semanas. Deseaba conocer el país, pero antes que todo, hizo una visita al amigo de su tío en Tully-Veolan, típico y viejo castillo escocés, en donde el barón y su hija Rosa, encantadora muchacha de la misma edad de Waverley, le recibieron con cordiales demostraciones de amistad. La cabellera de

Rosa era de oro pálido, y su tez podía competir en blancura con la propia nieve de las montañas de Escocia. « No se notaba en su rostro huella alguna de palidez, ni de tristeza; su carácter era vivaracho y alegres sus facciones; su tez no sonrosada, pero tan pura que parecía transparente, hasta el punto de manifestársele en el sonrojo del semblante la conmoción más ligera de su ánimo; su estatura, antes baja que regular, y singularmente elegante; sus movimientos, fáciles, ágiles y desembarazados ».

Tocóle en suerte a Rosa Bradwardine hacer los honores de la casa al recién llegado y servirle de guía. Gracias a esta circunstancia, estuvieron ambos constantemente en compañía uno de otro.

EL CABALLERO INGLÉS Y LA DONCELLA MONTAÑESA

En sus excursiones a caballo por los alrededores de Tully-Veolan, Rosa oía extasiada a Eduardo cuando le hablaba de los libros que él había leído y tenía en más estima. Cuantos veían juntos tan a menudo a los dos jóvenes, creían que el barón estaba concertando una boda entre su hija y el joven millonario inglés; pero es lo cierto que el padre de Rosa no había pensado en ello, y aun cuando hubiese acariciado la idea de una alianza, la indiferencia de Eduardo habría puesto una barrera al proyecto.

En efecto, la mente del muchacho estaba aún por entero sometida a la influencia de las antiguas novelas que había leído en la biblioteca de Waverley-Honour. Conducíale todavía su imaginación a ideales aventuras, en las que se mezclaban las formas femeninas de exquisitas gracias e imponderable belleza. Rosa Bradwardine, aunque hermosa y digna de ser amada, no poseía precisamente aquel mérito ni aquella belleza que cautiva a una imaginación romántica en la primera juventud. Era demasiado franca, demasiado confiada, demasiado bondadosa.

« ¿Hubiera sido posible inclinarse, temblar y adorar a esa tímida y, sin embargo, juguetona muchacha, que ora pedía a Eduardo que le corrigiese el estilo, ora que le explicase una estrofa de Tasso, o le deletrease una palabra muy larga, larguísima, en la traducción que hacía ella de este autor? » No; y, a pesar de todo Waverley pasaba tan agradablemente el tiempo en Tully-Veolan, que solicitó y obtuvo una nueva prórroga de su licencia. El permiso que se le concedió iba acompañado de una insinuación del coronel Gardiner, su superior jerárquico, en la que se le recordaba que no debía frecuentar demasiado la compañía de aquellos que, por respetables que fuesen en sentido general, se hacían sospechosos de no hallarse en buenas relaciones de amistad con el gobierno o con la persona del rey, cuyas banderas él, Eduardo, había jurado.

Aconteció por aquel entonces que cierto bandolero llamado Donaldo Bean Lean, hizo una correría por Tully-Veolan, en la cual arrebató las vacas lecheras de propiedad del barón. Esta clase de incursiones eran tan frecuentes en los límites de las montañas de Escocia, que un caudillo de la localidad, Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, recibió de muchos señores de las tierras bajas, la especie de feudo que se conocía con el nombre de *dinero de la protección*, es decir: cierta cantidad que se pagaba como seguridad de que los malhechores no intentarían ningún ataque contra ellos. Entre este caudillo y el barón ocurrió una disputa, con el cual motivo se enteró éste, de que, sin saberlo, había pagado a aquél, por medio de un agente, el *dinero de la protección*. Desde este momento ordenó el padre de Rosa que jamás volviera a pagarse semejante tributo.

CÓMO PENETRÓ WAVERLEY EN LA GUARIDA DEL BANDOLERO MONTAÑÉS

Poco después de la correría de Donaldo Bean Lean, Vich Ian Vohr, que tenía en gran aprecio al barón, señor de Tully-Veolan, le envió un mensaje en que le ofrecía su auxilio para recuperar el ganada robado. Evan Dhu Mac-Combich, pariente del caudillo fué el encargado de llevar la comuni-



Carlos Eduardo Estuardo, nieto de Jacobo II de Inglaterra, era conocido familiarmente por sus partidarios con el dictado de « el Buen Príncipe Carlitos » y con el de « Joven Pretendiente » por sus enemigos. Ya su padre, antes que él, había intentado reconquistar el trono británico, del cual había sido arrojado su abuelo. Insistiendo en sus derechos, el joven príncipe, en el año 1745, salió de su refugio en Francia para ponerse al frente de sus leales de Escocia, bajar luego a Inglaterra e intentar el último esfuerzo para recuperar la perdida corona. Eduardo Waverley era un oficial inglés que abrazó la causa del Pretendiente, y cuya desgraciada historia narra Sir Wálter Scott en su gran novela titulada « Waverley ». Este grabado, reproducción del hermoso lienzo de Juan Pettie, representa al Buen Príncipe Carlitos con dos de sus partidarios.

cación a Tully-Veolan. Por conducto de este mensajero tuvo Waverley noticia de las montañas de Escocia y de sus habitantes, cuyas costumbres y carácter despertaron más y más en el joven su afición a las aventuras. Por esto, cuando Evan Dhu se ofreció a llevarle a la fortaleza de Donaldo Bean Lean y a la residencia de Vich Ian Vohr, aceptó gustosísimo la invitación.

Cuando Waverley se encontró con Donaldo Bean Lean, quedó admirado, y hasta llegó a alarmarse al ver a una persona tan bien enterada de las fuerzas y de la composición de las diferentes guarniciones y regimientos acuartelados al Norte del río Tay. Pero todavía le intrigaba más el lenguaje misterioso del ladrón. Donaldo Bean Lean hablaba como si Waverley tuviese para él algún mensaje secreto, y consideraba como un agravio el que no se le creyera digno de confianza, así por parte del barón de Bradwardine, como por la de Vich Ian Vohr.

ENTRE LOS PARTIDARIOS DEL BUEN PRÍNCIPE CARLITOS

Waverley no había de conocer la significación de todo esto sino hasta más tarde. Entre tanto su huésped le agasajó amablemente. El único incidente que perturbó esta apacible hospitalidad, fué la desaparición del sello de Waverley, sustraído mientras el joven dormía. El fin que se había propuesto el bandolero, al cometer este robo, era el de utilizar dicho sello como signo de autoridad para con los reclutas que Waverley había llevado consigo a Dundee desde Waverley-Honour, y a los cuales Donaldo Bean Lean se proponía aconsejar que se apresurasen a desertar y a reunirse con las fuerzas de Carlos Eduardo, apellidado el *Buen Príncipe Carlitos*, tan pronto como tuviesen noticias de haber desembarcado este personaje en Escocia.

Terminada su visita a la morada secreta de Donaldo Bean Lean, dirigióse Waverley, acompañado de una fuerte escolta, a Glennaquoich, residencia de Vich Ian Vohr, en la cual fué recibido cordialmente por el caudillo y su hermana Flora.

Flora Mac-Ivor se parecía extraordinariamente a su hermano. Poseía las mismas líneas antiguas y regulares de perfil, los mismos ojos negros, las mismas cejas, las mismas pestañas y la misma blancura de tez. Pero la altiva y algo firme regularidad de las facciones de Fergus veíanse suavizadas en el hermoso rostro de Flora. Su voz era suave, dulcísima, y, sin embargo, al tratar sobre cualquier asunto favorito poseía esa inflexión de tonos que imprimen irresistiblemente en el ánimo el temor y la convicción.

Al principio, nada encontró Waverley en Glennaquoich que le indujera a tomar por suya la causa que con tanto entusiasmo defendían Vich Ian Vohr y su hermana; es decir, ni uno ni otra le pidieron directamente su cooperación. Cierto día el joven inglés fué invitado a una partida de caza, organizada para que sirviera como de preludio a una acción terminante de los jacobitas. En esta cacería Waverley padeció un desgraciado accidente que le impidió regresar a su debido tiempo a Dundee, en donde se hallaba ya el bandolero jacobita, Donaldo Bean Lean, dispuesto a realizar los planes que había acariciado desde que tuvo en su poder el sello de Waverley. Y, en efecto, no contento con inducir a los hombres del regimiento de Waverley a que se unieran a la causa jacobita, interceptaba las cartas que al ausente capitán dirigía el coronel Gardiner, y en las cuales le daba buenos consejos, o le ordenaba que regresase inmediatamente a cumplir con su deber.

CÓMO UN SOLDADO INGLÉS SE PASÓ A LOS REBELDES ESCOCESES

Por fin recibió Waverley varios despachos que se referían a asuntos del mayor interés. Escribíale su padre quejándose amargamente de los malos tratos que recibía del Gobierno. Había también una carta de fecha muy atrasada, firmada por el coronel Gardiner. en la que se le ordenaba regresara a Dundee en el parentorio plazo de tres

das. Por fin, sus tíos, en una expresiva carta, le inducían a dimitir antes que sujetarse a los malos tratos de que su padre había sido objeto. Por un periódico que Vich Ian Vohr hizo llegar a las manos de Eduardo, supo éste que había sido excluído del ejército.

Considerándose grandemente agraviado, por haber sido degradado públicamente sin haberle permitido defenderse, unióse Waverley a los montañeses. Por este tiempo Vich Ian Vohr había observado con gran satisfacción la simpatía cada vez mayor que Waverley mostraba sentir hacia Flora, y no veía obstáculo alguno que impidiese la realización de un matrimonio entre ambos jóvenes, como no hubieran sido las buenas relaciones existentes entre el padre de Waverley y el Gobierno y el empleo de su huésped en el ejército del rey; pero estos obstáculos habían ya desaparecido.

ENTREVISTA DE WAVERLEY CON EL PRETENDIENTE AL TRONO DE LA GRAN BRETAÑA

Si Flora Mac-Ivor sustentaba por su parte otro sentimiento hacia Waverley que el de la amistad, no lo demostraba ciertamente. El entusiasmo que sentía por la causa de los Estuardos era grande, mas ello no le cegaba hasta el punto de no ver los peligros que corrían los rebeldes; por esto aconsejó a Waverley que consultase su conciencia—no su resentimiento ni sus sentimientos, respecto a ella,—antes que se deciciera a sumarse a la causa jacobita. A pesar de todo, el resentimiento, o la sensibilidad, o quizá ambas cosas, se sobrepusieron a todo.

Aconteció, pues, que Waverley fué presentado al Joven Pretendiente, y los atractivos personales de este desgraciado príncipe acabaron de completar su conversión. Flora, entretanto, empleó su influencia en hacer de modo que Waverley pensase más íntimamente en su amiga Rosa Bradwardine, ignorante como estaba del cariño que su hermano alimentaba hacia la hija del barón. El amor y la guerra atrajeron a Waverley a la rebelión. Tomó parte en la victoria de los montañeses en Preston-Pans y salvó la vida, en esta batalla, al coronel Talbot, amigo de su tío.

Hubo también en la batalla otro incidente que impresionó en gran manera a Waverley. Fué éste la muerte del coronel Gardiner, quien, gravemente herido, opuso una resistencia tan desesperada como inútil, contra un fuerte cuerpo de montañeses. Durante esta acción fué cuando le vió Waverley.

MUERTE DEL JEFE DE WAVERLEY EN EL CAMPO DE BATALLA DE PRESTON-PANS

« Salvar a este pundonoroso y valiente militar fué el inmediato objeto de sus ansias, pero sólo pudo ser testigo de su muerte. Antes de que Eduardo pudiera abrirse camino entre los montañeses, que, furiosos y sedientos del botín, avanzaban en tropel, vió caer del caballo a su antiguo jefe, herido de un golpe de guadaña, y recibir, ya caído en tierra, más heridas de las que se hubieran necesitado para segar veinte vidas ».

Después de la batalla de Preston-Pans, marchó Waverley con los rebeldes a Inglaterra, y permaneció con ellos en su precipitado regreso, hasta el desastre de Clifton, donde Vich Ian Vohr fué hecho prisionero. Entonces se separó de ellos. Resueltamente leal a la causa que había abrazado, Vich Ian Vohr halló la muerte entre los sombríos muros del castillo de Carlisle. Desalentada, al fin, Flora Mac-Ivor, lamentándose de haber precipitado a su hermano a un fin terrible, buscó refugio en el convento de las benedictinas escocesas, instalado en París. Waverley fué indultado, gracias principalmente al entrañable cariño que por él sentía Rosa Bradwardine, cuya bondad para con la hija del bandolero fué el medio de que se supiera el traidor empleo que Donaldo Bean Lean hacía de las cartas y del sello de Waverley.

Éste, infinitamente más fuerte y más prudente para emprender nuevas aventuras, llevó al altar a Rosa Bradwardine, y fué señor de Waverley-Honour.



LA HAZAÑA DE UNA AMAZONA EN EL MAR

PROPIO de hombres fuertes y valerosos es el luchar contra los furiosos huracanes y las tempestuosas olas para salvar las vidas de los náufragos; sin embargo, también han sido muchas las valientes mujeres que han desafiado la muerte y afrontado los mayores peligros para librar a sus semejantes de verse hundidos en el fondo del Océano.

Algunos años ha, una señorita, llamada Gracia Bussell, que vivía en Wallscliffe, en la Australia Occidental, hallábase leyendo en la sala de la casa de su padre, cuando se le presentó un criado indígena para darle la noticia de que un buque había naufragado cerca de la costa, a cosa de siete millas, y que estaba en peligro inminente de estrellarse contra las rocas. A la sazón soplaba un espantoso huracán que agitaba furiosamente las aguas del mar.

Sin vacilar un instante, la señorita Bussell corrió a la cuadra y, montando el caballo de su padre, hermoso y valiente animal, le hizo emprender veloz carrera a lo largo de la costa acompañada por el servidor que le diera la noticia. El buque estaba a unos sesenta metros de la orilla, y las olas lo azotaban con fuerza tal, que era evidente la imposibilidad de que la nave pudiera resistir mucho tiempo.

La tripulación trató de desembarcar a algunos pasajeros, utilizando para ello el bote salvavidas; pero en cuanto la barca se hubo separado del buque, una ola inmensa la cogió, como si fuera un cascarón de nuez, y la volcó de manera que todos sus tripulantes cayeron al agua.

En aquel preciso instante llegó la señorita Bussell frente al buque náufrago e inmediatamente se arrojó al irritado mar, montada en su caballo, al que guió hasta el lugar en que los náufragos del bote luchaban por no hundirse. El criado la siguió también en su correspondiente montura, y los dos consiguieron llevar felizmente a tierra a buen número de los que ya estaban medio ahogados.

La señorita Bussell repitió una y otra vez su hazaña, luchando denodadamente contra el viento y las olas, y no hay que decir las dificultades que hubo de vencer para no caer del caballo. Pero siempre lograba llegar a donde se hallaban las víctimas del naufragio, que pugnaban por conservarse a flote, y cada vez ofrecía a media docena de ellas la oportunidad de asirse a la silla, a las crines o a la cola del noble bruto, ayudándolos a llegar a la orilla.

El peligro era grandísimo, y en cada ocasión que la señorita Bussell obligaba a su caballo a meterse en el mar, después de haber salvado a algunos náufragos, parecía imposible que lo-

grara su valeroso intento, y aun era menos de esperar que consiguiera llegar a la orilla, cuando remolcaba su viviente carga. Pero su arrojo y decisión, así como su extraordinaria habilidad, admirablemente secundada por la fuerza y resistencia de su hermoso corcel, le permitían realizar aquel aparente imposible; y, gracias a sus repetidos esfuerzos, salváronse la tripulación y los pasajeros, entre los que había mujeres y niños. El último tripulante fué conducido a tierra por el criado, Samuel Isaacs, que pudo cogerlo en el momento en que estaba a punto de hundirse.

Una vez, cuando la señorita Bussell llevaba a tierra a cinco o seis personas casi exhaustas, el caballo se enredó las patas en una cuerda y parecía que allí iban a perecer todos; pero la señorita Bussell, maniobrando con gran habilidad, logró desenredarlo. En recompensa de la bravura y del valor inaudito de que la joven dió pruebas en aquella circunstancia, le fué concedida una medalla. A no haber sido por su pronta y esforzada conducta, los pasajeros y la tripulación no habrían tenido probabilidades de salvarse, porque en aquella parte de la costa australiana no había entonces nada a propósito para el salvamento de náufragos.

EJEMPLO DE AMOR FILIAL

La madre de Juan Vigier, era una viuda que tenía cuatro hijos, a quienes difícilmente podía mantener y educar, porque era muy pobre. Algunos buenos amigos consiguieron procurar empleo a los tres mayores, y en cuanto al menor, llamado Juan, muchacho muy listo de nueve años, y que prometía mucho, creyeron lo mejor que continuara en la escuela. Sin embargo, no podían pagársela y ayudar al mismo tiempo a la madre que estaba enferma y, por tal razón, decidieron que ésta fuese al hospital, mientras el niño sería internado en un colegio.

El cura del lugar llamó a Juan a su casa para darle cuenta de esta decisión, y el niño, que era muy curioso, en cuanto se quedó solo, durante algunos minutos, miró un papel que estaba sobre la mesa del sacerdote y vió que era una orden de admisión en el hospital, extendida a nombre de su madre. Alarmado, salió de la casa y regresó a la escuela, en donde se vistió con su traje de trabajo. Entonces volvió a casa del cura y le dijo:

—Lo sé todo, pero mi madre no ha de ir al hospital. Yo viviré con ella y ganaré lo necesario para mantenerla.

El sacerdote trató de disuadir al muchacho, diciéndole que sería mejor para su madre que él se instruyera, porque así podría ganar más dinero que siendo ignorante. Pero Juan no quiso desistir de su empeño, y en cuanto vió que sus hermanos no querían ayudarle a él, vendió sus vestidos y un reloj que le habían dado en la escuela como premio, y con el producto de todo ello compró pastelillos y juguetes de poco precio, y empezó a vender por las calles de Aurillac.

El muchacho supo atraerse con su gracia a muchos compradores y más aún cuando éstos llegaron a saber cuánto amaba y cuidaba a su madre; y prosperó de tal modo, que pronto pudo ganar lo suficiente para mantenerse los dos.

EL AMOR QUE ES MAS FUERTE QUE LA MUERTE

En los turbulentos tiempos que siguieron a la muerte de Julio César, Cicerón y su hermano Quinto fueron inscritos en la lista secreta de las personas a quienes se debía dar muerte. Pero, advertidos a tiempo del peligro que corrían, huyeron de Roma y ya estaban a poca distancia de la costa, cuando recordaron de pronto que apenas llevaban dinero. Entonces Quinto emprendió el regreso a la ciudad, para reunir los medios necesarios, mientras Cicerón prosiguió en la huída. Una vez en Roma, Quinto se encaminó a su casa, pero sus enemigos supieron inmediatamente su regreso y mandaron un des-

tacamento de soldados con orden de darle muerte. Pero el proscripto logró ocultarse tan bien que, aun cuando los asesinos registraron cuidadosamente la casa, no pudieron dar con él.

Esto los irritó tanto, que se apoderaron de un hijo de Quinto y lo sometieron a la tortura para obligarle a que descubriera el escondrijo de su padre. Y aunque el castigo fué terrible y crueles los tormentos, el valiente muchacho se mantuvo firme y se negó a revelarlo.

Una y otra vez renovaron las torturas, y de cuando en cuando, el paciente joven dejaba escapar débiles gemidos que llegaban a oídos de su padre. Quinto soportó por algunos minutos la agonía de oir los padecimientos de su hijo; pero, al fin, saliendo de su escondrijo, se llegó a los soldados y, con lágrimas en los ojos, les rogó que le mataran a él, pero que cesaran de atormentar al inocente muchacho que no había hecho mal alguno ni a ellos ni a su señor.

Mas la compasión era desconocida para aquellos viles asesinos, cuyo cometido no era otro sino el de ejecutar los crueles mandatos de algunos hombres tan criminales como ellos; y al oir las súplicas de Quinto se burlaron de él y de los dolores de su hijo. Dijeron que los dos iban a morir; el padre por haber sido condenado a muerte y el hijo por haber tratado de salvar a su padre.

Con valeroso ánimo se resignaron los dos a sufrir tan cruel destino, pero con el deseo de que el otro viviera algunos instantes más, cada uno quería ser el primero en sufrir la muerte. Los crueles asesinos decidieron el asunto y les evitaron el dolor de que uno de ellos sobreviviera al otro, aunque sólo fuera por un momento, porque se dividieron en dos grupos y decapitaron al padre y al hijo en el mismo instante. Difícil sería hallar en la historia otros ejemplos tan patéticos y conmovedores del mutuo amor de un padre y un hijo.

LA NIÑA A QUIEN SE LE CONFIARON SECRETOS DE ESTADO

EN Oliverio Cromwell vemos un carácter repulsivo, duro con sus contrarios y aborrecible en sus procedimientos. A pesar de esto, fué muy cariñoso con una niña, su nietecita, para la cual siempre estuvo abierto su corazón. Gustaba de tenerla frecuentemente consigo, y cuando la pequeña contaba seis años de edad, solía sentarla en sus rodillas mientras celebraba consejo con sus ministros sobre los asuntos de Estado. Algunos de los ministros creyeron imprudente que una niña les oyese discutir los secretos de Estado, y manifestaron a Cromwell sus temores, el cual les respondió:

—No hay secreto alguno que pueda confiaros a vosotros que no lo pueda igualmente confiar a esa niña.

Queriendo demostrar a sus ministros que aquella confianza era fundada, murmuró, cierto día algo al oído de la pequeña, diciéndole que era un secreto y que no debía decirlo a nadie. Después él mismo hizo que la abuela y la madre de la chiquilla intentasen saber el secreto.

Mas ni amenazas, ni regalos, ni azotes, pudieron hacer desleal para con su abuelo a la nieta puritana. Por fin, renunciaron al intento de saber de ella el secreto, pues sus razones eran decisivas: decía que habiéndole su abuelo confiado un secreto tenía que guardarlo, a pesar de que no quería desobedecer a su madre.

Convenciéronse así los ministros de Cromwell de que, aunque la niña oyese secretos de Estado, no había peligro de que por ella fuesen descubiertos.



EL JUEGO DEL FOOT-BALL

SU HISTORIA Y DESARROLLO

EL origen de este juego se remonta, según algunos, al tiempo de los griegos; al de los romanos, según otros. Lo que sí podemos afirmar es que el *foot-ball*—o juego de pelota (*ball*) con el pie (*foot*)—se jugaba ya en Inglaterra en los tiempos del rey Haroldo, por los años 1050 a 1060, pues se conservan edictos de tales fechas prohibiendo dicho juego por causa de los accidentes, heridas y aun muertes, que en medio del acaloramiento del juego se llegaban a ocasionar. Un partido de *foot-ball*, con reglas muy rudimentarias y jugado por dos pueblos rivales, solía degenerar en una verdadera batalla que, como queda dicho, a menudo producía víctimas.

Posteriormente, el *foot-ball* pasó de las aldeas a los colegios y Universidades; y en 1850, el colegio de Rugby lo reglamentó, fijando el número de jugadores, dimensiones del terreno y otros particulares.

Ulteriores modificaciones dieron origen a la escuela de *foot-ball* denominada «Association», nombre debido al título de la «Foot-ball Association» fundada por los clubs de Londres, la cual difiere en ciertos particulares de la escuela Rugby. En ésta el número de jugadores es de 50, y la mitad para cada equipo; en aquélla se reducen los jugadores a 11 por cada parte.

Francia, Alemania, Italia y otros muchos países de Europa y de América, acogieron favorablemente el *foot-ball*, que es uno de los deportes más atléticos, en que se pone a prueba la energía de los jugadores, entrando en juego todas las cualidades del atleta, físicas, morales e intelectuales.

Indicado el origen del juego del *foot-ball* y su propagación, daremos seguidamente la explicación del juego *Association*, que es el más internacional.

ANTES DEL JUEGO

El terreno.—El campo no es de rigor que sea de césped, como en el *rugby*.

Su forma es un rectángulo, cuyos dos lados mayores son de 180 metros como máximo, y la mitad como mínimo. Los dos lados menores son de 90 metros, como máximo, y la mitad de este número como mínimo.

Los lados mayores se llaman *líneas de pasa;* y las menores *líneas de meta.*

Las metas o «goals» están marcadas por postes, como en el *rugby;* pero equidistando entre sí 7 metros 30 centímetros, y unidos por un madero travesaño a una altura de 2 metros 40 centímetros. A 12 metros de la línea de meta se traza otra línea paralela a aquélla. Ésta señala el límite del campo de meta, en el cual se pueden producir ciertas jugadas.

El balón.—La pelota o balón, que en el *rugby* es oblongo, en el *association* es esférico; mide de 68 a 70 centímetros de circunferencia y pesa de 370 a 425 gramos. Lleva forro de cuero, y contiene en su interior una vejiga de aire comprimido.

Vestimenta.—El mejor traje para jugar al *foot-ball* es un *jersey* de lana, de mallas estrechas, calzones de franela y medias de lana.

Conviene que los delanteros lleven borceguíes de lazos con suelas gruesas y recias, y a los zagueros les está mejor calzado ligero.

Es indispensable que los jugadores de un mismo *team* o bando vistan del mismo color, a fin de no dar lugar a confusiones.

Los bandos o teams.—Constan los bandos de 11 jugadores, divididos en esta forma: 1 portero o guarda de la meta (*goal-keeper*), 2 zagueros, 3 medios y 5 delanteros.

Uno de los jugadores, denominado «capitán», dirige la partida por cada bando, los cuales deben a sus respectivos capitanes obediencia absoluta.

EN QUÉ CONSISTE EL JUEGO, Y SUS REGLAS

Saque o salida.—Para empezar el juego se echan suertes, a fin de determinar el bando a quien corresponde el saque. Éste se verifica por golpe «aplicado», es decir, poniendo la pelota en tierra, dentro del círculo de saque, y lanzándola el sacador de un puntapié en dirección a la meta contraria. Los jugadores del *team* opuesto al de saque deben mantenerse, mientras se verifica éste, a más de 10 metros del balón; y, por su parte, los contrarios no rebasarán la línea divisoria de los dos campos. En la segunda parte del partido el saque corresponde al *team* o bando que no ha sacado en la primera parte.

Durante el juego.—A diferencia del *rugby*, está prohibido en el *foot-ball association* tocar el balón con la mano ni con el brazo intencionadamente. Tan sólo el portero o guarda-meta puede, dentro de su campo, coger el balón con las manos,

pero no puede dar más de dos pasos llevando la pelota.

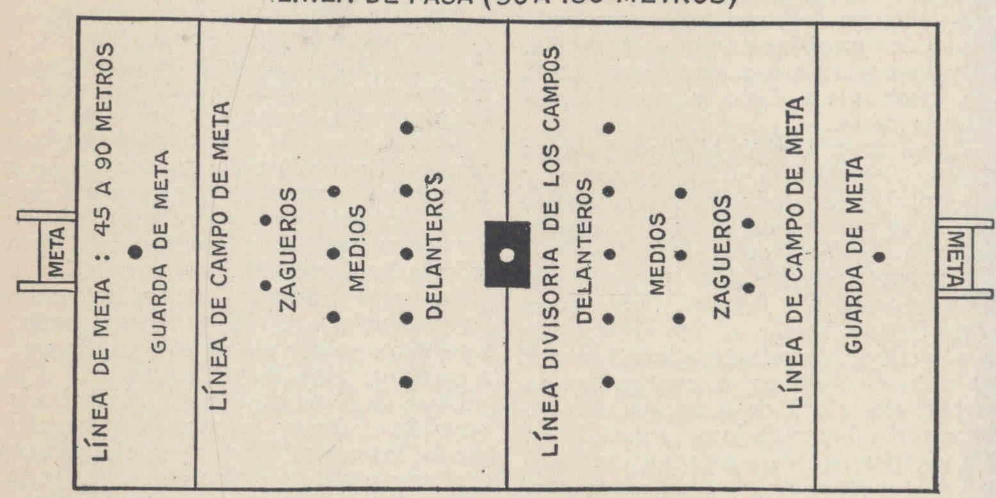
Está prohibido dar puntapiés o echar zancadillas a un adversario y en general «estorbar». Se entiende por «estorbar» toda obstrucción hecha con la mano o con el brazo separado del cuerpo.

Meta.—Se gana una meta o *goal* haciendo pasar el balón por debajo (en el *rugby* es por encima) del madero transversal de la meta.

Cuando se ha ganado un *goal*, el *team* que lo ha perdido tiene derecho a un resto.

Pasas.—Cuando el balón toca o rebasa la línea de pasa, lo devuelve al juego un brado para hacer respetar las reglas, imponer los correctivos, señalar las infracciones y anotar los tantos que obtiene cada equipo. Sus fallos son inapelables, y se le debe obediencia absoluta. Como en el *rugby*, el árbitro designa dos jueces de pasa, cuya misión es decidir cuándo el balón hace pasa, y qué *team* tiene derecho a ponerlo en juego.

Puede asimismo disponer un «golpe franco», siempre que crea que la actitud de un jugador es peligrosa. Por «golpe franco» se entiende el puntapié dado en la forma y en la dirección que quiera el



EL CAMPO DE FOOT-BALL Y POSICIÓN DE LOS JUGADORES

jugador del *team* contrario del que ha ocasionado la pasa, poniéndose de pie sobre la línea de pasa, y lanzando con ambas manos el balón al aire en la dirección que quiera. El balón, así lanzado dentro del campo, queda de nuevo en juego.

Terminación.—El partido termina 90 minutos después de haber empezado, con un intermedio de 5 a 10 minutos entre dicho espacio de tiempo, cambiando los *teams* el campo. El partido puede prolongarse 30 minutos más, si en un *match* o partido decisivo, no se ha obtenido ningún resultado.

Tanteo.—Los partidos de *foot-ball* se deciden por tantos o *goals*. El que tiene mayor número de *goals* al terminar el partido, es el que obtiene la victoria.

El árbitro.—Llámase así el juez nombrado para hacer respetar... jugador. El árbitro va provisto de un pito o silbato, con el cual da sus órdenes.

Matches y campeonatos.—A pesar de que son muchos los grandes *matches* de *foot-ball association* que se celebran en todo el mundo, no se ha llegado a establecer un campeonato internacional, que responda verdaderamente a este nombre.

En Inglaterra, donde el *foot-ball* representa juntamente con el *críket* el juego nacional, y en América del Norte, los grandes partidos de *foot-ball* atraen a veces multitudes de 30 y de 40 mil espectadores.

«Los hombres formados en la escuela del *foot-ball*—dice Holmes—entran en la vida con temperamento viril»; y el general Wéllington decía aún más: «En los terrenos de *foot-ball* es donde Inglaterra aprendió a ganar la batalla de Waterloo».

QUÉ SE DEBE HACER CON LOS AHOGADOS

PRIMEROS AUXILIOS

ES de suma importancia para todos conocer el modo de procurar la respiración artificial a una persona, que aparentemente ha dejado de respirar. Con ello podremos prestar útiles servicios en casos de asfixia por sumersión, estrangulación o gases venenosos.

Son diversos los métodos de efectuar la respiración mecánica de una persona en estado de muerte aparente, conocidos por los nombres de sus inventores, a saber: los métodos Sylvester, Laborde, Howard, Marshall Hall y Schäfer. Todos son buenos, y, por consiguiente, recomendables; mas, según el caso, unos u otros ofrecen especiales ventajas, razón por la cual juzgamos conveniente exponerlos aquí todos.



Inspiración por el método Sylvester.

MÉTODO SYLVESTER.—Se coloca al paciente en posición horizontal, supina o boca arriba, sobre una superficie plana ligeramente elevada en la parte de los pies; sus hombros deben descansar sobre una almohada o, a falta de ésta, sobre cualquier prenda de vestir, plegada, de suerte que la cabeza caiga hacia atrás, como se ve en el grabado; es de primera necesidad dejar el cuello y el pecho enteramente libres de presión, desnudando este último hasta el estómago.



Espiración por el método Sylvester.

En habiendo limpiado y despejado la boca y ventanas de la nariz del ahogado, nos arrodillaremos junto a su cabeza, y tomándole los antebrazos por cerca de los codos los elevaremos en dirección nuestra, manteniéndolos tendidos en tal posición durante dos segundos aproximadamente y procurando que los codos toquen en el suelo. El grabado ayudará a comprender esta operación, por la cual el aire se introduce en los pulmones del ahogado.

Sin soltarle los brazos, los colocaremos a ambos lados del pecho, oprimiendo la caja torácica lateralmente, como se ve en el segundo grabado. Con ello lograremos expeler el aire. Transcurridos dos segundos, se repiten ambas operaciones alternativa y continuadamente, a fin de que el paciente inspire y espire el aire quince veces, aproximadamente, en un minuto.

Si son dos las personas que pueden prestar los primeros auxilios a un ahogado, mientras la primera le procura la respiración en la forma indicada, la segunda mantendrá abierta la boca del asfixiado, sacándole la lengua lo más fuera posible de los labios para facilitar la aspiración del aire. Si es posible, será muy conveniente que el operador le aplique a las ventanas de la nariz sales olorosas, de las llamadas comúnmente «sales inglesas», o rapé, o bien le haga cosquillas en la garganta con una pluma de ave. Se recomienda asimismo azotar el pecho del ahogado con una toalla húmeda, o frotarlo con una franela seca.

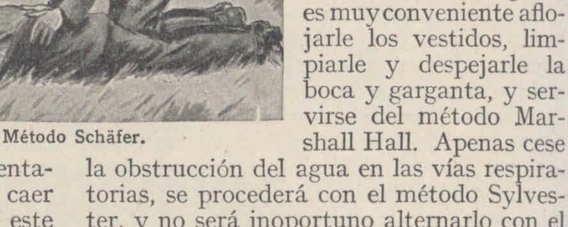
MÉTODO HOWARD.—Se coloca al paciente boca abajo, haciendo que su pecho descanse sobre una almohada o prenda de vestir arrollada, y su cara sobre las manos, para facilitar la salida del agua absorbida. Luego se hace presión sobre la espalda del ahogado tres o cuatro veces durante breves segundos, con lo cual los pulmones arrojarán el agua que contienen.

Cuando toda el agua ha sido expelida, volveremos, sin perder tiempo, al paciente boca arriba, haciendo que sus hombros descansen sobre la almohada o rollo y su cabeza penda sobre el suelo.

Después de colocarle las manos sobre la cabeza, nos arrodillaremos de forma que nuestras rodillas toquen las caderas del

paciente; apoyándonos los codos a los costados, colocaremos las manos sobre la parte inferior del pecho del ahogado y con todo nuestro peso y fuerza oprimiremos poco a poco durante tres segundos, inclinándonos gradualmente de modo que con la cara casi toquemos la del auxiliado. Hecho esto, nos incorporaremos, manteniéndonos de rodillas y en la misma posición para repetir, después de tres segundos de descanso, la misma operación diez veces por minuto, hasta que el paciente respire naturalmente. Una hora suele tardar en reproducirse la respiración normal; pero, apenas ésta se inicie, no debemos interrumpirla, sino fomentarla con los movimientos indicados, que muy bien se pueden combinar con el método Howard, alternativamente. Muy a menudo, un feliz resultado coronará nuestros esfuerzos.

MÉTODO MARSHALL HALL.—El paciente ha de ser tendido en el suelo, boca abajo; y su frente descansa en uno de sus antebrazos. Después de unos segundos, se le levanta suavemente, colocando, entretanto, debajo del pecho una chaqueta u otra prenda doblada. Para provocar la respiración se vuelve lentamente el cuerpo de lado, dejándole caer rápidamente boca abajo, y se repite este movimiento quince veces por minuto.


Método Schäfer.

Luego le volveremos sobre el lado contrario, durante el mismo tiempo, hasta que se inicie la respiración.

A cada vuelta que se dé al cuerpo es necesario oprimir con las manos firme y suavemente bajo de los homoplatos (paletillas), interrumpiendo esta opresión al poner al paciente de lado.

Se requieren dos personas para practicar el método Marshall Hall, pues una debe cuidar de la cabeza y brazo del individuo, mientras la otra le vuelve de uno y otro lado. Además, la primera ha de procurar que la frente descanse en el antebrazo, siempre que el paciente esté boca abajo. El por qué de este método es obvio, y sencillo. Cuando el asfixiado descansa sobre el pecho, el peso del cuerpo obliga al aire a salir de los pulmones; pero al volverle de lado cesa la presión y se produce la inspiración, es decir, el aire penetra en ellos.

MÉTODO SCHÄFER.—Observando el grabado, vemos que el asfixiado está boca abajo, vuelta la cabeza a un lado para dejar la nariz y la boca libres. De rodillas, a su lado, su salvador coloca las manos extendidas sobre los riñones del paciente, de suerte que casi se toquen los dedos pulgares: después, inclinándose hacia adelante, oprime con moderada fuerza la espalda y la parte baja del pecho al mismo tiempo, para producir la espiración o salida del aire. Sin levantar las manos se retira, interrumpiendo la presión, con lo cual se da la inspiración o entrada del aire en los pulmones. Es necesario continuar este procedimiento repitiendo sus movimientos durante quince minutos, aproximadamente, hasta obtener una respiración fácil y acompasada. Esto se entiende para cualquiera de los métodos que se sigan en caso de asfixia.

Si se trata exclusivamente de un ahogado, es muy conveniente aflojarle los vestidos, limpiarle y despejarle la boca y garganta, y servirse del método Marshall Hall. Apenas cese la obstrucción del agua en las vías respiratorias, se procederá con el método Sylvester, y no será inoportuno alternarlo con el de Howard, si son más de uno los que acuden en auxilio del ahogado. En tal caso, mientras se procura la respiración normal, una de ellas irá a proveerse de cobertores y botellas de agua caliente y, si es posible, a avisar a un médico.

Si el método ha dado resultado positivo, se envolverá al paciente en los cobertores, que han de estar secos, e inmediatamente se dará principio a una enérgica fricción en los miembros en dirección al corazón, para restablecer la circulación de la sangre. A ser posible, se aplicarán al ahogado franelas, botellas de agua caliente, o también ladrillos caldeados.

Tan pronto como el paciente esté en condición de poder ingerir líquidos, se le dará una taza de café, te o caldo; se le acostará y, bien arropado, se le aconsejará que concilie el sueño. Si persiste alguna dificultad en la respiración, se le aplicarán

sinapismos sobre el pecho y entre los hombros. Es oportuno y razonable vigilar al paciente por algún tiempo, pues si su respiración sufriese intermitencias, sería de necesidad procurarle de nuevo la respiración artificial por los métodos indicados.

Nunca repetiremos suficientemente que, hallándonos ante un ahogado, se le deben aplicar, sin demora alguna, uno u otro de los métodos expuestos para devolverle la respiración normal. No bien haya sido retirado del agua, se le deben aflojar o quitar inmediatamente todas aquellas prendas que impidan su respiración, desnudando su busto sin pérdida de tiempo; si llevase puesta alguna camiseta cerrada o jersey, es necesario rasgarla por delante, para ganar tiempo, pues un segundo podría decidir de la vida o muerte del sujeto.

Los métodos anteriormente expuestos son aplicables en todas los casos de asfixia, ya sea ésta por sumersión (ahogados) estrangulación o envenenamiento por gases.

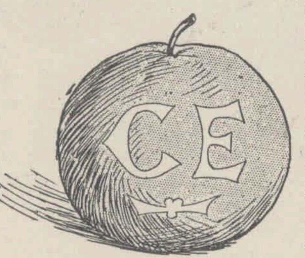
El método Laborde es especialmente recomendable en casos de insensibilidad, producida por una sacudida eléctrica. Al tratar a uno de estos pacientes, hemos de tener gran cuidado de aislarnos perfectamente, antes de tocar al electrizado. Al efecto, nos colocaremos sobre un cuerpo mal conductor de la electricidad, como, por ejemplo, un trozo grande de goma, un impermeable, un paño de seda, paja seca o, en su defecto, sobre cristal o ladrillos exentos de toda humedad. Para aislarnos las manos, a falta de guantes de goma o cosa análoga, utilizaremos un periódico enteramente seco.

Para salvar a una persona asfixiada dentro de una habitación llena de humo o gases, nos anudaremos fuertemente sobre la boca y la nariz un pañuelo humedecido en agua, y arrastrándonos por el suelo, o agachándonos lo más que nos sea posible, penetraremos en el cuarto en busca del paciente.

Todas estas útiles instrucciones acaso puedan servirnos algún día para salvar una vida, quizá de persona muy querida. Y no cabe duda alguna de que anualmente se repiten casos en que se dan por muertas a personas asfixiadas o ahogadas, que muy bien hubieran podido ser devueltas a la vida y salud, de haber conocido alguno de los circunstantes el modo de tratar el caso de asfixia en cuestión.

NUESTRAS INICIALES EN LA FRUTA

SIN tinta, lápiz, pintura o cosa análoga, podemos marcar en una fruta cualquiera nuestras iniciales o el dibujo que se nos antoje. Basta disponer de un árbol frutal. Realmente, no somos nosotros los grabadores, sino el sol. Veamos, no obstante, cuál es nuestra parte en este caprichoso trabajo. Empezaremos por tomar una hoja de papel, a ser posible, del llamado « de plata»—ése en que va envuelto el chocolate. Recortaremos después las letras o la figura que deseemos grabar en el fruto; y, mientras éste esté todavía verde, las pegaremos sobre él con clara de huevo o con algún otro adhesivo que no sea muy espeso. Se ha de procurar sujetar bien el dibujo al fruto expuesto al sol y esperar, antes de pegar el recorte, a que tenga su tamaño normal, pero que esté aún verde. Al madurarlo el sol, la parte descubierta tomará su debido color, y la cubierta por el papel quedará verde pálido o amarilla. Cuando el fruto esté maduro, podremos ver clara y distintamente el dibujo.



Una manzana con iniciales.

Si el tiempo es muy húmedo, es fácil que se despegue y caiga del fruto el papel, y por eso es conveniente tener varios patrones del dibujo, para substituirlos. A fin de que el papel no se desprenda, no estará de más barnizarlo, con lo cual el agua o la humedad se deslizará sobre el barniz; es una buena idea colocar sobre el fruto un tejadito de madera, que lo proteja de la lluvia, pero cuidando de que no le prive del sol, pues el fruto no tomaría su verdadero color y el monograma o dibujo saldría confuso.

Con este sencillo procedimiento podemos dar una agradable sorpresa a nuestros familiares o amigos, a la hora de los postres, al ofrecerles una naranja, por ejemplo, con sus iniciales.

Un frutero de Nueva York, proveedor de uno de los primeros restaurants de la ciudad, graba por este sistema en todas las frutas el monograma del hotel que provee.

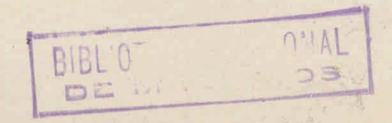
CANADA EN VERANO E INVIERNO

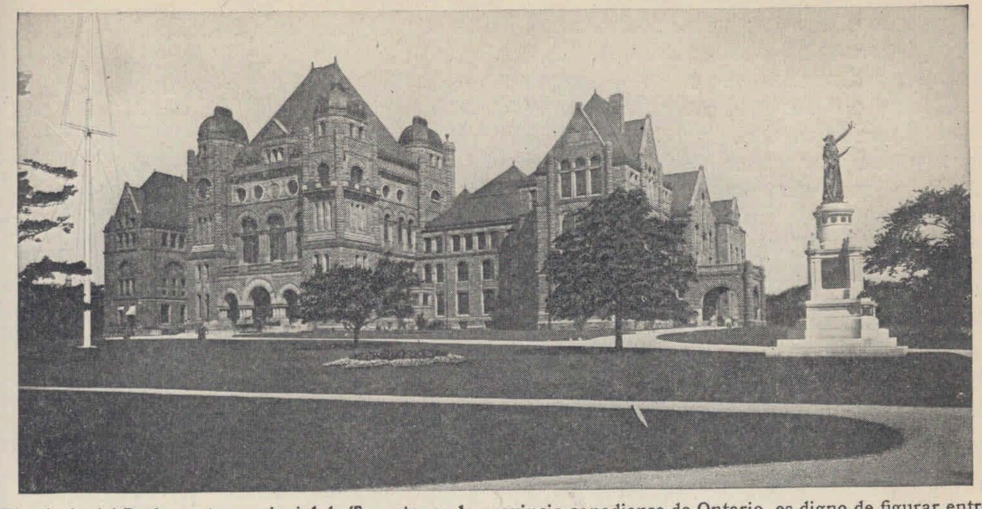


Una escena de verano a orillas de un lago de las Montañas Roquizas. En el Canadá los inviernos son muy rigurosos, y el aire es ligero y puro, aun en verano.



Una calle de Montreal en invierno. El invierno es verdaderamente riguroso en el Canadá; el termómetro desciende a varios grados bajo cero, pero, como este descenso de temperatura ya es de esperar, la gente se encuentra preparada para resistirlo. El aire es tan seco que el frío no molesta tanto como en un país húmedo.





El palacio del Parlamento provincial de Toronto, en la provincia canadiense de Ontario, es digno de figurar entre las mejores joyas arquitectónicas del Canadá. Su estilo contrasta notablemente con el del palacio del Parlamento federal de Ottawa, en la misma provincia, pero no por eso deja de ser un edificio realmente hermoso.

EL CANADÁ

EL Canadá habitado ya por muchos miles de europeos procedentes de todas las naciones de Europa, ve aumentar cada año la corriente emigratoria de gente que abandona sus respectivos países para establecer en él su definitiva morada.

Sigámosles con la imaginación, si queremos saber por qué esos emigrantes escogen este naciente país, cuando el trabajo escasea en su tierra nativa; y de paso podremos también formarnos una idea aproximada de lo que se les ofrece a la vista cuando llegan a él.

Tres cosas debemos tomar en cuenta antes de proseguir.

El Canadá tiene una superficie de 9.659,400 kilómetros cuadrados, es decir, casi igual a la de Europa, y a pesar de su gran extensión, no cuenta más que 7.200,000 habitantes y 41,000 kilómetros de vía férrea. Basta dar una ojeada al mapa para apreciar sus extraordinarias dimensiones. Extiéndese desde el Atlántico al Pacífico, desde la frontera de los Estados Unidos a los mares glaciales del Polo Norte. Muchas naciones hay en el mundo que no llegan a igualar en extensión a algunas provincias del Canadá. En nuestro viaje, veremos la causa por la cual el número de habitantes y la red de ferrocarriles de este territorio se hallan en tanta desproporción con su gran superficie.

El vapor que nos aguarda atracado en el muelle, nos causa una impresión de magnificencia, cual nunca habíamos imaginado experimentar a la vista de un buque. Al ir recorriendo sus diversas cubiertas, nos parece hallarnos ante una muchedumbre de magníficas casas u hoteles reunidos. Hay en el vapor, dormitorios, cuartos de baño, comedores y salones, salón de música, salas de recreo y, además, los grandes departamentos destinados a máquinas, carboneras, carga y equipajes. Quizá nunca hayáis perdido la tierra de vista, y, por consiguiente, os parecerá extraño al primer momento no ver más que agua y cielo a vuestro alrededor, un día y otro día.

Seguramente que, al emprender este viaje, os acordaréis de los antiguos exploradores y marinos que navegaron en barquichuelos hacia los desconocidos mares del Sol poniente. Era entonces el Océano un verdadero desierto, y en aquellos barcos de vela había muy

pocas comodidades; por añadidura, ni siquiera, cuando después de un largo viaje, sumamente peligroso, se llegaba al punto de destino, hallaba uno sobrado buena acogida.

Hoy día por cable podemos en un instante mandar un telegrama para que, a nuestra llegada, nos tengan preparada habitación y todo lo necesario. El fondo del Océano ha sido sondeado y señalado en las cartas marinas para mayor seguridad nuestra; constantemente encontramos y nos cruzamos con vapores en esta gran ruta, y podemos hablar con ellos por medio de la telegrafía sin hilos. Las potentes máquinas trabajan sin descanso noche y día, y el buque fuerza su camino siempre adelante, con rumbo a la gran puerta de entrada del Canadá por la cual los bravos exploradores se abrieron camino muchos años hace.

EL RÍO SAN LORENZO, LA GRAN ENTRADA AL CANADÁ

Esta entrada principal es el grandioso río San Lorenzo, que es uno de los que lleva más agua al mar. En invierno esta entrada queda herméticamente cerrada por el hielo, y entonces el vapor desembarca los pasajeros en Halifax (Nueva Escocia) o en algún otro puerto de la costa Este, en donde aguardan los trenes para llevarlos a sus destinos.

Pero nosotros hacemos este viaje en verano; así es que, después de muchas millas de navegación en el libre océano, podemos remontarnos todavía 1000 más por el río hasta llegar a Montreal. Pasamos por lo que antes era el centro de la Nueva Francia, la antigua provincia de Quebec. La ciudad de Quebec se levanta majestuosa ante nosotros; volveremos luego para oir su interesante historia, mas ahora el Occidente nos atrae, y nuestro tren nos espera en Montreal, el puerto más activo del Canadá.

Una línea férrea, verdaderamente maravillosa, atraviesa el Nuevo Canadá y enlaza el Atlántico con el Pacífico. Y debemos tener presente que este gran ferrocarril no une solamente los dos océanos, pues tras el Atlántico, está el Viejo Mundo, y más allá del Pacífico, se halla el Extremo Oriente.

VIAJANDO POR LAS GRANDES TIERRAS INHABITADAS, TRAS LOS LAGOS

Quien no está acostumbrado a recorrer en tren larguísimas distancias, difícilmente podrá hacerse cargo, al emprender un viaje por el Canadá, del tiempo que tardará en atravesarlo de Norte a Sur y de Este a Oeste. Ello es que, si salimos de Montreal en domingo, por ejemplo, para trasladarnos a la costa del Pacífico, trendremos que vivir, comer y dormir en el tren hasta el jueves por la noche, y durante este tiempo habremos recorrido unos 5000 kilómetros al través del Continente. Mientras las principales líneas de ferrocarriles no se extendieron por este gran desierto hasta más allá de los lagos, haciendo posible el viajar por esta región y explotar sus grandes riquezas, nadie la consideró buena sino para ser recorrida por cazadores. En efecto, las únicas noticias que de ella se tenían, eran debidas a las narraciones de algunos atrevidos viajeros.

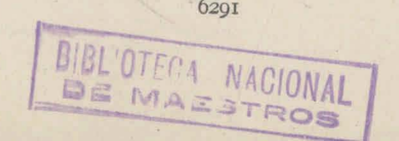
Durante las veinticuatro horas siguientes a nuestra salida de Montreal, vamos atravesando Ontario, la provincia más rica y poblada del Canadá. Una de sus más importantes características es el grupo de los grandes lagos que van todos a desaguar al mar por el río San Lorenzo. El lago Superior tiene una superficie de 84.000 kilómetros cuadrados; es la mayor extensión de agua dulce del mundo. Sus aguas se juntan con las de Míchigan y Hurón, y éstas a su vez con las del Erie y Ontario; no es, pues, de extrañar que el río San Lorenzo lleve tan gran cantidad de agua. En donde había rápidos o cataratas, se han construído canales para facilitar el paso de las embarcaciones, de modo que, desde Puerto Arturo, situado en el lago más apartado, a unos 1600 kilómetros más allá de Montreal, hasta el mar, se abre un canal no interrumpido, para embarcaciones que se dirigen a los lagos.



Este edificio, sencillo, pero de sólida construcción, fué erigido hacia el año 1705, por Claudio de Ramezay, gobernador de Montreal. Cuando el Canadá cayó bajo la dominación inglesa, fué durante algún tiempo residencia del Gobernador, y más tarde albergo a los miembros del Consejo durante los períodos legislativos. En él estuvieron instaladas, además, las oficinas del gobierno y los Tribunales de Justicia, y, posteriormente, una escuela. El la actualidad es museo histórico.



El palacio del Parlamento de Ottawa es uno de los edificios más hermosos en su clase que se encuentran en la América del Norte. Levántase en un mogote que domina gran extensión de agua, y está rodeado de magníficos prados y jardines. Destrás del edificio principal se halla la biblioteca del Parlamento.



BANFF (CANADÁ), DONDE LA GENTE ACUDE A MILES EN BUSCA DE DIVERSIÓN Y DE SALUD

EL CANADÁ PARTICIPA DE UNA DE LAS MAYORES MARAVILLAS DEL UNIVERSO

Gracias a estas facilidades para la navegación, puede el viajero contemplar el animadísimo espectáculo que ofrecen innumerables vapores que van y vienen continuamente por esos lagos, en cuyas orillas, así en las pertenecientes a los Estados Unidos, como en las que corresponden al Canadá, hay grandes puertos. Estos dos países comparten también una de las grandes maravillas del Universo, existente entre los lagos Erie y Ontario. Entre estos dos lagos hay una diferencia de nivel de unos 90 metros, la mitad de la cual salva, en imponente salto, el río que une estos dos lagos entre sí. Una isla divide esta inmensa cantidad de agua en dos cascadas. Tal es la grandiosa catarata del Niágara, admiración de cuantos la han visto.

Imaginémonos dos grandes columnas de agua, de una anchura de 1200 metros, que cayendo furiosamente desde una altura de 50 metros, levanta una nube de espuma y agua que parece como si quisiera remontarse otra vez al punto de donde se ha precipitado. En otro lugar de esta obra, ofrecemos algunas vistas de esta maravilla; mas ninguna descripción ni grabado puede darnos idea exacta y real del ensordecedor ruido ni de la magnificencia del color, que tanto contribuyen a la impresión de sublimidad que su vista produce en quien la contempla.

La lengua de tierra llamada Península del Lago, que se encuentra entre los lagos Erie y Ontario por un lado y el Hurón por el otro, forma parte de la próspera provincia de Ontario. Muchos europeos se han establecido aquí y han construído hermosas granjas en sitios ocupados antes por bosques, que han sido talados gradualmente. Grandes cantidades de fruta, manteca y queso salen de esta fértil región para los grandes mercados de todo el mundo. También se encuentran aquí grandes ciudades fabriles, entre ellas Toronto, centro de gran comercio.

LOS GRANDES BOSQUES QUE HACEN DEL CANADÁ UN PAÍS PRÓSPERO Y HERMOSO

El atractivo de los bosques de Ontario en otoño, con los rayos que el sol poniente arroja sobre un sin fin de kilómetros de hermosos y corpulentos árboles, tiene fama en el mundo entero. Millares de hombres se dedican en estos bosques a cortar árboles y preparar troncos y tablones para ser enviados a remotos países. Trabajan en invierno, viviendo en campamentos. Entonces el ruído de las hachas, el arrastre de los trineos por encima de la nieve congelada, cargados de leños y maderas, dan al antes desierto bosque un magnífico aspecto de vida y animación. Cuando en la primavera se deshielan los ríos, la fuerza de sus aguas arrastra los troncos en el sentido de su corriente, y la fuerza de los rápidos y cascadas se utiliza para mover las máquinas de descortezar y aserrar maderas.

La mayor parte de estas maderas van a parar a Ottawa, capital del Canadá, residencia del Gobernador General de la Colonia. En una hermosa avenida están situados los edificios del Parlamento, donde la Colonia, por medio de sus diputados, gobierna sus asuntos interiores. Cada provincia posee un pequeño Parlamento, donde se atiende a los intereses provinciales; y todos ellos están representados en el Parlamento General de Ottawa, que tiene a su cargo los asuntos que atañen a todo el país. El Gobernador General, nombrado por el Gobierno inglés, representa al Rey.

EN CAMINO HACIA LOS MAYORES CAMPOS DE TRIGO QUE HAY EN EL MUNDO

Mientras hemos estado tratando de las maravillas del Ontario, el tren nos ha ido llevando siempre con gran rapidez, hacia el Oeste; actualmente corre horas y horas por la orilla septentrional del Lago Superior, en donde se divisan a menudo los muelles y atracaderos de sus puertos.

De Ontario pasamos a Manitoba, cubierta antes de solitarias praderas y convertida hoy, tras rápido desenvolvimiento, en el mayor campo de trigo

que hay en el mundo. Figuraos los trigales más grandes que hayáis visto, reunidlos en uno solo y éste multiplicado por cientos y cientos de veces, os podrá dar tan sólo una vaga idea de estos llanos sin límites que se extienden como el mar, hasta perderse en el lejano horizonte, bajo el arco de la gran bóveda celeste. A medida que el tren va recorriendo su camino, más se nos muestra como conquistador vivo: de tal modo la vía férrea ha modificado todo el aspecto de este país. Los ciervos y búfalos han desaparecido y los indios cazadores, que de su caza se mantenían, casi han desaparecido también. Tan sólo acá y allá se les encuentra en las tierras que se les tienen reservadas; y en ellas montan sus tiendas de compaña y viven con sus pequeños y veloces caballos.

A los indios se les enseña a trabajar y cultivar el campo, y a sus hijos se les instruye en las escuelas, donde se les provee de alimentos y ropas. Al desaparecer los búfalos, que ellos acostumbraban cazar y de los cuales sacaban casi todo lo que les hacía falta, se han visto precisados a vivir como los blancos del país, o, de lo contrario, han tenido que verse expuestos a grandes necesidades y trabajos.

CAMBIO REALIZADO EN LOS INDIOS DESDE LA LLEGADA DE LOS BLANCOS

Verdaderamente se siente compasión por los indios, que han cambiado mucho desde que los blancos pusieron por vez primera el pie en las orillas del San Lorenzo, hace unos 500 años. Ahora los «Caras Pálidas» han llegado a millares, montados en el gran «caballo de hierro».

Establecen allí sus viviendas, labran la tierra, siembran y recogen las cosechas, exportan los preciosos productos del país a los grandes mercados de la voraz Europa, y, a medida que se van necesitando, construyen puentes y líneas de ferrocarril. Winnipeg, la capital de esta próspera región, era, hace unos cuantos años, un pequeño fuerte avanzado; hoy es ciudad bella y grande. En las estaciones de esta parte de la línea, se ven los altos elevadores de grano, que se alzan como faros en medio de un mar agitado, y en los cuales se limpia el grano, almacenándolo después hasta el momento de ser acarreado al tren. En Manitoba y Saskatchevan encontramos infinidad de hombres y mujeres que han abandonado Europa para venir a establecerse en este magnífico país.

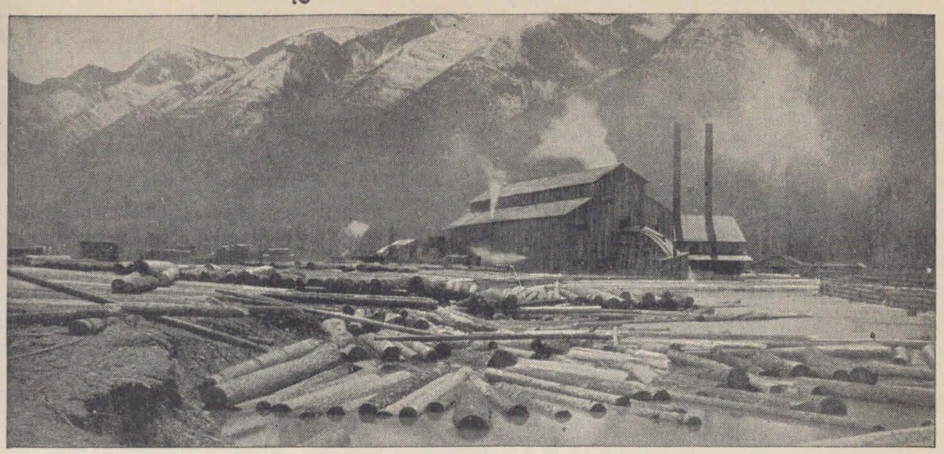
El tren, cual gigante infatigable, continúa devorando distancias, hasta que por fin, quedan atrás las grandes llanuras de trigales, y cambia el aspecto del país, levantándose en pequeñas ondulaciones recubiertas por fino y jugoso césped, en el cual se destacan de cuando en cuando flores multicolores. Ya hemos pasado dos grandes provincias dedicadas principalmente a la ganadería, donde los *cow-boys*, es decir, los vaqueros, diestros jinetes, atienden al cuidado de grandes manadas de ganado vacuno y caballar. Empiezan a levantarse nuevas ciudades y a extenderse líneas de ferrocarril sobre la tierra, como dedos gigantescos, para el servicio de las estancias recientemente formadas.

Después el país toma otro aspecto más agreste, y, por fin, se muestran en toda su aspereza las Montañas Roquizas. Desde este momento el tren parece haberse trocado en un ser viviente, que, lleno de audacia, se precipita sin temor por entre obscuros valles, sobre rugientes torrentes, por bordes de precipicios profundos, a través de sombríos túneles.

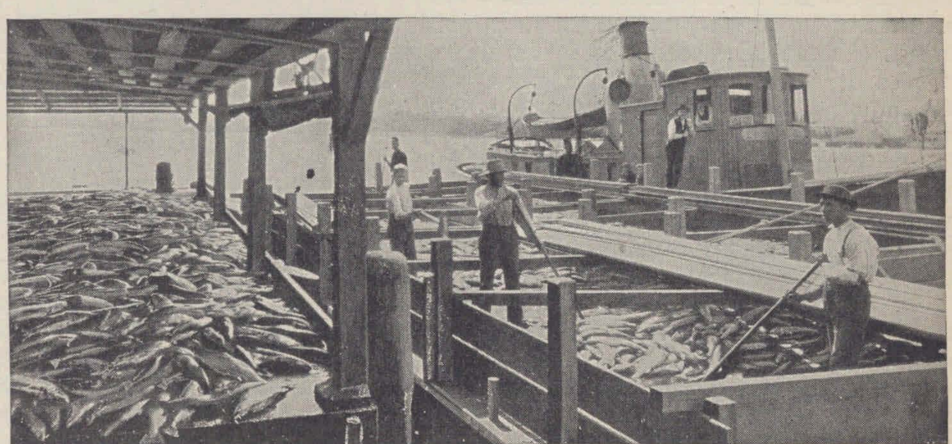
ATRAVESANDO LAS MONTAÑAS ROQUIZAS HACIA LA COLOMBIA BRITÁNICA

El ferrocarril, en su punto más elevado, alcanza una altura de 1500 metros, y por encima de él todavía se destacan los picos y ventisqueros de las Roquizas más altas, a más de 3600 metros sobre el nivel del mar. Hay que atravesar tres cordilleras. A menudo se quedan pasajeros para poder admirar detenidamente este espléndido panorama, pues se encuentran allí magníficos hoteles y un inmenso parque nacional de 42 kilómetros de largo por 16 de ancho.

LA GRAN RIQUEZA NATURAL DEL CANADÁ







El Canadá posee gran riqueza en minerales, bosques y pastos para la ganadería; tiene tierras para toda clase de cultivos, y en sus ríos abunda la pesca. Estos tres grabados nos dan una idea de la riqueza del Canadá. En el primero, vemos infinidad de troncos de árboles que flotan en los ríos, en extensiones de cientos de kilómetros, hasta llegar a las aserradoras. El segundo representa un rebaño de ovejas en una pradera que antes era tierra abandonada. En el tercero se manifiesta un detalle de la industria pesquera del salmón. En las aguas de la Colombia Británica abunda tanto el pescado, que su exportación anual es de 1.500,000 cajas, las cuales forman un total de muchos millones de latas de salmón en conserva.

Pero nuestro viaje toca a su fin, y el tren, que corre veloz por el valle del Fráser, se detiene por último en Vancouver, al extremo de la línea, en el Pacífico, la ciudad más importante de la gran provincia occidental de la Colombia Británica. Esta montañosa provincia tiene un área de más de 926,000 kilómetros cuadrados. Desde que el ferrocarril la enlazó con el Este, ha ido a habitar allí mucha gente, creciendo así la ciudad y desarrollando incesantemente su comercio. Las riquezas naturales son muchas y diversas; carbón y otros minerales en las montañas; pescado, especialmente salmón, en los ríos y en los freos. 'n sus bosques crecen los famosos abetos llamados «Douglas», que a menudo alcanzan alturas de 90 metros. En las estancias, se cosecha toda clase de fruta, especialmente peras, a cuya exportación reserva anualmente esta parte del Canadá grandes cantidades.

LAS TRISTES Y FRÍAS TIERRAS DEL ORO Y LA ISLA DE TERRANOVA

Una línea de ferrocarril va de Skagway, Colombia Británica, a White-Horse, departamento del Yukón. Después, hay que emprender un largo viaje, descendiendo por el río Yukón hasta la ciudad de Dawson, de donde parte un corto ramal que va a Sulphur Springs (Manantiales sulfurosos). Este viaje es de verdadera necesidad, pues hay aquí grandes yacimientos de oro.

Examinemos ahora en el mapa la parte de la América situada al norte de los Estados Unidos. La extensión total de este inmenso territorio, junto con las islas situadas en los tres océanos que le rodean, constituyen lo que se llama la América Inglesa del Norte, y es algo mayor que los Estados Unidos.

Junto a la gran puerta de entrada del Canadá, se encuentra, como centinela avanzado, la isla de Terranova, de la cual se posesionaron los ingleses, por haberla descubierto hacia el año 1497; a pesar de ello los franceses lograron llegar más al oeste y ocupar primero las orillas del caudaloso San Lorenzo. Esta isla, que fué la primera colonia inglesa, no forma parte todavía del Canadá. Su riqueza principal consiste en las pesquerías establecidas en sus costas, especialmente en las orillas, donde hay muy poco fondo. Ahora, sin embargo, se han montado allí grandes fábricas de papel, cuya producción diaria es asombrosa.

LA GRAN RIQUEZA EN EXPLOTACIÓN EN TODO EL CANADÁ

El Canadá se compone de varias extensas provincias. En la parte Este, hay las de Nuevo Brunswick, Nueva Escocia e Isla del Príncipe Eduardo, todas de mucha importancia por sus pesquerías y porque sus puertos no se hielan como los del río San Lorenzo. Nueva Escocia es una de las regiones hulleras más importantes del Canadá, y también tiene importancia por su gran producción de fruta. Las de Quebec y Ontario, con sus ricas estancias, inmensos bosques, magnífico panorama y vías fluviales, hermosas ciudades y edificios, son el corazón de esta activa nación canadiense que va creciendo más de año en año.

Manitoba, con sus tres grandes lagos, y Saskatchevan, son las provincias productores de trigo. En Alberta es donde se encuentra más desarrollada la industria pecuaria. Estas provincias se extienden principalmente por la parte Este de los yacimientos minerales de las Montañas Roquizas.

La hermosa y rica Colombia Británica se ha puesto en contacto con los territorios del Este por medio de las líneas de ferrocarril, que hoy se extienden en todas direcciones.

Al Norte y al Este de estas provincias, se hallan las regiones en cuyos inmensos terrenos desiertos se recogen grandes cantidades de pieles de todas clases. De los lagos, ríos y bosques de esta región se saca en gran abundancia, pescado, pieles y maderas, productos que se encuentran hasta llegar a la tierra de los renos, habitada por diminutos pobladores de color obscuro, que pescan focas y nunca se lavan, y, en cuya zona ártica, la noche dura todo

el invierno y el día todo el verano. El pensar tan sólo en aquellas heladas tierras, hace que uno se estremezca; y, sin embargo, allí es donde se encuentran las grandes aventuras.

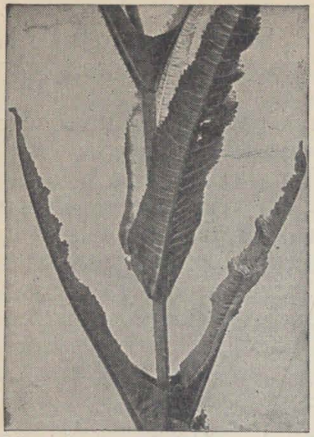
Lo que primero se apreció del Canadá fué el pescado, las pieles y las maderas; más tarde se vieron las buenas condiciones del suelo y del clima para la ganadería, la agricultura, los árboles frutales y los granos. Después llamó la atención la riqueza del subsuelo, y ahora, a medida que la población crece, se van estableciendo fábricas de todas clases que aprovechan los dones de la Naturaleza y satisfacen las necesidades de los habitantes.

Si fuera posible presentar en un cuadro los grandes riquezas del Canadá, veríamos ante nosotros el amarillo brillante de los granos, los vivos colores de las maduras frutas, las doradas mantecas y quesos y los plateados salmones. Esto, con las maderas de los grandes bosques de árboles, brillantes barnices y pasta para papel, es lo qué ofrece, con espléndida prodigalidad, el país de la hoja de arce y del castor.

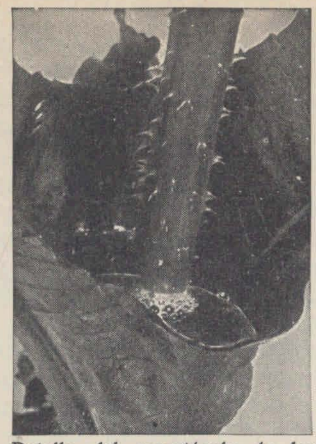
EL PARLAMENTO DE QUEBEC



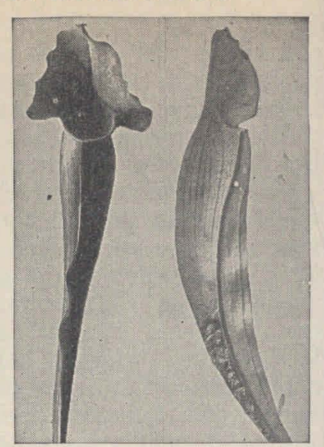
El Parlamento de Quebec está situado a 90 metros de altura sobre el río San Lorenzo, y puede ser visto desde muy lejos. La torre central mide 48 metros de altura, y el panorama que desde ella se divisa es sobremanera magnífico. El edificio, que quedó terminado en 1892, está decorado con grupos de escultura debidos al distinguido hijo del Canadá, Luis Hebert, cuya fama ha traspasado las fronteras de su patria.



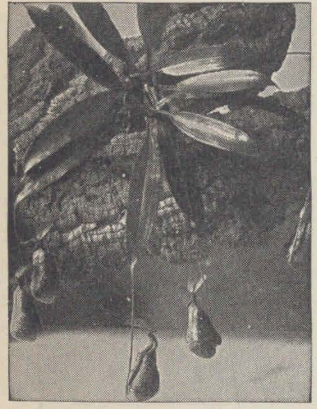
El cardo tiene hojas unidas por la base, que forman una copa la cual recoge el agua de lluvia, en la se que ahogan los insectos.



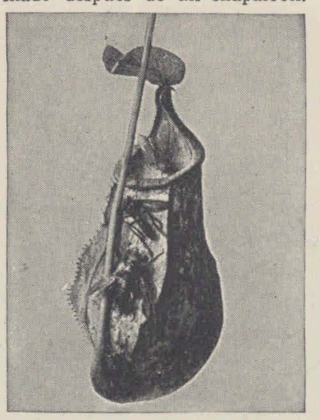
Detalle del receptáculo de los cardos. Se ignora cómo se aprovecha la planta del « caldo » formado después de un chaparrón.



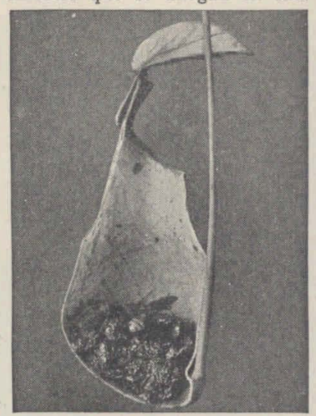
Las hojas de la sarracena tienen la forma de jarros, que recogen el agua de lluvia y se nutren de los insectos que se ahogan en ella.



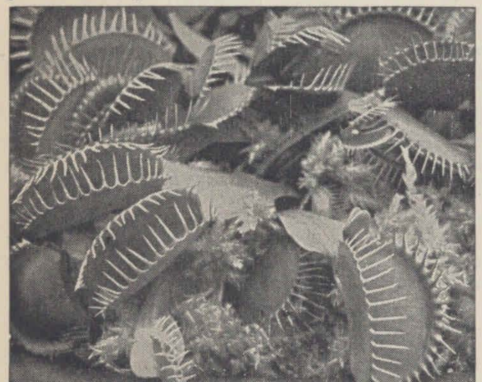
Esta planta es el nepentes. Sus hojas, en forma de jarro, penden de largos tallos, y atraen a los insectos por su nectar y sus colores vivos.



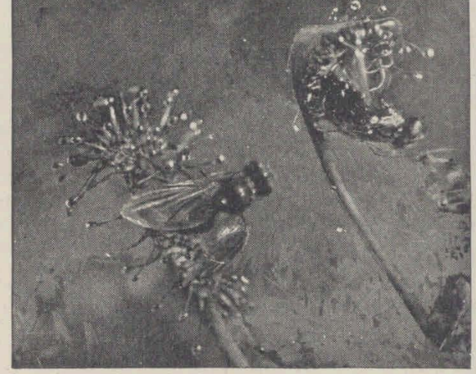
Este grabado nos muestra separadamente un « jarro » de nepentes en el cual se dispone a entrar un insecto.



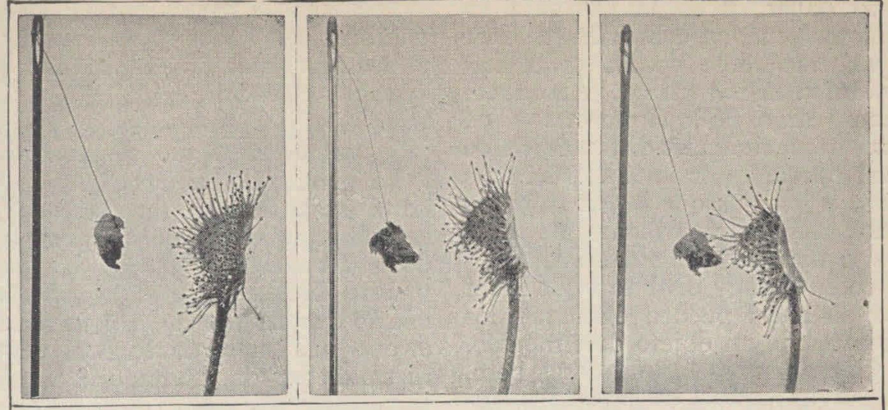
Vemos aquí el mismo jarro partido por la mitad para mostarnos los insectos muertos que han quedado en su interior.



Este grabado nos muestra la dionea, calificada por Linneo, fundador de la botánica moderna, de « milagro de la naturaleza ». Cuando un insecto se posa sobre una de sus hojas, ésta se cierra, aprisionándolo como en una trampa, y después lo digiere.



La planta llamada drosera, a ros-solis, se nutre de insectos. Cuando una mosca se posa sobre sus hojas, queda enganchada por el líquido pegajoso que segrega la planta y los pelos o tentáculos aprisionan al insecto y lo digieren.



Hay ciertas plantas carnívoras que parecen darse cuenta de la proximidad de algún alimento; si se coloca cerca de una de ellas un pedazo de carne, la planta se va acercando lentamente para cogerlo, según nos muestran estas fotografías tomadas a intervalos de cuarenta minutos.

¿COMEN LAS PLANTAS?

AL contestar a otra pregunta hemos dicho que las hojas de ciertas plantas se muestran sensibles a las diferencias entre la luz y la oscuridad, lo cual equivale, en cierto modo, al sentido de la vista, aunque muy distinto del nuestro y muchísimo menos útil. En lo que se refiere a dicha pregunta hemos de tener presente, en primer lugar, que los árboles son una especie de plantas; y, en segundo lugar, que la palabra *sentir* es aplicable a cualquiera sensación, sin exceptuar la que nos produce la luz. De manera que, realmente, la contestación es afirmativa.

Aun cuando entendiésemos por *sentir* únicamente la sensación del *tacto*, la pregunta podría contestarse con un «sí» en lo que se refiere a muchas plantas llamadas *sensitivas*. Algunas de ellas son especialmente hábiles, y parecen sentir los objetos que con ellas se ponen en contacto, pues se comen a los insectos, y para esto es preciso que la planta se dé cuenta de que la toca un insecto. Sus hojas están cubiertas de unas cosas muy diminutas, pegajosas y sensibles que semejan pelos cortos. Si tocamos una de esas hojas con el dedo, observamos que se enrolla, y si la toca un insecto, la substancia pegajosa de los pelos lo engancha y queda aprisionado en la hoja al enrollarse ésta rápidamente. De manera que el insecto muere, y la planta digiere su cadáver, esto es, se lo come. Tal especie es la más sencilla entre las llamadas plantas *carnívoras*, o comedoras de carne, que se encuentran en todas partes del mundo. Algunas de ellas constituyen trampas de gran tamaño, capaces de cazar insectos muy robustos. Sabemos, pues, que las plantas reaccionan con determinados movimientos bajo de la influencia de la luz o de otro contacto más grosero; pero no hay pruebas de que puedan oir. Cierto sabio hizo tocar el cornetín para observar el efecto que producía en una planta, y se han hecho otros muchos experimentos por el estilo; pero todos parecen demostrar que las plantas no oyen.

¿HASTA DÓNDE ALCANZA NUESTRA VISTA?

Al decir que nuestros ojos ven, entendemos en realidad que los ha herido la luz, causándoles cierta impresión. No importa que la luz sea producida por una cerilla a corta distancia del ojo, o que provenga de una estrella tan lejana, que acaso haya tardado diez mil años en alcanzarnos. La luz, si es suficientemente intensa, producirá en ambos casos una sensación visual. Esto es cosa muy sencilla, aunque para muchos sea causa de confusiones,

por no haber hecho la pregunta en términos adecuados, como siempre debe hacerse, tratándose de los problemas que plantea la naturaleza. Ahora nos hacemos cargo de que nuestra vista alcanza hasta cualquier distancia, desde la cual pueda llegar la luz. Nada les importa a los ojos que la luz haya recorrido trillones y trillones de kilómetros o tan sólo medio centímetro.

Es cuestión muy distinta la de saber a qué distancia pueden distinguir los pormenores de un objeto determinado. Esto depende de muchísimas cosas; pero, hasta cierto punto, es posible averiguarlo y tiene suma importancia en lo que se refiere a los telescopios. Sabemos, por ejemplo, que, si en la cara visible de la luna hubiera un edificio del tamaño del capitolio de Wáshington, lo podríamos distinguir por medio de nuestros telescopios más potentes.

¿POR QUÉ NO PODEMOS VOLAR POR EL AIRE DEL MISMO MODO QUE NADAMOS EN EL AGUA?

Esta pregunta es muy natural, porque el nadar y el volar se fundan en el mismo principio. El cuerpo, en ambos casos, en más pesado que el medio ambiente, y el problema consiste en impedir que se hunda. Pero, en el caso de la natación, la diferencia entre el peso del cuerpo y el del *medio* que lo rodea es muchísimo más pequeña que en el caso del aire, lo cual facilita considerablemente la solución del problema. Todavía es menos difícil nadar en el agua del mar que en el agua llamada dulce, por ser aquélla más densa. Por otra parte, existe un animal que puede volar a pesar de que no es un pájaro y de que está constituído de un modo muy parecido al hombre; este animal es el murciélago. El murciélago sabe, por decirlo así, que para volar es preciso ofrecerle al aire una superficie muy grande, que nos sostenga lo más posible.

El murciélago, por tanto, cuyos dedos son parecidos a los nuestros, los tiene enormemente largos y unidos por una membrana, con lo cual queda provisto de dos magníficos aeroplanos que le permiten volar. Lo mismo ocurre en lo tocante a la natación, tratándose de animales palmeados como las aves palmípedas, las ranas, las lagartijas y otros seres por el estilo.

¿POR QUÉ PUEDEN VOLAR LOS PÁJAROS, AUNQUE PESEN MÁS QUE EL AIRE?

La gente que se pasa la vida destruyendo la de otros seres, es decir, los cazadores, saben que un pájaro cae cuando le alcanza un disparo. Un pájaro muerto obedece a la ley de la gravedad lo mismo que un granizo, que un meteoro o que una gota de lluvia. Pero la fuerza de gravitación también obra continuamente sobre el pájaro cuando está vivo; de manera, que es preciso que se produzca alguna otra fuerza, opuesta a la gravedad, que la contrabalancee cuando el pájaro se mantenga a un nivel constante, y la sobrepuje cuando dicho pájaro se eleve por el aire a mayores alturas. Esta fuerza, según hemos visto, es producto de los procesos vitales que se desarrollan en el cuerpo del pájaro. Es posible producirla en cosas que no tengan vida, como en las máquinas voladoras o aeroplanos, tanto si se trata de un juguete, como de un aparato verdadero. Sea como fuere, el caso es que se origina una fuerza que actúa en dirección contraria a la fuerza de gravedad y que, en los primeros momentos, la sobrepuja. Sabemos que en el caso del pájaro, esta fuerza es producida por la combustión del azúcar en sus músculos; en el aeroplano, por la combustión del petróleo en el motor; y en el juguete, por la combustión del azúcar en nuestros propios músculos, que han trabajado al darle cuerda. Los ignorantes suelen considerar estos casos como un desafío a las leyes de la naturaleza; pero no hay tal cosa. La gravitación sigue ejerciéndose en el pájaro, tanto si sube como si baja, sino que cuando sube, la fuerza de gravedad es vencida por una fuerza superior.

¿SI LA TIERRA SE ESTÁ CONTRAYENDO SIN CESAR LLEGARÁ UN DÍA, EN QUE NOS FALTE LA BASE DE SUSTENTACIÓN?

Cuando un cuerpo cualquiera se contrae, la cantidad de materia que

contiene no disminuye, sino que únicamente se pone más apretada. Lo que nos sostiene en la superficie de la tierra es la gravitación, y ésta depende de la masa o cantidad de materia. Esta cantidad seguirá siendo la misma por mucho que se encoja la tierra, y la fuerza de gravedad que actúa en la superficie, es decir, sobre nosotros, será tanto más potente cuanto mayor sea la contracción del globo, puesto que nos iremos acercando al centro de gravitación.

De todos modos, la tierra, como otro cuerpo cualquiera, no puede contraerse más allá de ciertos límites. Cuanto más se encoge un objeto, mayor es la resistencia que ofrece a su encogimiento la substancia de que está formado. Nos haremos cargo de ello, si imaginamos que al empezar a encogerse hay espacio abundante entre sus átomos; y que al paso que se contrae, se acercan unos a otros más y más, de modo que no tardará en quedar muy poco sitio entre ellos, y llegará un momento en que la resistencia de dichos átomos, apretados unos contra otros, se opondrá a la fuerza, en virtud de la cual el cuerpo tiende a contraerse. Cuando las dos fuerzas estén equilibradas, cesará la contracción del cuerpo. Puede observarse algo parecido si nos fijamos en una multitud que se apretuja en un lugar cerrado; se irá apretando hasta que las personas estén codo con codo, y luego no se encogerá más.

¿POR QUÉ LOS ÁRBOLES SE CONVIERTEN EN CARBÓN, CUANDO SE HUNDEN EN EL SUELO?

No todas las especies de árboles se convierten en carbón, y sabido es que hay carbón de clases muy diferentes. No sabemos aún de fijo cuál es la causa de esas diferencias; es preciso, en efecto, tener presentes varios factores, como la clase de planta de que procede el carbón, la presión a que ha sido sometida, la temperatura del ambiente, la naturaleza de las sales contenidas en el agua que se ha infiltrado a través de la masa, y otros muchas cosas más.

Sin embargo, se puede contestar a la pregunta en términos generales. Puede decirse que la diferencia entre el árbol y el cárbon es el árbol está formado por diversos elementos y componentes, mientras el carbón consta principalmente de un solo elemento, o sea, de carbono. La pregunta pudiera, pues, formularse del modo siguiente: ¿Por qué desaparece todo menos el carbono? Y la constestación que podemos dar es que el resto del tronco del árbol se va consumiendo u oxidando lentamente, pero que, por efecto de las condiciones del terreno, el carbono no se presta a la oxidación y queda convertido en carbón. Ya se ve al quemar una bujía, que el carbono arde con más dificultad que otra substancia cualquiera; sabido es que una bujía o una lámpara, producen al arder gran cantidad de hollín, y este hollín se compone del carbono que no ha podido quemarse. Pero no hallaremos, con seguridad, ninguna huella de hidrógeno que no haya sido quemado.

¿QUÉ ES LA TURBA Y DE QUÉ MODO ESTÁ FORMADA?

Puede decirse que la turba es una substancia que está entre los árboles y el carbón. Se compone, claro es, de materia vegetal y se encuentra formando capas de varios metros de espesor. La séptima parte, aproximadamente, de la superficie de Irlanda, está cubierta de pantanos de hornaguera, en los que se ha formado o se está formando turba. Dicen que el espesor de la capa que se forma cada año es de tres o cuatro centímetros. La turba, como es de suponer, no proviene de las mismas clases de plantas que la mayor parte del carbón corriente; pero el proceso de su formación es parecido. La turba varía mucho, en lo tocante a composición, según el grado de oxidación sufrido, y la cantidad de carbono que ha quedado libre. Por término medio, se compone de tres quintas partes de carbono. Una vez seca, por supuesto, es buena para quemar.

¿QUÉ ES EL «FUEGO FATUO»?

Hay un gas especial que emana de las substancias vegetales y animales en

estado de descomposición y que por producirse en las aguas cenagosas se llama «gas de los pantanos». Se compone de carbono y de hidrógeno, y arde con suma facilidad. Su combustión se efectúa lentamente, a medida que se produce, resultando luminoso; y como la llama participa de la agitación del aire, diríase que su luz se mueve de aquí para allá por la superficie del pantano. El hecho ha sido observado desde tiempos muy remotos, citándose con frecuencia su antiguo nombre latino de *ignis fatuus*. Se comprende que haya dado origen a innumerables leyendas relativas a viajeros engañados por esa luz fugitiva y arrastrados hasta el terreno pantanoso, en donde perecían ahogados. Hubo un tiempo en que se suponía que tal vez existían ciertas clases de insectos que revoloteaban, de noche, por la superficie de las aguas encharcadas, produciendo una luz muy débil. Sabemos, desde luego, que hay insectos, como las luciérnagas, que despiden cierta cantidad de luz. Pero la explicación aceptada ahora por la generalidad de la gente, es que el fenómeno de los fuegos fatuos se debe a la lenta combustión de ese gas de los pantanos.

¿DE DÓNDE SE SACA EL CAUCHO?

El caucho no es más que la savia o jugo, de ciertos árboles y plantas. Cuando Colón descubrió, siglos ha, la isla de Santo Domingo, observó que los habitantes usaban unas bolas de savia solidificada que sacaban de los árboles, pero no le concedió a ese producto importancia alguna.

Hoy día la fabricación del caucho es una industria de las más importantes que hay en el mundo. El caucho se cultiva en varias partes de África, en América, en Portugal, en la India Británica y en otros diversos puntos. Las semillas de los mejores árboles se transportan cada año a los lugares en donde el clima es más propicio, extendiéndose por todas partes las plantaciones de gomales. Cuando el árbol alcanza su madurez, los cultivadores le tajan la corteza, formando incisiones circulares. La savia no tarda en manar de todas esas hendeduras y va goteando en los potes o vasijas colocadas al pie del árbol. Un buen árbol produce por temporada unos cien litros de savia, o sea, diez y ocho kilos de caucho. Luego sigue creciendo, se cicatrizan las incisiones y queda el árbol dispuesto para la próxima recolección. La savia, al salir del árbol, semeja una crema clara, se endurece al contacto del aire, y una vez solidificada, se la expide a los mercados.

¿CÓMO SE PREPARA EL CAUCHO PARA QUE PUEDA UTILIZARSE?

El caucho es sometido en las fábricas al proceso llamado *vulcanización*. Se le añade azufre y se calienta la mezcla, con lo cual se pone más elástica y sumamente dura. Esta es la forma en que se emplea para las llantas de las bicicletas, de los automóviles y de los carruajes, así como para las mangas, las tuberías, las correas, las muñecas; las almohadas, los impermeables y para otras cosas por el estilo. Si se le añade mayor cantidad de azufre y se le calienta todavía más, el caucho se convierte en ebonita, con la cual se hacen peines, los instrumentos de clínica, tubos acústicos, transmisores telefónicos y otros muchos aparatos eléctricos.

Es tan útil el caucho, que su producción nunca será excesiva, y hay actualmente muchos hombres de ciencia que trabajan día y noche, esforzándose por descubrir la manera de fabricarlo. Han logrado ya fabricar el azúcar y el añil, asi como muchísimas otras cosas que antes sólo producía la naturaleza, y también pueden obtener caucho; pero el caucho que elaboran los químicos es tan sumamente caro que sale más ventajoso comprar el que producen los bosques. Tal vez llegue algún día a fabricarse tan económicamente, que no tengamos ya que temer una carestía de caucho. Los neumáticos y las muñecas de goma serán entonces baratos y acaso nuestras calles estén pavimentadas con caucho, lo cual suprimiría gran parte del ruido causado por la circulación de carruajes.

¿PODRÍAMOS VER SI NO TUVIÉSEMOS CEREBRO?

El sentido de la vista depende por completo del cerebro, y al principio es muy imperfecto. Los niños pequeños casi siempre son bizcos, sobre todo cuando sólo cuentan unas pocas semanas, y muchas madres suelen alarmarse. Pero no hay, en realidad, motivo alguno para asustarse, pues se trata, al fin y al cabo, de una cosa muy natural. El cerebro es lo más maravilloso que hay en la tierra, en el cielo o en el mar; pero es preciso que se le eduque. No es de esperar que un punto culminante en el cerebro del niño—punto al cual le está encomendada la dirección de los músculos oculares—sepa dominar, desde el primer momento, el complicado mecanismo constituído por esos doce músculos de los que seis corresponden a cada ojo. Lo consigue, sin embargo, a las pocas semanas. Por medio de varios nervios, son transmitidas órdenes ditintas a cada músculo determinado, haciendo que unos se contraigan mientras otros se relajan, resultando siempre perfecta la armonía de los movimientos; de manera que los dos ojos pueden moverse a la vez hacia arriba o hacia abajo, a la derecha o a la izquierda, y asimismo, lo que aún es más notable, combinar esos movimientos de tal suerte, que ambos ojos se muevan juntos hacia arriba, al propio tiempo que a uno u otro lado. Cualquiera de nosotros lo hace miles de veces al día sin que ni siquiera lo advierta.

¿POR QUÉ NO VEMOS LOS OBJETOS DOBLES, SIENDO ASÍ QUE LOS MIRAMOS CON DOS OJOS?

Tendremos la contestación a esta pregunta si hacemos un experimento muy sencillo. Miremos primero un objeto con los dos ojos y luego oprimamos uno de ellos con el dedo, empujándolo hacia dentro o hacia afuera; el objeto se verá entonces doble. Esto no puede significar, sino que en cuanto alteramos la relación normal entre el cerebro y el movimiento de los ojos, los objetos aparecen duplicados.

Cada uno de los ojos tiene seis pequeños músculos que lo mueven en la dirección deseada por el cerebro; y los nervios que comunican con esos músculos oculares, obedecen a *un solo* grupo de células nerviosas. Los telones o retinas que hay detrás de los ojos, se corresponden simétricamente, de manera que las dos imágenes que se forman en su superficie producen en el cerebro la impresión de una sola; pero cuando los ojos no se mueven juntos en la forma debida—como cuando oprimimos uno de ellos con el dedo—las dos imágenes del objeto que miramos no se forman en las partes correspondientes de la superficie de las retinas, y por eso vemos dos en vez de una. Esto es cosa maravillosa, pues, si nos fijamos en lo que ha de suceder cuando miramos hacia un lado o a hacia otro, nos haremos cargo de que en este caso la parte exterior de una de las retinas no corresponde a la parte exterior de la otra, sino a la interior.

¿POR QUÉ HAY PERSONAS QUE TUERCEN LA VISTA?

Cuando los dos ojos de una persona no se mueven juntos en la dirección debida, decimos que esta persona es bizca; y, si percibiera la impresión producida en cada ojo, todo lo vería doble, porque las imágenes de un objeto cualquiera que mirase no se formarían nunca en las partes correspondientes de la superficie de ambas retinas. Pero los bizcos se acostumbran, por lo regular, a no fijarse en lo que ven con un ojo y a no usar, realmente, más que el otro. De modo que no ven las cosas dobles.

La causa de que haya muchas personas bizcas es que de un ojo son cortas de vista, y que las imágenes producidas en él resultan confusas, si se comparan con las que se forman en el otro ojo; por tanto, el cerebro se acostumbra—digámoslo así—a prescindir de aquel ojo. Así es que renuncia a moverlo al mismo tiempo que su compañero, y la persona resulta bizca. Para evitar que esto se produzca, es preciso llevar lentes, cuyos cristales, para cada ojo sean de forma distinta, con lo cual se consigue igualar la visión. El cerebro encuentra entonces motivo suficiente para valerse de los dos ojos.

¿POR QUÉ NO ARRASTRA LA GRAVEDAD TODAS LAS ESTRELLAS HACIA LA TIERRA?

Siempre y dondequiera que sea, la fuerza de gravitación atrae unos hacia otros todos los átomos de la materia contenida en el universo. Por tanto, si no existiera otra fuerza, no hay duda de que toda la materia—las estrellas, el sol, la luna y los planetas, así como todos los demás cuerpos—se aglomerarían rápidamente para formar una inmensa bola o masa redonda. Pero conviene tener presente que, si bien la fuerza de gravitación está actuando constantemente, hay otras fuerzas que también obran, y lo que ocurre en este caso, como en otros, es el resultado del equilibrio o reacción entre esas varias fuerzas.

Una de las fuerzas que obran en el universo es el movimiento de los diversos cuerpos; y esta fuerza, claro está, se opone a la gravitación en todas las direcciones, salvo en aquella que coincide con el camino seguido por el cuerpo. El movimiento de la tierra, por ejemplo, es lo que le impide caer sobre el sol; y la órbita terrestre viene a ser la resultante de ese movimiento y de la atracción del sol. Algunos pensadores suponen que la mayor parte de los movimientos que se producen en el universo, acabarán por cesar, pues si bien no pueden ser destruídos, es posible que se transformen en calor. Si esto llegase a suceder, es evidente que la gravedad, no encontrándose ya con ninguna fuerza capaz de contrarrestarla, reuniría todas las partículas materiales del universo, formando con ellas la inmensa bola que antes hemos mencionado.

Pero hay tantas fuerzas, además de las que ya hemos estudiado, cuya acción se ejerce en el universo, que no es posible hacer pronóstico alguno que se funde en algo positivo.

¿ES POSIBLE QUE EL MUNDO CONTINÚE EN SU FORMA ACTUAL POR TODA LA ETERNIDAD?

Puede asegurarse que a menos que el sol chocase con alguna otra estrella, produciéndose de ese modo un calor tan intenso que moriríamos abrasados, lo cual es poco probable, la tierra seguirá existiendo tal como ahora la vemos por larguísimo espacio de tiempo; ocurren, sin embargo, cambios lentos y continuos que tienden todos a un mismo fin, y que habrán de producir algún día resultados importantísimos. Ya se enfríe la tierra o consuma el radio mediante el cual se conserva su calor, ha de llegar un día en que esté enteramente fría, y lo propio le ha de ocurrir al sol. Puede que ese día esté aún remoto, más remoto que aquellos tiempos en que tuvo lugar la formación de la tierra; pero no hay duda de que llegará. Luego tenemos pruebas de que el movimiento de la tierra se va retardando, si bien el cambio, por supuesto, se efectúa muy lentamente, y es probable que la tierra acabe por ser absorbida por el sol, con lo cual terminará su historia. Se colige de ciertos descubrimientos realizados recientemente que esos cambios tardarán en efectuarse más tiempo del que suponíamos; pero parecen inevitables.

¿POR QUÉ LOS PÉNDULOS NO OSCILAN SIN PARAR JAMÁS?

Al hacer esta pregunta, presumimos que un péndulo continuaría oscilando, si no hubiese algo que lo detuviera, y de ahí la importancia del punto que vamos a tratar. Cuando un objeto se mueve, es que hay algo que lo hace moverse; y asimismo, si se para, es que algo lo habrá detenido. De manera que la pregunta puede formularse del modo siguiente: ¿Puesto que un objeto en movimiento, como lo es un péndulo, ha de seguir moviéndose por siempre, si no hay algo que lo detenga, ¿qué cosa es esa que le hace pararse? Lo que detiene un péndulo es, en primer lugar, la resistencia del aire. Nos haremos cargo de ello, si imaginamos un péndulo que oscilase en un mar de agua en vez de un océano de aire como lo es la atmósfera. Si extraemos el aire contenido en un recipiente, obteniendo un vacío lo más completo posible y hacemos oscilar un péndulo en el interior de dicho recipiente, las oscilaciones continuarán por larguísimo tiempo. Quedará otra cosa que

tienda a detenerlo, y es el rozamiento entre el extremo del péndulo y el objeto de que está suspendido. Ya sabemos, pues, ahora, las dos cosas a que se debe el que se paren los péndulos.

¿A QUÉ SE DEBE QUE EN LAS NOCHE DE VERANO APAREZCAN LOS CAMPOS CUBIERTOS DE NEBLINA?

La neblina, por supuesto, se compone de agua, y no de agua en forma de vapor o gas, sino de gotas de líquido. Es lo mismo exactamente que una nube, y las nubes, cuando se las atraviesa en globo ofrecen un aspecto parecido al de la niebla. Cuanto más caliente está el aire, más vapor puede contener. Si, por efecto del sol, se calienta mucho durante el día, si hay abundancia de agua y si el viento es escaso, el aire acabará por contener grandísima cantidad de vapor. Éste es un gas transparente, que se mezcla con los demás gases transparentes de la atmósfera y que, por tanto, no lo podemos ver. Pero, en cuanto se pone el sol, el aire se enfría rápidamente; no puede entonces contener tanto vapor de agua, y así es que, en gran parte, ese vapor se convierte en agua líquida, cuyas gotas constituyen la niebla, del mismo modo que en un día de frío nuestro aliento produce una especie de neblina. Si la tierra está muy húmeda, esta niebla se formará junto al suelo, revistiendo entonces el aspecto de un mar de vapor. Puede que este mar sea tan poco profundo que no nos pase de las piernas; en este caso al atravesarlo podremos ver los objetos lejanos, mientras permanecen ocultos nuestros pies.

¿POR QUÉ SE ENROJECE EL HIERRO, CUANDO SE CALIENTA?

Sabemos que cuando el hierro se enrojece es porque despide aquella clase de luz que produce en nuestros ojos la sensación del color rojo; y esta luz es la que ilumina el hierro. También vemos el hierro cuando está frío, pero la luz que entonces lo ilumina es la que se refleja en su superficie; dejará de ser visible, si lo ponemos en un lugar oscuro, mientras el hierro candente brilla en la oscuridad. Resulta, pues, que el hierro candente despide luz propia. *Lumen*, en latín, significa luz; y decimos, por tanto, que el hierro se pone luminoso. La calidad de la luz emitida por el hierro dependerá de la temperatura, pues sabemos que, si se sigue calentándolo, su color pasará del rojo al blanco. Este hecho relativo al hierro se observa también en casi todas las demás substancias, las cuales se ponen luminosas, cuando se calientan hasta cierto punto. Sabido es que la luz consiste en ondas del éter, y únicamente podemos decir que los átomos de un cuerpo caliente se mueven en forma tal, que producen en el éter esas ondas que llamamos luz.

¿POR QUÉ NO SE ENROJECE UNA CALDERA CUANDO LA CALENTAMOS?

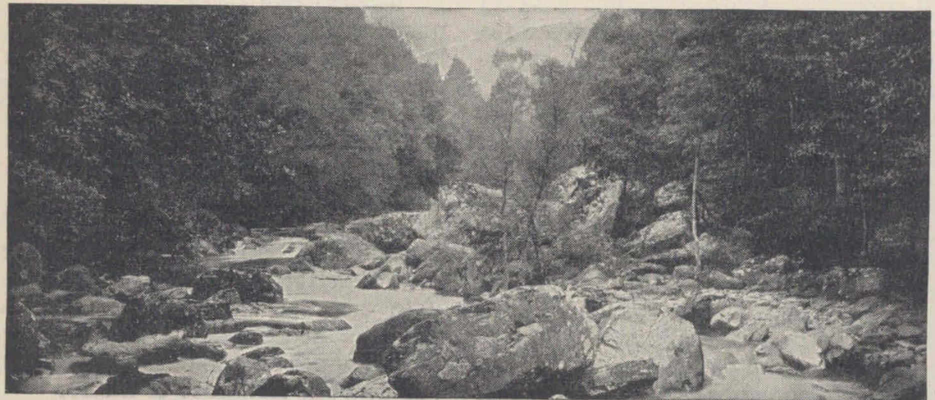
Será fácil contestar a esta pregunta, si nos fijamos en lo dicho en la anterior. Lo primero que hemos de observar es que la pregunta no está bien formulada, porque si nos limitamos a calentar una caldera, no hay duda de que acabará por ponerse candente. Lo que quisimos decir, es lo siguiente: ¿A qué se debe que esta caldera, la cual, si la calentásemos por sí sola, se pondría candente, no se enrojece cuando la calentamos *despues de haberla llenado de agua*?

Ahora bien; sabemos que si un objeto despide luz, es porque está caliente. De manera que ha de haber un motivo por el cual, a pesar de que calentamos la caldera, el calor que ésta absorbe no es suficiente para que se ponga luminosa. Y este motivo es que el agua puede contener más calor que otra substancia cualquiera y se apodera con avidez del que existe a su alrededor. Asi es que el agua absorbe el calor de la caldera, impidiendo que su fondo alcance una temperatura superior a la del agua hirviendo. Este calor es más fuerte que el que nuestros dedos pueden soportar, pero está muy por debajo de la temperatura a que se pone luminoso el hierro.



CÓMO LLEGA EL AGUA HASTA NOSOTROS

Pocas cosas hay que nos sean tan familiares como el grifo ordinario de la cocina o del cuarto de baño; y, sin embargo, no deja de ser maravilloso que el agua que mana por el caño, al dar una vuelta a la llave, venga de distantes montañas para satisfacer nuestras necesidades. Este grabado representa un pintoresco torrente, cuyas espumantes aguas descienden hacia el valle. Vamos a intentar seguir el curso de este torrente, hasta que el líquido llegue al grifo de nuestra cocina, dispuesto a salir impetuosamente.



El agua, como es natural, desciende de las altas montañas hacia los valles, y el torrente que se ve en esta lámina llega ya a las llanuras más bajas para formar un río que luego corre suavemente y va ensanchándose a medida que avanza. Así continuaría su curso, hasta desembocar en el mar, si el hombre con su ingenio no captase sus aguas y las dirigiese hacia donde le place, obligándolas a veces a elevarse tanto como la casa más alta.



UN VASO DE AGUA

TENGO sed, mucha sed!—exclamó Juanita;—¿quiere usted tener la bondad de darme un vaso de agua?

Cuando la niña hubo bebido, le preguntaron:

—¿De dónde ha venido esa agua?

—De la bomba.

—¿Y de dónde la sacó la bomba?

—Del pozo.

—¿Y el pozo?

—De la tierra.

—¿Y la tierra?

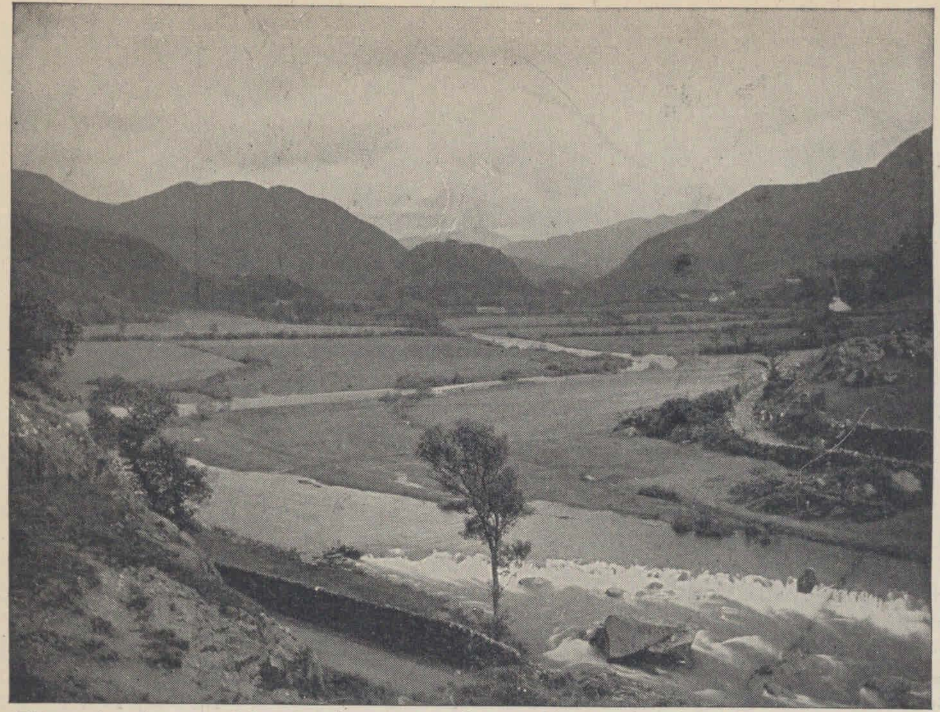
—De la lluvia y el rocío.

A Juanita le inspiraba la naturaleza grandísimo interés, y reflexionaba sobre muchas cosas en que muchas personas no suelen parar la atención.

—Ese vaso de agua,—le explicaron—existía ya antes de que hubiese una brizna de hierba y antes de que hubiese ningún ser humano sobre la tierra. Acabas de beber una cosa que tiene más años que todo lo que hay en el mundo, y que ha vivido a través de la historia de la raza humana. Quizá ese vaso de agua, en forma de rocío, humedeció los párpados de Eva mientras dormía en el Paraíso, y refrescó las mejillas de Juana de Arco cuando se arrojaba impetuosamente en medio del combate; quizá brillaba en el arco-iris que alegró la vista de Noé, y acaso Cleopatra lo sacudió, siendo todavía rocío, al coger una rosa; tal vez formaba parte de la niebla que contribuyo a la catástrofe de la Armada Invencible, o estaba en los ríos de Babilonia, a cuyas márgenes se sentaban llorando los hijos de Israel; tal vez cayó en furiosa lluvia sobre la carabela de Colón; o arrojó a Napoleón de Rusia, en forma de aquella terrible y despiadada nieve, vencedora del gran guerrero; o tal vez Amundsen, el famoso explorador, sentó su planta sobre ella en las heladas regiones del polo austral.

—Ese vaso de agua, es, querida niña, eterno. ¿Crees acaso que te pertenece para siempre? No; tú has tomado prestado por un momento ese refrescante licor que sostiene la vida. Mira; voy a ponerte un espejo ante los labios. ¿Qué ves en él? Este vapor que se ha adherido al cristal es la humedad del agua. Cada vez que respiras devuelves al aire parte del agua que has bebido. El aire la convierte en rocío, en niebla, en nubes, en lluvia, en granizo y en nieve. En forma de lluvia caerá en los ríos; en forma de nieve, en las montañas. Y los ríos la llevarán al mar; los mares la devolverán pura al aire; bajará luego a las praderas; henchirá las espigas en los trigales, cuyos granos comerás más tarde en forma de pan; hará madurar las frutas; embellecerá las flores; se filtrará a través del suelo hasta los manantiales; encontrará el camino de los pozos, y quizá volverás a beber esta misma agua un centenar de veces durante tu vida.

—Tengo sed todavía—exclamó Juanita;—¿quiere usted darme otro vaso? Quizá beba la misma lluvia que nos impidió ir al parque el domingo. Si es así, ¡la perdono!



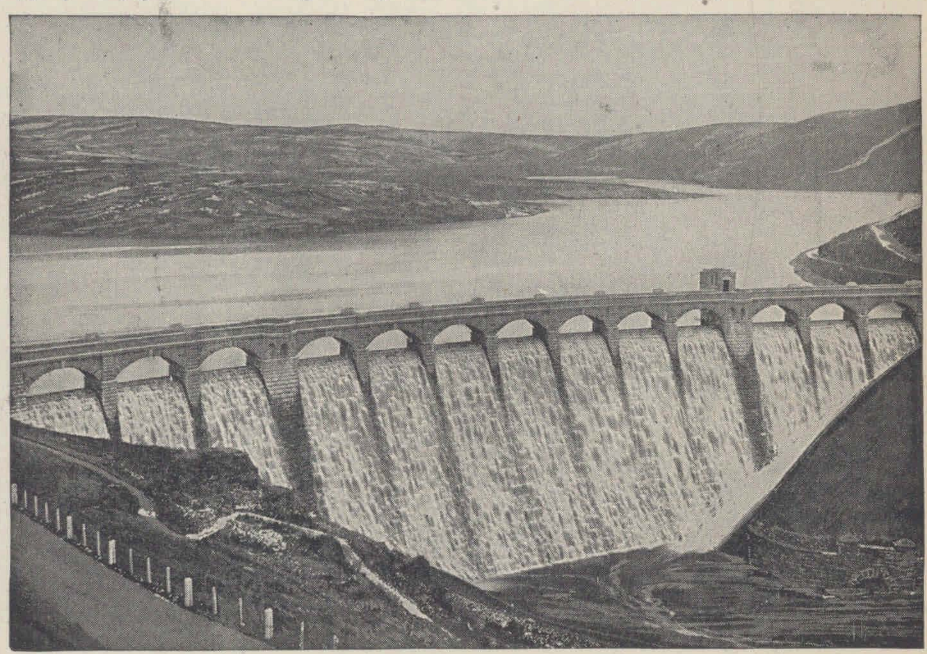
El torrente se ha convertido ya en río, pero antes de poco el hombre detendrá su curso y hará que esta continua provisión de agua, pura y clarísima, no se pierda, y pueda ir a ser utilizada.



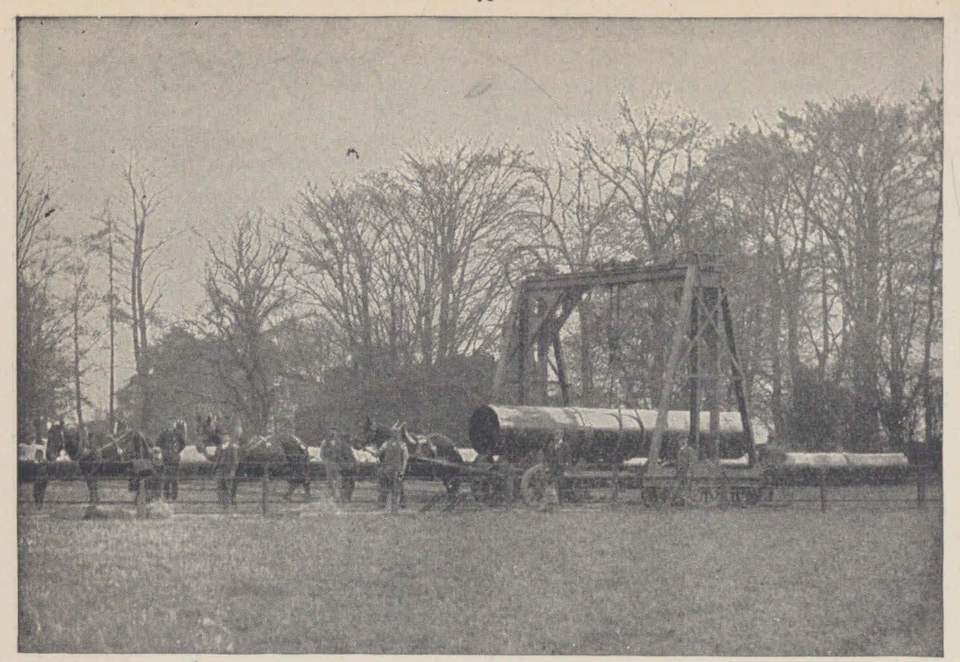
Este es uno de esos depósitos naturales de agua llamados lagos, los cuales, sin duda, han de tener alguna salida, porque el río u otras corrientes que desemboquen en él, necesitan continuar su curso, pues, de otro modo el lago se desbordaría. Es posible que, en ocasiones, los lagos desagüen por medio de conductos subterráneos invisibles.

UN LAGO CONVERTIDO EN DEPÓSITO ARTIFICIAL

Lo primero que se hace es impedir que el agua que penetra en el lago vuelva a salir, y para lograrlo se construye una esclusa de extremo a extremo, como la que se ve en este grabado. Es empresa larga, lenta y difícil, porque hay que mantener el agua a alguna distancia de la esclusa, mientras se está construyendo ésta.



Si se construyese sencillamente un muro a través del lago, es casi seguro que la presión del agua lo rompería en las épocas de grandes avenidas, y para evitar esto, se dejan siempre algunos espacios o compuertas que pueden abrirse, de modo que cuando hay demasiada agua, puede ésta tener fácil salida, tal como aquí se representa. El lago hase convertido ya en depósito artificial.

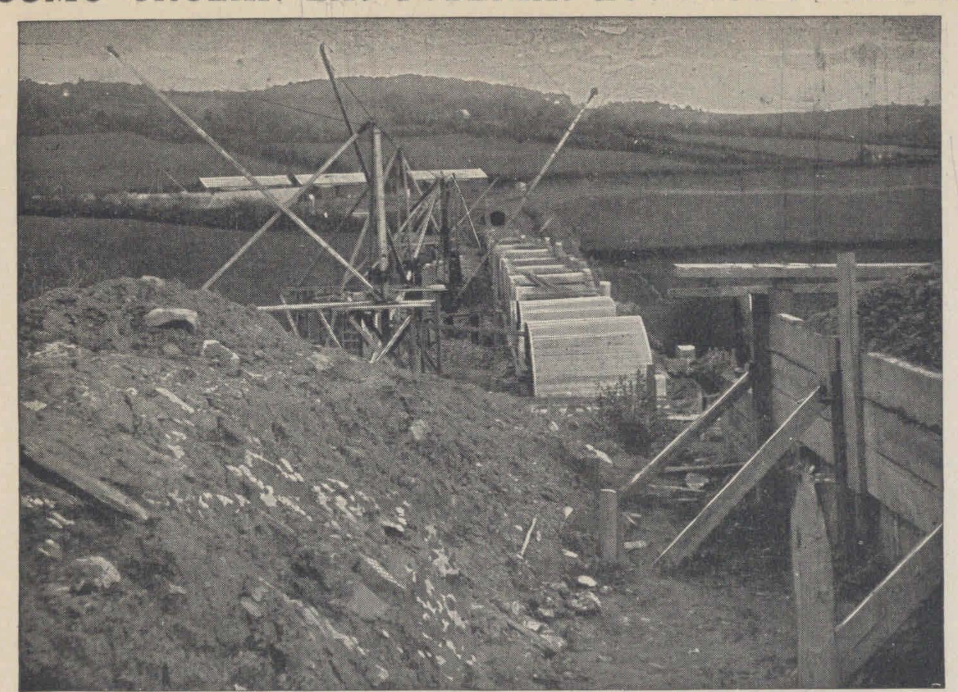


La otra fase del recorrido del agua desde la montaña a la ciudad, se verifica mediante grandes tuberías de hierro que van desde el depósito principal hasta el depósito local de la ciudad, desde el cual pasa a otras tuberías menores para ser finalmente distribuída a las casas particulares.

Representa este grabado una tubería principal, con agua corriente, al llegar a uno de los depósitos. Desde éste hasta el depósito local puede haber una gran distancia; pero el depósito principal ha de estar situado a mayor altura que el local, a fin de que el agua pueda correr continuamente, arrastrada por su propio peso.

TENDIDO DE LAS GRANDES TUBERÍAS

Teniendo en cuenta que estas colosales tuberías han de tenderse bajo tierra, muchas veces en una distancia de 50 ó 60 kilómetros, ya puede imaginarse cuán grande es el trabajo de conducción del agua desde sus orígenes hasta el depósito local de la ciudad.

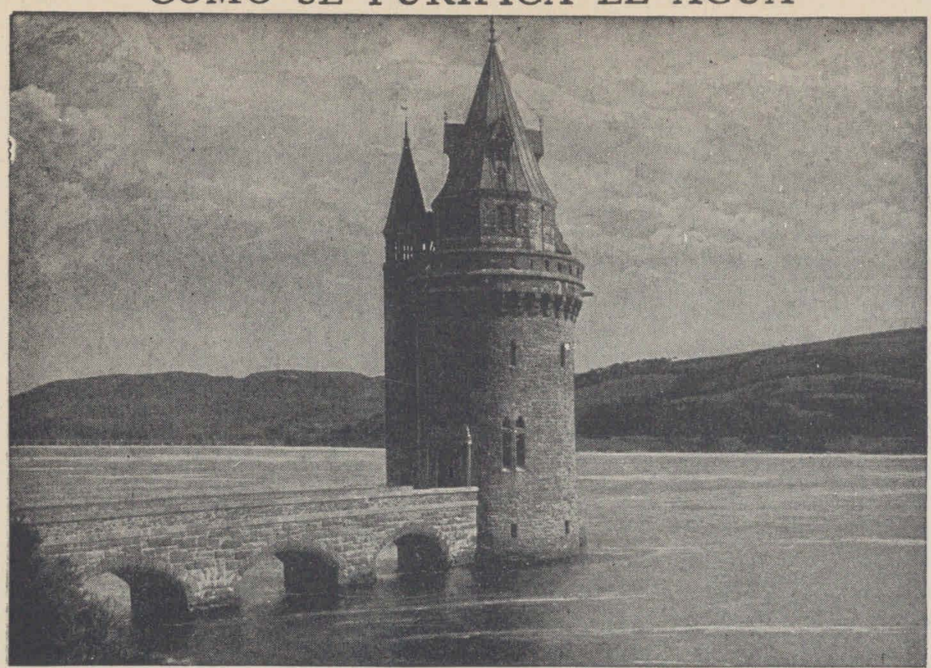


No solamente han de tenderse debajo de tierra las grandes tuberías, en profundas y anchas zanjas, sino que, a veces, se han de salvar también ríos y valles, y ora encima de éstos, ora por debajo, hay que hacer pasar los tubos.

Aquí se ha construído un gran arco con las tuberías, a fin de no interceptar una carretera; y poco más lejos, se ven los tubos colocados sobre un puente, hecho ex profeso para no sumergirlos en el agua de un río.

UNA DE LAS BOMBAS MAS PODEROSAS QUE EXISTEN

Después que el agua ha sido conducida hasta la ciudad, acontece que muchas casas se hallan a mayor altura que el distante lago del cual se ha traído. Entonces es necesario colocar bombas para elevar el agua a un depósito más alto que dichas casas, de modo que, al pasar de él a las tuberías, la presión del depósito la obligue a subir.



Cuando el agua llega al depósito local de la ciudad, no está limpia del todo y, por tanto, no es buena para beber. Para limpiarla hay que hacerla pasar por un sencillo procedimiento conocido con el nombre de « filtración »; son varios los sistemas adoptados para llevarlo a cabo. Se emplean, a veces, grandes filtros de arena y carbón vegetal, o de solo carbón, colocados en edificios como el que se ve en el grabado. Esos edificios se llaman « receptores », y por ellos pasa toda el agua que sale del depósito, purificándose por medio del carbón, que deja correr el agua pura y detiene las partículas de tierra y demás materias extrañas.

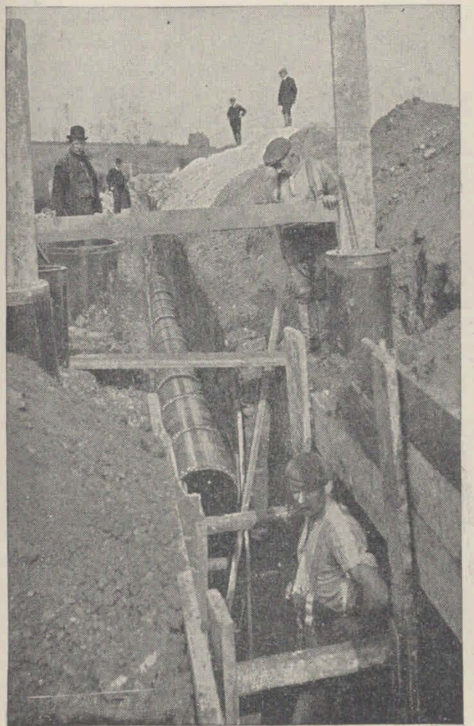


De uso más frecuente son, sin embargo, los lechos de filtración, colocados en los mismos depósitos. Este grabado representa uno de esos depósitos, vacío. Por encima de los lechos hay extendido carbón, y se hace correr el agua por ellos y permanecer allí hasta que todas las materias extrañas se han precipitado al fondo. Luego se deja salir el agua, para que prosiga su camino hacia la ciudad por las tuberías de abastecimiento.

INSTALACION DEL AGUA EN LA CIUDAD



La instalación de las principales cañerías de distribución del agua a través de la ciudad, constituye una tarea harto larga y pesada. Supongamos que se acaba de construir un nuevo depósito en el punto que representa este grabado. Allá van robustos obreros con sus picos y otras herramientas, para abrir la tierra.





Abierta ya la tierra, esos obreros cavan la zanja en la cual debe tenderse la tubería.



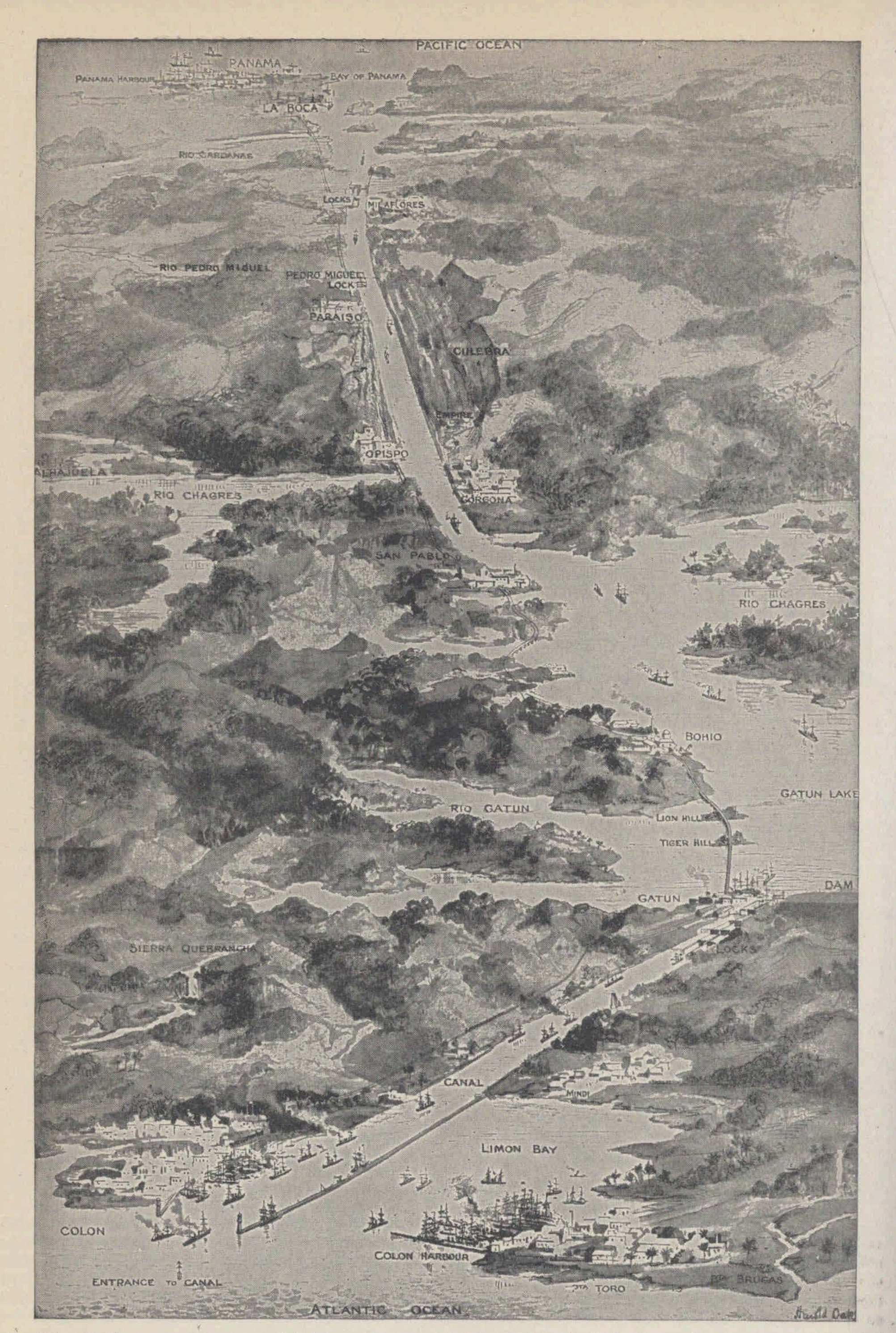
Este límpido chorro que sale del grifo, es el agua que ha venido de tan lejos, y un niño, manipulando la llave del grifo, puede al fin, disponer del caudal del río.



Hay muchos otros procedimientos para obtener agua, y en los pueblos pequeños, como resultaría muy costosa la construcción de un acueducto, tienen que contentarse con abrir pozos, y por medio de un cubo, una cadena o cuerda y un torno, o mediante una polea o garrucha, sacan el agua que necesitan.

CÓMO SACA EL AGUA LA BOMBA

La bomba extrae el agua por medio de la succión, lo mismo que un muchacho absorbe el contenido de un vaso, valiéndose de una paja, o de un tubillo cualquiera. La primera sección de la lámina representa el manubrio de la bomba, en el momento de comenzar a recibir la presión. Cuando se empuja aquél hacia abajo, sube el émbolo (en el interior del cuerpo de la bomba), tal como indican las flechas. Debajo de la bomba hay una tubería, que penetra en el agua y llega hasta cerca del fondo del pozo, y al ascender el émbolo, el aire contenido en la tubería es absorbido, haciendo que el agua se precipite hacia arriba. Cuando sale el aire contenido en los tubos, abre una pequeña válvula situada en el extremo superior de los mismos, por la cual penetra el agua en el cuerpo de la bomba. Una vez allí el mismo movimiento de ascenso y descenso del manubrio cierra la primera válvula, comprime el agua y hace que se abran las dos valvulillas del émbolo. A medida que se hace descender el émbolo, va ascendiendo el agua. Ciérranse luego las valvulillas, como lo indica la tercera sección, y al impeler de nuevo hacia abajo el manubrio, sale el agua al exterior.



El grabado representa el canal de Panamá ya terminado. Fernando de Lesseps, el constructor del canal de Suez, comenzó los trabajos en 1881, pero tuvieron que ser abandonados después de llevar gastados en ellos cerca de $350,000,000 oro. Los Estados Unidos reanudaron los trabajos en 1903. Para llegar al término de tan enorme obra, esto es, para cortar en dos el Nuevo Mundo, se han gastado $200,000,000 más.



LOS CABALLEROS DE LA CAPA

I

QUIÉNES ERAN LOS CABALLEROS DE LA CAPA Y EL JURAMENTO QUE HICIERON

En la tarde del 5 de Junio, de 1541, hallábanse reunidos en el solar de Pedro de San Millán doce españoles, agraciados todos por el rey por sus hechos en la conquista del Perú.

La casa que los albergaba se componía de una sala y cinco cuartos, quedando gran espacio de terreno por fabricar. Seis sillones de cuero, un escaño de roble y una mugrienta mesa pegada a la pared formaban el mueblaje de la casa. Así la casa como el traje de los habitantes de ella pregonaban a la legua una de esas pobrezas que se codean con la mendicidad. Y así era, en efecto.

Los doce hidalgos pertenecían al número de los vencidos el 6 de Abril de 1538 en la batalla de las Salinas. El vencedor les había confiscado sus bienes, y gracias que les permitía respirar el aire de Lima, donde vivían de la caridad de algunos amigos. El vencedor, como era de práctica en esos siglos, pudo ahorcarlos sin andarse con muchos perfiles; pero don Francisco Pizarro se adelantaba a su época, y parecía más bien hombre de nuestros tiempos, en que el enemigo no siempre se mata o aprisiona, sino que se le quita por entero o merma la ración de pan. Caídos y levantados, hartos y hambrientos, eso fué la colonia.

Llamábanse los doce caballeros: Pedro de San Millán, Cristóbal de Sotelo, García de Alvarado, Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Juan Rodríguez Barragán, Gómez Pérez, Diego de Hoces, Martín Carrillo, Jerónimo de Almagro y Juan Tello.

Pedro de San Millán, caballero santiagués, contaba treinta y ocho años y pertenecía al número de los ciento

setenta conquistadores que capturaron a Atahualpa. Al hacerse la repartición del rescate del inca, recibió ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Leal amigo del mariscal don Diego de Almagro, siguió la infausta bandera de éste, y cayó en la desgracia de los Pizarros, que le confiscaron su fortuna, dejándole por vía de limosna el desmantelado solar de Judíos, y como quien dice: « basta para un gorrión pequeña jaula ». San Millán, en sus buenos tiempos, había pecado de rumboso y gastador; era bravo, de gentil apostura y generalmente querido.

Cristóbal de Sotelo frisaba en los cincuenta y cinco años, y como soldado que había militado en Europa, era su consejo tenido en mucho. Fué capitán de infantería en la batalla de las Salinas.

García de Alvarado era un arrogantísimo mancebo de veintiocho años, de aire marcial, de instintos dominadores, muy ambicioso y pagado de su mérito. Tenía sus ribetes de pícaro y felón.

Diego Méndez, de la orden de Santiago, era hermano del famoso general Rodrigo Ordóñez, que murió en la batalla de las Salinas mandando el ejército vencido. Contaba Méndez cuarenta y tres años, y más que por hombre de guerra se le estimaba por galanteador y cortesano.

Don Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego de Hoces, Gómez Pérez y Martín Carrillo, sólo nos dicen los cronistas que fueron intrépidos soldados y muy queridos de los suyos. Ninguno de ellos llegaba a los treinta y cinco años.

Don Juan Tello, el sevillano, fué uno de los doce fundadores de Lima, siendo los otros el marqués Pizarro, el tesorero Alonso Riquelme, el veedor García de Salcedo, el sevillano Nicolás de Rivera, el Viejo, Rui Díaz, Rodrigo Mazuelas, Cristóbal de Peralta, Alonso Martín de Don Benito, Cristóbal Palomino, el salamanquino, Nicolás de Rivera, el Mozo, y el secretario Picado. Los primeros alcaldes que tuvo el Cabildo de Lima fueron Rivera, el Viejo, y Juan Tello. Como se ve, el hidalgo había sido importante personaje, y en la época en que lo presentamos contaba cuarenta y seis años.

Jerónimo de Almagro era nacido en la misma ciudad que el mariscal, y por esta circunstancia y la del apellido se llamaban primos. Tal parentesco no existía, pues D. Diego fué un pobre expósito. Jerónimo rayaba en los cuarenta años.

La misma edad contaba Juan Rodríguez Barragán, tenido por hombre de gran audacia, a la par que de mucha experiencia.

Sabido es que, en nuestros días, ningún hombre que en algo se estima sale a la calle en mangas de camisa, así, en los tiempos antiguos, nadie que aspirase a ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío o calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete, cuanto en la fiesta de la iglesia.

Para colmo de miseria de nuestros doce hidalgos, entre todos ellos no había más que una capa; y cuando alguno estaba forzado a salir, los once restantes quedaban arrestados en la casa, por falta de la indispensable prenda.

Antonio Picado, el secretario del marqués D. Francisco Pizarro, o más bien dicho, su demonio de perdición, hablando un día de los hidalgos, los llamó *Caballeros de la capa.* El mote hizo fortuna y corrió de boca en boca.

Aquí viene a cuento una breve noticia biográfica de Picado.

Vino éste al Perú, en 1534, como secretario del mariscal D. Pedro de Alvarado, el del famoso salto en México. Cuando Alvarado, pretendiendo que ciertos territorios del Norte no estaban comprendidos en la jurisdicción de la conquista señalada por el emperador a Pizarro, estuvo a punto de batirse con las fuerzas de D. Diego de Almagro, Picado vendía a éste los secretos de su jefe, y una noche, recelando que se descubriese su infamia, se fugó al campo enemigo. El mariscal envió fuerza a darle alcance, y no lográndolo, escribió a D. Diego que no entraría en

arreglo alguno si antes no le entregaba la persona del desleal. El caballero Almagro rechazó la pretensión, salvando así la vida a un hombre que después fué tan funesto para él y para los suyos.

D. Francisco Pizarro tomó por secretario a Picado, el que ejerció sobre el marqués una influencia fatal y decisiva. Picado era quien, dominando los arranques generosos del gobernador, le hacía obstinarse en una política de hostilidad contra los que no tenían otro crimen que el de haber sido vencidos en la batalla de las Salinas.

Ya por el año de 1541 sabíase de positivo que el monarca, inteligenciado de lo que pasaba en estos reinos, enviaba al licenciado D. Cristóbal Vaca de Castro para residenciar al gobernador; y los almagristas, preparándose a pedir justicia por la muerte dada a D. Diego, enviaron para recibir al comisionado de la corona y prevenir su ánimo con informes, a los capitanes Alonso Portocarrero y Juan Balsa. Pero el juez pesquisador no tenía cuando llegar. Enfermedades y contratiempos marítimos retardaban su arribo a la ciudad de los Reyes.

Pizarro, entretanto, quiso propiciarse amigos aun entre los caballeros de la capa; y envió mensajes a Sotelo, Chávez y otros, ofreciéndoles sacarlos de la menesterosa situación en que vivían. Pero en honra de los almagristas es oportuno consignar que no se humillaron a recibir el mendrugo de pan que se les quería arrojar.

En tal estado las cosas, la insolencia de Picado aumentaba de día en día, y no excusaba manera de insultar a *los de Chile,* como eran llamados los parciales de Almagro. Irritados éstos, pusieron una noche tres cuerdas en la horca con carteles que decían: *Para Pizarro. Para Picado. Para Velázquez.*

El marqués, al saber este desacato, lejos de irritarse, dijo sonriendo:

—¡Pobres! Algún desahogo les hemos de dejar, y bastante desgracia tienen para que los molestemos más. Son jugadores perdidos y hacen extremos de tales.

Pero Picado se sintió, como su nombre, picado; y aquella tarde, que era la del 5 de Junio, se vistió un jubón y una capetilla francesa, bordada con higas de plata, y montando un soberbio caballo pasó y repasó, haciendo caracolear al animal, por las puertas de Juan de Rada, tutor del joven Almagro, y del solar de Pedro de San Millán, residencia de los doce hidalgos, llevando su provocación hasta el punto de que, cuando algunos de ellos se asomaron, les hizo un gesto insultante, y picó espuelas al bruto.

Los caballeros de la capa mandaron llamar inmediatamente a Juan de Rada.

Pizarro había ofrecido al joven Almagro, que quedó huérfano a la edad de diez y nueve años, ser para él un segundo padre, y al efecto lo aposentó en palacio; pero fastidiado el mancebo de oir palabras en mengua de la memoria del mariscal y de sus amigos, se separó del marqués y se constituyó pupilo de Juan de Rada. Era éste un anciano muy animoso y respetado, pertenecía a una noble familia de Castilla y se le tenía por hombre de gran cautela y experiencia. Habitaba en el portal de Botoneros, que así se llama en Lima a los artesanos que en otras partes son *pasamaneros*, unos cuartos del que hasta hoy se conoce con el nombre de callejón de los Clérigos. Rada vió en la persona de Almagro el Mozo un hijo, y una bandera para vengar la muerte del mariscal; y todos los de Chile, cuyo número pasaba de doscientos, si bien reconocían por caudillo al joven D. Diego, miraban en Rada el llamado a dar impulso y dirección a los elementos revolucionarios.

Rada acudió con presteza al llamamiento de los caballeros. El anciano se presentó respirando indignación por el nuevo agravio de Picado, y la junta resolvió no esperar justicia del representante que enviaba la corona, sino proceder al castigo del marqués y de su insolente secretario.

García de Alvarado, que tenía puesta esa tarde la capa de la compañía, la

arrojó al suelo, y parándose sobre ella, dijo:

—Juremos por la salvación de nuestras ánimas morir en guarda de los derechos de Almagro el Mozo, y recortar de esta capa la mortaja para Antonio Picado.

II

DE LA ATREVIDA EMPRESA QUE EJECUTARON LOS CABALLEROS DE LA CAPA

Las cosas no podían concertarse tan en secreto que el marqués no advirtiese que los de Chile tenían frecuentes conciliábulos, que reinaba entre ellos una agitación sorda, que compraban armas y que, cuando Rada y Almagro el Mozo salían a la calle, eran seguidos a distancia y a guisa de escolta por un grupo de sus parciales. Sin embargo, el marqués no dictaba providencia alguna.

En esta inacción del gobernador recibió cartas de varios corregimientos participándole que los de Chile preparaban sin embozo un alzamiento en todo el país. Estas y otras denuncias le obligaron una mañana a hacer llamar a Juan de Rada.

Encontróse éste a Pizarro en el jardín de palacio, al pie de un naranjo que aun existe; y según Herrera en sus *Décadas*, medió entre ambos este diálogo:

—¿Qué es esto, Juan de Rada, que me dicen que andáis comprando armas para matarme?

—En verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

—¿Pues qué causa os mueve ahora, más que en otro tiempo, a proveeros de armas?

—Porque nos dicen, señor, y es público, que su señoría recoge lanzas para matarnos a todos. Acábenos ya su señoría y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué ha de tener respeto a los pies. También se dice que su señoría piensa matar al juez que viene enviado por el rey. Si su ánimo es tal y determina dar muerte a los de Chile, no lo haga con todos. Destierre su señoría a D. Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él adonde la fortuna nos quisiere llevar.

—¿Quién os ha hecho entender tan gran traición y maldad como esa? Nunca tal pensé, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar el juez, que ya estuviera aquí si hubiese aceptado embarcarse en el galeón que yo le envié a Panamá. En cuanto a las armas, sabed que el otro día salí de caza y entre cuantos íbamos ninguno llevaba lanza; y mandé a mis criados que comprasen una, y ellos mercaron cuatro. ¡Plegue a Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin, y Dios ayude a la verdad!

Por algo se ha dicho que del enemigo el consejo. Quizá habría Pizarro evitado su infausto fin, si, como se lo indicaba el astuto Rada, hubiese en el acto desterrado a Almagro.

La plática continuó en tono amistoso, y al despedirse Rada, le obsequió Pizarro con seis naranjas que él mismo cortó por su mano del árbol y que eran de las primeras que se producían en Lima.

Con esta entrevista pensó D. Francisco haber alejado todo peligro, y siguió despreciando los avisos que constantemente recibía.

En la tarde del 25 de Junio, un clérigo le hizo decir que bajo secreto de confesión había sabido que los almagristas trataban de asesinarlo, y muy en breve. «Ese clérigo obispado quiere», respondió el marqués; y con la confianza de siempre, fué sin escolta a paseo y al juego de pelota y bochas, acompañado de Nicolás de Rivera, el Viejo.

Al acostarse, el pajecillo que lo ayudaba a desvestirse, le dijo:

—Señor marqués, no hay en las calles más novedad sino que los de Chile quieren matar a su señoría.

—¡Eh! Déjate de bachillerías, rapaz; que esas cosas no son para ti—le interrumpió Pizarro.

Amaneció el domingo 26 de Junio, y el marqués se levantó algo preocupado.

A las nueve llamó al alcalde mayor, Juan de Velázquez, y recomendóle que procurase estar al corriente de los planes de los de Chile, y que si barruntaba algo de gravedad, procediese sin más acuerdo a la prisión del caudillo y de sus principales amigos. Velázquez le dió esta respuesta, que las consecuencias revisten de algún chiste:

—Descuide vuestra señoría, que mientras yo tenga en la mano esta vara, ¡juro a Dios que ningún daño le ha de venir!

Contra su costumbre no salió Pizarro a misa, y mandó que se la dijesen en la capilla de palacio.

Parece que Velázquez no guardó, como debía, reserva con la orden del marqués, y habló de ella con el tesorero Alonso Riquelme y algunos otros. Así llegó a noticia de Pedro de San Millán, quien se fué a casa de Rada, donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabía, y añadió: « Tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana, hoy nos hacen cuartos ».

Mientras los demás se esparcían por la ciudad a llenar diversas comisiones, Juan de Rada, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Pedro de San Millán, Juan de Porras, Gómez Pérez, Arbolancha, Narváez y otros, hasta completar diez y nueve conjurados, salieron precipitadamente del callejón de los Clérigos (y no del de Petateros, como cree el vulgo) en dirección a palacio. Gómez Pérez dió un pequeño rodeo para no meterse en un charco, y Juan de Rada lo apostrofó: « ¿Vamos a bañarnos en sangre humana, y está cuidando vuesa merced de no mojarse los pies? Andad y volveos, que no servís para el caso ».

Más de quinientas personas paseantes o que iban a la misa de las doce había a la sazón en la plaza, y permanecieron impasibles mirando el grupo. Algunos maliciosos se limitaron a decir: « Estos van a matar al marqués o a Picado ».

El marqués, gobernador y capitán general del Perú, D. Francisco Pizarro, se hallaba en uno de los salones de palacio en tertulia con el obispo electo de Quito, el alcalde Velázquez y hasta quince amigos más, cuando entró un paje gritando: « ¡Los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor! »

La confusión fué espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardín y otros se descolgaron por las ventanas a la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velázquez, que, para mejor asirse de la balaustrada, se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que había hecho tres horas antes; visto que si el marqués se hallaba en atrenzos, era porque él no tenía la vara en la mano sino en la boca.

Pizarro, con la coraza mal ajustada, pues no tuvo espacio para acabarse de armar, la capa terciada a guisa de escudo y su espada en la mano, salió a oponerse a los conjurados, que ya habían muerto a un capitán y herido a tres o cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, a pesar de sus sesenta y tres años, se batía con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta, defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros, que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¿Por qué me queréis matar? ¡Qué desvergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa!—gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada; y a tiempo que hería a uno de los conjurados, que Rada había empujado sobre él, Martín de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú sólo pronunció una palabra: «¡ Jesús! » y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo y besándola.

Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y D. Francisco Pizarro exhaló el último aliento.

Con él murieron Martín de Alcántara y los dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron más tarde sacar el cuerpo

de Pizarro y arrastrarlo por la plaza; pero los ruegos del obispo de Quito y el prestigio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche, dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo; le vistieron el hábito de Santiago, sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido; abrieron una sepultura en el terreno de la que hoy es catedral, en el patio que aun se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón de terciopelo con broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro, bajo el altar mayor de la catedral. Por lo menos, tal es la general creencia.

Realizado el asesinato, salieron sus autores a la plaza gritando: «¡ Viva el rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Viva Almagro! ¡Póngase la tierra en justicia! » Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfacción, diciendo: « ¡Dichoso día en el que se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador! »

Inmediatamente fueron presos Jerónimo de Aliaga, el factor, Illán Suárez de Carbajal, el alcalde del Cabildo, Nicolás de Rivera, el Viejo, y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botín de la primera se estimó en cien mil pesos, el de la segunda en quince mil pesos y el de la última en cuarenta mil.

A las tres de la tarde, más de doscientos almagristas habían creado un nuevo Ayuntamiento; instalado a Almagro el Mozo en palacio, con título de gobernador, hasta que el rey proveyese otra cosa; reconocido a Cristóbal de Sotelo por su teniente gobernador, y conferido a Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced que, así en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesión y se apresuraron a reconocer al nuevo gobierno.

El alma de la conjuración había sido Rada, y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro, y el joven caudillo no tuvo en él más parte que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velázquez, consiguió hacerlo fugar su hermano, el obispo de Cuzco, fray Vicente Valverde. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir a juntarse con Vaca de Castro; pero en la isla de la Puná, los indios los mataron a flechazos, junto con otros diez y seis españoles.

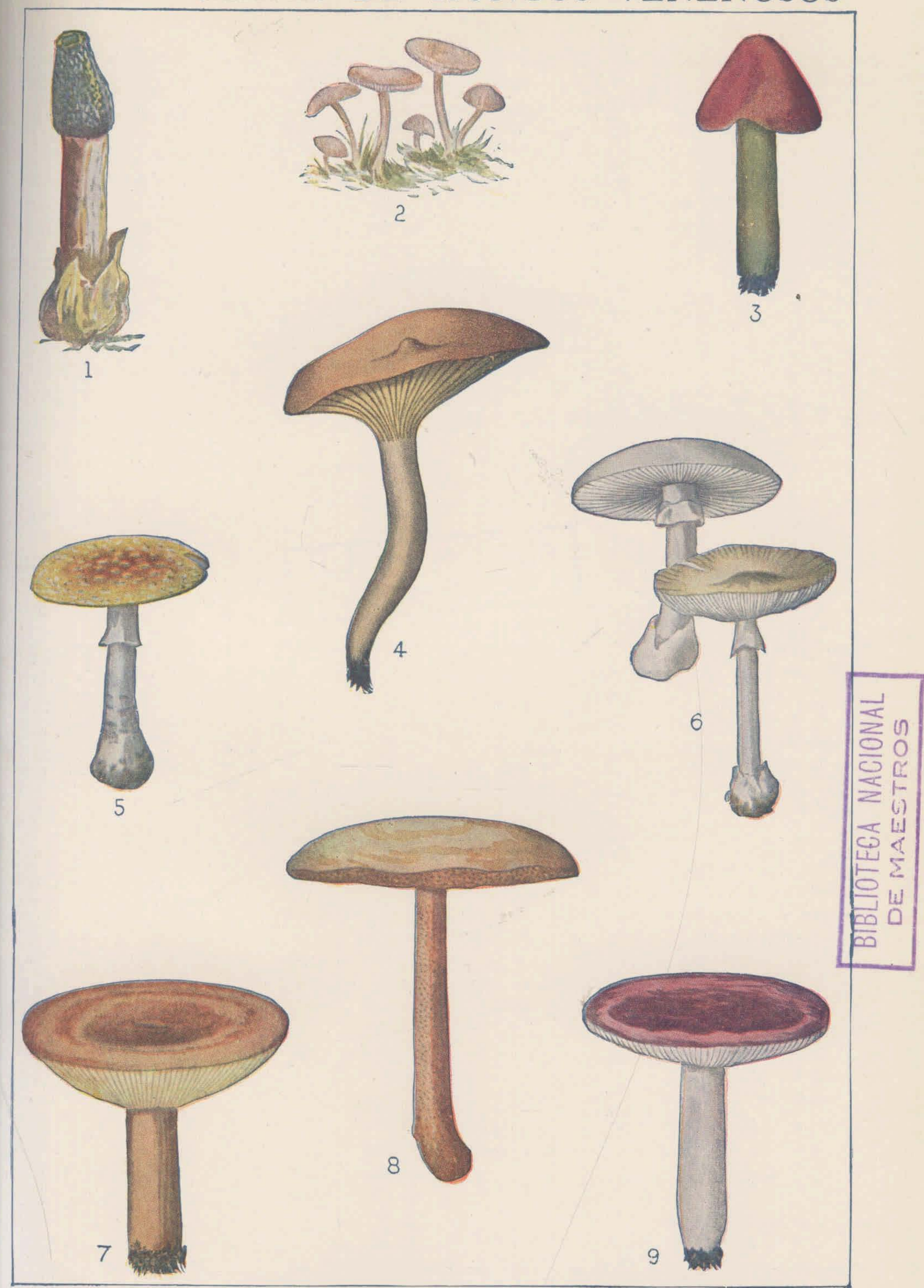
Velázquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no le habrían tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de la revolución, Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme, y descubierto al día siguiente su asilo, fueron a prenderlo. Riquelme dijo a los almagristas: « No sé dónde está el señor Picado », y con los ojos les hizo señas para que lo buscasen debajo de la cama.

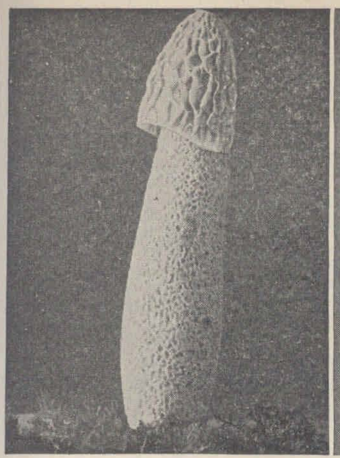
Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada y con anuencia de D. Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró a Picado el agravio que de él hubiera recibido cuando era omnipotente cerca de Pizarro; luego le dieron tormento para que revelase dónde el marqués tenía tesoros ocultos; y, por fin, el 29 de Septiembre, le cortaron la cabeza en la plaza, con el siguiente pregón, dicho en voz alta por Cosme Ledesma, negro ladino, en la lengua española, a toque de caja y acompañado de cuatro soldados con picas y otros dos con arcabuces y cuerdas encendidas: « Manda su majestad que muera este hombre por revolvedor de estos reinos, e porque quemó e usurpó muchas provisiones reales, encubriéndolas porque venían en gran daño al marqués, e porque cohechaba e había cohechado mucha suma de pesos de oro en la tierra ».

El juramento de los caballeros de la capa se cumplió al pie de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja a Antonio Picado.

VARIAS CLASES DE HONGOS VENENOSOS



1. Phallus impudicus.—2. Marasmius urens.—3. Hygrophorus conicus.—4. Clytocybe illudens.—5. Amanita muscaria.—6. Dos variedades del Amanita phalloides.—7. Lactarius rufus.—8. Boletus piperatus.—9. Russula emetica.





LOS HONGOS Y LAS SETAS

SON los hongos plantas celulares, de color vario y nunca verde, de consistencia acorchada, esponjosa, carnosa o gelatinosa y, por lo regular, de forma de sombrero o casquete sostenido por un piececillo o pedicelo; y bajo de la denominación de setas se comprende toda especie de hongos comestibles, entre las cuales las hay muy sabrosas, pero fáciles de confundir con los hongos nocivos. En los hongos comestibles se reconoce perfectamente la forma de un sombrerillo, sostenido por el pedicelo, como se ve en los de la familia de las agaricáceas y de otras especies; pero ésta no es la única forma que pueden tener.

Autores muy notables han hecho varias clasificaciones de los hongos, con las que no nos dan en conjunto más que una idea general de los hongos que se encuentran en los diversos países, y así se comprenderá fácilmente que, aun en el caso de que cupiera dentro de los límites y condiciones de esta obra entrar en tan minuciosos pormenores, tampoco se podría determinar de una manera precisa el número total de especies que vegetan en nuestro planeta, porque hay muchísimas regiones del globo que aun no han sido exploradas, y la naturaleza misma de estos vegetales impide que se hagan estudios claros y precisos sobre la materia, lo que tampoco se ha logrado hasta ahora del todo en otras plantas.

Conviene saber, sin embargo, que pueden calcularse en unas cuatro mil las especies hoy conocidas y descritas por los diferentes autores que tratan de esta materia. Pero deben de existir otras muchas especies, puesto que en el interior del Asia y África hay grandes extensiones de terreno e inmensos bosques, todavía sin explorar, que no pueden menos de tener sus especies peculiares.

Puede establecerse como regla general que son raros los hongos en los países muy fríos, mientras en las regiones tropicales son muy comunes, particularmente en las alturas donde predomina un clima templado. En Java se han encontrado en altitudes de 915 y 1525 metros, y en la India se han hallado, en su mayor desarrollo, a 2100 y 2500 metros sobre el nivel del mar.

De todos los hongos, el más extendido es el género *agárico*, el cual tiene más especies que todos los demás conocidos, y su área de dispersión, aunque bastante grande, está casi toda ella dentro de la zona templada.

VALOR NUTRITIVO DE LAS SETAS

Hay muchas especies que suministran un alimento agradable, sano y substancioso; y las estadísticas de varios países civilizados demuestran la importancia

que tienen en la alimentación del hombre, principalmente entre la población rural.

En los mercados de París se vende diariamente, por término medio, por valor de unos 30.000 francos de setas cultivadas, comprendiendo en esta cifra las trufas, que también son hongos, y que alcanzan precios relativamente elevados. Sólo una provincia del Sur de Francia exporta al año más de 200.000 francos de setas propiamente dichas, en forma de conservas. Los obreros y los campesinos, a pesar de lo mucho que se ha dicho y escrito acerca de los peligros de estos alimentos, y de los frecuentes casos de intoxicación por ellos ocasionados, buscan ávidamente las especies silvestres.

Todos los pueblos de la tierra son aficionados a las setas; únicamente las desprecian algunas tribus nómadas, aun cuando para ellas podría ser en muchos casos un recurso alimenticio de inestimable valor.

La Historia atestigua que, en este punto, los pueblos antiguos han coincidido con los modernos, y cita el caso curioso de que los atenienses concediesen el derecho de ciudadanía a los naturales de Cherips, para recompensarles de la invención hecha por ellos de una nueva manera de preparar las setas y trufas, a las que concedían alta estimación. Las setas llamadas *oronjas* alcanzaron también entre los romanos una reputación excepcional, y, según dice el poeta Marcial, no era raro el caso de que, para adquirirlas, se sacrificase oro, plata y aun los vestidos.

Existen ciertas clases de setas, señaladas por todos los especialistas como propias para la alimentación, si bien es preciso conocerlas de un modo exacto, para no confundirlas con otras, a veces muy semejantes, y que son peligrosas o francamente tóxicas. Es cierto que algunas, aun siendo inofensivas, son de digestión difícil; pero esto ocurre también con otros géneros de alimento, especialmente con muchas legumbres y verduras.

Un error muy extendido, que se ha deslizado hasta en los escritos de ciertos célebres médicos, consiste en decir que las setas constituyen un alimento de lujo, pero que no son realmente nutritivas. Sin embargo, está probado que muchos habitantes de Italia, del mediodía de Francia, de Alemania, Rusia y otros países las emplean, no como condimento, sino como base de su régimen alimenticio, y aun se cita el caso de un montañés de Turingia, muerto a la edad de cien años, quien, durante treinta años, se había alimentado exclusivamente de hongos.

Por otra parte, los experimentos realizados por diversos sabios, que se han sujetado durante largo tiempo a este régimen alimenticio, y entre ellos el doctor Letellier, micólogo y químico distinguido, han demostrado la verdad de esta afirmación: 300 gramos de setas condimentadas con un poco de sal y la cantidad necesaria de agua, han bastado muchas veces para permanecer treinta y seis horas sin experimentar el menor síntoma de hambre.

El célebre botánico Willdenow cuenta que, durante semanas enteras, se alimentó exclusivamente de hongos y pan, sin experimentar alteración alguna en su salud. Persoon cita la indicación de Schwaegrichen, profesor de botánica en Leipzig, de haber observado en las inmediaciones de Nuremberg que los campesinos comían setas crudas con pan condimentado con anís y alcaravea, y que él mismo experimentó dicho régimen alimenticio.

Curtis, que ha escrito acerca de los hongos de América, indica que son allí numerosas las especies de setas comestibles, y que de ellas se hizo gran uso durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos.

Ahora bien: todas estas observaciones se explican por la cantidad de nitrógeno dada por los análisis, de los que resultan cifras más elevadas que las que generalmente contienen otros alimentos vegetales; más altas aún que la contenida en las legumbres y en el pan, y próxima a la de la carne de ciertos animales. Además, el análisis de las cenizas que resul-

tan de la desecación por incineración de las setas, acusa la existencia de una cantidad notable de fosfatos de potasa y de sosa, es decir, de fósforo en forma directamente asimilable.

DISTINCIÓN DE LAS SETAS COMESTIBLES Y VENENOSAS

Muchos afirman que son peligrosas las setas que viven en los árboles, aunque entre ellas haya varias especies comestibles, y dicen que son inofensivas las que sirven de pasto a los limacos, insectos y otros animales, por la razón de que éstos las comen; aunque tampoco es cierto, porque muchas especies no son tóxicas para ciertas bestias y pueden serlo para el hombre.

Asimismo, la creencia, tan extendida, de que las setas que se ponen negras cuando se cuecen con objetos de plata o con una cebolla, son las únicas venenosas, carece de todo fundamento, pues este efecto lo producen muchas especies inofensivas, y no se realiza con otras varias que son tóxicas, porque estas alteraciones no se deben a los principios venenosos de las setas, sino a la producción de una corta cantidad de ácido sulfídrico.

No existe, pues, un carácter diferencial que *a priori* distinga las setas venenosas de las comestibles, como tampoco existe en ningún otro grupo de plantas, si bien en general son sospechosas las que cambian de color, al cortarlas o estrujarlas; las que están dotadas de olor o sabor desagradable o tienen anillo levantado y al mismo tiempo una especie de bolsa en la base del pedicelo, y verrugas blancas o grisáceas en el sombrerillo.

El único procedimiento eficaz que permite asegurar si una seta es tóxica o no, consiste en determinar la especie a que corresponde, y, una vez determinada, puede verse, en cualquier tratado acerca de las setas, la indicación de si es comestible, sospechosa o venenosa.

La distinción de las especies de setas deberá confiarse siempre a personas peritas, sobre todo cuando aquéllas pertenezcan a alguno de los géneros que suelen contener substancias venenosas; y lo más práctico es que los aficionados se limiten a saborear el corto número de especies que tengan seguridad de reconocer por sí mismos.





«FRUTA DE OTOÑO»—CUADRO DE DELAPOER DOWNING

LA POESÍA DIDASCÁLICA

No hay que creer que la poesía sirva únicamente para expresar las grandes conmociones del espíritu, las exaltaciones de la alegría, los arrebatos del sentimiento, las tempestades del dolor. Los poetas gustan también de vestir con las galas de sus versos los conocimientos útiles y prácticos, preceptos morales y enseñanzas de todo género. Esta poesía, que se llama, con palabra derivada del griego, didascálica, es antiquísima. La primera vez que un escritor sintió la necesidad de dar una lección, lo hizo en verso, porque la iniciación de toda literatura estuvo en la poesía, y la prosa surge mucho más tarde en la vida de los pueblos.

LA POESÍA QUE ENSEÑA COSAS ÚTILES

TAL vez piensen algunos de nuestros lectores que la poesía didáctica ha de pecar necesariamente de árida y monótona. No es así. Verdad es que no podrá arrebatarnos de entusiasmo con la apasionada vehemencia de la lírica, ni despertar nuestra admiración con los grandiosos cuadros y descripciones de la épica; pero así y todo, no dejará de ofrecernos una verdadera, suave y apacible delectación, si el que la escribe tiene alma de poeta y sabe dar vida, color y gracia a los asuntos.

Hesiodo, que vivió, según opiniones distintas, doce, nueve, ocho o siete siglos antes de Jesucristo, escribió el poema intitulado *Obras y días*, en el que se encomia el valor de la justicia y la virtud. En el poema se nos muestra Hesiodo como un buen agricultor, de condición benévola, atento a enseñarnos que sobre las amarguras de la vida vierten su bálsamo consolador las alegrías del trabajo. Y si bien sus preceptos no tienen hoy para nosotros ninguna importancia práctica, su palabra es tan suave y dulce, que nos alienta y conmueve.

El poema de Hesiodo, especialmente por lo que toca al gobierno doméstico campesino, fué una de las fuentes a donde acudió Virgilio cuando se preparaba a escribir aquella joya didascálica intitulada *Geórgicas*. Pero ninguna preparación, ninguna ciencia le habría servido, a no sentir un verdadero y ardoroso amor al campo y a la tierra.

Así como el poeta griego se eleva por encima de los didácticos de su país, del mismo modo Virgilio sobresale también entre los latinos. Hay, además, un poema de Lucrecio, *De Natura Rerum* (De la Naturaleza de las Cosas), que encierra todo un caudal de ciencia y de inspiración, no obstante su carácter didascálico, así como la epístola horaciana *De Arte poética*, que hasta nuestros días ha venido considerándose como el Código del buen gusto.

En nuestra lengua tenemos también varios poemas didácticos, entre los que merecen citarse: la *Cirugía rimada*, de Diego de Cobos; el *Poema de la Pintura*, de Céspedes, y el *Arte Poética*, de Martínez de la Rosa. Tomada la poesía didáctica en una acepción más amplia, comprende además composiciones que se proponen inculcar enseñanzas morales; y en tal concepto podríamos incluir en ella los libros sapienciales de la Biblia, y en especial los *Proverbios de Salomón*, así como no pocas odas y epístolas morales de la literatura hispano-americana, junto con las fábulas morales, ascéticas o críticas de Samaniego, Iriarte, Cayetano Fernández y otros. Pero los poemas didácticos propiamente dichos, exponen los principios de algún arte o ciencia, con método y orden, obedeciendo a un plan y encadenamiento que les da unidad, y no son un conjunto de obras poéticas del mismo género, que se inspiran en un determinado asunto, como las últimamente citadas. Esto, sin embargo, no obsta para que tanto en unas como en otras composiciones se procure unir la instrucción al deleite causado por la belleza de la forma.

GEÓRGICAS

Publio Virgilio Marón, cuya es esta poesía, fué uno de los más ilustres poetas latinos. Floreció en el reinado de Augusto (70–19 antes de Jesucristo), y sus obras son: la «Eneida» (en 12 libros), poema nacional sobre el origen y la grandeza de Roma; las «Geórgicas», poema didáctico de clasica belleza y espontaneidad, y las «Églogas», poemas bucólicos.

LIBRO PRIMERO

CÓMO medran las mieses, en qué signo
Surcar la tierra, unir la vid al olmo
Convenga, qué cuidados, ¡oh Mecenas!
Los bueyes piden y el ganado exige,
Cómo la abeja próvida se educa
Voy a cantar. ¡Brillantes luminares
Del mundo que en el cielo la carrera
Del año reguláis! ¡Baco! ¡alma Ceres!
(Si a vuestra mano se debió que el suelo
La caonia bellota en pingüe espiga
Mudase, y que las ondas de Aqueloo
Con las halladas uvas se tiñesen)
Y vosotras, ¡oh rústicas deidades!
Faunos, ligeras Dríadas, triscando
Juntos venid, que canto vuestros dones.
Ven tú, Neptuno, a quien por vez primera
Brotó del gran tridente el suelo herido
Relinchante corcel; ven, dios de Ceos,
De los bosques amante, en cuyos sotos
Tronchan los pingües tallos de las matas
Trescientos toros de nevada pinta;
Abandona tus valles del Liceo
Tegeo Pan que las ovejas guardas,
Y si tu grato Ménalo te atrae
Asísteme propicio; ven, Minerva
Del olivo inventora; ven mancebo
Que el corvo arado a conocer nos diste,
Y tú, Silvano, que al andar te apoyas
En un tierno ciprés desarraigado.
Venid, dioses y diosas que celosos
Los campos protegéis, que nuevas mieses
Sin semilla formáis, y que a raudales
Desde el cielo soltáis benigna lluvia.
Y tú, César, ¿qué asiento en el consejo
De los dioses tendrás? ¿Querrás acaso,
Del materno arrayán la sien ceñida,
Amparar las ciudades y las tierras
Y que te acepte el orbe dilatado
Por árbitro potente de los climas
Y por autor fecundo de las mieses?
¿O del inmenso mar serás el numen,
Y sólo tu deidad el navegante
Invocará, sirviéndote rendida
La extrema Tule al par que ofrezca Tetis
Sus ondas todas por llamarte yerno?
¿O astro nuevo en los meses del estío
Quizá ocupes el trecho que separa
De las Quelas vecinas a Erigone,
Y el ardiente Escorpión te abra ancho espacio
En el cielo sus brazos recogiendo?
Mas doquier vayas (y no espere haberte
El Tártaro por rey ni lo ambiciones,
Por más que Grecia admire sus Elíseos
Y que por él desdeñe Proserpina
Al regazo volver de ansiosa madre)
Asísteme alentando mi osadía,
Y conmigo apiadado del colono
Que ignora su camino, ven y empieza
Los votos a coger de quien te invoca.

Cuando la nieve del canoso monte
Se derrite al volver la primavera
Y el céfiro las glebas reblandece,
Gima el buey bajo el yugo del arado,
Brille la reja usada por los surcos.
La mies formada en suelo que dos veces
Sintió los soles y arrostró los hielos,
Del codicioso labrador los votos
Colma con creces, y su inmensa carga
Revienta los graneros agobiados.
Mas antes que abra el hierro ignoto suelo
Obsérvense los vientos, las mudanzas
Que suele el clima presentar, los usos
Del terreno y las prácticas del campo,
Qué frutos da la tierra, cuáles niega.
Aquí la vid prospera, allí los trigos;
Tal sitio favorece a los frutales,
Otro se viste de espontáneo césped.
¿No ves al Tmolo darnos el aroma
De su azafrán, el Indo sus marfiles,
Y los muelles Sabeos sus inciensos,
Sus aceros los Cálibes desnudos,
El Ponto los castores, y el Epiro
Del Elida los potros vencedores?
Tales pactos y leyes inmutables
Naturaleza impuso a las regiones
Cuando echó Deucalión por vez primera
En la desierta tierra sus guijarros
Que en hombres (¡dura raza!) se volvieron.
Así, si el suelo es denso, ya en los meses
Que principian el año, sin demora
Revuélvanlos tus toros poderosos,
Y sus terrones extendidos cueza
Con sol ardiente el polvoroso estío;
Mas si la tierra es pobre, un surco leve
Basta para mullirla al verse Arturo:
Así en aquélla las lozanas mieses

No sofoca la hierba, así en estotra
La arena estéril guarda el jugo escaso.

Deja en alternos años que el rastrojo
El campo descansando se endurezca,
O en diversa estación el rubio trigo
Siembra donde sonaba en huecas vainas
Fértil legumbre, o do la arveja tenue
Cogiste, o do crujía en mata espesa
Del amargo altramuz la caña frágil:
Pues una mies de lino esquilma un campo,
Lo esquilma si es de avena o de la planta
Empapada en el sueño del Leteo.
Mas alternando es fácil su cultivo
Con tal que en pingüe abono al suelo estéril
Vuelvas las fuerzas, o ceniza inmunda
Por la tierra esquilmada echar no temas:
Así el mudar de mies descansa el suelo.
No es ingrata la tierra que no labras.
Bueno es también que abrace un campo estéril
Paja liviana en chispeante hoguera;
Ya de ello oculta fuerza y pingüe abono
Saque la tierra, o ya la purgue el fuego
De algún vicioso humor que así transpira,
O porque tal calor le abre las venas
Y los poros cerrados por do aspiren
Las plantas jugo nuevo, o porque acaso
La endurece y estriñe sus rendijas
Para que no la quemen las escarchas
Ni el sol abrasador ni el cierzo helado.
Mucho mejora el campo quien con rastras
Los terrones inertes desmenuza
Y con zarzos de mimbres los nivela.
La rubia Ceres desde el alto Olimpo
Grata le mira como a quien revuelve
Con oblicua labor los surcos que antes
Levantara el arado en rectos lomos
Y en cultivo incesante el campo doma.

Inviernos secos, y húmedos solsticios,
Labradores pedid; de invierno el polvo
Gusta a los campos, gusta a los sembrados;
No de otro abono jáctase la Misia
Ni el Gárgaro que admira sus cosechas.
Y ¿qué diré de quien tras la simiente
Corre el campo esparciendo los terrones
De la tierra esponjada, y al sembrado
Por una red de hijuelas lleva un río?
Y si en campo abrasado se requeman
Los moribundos tallos, ved cuál trae
De una ceñuda cuesta una onda pura
Que da al saltar por las menudas piedras
Rauco murmullo, y del ardiente suelo
Templa doquier la sed con sus raudales.
¿Temes que al peso de colmada espiga
Se recuesten los tallos? Da al ganado
El sembrado precoz cual pasto tierno
Cuando iguale a los surcos. Ni descuides
El desviar las aguas estancadas
A un arenisco suelo que las beba,
Y más si en luna varia se hincha el río
Rebosando y cubriendo las llanuras
De ancho cieno que cóncavos pantanos
Forma con el humor que tibio brota.

Pero cuando en labores tanto esfuerzo
Los hombres y el ganado han consumido,
Teme el ganso voraz, teme la grulla
Que el Estrimón frecuenta, las endibias
De amarga fibra, la nociva sombra...
Jove mismo no quiso que el cultivo
Del suelo fuera fácil, y en los campos
El arte promovió, pues con afanes
Punzando los mortales corazones
Sacudió de su imperio el vil letargo.
Antes de él ningún campo obedecía
A un colono, ni en límites cercarlo
Ni partirlo era lícito: su goce
Era común y el suelo generoso
Todo lo daba sin pedirlo nadie.
Él dió a las negras sierpes su veneno,
Hizo al lobo rapaz, al mar instable,
Despojó de su miel las tiernas hojas,
El fuego nos quitó, y secó las fuentes
Que arroyuelos de vino doquier daban,
Para que el genio a la experiencia unido
Descubriese las artes poco a poco,
Buscándose los trigos en los surcos
Y hallando el fuego oculto entre las venas
Del pedernal. Por vez primera entonces
Sintieron sus corrientes oprimidas
Por excavados álamos los ríos,
Y el marino por series y por nombres
Los astros designó: tales las Hiadas,
Las Pléyades y el Arctos refulgente.
Entonces se inventó cazar las fieras
Con lazos y con cebos, y en batidas
Con perros estrecharlas por los montes.
Quién azota con honda el ancho río,
Quién las húmedas redes del mar saca.
Domóse al fin la rigidez del hierro
Y la sierra estridente cortó el tronco
Que antes rajaban las valientes cuñas,
Y nacieron mil artes. Todo cede
Al ímprobo trabajo y a la estrecha
Necesidad que apremia en trances duros.
Ceres fué quien primera a los mortales
Enseñó el suelo a abrir con el arado,
Cuando ya los madroños y bellotas
Iban faltando en las sagradas selvas
Y Dodona el sustento le negaba.
Pronto nuevos cuidados exigieron
Los sembrados; pues ya el funesto nublo
Consume las espigas, ya en los campos

Se eriza el cardo estéril; muere el trigo;
De lampazos y abrojos densa selva
Áspera medra y entre hermosas matas
La falsa avena y la cizaña cunden.
Por tanto, si la tierra con rastrillos
Incansables no escardas, si con voces
No espantas a las aves ni cercenas
Con hoz las sombras, ni la lluvia imploras,
¡Ah! en vano envidiarás ajenas trojes
Y tendrás que aplacar tu hambre en la selva
Vareando los frutos de la encina.

Diré también las armas sin las cuales
Nunca pudiera el labrador robusto
Sembrar las mieses ni esperar su medro:
Tales la reja y el torcido arado
De fuerte roble, las carretas lentas
Al rodar que en Eleusis mostró Ceres,
Los trillos, carretones y los rastros
De peso enorme, y el ajuar humilde
Que con mimbres Celeo tejió un día,
Los zarzos de madroño, y el harnero
Que a Baco se consagra; y tenlo todo
Prevenido con tiempo si la gloria
Que da el divino campo te enardece.
Ya domado en el bosque con gran fuerza
Dóblase un olmo y forma el corvo arado;
Desde el eje el timón ocho pies mide,
Doble reja la ciñe, y los dentales
Al doble dorso adáptanse sujetos.
Para el yugo se corta el blando tilo;
Del haya altiva fórmase la esteva
Que impele por detrás la reja hundida,
Y en tu hogar colgarás esas maderas
Que el humo pone a prueba al registrarlas.

Muchas antiguas reglas puedo darte
Si los cuidados leves no desdeñas.
Con gran rodillo igualarás tu parva
Y de arcilla tenaz sólida costra
Extiende por su suelo con tu mano
Para privar las hierbas y que el polvo
Forme rendijas que mil plagas cubren:
Ya un menguado ratón bajo la tierra
Forma su casa y llena sus graneros,
O el ciego topo su guarida excava,
O el sapo y cuanto insecto el suelo cría
En sus huecos se anida; allí el gorgojo
Y la hormiga que teme vejez pobre
Pingüe montón te roerán de trigo.

Observarás también cuando en la selva
Sus olorosas ramas encorvadas
Muestra el almendro en flores abundante:
Si se carga de fruto, gran cosecha
Con gran calor se trillará en tu parva,
Mas si supera de hoja la espesura
En sombra extensa, te darán tan sólo
Paja y vanas espigas tus gavillas.

Muchos vi que en la siembra con salitre
Y con negro alpechín daban un baño
A las semillas porque así más grueso
Hinchara el fruto la falaz espiga;
Mas aunque a fuego lento se empapasen
Con trabajo y escrúpulo elegidas,
Degeneraban pronto si cada año
No escogía la mano con paciencia
Las mayores: así los hados quieren
Que todo mengüe y hacia atrás resbale.
No de otra suerte al que subiendo un río
Con los remos su esquife aguanta apenas,
Si los brazos cansados se le aflojan
Rápida la corriente le arrebata.

Tan útil es también al campesino
Observar las estrellas del Arturo,
Las Cabrillas, la fúgida Serpiente,
Como al que en mar de vientos agitado
Regresando a su patria surca el Ponto
Y los pasos ostríferos de Abidos.
Cuando la Libra iguala con el día
Las horas de descanso y parte el mundo
Dándole medio al sol, medio a las sombras,
Los bueyes aguijad, ¡oh labradores!
Las cebadas sembrad, y hasta que empiecen
Las lluvias frías e impalpables brumas
Del lino y la cereal adormidera
La simiente cubrid, y que el arado
No descanse en los campos mientras secos
Los respetan las nubes suspendidas.
En primavera siémbranse las habas,
Y cuando el Toro de doradas puntas
Abre el curso del año y Sirio opuesto
A los rayos del sol desaparece,
La alfalfa entrega a los mullidos surcos
Y los anuos cuidados presta al mijo.
Si a los robustos trigos y a las mieses
Dedicas sólo el campo, antes que al suelo
Entregues la semilla y que confíes
La esperanza del año a tierra ingrata,
Aguarda a que las Pléyades se escondan
Y que preceda al sol la Gnosia ardiente.
La cosecha burló con flaca espiga
A quien de Maya no esperó el ocaso:
Mas si siembras la arveja y el vil fríjol
Y la egipcia lenteja no desdeñas,
Comienza cuando Arturo desparece
Hasta que en torno reinen las escarchas.

Así, en secciones dividido el orbe,
Lo rige el áureo sol por doce signos:
Cinco zonas el cielo envuelven: una
Que en rojo sol de fuego siempre tuesta;
A su diestra y su izquierda en los extremos

La ciñen dos en lluvias tenebrosas
Y en azulado hielo sepultadas.
Entre éstas y la media a los mortales
Los compasivos dioses concedieron
Dos templadas por donde se sucede
En curso oblicuo el turno de los signos.
El mundo, que se enrisca hacia la Escitia
Y las cumbres Rifeas, se deprime
Cuando a la Libia austral va descendiendo.
Nuestro polo es aquel siempre encumbrado,
Mas éste so los pies del hondo Averno
Bajo la Estigia lóbrega se mira.
Aquí cual río el gran Dragón serpea
Con dilatada curva entre las Osas
Que en las olas del mar temen mojarse.
De allí se cuenta o que una eterna noche
Reina en densas tinieblas y en silencio,
O que el día va allá cuando nos deja,
Y que cuando su soplo nos envían
Los caballos que rige el sol naciente,
Allí enciende el Lucero su luz roja.
Con esto es fácil que en dudoso cielo
Conozcamos el tiempo, prefijando
La sazón de sembrar, la de la siega,
Cuándo azotar convenga con los remos
El mar infiel, o que una escuadra zarpe,
O que un pino en sazón caiga en el bosque;
Y no es en vano el observar los signos
Que con su orto y ocaso el año vario
En cuatro iguales épocas dividen.
Si la intemperie al labrador detiene
Bajo techo, prevenga muchas cosas
Que apresurar debiera en cielo claro.
Afile entonces de gastada reja
El diente duro, excave una barquilla,
Marque el ganado, o cuente sus graneros.
Quién estacas aguza y bieldos dobles,
Quién rodrigones a la vid prepara.
Teja entonces de mimbres cesta fácil,
Tueste su grano o muélalo en la tierra.
Ni en los días festivos se prohiben
Ciertas faenas que la ley y el culto
Autorizan doquier: regar las huertas,
Las aves acechar, quemar zarzales,
Cercar de espinos una mies madura
Y bañar el ganado en sanas fuentes.
Muchas veces de un tardo jumentillo,
Cuyos pasos hostiga, carga el lomo
El labrador con fruta o con aceite
Que cambia en la ciudad de donde torna
Con negra pez o repicada muela.

Los días de la luna a tus trabajos
No son todos propicios. Teme el quinto;
Él vió del Orco pálido y las Furias
La aparición: en él brotó la Tierra
En parto horrendo a Ceo y a Japeto,
A Tifeo crüel y a los hermanos
Que contra el cielo osaron conjurarse.
Tres veces intentaron sobre el Pelion
El Ossa levantar, y sobre el Ossa
El Olimpo frondoso: por tres veces
De Jove el rayo derribó los montes.
Propicios son el séptimo y deceno
Para plantar las vides, domar toros
Y las telas urdir. El nono guarda
De robos, y es propicio al caminante.

Muchas faenas hay que facilita
El nocturno relente o el rocío
Que humedece la tierra en la alborada:
De noche segarás con gran provecho
Las pajas leves y los secos prados,
Pues nunca falta la humedad nocturna.
Hay quien junto al hogar vela en invierno
Y con hierro cortante aguza teas
Mientras que con sus cantos aliviando
La molesta labor, su esposa activa
Teje sus telas con sonoro peine
O recociendo al fuego el dulce mosto
Con hojas el caldero hirviente espuma.
Mas las rubias espigas se recogen
En medio del verano: en sus calores
Las eras trillan las tostadas mieses.
Are sin ropa, siembre sin abrigo,
Mas en invierno el labrador repose.
En los fríos disfrutan sus provechos
E invítanse por turno a alegres fiestas
Los colonos que libres de cuidados
La estación rigurosa inclina al ocio;
Así alegres coronan los marinos
Las popas de sus naves que cargadas
Tocan al fin el suspirado puerto.
Pero en dicha estación deben cogerse
Las bayas del laurel, las aceitunas,
Las bellotas, los mirtos sanguinosos.
Cuando tiende la nieve espeso manto
Y témpanos de hielo arrastra el río,
Persígase a las liebres orejudas,
A las grullas sorpréndase con lazos
Y a los ciervos con redes, y los corzos
Tumbe la balear honda que el aire
Azota con su estopa en remolino.

¿Qué diré de los signos del otoño
Cuando en días más breves y templados
El labrador vigila sus tormentas?
¿Qué de la primavera cuando arroja
Sus lluvias por las mieses erizadas
Y esponja el verde tallo el grano en leche?
A veces, cuando ya en el rubio campo
Entraba el segador y las cebadas
Sujetaba con frágiles manojos,
Vi desatarse en encontrada lucha
Los vientos todos que la mies turgente

Arrancando de cuajo, despedían
Al alto cielo en negro torbellino
En leve tamo y voladora paja.
Otras veces del cielo se nos viene
Gran tropel de agua en apiñadas nubes
Que descargan al fin negra tormenta;
Precipítase el éter en torrentes
Anegando barbechos y sembrados
Antes lozanos, llénanse los cauces,
Crecen los ríos cóncavos rugiendo,
Hierven del mar las olas encrespadas,
El mismo Jove entre la noche obscura
De los nimbos con diestra fulgurante
Rayos lanza, y al choque conmovida
Treme la tierra, ocúltanse las fieras,
Y doquier los mortales corazones
Anonada el pavor... Él con ardientes
Dardos abate las Ceraunias cumbres,
Ya el Ródope, ya el Atho: arrecia el austro
Con densísima lluvia; al raudo viento
Gimen los bosques, la ribera gime.

Observa con afán, si tal temieres,
Los cielos y los astros; dó se alberga
El frígido Saturno, en qué cuadrante
Del cielo vaga el luminar Cilenio.
Ante todo a los dioses rinde culto.
De la gran Ceres los sagrados ritos
Cumple cada año en los risueños campos
Al asomar serena primavera
Tras los últimos días del invierno.
Entonces los corderos son más pingües,
El vino es más sabroso, el sueño grato,
Y las sombras del monte más obscuras.
Toda la juventud campestre adore
Contigo a Ceres, dándole en ofrenda
Miel disuelta con leche o dulce vino,
Y alrededor de las crecidas mieses
Dé tres vueltas la víctima propicia
Con séquito triunfal acompañada
Del coro y de los jóvenes que invocan
De Ceres el favor con clamoreo,
Y a maduras espigas la hoz no arrime
El que, orlada la sien de encina, a Ceres
No cante el himno en descompuesta danza.

Y para que con signos más seguros
Previéramos las lluvias, los bochornos,
Y los vientos helados, nos dió Jove
El curso que mensual la luna sigue,
Las calmas de los austros y otras señas
Que al vigilante labrador advierten
Que no aleje sus bueyes del establo.
Del viento al primer soplo ya las ondas
Del mar empiezan a agitarse hinchadas,
Suena seco fragor en la alta cumbre,
Y retumba a lo lejos la ribera
Mezclando su rumor con el del bosque.
Mal a encorvada quilla se someten
Las olas, cuando rápidas volando
Del alto mar a la vecina playa
Se refugian gritando las gaviotas,
O cuando en seco juegan las zarcetas,
O así que desertando sus lagunas
Vuela la garza sobre la alta nube.

Verás también, cuando amenaza viento,
A veces en el cielo estrellas vagas
Que rápidas cayendo en noche obscura
Dejan tras sí de fuego largo rastro,
Otras veces verás volar errantes
Caídas hojas y ligeras pajas
O girar sobre el agua leves plumas.
Cuando brilla el relámpago en el Norte
Y cuando en los alcázares del Euro
Y del Céfiro truena, pronto el campo
Anegado se ve, llenos los cauces,
Y las húmedas velas el marino
Recoge. Nunca al hombre cuidadoso
Sobrecogió la lluvia, pues si sube
Del hondo valle fugitivas grullas
La preceden volando, o la ternera
Mirando al cielo la nariz dilata
Aspirando el oreo, o vuela en torno
Del lago la parlera golondrina,
O su queja monótona repiten
En el cieno las ranas. Muchas veces
Las hormigas trillando angosta senda
Sacan sus huevos del cubierto nido,
O del mar bebe el Iris, o dejando
Sus pastos denso ejército de cuervos
Con vuelo estrepitoso agita el aire
Y las aves del mar y las que viven
En los prados asiáticos que besan
Los tranquilos remansos del Caístro,
Zambullen sus cabezas y a porfía
Las verás cómo corren a bañarse
Y sus cuerpos remojan con mil juegos
Entonces la corneja malhadada
Sola en seco arenal con fuertes gritos
Pide la lluvia. Hasta el candil indica
A la moza que en vela mueve el huso,
El próximo aguacero, si el aceite
Chispea entre hongos que la mecha esponjan.

No menos ciertos signos te predicen
Que vuelve el sol y que serena el tiempo,
Pues ni velan su brillo las estrellas,
Ni cede a Febo en resplandor la luna
Ni vagan nubes como lana en copos.
No extiende al tibio sol en la ribera
Sus alas el alción a Tetis grato,
Ni el inmundo lechón con el hocico

Esparce las gavillas desatadas;
Mas las nieblas se bajan a los fondos
Tendiéndose en el campo, y la lechuza
Al ocaso del sol en alto techo
Repite su nocturna cantilena.
Ya aparece en los aires sublimado
Niso que acecha a Escila, en quien persigue
La traición del cabello purpurino.
Doquier ella volando corta el éter
Niso feroz con estridente vuelo
Enconado la acosa; huyendo Escila
Rápida corta el éter con sus alas.
Los cuervos mismos el sereno tiempo
Saludan con garganta más aguda
Con tres gritos o cuatro, y muchas veces
Entre las altas copas donde posan,
De insólita ternura rebosando,
Retozan con estrépito gozosos
De ver de nuevo tras pasadas lluvias
Sus dulces nidos y su tierna prole.
Y no se crea que un destello abriguen
De estro divino o previsor ingenio,
Sino que cuando cambia el tiempo móvil
Y el aire humedecido por el austro
Condensa los vapores o disgrega
Lo denso, igual mudanza afecta el alma,
Y siente el pecho afectos diferentes
De cuando los nublados barre el viento:
Por eso trinan las canoras aves
En los campos, retozan los ganados,
Y el cuervo dulcifica su graznido.
Si observas el sol rápido y las fases
De la luna, jamás noche serena
Te engañará sobre el cercano tiempo
Ni te sorprenderá el vecino día.
Cuando la luna a recobrar su brillo
Principia, si el creciente en densa niebla
Aparece velado, inmensa lluvia
Amenaza las tierras y los mares.
Si en virgíneo arrebol su faz colora,
Viento designa: al amagar el viento
Enrojécese siempre la áurea Febe.
Y si (augurio infalible) al cuarto día
Nace brillante y con agudas puntas,
El mes que seguirá noche tan clara
No turbarán las lluvias ni los vientos,
Y salvos en la playa los marinos
Sus votos cumplirán en los altares
De Glauco, Melicerta o Panopea.

También el sol certísimos indicios
Te dará, ya al salir por la mañana,
Ya cuando sumergiéndose en las ondas
A los astros menores cede el campo.
Si su disco al nacer manchas afean
Entre nubes que en partes lo dividen,
Teme la lluvia, pues amaga el Noto
Fatal a mieses, bosques y ganados.
Y cuando irradia luz amortiguada
Entre densos nublados, o la Aurora
Pálida deja el lecho sonrosado,
¡Ah! en vano cubrirá las tiernas uvas
El pámpano, pues hórrido en los techos
Saltará con estrépito el granizo.
Mas solícito observa cuando acaba
El sol de recorrer el firmamento,
Pues su faz muchas veces se colora
Con diversos matices: el cerúleo
Lluvias indica, y vendaval el rojo.
Si sus fuegos con manchas se salpican,
Verás vientos y lluvias desatarse
En temporal furioso, y en tal noche
Ni a mi barquilla soltaré la amarra
Ni me expondré al capricho de las olas.
Mas si su disco lúcido aparece
Al volvernos el día o al dejarnos,
No temas los nublados, pues las selvas
Mecerá pronto el aquilón sereno.
En fin, el sol te indica con señales
Qué tiempo lleva el astro vespertino,
Si el austro amaga lluvias, y qué rumbo
A las nubes serenas dará el viento.

¿Quién al sol osará tachar de engaño?
Él con frecuencia nos avisa el fraude,
Los desórdenes ciegos y las luchas
Que hirviendo sordas a estallar se aprestan.
Él también, cuando César expiraba,
De Roma se dolió su faz velando
En negra obscuridad que al siglo impío
Sumir amenazó en eterna noche.
Aunque entonces también dieron señales
Los mares y la tierra, los agüeros
De los perros, las aves no esperadas.
¿Cúantas veces se vió que reventando
Por sus rasgados cráteres el Etna
Ríos de fuego y peñas derretidas
Vomitaba en los campos Ciclopeos?
Resonar todo el cielo oyó Germania
Con estrépito de armas, y los Alpes
Conmovieron insólitos temblores.
Hasta en los mudos bosques se escucharon
Voces tremendas, y en obscura noche
Vagar se vieron pálidos espectros
De horribles formas, y ¡oh pavor! las reses
Hablaron, detuviéronse los ríos
Y abriéronse las tierras. En los templos
Triste llora el marfil, sudan los bronces.
El Erídano, rey entre los ríos,
Tronchando en remolino irresistible
Las selvas, por los campos se embravece
Y arrolla los ganados con sus hatos.
Tristes entrañas de ominosas fibras
Presentaban las víctimas entonces.

Ni cesó de manar sangre en los pozos,
Y de noche se oía en las ciudades
A los lobos aullar. Jamás cayeron
De cielo despejado tantos rayos,
Ni ardió tanto cometa pavoroso.
Así fué que otra vez vióse en Filippos
Huestes romanas con iguales armas
Combatirse, y los dioses permitieron
Que dos veces los campos dilatados
De la Emathia abonara nuestra sangre.
Tiempo vendrá que por aquellos sitios
El labrador hincando el corvo arado
Hallará consumidos por la herrumbre
Asperos dardos, o en vacíos yelmos
Tropezará con sus pesadas rastras,
Y en las abiertas hoyas con asombro
Aparecer verá huesos enormes.

¡Rómulo! ¡Dioses patrios! ¡Madre Vesta
Protectora del Tíber, tú que amparas
Los romanos alcázares! ¡dejadnos
A ese joven al menos que repare
Las ruinas de este siglo! Ya con creces
Nuestra sangre ha pagado los perjurios
Que Laomedonte en Troya nos legara.
Las mansiones celestes hace días
Que te envidian, ¡oh César! y celosas
Te miran triunfar entre las gentes.
¡Cuántas guerras el orbe ha presenciado!
¡Cuántas maldades! ¡la justicia hollada,
Sin honor el arado, sin cultivo
Los campos despoblados de colonos!
De corvas hoces rígidos machetes
Fórjanse, y guerra mueve por un lado
El Eufrates, por otro la Germania.
Rotos los pactos, arma la discordia
Pueblos vecinos, recrudece impío
Marte doquier. Así, cuando al lanzarse
Desde la valla, cuádrigas veloces
Devoran el espacio, en vano el guía
Las riendas tira que a su voz y al freno
Rebeldes le arrebatan los caballos.

EL LADRÓN DE MIEL

Los griegos, que en su mitología divinizaron las pasiones humanas y las fuerzas naturales, dieron al amor el nombre de Eros y le representaban en forma de un niño ciego y alado que llevaba un carcaj lleno de flechas. Eros era hijo de Afrodita, la diosa de la hermosura. La siguiente poesía de Teócrito se cita entre las más bellas que compuso, tanto por la forma como por el pensamiento.

UNA abeja maligna picó un día
A Eros que robaba la colmena,
Y le picó en la punta de los dedos.
Eros patea, grita, se lamenta,
Se sopla las heridas, y a Afrodita
Mostrando su dolor, llora y se queja
De que un ser tan pequeño y diminuto
Produzca unas heridas tan crüentas.

Y la madre, rïendo, dice al hijo:
—¿No eres tú semejante a las abejas?
Tú también, hijo mío, eres pequeño,
¡Pero qué heridas tan terribles dejas!

CONSEJOS DE NUSHIRVÁN MORIBUNDO A SU HIJO ORMUZ

El poeta persa Sadí (1184–1291) expone en los siguientes versos los sanos consejos dados por el monarca Nushirván, de la familia de los sasánidas, a su hijo Ormuz III, que sucedió a aquél en el trono de Persia.

CUANDO vió el rey Nushirván
Su postrer hora ya cerca,
Llamó a su hijo Ormuz al lecho
Y le habló de esta manera:

—« Del pobre, del infelice,
Sé, hijo, guarda, y no pretendas
Confinarte en las pesadas
Cadenas de tu indolencia.

» Nadie en tu dominio puede
Gozar de abundancia, mientras
No cuides de tu reposo,
Diciendo: « Esto me contenta.»

» Ni es sabio nunca aprobar
Que el pastor tranquilo duerma,
En tanto que el lobo astuto
El redil con ansia cerca.

» Hijo, ve, al mísero pueblo
Con tu protección alienta;
Que es de él el rey desde el punto
Que se ciñe la diadema.

» Las raíces son el pueblo,
Y el tronco el rey; considera
Que de las raíces saca
El árbol toda su fuerza.»

LA GOTA DE AGUA

La modestia, según Sadí, alcanza en ocasiones premios y honores que la realzan y encumbran a una elevación no soñada.

BAJABA, de las nubes desprendida,
Una gota a la mar, estremecida,
« ¡Cuánta agua! exclama. ¡Qué extensión!
Soy nada
Con esta enorme masa comparada.»
En tanto que ella con rubor se encoge,
Una concha en su seno la recoge,
La abriga, la alimenta de tal suerte,
Que en una hermosa perla se convierte,
Y ora brilla en la frente de un rey puesta.
¡Tal premio consiguió por ser modesta!

DE LA MALA INDOLE

EN un pecho enemigo
Nunca la amistad nace;
Y en derredor la acacia
Espinas duras trae.

De su contrario el sabio
No espera fe constante;
Que de hierbas amargas
No brotan las süaves.

Para formar alfombras
No usó de cañas nadie.
Contra naturaleza
No hay trabajo que baste.

Así, de aquel que tiene
Un maligno carácter,
No se esperen más frutos
Que perfidias y fraudes.

SADÍ.

DISCORDIA DEL CAMPO DE AGRAMANTE

El siguiente romance de Ludovico Ariosto (1474–1533), uno de los más grandes poetas de la literatura italiana, describe la famosa discordia del campo de Agramante, a la cual se suele hacer referencia para designar algún lugar lleno de confusión y desorden.

EN el real de Agramante
Que sobre París tenía,
Fuego ardiente de discordia
A más andar se encendía,
Y en los más robustos pechos,
Que en toda la tierra había;
Furia y saña están soplando
Con la soberbia a porfía:
El rencor echa la leña,
Y la venganza lo atiza;
Suben tan alto las llamas
Que por los ojos salían;
Reyes y príncipes moros
Atajarlo no podían,
Porque el fiero Rodamonte
Mortalmente desafía
Al valiente Mandricardo
Sobre la cuestión antigua
De la linda Doralice
Que a los suyos quitó un día;
Y Mandricardo a Rugero
Campal batalla pedía,
Sobre que el Águila blanca
No ha de traer por divisa;
Y Rugero a Rodamonte
Con grande furor pedía
Que le vuelva su caballo,
O que a morir se aperciba.
También demanda batalla
A Mandricardo Marfisa,
Porque se alabó por armas
De ganarla por amiga.
Los unos piden el campo,
Los otros lo concedían;
Sobre quién será primero
Nueva disputa se cría.
Nadie basta a concertallos;
Mas un medio se escogía:
Que entren todos cuatro en suerte,
A ver quién y quién serían.
Luego los nombres de todos
De dos en dos se escribían,
Y de un cántaro sacados,
Salieron de aquesta guisa:
Mandricardo y Rodamonte
La primer suerte decía;
Mandricardo con Rugero
En el segunda leían;
Rugero con Rodamonte
La tercera prometía,
Y la cuarta y la postrera
Con Mandricardo y Marfisa.
Ya les hacen la estacada,
Y de gente se cubría.
Ferraguto y Sacripante
Con el rey de Argel se iban,
Y Gradaso y Falsirón
Con el rey de Tartaría.
Métenlos en sendas tiendas
A donde armarse tenían.
Para los reyes y grandes
Un gran cadalso se hacía,
Y las reinas y las damas
A verlo también salían,
Y la linda Doralice,
Por quien esta lid se hacía,
De verde con encarnado
Hermosamente vestía.
Ya que estaban aguardando
Que los guerreros saldrían,
En la tienda del rey tártaro
Se oyera una vocería;
Y es que armándole, Gradaso
La espada le conocía,
Que es la rica Durindana
Que tanto alabar oía,
Y por ganarla a Roldán
En Francia pasado había.
Que se la dé le demanda,
O que le deje la vida,
Mandricardo de ira lleno

Le responde que haría
Sobre ello con él batalla
Si Rodamonte quería,
Y si no, dice el soberbio,
A entrambos la mantendría.
Rugero, que sabe el caso,
Que no quiere respondía,
Que si nueva lid pretende,
Primero la lid sería.
Gradaso la quiere luego,
Rugero la defendía:
Todos tres andan revueltos,
Crece la saña y la grita.
Llega Agramante a las voces,
Y en concordia los ponía,
Y hasta la lid primera,
Que la espada no se pida.
Ya que aquesto era acabado,
Se oyera gran vocería
Que Sacripante las armas
A Rodamonte ponía,
Y mirando atentamente,
Su caballo conocía,
Frontino, aquel que Rugero
A Rodamonte pedía,
Y pide que se le vuelva
La batalla fenecida,
Que él se le quiere prestar
Por la amistad que tenían.
Rodamonte oyendo aquesto
Contra el cielo se volvía,
Y a Sacripante a batalla,
Y aun al mundo, desafía.
Llega Agramante, y Gradaso,
Mandricardo y Ruger iban,
Y sabido todo el caso
En confusión les ponía.
Mas pretendiendo Agramante
Componer estas porfías,
Por la linda Doralice
Delante todos envía,
Y que a quien ella escogiera
De los dos que la querían,
Ese se quede con ella,
Y que el otro más no pida.
El de Argel y el de Tartaria,
Dicen que así lo querían,
Que el uno está confïado
Y el otro también confía.
Escogiera a Mandricardo,
Y Rodamonte se iba
Desesperado y furioso
Por la pérdida sufrida.
Sacripante tras él parte,
Que su caballo quería.
Entre Rugero y Gradaso,
Echan suertes, cuál haría
Con Mandricardo batalla,
Y a Rugero le caía,
Con que la haga Rugero
Por lo que a los dos cumplía,
Y fué la más brava y fuerte
Que visto jamás se había;
Donde mostrando Rugero
El gran valor que tenía,
Gradaso ganó la espada,
Perdió el tártaro la vida.

VIDA METÓDICA

El regocijado autor de « Una cena », Baltasar del Alcázar, explica en esta poesía a un amigo suyo el sistema de alimentación que observaba en la vejez.

Deseáis, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos a tantos daños,
Cómo me porto y sustento.

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el Sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,

Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y a quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.

Cuando el luminoso vaso
Toca en el meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso,

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.

Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,

Me suelen dar a comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen a su ser.

Luego me cierran la puerta;
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.

Hasta que, habiendo Sol nuevo,
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Voile puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

EL SONETO

En algún tiempo se consideró al soneto como una de las composiciones poéticas más difíciles. Lope de Vega se burla de esta supuesta dificultad en el siguiente, que expone con notable desembarazo la teoría y práctica de dicha combinación métrica.

UN soneto me mando hacer Violante,
Y en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen que es soneto;
Burla burlando, van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
Y estoy a la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

EL GANGOSO

En los comienzos de la Edad Moderna, y en especial durante la segunda mitad del siglo XV y todo el XVI, los piratas moros que infestaban el Mediterráneo hacían cautivos cuantos cristianos podían, y los maltrataban para obligarles a que compraran su libertad entregando por rescate cierta cantidad de dinero, la cual había de ser tanto mayor cuanto más prendas o habilidades tuvieran los cautivos. Calderón de la Barca cuenta el gracioso incidente que pasó entre un moro y un cautivo, a propósito del rescate de éste.

CAUTIVÓ un moro a un gangoso:
Y él, bien o mal, como pudo,
Se fingió en la nave mudo,
Por no hacer dificultoso
Su rescate; de manera
Que cuando el moro le vió
Defectuoso, le dió
Muy barato. Estando fuera
Del bajel, «Moro, decía,
No soy mudo: hablar no ignoro.»
A quien oyéndolo el moro,
De esta suerte respondía:
«Tú fuiste gran mentecato
En fingir aquí el callar:
Porque si te oyera hablar,
Aun te diera más barato.»

A LUCASTA, AL PARTIR PARA LA GUERRA

Esta breve composición de Ricardo Lovelace, poeta inglés (1618–1658), es notable por el noble y agudo rasgo del final.

NO me digas, amor, que soy crüel,
Pues dejo tu convento,
Tu casto corazón y tu alma hermosa,
Y hacia la guerra vuelo.

...Cierto, sí, voy en busca de otra dama:
Por ella al campo salgo
Con tan robusta fe, y llevo conmigo
Mi espada y mi caballo.

Y mira tú si es grande mi inconstancia
Que por su amor te dejo.
...No te quisiera tanto, vida mía,
Si amara mi Honra menos.

LA HORMIGA

Por el mero hecho de acompañar a personas de mérito que llevan a cabo obras de utilidad e importancia, se atribuyen muchos entremetidos una participación en las mismas, que no les corresponde. Tal es el caso de la hormiga de que habla la siguiente fábula del jesuíta y literato francés Pedro de Villiers (1648-1728).

EN los cuernos de un buey, que con fatiga
Tornaba de la agrícola faena,
Encaramada hallábase una hormiga.
—¿De donde vienes, de arrogancia llena?—
Otra le dice:—¿Que de dónde vengo?
¿Es posible lo ignores, prenda hermosa?
Venimos de labrar; y te prevengo
No repitas pregunta tan ociosa.

—Abundan, por desdicha, entrometidos
En todo así, de idéntica manera;
De tan vana importancia poseídos,
Cuando más el callarse les valiera.

LA OSA Y SU HIJO RECIÉN NACIDO

Nadie debe impacientarse por males que parecen irremediables, pues a veces los cura el tiempo. Así lo enseña la siguiente fábula de Fenelón, ilustre prelado y escritor francés, autor de las famosas « Aventuras de Telémaco ».

TUVO un hijo cierta osa,
Horrible de modo tal,
Que era en vez de un animal,
Informe masa espantosa.

Con dolor y abochornada
Su madre, al ver su figura,
A consultar se apresura
A una corneja afamada.

Vecina suya vivía,
Sobre un árbol, obteniendo
Que por su pico estupendo
La aplaudiesen a porfía.

—¿Qué he de hacer, cara comadre,
De este monstruo? le dijera.
Estrangularle quisiera,
A pesar de ser su madre.—

—¡Guárdate bien! dijo así
La locuaz en el instante.
Con angustia semejante
A más de una madre vi.

Vete, pues: cuida a tu hijo,
Que él llegará a ser hermoso.
Con el tiempo será un oso
Que honrarte podrá de fijo.—

A la corneja creyó
La madre, que cuidadosa,
Desde entonces, digna osa,
A su hijo alimentó.

En fin; la deforme fiera
Se compuso, y fué su madre
A expresar a su comadre
Las gracias de esta manera:

—A no verme contenida
En mi impaciencia por ti,
Hubiera ahogado ¡ay de mí!
Al encanto de mi vida.

—No más a funestos males
Que impiden el bien, te des:
De la impaciencia ve, pues,
Los resultados fatales.

LA CONSTANCIA

AUNQUE en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos
Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;

Aunque la ciega confusión envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva,

No desfallece ni es ve oprimido
Del varón justo el ánimo constante,
Que su mal como ajeno considera;

En la mayor adversidad sufrido,
La airada suerte con igual semblante
Mira seguro y alentado espera.

JUAN DE ARGUIJO.

LAS ESTACIONES

VIERTE alegre la copa en que atesora
Bienes la primavera; da colores
Al campo y esperanza a los pastores
Del premio de su fe, la bella Flora;

Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora;

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luego el invierno en su rigor se extrema.

¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

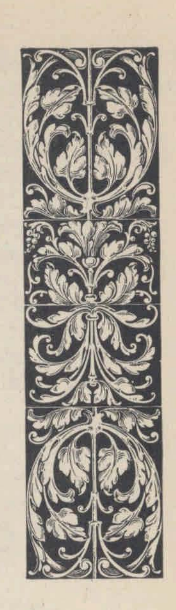
JUAN DE ARGUIJO.

EL JABALÍ Y EL GAMO

Conviene prevenirse a tiempo contra las embestidas de probables enemigos—dice la siguiente fábula de Enrique Richer, literato francés que adquirió gran fama con este género de composiciones (1685-1748).

CONTRA un añoso pino
Afilaba sus dientes
Un jabalí.—No veo
El objeto que lleves
En ese alarde—un gamo
Le dijo,—pues que tienes
Defensa tal. Preciso
Que no se halle muy fuerte
Tu razón. ¿Por ventura
Algún peligro temes?
Ninguno te amenaza.
Si a ti cercano vieses
Un oso o algún lobo,





ANÍBAL

ANÍBAL JURA ODIO ETERNO A LOS ROMANOS



Comprendo que eso hicieses.
—¡No sigas; calla! Hablaste
Lo mismo que un imbécil—
Respóndele enojado
El jabalí prudente.—
Lo que yo hago es debido;
Me prevengo. Si viese
De súbito algún lobo
Dispuesto a acometerme,
¿Sería ocasión entonces
De preparar mis fuertes
Y agudas armas? ¡Necio
De mí, si tal hiciese!

—De antemano el discreto,
Los riesgos de la suerte
Previendo, se prepara
A todo, y no imprudente
Espera que a sus puertas
El enemigo llegue.

ANÍBAL

Los principales episodios de la vida de Aníbal, célebre general cartaginés que llegó a ser el terror de Roma, son el asunto de los tres sonetos que siguen, de Carlos Inocencio Frugoni, poeta italiano contado entre los primeros de su tiempo (1692–1768).

I

Juramento de Aníbal

APENAS leve bozo era ornamento
En el ardiente joven africano
Cuando en el sacro altar puesta la mano
Profería el horrible juramento.

Deidades evocaba ciento a ciento
Al retar la braveza del romano;
Los justos dioses evocaba en vano;
La evocación se la llevaba el viento.

Pero si hubiese visto, torvo y crudo
El ademán, y oyera el hablar franco
De quien al brazo no llevaba escudo,

Y de espada mostraba el cinto manco,
Roma temblara, cual si ya desnudo
El hierro ardido le pasara el flanco.

II

Aníbal en los Alpes

El yelmo retiró a su frente bruna
Sobre los Alpes, el feroz guerrero,
Cuya triunfante militar fortuna
Resplandecía en su semblante fiero.

Las provincias de Italia, una por una,
Miró, y al recordar su odio primero
Sonrió maligno, no juzgando alguna
De ellas segura a su homicida acero.

Pensativo después, viendo delante
La ardua conquista que atrevido emprende,
Mudo el labio, la diestra fulminante,

Siguiendo al Genio que en valor le enciende,
Con la ira y la venganza en el semblante,
Terror de Ausonia y la ciudad, desciende.

III

Aníbal en Capua

¿Dejas que el Ocio, asida de la mano
Con faz risueña la Indolencia amiga,
Del yelmo te desnude y de loriga
Sienes y pecho, bárbaro africano?

Torva te muestra por tu hogar liviano
Oprobio vil la militar Fatiga.
El triunfo en la tardanza tu enemiga
Pierdes, a triunfos escogido en vano.

Burlado invoca el mal jurado cielo
La alta Promesa. Fabio en la montaña
Su patria aspira a redimir valiente.

¡Ah! ve cuál tuerce la Victoria el vuelo;
Y cuál, ardiendo, también ella, en saña,
Te arranca el lauro en que ciñó tu frente.

EL ESTATUARIO Y SU AMIGO

La falta de méritos y de valer se ponen tanto más de manifiesto cuanto más elevada es la posición. Este pensamiento se halla gráficamente expresado en el siguiente apólogo del abate Guillermo Lemonnier.

UN artista ignorante,
Con cincel, no el de Fidias, por más señas,
Una estatua de Júpiter tonante
Hizo audaz, con tan malas proporciones,
Tan anchas y pequeñas,
Que más bien era el dios de los lapones.
Cierto amigo juicioso, lo imperfecto
Le observó de su obra, y en su fatua
Vanidad el bodoque,
Creyendo corregir tan gran defecto,
En alto pedestal puso la estatua.
—Mientras más elevada se coloque,
Así el amigo con lealtad se explica,
En vez de engrandecerse, más se achica.
Hiciste como un rey que a un ser obtuso,
A un rüín que sin mérito se hallaba,
Porque brillase más, honras le daba,
Y en alto puesto de su corte puso,

LA ZORRA

El docto escritor alemán Gotthold Efraím Léssing (1729–1781) enseña en la siguiente fábula que ciertos favores se pagan caros.

CORRIENDO por un breñal
Una zorra, perseguida,
Tuvo que salvar su vida
Arrojándose a un zarzal.

—¡Qué auxiliares hay ogaño!—
Exclamó llena de juicio.—
No hacen nunca el beneficio
Si no le acompaña el daño.

EL RUISEÑOR Y LA LUCIÉRNAGA

El poeta inglés Guillermo Cowper (1731–1800), que sobresalió por su gran originalidad y amor a la Naturaleza, inculca en este apólogo los beneficios y excelencias de la paz.

UN incansable ruiseñor que un día
Llenó toda la aldea
Con sus plácidos trinos de alegría,
Sin cesar en su canto
Ni aun al faltar la luz que el sol envía,
Ni de la noche al extenderse el manto;
A sentir comenzó de un modo vivo
Y a la vez exigente,
El aguijón activo
Del hambre, que demoras no consiente.

De súbito advirtió, no muy distante
Y en medio de las sombras,
En la tierra sin duda algo brillante.
Sus vagos resplandores
Le hicieron conocer que allí se hallaba
Una inerme luciérnaga. Bajando
De la cima del árbol do posaba
Y lució de su acento los primores,
Dirigióse a aquel punto luminoso,
Del insecto hacer presa ambicionando.
La víctima inocente
Su destino previendo, lastimoso,
Este discurso pronunció elocuente:
—Si admirases en mí la luz süave
Del mismo modo que tu canto admiro,
Igual horror sintieras, como un ave
Generosa y sensible,
A hacerme daño alguno,
Cual yo a la vez con sentimiento miro
Que quizás con envidia inconcebible
Tus trinados censure el importuno.
Porque sábelo bien: de igual manera
Aquel mismo poder divino y alto
Que a cantar te enseñó, mi luz brillante
A esparcir me enseñó por dondequiera,
A fin de que los dos, tú melodías
Con tu canto de mágica dulzura,
Y yo al par con mi luz, más humildoso,
Con anhelo pudiéramos constante,
A un tiempo embellecer la noche oscura

Este discurso el ruiseñor canoro
Aprobó, renunciando a sus deseos,
Con los dulces gorjeos
De su pico feliz, pico de oro.
Dejando a la luciérnaga instruída,
Según la historia cuenta,
Halló en otro lugar el ave hambrienta,
Sin dañar a otro ser, larga comida.
—¡Oh vosotros! aquellos que en constantes,
Inútiles contiendas,
De hallar la paz querida estáis distantes,
Esta fábula al fin pueda enseñaros
A conocer del bienestar las sendas,
Los verdaderos intereses caros.
Ella a un tiempo os enseñe
Que jamás guerra impía
De hermano contra hermano así se empeñe;
Que en vez del uno al otro con locura
Devorarse a porfía,
Su misión es, plácida armonía,
Bien cantar o esplender mientras que dura
De aqueste suelo en la fugaz presencia,
La noche de la mísera existencia,
Sabiendo cada cual justo respeto
Tributar en sus mutuas condiciones,
De la natura y de la gracia, siempre
En benéficas paces, a los dones.

El cristiano más digno de tal nombre
Es aquel cuyos nobles pensamientos,
Cuyos actos que indican cuál del hombre,
De Dios imagen, son los sentimientos,
Con afán incesante
A la paz se encaminan, de ella amante;
La paz, deber y recompensa grata
Del que arrastrando por la tierra vive
O audaz vuelo describe,
Y de elevarse hasta las nubes trata.

EL ROBLE

Cuando los poderosos caen, la ruina hace resplandecer mejor la grandeza que poseyeron. Léssing pone de relieve la anterior verdad en este ejemplo, del gigantesco roble derribado por el aquilón.

DE sus antros profundos
El aquilón furioso,
En una noche oscura
Al son del trueno ronco,
Lanzóse por los campos

Causando mil destrozos.
Creciendo en ira, a un roble
Altivo, con sus soplos
Al fin, no sin esfuerzos,
Quebró el robusto tronco.
Cedió el árbol que ha siglos
Vivir pudo en reposo
Y su pesado cuerpo
Estremeció bien pronto
La tierra, que sembrada
Se vió de algunos otros
Arbolillos que fueron
Arrastrados al sordo
Rumor de la caída,
Del vencido coloso.
Cuando vino la aurora,
Dejó su cueva un zorro,
Y viendo esta tragedia
Con espanto, y atónito,
Así exclamó:—¡Qué árbol!
Gigante era, y con todo
Jamás cuando a los cielos
Alzaba vanidoso
Su frente audaz, tan grande
Apareció a mis ojos.

EL JUEGO DEL TEJO

«A todo hay quien gane», reza un dicho vulgar, y ese es precisamente el pensamiento que expone a continuación Juan Luis Aubert, notable fabulista y crítico francés (1731–1814).

CIERTO tejo lanzado con destreza,
Cual un rayo partiendo, a parar viene
Cercano al blanco, y juzga con presteza
Que tal sitio no es malo y le conviene,
Sin temer haya alguno más certero;
Cuando se ve muy pronto repasado
Por otro, y después por un tercero,
Que a su vez acertado,
Aventajando a todos, más se ufana;
Pero un cuarto lanzándose oportuno
El mismo blanco toca, y cual ninguno
Con fortuna en el juego, entonces gana.

—Lo mismo entre los hombres acontece
Sin cesar en la vida.
Hacia el objeto aquel que se apetece,
Más o menos lejano,
Corremos con un ansia desmedida.
El que piensa tocarlo desde luego,
Suplantado es en breve, porque es vano
Así luchar contra el destino ciego.
Tal se ve: del lugar que se ambiciona,
El último por fin se posesiona.

DIÓGENES Y EL ESCLAVO

Cuenta Pfeffel en estos versos, que el célebre filósofo Diógenes, después de sufrir los desdenes y desprecios de personas de elevada posición social, halló al fin el hombre que buscaba en Atenas con su linterna, en la persona de un esclavo generoso y caritativo.

ATENAS, la ciudad de alto renombre,
Diógenes sin tregua recorría,
Linterna en mano, en la mitad del día,
Con empeño tenaz, buscando un hombre.

Al pasar cierta vez cerca del templo
Que alzó a la Caridad el pueblo sabio,
Halló a un grave pontífice, y su labio
De su virtud le demandó un ejemplo.

—Un óbolo no más negar no es justo
Al pobre viejo, sacerdote pío.
—Mi bendición te bastará, hijo mío—
Respondióle, y se entró en el templo augusto.

Ante una tienda se detuvo luego,
De objetos de gran lujo, y sin demora
Allí a una joven, linda compradora,
También alzó el filósofo su ruego.

—Para llenar vuestros caprichos tantos,
Gastáis con profusión; pues que eso hacéis,
¿De este mísero hambriento otorgaréis
Vuestra piedad, señora, a los quebrantos?

—A la verdad—le respondió la hermosa,—
Que tu miseria a compasión me mueve.
Cómprate un pan que reanimarte debe.
Y una moneda le arrojó piadosa.

Hasta doce de plata dió en seguida
Por un collar para su can mimado.
El cínico alejóse preocupado,
Con su linterna célebre encendida.

De Salamina el príncipe pasaba
En su espléndido carro: ante el altivo,
Corrió a agarrarse del dorado estribo
Diógenes, a un tiempo que exclamaba:

—¡Detente! ¡Escucha! Tu piedad demando,
¡Oh, el hijo de los dioses!—¡Calle el necio!
¡Aparta!—contestóle con desprecio,
El hombre aquel,—o que te azoten mando.

Un esclavo infeliz, que al indigente
Vió arrostrar el desdén del poderoso,
Dos monedas al punto silencioso
Puso en sus manos humildosamente.

Entonces, pues, con emoción interna,
—¡Un hombre, oh dioses, de encontrar acabo:
Y este hombre no más es un esclavo!—
Dijo el sabio, apagando su linterna.

LA LUCIÉRNAGA

La envidia no puede soportar el brillo del mérito, y así no perdona medio de eclipsarlo y destruirlo. Pfeffel presenta este pensamiento en la siguiente poesía.

CIERTA luciérnaga un día,
No sospechando en verdad
La süave claridad
Que en torno suyo esparcía,

Por el césped florecido
Se arrastraba: un sapo odioso
De su musgo cenagoso
Se deslizó sin rüido.

Rápida a aquélla corriendo,
Con su veneno la ahogó.
—¡Ay! ¿qué daño te hice yo?
Dijo la pobre muriendo.

Y tornando al sucio lodo,
Con placer vil y profundo
Contestóle el sapo inmundo:
—¿Por qué brillas de ese modo?

EL ESQUILÓN

Contra los proyectistas vanidosos, que no saben ejecutar lo que prometen, va esta fábula, de Andrés Gretry (1741–1813).

—YO soy quien todo lo arregla
En esta casa, decía
Un esquilón, que llamarle
Campana fuera injusticia.
Yo soy quien sacude el sueño
Del sirviente, quien avisa
Que al taller llama el trabajo
Al obrero, y le designa
El momento en que al reposo
Ha de entregarse, solícita.
Jamás me encuentro yo ociosa:
Puntual y siempre fija
A los señores indico
El momento que en familia
Deben gozar los placeres
De una mesa bien servida;
Y a los domésticos, nunca
Tan obedientes, la misma
Ocupación les advierto
Que han de cumplir en seguida.
Con mi voz solemne anuncio
Las elegantes berlinas
Que traen las gentes de tono
Que a mis señores visitan.
Yo soy... En fin, fuera cosa
De no acabar. Soy precisa
A todos: son mis funciones
Importantes y utilísimas.
—¡Silencio! le dijo un gato
Que oyó su charla. A fe mía,
Sin la mano que te mueve
Fueras muda. Nunca digas
Que mandas: sólo obedeces.
En lo que vales te estima.
Sé en adelante discreta,
Y no orgullosa y altiva.
—Tal se dice con audacia
Quien algún proyecto indica,
Que por lo útil es fácil
Que otros muchos lo conciban,
E incapaz de ejecutarlo,
Con jactancia desmedida,
De ser su autor se infatúa,
Tan sólo moviendo a risa.

LOS TRES AMIGOS

TUVO un hombre tres amigos,
Y no es gran cosa tener
Tres seres a quien hacer
De nuestra dicha testigos.

Yo no sé por qué razón
Mientras a los dos quería,
El tercero no tenía
Gran sitio en su corazón.

Pues fué acusado una vez
De un crimen: y aunque inocente,
Tuvo necesariamente
Que presentarse ante el juez.

No era bien, por vida mía,
Ir solo; así lo creyó
Y a sus amigos rogó
Que le hiciesen compañía.

El primero, con razones
De más o menos valer
Se excusó por no tener
En su casa desazones.

El segundo al tribunal
Aunque reacio llegó;
Mas sin entrar se volvió,
Temeroso de algún mal.

El otro, que fué aquel día
Con el que menos contara,
Por ser su amistad muy rara
Y de poca simpatía,

Entró con él; y de un modo
Habló con tanta elocuencia,

Que el juez, viendo su inocencia,
Le absolvió al punto de todo.

Y no tan sólo perdón
Obtuvo, sino que el juez
Creyó que era aquella vez
Justicia un buen galardón.

Y así, juzgando en conciencia,
Galardonó al acusado:
Que el juez se siente obligado
Cuando es mayor la inocencia.

....

Tiene el hombre, a no dudar,
Tres amigos de interés:
¿Cómo se portan los tres
Cuando el hombre va a expirar?

El dinero es el primero
Que en el sepulcro le deja;
Porque allí no se maneja
El no ser con el dinero.

Los parientes en tropel
Le acompañan con dolor,
Hasta que el enterrador
Se entiende a solas con él.

El otro amigo el que cuida
De su afecto en un mal paso,
Aquel de quien no hizo caso
En los trances de la vida,

Aquel que con consecuencia
No le causa nunca enojos
Y entorna al morir sus ojos,
Es, *una recta conciencia.*

JUAN HÉRDER.

ASTUCIA DE UN SOLDADO

Suele decirse que la necesidad aguza el ingenio, y así lo confirma el chistoso cuento que sigue, del poeta español Francisco Gregorio de Salas.

POR el reino de Galicia
Un soldado caminaba,
Y llegando a un lugarcillo,
Entró alegre en la posada.
Preguntó a la mesonera
Que qué de comer le daba:
Y ella le dijo que en todo
El lugar no había nada;
Y el soldado replicó
Con astucia y con cachaza:
« ¿Habrá algunos guijarritos
De aquellos que hay en el agua
De ese arroyo que se ve,
Que cerca del lugar pasa? »
« Eso, señor, a montones,
Respondió; pero ¿qué saca
Para comer de que yo
Vaya ahora y se los traiga? »
« Es que yo, dijo el soldado,
Tengo el secreto y la gracia
De cogerlos y ponerlos
Más sabrosos que unas natas;
Y yo le enseñaré a hacerlo.»
Alegre como una pascua
La sencilla mesonera
Fué por ellos, con el ansia
De enriquecerse con cosa
Que tanto le acomodaba.
Trajo una buena porción;
Y el soldado preguntaba:
« ¿Hay aceite ? » « Sí, señor.»
« ¿Hay huevos y pan en casa? »
A todo dijo que sí:
Y el buen soldado, con maña,
Hizo de todo una sopa
Y se la comió con gana.
Y viendo la mesonera
Que los guijarros dejaba
Y lo demás se comía,
Le dijo muy admirada:
« ¿Por qué dejáis los guijarros? »
Y él la respondió con gracia:
« Esos se dejan después
Que ya han dado la substancia.»

LA ALONDRA, EL JILGUERO Y EL CANARIO

La inconsciencia de los males disminuye el padecimiento que causan, pero al mismo tiempo empeoran la condición de los desgraciados, condenándolos a no hacer esfuerzo alguno por salir de su estado. Así lo enseña Goethe.

EN una gran pajarera
Muchas aves diferentes
Una vez juntas vivían
Entre ramas y hojas verdes.
Una alondra a un jilguerillo
Que volaba alegremente,
—¿No sabes, dijo, que estamos
En una jaula perennes
Prisioneros?—Amiguita,
¿A qué jaula te refieres?
Responde el ave. ¿Hay acaso
El menor inconveniente
Para que entrambos volemos
De un lado a otro? A quien tienen
Cautivo sin duda alguna
En una jaula, es a ese
Vecino nuestro, el canario.
¡Pobre! Lo está ciertamente.
—Te repito que lo estamos
Los dos de la misma suerte.
¿Del enrejado el alambre

No ves que aquí nos retiene?
—En efecto: estoy conforme;
Mas repara que aunque lleve
Cuan lejos pueda mi vista,
A otro lado que no éste,
No encuentro ese alambre.—¡Es claro!
Sólo de un lado ver puedes.
—Lo mismo que tú.—No obstante
Observar, amigo, debes
Que nuestro dueño que un día
Y otro a llenarnos viene
El bebedero, y del grano
Nos provee, si no supiese
Que en vano marchar podíamos,
Encerrados aquí siempre,
Donde quisiéramos, cierto
No lo haría.—¡Sigo en mis trece!
Te repito que a mi antojo
Vuelo aquí: no me convences.

Mucho duró esta disputa:
No acabara, si no fuese
Porque el canario exclamó
En su nido de esta suerte:
—Si no podéis afirmar,
Compañeros inocentes,
Si estáis o no en una jaula,
Es cual si no lo estuvierais.

EL COCODRILO Y EL LAGARTO

Con intencionado y gracioso humorismo búrlase de los aduladores en este apólogo Aurelio Bertola de Georgi, poeta italiano (1752-1798).

CONTABA mi abuelita,
Que un pequeño, raquítico Lagarto,
A un Cocodrilo enorme que a la orilla
Del sacro Nilo estaba reposando,
Le dijo un día:—¡Qué placer tan vivo
Me embarga ¡voto al chápiro!
Al ver en mi vejez con estos ojos,
En país tan hermoso y renombrado,
Uno de mis queridos nietezuelos,
Tan fuerte y poderoso, tan gallardo!
Centenares de leguas he corrido,
¡A fe de buen Lagarto!
Por ver un descendiente tan ilustre,
Un descendiente que me honra tanto.
Nosotros, es verdad, por entre yerbas,
Y por entre guijarros,
Y por las hendeduras de la tierra
Nuestro vientre blanquísimo arrastramos;
Mas nuestra pura, nuestra antigua sangre,
Prueba que somos de una raza vástagos.—

El señor Cocodrilo,
Poderoso señor, rey de los Saurios,
Tendido cuan largo era,
Pesadamente hallábase roncando;
Así es que no entendió, según parece,
Los lindos cumplimientos del Lagarto.
Con todo, abrió los ojos,
Cuando su buen pariente hubo acabado,
Y le dijo:—Qué dices?
Explícate, gusano.—

El lagarto replica...
Quiero decir *que hubiera replicado,*
Pero antes que pudiera
Decir una palabra,
Don Cocodrilo estaba ya roncando.

LA ARAÑA Y EL GUSANO DE SEDA

El siguiente apólogo de Antonio Francisco de Le Bailly, literato francés, coincide en fondo y forma con el dicho vulgar, pasado a proverbio, «mucho hilaba la araña; así iba ello», y significa que todas las cosas hechas de prisa suelen salir defectuosas.

DE un gusano de seda
Burlábase una araña.
—¡Pardiez! así decía,
Es mucha tu cachaza:
En todo lo que haces,
Sin duda un siglo tardas;
En cambio, mira el tiempo
Que empleo, sin tu calma,
En tender sobre el muro
Mis telas delicadas.
—Verdad, dijo el gusano,
Es cierto, amiga araña;
Mas son tus telas frágiles,
Cual hechas de batalla.
A más, después de todo,
¿De qué sirven? De nada.
Si es lento mi trabajo,
Es útil y se alaba:
Es poco, mas bien hecho.
Envidia, pues, mi calma.

EL GAÑÁN Y EL GATO

Antes de evitar un mal, hemos de pensar si el medio que empleamos no agravará aquél en lugar de remediarlo; porque de otro modo corremos el peligro de que nos suceda lo que al gañán de esta otra fábula de Le Bailly.

UN gañán de cholla falto,
En un armario tenía
Un queso: oyó lo roía
Un ratón: con sobresalto,
Para evitar tal exceso,
Allí su gato metió:
El gato al ratón comió,
Pero también comió el queso.

EL FILÓSOFO EGOÍSTA

El aislamiento a que conduce el egoísmo es, según Schíller, opuesto a la mutua comunicación y enlace que la Naturaleza ha establecido entre todos los seres.

¿HAS visto al débil niño,
Ignorante del bien que le calienta
Y le mece la cuna con cariño,
Ya sobre un brazo la cabeza asienta,
Ya sobre el otro brazo,
Hasta que la pasión, con fuerte lazo
Aprisiona su esencia,
Y al mundo le revela su existencia?

¿Has visto tú a la madre tan constante
Velar por el infante,
Y a costa de su sueño
Lograrlo a su pequeño;
Sólo por su inquietud mostrarse inquieta;
Y nutrir de su vida
Una existencia en todo tan querida
Que en un afán se cifra y se completa?

¡Ah, tú blasfemas de esta gran natura
Que en la imagen del niño y de la madre
Lo mismo da que recibir procura,
Y por necesidad subsiste y vive!
Quieres bastarte; en vano substraerte
Á la fuerte cadena
Que a todos circunscribe,
Y en dulce confïanza y lazo fuerte
Uno a otro nos liga hasta la muerte.
Solo quieres estar, solo y proscrito,
Sin que la acción de los demás recibas;
¡Cuando el mismo infinito
No es más que trabazón de fuerzas vivas!

SENTENCIAS DE CONFUCIO

Schíller hace suyos y encarece en esta composición los siguientes consejos de Confucio sobre la manera de considerar el tiempo, pasado, presente o futuro.

EL tiempo de tres modos se presenta:
El porvenir arrástrase pausado;
Cual flecha rapídisima se ausenta
El presente, y estático el pasado
Para siempre pacífico se asienta.

Y el ansia, cuando él tarda, no acelera
Su paso; ni la duda ni temores
Oblíganle a pararse en la carrera
Cuando él nos esquiva; ni dolores,
Ni llanto, ni ningún encantamiento
Detiene su incesante movimiento.

Si quieres ser dichoso, y sabiamente
Feliz pasar la vida tú deseas,
Al futuro que pasa lentamente,
Nombra tu consejero; nunca veas
En él un instrumento complaciente;
No tomes al pasado por amigo,
Ni al presente jamás por enemigo.

PENSAMIENTOS

Estos pensamientos, de Schíller, se recomiendan por su elevación moral y el profundo conocimiento que el autor manifiesta tener del corazón humano.

CENIT Y NADIR

DONDEQUIERA que te vayas,
Tu nadir y tu cenit
Atravesando la esfera
Con el cielo te han de unir.

La voluntad toque al cielo
Comoquier que obres aquí,
Y por el eje del mundo
Tus actos podrán subir.

EL NIÑO EN LA CUNA

¡Niño feliz! La cuna te ofrece holgado lecho.
¡Cuando hombre, el ancho mundo encontrarás estrecho!

GENERACIÓN ACTUAL

¿Fué siempre como ahora?
¿Qué raza, qué raza es ésta
En que la vejez es joven,
Y la juventud es vieja?

A LOS LEGISLADORES

Creed que siempre el hombre
Quiere en común lo justo;
Pero en lo que le es propio
Es egoísta adusto.

LA FUENTE DE LA JUVENTUD

Creedlo, que no es fábula; la fuente que remoza,
Como manaba, mana,
Y eterna manará.

¿Que dónde el raudal fluye? Donde la Poesía
Con el Arte se hermana,
Allí la fuente está.

LA APARICIÓN MÁS HERMOSA

Si no has visto la hermosura
Donde vive el sufrimiento,
Nunca viste la hermosura.

Si no has visto la alegría
En rostro bello y contento,
Nunca viste la alegría.

LA CAMPANA Y EL BADAJO

ERA el orgullo de la obscura aldea
  Una nueva campana
Que a todos con su estrépito aturdía
  Y lejos resonaba.
El cura se juzgaba casi obispo
  Y rey de la comarca,
Cuando a vísperas ya, cuando a maitines,
  El badajo atronaba.
Al médico, tapando las orejas,
  Engreía esta alhaja;
Mas cierta vez que el sacristán fornido
  Una boda anunciaba,
Voló en pedazos el sonoro bronce;
  Sencilla fué la causa:
Su inhábil fundidor pensando sólo
  En que así resonara,
No calculó la dimensión absurda
  Que a aquel badajo daba.
El pájaro de hierro enmudecido,
  Así rompió su jaula.

—Pigmeo que piensas parecer gigante
  Si hueca la voz alzas;
Los que al éxito lleva de un momento,
  Vocinglera la fama;
Juglar que aturdes al que a ti se acerca
  Con tu importuna charla;
Joven precoz que en tus principios eres
  Fenómeno que pasma;
¿De qué sirve ese brillo estrepitoso?
  ¡En verdad que de nada!
El badajo es seguro que no tarde
  En romper la campana.

LEÓN HALÉVY.

ANGÉLICA

La dulzura, la delicadeza, una imaginación rica y un sentimentalismo ingenuo, son las dotes que avaloran la siguiente poesía de Selgas.

EN religioso silencio,
  En calma triste y profunda,
Praderas, montes y valles
Ni suspiran, ni murmuran.
Coros de blancas estrellas
Brillan con luz moribunda;
Otras allá en Occidente
Se desvanecen confusas.
El alba apenas sonríe,
Velando mal su hermosura
El casto velo que bordan
Ligeras franjas de púrpura.
La brisa vuela impaciente,
Tímida, indecisa y muda,
Y ni las hojas agita,
Ni el hondo silencio turba,
Y más el alma la siente
Que los oídos la escuchan.

II

  Sobre sus tallos dormidas
Dulces las flores se arrullan,
Y en leves ondulaciones
Con suavidad se columpian.
Despierta una flor, y alzando
Al cielo la frente pura,
En éxtasis inefable
Las lozanas hojas junta;
Y del pudoroso seno
Brotando la esencia oculta,
Manda a la aurora el suspiro
De su amor y su ternura.
Entonces, maravillosa,
Sobre su frente fulgura
Una gota de rocío
Con que el alba la saluda:
Perla que baña sus hojas
Y el tierno cáliz fecunda.

III

  La clara luz de la aurora
Prados y valles inunda,
Arroyos, auras y flores
Puros acentos modulan.
La tierna Angélica muestra
Tan delicada frescura,
Que es por lo hermosa la reina
De aquella pradera inculta.
Las flores todas la miran,
Las mariposas la buscan,
Las auras en ella sola
Sus blandas alas perfuman,
Y porque sus ondas bese
La fuente a sus pies murmura,
Ofreciéndole en tributo
Sueltos encajes de espuma.
La flor sonríe, se inclina,
Y entre el follaje se oculta.

LA MODESTIA

POR las flores proclamado
  Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio a su reinado
Al nacer la primavera.

  Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y había en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque también era uso,
Quiso una flor para esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vían
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la yerba menuda.

Y por si el regio esplendor
De su corona le inquieta,
Pregúntale con amor:
—« ¿Cómo te llamas? »—« Violeta,»
Dijo temblando la flor.

—« ¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey a elegir esposa? »

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró, y dijo:—« Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

—« Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

José Selgas.

EL MANANTIAL

El célebre novelista y moralista ruso León Tolstoi (1828–1910), expone en el siguiente apólogo una hermosa máxima de desinteresada abnegación.

Entre espadañas, mirto y romeros,
En calurosa tarde estival,
Hicieron alto los tres viajeros
Ante las aguas del manantial.

Robles gigantes le daban sombra,
Césped florido formaba alfombra
Junto al venero murmurador,
Y el agua clara, corriendo pura,
Prestaba al campo dulce frescura,
Hojas al árbol, vida a la flor.

Su sed calmaron los caminantes.
Y a los fulgores agonizantes
De la serena tarde estival,
Escrita vieron esta sentencia:
« Procura siempre que tu existencia
Sea como el agua del manantial.»

—No es mal consejo—dijo el más mozo,—
Y al comprenderlo siento que el gozo
Llama a las puertas del corazón;
Como el arroyo se trueca en río,
Correr el hombre debe, y con brío
Hacerse grande por la ambición.

—Es buen consejo—dijo pausado
Otro viajero grave y honrado;—
Hay que ser puros para vencer;
Como las fuentes son las criaturas,
Y almas y linfas han de ser puras
Si cual espejos han de esplender.

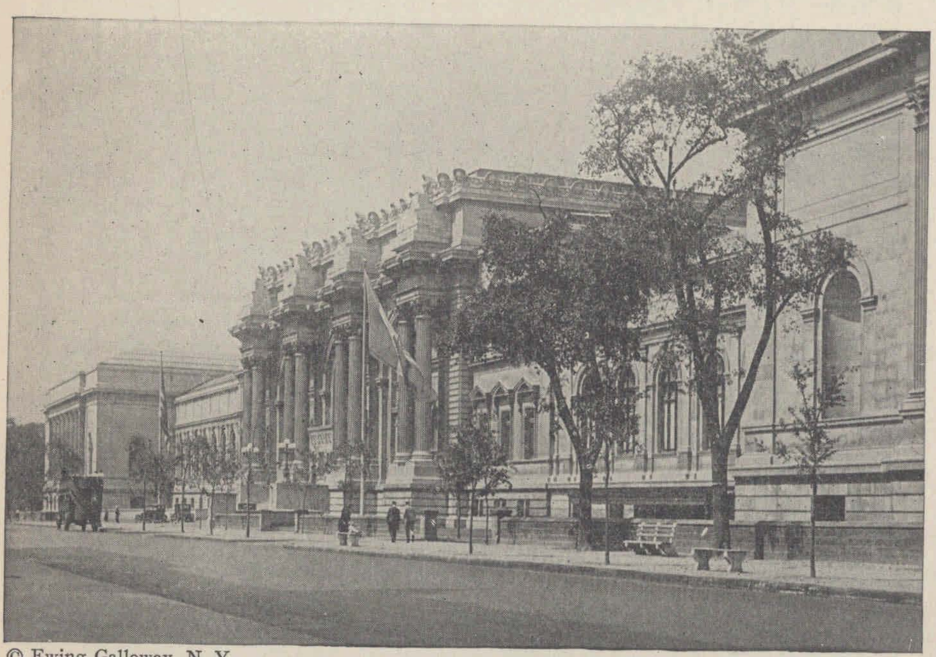
—¡Noble enseñanza! ¡Sabio consejo!—
Dijo el viajero caduco y viejo;—
La sed templemos y, en odio al mal,
El bien hagamos con ansia inmensa,
Sin esperanzas de recompensa...
¡Como las aguas del manantial!



6351

© Ewing Galloway, N. Y.

El Parque Central de Nueva York, con el lago y la casa de botes.



© Ewing Galloway, N. Y.

El Museo Metropolitano de Artes, de Nueva York, guarda una de las más hermosas y completas colecciones artísticas de América.

UNA VISITA A NUEVA YORK

VAMOS a hacer una visita a Nueva York y su puerto, que es el más grande del mundo. Llegamos a Nueva York por mar, y, naturalmente, es el puerto lo primero que solicita nuestra atención.

UNO DE LOS PRINCIPALES PUERTOS DEL COMERCIO MUNDIAL

Imaginémonos que nos acercamos a la gran metrópoli norteamericana en alguno de los magníficos vapores que a Nueva York llegan periódicamente de los puertos de Sud - América o de Europa. Conforme vamos avanzando por la bahía podemos ver a nuestro alrededor señales que denuncian un gran puerto comercial.

Pasamos al lado de buques y barcos de todas clases y portes, veleros de la costa, cargados de madera, y grandes barcas, repletas de mercancías, que tienen que ser remolcadas desde la Bahía Baja, por pequeños vapores, cuyas sirenas chillan a cada momento.

Junto a nosotros pasan elegantes y blancas embarcaciones de río, pareciendo insignificantes al lado del gran transatlántico qué avanza poco a poco, dejándose atrás la Estatua de la Libertad. Los lentos vaporcitos, llamados *ferry boats*, que prestan servicio en el Hudson, transportando viajeros, cruzan incesantemente de un lado para otro.

Nuestra primera mirada a la ciudad nos presenta las altas y amontonadas moles de los edificios, destacándose sus irregulares siluetas sobre el cielo azul.

Nueva York tiene seguramente la más alta línea de edificios que puede ofrecer ciudad alguna. Remontando la Bahía y el río Norte, nos sentimos oprimidos por el vago presentimiento de que aquella parte de la isla Manhattan, se hundirá algún día bajo el peso de sus enormes casas.

EL PARQUE DE « LA BATERÍA »

Después de haber pasado la inspección sanitaria y la aduana, desembarcamos en el muelle, al Oeste de la isla, y abriéndonos paso por entre una multitud de cocheros, que ofrecen a gritos sus carruajes, nos dirigimos a la ciudad.

Hay momentos que ante el barullo de la muchedumbre parece que vamos a perder la cabeza. Una multitud heterogénea y bulliciosa nos rodea: hombres de negocios y mujeres elegantes, mezclados con vagabundos y marinos; inmigrantes, cargados con sus equipajes, y chiquillos callejeros. Los automóviles y toda clase de vehículos, los tranvías y los trenes que cruzan veloces por vías aéreas y subterráneas, los vendedores de periódicos, que se deslizan por entre la gente voceando los extraordinarios; todos los ruidos, en fin, de una gran ciudad, que después de la vida contemplativa y tranquila del barco, resultan más ensordecedores, nos marean y nos trastornan. Poco a poco, sin embargo, aquel caos se va convirtiendo ante nosotros en el más o menos ordenado bullicio de una gran ciudad.

LA ANTIGUA NUEVA YORK HOLANDESA

Viendo hoy el parque de « La Batería » nos es difícil imaginarnos que este agitado centro de una gran ciudad era, hace menos de trescientos años, un pequeño establecimiento de los holandeses, dormido en el borde de un bosque virgen; un puñado de extrañas casas de ladrillos rojos, con un frente parecido a un tablero de ajedrez y los tejados en forma de ángulo agudo. Cada casa tenía un jardín lleno de flores, que los colonos holandeses habían llevado de su país natal, y entre las que predominaba la suntuosa tulipa de Holanda. Grandes robles y olmos alineaban las calles, y hacia el sur, por la parte del mar, había un fuerte con unas obras de tierra y veinte o más curiosos cañones de bronce de bocas anchas y redondas. A un lado se podía ver un extraño molino de viento que movía sus aspas constantemente, y no lejos del citado parque, en la pradera, estaba la taberna de la aldea, donde los comerciantes y ciudadanos solían tomar su cerveza y charlar acerca

de los asuntos de interés general. Clavado en el muro de la taberna había un aviso, que decía lo siguiente: « Estando informados de los grandes daños que los lobos causan al ganado, para animar y excitar a los propietarios a que salgan a matar a tan perjudiciales bestias, hemos decidido autorizar al *sheriff* y a su ayudante a hacer público que el que presente un lobo, cazado en la isla, en esta parte de Harlem, percibirá inmediatamente 20 florines, y si se trata de una loba, 30 florines en *wampum*, o su valor equivalente ».



Una congestión del tránsito, en la Quinta Avenida y la Plaza de Madison.

EL CÉLEBRE BROADWAY

Todavía frescos en nuestra memoria los antiguos tiempos holandeses en Nueva Amsterdam, atravesamos el parque de « La Batería » y damos una vuelta por Broadway. Empieza nuestro paseo allá donde comienza el verdadero Broadway, con sus aceras repletas de gente. Zumba a nuestro alrededor un constante y ensordecedor ruido; una multitud de gente atareada cruza, con paso rápido, en todas direcciones. A ambos lados de la calle se levantan los enormes *rascacielos*. Por las grandes puertas giratorias, que parecen jaulas, entra y sale una multitud de hombres y mujeres. La voz humana apenas puede oirse en la parte inferior de Broadway. Una corneta o un silbato prestarían mejor servicio. La gente que quiere hablar con tranquilidad entra en casas.

LA IGLESIA DE LA TRINIDAD

Llegamos ante la iglesia de la Trinidad, con su antiguo cementerio; un oasis de paz y tranquilidad en medio del bullicio de las calles neoyorquinas.

VISTAS DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



© Ewing Galloway, N. Y.

Las Plazas del Times y de Longacre en Nueva York, por el lado Norte.



© Ewing Galloway, N. Y.

Las luces de Broadway, la gran calle central de Nueva York.

La grave música de un órgano llega a nuestros oídos. Trasponemos la gran puerta y entramos en la iglesia, que se halla en una dulce penumbra. Se celebra un servicio divino, al que asisten algunos fieles esparcidos entre las filas de bancos.

Un rayo de sol penetra suavemente por las ventanas de vidrios de colores, yendo a posarse en la alfombra, y, destacándose del sordo murmullo lejano de la ciudad, se oyen en el patio de la iglesia los píos impertinentes de un gorrión.

LA BOLSA

Impresionados todavía por la serena paz del santuario, nos encaminamos a Wall Street, para hacer una visita a la Bolsa. Se nos admite cuando enseñamos la tarjeta de un amigo, y subimos a la galería de los visitantes, desde donde comenzamos a recelar si nos habremos metido por equivocación en un « manicomio del que se han ausentado los guardianes ». Pero todos esos gritos y martillazos no son actos de locura, como a primera vista nos parecen. Para los que gritan es tan necesario eso, como el anuncio a los comerciantes.

Saliendo de la Bolsa y andando una o dos manzanas, por William Street, se tiene la idea de marchar por el interior de un cañón. « Los neoyorquinos se mueven ahí tanto en sentido perpendicular como horizontal; cuando se encuentran algo apretados, sencillamente trazan una calle por encima de las casas ».

En muchos edificios de comercio existen ascensores « expresos » que llevan al visitante al piso veinte o treinta, sin parar. Según Stevens, la arquitectura de la ciudad de Nueva York es « la expresión del más libre y audaz individualismo ».

LA IGLESIA DE SAN PABLO

Pasando por la calle de Fulton volvemos otra vez a Broadway y desembocamos junto a la antigua iglesia de San Pablo. Este bello y sólido edificio colonial—un coloso arquitectónico, cuando se construyó—parece casi un enano entre las torres de los elevados edificios comerciales que le rodean, y vuelve su sólida espalda al humano hormiguero de Broadway, con todo el desprecio de un gran señor, de rancias costumbres, a las extravagantes modas modernas.

Más abajo de la iglesia de San Pablo está el antiestético edificio triangular de la casa de correos, y después el Parque Municipal, con la entrada al Puente de Brooklyn a su derecha.

PLAZA DE WÁSHINGTON

En nuestro paseo por la ciudad dejamos a Broadway por unos minutos, para echar una mirada a la plaza de Wáshington, con su imponente arco del mismo nombre.

Tras el ruidoso Broadway es sorprendente el silencio y tranquilidad de esta vieja y apacible plaza.

Con sus antiguas casas de ladrillo rojo, la plaza de Wáshington presenta un aspecto más vetusto, más rico y venerable « que las partes más activas de la metrópoli ».

Otra vez vueltos a Broadway, fijamos los ojos en el nuevo edificio de Wanamaker, el *Bon Marché de Nueva York*, y nos paramos un momento a contemplar la elegante torre de piedra gris de *Grace Church*, cuya aguja se eleva al cielo como si quisiera clavarse en él.

Siguiendo nuestro camino, sentimos tentaciones de visitar la Plaza de Stuyvesant y el Parque de Gramercy, que como la plaza de Wáshington, son pequeños oasis de serena tranquilidad en medio del hormigueo y bullicio de la actividad moderna. Pero tenemos poco tiempo, y así, cruzamos la Plaza de la Unión, por aquella parte de Broadway, que es tal vez la más interesante. Es el distrito de moda para el comercio, y aunque se nota la tendencia de la ciudad a expansionarse hacia arriba, contiene todavía algunos de los más grandes almacenes. La multitud que por aquí circula es todavía cosmopolita, pero no parece tener tanta prisa ni esa fiebre comercial de la parte baja de Broadway. Ya no se ven las atareadas mujeres que

© Ewing Galloway, N. Y.
El «edificio plancha» visto desde Quinta Avenida y calle 25 y el monumento al Almirante Farragut, en el parque de Madison Square.



© Ewing Galloway, N. Y.
Cooper Unión y la estatua de su fundador. Peter Cooper fué un rico inventor y fabricante norteamericano que en gracia a sus brillantes éxitos en la vida, ofreció esta institución, para la instrucción gratuita de ciencias, artes, política y social a las clases trabajadoras.

van a los comercios, sino las elegantes señoras que, con sus lujosos vestidos, se dirigen a los grandes almacenes de modas. Sin embargo, todas estas gentes no son compradores; en este trozo de Broadway se mezclan tipos de todas clases: cómicos, monjas, señores, rateros, detectives, hombres-anuncios; la mejor y la peor gente del mundo. « En cualquier buena tarde puede verse aquí el más abigarrado y típico público de Nueva York ».

PLAZA DE MÁDISON

Por fin hemos pasado el extraño edificio triangular *Flatiron* y llegamos a la plaza de Mádison, la primera de las plazas de Nueva York, la que en su nostalgia de la patria, se aparece a todo neoyorquino en el extranjero.

Son las primeras horas de la tarde y la plaza se presenta ante nosotros espléndidamente bañada de sol.

La « Torre del Jardín, color de crema » se eleva sobre los árboles, destacándose en lo alto Diana, envuelta en los rayos solares. Los árboles del parque proyectan apacible sombra: una larga fila de taxímetros forma medio círculo alrededor de la estatua del Almirante Farragut, esperando clientes, y « las mujeres elegantes de Nueva York, vestidas con gran riqueza y gusto exquisito, cruzan la Quinta Avenida, a la altura de la calle 23, mientras que un corpulento policía detiene el vasto tráfico con un simple movimiento de su mano derecha ». Esa es la típica Nueva York. No es raro que los neoyorquinos, de regreso del extranjero a su ciudad natal, contemplando con deleite la agitada expansión de la Plaza de Mádison, exclamen con aire satisfecho: « ¡Oh, Nueva York! »

EL « JARDÍN » DE LA PLAZA MÁDISON

No sería completa una visita a Nueva York, si no se viese el « jardín » de la plaza Mádison, verdadero país de hadas para los pequeñuelos.

Aquí la colección zoológica causa indeleble impresión, con sus feroces y extraordinarios animales.

El « jardín » juega una parte tan importante en la educación del niño de Nueva York, que no es extraño le quede siempre a éste la afición a los animales.

Es esta afición algo que crece con él, pues cuando el circo ha terminado, va a la Exposición de perros y pierde su sangre fría oyendo ladrar mil canes, que saltan y tiran de sus cadenas y sacan las cabezas de los bozales, o, lo que es peor, le manchan el vestido, lamiéndoselo. A su hermanita la llevan a la exposición de gatos, donde los mininos de Angora, de más precio, duermen y roncan, y donde un bromista de la ciudad alcanzó un día el primer premio con un gato común que había encontrado en la calle.

Cada año acuden al « jardín » gran número de campesinos para ver la Exposición de aves, donde los gallos de lucha, y hasta los pollos, no cesan de retarse a mortal combate, desde las jaulas en que están a cubierto de todo daño.

En el « jardín » de la plaza de Mádison han podido ver los neoyorquinos el ataque a la montaña de San Juan, reproducido en miniatura; y sus ojos se han humedecido cuando han visto pasar a los muchachos cantando: « Va a haber jaleo en la antigua ciudad, esta noche ». « There'll be a Hot Time in the Old Town To-night ».

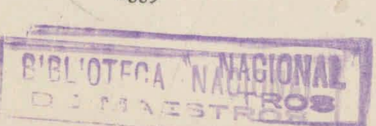
Fué en la Exposición del Oeste salvaje donde vieron esto los niños neoyorquinos. Dicha Exposición tenía también otras atracciones para el que estaba cansado de ver indios. ¿Pero quién puede cansarse de los salvajes adiestrados, con sus trajes de colores chillones, o de la diligencia que hace su camino por el famoso « Deadwood » dando vueltas y vueltas, perseguida por indios que disparan sobre ella, llenándola de bolas de papel y que repiten dos veces al día el espectáculo de morir de una nutrida carga de cartuchos sin bala? La famosa carrera de bicicletas tiene lugar anualmente, durante seis días, en este mismo sitio, y toda la noche los bancos están atestados de entusiastas espectadores que miran a los resistentes ciclistas pedalear sin descanso.

VISTAS DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



La Plaza de Washington, por su lado Norte.

Un carro de mano de venta callejera, en la parte baja de la ciudad.



También puede verse la Exposición de automóviles, donde, motores de todas clases y colores ofrecen extraordinario interés, igual que la exposición caballar. En la de automóviles se reunen muchas damas vestidas a la moda, cuyas galas pueden desafiar al arco iris en cuanto a la brillantez de sus tintas.

Ya, pues, que estamos en Nueva York, vamos a visitar el Jardín; y si somos afortunados, veremos un circo ecuestre o una exposición de perros, o algún otro espectáculo por el estilo; y siendo niños y niñas de buen humor, creeremos que el «jardín» de la plaza de Mádison es el sitio más bonito y más interesante de la gran ciudad, salvo tal vez el Hipódromo, que a todo muchacho que lo ha visitado le parece que ha de ser el edificio más maravilloso del mundo.

UNA VISITA A LA PARTE ALTA DE NUEVA YORK

EN la calle 23 tomamos un ómnibus y comenzamos a avanzar a lo largo de la Quinta Avenida, la más popular e interesante de Nueva York, sobre todo por la tarde, que es cuando ofrece una animación asombrosa, por la gran afluencia de transeuntes que circulan por sus aceras y los innumerables vehículos que ruedan por el arroyo.

Como en Broadway, entre las calles 18 y 23, la multitud es enteramente cosmopolita. La abigarrada muchedumbre camina con febril apresuramiento, dispersándose en todas direcciones, viéndose en esta gran arteria desfilar grupos numerosos de muchachas, vestidas de gris, pardo, azul, verde, rosa o malva, que avanzan abstraídas en su animada conversación e indiferentes al tumultuoso tráfico de la vía; señoras de edad envueltas en sedas y alepines; solícitos domésticos; dependientes de comercio y de sastrerías de moda, dándose cierto aire de personajes importantes, que se cruzan con veteranos miembros de algún club, rígidos dentro de sus chalecos de impecable blancura y de las nítidas pecheras, y tocados de relucientes sombreros de copa; tenderos y agentes de ventas, con sus típicos trajes a listas y cuadros; eclesiásticos luciendo blanco alzacuello sobre el terno negro de *clergyman*; monjas cubiertas con sus enlutados velos; recién llegados que dejan traslucir su condición de emigrantes, en la incertidumbre de su marcha y en las atónitas miradas que dirigen a las gentes y edificios. Y al borde de las aceras, perdidos entre las ruedas de los vehículos que bordean el arroyo, muchachos mensajeros en rápidas bicicletas y, a veces, traviesos escolares, rodando sobre patines, con imprudente velocidad. Para regular este enorme tráfico, en cada cruce de calles se ve al robusto policeman en su austero uniforme, de pie a veces, a veces a caballo, deteniendo momentáneamente la carrera de interminable fila de vehículos, a fin de que los transeuntes puedan pasar de una acera a otra; si bien el público está tan avezado que salva coches y carros, cruzando las calles con pasmosa tranquilidad.

La Quinta Avenida, entre las calles 23 y 42, es la vía más comercial, donde tienen su asiento las mejores y más lujosas tiendas que hay desde el Broadway hasta esta Avenida; los comerciantes que no pueden pagar muy elevados alquileres se establecen en las casas de las calles afluentes a dicha vía. La interminable hilera de escaparates aparece interrumpida en la calle 34 por el antiguo hotel Waldorf-Astoria, y, más arriba, en la calle 42, por la modernísima Biblioteca Pública. La imponente catedral de San Patricio. con el grupo de las casas Vánderbilt y el Club Universitario enfrente, parecen oponer un dique a la expansión comercial que amenazaba invadir toda la calle; pero estas barreras, hoy infranqueables, desaparecerán con el tiempo, obligando a los vecinos de la calle 50 hasta el Parque, a buscar nuevos terrenos para la construcción de sus elegantes residencias.

La «Plaza», que está en la calle 59, donde empieza el Parque Central, es un grandioso cuadrilátero, que se abre junto al mencionado Parque, dando albergue a la soberbia estatua de Sherman, obra de Saint Gaudens, y guarneciendo su perímetro con esbeltos y altos hoteles. Después de la Plaza continúa la Avenida, corriendo por entre el Parque y una larga fila de elegantes casas de piedra.

Más adelante, al llegar a la calle 86, se halla el Museo Metropolitano de Arte, digno de ser visitado de los turistas extranjeros, por las maravillas que encierra en su recinto. En este libro, y en el capítulo titulado «Algunos pintores americanos», se pueden ver reproducciones de los valiosos cuadros que se exhiben en este museo.

En esta calle descenderemos del ómnibus y tomaremos el tranvía eléctrico que atraviesa el Parque Central, hacia el Oeste de la ciudad. Siguiendo la misma Avenida, que cruza todo el Parque, nos sorprenderá agradablemente la belleza del lugar con su gran depósito de aguas y laberinto de caminos y senderos, especialmente para jinetes y peones, hermoseando el conjunto el vivo colorido de los árboles, vides y flores. Para los neoyorquinos, su Parque Central es uno de los más bellos del mundo.

Al soplar las primeras auras primaverales, cuando los narcisos, las violetas, y otras plantas abren sus corolas; cuando el verde césped empieza a tender su alfombra de esmeralda, la vegetación revive, se siente el vaho halagador del suelo y se aspira con deleite el ambiente aromatizado por flores de las más variadas especies. Durante el estío se suceden en agradable variedad los cambios de coloración en el conjunto; y cuando la crudeza del invierno invade el Parque, todavía el Belvedere, el Mall y la Rambla conservan sus bellas líneas bajo la helada capa de nieve.

Llegados al Oeste del Parque, nos apeamos del tranvía y tomamos un automóvil. Al montar en él, ordenamos al chauffer: «Riverside Drive»; y el vehículo arranca rápido por la calle 72, cruzando a continuación la ancha avenida formada al este del río Hudson que la bordea, lamiendo sus márgenes de serena y majestuosa belleza.

Pasamos por el Drive admirando sus elegantes y suntuosas villas y altas casas; pero no sin gran sorpresa observamos que tan hermoso paseo está casi desierto. En él reina absoluto silencio, interrumpido a veces por el ruido de los pasos de alguna niñera que guía un cochecito o por el fragor de algún automóvil. Al otro lado, sobre las frescas y azuladas aguas del río, se elevan altas e imponentes las *Palisades*.

Poco después divisamos el monumento dedicado a los soldados y marinos, magnífica obra escultórica, con su torre de pulimentado mármol. Absortos contemplamos el panorama encantador que ante nosotros se extiende, y entre tanto, sin advertirlo casi, hemos recorrido la distancia de más de tres kilómetros que hay entre aquel monumento y la calle 123, para hallarnos ante la tumba de Grant, cuya cúpula piramidal recorta su nítido perfil en el pálido azul del cielo. Tal vez nos asalte el deseo de apearnos para visitar este monumento, que guarda los restos del valiente general Grant y de su digna esposa, pero como el sol ya declina, desistimos de nuestro propósito, y limitándonos a contemplar su exterior, nos disponemos a regresar al sur de la ciudad.

Pasamos a moderada marcha por delante de la Universidad Columbia, edificio de imponderable belleza, con su adjunto colegio de Barnard y Escuela Normal de Maestros, siguiendo la grandiosa Avenida de Amsterdam, y después de dejar atrás el Hospital de San Lucas, nos detenemos un minuto para admirar las grandes obras de la Catedral de San Juan.

Quedan aún en Nueva York City numerosos edificios interesantes que quisiéramos ver; pero la premura del tiempo lo impide. Dignos por todos conceptos de ser visitados son: el

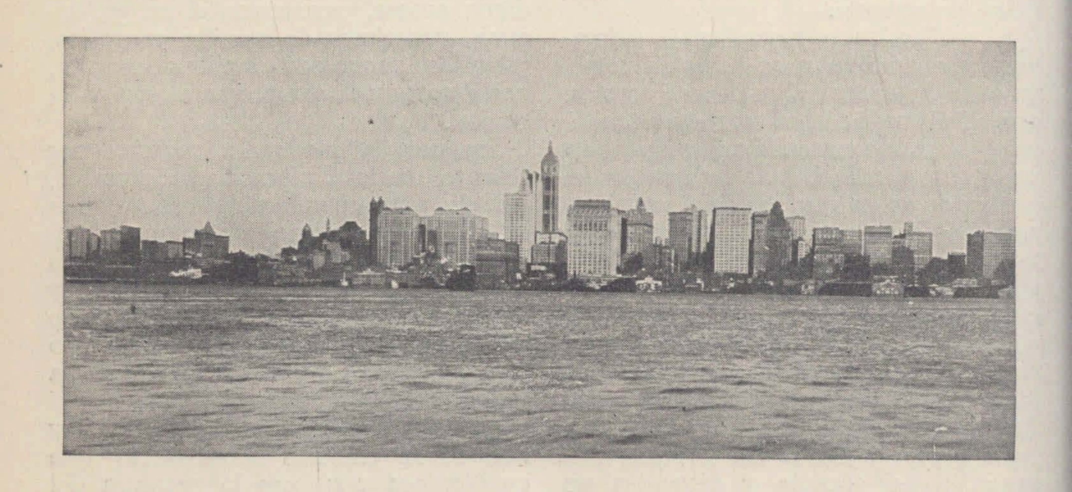
Colegio de la ciudad de Nueva York y la « Little Church Around the Corner », los museos del Parque Bronx y otros muchos monumentos.

También nos agradaría penetrar en los gigantescos bazares de la gran metrópoli norteamericana, tales como el de Altman y el de Tiffany, o en algunos famosos restaurantes de moda, por ejemplo, los de Sherry y Delmónico; sin dejar de dar una vuelta por los pobres, pero interesantes barrios de Bowery y China Town.

Mas, a pesar de las protestas de nuestra glotona curiosidad no satisfecha, nuestros deberes nos llaman fuera de la grandiosa urbe, y el día de regreso está previa e irrevocablemente fijado.

Al alejarnos de Nueva York y volver a ella la vista, observamos como las primeras sombras de la noche flotan en el espacio, sumiéndola en tenue neblina a través de la cual se divisan los resplandores de millones de luces. Hasta nosotros llega el halo rojizo de inmensos focos ardientes que surgen de sus grandes arterias. Las innumerables ventanas de sus edificios se vislumbran iluminadas en fantástica aglomeración, y, ya en plena noche, es la gran metrópoli una inmensa hoguera de luz. En efecto, la ciudad toda está bañada en viva claridad; los escaparates de sus lujosas tiendas ostentan caprichosas iluminaciones, que despiden torrentes de resplandor. Frecuentemente largas hileras de luces corren a lo largo del edificio, orlándolo en deslumbrante marco que hace resaltar su silueta en la oscuridad de la noche. Los teatros y demás sitios de recreo irradian en ráfagas de luz eléctrica sus llamativos anuncios; mientras en lo alto de los tejados y en los huecos de las fachadas brillan con efecto mágico enormes y artísticos reclamos comerciales, escritos con trazos de fuego, formando un conjunto fantástico y deslumbrador. Envuelta en aquella atmósfera de brillantes resplandores, dejamos la ciudad de Nueva York, que oculta un mundo de inexplicables contradicciones y extrañas incongruencias.

Su extraordinaria grandiosidad y fascinador aspecto nos permiten comprender la gran influencia y atracción que ejerce en el ánimo de sus habitantes, que la aman con afecto especial y sienten tristes nostalgias cuando de ella se ausentan para vivir en países extraños.





¿CUÁNDO VISTE A TU PADRE POR ÚLTIMA VEZ?

PIEZA INFANTIL PARA LA ESCUELA



La historia que sirve de argumento a esta pieza infantil se hallará en « El Libro de narraciones interesantes ».

PERSONAJES

LA SEÑORA SIDNEY . .	Esposa del Coronel Sidney, Realista	
BÁRBARA SIDNEY . .	De doce años de edad	Sus hijos
ROGER SIDNEY . .	De siete años de edad	
NAN SIDNEY . . .	De cinco años de edad	
MIQUEAS HOLDFAST . .	Un Parlamentario	

Lugar de la escena: El cuarto de los niños en casa del coronel Sidney. Roger y Nan juegan a los soldados.

La escena requiere muebles en extremo sencillos: un sillón de madera de alto respaldar y uno o dos taburetes. En una esquina de la habitación puede haber un biombo, también de madera. Los trajes han de ser parecidos a los que se ven en el grabado.

ROGER (*con una espada*): —Vamos a ver, Nan: marcha como yo. ¡Temo que nunca llegues a ser un buen soldado!

NAN: —¡Es que me duelen mucho las piernas, Roger! (*Se deja caer en el suelo a punto de llorar.*)

ROGER: —Bueno, descansa, pues; entretanto yo cantaré y haré solo el ejercicio. (*Entona una o dos líneas de una canción militar.*)

SEÑORA SIDNEY: —¡Queriditos míos! ¡Mis tesoros! (*Entra corriendo, dejándose caer de rodillas junto a la pequeña Nan, a la que besa con efusión, mientras tiende a Roger la mano.*)

ROGER (*dirigiéndose a ella*): —¡Mamita está muy apurada! ¡Tal vez un hombre, como yo, podría ayudarte, mamá!

SEÑORA SIDNEY: —Sin duda, hijo mío, si fueras mayorcito y pudieras comprender nuestra desesperada situación. Pero mis queriditos son muy niños todavía.

ROGER: —¡Niños! Nan sí que es chiquitina. ¡Pero yo! Mira madre; ¿llevan espadas como esta los niños? (*Se desprende de su madre, irguiéndose con dignidad.*)

NAN: —Yo soy grande, mamá. Ya no me duelen las piernas.

SEÑORA SIDNEY: —¿Qué hacer, cielo santo? Oíd, pobrecitos míos. Aquellos hombres malos que hay en la sala grande quieren que vayáis allá al instante. Les he pedido que me permitieran venir a buscaros.

ROGER: —Pero si yo no tengo miedo, mamá. Estaba allí y oí que te preguntaban por papá, y también a Bárbara y a los criados.

SEÑORA SIDNEY: —Roger, mi querido, mi adorado hijo; me oíste responder que no había visto a papá, oíste decir lo mismo a Bárbara, ¡y ahora quieren preguntarte a tí!

ROGER (*con valentía*): —Vamos; no tengo miedo. Pero Nan es una chiquilla; tal vez se asustaría. Dejémosla jugando aquí.

SEÑORA SIDNEY: —También ha de venir Nan con nosotros. Hijito mío, vida mía; ¿qué puedo decirte? Tiemblo ante las palabras que pueden salir de tus labios. Esta cabeza cubierta de dorados rizos, apenas descuella sobre la mesa que hay en la gran sala de ceremonia.

BÁRBARA: —¡Madre, madre! ¡He corrido tanto, que apenas tengo aliento para hablar! Cuando el soldado cerró la puerta, al salir nosotras del salón, no quedaba allí nadie y me detuve un momento para escuchar. ¡Ah! ¡Ya sé que esta es una acción indigna de la hija de mi padre! Les oí que iban

a seguirte; no quieren que lleves los niños a la sala, sino que prefieren sorprenderlos aquí en sus juegos, antes que tú tengas tiempo de prepararlos.

SEÑORA SIDNEY (*levantándose desesperada*): —¡Prepararlos! ¡No sé lo que me digo ni lo que hago! De nada sirve nuestro engaño: van a descubrirlo todo.

BÁRBARA: —Madre, no te desesperes. Todavía puede hacerse algo Rogaremos a esos hombres que dejen jugar en paz a los niños.

SEÑORA SIDNEY: —Y de este modo les daremos la seguridad de que tenemos algo qué ocultarles. (*Habla aparte con Bárbara.*) Con tantas veras me suplicó tu padre anoche que le permitiera besar a Roger y a Nan dormidos en sus camitas, que no tuve corazón para resistirle. Nan no hizo el más ligero movimiento, pero Roger... ¡Calla! ¿No oyes pasos en la escalera? (*Los niños vuelven a sus juegos.*)

HOLDFAST (*hablando antes de entrar*): —Entonces, caballeros, esperen aquí vuestras mercedes, que yo tomo a mi cargo el asunto. (*Entra.*) ¡Ah! señora, no hemos querido darle la molestia de llevarnos al salón al chico, sino que venimos en persona. ¿Qué tal, muchacho? ¿Jugando, eh? Mejor sería aprender buenos libros. (*Se instala en el sillón.*)

ROGER: —Soy un soldado, caballero. Pero este es el asiento de mi madre. Ella está de pie. Puede vuestra merced tomar mi taburete.

HOLDFAST: —¡Me quedo donde estoy, caballerete! ¡No eres tú quien ha de darme lecciones! ¿No tienes miedo?

ROGER: —No, señor. Nan tendrá miedo tal vez, porque es una chiquilla y no sabe ser valiente.

HOLDFAST: —Luego ¿tú eres valiente? ¡Vaya con el muchacho! ¿Sabes que Dios Todopoderoso castiga con terrible saña a los que mienten? ¿Lo crees?

ROGER: —No, señor.

HOLDFAST: —¿Cómo? ¡En manos de algún hombre de iglesia debieran ponerte!

ROGER: —Señor, yo digo « Padre nuestro ».

NAN: —Y yo lo digo también, casi lo sé como mi hermanito. (*Se adelanta corriendo.*)

HOLDFAST: —Nada más natural que la palabra « Padre » acuda con facilidad a sus labios.

ROGER: —Yo quiero a mi padre. También le quisierais vos si llegarais a conocerle. Mamá cree que queréis hacerle daño.

SEÑORA SIDNEY: —No es más que un niño y como niño habla: ¡Dejadlo volver a sus juegos! ¿No tendréis lástima de sus pocos años?

HOLDFAST: —Quisiera oirle antes.

ROGER (*dirigiéndose a su madre*): —Mamá, no hablaré si quieres que me calle. ¡Mira qué fuertemente cierro mis labios! Nadie es capaz de obligarme a desplegarlos.

HOLDFAST: —Pero yo quiero que contestes a una pregunta. (*La señora Sidney quiere interponerse.*) No, señora, manteneos tranquila. Estamos



rodeados de hombres armados. Muchacho, contéstame en nombre de Dios: ¿Cuándo viste a tu padre por última vez?

ROGER: —Vi a mi padre anoche.

HOLDFAST: —¡Ah, señora! ¿Lo veis? ¿Osaréis presentaros con tranquilo semblante? (*Se levanta.*) ¡El Señor le pone en nuestras manos! ¡Hola! ¡Compañeros, entrad todos y alegraos conmigo! ¡Nadie contesta! (*Se vuelve hacia Roger.*) ¡Éste sí que es un buen chico! ¡Anoche! ¿Y hablaste con él? (*Obliga a Roger a adelantarse.*)

ROGER: —Sí, le vi. Y me habló. Me dijo que temiera a Dios, honrara al Rey y amara a mi patria.

HOLDFAST: —De modo que viste a tu padre anoche. ¿Quieres enseñarme dónde le viste? Todo el día podrás jugar a los soldados. Dame la mano y guíame.

ROGER: —Es muy fácil enseñároslo, caballero. Pero no quiero vuestra mano. Los hombres andan solos.

HOLDFAST: —¡Aquí, muchacho! Enséñame el escondrijo que en vano han buscado mis esbirros: (*dirigiéndose hacia la puerta*).

ROGER: —Vi aquí a mi padre, señor.

HOLDFAST: —¡Aquí! ¿Está entonces detrás de estos muros?

ROGER: —Fué aquí donde le vi yo. Duermo aquí, y Nan también. Estaba acostado cuando vino papá. (*Señalando hacia un rincón.*) La cama está allí. Papá se quedó junto a mí un rato.

HOLDFAST (*severamente*): —Chiquillo, ¿te estás burlando de mí?

ROGER: —La última vez que vi a mi padre fué anoche en sueños.

NAN: —¡Nan no tuvo ningún sueño!

ROGER: —Los chiquitines no sueñan. ¡Vi a mi padre en sueños! ¡Esta es la verdad!

HOLDFAST: —Si fueras hijo de un padre piadoso podrías llegar a ser un grande hombre. ¡Miqueas Holdfast no quiere perder más tiempo en hacer preguntas a chicuelos sin juicio.

ROGER: —¡Señor, no me ofenda vuestra merced!

HOLDFAST: —¡Ya hemos concluído! ¡Véte a jugar! (*Sale.*)

ROGER (*corriendo hacia su madre*): —En verdad; he de cuidar de mi madre. ¡Qué pálida y fatigada está! Ven, mamá; siéntate en el sillón y descansa; yo quedo de centinela, como un soldado, para que no te suceda nada malo hasta que vuelva mi padre.

(*Se sienta la señora Sidney mientras la rodean sus hijos.*)

CAE EL TELÓN

LA INGRATITUD

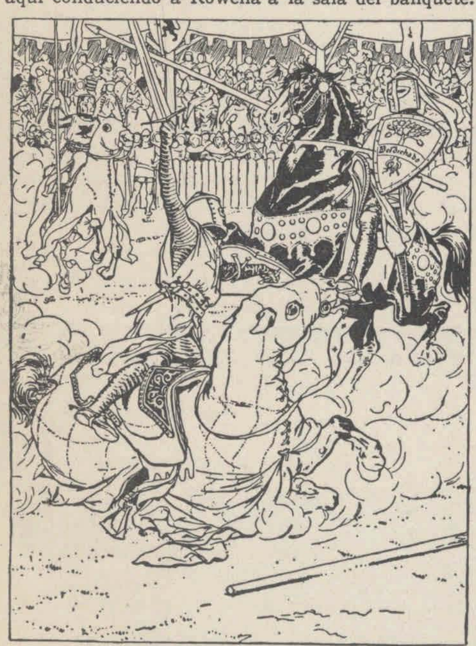
Es hija del matrimonio
De la noche y del demonio;
La criaron en un abismo
La envidia y el egoísmo.
Por eso un autor afirma,
Y en su opinión se confirma
Sin miedo a ser desmentido,
Que no hay en el mundo entero
Perverso que no haya sido
Un vil ingrato primero.



En tiempo de Ricardo I, los sajones no habían olvidado que los normandos eran sus conquistadores, pero Cedric el Sajón era muy hospitalario y los mismos caballeros normandos eran bien acogidos en su mesa, en la cual ocupaba el sitio de honor su hermosa pupila, Lady Rowena. Cedric aparece aquí conduciendo a Rowena a la sala del banquete.



El hijo de Cedric había sido expulsado de su casa, a causa de haberse enamorado de Lady Rowena, a la cual destinaba Cedric otro marido. Un día llegó un peregrino a la mesa de Cedric, donde había algunos caballeros normandos. Llegó también un judío; y, como los normandos trataran de atropellarle, el peregrino, por la noche, ayudó al hebreo a escapar.



El peregrino era el hijo de Cedric, disfrazado, pero que fué reconocido por el porquerizo Gurth. En la mesa el peregrino retó a un arrogante caballero normando, Sir Brian, a singular combate con el llamado Ivanhoe. Efectuóse el torneo, y el normando fué vencido por Ivanhoe.



Tenía Lady Rowena que ceñir la corona de la victoria a caballero Ivanhoe, y al quitarse éste el yelmo, descubrióse que no era otro que el hijo de Cedric, su enamorado; pero antes de casarse con la hermosa Rowena tuvo que hacer frente a otras aventuras, según se cuenta en la novela de « Ivanhoe ».



EN TIEMPO DE LOS VALEROSOS CABALLEROS

La emocionante novela «Ivanhoe»

LA época de esta historia es el período en que, para emplear los mismos términos de Sir Wálter Scott, el regreso de Ricardo Corazón de León, había llegado a ser un suceso más ansiado que esperado por sus infelices súbditos, víctimas de todo linaje de opresión. Los nobles, cuyo poderío había llegado a crecer sin trabas en el reinado de Estéban, y a quienes, gracias a la prudencia de Enrique II, se había podido reducir algún tanto a la obediencia a la corona, habían vuelto a su antigua licencia en mayor grado que nunca.

El teatro de los sucesos relatados en la historia es «aquel delicioso distrito de la alegre Inglaterra bañado por el río Don», el cual, «en antiguos tiempos se extendía en un vasto bosque que cubría la mayor parte de los hermosos valles y montañas comprendidos entre Sheffield y la linda ciudad de Doncaster».

Este bosque era el de Sherwood o Rotherwood, del cual se conservan aún numerosos restos, y en muchas de cuyas partes se perpetuó el recuerdo de Robin Hood.

En este romántico bosque de Sherwood vivía, en los días a que se refiere esta historia, un bravo anciano sajón, llamado Cedric de Rotherwood. Tenía a su servicio a un bufón llamado Wamba y a un porquerizo, cuyo nombre era Gurth. Una tarde, mientras iluminaba el sol las ricas praderas del bosque, estos dos criados quedaron sorprendidos al ver pasar un grupo de jinetes. Iban entre los viajeros un fraile, el Prior Aymer de Jorvaulx, y un caballero normando, Sir Brian de Bois-Guilbert, comendador de la orden del Temple. Caminaban hacia Ashby-de-la-Zouch, donde debía celebrarse un torneo, y preguntaron por el camino que conducía a Rotherwood, residencia de Cedric. Wamba, a quien no gustó nada el aspecto de aquella cabalgata, les señaló la ruta que conducía a Sheffield. Llegados a una encrucijada, vieron a un romero o peregrino que yacía profundamente dormido en tierra. En aquel punto dividíase el camino, y no estaban acordes el fraile y el caballero respecto a si había que tomar el de la derecha o el de la izquierda; por lo cual despertaron al peregrino, que les condujo a la morada de Cedric.

No era éste amigo de los normandos, pero sobreponiendo sus sentimientos hospitalarios a todos los demás, abrió sus puertas a los recién llegados. Luego que se hubo servido la cena en el gran salón, el mayordomo, levantando su vara, exclamó:

—¡Alto! ¡Paso a Lady Rowena!

Abrióse una puerta detrás de la mesa del banquete, y entró la pupila de Cedric, seguida de cuatro camareras.

«Era Rowena de elevada estatura y formas admirablemente proporcionadas; su tez exquisitamente blanca; sus claros ojos azules así se mostraban imperiosos como suplicantes. Su profusa cabellera, entre oscura y color de lino, estaba sujeta con perlas. Vestía, sobre un ancho y ondulante traje de lana carmesí, una guarnición de seda verdemar pálido. Pendíale alrededor del cuello una cadena de oro, y desde la cabeza a los pies caíale un velo de seda entretejido de oro».

EN TORNO DE LA HOSPITALARIA MESA DE CEDRIC EL SAJÓN

Esforzábase Cedric en poner coto a las importunas atenciones que el Templario prodigaba a su pupila, cuando ocurrió un incidente motivado por la llegada de un viejo judío llamado Isaac

de York, que suplicaba le dejaran pasar allí la noche por haberse desencadenado una tempestad. Aun a riesgo de despertar con ello la cólera de los normandos, Cedric, indicó al judío tomase asiento en el extremo inferior de la mesa, pero difícil le hubiera sido hacerlo sin la cortesía del peregrino que había llegado con la comitiva de los normandos y cuyo rostro había permanecido hasta entonces cubierto bajo del capuchón.

Corría abundantemente el vino y Sir Brian comenzó a jactarse de las proezas de los caballeros normandos en Tierra Santa.

—¿No había en el ejército inglés—preguntó Lady Rowena,—nombres dignos de mencionarse junto con los caballeros del Temple y de San Juan?

—Perdonadme, señora—replicó Bois-Guilbert.—El monarca inglés llevó a Palestina una hueste de valerosos guerreros, pero inferiores a aquellos otros, cuyos pechos fueron el inquebrantable baluarte de Tierra Santa.

—Nada de inferiores—dijo el Peregrino, que había oído ya bastante, dando visibles señales de impaciencia durante la conversación.

Imposible es describir el sombrío ceño de rabia que oscureció todavía más el atezado rostro del Templario, al repetir el Peregrino su aseveración citando los nombres de Ricardo y de cinco caballeros, y añadiendo que se le había olvidado el del sexto, «de menor renombre y categoría».

SIR BRIAN REFIERE LOS HECHOS DE IVANHOE Y RETA A ÉSTE A COMBATE

—Señor Peregrino—exclamó despectivamente Sir Brian de Bois-Guilbert,—esa falta de memoria no os servirá para vuestro propósito. Yo os diré el nombre del caballero, ante cuya lanza, por azar de mi mala fortuna y culpa de mi caballo, vine a caer en tierra: era el caballero Ivanhoe. Aun siendo tan joven, pocos le aventajaban en nombradía. Sin embargo, digo ahora y lo proclamo en alta voz, que si está en Inglaterra, le reto para el torneo de San Juan de Acre, esta semana, montado y armado como ahora, dándole ventaja en las armas, y me atengo a lo que resulte.

—Vuestro reto podrá quedar pronto contestado, cuando tengáis cerca a vuestro adversario—replicó el Peregrino.—Si Ivanhoe ha vuelto de Palestina, yo estoy seguro de que os vendrá a encontrar.—Y al decir esto, puso sobre la mesa una cajita de marfil que contenía una sagrada reliquia. En respuesta, el Templario se quitó del cuello la cadena de oro que llevaba, y exclamó:

—Recoged, Prior Aymer, mi apuesta y la de ese vagabundo innominado, quedando convenido que, si el caballero Ivanhoe desembarca en las cuatro playas de Bretaña, acepta el reto de Brian de Bois-Guilbert, y, a no hacerlo, quedará declarado cobarde en todos los muros de las fortalezas del Temple en Europa.

IVANHOE VENCE EN EL TORNEO AL ALTANERO TEMPLARIO

Al alborear el siguiente día, el peregrino, que parecía conocer al dedillo las habitaciones de la casa de Cedric, se encaminó al aposento donde dormía el judío, y le hizo levantarse y escapar, por saber que el Templario había jurado acabar con los dos; y aun el Peregrino se brindó a llevar al judío a lugar seguro. Susurró algunas palabras al oído de Gurth, que quedó asombrado, y al momento tuvieron franca salida él y el judío.

Llegados a un lugar, fuera ya de los dominios de los amigos de Bois-Guilbert, Felipe de Malvoisin y Reginaldo Frente-de-Buey, el judío quedó asombrado al manifestarle el peregrino que era un caballero disfrazado, e inducirle a entregar una carta, en la que pedía se le facilitara un caballo y armadura.

Llegado el día del torneo de Ashby-de-la-Zouch, Sir Brian y sus compañeros vencieron fácilmente a cuantos habían entrado en liza contra ellos, pero luego, tras breve pausa, una solitaria trompeta anunció la entrada en plaza de otro campeón, el cual no era otro que el caballero que, disfrazado de peregrino, había dado tanto enojo al Templario en la sala de banquetes de Cedric. Entró

en el palenque con la visera calada y llevaba en su escudo la divisa de «El Desheredado». El Templario quedó vencido, e igual suerte corrieron sus compañeros, excepto uno, cuyo caballo, retirándose en el trance decisivo, se colocó en tal disposición, que el Caballero Desconocido renunció a embestirle, por lo cual, cortésmente, el normando se declaró vencido.

Al siguiente día, el Caballero Desconocido se mostró cada vez más pujante, pero tal vez hubiera salido derrotado, al luchar con Bois-Guilbert, a no haberse presentado un caballero de negra armadura, y derribado a Frente-de-Buey, prestando su asistencia al *Desheredado*. Pasó éste a recoger la corona de honor de las temblorosas manos de Lady Rowena, quitándose el casco, y cayó desmayado, reconociéndose que estaba gravemente herido. Cedric, abriéndose paso, descubrió lo que su pupila había ya descubierto antes, esto es, que el caballero no era otro que su hijo Wilfrido, desterrado por causa de su amor a Lady Rowena.

EL MISTERIOSO CABALLERO NEGRO QUE PRESTÓ ASISTENCIA A IVANHOE

Cedric quería entrañablemente a su hijo, pero deseaba que su pupila se casara con otro. El hijo de Cedric, e Ivanhoe, eran, pues, una misma persona. El Caballero Negro, que tan oportunamente había socorrido en la liza a Ivanhoe, no era otro que Ricardo, el cruzado rey de Inglaterra, cuyo hermano menor, el después perverso rey Juan sin Tierra, había tratado de usurparle la corona, durante su ausencia en Oriente. Ivanhoe había sido sacado del campo del torneo por sus amigos, y su padre había dominado su primer impulso de reclamarle.

Al regresar Cedric y su gente a Rotherwood hubieron de encontrarse con Isaac y su hija Rebeca, y con ellos un herido conducido en andas; pidiéronle protección para continuar la jornada, pues sus hombres los habían dejado abandonados, huyendo al oir que estaba apostada en el bosque una partida de bandidos en acecho de los viajeros. Por intercesión de Lady Rowena, Cedric asintió a que el judío viajara con ellos.

Algún tiempo después, la comitiva de Cedric era asaltada por una banda de gente armada, y caían todos en su poder, excepto Wamba, que logró ponerse en salvo. La partida estaba compuesta del Templario y algunos de los parciales del usurpador Juan sin Tierra, que se habían hallado en el torneo. Wamba fuése en busca de Robin Hood, y este valiente bandolero, con el Caballero Negro, cuya identidad le era aún desconocida, pusieron sitio al castillo de Torquilstone, la fortaleza de Frente-de-Buey, donde yacían los cautivos. Su llegada había sido oportunísima para salvar al judío de la horrible tortura a que le habían sometido, a Lady Rowena de las malvadas intenciones de Bracy, uno de los adictos a Juan sin Tierra, y a Rebeca de un fatal destino en manos de Bois-Guilbert.

ROBIN HOOD SE UNE AL CABALLERO NEGRO EN EL ASEDIO DEL CASTILLO

Durante el sitio, Rebeca se situó en la torrecilla donde yacía herido Ivanhoe y rogó a Ulrica, anciana a cuyo cuidado estaba confiado, que le dejara encargarse de él.

El alboroto dentro del castillo, ocasionado por los preparativos de la defensa, se aumentaba incesantemente; todo eran clamores y baraúnda; Ivanhoe, impacientado por sus heridas, mostrábase ansioso de contemplar la batalla.

—Si pudiera siquiera llegar a rastras hasta la saetera—decía,—podría ver cómo pelean esos valientes; y aunque sólo me fuera dado disparar una flecha o descargar un golpe de hacha, para nuestra liberación..., quedaría contento; pero es en vano, ¡en vano! ¡Ni tengo fuerzas, ni llevo un arma!

—No os atormentéis con esos pensamientos, noble caballero—respondió Rebeca.—Yo me subiré a la saetera y os daré cuenta de lo que pase.

—¡Oh, no hagáis eso! ¡no hagáis eso!—exclamó Ivanhoe.—¡Cada saetera, cada rendija es un blanco para los arqueros! Podría entrar una flecha por casualidad...

—¡Sea bien venida!—murmuró Rebeca, y con firme paso subió los dos o tres peldaños que conducían al mirador de que hablamos.

BRAVURA Y FORTALEZA DE REBECA, LA HERMOSA JUDÍA

A pesar de los llamamientos de Ivanhoe, la valerosa doncella (enamorada perdidamente del caballero) cogió un antiguo escudo para resguardarse, y le fué enterando de las peripecias de la batalla. Cuando oyó las proezas del Caballero Negro, no pudo menos de comprender quién era el que tan valerosamente acudía en su auxilio. Con la ayuda de Ulrica, que por vengarse de Frente-de-Buey había pegado fuego al castillo, quedaron triunfantes los sitiadores, e Ivanhoe fué sacado de la incendiada fortaleza, en brazos del Caballero Negro.

Rebeca fué descubierta por el Templario y conducida por éste ante un tribunal y acusada de brujería; pero su intrepidez conquistó luego el ruin corazón de Bois-Guilbert, que pidió perdón y le fué otorgado. Disponíase ya a facilitarle la fuga, cuando hubo de ceder a las reflexiones de un astuto consejero, el cual le hizo presente que, si quería conservar su posición en el castillo de Templestowe era preciso que Rebeca fuese condenada a morir en la hoguera, a menos que no se presentase un campeón en su favor, y contra él. Pero, a última hora, apareció un campeón: era Wilfrido de Ivanhoe.

Al verle el Templario exclamó:

—No quiero combatir con vos ahora. Curaos antes las heridas y procuraos mejor caballo.—El caballo de Ivanhoe estaba, en efecto, derrengado al cabo de tantas horas de carrera.—No sería digno de mí pelear con quien sólo muestra tener fanfarronería.

Pero Ivanhoe insistió, y su adversario tuvo que aceptar el reto, por más que Rebeca le suplicaba que la dejase morir sola.

Trabóse el combate; Ivanhoe, débil como se hallaba por sus heridas, cayó derribado ante la certera lanza y el vigoroso caballo del Templario. Pero Bois-Guilbert cayó también, aunque apenas había sido tocado por la lanza de Ivanhoe. « Murió víctima de la incontinencia de sus arrebatadas pasiones ». Su muerte fué atribuída al « juicio de Dios ».

Rebeca salió declarada libre e inocente. En aquel momento llegaba Ricardo a galope, con buena escolta, para declararse campeón de la judía. Disolvió el Capítulo del Temple que había condenado a Rebeca; y nuevamente en el trono, habiendo reconciliado a padre e hijo, presidió el casamiento de Ivanhoe y Lady Rowena en el monasterio de York. Rebeca y su padre partieron de Inglaterra y se trasladaron a Granada, donde vivieron en paz.



CAPERUCITA ROJA, EN EL BOSQUE



Cuando Caperucita llegó al bosque, se encontró con un lobo. Como Caperucita no sabía qué fiera tan mala era el lobo, no le temió. Corrió al bosque y empezó a coger flores. Siempre que cogía una pensaba que más allá habría otra más hermosa todavía, y de esta manera corría cada vez más adentro del bosque.

LA CAPERUCITA ROJA

HABÍA una niña tan linda, que todo el que la veía la quería, pero más que nadie su abuela, que no sabía qué hacer para probarle su cariño.

Una vez le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y como le sentaba muy bien y no quería llevar otra cosa, la llamaban la *Caperucita roja*.

Cierto día le dijo su madre:

—Ven, Caperucita: toma este bollo y una botella de vino y llévalo a casa de la abuela, porque está enferma y débil. Sé buena, no le revuelvas nada de su cuarto y no olvides darle los buenos días. Anda con cuidado y no te distraigas en el camino, porque puedes caerte y romper la botella, y entonces no le quedará nada a la pobre abuela.

Caperucita prometió ser buena, diciendo:

—Haré todo lo que me mandas.

La abuela vivía allá en el bosque, a media hora de distancia del pueblo.

Cuando Caperucita llegó al bosque, se encontró un lobo. Caperucita no sabía qué fiera tan mala era, y no le temió.

—¡Buenos días, Caperucita!—dijo el lobo.

—Mil gracias, lobo.

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita?

—A casa de mi abuelita.

—¿Qué llevas debajo del delantal?

—Bollos y vino para que lo tome la pobre abuelita enferma.

—Caperucita, ¿dónde vive tu abuelita?

—Un buen cuarto de hora más adentro del bosque, en la casita debajo de las tres grandes encinas, en donde están los avellanos. ¡Si tú debes de conocerla!—dijo Caperucita.

El lobo pensaba en su interior: «Esta tierna niña es un buen bocado, que sabrá aún mejor que la vieja: ya me arreglaré para atraparlas a las dos».

Después de acompañar un rato a Caperucita le dijo:

—¡Caperucita, cuántas hermosas flores hay a tu alrededor! ¿Por qué no las miras ni escuchas el lindo canto de los pajarillos? ¡Tan alegre como está todo en el bosque, y tú andas como si fueras a la escuela!

Caperucita echó una mirada alrededor, y viendo cómo los rayos del sol jugaban por entre los árboles y que el suelo estaba cubierto de flores, pensaba:

—Si llevo a la abuelita un ramo de flores, se alegrará: aun es muy temprano y llegaré a tiempo.

Corrió al bosque y empezó a coger flores. Siempre que cogía una pensaba que más allá habría otra más hermosa todavía, y de esta manera corría cada vez más adentro del bosque.

Pero el lobo se fué directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta.

—¿Quién llama?

—¡Caperucita, que te trae bollos y vino! ¡Abre!

—Empuja un poco la cerradura—exclamó la abuela;—estoy débil y no puedo levantarme.

El lobo apretó la cerradura, entró, y sin decir una palabra se fué derecho a la cama de la abuela y se la tragó. Luego, se puso sus vestidos y su gorro, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Entretanto, Caperucita había ido cogiendo flores. Cuando ya tenía tantas que no podía llevar más, se acordó de la abuelita y se puso en camino de su casa. Al ver la puerta abierta, se admiró. Al entrar, el cuarto le pareció tan extraño, que pensaba:

—¡Dios mío, tengo miedo hoy, y otros días me gustaba tanto estar con la abuelita!—Y dijo «¡Buenos días!»; pero no recibió contestación.

Entonces se acercó a la cama y abrió las cortinas: allí estaba la abuela, con el gorro tapándole toda la cara y hecha una facha.

—Pero, abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—Para poder oirte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—Para poder verte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué manos tan grandes tienes!

—Para poder agarrarte mejor.

—Pero, abuelita, ¡qué boca tan grande tienes!

—Para poder devorarte mejor.

Y cuando el lobo hubo dicho esto, dió un salto de la cama y devoró a Caperucita.

Cuando la fiera hubo saciado su hambre, se metió de nuevo en la cama, durmióse y empezó a roncar espantosamente.

Pasaba por allí entonces un cazador, que al oir los ronquidos se dijo:

—¿Cómo puede roncar tanto esa anciana? Entraré a ver si tiene algo.

Hízolo así, y cuando se acercó a la cama vió al lobo.

—¡Por fin te encuentro, viejo tordo! —dijo.—¡Hace tiempo que venía buscándote!

Quiso apuntar con la escopeta; pero en el acto se le ocurrió que el lobo podía haber devorado a la abuela y que acaso era aún tiempo de salvarla. No disparó el tiro, sino que, tomando unas tijeras, empezó a abrir el vientre al lobo dormido, y después de unos cuantos tijeretazos, de un salto salió la niña y exclamo:

—¡Dios mío, cómo me he asustado! ¡Qué oscuro estaba en el vientre del lobo!

Luego salió también la abuela, que apenas podía respirar.

Caperucita fué corriendo a buscar piedras grandes y con ellas rellenó el cuerpo del lobo.

Cuando éste despertó, quiso levantarse; pero las piedras le pesaban tanto, que cayó en tierra y se mató.

Los tres se alegraron mucho: el cazador cogió la piel del lobo, la abuela comió el bollo y bebió el vino que Caperucita había llevado y recobró sus fuerzas; y Caperucita pensaba:

—En mi vida volveré á desviarme del camino ni a andar por el bosque cuando mi madre me lo prohiba.

* * * *

Cuéntase también que un día que Caperucita llevaba de nuevo bollos a su abuela, encontró otro lobo que quiso extraviarla en el bosque. Pero Caperucita se fué derecha a casa de la abuela, contándole que había encontrado al lobo y que le había dado los buenos días; pero que le había dirigido unas miradas tan feroces, que si no hubiera estado en plena calle, se la hubiera comido.

—Cerremos las puertas para que no entre dijo la abuela.

Poco después llamó el lobo gritando:

—¡ Abre, abuelita! ¡Soy Caperucita, te traigo bollos!

Pero ellas se callaron y no abrieron la puerta; entonces subióse el lobo al tejado y quiso esperar allí hasta que Caperucita se fuera a su casa por la noche, para cogerla entonces en la oscuridad y devorarla. Pero la abuela comprendió lo que maquinaba.

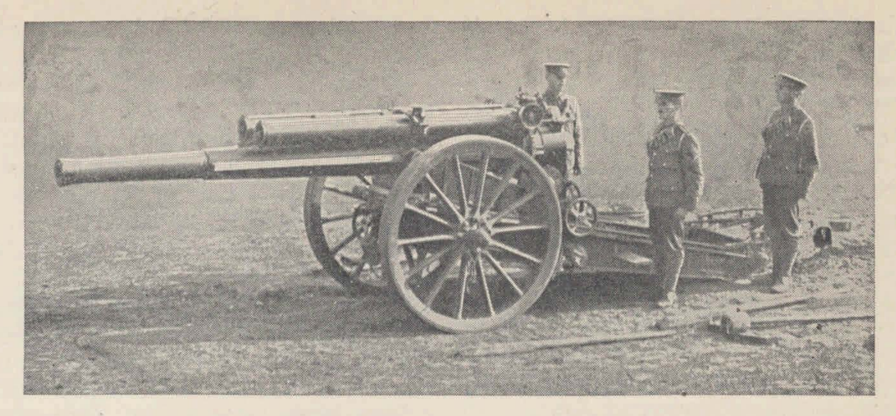
Delante de la casa había una tinaja muy grande, y la abuela dijo a la niña:

—Toma el cubo, Caperucita; lleva a la tinaja el agua en que se coció ayer la carne.

Caperucita llevó mucha agua, hasta que llenó toda la tinaja.

Cuando el lobo percibió el olor de la carne, estiró tanto el pescuezo para ver de dónde venía, que resbaló, se cayó del techo derechamente en la tinaja y se ahogó. Caperucita se fué contenta a casa y nadie se metió con ella.





¿CUÁL ES LA CAUSA DEL GRAN RUIDO QUE SE PRODUCE CUANDO SE DISPARA UN CAÑÓN?

ESTE ruido es debido a una explosión, esto es, a la repentina expansión de un gas comprimido, al abandonar el espacio en que se hallaba encerrado para difundirse en el aire.

Lo que sucede es que quemamos de repente una pólvora que hemos preparado de antemano con substancias tales, que, al arder, produzcan gran cantidad de gases en muy corto espacio de tiempo, a fin de que pueda ser aprovechado todo su poder explosivo. Otra gran ventaja obtenemos con esta clase de explosión, y es que los gases que se producen poseen una temperatura elevadísima, que les comunica la combustión que los engendra. Un gas caliente ocupa, como es natural, un espacio mucho mayor que cuando está frío, y, de este modo, cuando disparamos un cañón, producimos instantáneamente un gas a temperatura elevada en un espacio muy reducido, que no es suficiente para contenerlo. Si esto tuviese efecto dentro de un cajón cerrado, saltaría hecho pedazos; pero, en el caso de un cañón, los gases tienen su vía natural por donde salir al exterior, que es su boca; sino que, antes de llegar a ella, tropiezan con el proyectil que la obtura, y lo arrastran por delante; y, al expansionarse, engendran la onda sonora que impresiona nuestros oídos.

¿CUÁL ES LA COMPOSICIÓN DE LA PÓLVORA?

Las pólvoras modernas se diferencian por muchos conceptos de la antigua, que por espacio de tantos años se usó sin alteración alguna. En nuestros días se fabrican pólvoras sin humo y toda clase de grandes explosivos, cuya composición es muy distinta de la pólvora ordinaria. El principio, no obstante, sigue en todos los casos siendo el mismo. No podemos hacer que el aire llegue hasta la pólvora, porque necesitaríamos disponer para ello de un canal; y entonces la explosión se efectuaría por ese canal. Además, el aire sólo contiene una quinta parte de oxígeno, y su nitrógeno sería perfectamente inútil, cuando no perjudicial. La pólvora debe, pues, contener oxígeno en sí misma; y esto se consigue mediante el empleo del nitro o salitre, que posee mucho oxígeno, y lo cede fácilmente a cualquier otro cuerpo que se lo solicite.

Por otra parte, cuando se descompone el salitre, el nitrógeno que contiene queda libre y adquiere una elevada temperatura, necesitando ocupar mucho más espacio que si estuviese frío. Hace falta, además, una subs-

tancia que arda, y ésta nos la suministra el carbón de leña y el azufre, los cuales se apropian el oxígeno del salitre con suma rapidez, porque el oxígeno que dejan libre sus compuestos tiene gran tendencia a combinarse con otro cuerpos, como ya vimos en otro lugar de este libro.

Así pues, los gases que al expansionarse producen la explosión, son: el ácido carbónico, el bióxido de azufre, y el nitrógeno, juntamente con pequeñas cantidades de otros gases; mientras el potasio del salitre, combinado con otros cuerpos, queda adherido al ánima del cañón, y hay que limpiarlo después de cada disparo, si se quiere que aquél funcione bien. La invención de esta mezcla de azufre, salitre y carbón, llamada pólvora, fué un gran acontecimiento en la historia de la guerra, la cual sufrió un cambio completo.

¿CUÁL ES LA COMPOSICIÓN DEL HUMO?

Hay muchas clases de humos. Los gases que se producen, cuando se dispara un cañón, no son humo, porque éste nunca es un gas, sino una mezcla de finísimas partículas sólidas, suspendidas en el aire. En cuanto a la pólvora ordinaria, produce menos humo, cuando la proporción de las diversas substancias que la constituyen se hallan equilibradas sabiamente. Si hay demasiada cantidad de alguno de los ingredientes, comparado con los otros, no se consumirá toda ella al explotar, y saldrá por la boca de la pieza en forma de humo; la pólvora ordinaria siempre produce humo, porque no es la mejor mezcla que puede idearse para el fin a que se la destina.

El humo de las ciudades compónese generalmente de partículas de carbón; y uno de sus principales inconvenientes es el ser oleaginoso, por lo que se adhiere a las cosas y las mancha. La exacta composición del humo, depende, por supuesto, de la substancia que se haya quemado, y del modo como se haya realizado la combustión. El humo de la combustión de la madera es muy distinto del de la combustión del carbón, y en ambos casos depende en gran parte la cantidad del que se produce de la temperatura a que la combustión se verifica.

Cuanto más elevada sea aquélla, más fácil y completa será la combustión de los cuerpos. Todos hemos observado que cuando un fuego no está bien encendido, y su temperatura, por tanto, no es demasiado elevada, despide densas nubes de humo; y, por el contrario, cuando está bien encendido, y arde con llama clara, produce muy poco humo. Por otra parte, unas clases de carbones producen mucho menos humo que otras, dependiendo esto también de la cantidad de aire que alimente la combustión. Todas estas circunstancias deben tenerse muy en cuenta porque influyen notablemente en la economía del combustible, en la cantidad de calor que la combustión desarrolla, y en el daño que causa el humo a las personas, animales y plantas que tienen que respirarlo.

¿CUÁL ES LA MADRE: LA GALLINA QUE PONE LOS HUEVOS O LA QUE LOS INCUBA?

Esto casi equivale a preguntar que quién es la madre: si la mujer que da a luz una criatura, o el fuego que sostiene su calor, o la vaca de cuya leche se la nutre cuando la madre no puede criarla. Y, sin embargo, la pregunta bien merece la pena de ser formulada y contestada, porque hacen falta dos cosas para ser una madre completa. Una es carnal o física, y constituye la verdadera maternidad, porque el pollo que se desenvuelve dentro del huevo recibe su vida de la gallina que lo puso, como el niño de su verdadera madre. Pero lo mismo el pollo que el niño, necesitan otros cuidados maternales, y por eso hemos dicho que la maternidad completa tiene dos partes. Bien se echa de ver, sin embargo, cual de ella es la más importante, recordando cuán fácil es incubar un huevo de gallina colocándole dentro de una caja y manteniendo ésta a una temperatura constante y apropiada. Los artefactos destinados a este fin se llaman incubadoras, de suerte que la pregunta hubiera podido formularse también de

esta manera: ¿Cuál es la madre: la gallina que pone los huevos o la incubadora que los saca?

Entre los hombres, la segunda parte de la maternidad, aunque no sea real y corpórea, es más importante que entre los restantes seres; porque los niños, al nacer, hállanse más desvalidos que ninguna otra criatura y continúan por mucho más tiempo que las demás en este desamparo, por lo que necesitan mayores cuidados. Así pues, aunque la madre verdadera es la que da a luz al niño, sólo podremos en justicia decir que es su madre completa, si se encarga de su cuidado después de su nacimiento; de igual manera que la gallina que pone el huevo, y se cuida luego de él y del pollo, cuando sale, es una madre más completa que la que se limita a poner el huevo y nada hace después en favor de la vida menesterosa y delicada que encierra.

¿ESTÁ HUECO EL INTERIOR DE LA TIERRA?

Aunque nadie ha visto jamás, ni verá nunca el interior de la tierra, estamos perfectamente seguros de que debemos dar a esta pregunta una contestación negativa. Sabemos que la tierra posee una corteza sólida muy delgada, que con suma facilidad se resquebraja y arruga, produciendo cadenas de montañas, y podemos probar que esta corteza debe ser completamente distinta de lo que bajo de ella existe. Ahora bien, una, de las maneras como podemos estudiar el centro de nuestro globo es pesando éste, y comparando su volumen con su peso. Esto nos da a conocer la densidad de la materia de que está formada la tierra; y el resultado constituye una respuesta terminante a la pregunta.

Si poseyésemos una pelota pequeña, pero terriblemente pesada, más pesada, en proporción de su tamaño, que ninguna de las que hubiésemos manejado jamás, no se nos ocurriría sospechar que estuviese hueca, sino que, por el contrario, nos llamaría la atención el que la materia contenida en su interior estuviese tan excesivamente comprimida. Esto es precisamente lo que ocurre con esta gran pelota, que designamos con el nombre de tierra. Su densidad es muy grande, y la materia que la forma es mucho más abundante y se halla mucho más comprimida de lo que podemos imaginar. Los hombres hemos meramente arañado la superficie de la tierra, y ya, al bajar a profundidades tan relativamente pequeñas, hallamos que la densidad aumenta de un modo extraordinario, como es natural que suceda, teniendo en cuenta el peso que gravita sobre nosotros en el fondo de una mina. Así pues, podemos afirmar con certeza, que la tierra, no sólo no está hueca, sino todo lo contrario.

¿ESTÁN HUECOS NUESTROS CUERPOS?

La respuesta a esta pregunta es semejante a la dada a la anterior, y, por un razonamiento análogo, debemos contestar categóricamente que no. La presión que soporta el interior de la tierra impide que sea hueco, y la que sufre el interior de nuestro cuerpo hace igualmente imposible su oquedad. Sabemos que existen en nuestro organismo numerosos tubos y sacos, como el estómago; y todos, al decir antes de la comida que tenemos el estómago vacío, nos lo imaginamos como si fuese un saco con un espacio vacío en su interior.

Esto no es verdad, sin embargo. El cuerpo entero encuéntrase sometido a la presión de la atmósfera, que lo comprime por todas partes, y, por tanto, cuando el estómago está vacío sus paredes hállanse oprimidas fuertamente las unas contra las otras por todos los demás órganos que existen a su alrededor. El cuerpo entero y todas sus diversos órganos, ya sean macizos o huecos, están pegados unos a otros, sin que quede jamás un hueco, resquicio o vacío en ningún sitio. Hace ya mucho tiempo, se decía que « la naturaleza siente horror al vacío », lo cual equivale a afirmar que no existe realmente ningún espacio vacío en parte alguna, porque la naturaleza se encarga de llenar siempre cualquier re-

UN TEMPLO QUE PARECE UN JOYERO

Los edificios más hermosos de la tierra están en la India, y el presente grabado, que representa el templo de Yain, en Calcuta, puede darnos una idea de las grandes maravillas que encierra este antiguo imperio. Dicho templo se halla casi todo construído de mármol blanco, y toda su superficie está decorada como si se tratase de un joyero. Los pilares de la entrada, los entrepaños de las paredes, y la fachada principal hallánse cubiertos de mosaicos, fabricados con millones de trocitos cuadrados de mármol y cristal, los cuales reflejan la luz, de suerte que, cuando el sol incide sobre ellos, diríase que el templo está cubierto de brillantes.

cipiente que deseemos vaciar. Esto es aplicable a la tierra, al mar, al aire y a nuestros propios cuerpos; y hasta cuando practicamos el vacío por alguno de los procedimientos que la ciencia nos enseña, jamás logramos expulsar el éter, que se encuentra absolutamente en todas partes, hasta en lo que llamamos espacios siderales.

¿CUÁL ES LA CAUSA DE LOS TEMBLORES DE TIERRA?

La primera razón, a que probablemente obedecen los terremotos, es que la tierra se contrae gradualmente, a medida que su superficie se enfría. Sabemos que nuestro planeta posee una corteza muy delgada, relativamente fría, y un interior muy caliente. La corteza descansa sobre la parte interna del globo, y, cuando ésta se encoge, deja sin punto de apoyo ciertas partes de dicha corteza, las cuales quedan expuestas a hundirse o agrietarse. Esto sucederá principalmente en aquellos lugares, donde la corteza terrestre es más delgada y más propensa a quebrarse que en otros. Es muy común en el Japón, por ejemplo, y muy raro en Inglaterra.

Mas cuando sobreviene un terremoto en algún lugar del globo, engendra una ola de traslación, que recorre la superficie de la tierra, y puede ser advertida en todas partes, si se dispone de aparatos adecuados; y si se anota la hora en que llega la ola al lugar donde estamos, y la comparamos con la que marca el reloj en el momento de engendrarse, fácil será averiguar la velocidad con que camina la ola del terremoto. Pero a veces no es posible averiguar de donde partió la ola, y en estos casos es fácil adivinar que se produjo bajo del mar; porque los terremotos pueden iniciarse en cualquier punto de la corteza terrestre, aun cuando sirva de fondo a los mayores océanos. Por eso puede haber terremotos en el fondo de los mares.

¿POR QUÉ TEMBLAMOS CUANDO SENTIMOS MUCHO FRÍO?

Hay más de una razón para que temblemos cuando sentimos frío. Es la principal que el frío, en los primeros momentos, más bien excita y perturba el sistema nervioso, al contrario del calor que, por lo común, lo calma. Estos opuestos efectos del frío y del calor los podemos apreciar perfectamente, cuando tomamos un baño caliente o nos damos un chapuzón en agua fría. Esto no quiere decir, por supuesto, que el temblor sea la misma cosa que la sensación de actividad que se apodera de nosotros después de un baño frío; pero en ambos casos nos ha servido el frío de estimulante. Ahora cabe preguntar si el temblor nos reporta algún beneficio, o si, por el contrario, es un fenómeno sin utilidad ni fin. Puede muy bien demostrarse, con entera evidencia, que el temblor es de utilidad para el cuerpo, lo mismo que el hambre, y que hasta la misma fiebre lo es a veces, aunque todas estas cosas nos parezcan nocivas de por sí. Una de las ventajas del temblor es que nos hace advertir que sentimos frío y podemos precavernos a tiempo contra sus perjudiciales consecuencias. Después de sus primeros efectos sobre nuestro organismo, el frío adormece el cerebro, y tal vez sirva el temblor para mantenerlo despierto y advertirle que debe tomar ciertas medidas para defenderse de él.

¿NOS AYUDA A ENTRAR EN REACCIÓN EL TEMBLOR QUE EL FRÍO NOS PRODUCE?

Creemos que puede encontrarse una explicación satisfactoria de dicho temblor. Siempre que trabaja un músculo desarrolla calor, hasta el extremo de que gran parte del calor del cuerpo humano se produce en los músculos, que han recibido el nombre de « hogares de nuestro organismo ». Consiste el temblor en pequeños y vivos movimientos de vaivén, a veces casi regulares, como cuando nos castañetean los dientes, de todos o la mayor parte de los músculos de nuestro cuerpo. Ahora bien, aunque el temblor nos indica con frecuencia que nos hemos enfriado, nos ayuda al mismo tiempo a entrar en reacción, porque todos estos pequeños movimientos musculares producen calor. Así que podemos decir que, cuando una persona permanece inactiva, ne-

gándose a hacer ejercicio muscular para conservar el calor de su cuerpo, el cerebro se encarga de ello y hace cuanto está en su poder para producir temblor en sus miembros.

¿POR QUÉ VEMOS QUE GIRA TODO EN TORNO NUESTRO, CUANDO NOS ACOMETE UN VAHIDO?

Cuando una persona se ve acometida de un vahido y se siente a punto de desmayarse, su cerebro no puede regir debidamente el funcionamiento de sus ojos, los cuales darán vueltas desordenadamente, tal vez independientemente uno del otro, y por eso nos parece que las cosas dan vueltas a nuestro alrededor. Otra razón del vértigo está estrechamente ligada con un órgano admirable de nuestro cuerpo, que tenemos junto al oído, sin el cual nadie podría incorporarse ni mucho menos tenerse en pie, aun cuando pocas personas conocen su existencia. Este órgano, que ordinariamente se cree que está íntimamente ligado con el oído, es el que nos hace guardar el equilibrio. Las personas que lo tienen enfermo, sufren constantes vértigos, y ven girar continuamente los objetos en torno suyo.

Como saben muy bien los muchachos, puede uno fácilmente producirse vértigos a sí mismo, y ver girar todo lo que le rodea, con sólo dar varias vueltas seguidas en un mismo sentido. Esto perturba el órgano del equilibrio, del cual acabamos de hablar, y esta perturbación es la que produce la sensación del vértigo. Dando vueltas después en sentido contrario, vuelve el órgano expresado a su estado natural, y desaparece en nosotros la sensación de vértigo. Esta palabra que empleamos para designar el estado especial en que las cosas nos parecen girar en torno nuestro, derívase de la voz latina *verto*, que quiere decir dar vueltas, y que hallamos en otras palabras, como convertir, invertir, etc.

¿POR QUÉ LAS LLAMAS, NO VAN HACIA ABAJO SINO SIEMPRE HACIA ARRIBA?

A quien no sea muy aficionado a observar la naturaleza, tal vez se le ocurra objetar que la pregunta no es cierta, y que las llamas sólo se mueven hacia lo alto, porque un mechero de gas, por ejemplo, está siempre vuelto hacia arriba. La pregunta, sin embargo, es perfectamente cierta aun en el caso de un mechero de gas vuelto hacia abajo, porque, en este caso, la llama, como es fácil observar, da la vuelta hacia arriba. Si queremos que una llama se dirija hacia abajo o hacia un lado, tendremos necesidad de establecer una corriente de aire que la sople en la dirección deseada, como sopla el viento la llama de una cerilla en todas direcciones. Esto puede conseguirse en algunos mecheros colocando el orificio de salida en la dirección deseada, y haciendo salir el gas con gran fuerza. En el caso de un hogar establécese por la chimenea una considerable corriente de aire que arrastra consigo las llamas hacia arriba.

Pero, cuando no existe corriente alguna de aire en ninguna dirección, si quemamos cualquier cosa sin hacer incidir sobre ella corriente de aire alguna en determinado sentido, las llamas irán siempre hacia arriba, como dice la pregunta, por las siguientes razones: Primero, porque la temperatura de una llama es muy elevada, y, siendo los gases calientes mucho más ligeros que los fríos y que los que componen el aire que les rodea, los gases de las llamas propenderán siempre a elevarse; y, segundo, porque al elevarse estos gases, establecen por sí mismos una corriente ascendente. A medida que se elevan los gases calientes, dejan un lugar vacío y acuden los de abajo a llenarlo; y esta operación se repite sin cesar, estableciéndose de este modo la corriente ascendente de que hablamos.

¿NOS REPORTA ALGUNA VENTAJA EL QUE LOS GASES CALIENTES SE ELEVEN A LAS ALTAS REGIONES DE LA ATMÓSFERA?

Un mechero de gas puede ayudar a ventilar una habitación, porque establece una corriente de aire. Si los gases calientes no tuviesen la propiedad de elevarse, ni nosotros podríamos vivir, ni los hornillos, ni mecheros de

gas, ni otra cosa cualquiera, arder por más de un segundo o dos. Los gases que se producen, cuando se quema algo, arden también a su vez, y no pueden, por tanto, ni quemarse nuevamente, ni alimentar la combustión de cosa alguna. Bien puede decirse que su vida y poder terminaron para siempre.

Estos gases son, en su mayor parte, ácido carbónico y vapor de agua, hallándose ambos completamente oxidados, pues el carbón del uno y el hidrógeno del otro quedan combinados con todo el oxígeno que pueden contener, y ninguno de ellos lo cederá para quemar otro cuerpo. Así pues, si los gases calientes no se elevasen, dejando sitio al aire puro, que suministra el oxígeno para la combustión, ésta no podría durar mucho tiempo; porque ya sabemos que no puede verificarse en la atmósfera de ácido carbónico y vapor de agua que envolvería inmediatamente a todo objeto, cuya combustión se iniciase, si los gases calientes no propendieran a ganar las regiones superiores a causa de su menor densidad.

¿POR QUÉ SE ELEVA NUESTRO ALIENTO EN EL AIRE?

Lo mismo exactamente que, según acabamos de explicar, ocurre con los gases calientes, sucede también con nuestro aliento. Si el ácido carbónico y el vapor de agua que expelen los pulmones se estacionase alrededor de la boca y la nariz, tendríamos necesariamente que respirarlos de nuevo a la inspiración siguiente, en vez de respirar aire nuevo, y, de este modo, no tardaríamos en asfixiarnos.

Tan lejos está de ser así, que nuestro aliento obedece la ley de los gases calientes, y se eleva al instante en la atmósfera, de manera que, cuando respiramos de nuevo, hallamos ya aire puro bien saturado de oxígeno. Claro es que podemos burlar las leyes de la naturaleza, si cometemos la necedad de confinarnos en habitaciones cerradas dotadas de techos bajos, en las cuales los gases que expelemos al respirar apenas pueden alejarse de las proximidades de nuestras narices, teniendo forzosamente que inspirar aire ya respirado, es decir, aire quemado ya; y esta es la razón por la cual las personas se ven acometidas de sueño, y aun llegan a desmayarse, en lugares mal ventilados.

También podemos burlar las leyes de la naturaleza, hasta cierto punto al menos, por otros medios. Por ejemplo, podemos colocar la cama al lado de una pared que impida que los gases que expelemos puedan alejarse con facilidad de nosotros. Las camas, a ser posible, deberían colocarse lejos de la pared; ya que no podamos hacerlo así, debemos procurar, por lo menos, no adosar a la pared el costado hacia el cual tenemos la costumbre de dormir. Y la cuestión relativa a la ropa de cama sugiérenos una manera de poder gobernar nuestro aliento; un medio por el que los niños sienten especial predilección, porque a veces se creen más seguros en medio de la oscuridad, cuando se tapan las orejas.

¿ES SALUDABLE DORMIR TAPÁNDOSE LA CARA CON EL COBERTOR DE LA CAMA?

Las madres y nodrizas se preocupan a veces de esto, porque creen, con mucha razón, que los niños, y todas las personas en general, deberían dormir con la cara descubierta. Pero, si observan al niño mientras duerme, verán siempre que, aunque con frecuencia se entregan al sueño con la cara tapada, cuando ya se han dormido o están próximos a dormirse, sus cuerpos se revuelven, presa de bastante inquietud, y no descansan hasta que, a fuerza de moverse, logran sacar la nariz fuera de las ropas que los cubre, con lo cual, los gases expelidos por la respiración, pueden fácilmente elevarse y dejar sitio al aire puro. Así pues, las personas que velan por los niños, no deben en realidad inquietarse porque se entreguen al sueño con la cara cubierta, pues sus cerebros se encargan de impedir que duerman de este modo.

Es posible, también, que conciliemos el sueño con más facilidad con la nariz y la boca tapadas. La manera como las aves y otros animales se entregan

al sueño, nos sugiere esta consideración; y, si recordamos que el ácido carbónico posee la propiedad de adormecer a las personas, como todos advertimos en los lugares poco ventilados, nos explicaremos fácilmente el por qué.

¿CUÁL ES EL ORIGEN DE LOS NOMBRES QUE LLEVAN LOS PLANETAS?

Los nombres de todas las cosas les han sido asignados por los hombres, y a veces también por los niños, quienes han inventado ciertas palabras, como «papá» «mamá» y otras. Por eso, cuando hablamos del nombre de alguna cosa, nos referimos al que le han asignado los hombres. El nombre no es una parte integrante de la cosa, y lo que nos interesa es que las personas a quienes nos dirigimos, sepan de lo que hablamos. «Una rosa conservará su perfume aunque le demos otro nombre», dijo Shakespeare. Y el sol, aunque lo designemos de otro modo, seguirá siendo el sol y alumbrándonos con su luz como siempre. Y antes de hablar de los planetas, ¿qué diremos del nombre del sol mismo? Nosotros lo llamamos Sol, lo mismo que los romanos, y los griegos le decían Helios. Es muy posible que si en Marte hay habitantes le llamen «gato» al sol, y «soles» a los gatos, pues el nombre importa poco para la substancia de la cosa. Un nombre no es más que un rótulo.

Los nombres de casi todos los planetas son muy viejos, y les fueron asignados por razones muy curiosas que conviene conocer. Mercurio se mueve con mucha velocidad, y así debe de ser, porque está tan cerca del sol, que sería atraído por éste si su movimiento fuese más lento, y lleva el mismo nombre que el «mensajero de los dioses», inventado por griegos y romanos, que creían en él.

Venus es un planeta muy hermoso, y lleva el mismo nombre que la diosa de la belleza. Marte, por su color rojizo, que recuerda el de la sangre, ostenta el nombre del dios de la guerra. Júpiter es el mayor de los planetas, y lleva el nombre del padre de los dioses, en quienes creían los antiguos.

Viene después Urano, que ha sido bautizado en los tiempos modernos, por seguir la tradición, con el nombre de un dios mitológico. Fué descubierto por el insigne alemán Guillermo Herschell, que vivió en Inglaterra, y quiso llamarle *Georgium*, en memoria del rey de Inglaterra. Otros quisieron darle el nombre de su descubridor, lo cual hubiera sido más discreto que asignarle el de un rey que ninguna intervención había tenido en su descubrimiento; pero se convino, por fin, en darle un nombre antiguo, como a los demás planetas.

Por lo que toca a nuestra buena madre la tierra, los antiguos la llamaron *Ge*; por eso designamos actualmente la ciencia que en su estudio se ocupa, con el nombre de *ge*-ología; y a lo que llamamos luna nosotros, llamaban ellos *Selene*. Tenemos en nuestro idioma la palabra lunático, porque, en tiempos de ignorancia, se creía que los hombres perdían la razón por la influencia maléfica de la luna.

¿QUIÉN ASIGNÓ A LAS ESTRELLAS SUS NOMBRES?

En la actualidad se conoce un número enorme de estrellas — unos 100.000.000, aproximadamente—y las pequeñas (o por mejor decir, las menos brillantes, porque si las vemos más pequeñas es porque están muy lejanas) tienen sencillamente asignado algún número o letra, como los automóviles, a fin de poder identificarlas. Pero las estrellas brillantes han sido conocidas desde tiempos muy remotos, 10.000 años, lo menos, habiéndose perdido el origen de sus denominaciones, juntamente con los nombres de los que se los pusieron.

Algunos de estos nombres son árabes, o griegos, o latinos, pero, con seguridad, muchos de ellos son mucho más antiguos que los astrónomos de estos pueblos, los cuales los aprenderían probablemente de sus predecesores, como nosotros los aprendimos de ellos. Una estrella que posee un nombre en extremo interesante es la Estrella Polar, que vemos en otra página, la cual nos indica la dirección del Norte. Nadie

sería capaz de decir el número de millones y millones de navegantes que durante millares de años han contemplado con ojos satisfechos, y a veces con ansiedad, esta bendita estrella, que les enseñaba la ruta que debían seguir para regresar a sus hogares cruzando los ignorados océanos; y es seguro que todos ellos la habrán designado siempre con la misma palabra que en sus respectivos idiomas designaran el Norte. Los orígenes de los nombres de las principales estrellas, como Aldebarán y Sirio, deben perderse en la noche de los tiempos. *Al* equivale, en árabe, a nuestro artículo definido, y la mayor parte de las palabras que en español empiezan por *al*, son de origen árabe.

¿ES CIERTO QUE LAS PERSONAS SUBEN TRES VECES A LA SUPERFICIE DEL AGUA, ANTES DE AHOGARSE?

La respuesta a esta pregunta es negativa, pues la antigua leyenda de que las personas suben tres veces a la superficie antes de ahogarse, es completamente errónea.

Algunas veces las personas que se ahogan no suben a la superficie para nada; por ejemplo, cuando se rompen la cabeza contra cualquier objeto duro del fondo. Por lo general, suelen subir, sin embargo; pues nuestros cuerpos pesan muy poco más que el agua, y los movimientos de los pies y las manos, aunque los ejecuten personas que no sepan nadar, los hacen subir a la superficie, hasta que les entra tanta agua en los pulmones y el estómago, que sus cuerpos aumentan de peso y no pueden subir más. Las veces que una persona que se está ahogando sube a la superficie, si es que sube, es cuestión puramente eventual. Durante un certamen de buceo, uno de los buzos cayó de plano sobre la superficie del agua, quedándose sin resuello, y se fué al fondo derecho, porque perdió el conocimiento y no pudo ejecutar movimiento de ninguna clase. Si los demás hubiesen esperado que subiera a la superficie, siquiera fuese una vez, se habría ahogado a buen seguro; mas lo buceó un nadador y lo sacó a la superficie, y no tardó en reponerse. Este caso nos enseña que jamás debemos dar crédito a ciertas vulgaridades, por viejas o populares o agradables que puedan parecernos. Cuando alguien se halle en peligro de ahogarse, hemos de estar bien penetrados del deber en que estamos de proceder a auxiliarle sin demora, y de este modo tendremos muchas más probalidades de salvar la vida de un semejante.

¿POR QUÉ EL VAPOR QUE EXHALA EL AGUA AMARILLA NO ES AMARILLO TAMBIÉN?

La respuesta es que cuando el agua se convierte en gas o vapor, es decir, cuando se evapora, abandona las substacias que se hallan disueltas en ella.

En el caso de la lluvia, el sol evapora el agua de los mares, mas no las sales que tiene en disolución; y en el caso del agua amarilla queda, como residuo, la substancia amarilla a que debe su color, cuando el agua se convierte en vapor. Esta propiedad del agua es de suma trascendencia e importancia, pues nos enseña que, mediante la evaporación, estamos siempre obteniendo nuevos repuestos de agua pura que no posee en disolución substancia alguna, y puede disolver, por lo tanto, otras substancias. Sabemos que gran parte de los beneficios que el agua nos reporta son debidos a su poder disolvente; pero la cantidad que de cada substancia puede disolver el agua tiene un límite, como podemos comprobar nosotros mismos con un poco de agua y cierta cantidad de sal común o de azúcar. Si el agua no propendiera siempre a evaporarse y dejar como residuo las substancias que tiene en disolución, su poder de disolver siempre cosas nuevas pronto tocaría a su fin; y los químicos no sabrían cómo obtener agua pura, como no fuese por el largo y costoso sistema de fabricarla mediante la combinación del hidrógeno con el oxígeno.

¿POR QUÉ ES BLANCA LA ESPUMA DEL JABÓN DE COLOR?

Creemos que esta pregunta no es rigurosamente exacta. Lo primero que se ocurre averiguar es la composición

de la espuma del jabón, y descubrimos en seguida que, a semejanza de la espuma ordinaria, está compuesta de burbujas de aire. El jabón le sirve solamente para hacer el agua más pegajosa, por decirlo así, obteniéndose de este modo burbujas que se adhieren las unas a las otras y duran mucho más tiempo. Si el jabón es amarillo antes de disolverse, lo sigue siendo después, y se observa con frecuencia que la espuma de un jabón de color vivo tiene un débil matiz de igual color. La pregunta ha debido, pues, formularse en estos términos: ¿Por qué tiene la espuma del jabón coloreado un matiz tan débil de igual color que *casi* parece blanca? Estudiando las burbujas de jabón, en general, encontramos al punto la respuesta a esta pregunta. La película de agua y jabón que forma la burbuja es extremadamente fina, y, como es natural, la cantidad de jabón y materia colorante que contiene en sus paredes es escasísima, y este es el motivo de que nos parezcan casi blancas. Una sola célula «roja» de la sangre, tiene un color amarillo muy tenue; pero, cuando contemplamos millones de ellas juntas, las vemos de color rojo subido. Lo mismo ocurre con otras muchas cosas. Cuando la luz pasa por una capa muy poco espesa de cualquier substancia coloreada, o simplemente se refleja en ella, su color es muy débil y apagado. La luz blanca sufre sólo un ligero cambio.

¿CÓMO HACE DESAPARECER EL JABÓN LA SUCIEDAD DE LAS COSAS?

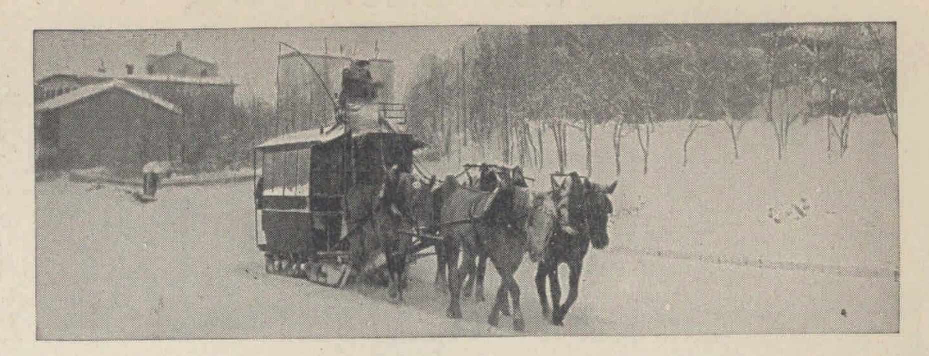
La respuesta a esta pregunta ha sido muy discutida por los químicos, y desde luego se comprende que es de suma importancia, porque la limpieza es una cosa muy necesaria, y es preciso consumir cantidades enormes de jabón, y conviene que sepamos cómo produce su efecto, a fin de obtener el mayor rendimiento posible.

Lo que principalmente ensucia los objetos es la grasa o el aceite. Nadie ignora que el polvo se adhiere al aceite y forma una masa pastosa en nuestras manos y vestidos. La grasa que expele nuestra piel, y en especial el cuero cabelludo, es la causa de que nos manchemos con tanta celeridad, y lo mismo puede decirse de otras cosas. Ahora bien, si pudiésemos disolver o arrancar la grasa de las cosas, no tardaríamos en verlas limpias, y esto es lo que hace el jabón precisamente: apoderarse de la grasa de las cosas. Veamos cómo lo ejecuta. Dos son los procedimientos conocidos actualmente. Casi todos los jabones contienen gran cantidad de una substancia llamada álcali. Este álcali disuelve sencillamente la grasa acumulada sobre los objetos, limpiándolos de esta suerte. Pero existen otros jabones que no contienen en absoluto álcali, y que quitan la suciedad por otro procedimiento. Estos jabones tienen la propiedad de dividir la grasa en gran número de gotitas muy pequeñas, que se hacen desaparecer fácilmente por medio del agua, juntamente con toda la suciedad por aquélla recogida.

A la reunión de gran número de estas pequeñísimas gotas de grasa, suspendidas en cualquier otro flúido, se da el nombre de *emulsión*. El agua no puede formar emulsión con ninguna clase de grasa, porque no se mezcla con ellas. Esta es la razón por que no podemos lavarnos bien con agua sola. Pero cuando el agua contiene jabón disuelto o fundido, puede entonces formar una emulsión con la grasa que contenga el objeto que lavemos, y limpiarlo de este modo.

¿POR QUÉ ALCANZA TANTO MÁS NUESTRA VISTA CUANTO MÁS NOS ELEVAMOS?

La explicación científica de este fenómeno es que «el alcance de la visión es directamente proporcional a la altitud del observador». Lo cual, en lenguaje vulgar, quiere decir que, cuanto más altos nos coloquemos, más extensión de terreno descubrirán nuestros ojos. Esto ocurre porque la tierra es redonda, y cuanto más nos elevemos sobre su superficie, tanto más alcanzará nuestra mirada. A 1852 metros de elevación podemos ver cosas que estén a 178 kilómetros de distancia.



LAS MARAVILLAS DE LA NIEVE

LA nieve, desconocida en ciertas regiones, es muy frecuente en otras, especialmente en las cercanas a los polos. Ya sabemos que existe en la atmósfera cierta cantidad de vapor acuoso. Cuando este vapor se enfría y su temperatura desciende por debajo de 0°, se congela y cristaliza en agujas que se reunen y entrecruzan, formando lo que se llama *copos de nieve.*

La caída de tales copos y su acumulación sobre la superficie de la tierra en capas de mayor o menor espesor, hasta que se funde y evapora de nuevo, constituye el fenómeno de la nevada.

La nieve es blanca y opaca, y éstos, que son sus caracteres más notables, obedecen a su estructura esponjosa y muy fraccionada, por la interposición de burbujitas de aire entre sus moléculas. La luz, que sin dificultad y con pérdida insignificante de brillo, atraviesa los cuerpos transparentes, no consigue atravesar la nieve, y de ahí la opacidad y blancura que en tan subido grado tiene ésta.

Aunque esponjosa y ligera, si cuando nieva recogemos algunos copos sobre un cuerpo blando, de color oscuro y de temperatura inferior a la de 0°, se descubren en ellos, a simple vista, y mejor con un microscopio, las más extrañas y sorprendentes figuras, compuestas de finas agujas simétricas y variadamente dispuestas, semejantes a estrellitas, y que presentan siempre un conjunto de delicadeza y finura tales, que la mano más hábil jamás podría realizarlas.

La nieve, por lo general, no cae dividida en menudos copos cristalizados. Desde que se desprende de las nubes hasta que, describiendo indecisas espirales, llega a tocar en el suelo, juega el viento con ella y la deshace y pulveriza o la reune en abultados copos, despojándola de sus contornos más delicados y alterando su maravillosa estructura.

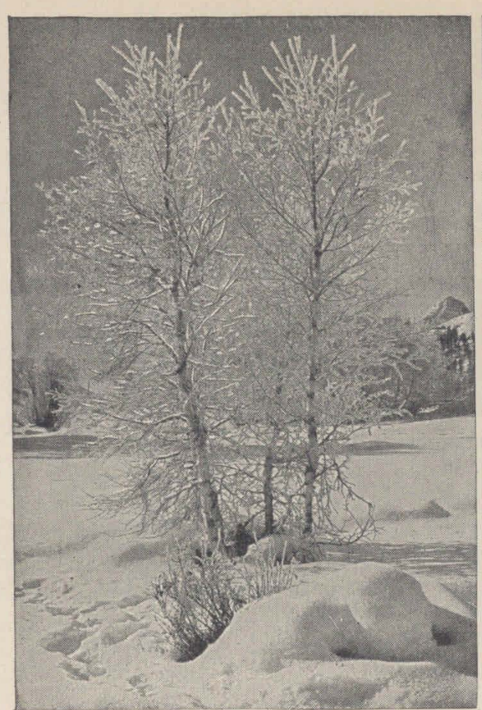
No en todos los países, ni cualquiera que sea la altitud de los lugares, nieva con la propia frecuencia y en igual abundancia, ni la nieve que durante el invierno cae, resiste tampoco con la misma energía y sin derretirse por completo, los ardores del verano.

En los terrenos inferiores e inmediatos a la orilla del mar, rara vez o nunca nieva entre los trópicos, ni en los terrenos bajos y quebrados; pero al paso que el relieve del suelo se levanta, y los continentes se ensanchan, y las llanuras se manifiestan interrumpidas por encumbrados montes y sierras o cordilleras erizadas de agudos picos, pasan las cosas de muy distinta manera; y no sólo puede nevar entre los trópicos, sino que nieva de hecho, y resiste la nieve sin fundirse meses y años, expuesta a los rayos del sol en las alturas. Estas nieves se llaman perpetuas, y brillan majestuosas en el Cáucaso, en los Alpes en los Pirineos, en los Andes, en el Himalaya y en otras altas montañas.

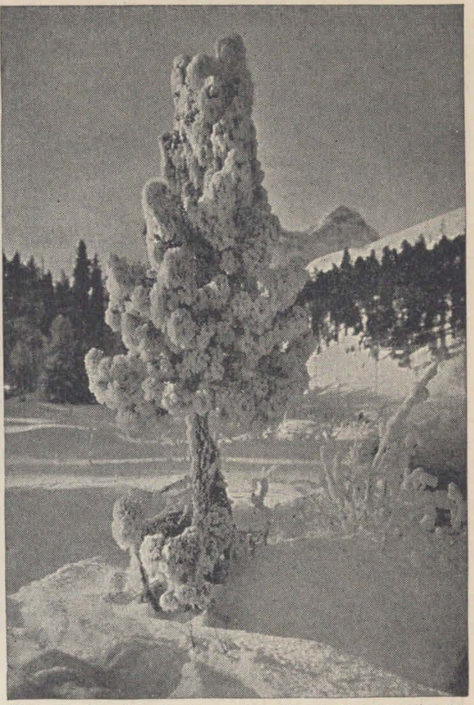
CRISTALINAS Y BLANCAS FLORES QUE CAEN DEL CIELO

Recogiendo cuidadosamente los copos de nieve sobre un cuerpo blando, de color oscuro y de temperatura inferior a la de 0°, se descubren a simple vista, y mejor con auxilio de un microscopio, las más extrañas y sorprendentes figuras, compuestas de agujas finas simétricamente dispuestas.

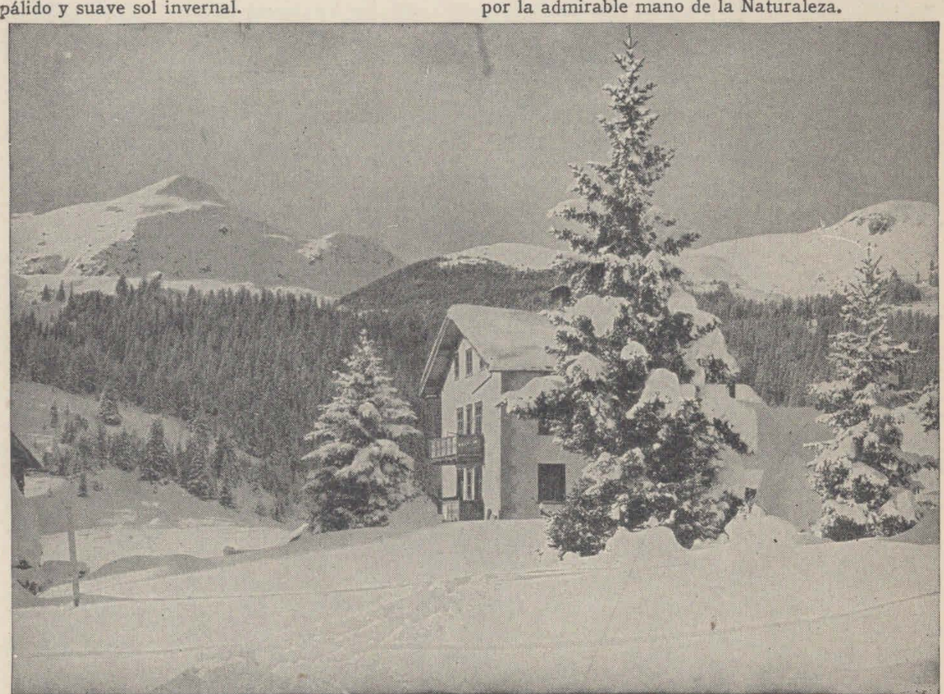
EL INVIERNO Y SUS BLANCAS VESTIDURAS



He aquí un bello trabajo de la escarcha: árboles vestidos de blancos cristales, que brillan hermosamente al pálido y suave sol invernal.



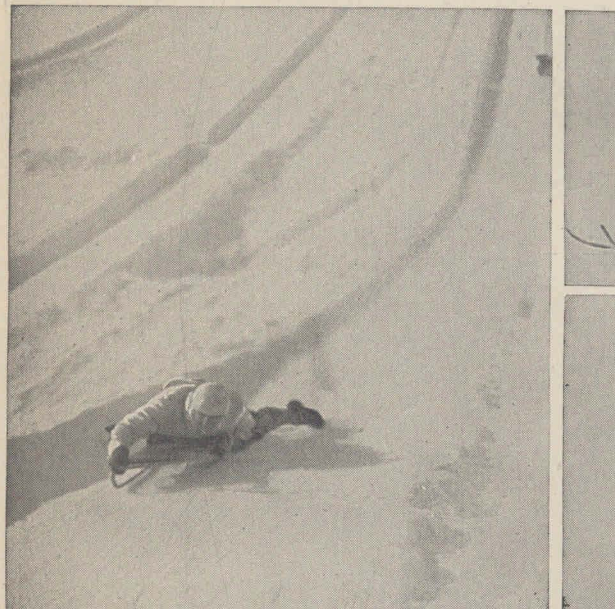
Este ciprés, abundantemente cubierto de escarcha durante una noche de invierno, parece tallado en mármol por la admirable mano de la Naturaleza.



Suiza es muy visitada en verano para disfrutar de la vista de sus paisajes y de la frescura de las regiones alpinas. Pero su belleza invernal es también extraordinaria. El grabado nos muestra una casita suiza, en terreno montañoso, en que montes, árboles y casas ostentan sus galas de inmaculada blancura.



Las carreras en toboggán, por laderas revestidas de nieve, son deliciosas.



Modo de guiar el toboggán tendiéndose en el.





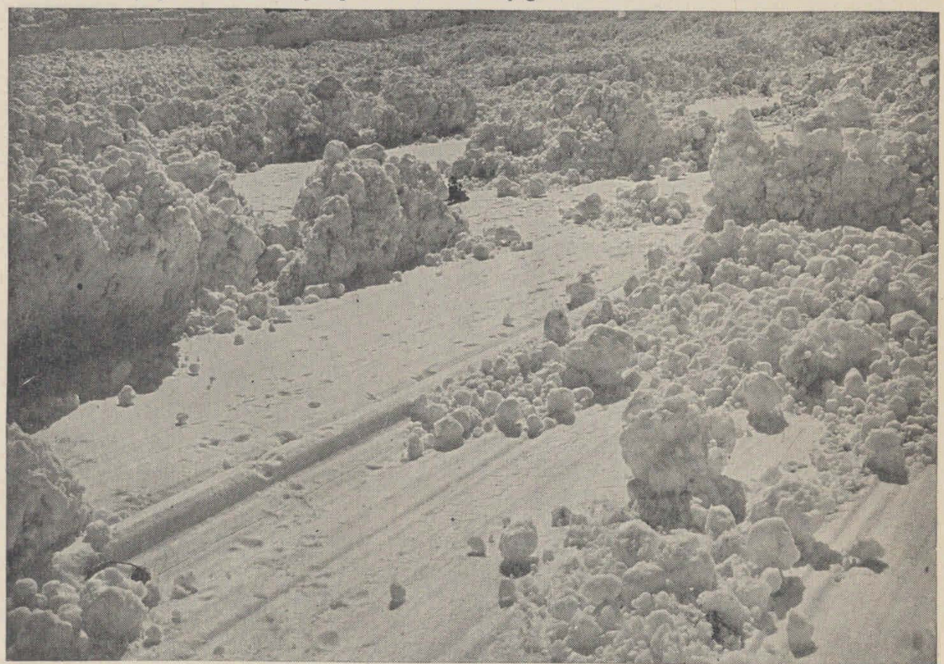
Carrera con skis, especie de patines.



Algunos corren con los skis, guiando un caballo; es un entretenimiento atractivo, pero un tanto peligroso.



Los aludes, impropiamente llamados « avalanchas », son un grave peligro para los habitantes de los valles. Enormes masas de nieve se desprenden y ruedan desde las alturas, engrosando con la nieve blanda que se les adhiere en su descenso. Caen con inmenso fragor, levantando un viento terrible, descuajando y quebrando árboles, aplastando casas y sepultando hombres y ganados.



Hay ciertos valles en que no se pueden construir viviendas de ninguna clase, por el peligro constante de los aludes. Si el declive de la montaña queda alisado por el hielo, los aludes se deslizan por ellos, como trineos monstruosos. Basta una pequeña sacudida del aire, y aun el grito de un muchacho, para que el alud se desprenda de la altura. Aquí vemos cómo termina deshecho uno de estos aludes.

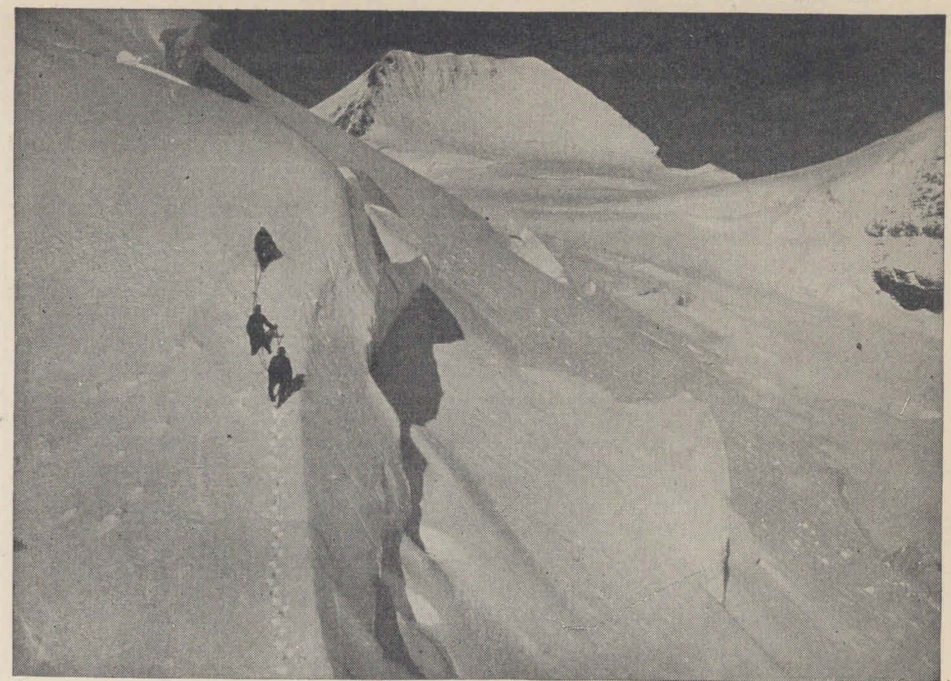


Un glaciar, ventisquero o helero, es un río de hielo, que desciende lentamente de las montañas hasta que encuentra un clima más suave, y entonces se disuelve en el agua turbia de los grandes ríos perennes. Su descenso es sumamente lento; a veces recorre solamente pocos centímetros de camino al día.



En algunos países del Norte, como en Alaska, existen huellas del paso de ingentes glaciares, que dejaron el suelo resquebrajado y sinuoso, y cubierto en diferentes sitios de grandes piedras arrastradas entre el hielo en su marcha.

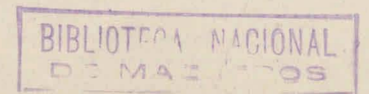


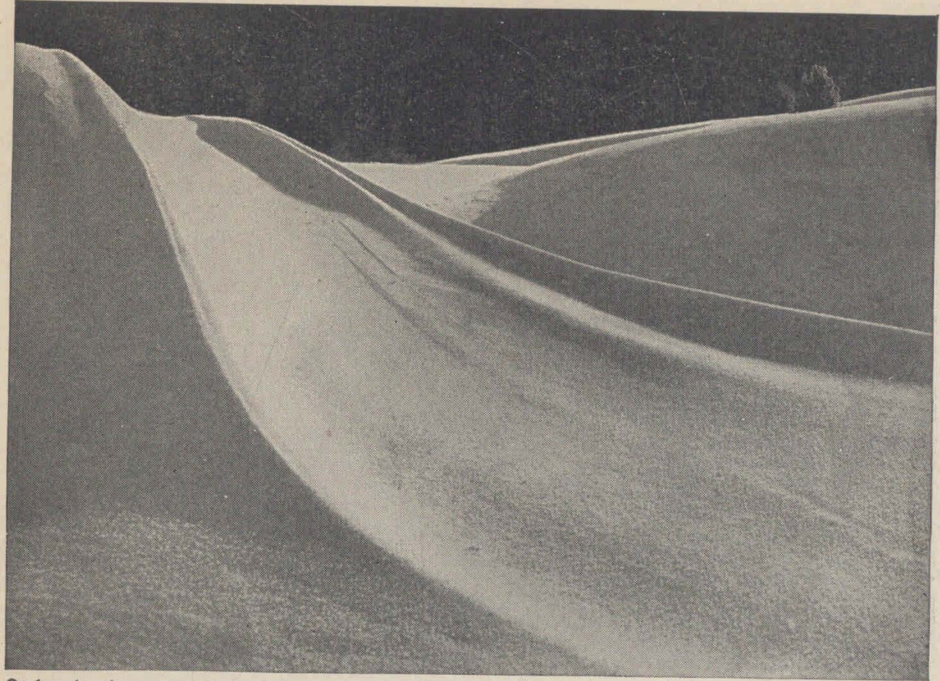


Hay algo de maravilloso en el espectáculo que ofrecen las grandes cimas de las montañas cubiertas de nieves, llamadas perpetuas porque no desaparecen nunca. Centenares de turistas acuden cada año a los Alpes, y escalan sus cumbres para gozar de la austera majestad de aquella silenciosa y cándida belleza.



No es cosa fácil ni segura aventurarse sobre los glaciares y cimas nevadas. Los peligros son muchos. Es indispensable ir atados a los compañeros, para no caer en las profundas simas, y es preciso proteger la vista con anteojos azules o verdes, para no quedar cegados por el resplandor de la nieve, que brilla al sol.





Ondas de nieve, que el viento levanta cuando aquélla está todavía blanda y ligera, formando con ella largas crestas, a lo largo de las colinas, a semejanza de las olas del mar.



Sobre terreno llano, nivelado, las ondas de nieve son más perceptibles. A veces ofrecen el aspecto de un mar agitado; otras, de olas ligeramente encrespadas. La nieve recién caída y seca es la que se presta a tales caprichos del viento. Después de una noche de helada, estas ondas, que eran móviles como las arenas de las dunas a la orilla del mar, se solidifican e inmovilizan, ofreciendo un aspecto muy característico.





OLAVO EL DE LA GRANJA

ERA Olavo un muchacho que vivía en una casa de campo de las tierras del Norte, donde entre el verde de la fresca hierba asoma el color parduzco de los peñascos. Esta casa de campo era llamada «La Granja» y estaba cómodamente emplazada en un repliegue al abrigo de dos montañas, quedando de tal modo resguardada por ellas que ni el viento de poniente, con sus lluvias, ni el levante, con sus heladas, podían penetrar allí.

A la casa le llamaban *La Granja*, porque tenía a su espalda una huerta en la que los manzanos y toda clase de árboles frutales hacían resaltar entre los helechos y brezales los colores rojos, verde y purpúreos de sus maduros frutos. Olavo, que era ya crecidito, tenía la costumbre de jugar en la huerta, desde su edad más tierna.

Jugaba bajo los manzanos pensando en los cuentos que su padre le contaba, y en especial en el del gnomo que antes habitaba La Granja, de la que se marchó, porque el padre de Olavo le había dado un par de calzones cortos de paño verde y una chaqueta de color castaño, en agradecimiento al mucho trabajo casero que ahorraba a su esposa.

Hacía más de quince años que el labrador y su esposa habitaban en La Granja, y a menudo, al contemplar la espaciosa cocina y ver la cafetera de cobre brillando lustrosa sobre la cornisa de la chimenea, las cazuelas y sartenes reluciendo en la pared, los jamones colgando del techo, la cafetera ordinaria que servía todos los días, hirviendo sobre el fogón, el suelo fregado muchísimas veces por semana y la mesa de madera que estaba todavía más límpia, les venía a la memoria que mucho tiempo atrás, mucho antes de que Olavo naciera, había poca, muy poca necesidad de cuidarse de todos estos quehaceres, pues mientras la mujer del labrador se estaba tranquilamente durmiendo en la cama, entraba todas las noches un pequeño ser viviente y se ponía a fregar el suelo y limpiar la mesa, daba brillo a la cafetera y dejaba las cazuelas y sartenes relucientes como el sol.

Recordaban, suspirando, aquellos tiempos pasados y se lamentaban de que el gnomo les hubiera dejado. Habían acabado por quererle, y, aun después de tanto tiempo, le echaban de menos y estaban tristes por su desaparición.

Olavo acostumbraba a pasar el tiempo recogiendo las manzanas que el viento había hecho caer de los árboles, o bien vigilando las ovejas que pacían en la verde hierba. A veces ayudaba a su madre a hacer manteca o cuidaba de que no se quemase la comida que se freía en la sartén. Pero, fuese cual fuese la ocupación que le retenía durante el día, siempre estaba listo para salir al encuentro de su padre cuando éste volvía todas las noches del trabajo,



y el robusto labrador entraba en la cocina llevando a Olavo en hombros y diciendo: « ¿Un cuento, hijo mío, un cuento? ¿Quieres que te cuente el de nuestro pigmeo? »

Entonces Olavo se deslizaba de los hombros de su padre al suelo y corría a buscar las zapatillas para el autor de sus días, el cual se arrellanaba en una cómoda silla, y tomando a Olavo sobre sus rodillas, le hablaba del geniecillo que lavaba los platos y mantenía la casa limpia como un espejo.

—Dígame, padre, ¿por qué se marchó?—preguntó Olavo una noche.

—Has de saber, hijo mío, que los gnomos son gente muy orgullosa. Por simpatía, como pudiéramos decir, trabajarán hasta reventar, pero no debes demostrarles agradecimiento por ello. Esto no quiere decir que alguna noche no les pongas una buena jarra de leche sin desnatar, a la puerta de la casa. Muchas noches vi a tu madre coger el jarro, asomarse a la puerta y dejarlo para nuestro bienhechor enanito. Ahora esto ha terminado. Puedes darles leche y te la aceptarán, viendo tu buena intención; mas si quieres pagarles, aceptarán lo que les des, pero no volverán jamás, a menos que. . . .

La madre le interumpió, diciendo:

—No le digas al niño el modo de hacer volver al gnomo, o esta idea ya no se le quitará de la cabeza, y se nos irá a recorrer el mundo y puede que no vuelva jamás a nuestro lado.

—No, mujer, no se lo diré, no tengas miedo. Pues bien, hijo mío, como te decía, no debes darle nada, o si no se marcha. Yo, tonto de mí, estaba tan agradecido al enano por todo lo que había hecho por nosotros que pensé: « no quiero que trabaje gratis ». El pobre debe haberse estropeado la chaqueta trabajando tanto, y en cuanto a sus pantalones, ¿quién sabe en qué estado se encontrarán con tantas idas y venidas? » Así es que compré un trozo de buen paño verde y otro de color castaño; y tu madre se pasó toda la noche cortando y cosiendo, y a la mañana siguiente, el vestido estaba concluído. Eran tan lindos los pequeños calzones y tan bonita la chaqueta como jamás los haya hecho para ti.

—Es la verdad,—dijo la mujer del labrador.

—Aquella noche, cuando tu madre puso la leche junto a la puerta, dejó tambien la ropa allí, en un pequeño lío; y a media noche oímos al enano, que decia, hablando a solas:

—Un lindo par de calzones y una





chaqueta para abrigarme. Ya no puedo volver aquí nunca más, nunca más, hasta que un hijo de la casa viaje conmigo por el mundo, después de haberme encontrado.

—¿Ves? ¡ya se lo has dicho!—exclamó la mujer del labrador.

—Ya sabrá algún día si se lo he dicho o no se lo he dícho,—contestó el marido.

Luego que hubo sabido la historia del enano, Olavo quiso oir hablar del mismo continuamente, así es que el labrador y su esposa acabaron por concluir todos sus cuentos con un poco de la historia del pigmeo de La Granja.

Olavo se pasaba todo el día pensando en él, y, a pesar de que presentía que lejos de su familia había de correr muchos peligros, tenía ánimos bastantes para arrostrarlos, yendo a recorrer mundo, con tal de poder traer al enanito a su casa otra vez.

Olavo preguntaba a todos sus conocidos, dónde podría encontrarle. Se lo preguntó al manzano más viejo de la huerta, que tenía el tronco retorcido, pero no le contestó. Se lo preguntó a las vacas, pero tampoco le contestaron. Se lo preguntó al perro, y el perro se puso a ladrarle sin ton ni son. Solamente las ovejas le ayudaron en sus pesquisas. Aunque no hablaban, en los ojos se les veía que sabían algo. Olavo cuidaba del rebaño durante todo el año, y veía los tiernos corderillos convertirse en gordos carneros; contemplaba las viejas ovejas tendidas en los pastos calentadas por el sol de primavera, mientras los corderillos jóvenes jugaban a su alrededor. Pensaba que quizás los corderos supieran dónde estaba escondido el pigmeo, y casi llegó a creer que podía sorprender, por casualidad, a las viejas ovejas diciéndoselo a los corderitos.

Como el labrador y su esposa veían que Olavo gozaba en apacentar las ovejas, le mandaban todos los días a vigilar para que no se perdieran por entre los matorrales. Durante todo el verano, Olavo acostumbraba a tenderse entre los brezos, repitiéndose a sí mismo. « Viaja por el mundo después de haberme encontrado . . . ; viaja por el mundo después de haberme encontrado ».

Por fin, una noche de Junio, cuando de regreso de los rediles se encaminaba a su casa, oyó tañido de gaitas, muy bajo y débil, entre los brezales y muy cerca de él.

La noche próxima volvió a oir la misma música, y también la otra y muchas más, hasta que, por fin, una





noche, a mediados del verano, se decidió a dar con los que tocaban la gaita tan delicadamente.

Se alejó de la senda y siguió la música, andando con mucho cuidado para no perderla. Sus dulces acordes se oían siempre delante de él, como si vinieran de un montículo de rocas que había en el yermo, donde veíase un dolmen.

—« Puede ser que sean los que viven bajo del dolmen » —pensó Olavo, pues en el país había una tradición, según la cual, una raza de enanos fué enterrada bajo el montículo de piedras, los cuales salían todas las noches, en verano, a danzar; aunque nadie los pudo ver jamás.

Al paso que se fué acercando al barranco comprendió que la música estaba exactamente encima de su cabeza, así es que empezó a trepar. La mitad del camino era bastante fácil y pudo llegar hasta el fresno silvestre. Ya allí, se agarró fuertemente al árbol y descansó, pensando al mismo tiempo en el modo de subir más alto, pues veía que le quedaban unos dos metros de roca lisa hasta llegar a la cumbre, donde había una espesa mata de brezos.

Entre el fresno y el brezal, la roca formaba una hendedura, y Olavo se quedó aferrado en aquel lugar, sin poder trepar más, y sabiendo que si resbalaba se iría rodando al fondo.

—¡Eh, a ver, el de la música!—gritó Olavo por fin.

La música paró de repente y una carita morena casi cubierta por una barbilla blanca, se asomó ávidamente al borde del barranco.

—¡Ah, por fin es Olavo!—exclamó.

Un brazo delgado y velloso, de color moreno, penetró por entre el brezal y asió a Olavo por la muñeca.

—Arriba,—dijo el enano.

Olavo hizo un esfuerzo y se encontró sobre el brezal que había en lo alto.

Quedóse tendido al borde de una pequeña resquebrajadura, con altas paredes a los lados, desde donde se veían a lo lejos iluminadas por el crepúsculo de aquella noche de verano, las vertientes de las montañas, cubiertas de pinos; las vertientes iban a parar al mar. En una



de las paredes de la roca había una pequeña cueva, y en frente de ella un diminuto taburete de tres pies, derribado, y una gaita, junto al taburete, en el suelo.

—Hace mucho tiempo que te estaba esperando,—dijo el gnomo, ayudando a Olavo a ponerse en pie—¡Mira!—y se fué corriendo al interior de la cueva y volvió a salir arrastrando una escoba y enseñando una piedra tan pulida, que hasta en medio de la semi-oscuridad reinante, Olavo podía verse la cara en ella.—He gastado docientas treinta de estas escobas—dijo el enano,—y he pulido esta tosca piedra hasta dejarla completamente lisa: todo por no saber en qué ocuparme, desde que me marché de La Granja.

—¡Ah! ¿eres tú el enanito?—pregunto alegremente Olavo.—¡Pero, hombre! Si te he estado buscando desde que tengo uso de razón! Por esto es que las ovejas lo sabían, supongo yo . . . pues tu vivirás en estos matorrales, ¿verdad?

—Sí—replicó el gnomo.—Muchas veces les he quitado los espinos cuando los tenían prendidos en la lana y les causaban molestias; he ahí por qué me conocen.

—Volverás ahora conmigo a La Granja?—le preguntó Olavo.

—Aun no—contestó el pigmeo.—Debemos antes viajar juntos por el mundo, y después . . . pues bien sí, iré otra vez a dar lustre a las cazuelas. Hace ya muchísimo tiempo que no lo he hecho. Tu padre hubiera hecho bien en pensarlo mejor, antes de pagarle a un gnomo como yo. Debía haber sabido que nosotros sólo trabajamos por gusto, y aquí he tenido que permanecer todos estos años, que parecían interminables, puliendo una piedra y gastando escobas contra la roca, en espera del hijo que había de crecer y encontrarme. Y por fin has venido—añadió el pigmeo, yéndose bailando hacia el interior de la cueva a buscar una pequeña jaula de madera, dentro de la cual había un gran escarabajo. Abrió la jaula y con sus dedos cogió el escarabajo.

—Tú me has encontrado y ahora sólo podemos viajar—dijo el pigmeo.—Pues antes que pueda trabajar en La Granja, he de hacer mucho por ti y tú mucho por mí.

¡Vuela, escarabajo! — exclamó; — vuela veloz y recto como una flecha, y véte al pinar próximo al mar, donde están mis hermanos, y diles que echen el bote al agua, que Olavo, el de La Granja, y yo vamos sin tardanza.

Entonces el escarabajo, que el gnomo tenía en una mano, emprendió el vuelo y se alejó zumbando por el aire embalsamado de aquella tranquila noche de verano. Un mochuelo graznaba en el valle. Olavo oyó el continuado repiqueteo de las chotacabras entre los pinares, y creyó que podían ser los pigmeos que trabajaban en el bote.

Así fué como Olavo, el de La Granja, se encontró con el pigmeo y se fueron a viajar juntos. Y si no fuera porque oigo que vuestra madre viene a acostaros y apagar la luz, os contaría esta misma noche cómo se embarcaron y fueron navegando hasta Puerto Brillante, donde los barcos del Sultán estaban atracados uno junto a otro bajo de los rayos dorados del sol poniente; cómo se apoderaron de un caballo maravilloso, y cómo encontraron la flor blanca que sólo se puede obtener por amor, como los servicios de los gnomos.

Esta es la razón por que en La Granja, aunque los padres de Olavo son viejos y andan ya muy encorvados y están siempre sentados al lado de la chimenea, no obstante el suelo de la cocina está maravillosamente limpio, y las cazuelas son más relucientes que las de cualquier otra cocina de aquel país. Y por esto Olavo, aunque dirige ahora los negocios de La Granja, y se ha casado con la hija del rey, sale con ella todas las noches a depositar un jarro de leche al pie de la tapia del huerto.

—Por lo menos podemos darle esto,— dice Olavo, y todo el cariño de que somos capaces, también.

Y el enanito limpia las cazuelas y friega los platos y es muy dichoso, muy dichoso, porque sabe que nunca le pagarán por su trabajo.

EL CORAZÓN AMANTE DE UNA MADRE

RIZPAH había sido amada por aquel hombre extraño y romántico, cuya gran estatura excedía a la de los hombres más altos del reino de Israel; aquel hombre había dado pruebas de una gran intrepidez, pero a veces caía presa de la más negra melancolía; ora era el gallardo y avasallador capitán de las acciones bélicas, ora el soñador silencioso y arrobado que oía en éxtasis la música sentimental. . . . Saúl, rey de Israel, el primer hombre que reinó sobre el pueblo más interesante y maravilloso del mundo. Rizpah había sido amada por aquel hombre y llevada a un palacio, donde estuvo viviendo entre lujo y esplendor, y rodeada por el fausto y toda clase de comodidades imaginables.

Pero en ella dominaban las buenas cualidades del género femenino. En su corazón latía un sentimiento que ni la frivolidad ni la gloria de la vida cortesana podían apagar. Era el amor a sus hijos.

Para aquella noble mujer los placeres de la vida en la corte no eran nada, comparados con el gozo que sentía al contemplar a sus hijos divirtiéndose con sus juguetes, contándose cuentos los unos a los otros, correteando por los jardines o durmiendo en sus camitas con sus caritas sonrosadas, revueltas las cabelleras y los labios entreabiertos. Al paso que iban creciendo, se aumentaba el amor que la madre les tenía.

Estaba ésta orgullosísima de la belleza de las facciones de sus hijos, de la fuerza y esbeltez de sus cuerpecitos, de su serena osadía y de su carácter firme y valiente. Veía en sueños la gloria que les esperaba. A veces se imaginaba fiestas nacionales, en las que sus hijos eran el objeto de los amores del pueblo, héroes idolatrados y capitanes adorados de la casa de Israel. La vejez no causaba espanto a esta madre ternísima; su belleza podía marchitarse, su fuerza disminuir; pero siempre le quedaría el amor y la devoción de sus buenos hijos; y cuando fuera vieja, y la encorvaran los años, y sus ojos estuvieran casi-ciegos, y el esplendor de su vida se

hubiera desvanecido, entonces tendría sobre sus rodillas y estrecharía contra sus marchitas mejillas los frescos y juveniles rostros de los hijos de sus hijos. Así, en el corazón de Rizpah no había más que alegría y satisfacción.

Pero, de pronto, todo fué tinieblas, destrucción y muerte.

El hambre se había apoderado del reino de David. La causa de esta calamidad se atribuía a un crimen del difunto Saúl. Había mandado ejecutar injustamente a algunos gabaonitas, sólo movido por el deseo de quedar bien ante los ojos de su país, el pueblo de Israel. Por esta razón, se decía, el hambre se adueñó de los Israelitas. Por ello David decidió hacer la paz entre éstos y los gabaonitas, para que el crimen de Saúl fuera borrado de la tierra y la ira de Dios cesara en el cielo. Así es que mandó buscar a los gabaonitas y les preguntó:—¿Qué debo hacer por vosotros para poder expiar nuestro pecado?

Los gabaonitas respondieron:—No queremos oro ni plata procedente de Saúl o de su casa, ni por nosotros matarás a ningún hombre de Israel.

David meditó estas dignas y nobles palabras y dijo:—Lo que digáis prometo hacer por vosotros.

Entonces contestaron:—Haz que siete de los hijos del hombre que nos persiguió e intentó nuestra destrucción si permanecíamos en alguna de las costas de Israel, nos sean entregados, y los ahorcaremos en holocausto al Señor en Gabaón de Saúl.

—Os los entregaré—respondió David.

Ahora bien, la palabra «hijo» incluía a los hijos de los hijos de Saúl, y uno de estos nietos era el hijo de Jonatás. David se acordó del gran cariño que sentía por Jonatás, y recordando también el juramento que se habían hecho al despedirse, no pudo decidirse a sacrificar a la inocente criatura. De este modo se salvó el hijo de Jonatás, y entre los siete de Saúl que fueron entregados a los gabaonitas, había los dos hijos de Rizpah.

Era en tiempo de la siega. Del cielo, de un azul purísimo, caían los rayos del sol abrasador sobre los campos de rubia cebada.

Un grito de angustia infinita rasgó el aire. Un alarido de agonía, que heló la sangre de los hombres, halló eco en el alma de todos los que lo oyeron.

La trágica comitiva salió de la ciudad y fué a detenerse en lo alto de una colina, donde se levantaron las horcas.



RIZPAH ESTABA SENTADA CON LOS BRAZOS APOYADOS SOBRE LAS RODILLAS

En pocos minutos siete de los hijos de Saúl fueron cuerpos sin vida, que se balanceaban en el aire.

Y cuando los gabaonitas hubieron marchado y los cadáveres quedaron colgados en lo alto de la colina, se vió en el aire el batir de las negras alas de los buitres y en la lejanía se divisaban las formas indecisas de otros animales de rapiña. De la ciudad salió una mujer, en cuyos ojos se veía una gran tristeza, y se dibujaba en sus labios tan profundo dolor que helaba la respiración y hacía palidecer a todos los que la veían pasar. Sola y desesperada salió de la ciudad arrastrando tras sí un trozo de arpillera.

Los buitres se cernían sobre su cabeza lanzando graznidos horribles e intentando infundir el terror en su corazón. A lo lejos se oía el rugir de los leones y el aullar de los lobos, que aguardaban la llegada de la noche.

La mujer extendió la arpillera sobre la piedra y se sentó en ella, los brazos descansando sobre las rodillas, en sus ojos reflejado el dolor, mirando las aves y pensando en los muertos.

Llegó la noche, y bajo de la luna y las estrellas, se irguió su figura negra y majestuosa, a solas con los muertos. Sombras macabras se movían a su alrededor, rugidos de rabia frustrada llegaban a sus oídos, las cuerdas de las horcas crujían en el silencio de la noche.

. . . . .

Los que presenciaron esta escena de dolor fueron a contársela a David; pues día tras día, y noche tras noche, la madre custodió los cadáveres de sus hijos y ahuyentó los pájaros con su manto.

Entonces David, recordando el pasado, fué por sí mismo a buscar los cuerpos de Saúl y Jonatás, y llevóse los cuerpos de los hijos difuntos y les dió sepultura real y se hicieron preces al Señor para el bien del pueblo de Israel. Pero el corazón de Rizpah . . había sido destrozado.

UNA ESPADA DE HONOR

ERA el año 1851. Los austriacos, que se habían apoderado de parte de Italia, vivían en ella como dueños y señores.

En Modigliana acampaba un batallón y el cura del pueblo, Dom Veritá, era un sacerdote que había consagrado su vida al amor de Italia y tenía bastante ocupación aquellos días en procurar la salvación de los prófugos. Sabían los austriacos que pocos meses antes el patriota párroco había salvado a Garibaldi; y la madre del buen sacerdote, una viejecita de aquellas que cantan alegres toda la triste vida porque saben que después de la muerte hay otra mejor, vivía en continua pena por su hijo.

Cierta noche oyó golpear a la puerta. Eran los austriacos. Avisó a su hijo, el cual se deslizó por la ventana del huerto y huyó, mientras ella corría a abrir la puerta.

—Registre inmediatamente la casa—dijo el oficial al comisario.

El comisario de policía, buscó como un perro perdiguero, mas no encontró ni al cura ni las armas que seguramente debía tener escondidas en la casa.

Finalmente, a fuerza de revolver pudo dar con una vieja espada, de cuyo puño pendía un pergamino. Mirólo el oficial y leyó en él estas palabras: « Asedio de Génova 1800. El general Massena al valiente capitán Veritá ».

—¡Pero ésta es una espada de honor!—exclamó el austriaco arrancando el arma preciosa de manos del comisario—¡No todos son dignos de tocarla!

Y con reverencia preguntó a la anciana quien era aquel capitán Veritá, honrado por el defensor de Génova.

—¡Era mi marido!—respondió la sencilla mujer, iluminándose su rostro.

Entonces el oficial inclinó la cabeza, volvió a leer la inscripción, y exclamó: « ¡Preciosa, preciosa! » Luego besó la mano a la anciana y mandó a su gente se alejase. El mismo, la cabeza descubierta, se retiró.

Desde aquella noche, cada vez que pasaba delante de la casa del párroco, se inclinaba interiormente ante el bravo que la habitaba.

OTROS JUEGOS PARA DENTRO DE CASA

EN otra página de este libro mencionamos algunos juegos que pueden hacerse junto al hogar. Ahí van unos cuantos más.

FORMACIÓN DE PALABRAS

Cada jugador escribe en una hoja de papel la palabra indicada por el director del juego. Todos empiezan entonces a escribir debajo de esa palabra una lista de otras palabras, formadas únicamente con las letras que contiene aquella. Cuando el director anuncia que ha pasado el tiempo permitido (que debe ser de unos diez minutos) se suman las listas, ganando el jugador que ha conseguido formar el mayor número de palabras. No hace falta coger una palabra muy larga, pues es extraordinario el número de palabras que pueden componerse con las letras contenidas en un vocablo relativamente corto.

De la palabra « animal », se pueden, por ejemplo, sacar las siguientes: ni, mi, la, lana, Ana, lima, mala, mía, manía, mina, lámina, ala, Milán, ánima, alma, etc.

CONSECUENCIAS

Cada jugador estará provisto de un lápiz y de una hoja de papel. Se empieza escribiendo, en la parte de arriba del papel, el nombre de algún conocido, junto con un tiempo de verbo que se refiera a lo que hizo esa persona, como por ejemplo: « El Sr. García encontró a...». El primer jugador dobla entonces el papel de manera que queden ocultas las palabras que ha escrito y lo pasa a su vecino, sin que, claro está, ninguno de los jugadores pueda enterarse de lo que escriben los demás. Cada cual escribe luego el nombre de una señora, dobla la hoja de papel y vuelve a hacerla pasar.

Esta vez, cada uno de los jugadores escribe lo que le parece que hubieron de decir o hacer las personas cuyos nombres permanecen ocultos, y después de doblar la hoja, la entrega al jugador vecino—añadiendo entonces todos las palabras « y las consecuencias fueron... »—lo que se le antoja a cada jugador. Hecho esto se recogen los papeles; y uno de los presentes los lee en alta voz. El resultado de ese embrollo suele ser muy divertido.

RESPUESTAS MÁGICAS

En este juego, dos de los jugadores se conciertan para engañar a los demás. Uno de ellos sale de la habitación, mientras su compadre se queda en ella y escoge, junto con la concurrencia, un objeto que deberá adivinarse. Se llama entonces al que está fuera, y su cómplice le dirige preguntas tocantes a cuál es el objeto. « ¿Es ésto? » « ¿Es aquéllo? »—le pregunta; y él contesta siempre « No », hasta que se toca o menciona un objeto que, por ejemplo, tiene cuatro pies. Como han convenido, su amigo y él, que no se mencionaría un objeto de esta naturaleza, hasta el instante de anunciar a continuación el nombre que se trata de adivinar, el encargado de hacerlo sabe ya que a la pregunta siguiente habrá de contestar « Sí ».

Para que a los otros jugadores les sea más difícil descubrir la trampa, se puede introducir alguna modificación, conviniendo en que después de mencionar el objeto de cuatro pies, se harán seis preguntas más antes de nombrar el objeto que ha de ser adivinado. Sin duda que a nuestros lectores se les ocurrirán otras combinaciones.

ADIVINANZAS

Los jugadores forman dos partidos. Un jugador de cada partido sale de la habitación, y entre ambos piensan un objeto o cosa que ha de ser adivinada, como, pongamos por caso: « La ventana más pequeña de una casa ». Mientras estos están fuera, los demás forman dos círculos—uno a cada extremo de la habitación.—Cuando vuelven a entrar cada uno se coloca en medio de uno de los círculos donde es acosado rápidamente a preguntas, a las que sólo contesta « Sí » o « No ».

Cada uno de los jugadores, por turno, hace una pregunta: « ¿Es animal? » « ¿Es mineral? » « ¿Es vegetal? » « ¿Está en este país? » « ¿Está en esta habitación? »—Y así sucesivamente. El partido que primero adivina el objeto, tiene derecho a que formen parte de él los dos jugadores que han pensado dicho objeto, de manera que aumenta su número. El juego vuelve entonces a empezar, y cuando los jugadores están cansados, se considera que ha ganado el partido que es más numeroso.

JUEGO DE PRENDAS

Uno de los jugadores se pone de pie frente a los demás, y levantando un dedo exclama: « ¡Atención! ¡Levantar el dedo! » y todos, en el acto, tienen que hacer como él. Lue-

go dará otra orden, como, por ejemplo: «¡Atención! ¡Bajar el dedo!» a lo que todos deberán obedecer, fijándose en si alguno se descuida. Si entonces da alguna otra orden omitiendo la palabra «¡Atención!», cualquiera que le obedezca ha de entregar una prenda. Es muy fácil equivocarse; y hay que tener muchísimo cuidado con no ejecutar ninguna de las órdenes que no vayan precedidas de la palabra «¡Atención!».

REFRANES

Mientras uno de los jugadores está fuera de la habitación, los demás piensan un refrán compuesto de un número de palabras, igual, por lo menos, al número de jugadores.

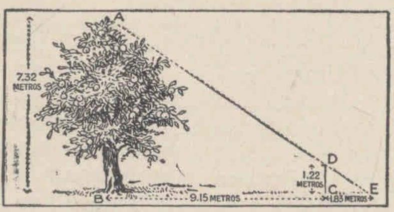
El niño o la niña que haya salido de la habitación vuelve a entrar en ella y da principio al juego, haciendo una pregunta al primero de la hilera. La pregunta puede ser la que se quiera, pero la respuesta deberá contener la primera palabra del refrán. Se le pregunta luego algo al siguiente, quien ha de responder de manera que su contestación contenga la segunda palabra de dicho refrán. Cuanto más larga sea la contestación, tanto más difícil le será al que pregunta distinguir la palabra correspondiente a la frase que se trata de adivinar. Ninguna respuesta, sin embargo, ha de contener más de una sola frase.

Supongamos que el refrán escogido es: «Más vale tarde que nunca», y que la primera pregunta ha sido: «¿Cuántos plátanos te comes cada día?» la respuesta podría se la siguiente: «Como no conviene abusar de nada, no como *más* que uno», no es fácil en esa frase distinguir la palabra «más». Resultaría algo más difícil ocultar la última palabra del refrán.

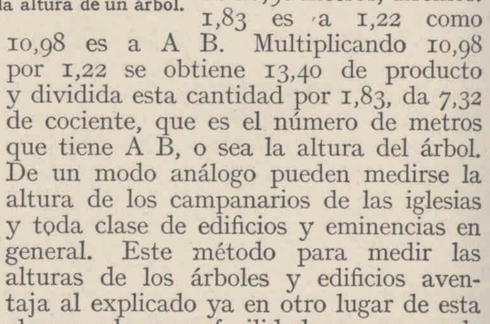
Tomemos otra pregunta, como por ejemplo: «¿Te gusta la lectura?» a lo cual podría contestarse: «Sí, pero ayer rasgué unas hojas de mi libro, lo cual *nunca* me había sucedido». Es preferible que la palabra que se trata de ocultar no esté al principio ni al final de la frase.

MANERA DE MEDIR LA ALTURA DE UN ÁRBOL

HAY un modo muy sencillo de medir la altura de un árbol sin necesidad de encaramarnos a él. Supongamos, por ejemplo, que deseamos averiguar la elevación del manzano señalado en la figura con las letras A B. A partir de su pie, midamos, en línea recta, una distancia de 9,15 metros, por ejemplo, señalando el punto donde se completa esta medida. En seguida, tomemos una percha recta de madera C D, de longitud conveniente—una rama bien derecha de un árbol puede servir para el caso—y clavémosla verticalmente en la tierra en el punto marcado previamente. Supongamos que sea de 1,22 metros la altura de esta percha. Alejémonos ahora del árbol en la dirección marcada por su tronco y la percha hasta llegar a un punto E en que, con la cabeza junto al suelo, veamos confundidos los extremos superiores A y D del árbol y de la percha. Tendremos de este modo formados dos triángulos imaginarios, como se ve en la figura, y la relación que existe entre los lados A B y B E del triángulo A B E. Por consiguiente, mediante una sencilla proporción, cualquier niño de la escuela puede averiguar la altura del árbol. Supongamos que la distancia C E es de 1,83 metros; como sabemos que la percha C D tiene 1,22 metros de altura y que la distancia B E es de 10,98 metros, diremos: 1,83 es a 1,22 como 10,98 es a A B. Multiplicando 10,98 por 1,22 se obtiene 13,40 de producto y dividida esta cantidad por 1,83, da 7,32 de cociente, que es el número de metros que tiene A B, o sea la altura del árbol. De un modo análogo pueden medirse la altura de los campanarios de las iglesias y toda clase de edificios y eminencias en general. Este método para medir las alturas de los árboles y edificios aventaja al explicado ya en otro lugar de esta obra por la suma facilidad con que puede practicarse.



Manera fácil de medir la altura de un árbol.







UN HOMBRE QUE AMÓ A LOS NIÑOS

GENERALMENTE hablando, hoy día, las escuelas son locales espaciosos y placenteros, y por lo regular los niños y niñas asisten a ellas con verdadera complacencia; pero no siempre ha ocurrido lo mismo. Hace cosa de un siglo, casi todas las escuelas eran lugares tétricos y sombríos y por añadidura, los maestros no se esforzaban en hacer la enseñanza lo suficientemente agradable para que los niños se aficionasen a ella.

No obstante, de cuando en cuando se encontraba algún hombre convencido de la necesidad de dar las lecciones en una forma tan atractiva, que los niños sintieran verdadera satisfacción en estar en la escuela. Uno de estos fué un suizo, llamado Juan Pestalozzi, a quien debemos agradecer muchísimo el desinterés y la abnegación con que puso su tiempo, su dinero y toda su vida, al servicio de la idea que constituía la obsesión de su alma.

Pestalozzi, que amaba mucho a los niños, no pudiendo ver sin lástima la miseria en que vivían casi todos los de su tierra, resolvió hacer por ellos algo que les ayudase a ser a su tiempo buenos y útiles ciudadanos. Compró una hacienda, construyó un gran edificio, y, recogiendo cincuenta niños de los más pobres que pudo encontrar por calles y plazas, se los llevó a vivir consigo a su casa y a enseñarles las labores del campo.

Mas Pestalozzi no era hombre de negocios; apenas hubieron pasado cinco años, echó de ver que había gastado todo su patrimonio y el de su esposa para socorrer a los demás, y que le era preciso renunciar a la posesión de su hacienda. Pero había hecho mucho en favor de los niños, pues dejaba demostrado que éstos podían ser educados y acostumbrados al trabajo; y si bien fracasó su propia escuela, en todos los países hallamos hoy escuelas de artes y oficios semejantes a aquélla. Pero no fué únicamente dinero lo que cedió gustoso Pestalozzi para socorrer a niños y niñas; a ellos consagró también enteramente su vida. En 1798, a consecuencia de las crueldades cometidas por el ejército francés en el cantón de Unterwalden, quedaron huérfanos muchos niños; Pestalozzi, renunciando al punto a las comodidades de familia, recogió ochenta de los más pobres en un antiguo convento, y se dedicó a enseñarles, a jugar con ellos, a hacerles felices.

Desde por la mañana hasta por la noche estaba solo con ellos; él atendía a todas sus necesidades, él explicaba todas las lecciones. «Mis manos estaban en

las suyas,—nos dice él mismo,—mis ojos descansaban en sus ojos, mis lágrimas brotaban con las de ellos, mis risas formaban coro con las suyas. Ellos estaban conmigo y yo con ellos. La sopa que ellos comían era la mía; su bebida era la mía. A nadie tenía conmigo, ni ama de casa, ni amigos, ni criados, sino sólo a ellos. Si se hallaban bien, allí estaba yo en medio de ellos; si enfermos, me encontraban a su lado. Dormía en medio de ellos. Siempre era yo el último en acostarme y el primero en levantarme; y aun en la cama, rezaba con ellos y les enseñaba hasta que quedaban dormidos... y ellos mismos deseaban que obrase de esta manera».

El grabado que ilustra este artículo da una idea de cómo se entregaba Pestalozzi a sus niños y cuánto los amaba.

Pero la vida del abnegado maestro estaba condenada a sufrir rudos desengaños. Después de un año de hallarse en el convento, las tropas francesas resolvieron utilizarlo como hospital, por lo cual la escuela fué disuelta de nuevo; mas no por eso quedó frustrada la existencia de sacrificio y de amor del gran pedagogo. Aun hoy persiste su obra en muchas escuelas de artes y oficios para pobres, en las cuales niños y niñas aprenden a ejecutar trabajos útiles, que los habilitarán más tarde para luchar ventajosamente por la existencia; aun hoy dan fruto sus trabajos, gracias a los cuales se hallan difundidos por todos los países civilizados del mundo, métodos de enseñanza, mejores y más naturales que los que se usaban antiguamente.

LOS MUCHACHOS QUE SALVARON UN BOTE

UN buque de guerra británico, el Seringapatam, se hallaba anclado, una tarde de Agosto, a la altura de Antigua, una de las islas Leeward de las Indias Occidentales. Viendo tan hermoso el tiempo y tan calmada la mar, propusieron algunos oficiales, como magnífica excursión vespertina, un viajecito en una pinaza a una bahía, a dos millas de distancia. El plan fué llevado a cabo, pero al regreso, la embarcación sintió los efectos de la calma.

En los mares tropicales de la India Occidental, acontece no pocas veces que se presenta un huracán casi repentinamente. Así ocurrió en aquella ocasión; de pronto se levantó un temporal de lluvia; zozobró la embarcación, pero cuantos se hallaban en ella pudieron subir a la regala.

La situación era muy peligrosa, por una parte, porque el bote iba a la deriva, y la tormenta, en el momento menos pensado, podía caer sobre los tripulantes con toda fuerza; y por otra parte, porque se hallaban cerca de aguas en donde abundaban los temidos tiburones, peligro éste mucho mayor todavía que el primero.

Entre los oficiales había un valiente guardia marina, de nombre Smith, que dejó asombrados a sus compañeros al decirles que iba a ganar a nado la costa para buscar socorro.

—¡Cómo!—exclamaron.—¿Nadar dos millas en un mar lleno de tiburones?

—Sí—persistió;—no nos queda más recurso.—¿Quiere acompañarme alguien? Yo creo que podré conseguir mi objeto.

Los marinos enmudecieron.

Entonces Palmer, guardia marina compañero de Smith, para no ser vencido en valor y no queriendo dejar a su amigo que arriesgase él solo la vida, se prestó a acompañarle hasta donde pudiese, que quizás no podría mucho, porque, además de no ser excelente nadador, era de complexión algo delicada.

Así, pues, descalzáronse los dos muchachos, quitáronse el gorro y la chaqueta y, después de despedirse de sus compañeros, se arrojaron al agua en dirección a la costa.

Al principio ambos avanzaron mucho; mas los que habían quedado en la pinaza no tardaron en advertir que Smith, poco a poco, había ido llevando considerable ventaja a su compañero Palmer. Durante todo el tiempo, Smith anduvo vigilantísimo a causa de los

tiburones y aun por entre el agua, notablemente clara, llegó a ver dos de ellos muy grandes, por cierto, que pasaban nadando a bastante profundidad debajo de él.

Habían salvado los dos muchachos casi la mitad de la distancia que les separaba de la costa, cuando Palmer, cuyos movimientos eran cada vez más débiles, exclamó:

—No puedo más; continúa tú, Smith.

Pero Smith no era hombre capaz de dejar abandonado a su amigo; por el contrario, acercándose a él, insistió en que le apoyase el brazo en el hombro para descansar unos momentos.

Hízolo así Palmer, y encontró alivio, aun cuando ambos continuaron moviendo los pies, por temor de que anduviesen siguiéndoles los tiburones. Precisamente por este tiempo, estos animales eran visibles sin necesidad de hacer esfuerzos para descubrirlos, pero quizás porque los muchachos llevaban un vestido oscuro y no dejaron de moverse en el agua durante todo el tiempo, no se vieron atacados por ellos. Mientras tanto, el más fuerte de los nadadores hizo cuanto pudo por alentar a su compañero, que casi se hallaba a punto de desfallecer.

Los últimos metros fueron los más difíciles; pero en el momento oportuno, y después de haber nadado por espacio de dos horas, Smith tocó tierra y arrastró a su exhausto compañero hasta la orilla.

Los dos amigos estaban ya en salvo, pero faltaba ir en socorro de los camaradas que habían quedado en la embarcación. Smith corrió al pueblo más cercano y, expuesta la situación de sus compañeros, tripuláronse dos botes que salieron en busca de la pinaza; pero, como por este tiempo empezaba a ser de noche y la lluvia caía a torrentes, pasaron algunas horas antes de que los botes salvadores pudieran conseguir su fin. Además, el Seringapatam arrió unas cuantas embarcaciones y las envió en busca de la pinaza, que al fin fué descubierta a seis millas de distancia.

A los dos valientes se les concedió medalla de plata; y poco después Smith ganó otra por salvar a dos hombres que habían caído de una embarcación al mar.

LA MUCHACHA QUE VENDIÓ SU CABELLO

CUANDO Napoleón intentaba conquistar toda Europa, y nación tras nación caían presa de su voracidad insaciable, Silesia, un territorio alemán, hacía heroicos esfuerzos para rechazar a los ejércitos invasores. En aquella nación, amante de su libertad, todos estaban poseídos de apasionado y ardiente patriotismo y daban cuanto podían para equipar al ejército defensor.

Corría el año 1813. Una muchacha silesiana no tenía dinero alguno que ofrecer a la nación y sus pobres enseres eran de escaso valor. Sin embargo, ardía en deseos de ayudar a sus compatriotas en la lucha contra el invasor.

Un día le ocurrió que para obtener dinero podría vender su abundante y larga cabellera, y con tal propósito fué a Breslau, donde buscó un peluquero y le ofreció sus trenzas. El peluquero no podía comprender por qué quería deshacerse de su hermoso cabello, y la joven tuvo que explicarle el motivo de su determinación. Él entonces aceptó la oferta pero no quiso darle más que dos pesos oro. La cabellera fué cortada y la muchacha volvió a su casa.

El peluquero quedó tan conmovido por aquel ejemplo de sacrificio, que no quiso aplicar aquel cabello a los usos corrientes, sino que lo empleó en hacer varios brazaletes. Divulgóse lo que esta muchacha silesiana hizo por su patria, toda Silesia se enorgulleció del acto, y los artículos hechos con sus cabellos fueron tan buscados que el peluquero obtuvo una cantidad enorme y contribuyó con una suma importante a los gastos de la nación.

HISTORIETAS ILUSTRADAS EN FRANCÉS E INGLÉS

Primera línea: Francés. Segunda línea: traducción literal española. Tercera línea: Inglés. Cuarta línea: Iguales palabras en español. Quinta línea: traducción en correcto castellano.

Il y avait une fois une petite fille qui avait une belle poupée
El había una vez una pequeña niña que tenía una hermosa muñeca.
Once upon a time there was a little girl who had a beautiful doll.
Una vez sobre un tiempo allí era una pequeña niña que tenía una hermosa muñeca.
Había una vez una niña que tenía una hermosa muñeca.

Cette petite fille avait un frère, et ils jouaient ensembles toute la journée.
Esta pequeña niña tenía un hermano y ellos jugaban juntos todo el día.
This little girl had a brother, and they used to play together all day.
Esta pequeña niña tenía un hermano y ellos acostumbraban a jugar juntos todo el día.
Esta niña tenía un hermano, y juntos jugaban todo el día.

Un jour ils se querellèrent. « *Je casserai votre poupée,* » *s'écria le garçon.*
Un día ellos se disputaron—¡Yo romperé vuestra muñeca!—se exclamó el muchacho.
One day they quarrelled. " I will break your doll ! " cried the boy.
Un día ellos disputaron.—¡Yo quiero romper su muñeca!—gritó el muchacho.
Un día se disputaron.—¡Te romperé la muñeca!—gritó el muchacho.



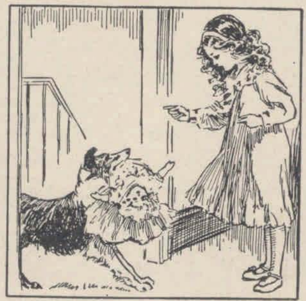


La petite fille fondit en larmes et elle berça la poupée dans ses bras.
La pequeña niña deshizo en lágrimas y ella arrulló la muñeca en sus brazos.
The little girl burst into tears, and she rocked the doll in her arms.
La pequeña niña estalló dentro lloros, y meció la muñeca en sus brazos.
La niña se echó a llorar y se puso a mecer en sus brazos la muñeca.

« *Si vous blessez ma poupée, je ne vous parlerai plus jamais,* » *dit-elle.*
—Si usted hiere mi muñeca, yo no le hablaré más nunca,—dijo ella.
" If you hurt my doll, I will never speak to you again," said she.
—Si usted daña mi muñeca, yo quiero jamás hablar a usted otra vez—dijo ella.
—Si haces daño a mi muñeca, no te hablaré más—le dijo.

Le matin la petite fille courut à la chambre des enfants.
La mañana la pequeña niña corrió al cuarto de los niños.
In the morning the little girl ran to the nursery.
En la mañana la pequeña niña corrió al cuarto de los niños.
Por la mañana la niña corrió al cuarto de los niños.





Elle alla au berceau, mais il était vide. La poupée était partie !
Ella fué a la cuna, pero ella era o estaba vacía. ¡La muñeca era ida!
She went to the cradle, but it was empty. The doll had gone !
Ella fué a la cuna, pero ello era o estaba vacío. ¡La muñeca había ido!
Fué a mirar la cuna, pero estaba vacía. ¡La muñeca había desaparecido!

« Ce mauvais garçon l'a prise, » s'écria-t-elle en frappant du pied.
—Ese malo muchacho la ha tomada,—se exclamó ella, golpeando del pie.
" That bad boy has taken it," she cried, stamping her foot.
—Ese malo muchacho ha tomado ello,—ella gritó golpeando su pie.
—Ese travieso muchacho se la ha llevado,—gritó, golpeando el suelo con el pie.

A ce moment le chien bondit dans la chambre portant la poupée.
A ese momento el perro saltó en el cuarto trayendo la muñeca.
Just then the dog bounded into the room carrying the doll.
Justo entonces el perro saltó dentro el cuarto llevando la muñeca.
En aquel momento el perro entró de un salto en el cuarto, trayendo la muñeca.

« Le méchant ! » s'écria la petite fille. « Je suis fachée de m'être mise en colère. »
—¡El malo!—se exclamó la pequeña niña.—Yo estoy enfadada de me ser puesta en cólera.
" Bad dog ! " cried the little girl. " I am sorry that I was angry."
—¡Malo perro!—gritó la pequeña niña.—Yo soy triste que yo era enfadada.
—¡Qué malo !—gritó la niña.—Siento haberme enfadado.



GRATITUD DE UN RE RESUCITADO

EL doctor Junker, catedrático de anatomía en un hospital de Londres, logró en cierta ocasión que le entregaran el cadáver de un criminal que acababa de ser ahorcado, con propósito de hacer la autopsia del mismo durante una de sus clases.

Colocado el cuerpo del reo en la mesa de disección, y estando solo el doctor en la sala de operaciones, hubo de quedar espantado, cuando, al hacer una pequeña incisión en un brazo del supuesto cadáver, le vió incorporarse en la mesa, y que, juntando las manos en actitud suplicante, le pedía que no le delatara y que hiciese todo lo posible por salvarle.

El doctor, cediendo a un sentimiento de humanidad, lo sacó inmediatamente de aquel sitio y lo condujo a su casa, donde lo tuvo oculto hasta que, pocos días después, lo embarcó en un buque que se hacía a la vela para un punto lejano, obligándole antes a jurar que mudaría de vida y no volvería a apartarse de la senda del honor y de la virtud.

Doce años más tarde, hallándose el doctor Junker expatriado y falto de recursos en Amsterdam, fué saludado afectuosamente en la calle por un caballero que, con la mayor cortesía, le rogó que lo acompañase a su casa. En ella el desconocido le presentó a su esposa y dos niños que tenía, y le hizo sentar a su mesa.

Ansioso el Doctor de conocer aquel misterio le rogó a su vez que le dijese cual era su nombre.

« Veo que no me reconocéis—replicó el otro—pero yo sí os he reconocido, porque la gratitud grabó, hace tiempo, vuestro semblante en lo más íntimo de mi corazón. Soy el criminal a quien salvasteis la vida en el hospital de Londres, y, como os prometí, he reformado totalmente mis antiguas costumbres y seguido el camino del honor y de la virtud. Soy rico y puedo tener la inmensa satisfacción de pagaros de algún modo el beneficio que debí a vuestra compasiva generosidad ».

HISTORIETA EN ESPAÑOL, FRANCÉS E

VOCABULARIO

Ability, poder para hacer algo.
Au-delà, más allá.
Bedouins, beduínos, tribu de árabes que viven en el desierto.
Beverage, brebaje, bebida.
Common, lo que sirve para uso de todos.
Conclusion, tiene la misma significación en español.
Conduisit, condujo, guió, **(de conduire)** guíar, conducir.
Couvertures, mantas de abrigo.
Custom, costumbre.
Defend, defiende.
Emploient, emplean.
Exhiba, verbo francés, **exhiber,** mostrar, hacer gala, exhibir.
Firearms, armas de fuego, como escopetas, pistolas, etc.
Guest, corresponde a la palabra huésped.
Pipas **hookah,** en inglés, o **chibouques** en francés, son unas pipas largas y encorvadas, que se fuman a través del agua.
Hospitality, hospitalidad; recibir amablemente y con generosidad a un visitante.
Laine, en francés y **wool** en inglés, equivalen a lana.
Mieux, francés, y **best** inglés, significan de la mejor manera posible.
Nous violà, quiere decir aquí estamos.
Privilège, privilegio: gracia particular concedida a una persona.
Prolong, prolongar.
Reclined, reclinado.
Recounting, volver a contar.
Se coucher, irse a acostar.
S'enveloppa, se envolvió, del verbo s'envelopper: **envolverse.**
Sous peu, al cabo de poco rato.
Tous les deux, ambos, en español, o bien los dos.
Traitent, tratan, del verbo **traiter:** tratar.
Utmost, significa tanto como es posible.
Vinrent à notre rencontre à cheval, vinieron a caballo a nuestro encuentro.

UNA VISITA A ARABIA

Francisco había visitado una vez la Arabia y contaba sus aventuras a algunos de sus camaradas de colegio. «No viven los árabes en casas en el desierto—les decía,—sino bajo grandes tiendas, y así que nos vieron llegar, el viejo beduino y su hijito Hamid se apresuraron a salir a caballo a nuestro encuentro.

» Hamid es un muchacho muy guapo. Creo que en su vida debe haber jugado al *football* o al *cricket*, pero en cambio es una excelente escopeta. Su vida es tan distinta de la nuestra, que enseñan a los niños árabes, chiquitos todavía, a defenderse, y ellos prefieren jugar con armas de fuego mejor que con todos los juguetes que podáis darles.

» Los beduinos son famosos por su hospitalidad. Mientras sois sus huéspedes, os tratan lo mejor que pueden; pero la visita no debe prolongarse más de tres días, y al marcharos os recomiendan a otro amigo.

» La costumbre más chocante de ellos es la manera de comer. Nos sentamos en alfombras alrededor de una mesa baja en la cual había una fuente, de la que todos nos servíamos con los dedos. Había muchos manjares: carne de cabra, arroz, pastelillos calientes, frutas frescas y el café más delicioso. Los árabes están orgullosos de su café, y es privilegio del hijo mayor moler los granos con que el padre ha de preparar la bebida. Dispuesto ya todo, el beduíno escogió un pedazo de carne y lo introdujo en la boca de mi padre, por ser el huésped principal; después, cada cual se sirvió de la fuente común. Terminada la comida, los hombres, reclinados en almohadones, fumaron sus *chibuquíes*, y a la hora de acostarse, Hamid me llevó a su rincón de la tienda, sacó dos mantas de lana, me dió una, se envolvió en la otra y poco después dormíamos los dos sumidos en profundo sueño.»

INGLÉS, ACOMPAÑADA DE UN VOCABULARIO

UNE VISITE EN ARABIE

« Les arabes, disait François à ses camarades, ne vivent pas dans des maisons dans le désert, mais sous de grandes tentes, et aussitôt qu'ils nous virent arriver, le vieux Bédouin et son jeune fils, Hamid, *vinrent à notre rencontre à cheval.*

« Hamid est un beau petit garçon. Je suppose qu'il n'a jamais joué ni au football ni au cricket de sa vie, mais il est bon tireur. Leur vie est si différente de la nôtre, que l'on apprend aux jeunes Arabes à se défendre quand ils sont encore tout petits, et ils préfèrent jouer avec des armes à feu qu'avec tous les jouets que vous pourriez leur donner.

« Les Bédouins sont fameux par leur hospitalité. Pendant que vous êtes leur hôte ils vous *traitent* de leur *mieux*, mais votre visite ne doit pas se prolonger *au-delà* de trois jours, et quand vous partez ils vous passent à quelque autre ami. Mais je crois que vous voyez la plus étrange de leurs coutumes à l'heure du dîner. Nous étions tous assis sur des carpettes autour d'une table basse. Et sur la table il y avait un grand plat dans lequel tout le monde se servait avec ses doigts. Il y avait beaucoup à manger : de la viande de chèvre et du riz, des gâteaux chauds, des fruits frais, et le plus délicieux des cafés. Les Arabes sont très fiers de leur café, et c'est le privilège du fils aîné de broyer les grains dont le père préparera le breuvage.

« Quand tout fut prêt, le vieux Bédouin choisit un morceau de viande qu'il mit dans la bouche de mon père—parce qu'il était le premier hôte—et puis chacun se servit dans le plat commun. Quand le repas fut terminé, les hommes se reposèrent sur des coussins, et fumèrent leurs chibouques ; et quand vint l'heure de *se coucher*, Hamid me *conduisit* à son coin de la tente, et *exhiba* une paire de *couvertures* de *laine*. Il m'en donna une, et *s'enveloppa* dans l'autre, et *sous peu nous voila tous les deux* dans un profond sommeil. »

A VISIT TO ARABIA

Frank had been on a visit to Arabia, and he was *recounting* his experiences to some of his school friends. " They don't live in houses in the desert," he told them, " but in great tents ; and as soon as they saw us coming the old *Bedouin* and his little son, Hamid, rode out to welcome us.

" Hamid is a fine little fellow. I don't suppose he has ever played football or cricket in his life, but he is a splendid shot. Their life is so different from ours that Arab boys are taught to *defend* themselves when they are quite little, and they would rather play with *fire-arms* than with any toy you could give them.

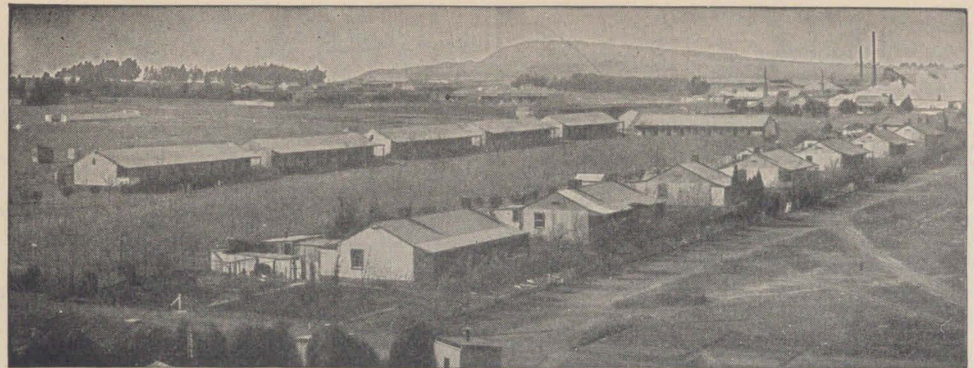
" The Bedouins are famous for their *hospitality*. While you are their *guest*, they serve you to the *utmost* of their *ability* ; but you are not expected to *prolong* your visit after three days, and when you leave they pass you on to some other friend. But I think you see the strangest of their *customs* at dinner-time. We all sat on rugs round a low table, and on the table was a great dish, from which every one helped himself with his fingers.

" There was plenty to eat—goat's meat and rice, hot cakes, fresh fruit, and the most delicious coffee. The Arabs are very proud of their coffee, and it is the *privilege* of the eldest son to pound the berries for the father to make into a *beverage*.

" When all was ready, the old Bedouin picked out a choice bit of meat and put it into father's mouth—because he was the chief guest—and then each one helped himself out of the *common* dish.

" At the *conclusion* of the meal the men *reclined* on cushions, and smoked long *hookah* pipes ; and when bedtime came Hamid took me over to his corner of the tent, and brought out a couple of blankets. He gave one to me, and rolled himself up in the other, and before long we were both sound asleep."

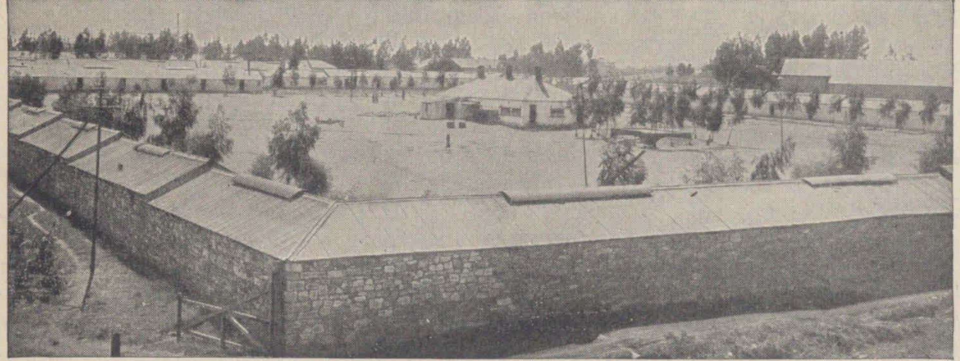
MINEROS OCUPADOS EN EXTRAER ORO



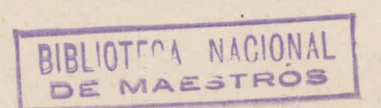
Casas de los ingenieros y demás trabajadores de las minas. Estas casas son de construcción sólida; pero en los comienzos, cuando se descubría un nuevo distrito aurífero, a muchos kilómetros de distancia de poblado, los mineros tenían que albergarse en toscos cobertizos y aun a veces acampaban al aire libre.

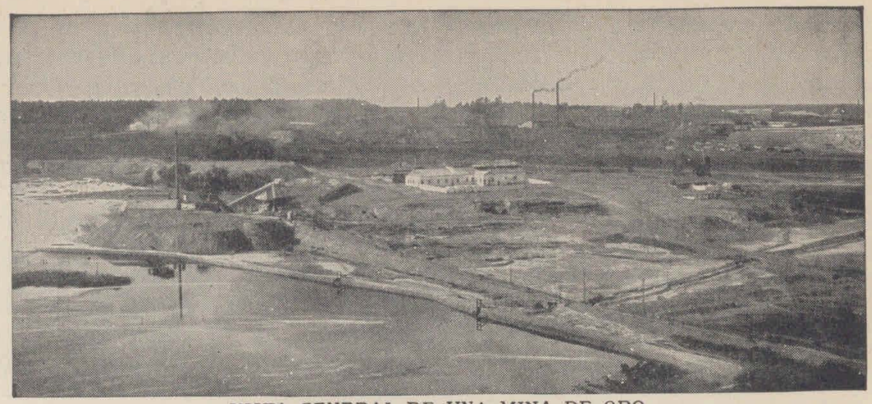


En las minas del África del Sur casi todo el trabajo lo ejecutan los cafres, a quienes sus capataces, que siempre son blancos, dan el nombre de *muchachos*, cualquiera que sea su edad.



Los mineros negros, o los *muchachos* cafres, viven juntos en un lugar, llamado aduar, que es una reunión de casas dispuestas en forma cuadrada u oblonga. Muchos son los millares de cafres empleados en las minas de oro del Sur de África, y si se tiene cuidado con ellos, llegan a salir buenos trabajadores.





VISTA GENERAL DE UNA MINA DE ORO

LOS TESOROS OCULTOS DE LA TIERRA

DESDE la más remota antigüedad se ha considerado el oro como uno de los metales más preciosos. De él se han hecho las coronas de los reyes y emperadores, así como todo género de valiosísimas joyas, aderezos y artísticos vasos. De oro son también las monedas de más valor que circulan en todas las naciones del mundo. Con oro puede adquirirse todo lo comprable.

La posesión de este metal suele hacer poderosas a personas privadas de otras cualidades para triunfar en la vida; y la falta de él puede anular a hombres dotados de gran talento natural.

Con ayuda del oro puede hacerse mucho bien; y el no tenerlo ocasiona frecuentemente enormes males.

Los hombres, en general, consagran su vida a honrados esfuerzos para poseer ese símbolo de riqueza y poder; y no pocos cometen acciones censurables, y hasta crímenes, en su empeño de alcanzarlo.

¿Qué es este poderoso metal? ¿De dónde procede? Es un metal que se extrae de la tierra, ni más ni menos que el plomo, el hierro y el estaño. Durante años y años empeñáronse unos hombres sabios, llamados alquimistas, en hacer este metal, que un niño podía haber hallado en el suelo. Gastaron sus fortunas y las ajenas, arruinaron sus vidas, y murieron en la mayor miseria y abatimiento al ver fallidos sus intentos de convertir en oro los metales viles. Y, ello no obstante, en casi todos los países del mundo, podía hallarse el oro en abundancia. La naturaleza lo había ocultado en la tierra, como un tesoro enterrado, puesto a disposición del inteligente mortal que se empeñase en buscarlo, o del afortunado que tropezase con él. Hallamos oro en los ríos, en las tierras, hoy secanas y antiguamente regadas por corrientes de aguas, y en las rocas.

No está limitado a Australia, o a California, o a África. Hay oro en las rocas de América, y nada tendría de particular que se encontrasen algún día grandes depósitos en algunos territorios de Europa, hoy desconocidos como auríferos. Así como en edades pasadas se extrajeron grandes cantidades de oro de las rocas galas, así creen los hombres entendidos que podrían muy bien descubrirse depósitos todavía mayores.

Sabemos en donde se encuentra el oro; sabemos que es, como el hierro, el plomo y el estaño, uno de los preciosos dones concedidos por la naturaleza al hombre; pero no sabemos cómo se ha introducido en la tierra y en las rocas, ni los fenómenos de su formación. Hallamos oro dentro de las rocas que se produjeron a causa del gran calor de la tierra, y al instante nos sentimos inclinados a exclamar: «¡Oh! Todo el oro

se ha formado con motivo del gran calor de ese horno interior de la tierra». Y esto no es exacto, porque también encontramos oro en las grandes rocas que se han formado por las masas de sedimiento, acumuladas en el mar.

Hoy día se ve oro flotante en la proximidad de las costas americanas; y, aunque el trabajo no es de los más remuneradores, son muchos los hombres que pasan su vida extrayendo oro de las ondas que bañan las costas de parte de Australia. Se halla oro en las arenas de algunos ríos y en el agua caliente de las fuentes termales. De manera que no podemos asegurar con certeza si el oro procede originalmente de lo interior de la tierra o de las aguas que cubren la mayor parte de nuestro globo. Probablemente parte de él procede de la tierra y parte de las aguas. Como quiera que sea, tenemos en el oro una sorpresa que reserva la naturaleza al hombre, y un tesoro para el afortunado y trabajador.

La investigación del origen de este rico presente nos enseña gran parte de la pasada historia del globo. Lo hallamos en el lecho de los arroyos y de los ríos que corren muy lejos de su primitivo cauce. Ha sido hallado juntamente con porciones de material que en otro tiempo fué parte de una montaña, desmenuzado por la lluvia y por el viento, por la escarcha y por el calor. El material con que estaba mezclado, desapareció; pero el oro, por ser mucho más pesado que él, se fué sumergiendo en el lecho de los ríos, en donde quedó para ser buscado ansiosamente, y hallado al fin, después de siglos y siglos de reposo.



UN BUSCADOR DEL PRECIOSO METAL

Hallamos también oro en parajes secos por donde antiguamente pasó algún río. En estos puntos se encuentran gruesas pepitas. Una de ellas, a la cual se dió el nombre de «pepita bienvenida», que pesaba aproximadamente 83 kilos, y cuyo valor era de más de 50.000 pesos oro, fué descubierta, hará unos cincuenta años, en terrenos semejantes, por unos pobres trabajadores que habían emigrado en busca de fortuna al Sur de Australia. En las rocas no se encuentra el oro en tan gruesas masas; por lo contrario, está sólo depositado en vetas o gangas, de manera que, para extraerlo es preciso barrenar las rocas y triturarlas.

Lo extraño es que el oro, que en otras edades fué acarreado por las aguas de los ríos, se descubra ahora en la cima de montañas, a mucha distancia de toda corriente. La razón es sencilla. Muchos siglos atrás se dió no pocas veces el caso de que un río, que acarreaba las ruinas de otras colinas todavía más antiguas y con ellas grandes cantidades de oro junto con otros metales, se desbordara sobre colinas más recientes, se abriese paso por medio de ellas, formase un valle y excavase su curso al pie de él, facilitando así que el oro se introdujese en las rocas que coronaban los picos y que el agua había dejado intactas.

Más tarde, con el progreso de las edades, los ríos llegaron a tener un

curso enteramente nuevo, hasta el punto de que algunos corren actualmente en ángulo recto al que antes seguían. La busca del oro ha conducido a la historia del desarrollo de la tierra, tan claramente demostrada en estos capítulos de las antiguas edades. No sabemos de donde sacó Salomón el oro que en tan grandes cantidades empleó en la construcción de su templo; pero nos consta que en la Edad Antigua su ejemplo no es aislado, pues se ve utilizado también en mucha abundancia en las tumbas de los egipcios enterrados 400 o 500 años antes de Jesucristo. Paro los antiguos era el metal más preciosa porque para ellos era el más raro; pero en realidad no es más escaso que el cobre, el estaño o el plomo, y aun es más abundante que el níquel, el cobalto, el platino y otros metales raros. A pesar de ello, tiene un valor propio considerable, como tiene también propiedades características. Una partícula de él, un simple grano, puede convertirse en una lámina de cerca de metro y medio cuadrado; y el oro que emplean los doradores en forma de hojitas es tan delgado, que 280,000 de estas hojitas superpuestas no alcanzan un grueso mayor de 25 milímetros. El oro puro es casi tan blando como el plomo; con todo, 6 centígramos de aquel metal precioso puede convertirse en un alambre de 150 metros de longitud, y uno de estos alambres, de milímetro y medio de espesor, sostiene un peso no menor de 65 kilos.

En realidad, es por extremo admirable que este metal haya sido tan cuidadosamente acumulado por la naturaleza en las rocas, en la tierra, en el mar, en el lecho de los ríos y prácticamente en todos los países.

En las minas de Famatina, en la provincia de la Rioja, República Argentina, hay oro en bastante abundancia. El campo minero está situado en la falda de un contrafuerte de la cordillera andina, y los terrenos explotados ocupan una superficie de 390 kilómetros cuadrados. El mineral varía mucho en calidad. En general, contiene oro, plata y cobre; pero la proporción de estos metales es muy diferente de un distrito a otro. En el centro de la región se levanta el cerro de la Mejicana, que contiene las minas más célebres y más ricas de la comarca, y cuya denominación se debe a unos cateadores mejicanos que descubrieron las primeras vetas.

Refiere la tradición que, por el año 1600, unos españoles, comprometidos en el asesinato del jefe militar de la colonia de Anguinán, se escaparon con la intención de pasar a Chile por los Andes; pero en las gigantescas montañas de Famatina fueron sorprendidos por una tempestad terrible, que duró mucho tiempo, viéndose obligados a refugiarse en una caverna natural, que ellos agrandaron. Según parece, descubrieron que la tierra extraída contenía oro.

Dice también la tradición que después de fundarse la colonia en Anguinán, los sacerdotes misioneros fueron a residir en el mismo pueblo, y es probable que los indios dieran a los jesuítas importantes noticias de las minas, puesto que es bien sabido que éstos dedicaron mucha atención a la minería.

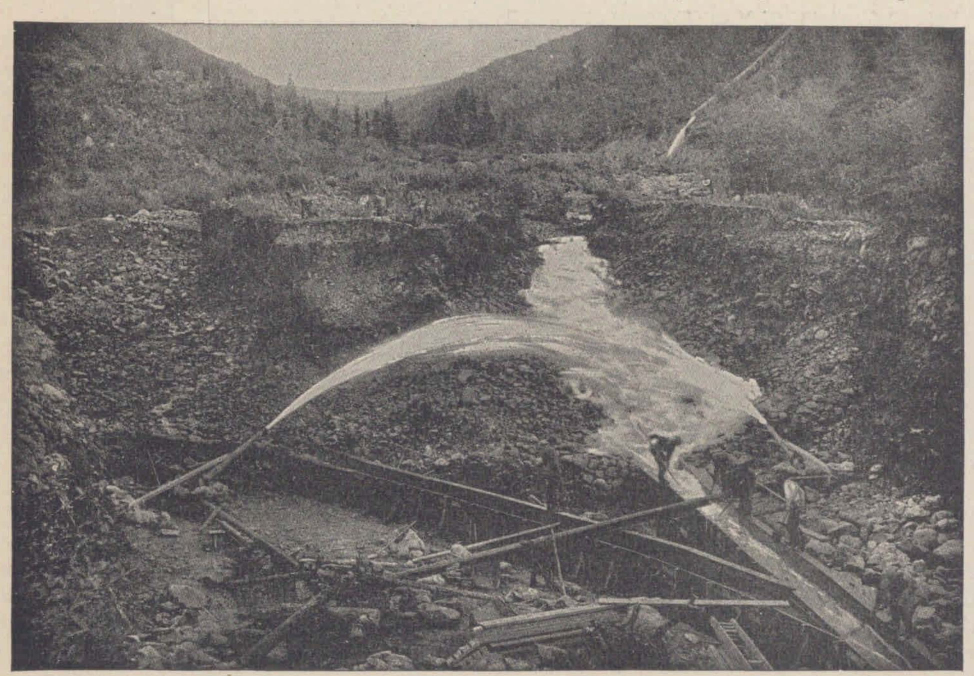
Así pues, estas noticias permiten presumir que las minas de Famatina ya fueron trabajadas a fines del siglo XVI, y es seguro que algún tiempo antes de la partida de los jesuítas habían sido cerradas secretamente, sin que nadie fijara después en ellas la atención, hasta la llegada de los aragoneses Juan Leite y Juan Echevarría, que volvieron a descubrirlas.

El buen éxito obtenido por éstos atrajo mineros de diferentes partes de la Argentina, Chile, Bolivia y Perú, quienes afluyeron a Famatina, donde espiaron los movimientos de Leite y Echevarría, con objeto de obtener concesiones de minas adyacentes a las de los aragoneses, y la minería riojana entró en un período de ardorosa actividad.

Leite, arrestado como espía de los realistas, fué fusilado en 1812, por orden del general Belgrano. En el año 1880 vivían aún personas que habían conocido a Leite, y hay pruebas de que existen varias minas de oro y plata en las provincias de la Rioja y Catamarca, que Leite descubrió y benefició.



Hállase el oro en casi todas las partes de la tierra; calcúlase en diez mil millones de pesos oro el precio de este metal extraído durante los cuatro últimos siglos. Parte de él se obtiene abriendo excavaciones en los yacimientos auríferos, parte, mediante el procedimiento del lavado, recogiéndolo en la superficie de ciertos terrenos. Este último método, que es el más sencillo, es el que se representa en el grabado.



Actualmente, el lavado del oro, que se encuentra en la superficie de los terrenos auríferos, se efectúa por medio de una sencilla maquinaria, llamada de tubería, la cual, despidiendo un gran chorro de agua, hace que se desprendan y corran las partículas de tierra o arena, dejando detrás los granos de oro.



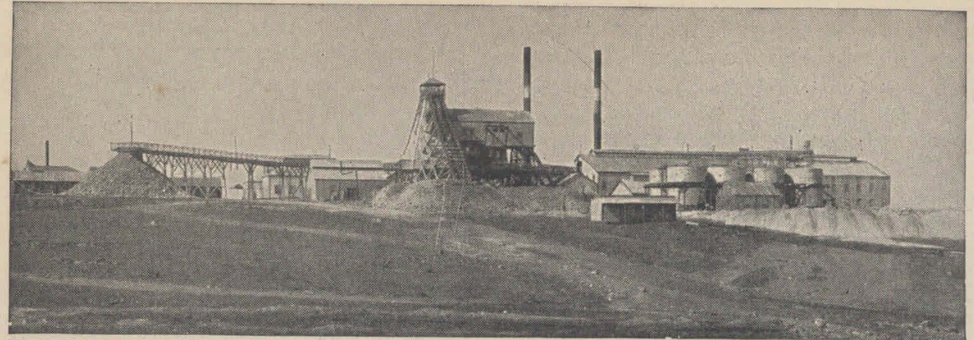
UNA EXPLOTACIÓN AURÍFERA AL AIRE LIBRE Y UNA MINA PROFUNDA

Pero el oro no existe únicamente en la superficie del suelo: unas veces es preciso abrir pozos, y otras trabajar a algunos metros de profundidad en una gran superficie, a lo cual se da el nombre de explotación al aire libre.

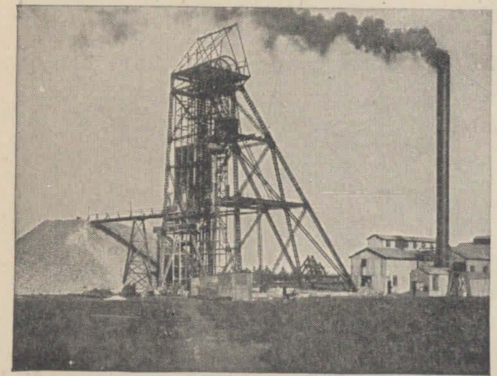


Se calcula en unos 75 mil millones de pesos el valor del oro que llegará a extraerse del Sur de África desde el hallazgo del primer campo aurífero, hasta que se dé por terminada la explotación. Gran parte de esta cantidad procede de excavaciones subterráneas. Algunas de estas minas se hallan a medio kilómetro de profundidad.

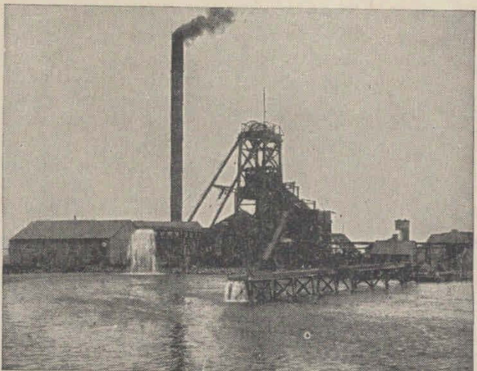
LA PARTE SUPERIOR DE UNA MINA DE ORO



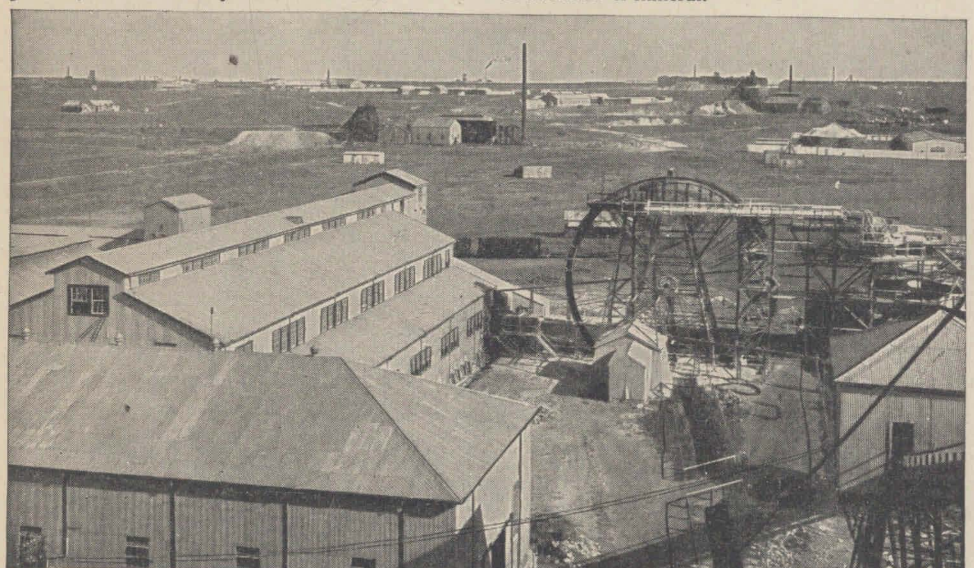
Es indudable que el terreno aurífero fué antiguamente una ganga de este metal, desmenuzado por la acción del tiempo. Cuando se ha extraído todo el oro de la superficie de un terreno aurífero, si la roca que se halla debajo contiene vetas de oro, se procede a la excavación de las minas.



La estructura en forma de torre construída sobre el pozo de una mina de oro contiene la maquinaria para bajar los mineros y subir el mineral.

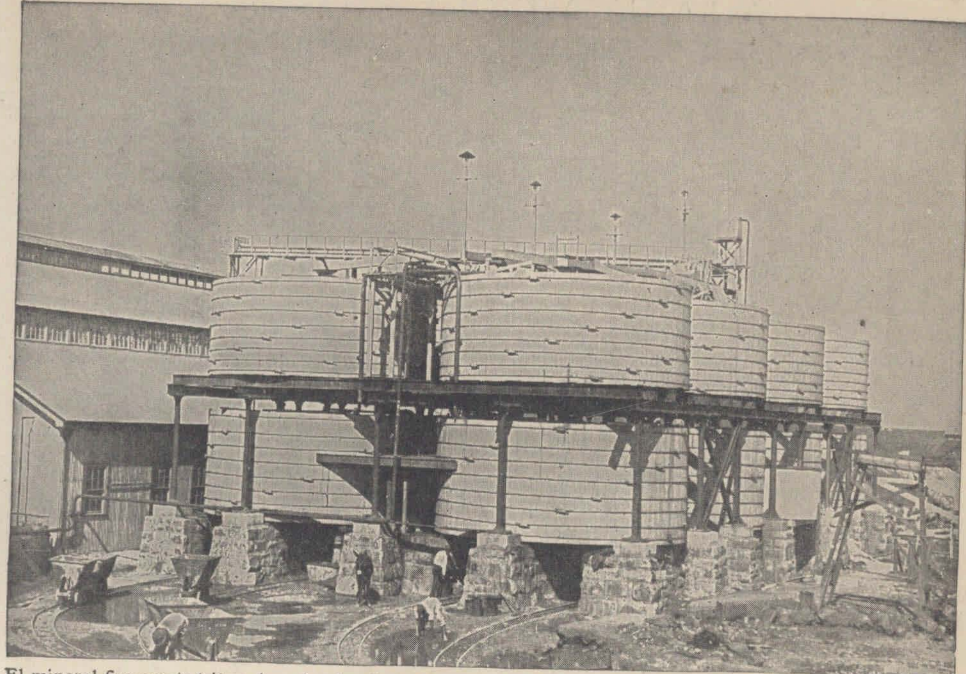


Salto impetuoso de agua procedente de las obras, en las cuales se ha utilizado para separar el oro después de triturado el mineral.

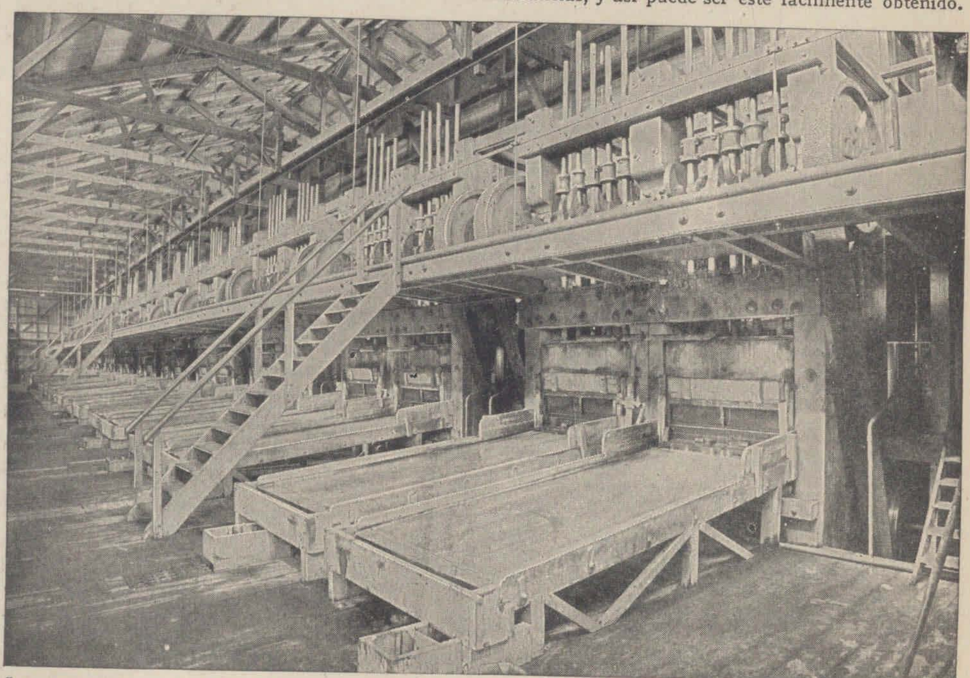


Otra vista de las obras realizadas en la cima de una mina de oro. En las venas de las minas nunca se hallan grandes fragmentos de oro, sino únicamente en la superficie de los lechos, en donde, según algunos creen, se han ido agrandando por el aditamiento gradual de pequeños fragmentos. El mayor pedazo de oro descubierto fué hallado en Ballarat (Australia) en 1858. Pesaba 83 kilos, y fué vendido en 52,000 pesos oro.

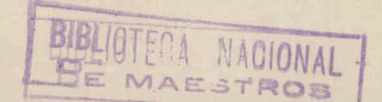




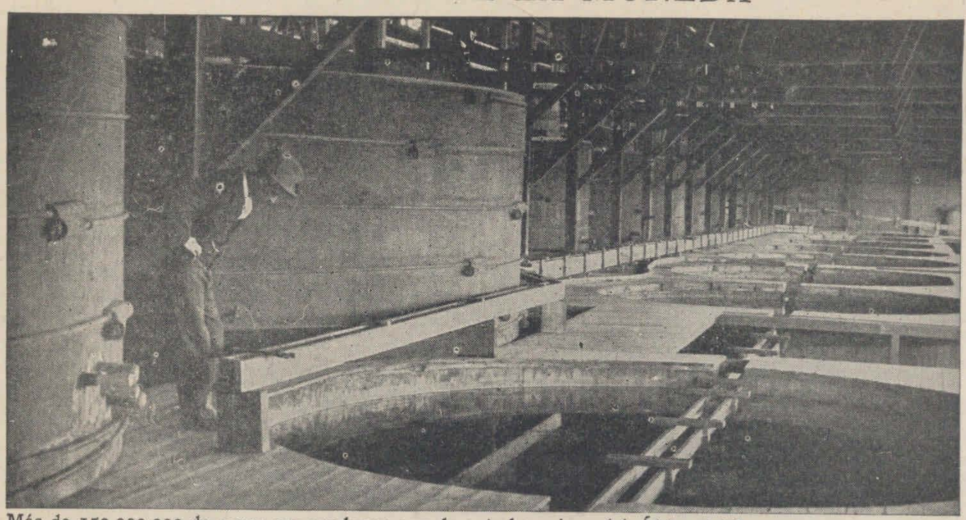
El mineral finamente triturado, y los demás materiales, se colocan en grandes depósitos, como los que se ven en el grabado, y se mezcla cierta cantidad de un producto químico venenoso, llamado cianuro de potasio, que, al obrar sobre el mineral, separa el oro de las demás substancias, y así puede ser éste fácilmente obtenido.



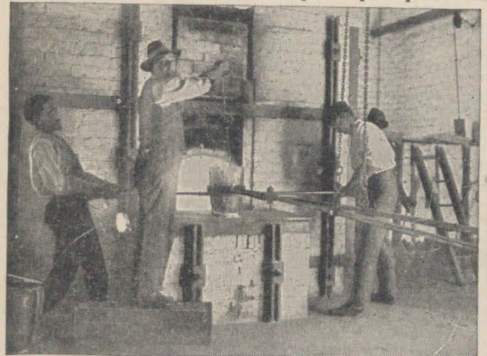
La roca que contiene oro es muy dura al salir de la mina; se somete a la trituración y luego se reduce a finísimo polvo en unas máquinas llamadas *bocartes*, como las que representa el grabado. Grandes martillos de hierro golpean el mineral, hasta triturarlo completamente. Se pasa después el polvo por un fino tamiz y se recoge el oro. Estos martillos pesan cada uno cerca de media tonelada, y dan noventa golpes por minuto.



AL SALIR DE LA MINA, EL ORO ES LLEVADO A LA CASA DE LA MONEDA



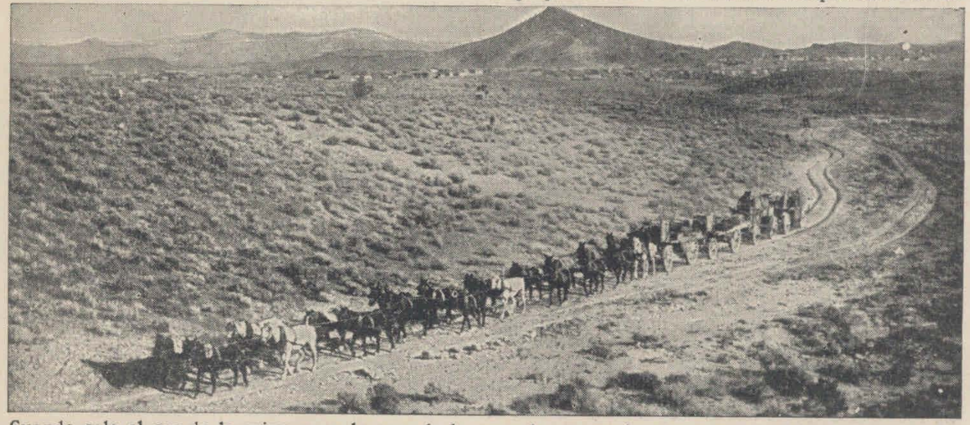
Más de 150.000,000 de pesos oro producen anualmente las minas del África del Sur; y para obtener de la roca aurífera esta cantidad, se necesita maquinaria muy cara. En los depósitos que se ven en el grabado se separa y recoge el oro, mediante procedimientos químicos. Claro está que no son éstas las únicas operaciones a que se somete el mineral para que quede libre el oro y esté en disposición de ser empleado.



La fusión, otro método para extraer el oro del mineral que lo contiene.



Químicos ensayando por procedimientos de su industria la proporción de oro en determinada especie de mineral.



Cuando sale el oro de la mina para la casa de la moneda, se emplean vagones tirados por mulas. La cantidad total de oro hallado en las minas y terrenos auríferos de todo el mundo asciende anualmente a unos 440 millones de pesos.

